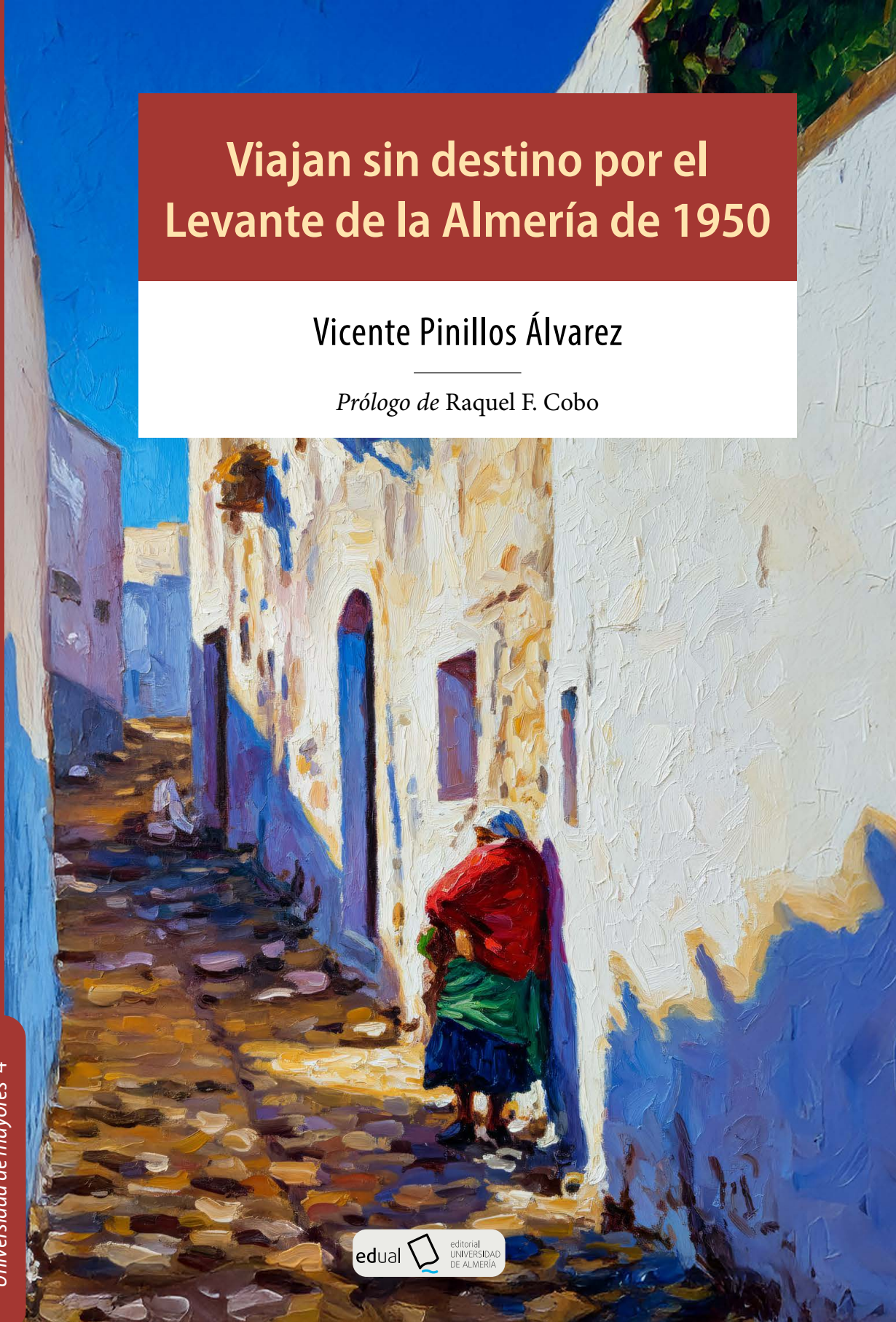
Viajan sin destino por el Levante de la Almería de 1950

Vicente Pinillos Álvarez

Prólogo de Raquel F. Cobo



edual editorial UNIVERSIDAD DE ALMERÍA

Universidad de mayores 4

Viajan sin destino por el Levante de la Almería de 1950

Vicente Pinillos Álvarez

Prólogo de
Raquel F. Cobo

edual editorial UNIVERSIDAD DE ALMERÍA

Viajan sin destino por el Levante de la Almería de 1950
Colección: Universidad de Mayores, 4
© Del texto: Vicente Pinillos Álvarez
© De la edición: Editorial Universidad de Almería
editorial@ual.es • www.ual.es/editorial
Telf: 950 015580
Isbn: 978-84-1351-440-6
© Ilustración de cubierta: Vicente Pinillos Álvarez
© Maquetación y diseño: Jesús C. Cassinello

UNIVERSIDAD MAYORES
UNIVERSIDAD DE ALMERÍA

Esta obra se edita bajo una **licencia Creative Commons**
CC BY-NC-ND Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

UNE
Unión de Editoriales Universitarias Españolas
www.une.es

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Sinopsis

Esta obra pretende situar al lector en la zona rural del Levante de Almería de los años 50. En el día a día de aquellos pueblos, de sus calles, de sus gentes. En el sentir de aquellos hombres y mujeres, ante una realidad social que ahogaba y obligaba a buscar una salida en forma de emigración. Rostro oscuro de este relato.

La belleza real de los escenarios es marco propicio para que el autor juegue con la ficción de los personajes y vaya desgranando historias a su placer. Las andanzas de los protagonistas permiten al autor ir describiendo paso a paso la asombrosa orografía de campos y costas del genuino levante almeriense. Viajar sin destino concreto les permite hacerlo sin prisas, recreándose. En su recorrido conocerán personas interesantes y oirán historias inesperadas que les impresionarán. En los avatares del trayecto, Pedro conocerá el amor, se le avivará el deseo, y Roberto recordará obsesivamente a una mujer que creyó olvidada. Todo dentro del contexto de un viaje a ninguna parte a través de una provincia, Almería, que los jóvenes aventureros no dudaron posteriormente en calificar como extraordinaria y sorprendente.

Vicente Pinillos Álvarez

Vicente Pinillos Álvarez (1932-2024) nació en Madrid donde residió hasta los veinticinco años. Durante un lustro fue ciudadano del mundo. Luego, tras un paréntesis de ocho años en la capital de España, en febrero de 1973 aterrizó en Almería, provincia en la que se consideró integrado.

Treinta y tres años como empresario de automóviles le dieron argumentos para la jubilación. Tras esta, la pintura, como vocación, fue su camino. Como era una persona con hambre de conocimiento, fue alumno de la Universidad de Mayores durante más de una década.

Nota del autor

En el relato que vas a leer, querido lector, los personajes son imaginarios salvo alguna pequeña excepción. Los lugares, por el contrario, existían y existen, afortunadamente con cambios.

No se sorprenda el lector si algunos trances ensalzan, otros oscurecen y no faltan los que están pulcros y maquillados por el filtro de la imaginación.

El deseo de desplazarse es una ambición innata del ser humano. Ya desde sus principios, el hombre tuvo necesidad de trasladarse para buscar su subsistencia, esa necesidad se prolongó en el tiempo convirtiéndose en un hábito. Rutina que se ha hecho necesidad. Pero hay varios motivos por los que viajar. Hay quien viaja por conocer lugares, por descubrirlos. Por saber de otros hábitos, relacionarse con personas distintas. Algunos lo hacen por necesidad o por negocios. También por placer. Pero otros viajan por darle tiempo al tiempo, poniendo tierra por medio a los problemas.

Agradecimientos

Doy especialmente las gracias a mi amigo y compañero Ángel Sánchez Ballesteros por su generosa y experta colaboración en la confección del libro. Han sido muchas horas las de esfuerzo y trabajo que le han supuesto el corregir con meticulosidad el texto y compulsar algunas de las reseñas puntuales que se incluyen en el libro. Su ayuda ha sido fundamental en el diseño de la obra.

El libro está dedicado a esta singular provincia que es Almería y a los almerienses que han sabido transformarla y reciclarse. Este volumen es en agradecimiento a lo que he recibido de esta tierra y de sus habitantes.

in memoriam

Vicente Pinillos Álvarez
(1932 — 2024 †)

Contenido

Prólogo
Raquel F. Cobo 9

Viajan sin destino por el Levante de la Almería de 1950

I. De Almería a Tabernas 15
II. De Tabernas a Lucainena de las Torres 22
III. De Lucainena de las Torres a Níjar 38
IV. De Níjar al Pozo de Los Frailes 49
V. Del Pozo de los Frailes a San José 55
VI. De San José a Rodalquilar 85
VII. De Rodalquilar a Agua Amarga 128
VIII. De Agua Amarga a Carboneras 161
IX. De Carboneras a Mojácar 195
X. De Mojácar a Garrucha 236
XI. De Garrucha a Vera 270
XII. De Vera a Cuevas del Almanzora 301
XIII. De Cuevas del Almanzora a Huércal-Overa 342
XIV. Una visita al santuario del Saliente 394
XV. De regreso a Huércal-Overa 415
XVI. De Huércal-Overa a Zurgena 437
XVII. De Zurgena a Olula del Río y Macael 458
XVIII. De Olula del Río a la ventura 501

Prólogo

Raquel F. Cobo

La escena permanece intacta en mi memoria, tan clara como aquel primer día de clase: Vicente, puntual, entra en el aula, con delicadeza ritual se sienta en la mesa rectangular, situándose en el lado izquierdo, presidiendo pero sin imponerse, con la puerta a su espalda y, frente a nosotros, sin saberlo todavía, el mundo entero. A su alrededor, los compañeros del taller de Narrativa lo reciben con amistad, porque ese era el lazo que tejíamos con la literatura, semana tras semana. Llega su turno. Vicente abre el cuaderno con un gesto pausado y comienza a leer. Su tono es suave, su voz, a veces entrecortada, avanza con una cadencia íntima, acariciando cada palabra. No importa tanto la trama de aquel primer relato —hoy se me escapa el recuerdo de lo que narraba—; lo que permanece es otra cosa: la emoción de la lectura, la escucha atenta y la forma en que ese primer texto de Vicente se convirtió, para mí, en la certeza de que aquellas clases de Narrativa de la Universidad de Mayores, impartidas durante los cursos 2018 y 2019, serían mucho más que un aprendizaje literario.

Tuve la fortuna de compartir con Vicente Pinillos un tiempo y un espacio en el que todos los asistentes éramos narradores potenciales: cada uno compartía un fragmento de su vida, una invención o un recuerdo, muchas veces en función de la tarea creativa que yo misma había propuesto la semana anterior. Contar y escuchar era una experiencia común, pero Vicente poseía una cualidad singular: sabía transmitir la emoción del encuentro humano; de las relaciones familiares, de las amistades juveniles y del amor. La calidad de la narración depende siempre de esa implicación, de esa capacidad que tiene el narrador de hacer partícipe al otro. Y Vicente poesía ese don.

La narración es una práctica universal, una de las más estables de la vida social. Desde siempre se han contado historias y se seguirán contando, porque narrar es una forma de comprender el mundo y —como lo fue especialmente para nosotros— intercambiar experiencias y pasiones. El escritor argentino Ricardo Piglia lo expresó con claridad: «se narra para viajar, se viaja para vivir». El viaje es una de las estructuras centrales del relato: alguien abandona lo cotidiano, se desplaza hacia lo desconocido y, al regresar, cuenta lo que ha visto, con quién ha hablado, lo que ha aprendido. El desplazamiento abre una distancia, y en esa distancia nace el relato. Viajar es convertir la experiencia

en historia, dar forma a lo que se ha visto y vivido, prolongarlo en palabras. El viaje no concluye al llegar al destino, sino al ser contado. Por ese motivo, narrar es, en cierto modo, regresar. *Viajan sin destino por el Levante de la Almería de 1950*, de Vicente Pinillos se sitúa en esa tradición.

Me alivia creer que Vicente conocía muy bien toda esta teoría pigliana —o, al menos la intuía— cuando llegó a estas tierras con ese cometido. Curioso por naturaleza, de alma juvenil e inquieta, dedicó los últimos años de su vida a escribir, pintar y, en general, a aprender de todo lo que lo rodeaba. El libro que hoy tienen entre sus manos es el resultado de años de escritura, investigación y reflexión literaria. Publicado por primera vez en 2017, regresa ahora, ocho años después, gracias a la Editorial de la Universidad de Almería, con una doble finalidad: por un lado, rendir homenaje a la labor de Vicente Pinillos como alumno ejemplar de la Universidad de Mayores, reconociendo su compromiso intelectual y humano durante los años de formación; y por otro, ofrecer esta obra a nuevos lectores, quienes encontrarán en sus páginas un verdadero archivo de relatos que, al entrelazarse, van construyendo memoria colectiva en la encrucijada entre la ficción, el testimonio personal y la historia. Por eso resulta tan evocador imaginar al joven Vicente recorriendo la provincia con la voluntad de escribirla, mientras Almería —con su geografía extrema y su gente laboriosa— se le entrega como materia inagotable de imaginación y de palabra.

Los protagonistas de su obra, Roberto y Pedro, no solo viajan: narran, investigan, reconstruyen las huellas de un territorio y de un tiempo que ya no existen, y al hacerlo nos devuelven una realidad que dice mucho más sobre el pasado histórico que muchos informes, estadísticas o estudios científicos. A través de sus andanzas, logra levantar un retrato polifónico de la Almería de mediados del siglo XX, en el que la descripción de paisajes, costumbres y personajes rebasa lo anecdótico para convertirse en un documento literario. Su riqueza estilística, la amplitud de su mundo narrativo y la hondura humana de sus personajes convierten la lectura en una experiencia absorbente.

Desde el título, Vicente nos coloca en un escenario preciso. En los años 50, Almería era una tierra dura y desconocida, apartada de las rutas principales, ignorada por muchos españoles que apenas sabían situarla en el mapa y, sin embargo, cargada de un magnetismo secreto. Era la gran desconocida, la que despertaba en el viajero la fascinación de lo oculto, la llamada de lo que aún no había sido contado. Y es ahí donde, a mi parecer, radica el valor literario del libro. Si narrador, etimológicamente, significa «el que sabe»; «aquel que

conoce», Vicente asume un doble papel: el que conoce porque estuvo allí, recorriendo lugares y gentes, pero también el que conoce porque intuye y adivina, porque es capaz de hacer revivir lo perdido a través de la palabra escrita. Frente al turista moderno, que viaja con la cámara o el móvil para retener instantes del presente, el escritor viaja con las palabras, reconstruyendo lo que ha desaparecido; las huellas de un mundo que, desde su presente, está ausente. El autor, como el adivino, narra siempre lo que falta.

Desde un punto de vista temático, la novela articula un doble movimiento: la búsqueda de raíces y la exploración del destino. Pedro encuentra el amor en Rodalquilar, Roberto busca recomponer el suyo perdido en Madrid; ambos representan el tránsito vital de quienes, a través del viaje, se confrontan con lo que desean, lo que han dejado atrás y lo que nunca podrán recuperar. Los protagonistas funcionan de este modo como guías en un itinerario que es tanto físico como emocional. En este sentido, la obra dialoga con la tradición de la novela de viajes como metáfora de transformación personal.

Sin embargo, aunque su título pueda sugerir un relato de viajes convencional, lo que el lector encuentra es un fresco literario complejo, que combina la novela de aprendizaje, la memoria cultural y el testimonio etnográfico. El narrador, como el viajero asombrado, nos narra una provincia de contrastes: la aridez del desierto de Tabernas, único en Europa, frente a las vegas fértiles cultivadas con paciencia; la costa volcánica de Cabo de Gata, con sus calas recónditas y su aire de leyenda, junto a las minas de Rodalquilar o los campos de esparto. En aquella Almería de 1950 la vida se sostenía con esfuerzo. La agricultura era de subsistencia, centrada en cereales, vid y olivo, y en el esparto, cuya recolección y manufactura marcaron la economía de esos años. La minería, que en otros tiempos dio oro y plomo, sobrevivía en Rodalquilar y Macael, donde el mármol se arrancaba de la tierra con fatiga. Y en la costa, pueblos como Carboneras, Adra o Garrucha vivían del mar, hombres y mujeres entregados a la pesca diaria, a la incertidumbre de lo que las redes devolvieran. Allí convivían campesinos, pescadores, mineros, buhoneros, lavanderas, caciques y feriantes, mujeres que trabajan dentro y fuera del hogar, y un sinfín de figuras que componen el latido del tiempo. Uno de los méritos más notables del libro es, precisamente, el repertorio humano que desfila por sus páginas. Todos esos personajes aparecen con un grado de detalle que los distancia del estereotipo y los sitúa en una dimensión viva.

Con ello, Vicente Pinillos nos muestra cómo el territorio moldea también el carácter humano. En medio de la dureza, los almerienses desplegaban so-

lidaridad e ingenio. Era un pueblo acostumbrado a reinventarse, a emigrar cuando las circunstancias lo exigían, pero también a conservar la memoria de sus costumbres: ferias de ganado, las artes de la pesca, corridas con merienda incluida, rituales de noviazgo, cantos y leyendas transmitidos en plazas y tabernas, los mercados... Todo queda retratado con cuidado y respeto y, como si lo cotidiano se entrelazara con lo mítico, cada paraje en la obra de Vicente guarda un relato extraordinario: el eco de un pirata enamorado en Rodalquilar, un cura rebelde en Carboneras, una matanza en Vera, un milagro en Los Filabres. Cada relato enriquece el viaje y multiplica las capas de lectura, hasta convertir el libro en un vasto mosaico coral donde lo íntimo y lo colectivo se entrelazan. La naturaleza descriptiva de la obra recuerda así a las grandes novelas realistas del siglo XIX.

En cuanto al estilo de su prosa, combina una cadencia poética —capaz de iluminar los paisajes o dotar de lirismo a lo cotidiano— con una fidelidad al habla popular de los personajes que aporta verosimilitud y color local. Esa dualidad entre lo elevado y lo coloquial refuerza la intención del autor de transmitir una Almería auténtica y heterogénea. El resultado es una narración que atrapa al lector por la riqueza de registros y lo conduce con naturalidad de una escena a otra, siguiendo incesante la cartografía de la novela. En medio de esa variedad, surge también la mirada del madrileño que fue, evocando su infancia y juventud en la capital, y recordándonos que toda memoria es, en el fondo, un puente entre espacios y tiempos diversos.

En definitiva, en su escritura se unen el viaje y la investigación: dos formas esenciales de narrar, anteriores incluso a los géneros literarios. Por eso, este libro no es una simple novela de viajes, ni siquiera la evocación de un territorio y una época; sino una investigación sobre la memoria de un pueblo, su cultura y sus modos de vivir, pasada por el tamiz de la literatura.

Vicente quiso reconocer en las páginas preliminares la ayuda de su amigo y compañero Ángel Sánchez Ballesteros, cuya generosa colaboración fue decisiva en la corrección y revisión de la obra. Ello pone de relieve el carácter colectivo y dialogante que Vicente imprimía a su escritura, entendida como un intercambio de saberes y afectos.

Dedicó, además, este libro a la provincia de Almería y a los almerienses, a quienes veía como ejemplo de resiliencia y capacidad de transformación. En sus propias palabras, este libro constituye una forma de agradecimiento a todo lo que él mismo recibió de esa tierra y de las gentes que la poblaron desde que

llegó en el año 1973. Con este gesto, su novela se convierte en un homenaje a una tierra que le brindó inspiración. Hoy nos corresponde devolverle a Vicente ese cariño y reconocimiento. La publicación de esta novela es, en sí misma, un acto de gratitud: un modo de mantener viva su voz entre nosotros. La Universidad de Almería puede sentirse orgullosa de conservar en su biblioteca la obra de Vicente Pinillos, el testimonio de un hombre común o —como él mismo se definió— de un *ciudadano del mundo*.

Tras su fallecimiento en la Navidad de 2024, este libro nos devuelve su visión hospitalaria de la vida; una mirada en la que lo inhóspito de la tierra se equilibraba con la calidez de sus habitantes. Al leerlo, quienes lo conocimos podemos escuchar de nuevo su entusiasmo por el saber —no un saber anquilosado y libresco, sino el saber dinámico y vivo que producen incesantes las voces del pueblo—; quienes se acerquen por primera vez descubrirán a un autor capaz de unir, con extraordinario detalle, memoria y territorio en una geografía humana entrañable.

Viajan sin destino por el Levante
de la Almería de 1950

I

De Almería a Tabernas

Procedían de lugares diferentes, pero con una afición común: viajar. Y esta les había llevado ese verano a la escondida Almería. La gran ignorada por los españoles de mediados del siglo XX ejercía sobre ellos la misteriosa fascinación de lo desconocido. Aventureros impenitentes, el azar los había unido y la casualidad había hecho que se encontraran en la ciudad.

Se habían visto varias veces en el parque y coincidido en el asueto que se concedían a la sombra de los viejos árboles que allí moraban, intercambiando impresiones e información sobre la ciudad y, como trotamundos que eran, decidieron unir sus pasos para descubrir la provincia.

En sus conversaciones, los viajeros se la habían imaginado como una apacible región meridional engalanada con lozanos encantos, pero, como comprobaron más tarde, nada más lejos de la realidad. En aquel año de 1950 parecía abrumada por el peso de su extensa historia. Cansada de vivir. Era, en su mayor parte, áspera y nostálgica, de montes escabrosos con alguna llanura desprovista de árboles, de un silencio y soledad indescriptibles y con un paisaje muy parecido al del país que acababan de abandonar: Marruecos.

Después de dos días en la ciudad, animosos, emprendieron el camino hacia el levante de la región disponiéndose a recorrerla; para ello tenían todo el tiempo del mundo. Dejaron la ciudad y, con un macuto a la espalda como único equipaje, atravesaron cortijadas con zonas cultivadas de hortalizas, parrales y naranjales a ambos lados de un río. Habían tenido suerte, poco antes, una camioneta que volvía de acarrear frutos al mercado los había llevado a la otra parte del Andarax, que era como se llamaba el río. Luego habían caminado largo trecho hasta que, extenuados, llegaron a un cortijo donde los ladridos de un perro, que al parecer hacía tiempo los observaba, les dio la bienvenida cerrándoles el camino. Estaban asustados. Ante los exaltados gruñidos del can apareció el propietario quien, tras observar a los visitantes, calmó al furioso animal. El labriego era un hombre corpulento de considerable altura, avejentado por los rayos solares, los años y las labores de la tierra. Vestía un pantalón de pana con dos grandes remiendos en las rodillas y una camisa a rayas muy

zurcida y abrochada hasta el cuello. Sus pies, agrietados, estaban calzados por unas esparteñas construidas de forma rudimentaria. Después de escuchar su petición de asilo, el lugareño dio albergue a los jóvenes y estos pudieron pasar la noche en un cobertizo, rodeados de aperos de labranza. Tuvieron suerte de que el hombre les diera cobijo, se hacía de noche y se habían alejado varios kilómetros del último villorrio, un pueblo llamado Rioja.

Al día siguiente se levantaron temprano. Alboreaba. El propietario del cortijo, junto a un techado de cañas, fumaba con deleite su pipa después de haber aparejado los mulos para el inicio de la faena. En el ambiente, ni un soplo de aire. La tierra se iba despertando lentamente, olía a pámpanos y tierra mojada. El relente nocturno había dado a aquella tierra el frescor necesario para soportar el calor del día siguiente. En aquellos lugares el frescor de la noche era vital, los días de verano, en particular de agosto, estaban henchidos de un bochorno alucinante. Tras agradecer la hospitalidad recibida, los viajeros continuaron su camino. En su trayecto, atravesaban amplios terrenos yermos con escasos cultivos, quedando impresionados de la fiereza y fuerza de la tierra. Peñones y retamas, colinas grises de esparto y de albardines requemados por el sol era lo que sus ojos contemplaban. El paisaje no era ilusionante, pero la aridez que veían no les impediría conocer esta desconocida y misteriosa provincia tan poco mencionada en el resto de España; para ello se habían provisto de buen humor y de una clara predisposición a pasárselo bien. Acababan de empezar el viaje y este prometía aventura y diversión. Pero, como suele ocurrir, las cosas no siempre salen como se planean.

Caminaban sin prisas, rodeados por un paisaje sin igual y solitario que contemplaban con asombro, cuando, rompiendo ese aislamiento que los acompañaba, se encontraron con dos labriegos que retornaban de la faena y hablaban en voz alta con otro individuo. Decían haber terminado de acarrear la mies y volvían al cortijo al paso lento de los mulos. Se hallaban en el borde de un bancal que lindaba con la rambla, una de las muchas que se adivinaban en aquel singular paisaje —más tarde sabrían que aquel jeroglífico de cauces secos eran las ramblas del desierto de Tabernas—. En medio de la citada rambla se hallaba detenido un pastor con su rebaño de cabras y su perro. Los labradores, uno joven y otro mayor, vestían ropa ajada de faena. El pastor era un hombre de mediana edad, barbudo, vestido con un pantalón y una chaqueta llenos de remiendos. Se tocaba con una boina mugrienta y calzaba unas abarcas capaces de destrozar los pies más resistentes; olía a macho cabrío a muchos metros de distancia. El grupo, sorprendido, expectante y receloso ante la nada habitual

presencia de forasteros, y menos en aquella parte de la región, vio acercarse a los viajeros y lacónicamente respondieron a la información demandada.

Los jóvenes, tras conocer que el pueblo más próximo era Tabernas y el tiempo que, aproximadamente, tardarían en llegar, continuaron su camino, deseosos de abandonar aquel desierto lunar almeriense donde, de vez en cuando, hasta los alacranes, seguramente, quedaban muertos de calor en los cráteres que la tierra había formado. Soplaba, insistente, el poniente. Hacía bochorno. Seguramente, en aquel entorno, el paisaje sería el de siempre: páramos yermos, desolados. Nada habría cambiado. Porque el tiempo, ese enemigo temible de los humanos, resbala incansablemente sobre la naturaleza y apenas consigue cambiar su faz impasible.

En su continuo caminar, admirando aquel panorama único, hubo un momento en que los jóvenes se sintieron perdidos, cuando ante ellos se presentó el dilema de elegir qué dirección tomar. Frente a ellos, en una bifurcación, dos ramblas les ofrecían su sendero, pero ambas ofrecían el mismo interrogante: no saber adónde conducirían. Después de alguna duda decidieron tomar el de la izquierda, un camino paralelo a la rambla por la que habían venido. El paisaje era más de lo mismo, un terreno montañoso casi desprovisto de vegetación, con el sol como sempiterno acompañante y algunas aves revoloteando sobre sus cabezas: grajillas, jilgueros y cernícalos. Moscas y otros insectos zumbaban alrededor con un sonido monótono. Pero cuando estaban dando muestras de aburrimiento, con sorpresa vieron, tras un recodo de la rambla, una agrupación de palmeras que por el formato parecía un oasis: se trataba del paraje del Cautivo, como posteriormente supieron. Los jóvenes aventureros se frotaron los ojos ante el lugar que los había sacado del tedio. Estaban maravillados ante aquella imagen que no esperaban y comentaron entre ellos que lo que veían se parecía bastante a los escenarios contemplados en las películas ambientadas en el desierto africano.

Ya más animados, aunque extenuados, descansaron a la sombra que ofrecía el palmeral, degustando galletas y frutos secos que llevaban en el morral. Una vez repuestas las fuerzas continuaron su marcha impresionados por el incalculable valor geológico que, suponían, tenía aquello que contemplaban sus ojos: un relieve desconcertante a la vez que imponente y bello y absolutamente desconocido para la mayoría de los mortales. El paisaje había cambiado: aunque en el horizonte la montaña y su alrededor eran igual, ahora caminaban rodeados de abundante vegetación y no se sorprendieron cuando en su caminar llegaron a un pequeño bosque de eucaliptos. Al cruzar el bos-

quecillo, un camino ascendente en aquel laberinto los condujo en dirección a la rambla inicial. La fatiga volvió a hacerse sentir. Ascendieron por un ramblizo que llamaban Arroyo Verdelecho, como luego les hicieron saber, y quedaron encajados entre dos elevadas paredes de roca donde los estratos estaban perfectamente definidos. Era un tramo espectacular. Tras dejar atrás un par de meandros encajados, llegaron a un cruce que los devolvió de nuevo a la rambla originaria, a la rambla de Tabernas.

Llevaban muchas horas de camino y todo el día soportando moscas, ruidos de chicharras, picaduras de mosquitos y el implacable sol. Dolían los ojos a fuerza de tanta luz y de la blancura de la misma. Pasaban las horas y el dios sol continuaba martirizando la tierra con sus dardos de lumbre. En aquella tierra este astro no se cansaba de caldearla. A los campesinos con los que habían hablado al filo del mediodía no parecía molestarles aquel ardoroso sol. Era su sol, de su tierra, el que les había curtido desde niños.

Caminaban por el cauce seco de un río. Los viajantes sentían una sed espantosa que enturbiaba sus ideas. Ya no tenían agua, habían terminado la que llevaban en sus cantimploras. La sed se acrecentaba con el polvo que levantaba el viento de poniente que había aparecido al mediodía. Llevaban una bota con vino, pero este daba más sed. En la rambla sus pies se hundían en la arena calcinada. Buscaron la orilla donde el terreno estaba más duro. Caminaron y al fin vieron seres humanos. Unos hombres segaban en un bancal al otro lado. Tras ellos, hincadas de rodillas en el rastrojo, dos mujeres espigaban. A gritos se hicieron escuchar y preguntaron si estaba lejos el pueblo, y del mismo modo les indicaron que no. Tras una corta caminata, al fin divisaron la villa y las ruinas de un castillo que, en lo alto del monte, inmutable, parecía vigilar todo lo que ocurría, lo bueno y malo de la zona. Mientras lo dejaban atrás, uno de los jóvenes, el más versado en esa parte de la Historia, le comentaba al otro que allí, en aquella fortaleza, durante la Guerra de Granada, el Zagal, tío de Boabdil, había hecho entrega de la ciudad de Almería a los Reyes Católicos.

El resto del recorrido hasta el pueblo lo hicieron a tiempo, porque una tímida oscuridad en la altura anunciaba la llegada de la noche. Todo parecía inmerso en una calma absoluta que se trocó cuando llegaron a la plaza. El cielo, ya, era negro. Aquella noche no había mucha animación. La mayor parte de los mozos, los que no tenían novia, estaban jugando al dominó en la taberna. Algunos viejos sentados en el poyo que orillaba el pilón, al otro extremo de la plaza, fumaban sus cigarros y contaban verdades y mentiras sobre los tiempos,

pasados ya, de su juventud. Eran ancianos gastados por la vida y el sol, por el trabajo y la escasez de proteínas.

Implacable, seguía soplando el poniente. Hacía bochorno. Diez o doce chiquillos jugaban al fútbol con una pelota de trapo debajo de dos grandes palmeras. Estos dos árboles, frondosos y gigantescos, más altos que la torre de la iglesia, al decir de muchos, constituían el único encanto del pueblo.

En otro lado de la plaza algunos hombres hablaban del tiempo, de la sequía. Si continuaba sin llover se perdería la cosecha. Además, la fuente se había secado. Aquello era el colmo. Tendrían que hacer rogativas como en años anteriores. Los hombres hablaban y hablaban, soñando agua. La lumbre de sus cigarros, como inquietas luciérnagas, trazaba dibujos luminosos en las sombras.

Los dos jóvenes viajeros, sedientos y cansados, se acercaron al grupo y preguntaron si había un lugar donde poder dormir. Les indicaron que, a las afueras del pueblo, una viuda, la Paca, alquilaba habitaciones. Como muestra de agradecimiento los jóvenes sacaron la bota y una petaca que hicieron correr de mano en mano mientras ellos bebían agua fresca de un botijo de barro rojo que el grupo, como adorándolo, tenía. La noche era rica en estrellas. El poniente había amainado y dejado paso a una brisa que venía de las montañas con olor a tomillo.

A la señora Paca, mujer de indescifrable edad, la encontraron sentada a la puerta de la casa, una vivienda pegada a la montaña con una parra en el frontal que protegía la entrada, durante el día, de los rigores del sol. Al llegar los jóvenes, y tras conocer lo que buscaban, se levantó de la silla forrada de esparto en la que sentada disfrutaba del frescor de la noche y, en silencio, les indicó la entrada de la vivienda. El interior de la casa estaba a oscuras, frotó una cerilla y encendió la lámpara de petróleo que había sobre la mesa del aposento. La luz mostró a los ojos una pieza amueblada sin lujo. En la mesa, junto a la lámpara, había un ramo de flores en un jarrón de vidrio. Media docena de sillas con asientos de enea, una cantarera, con dos cántaros, adosada al muro en uno de los ángulos y una butaca con la tela remendada completaban el humilde mobiliario. De las paredes colgaban cuadros descoloridos representando frutas o escenas de cacería y en el vasar de la chimenea veíase una hilera de platos, tazas de colores y una fotografía de un niño con traje de primera comunión. En la pared del fondo había una puerta que debía comunicar con un dormitorio. Las habitaciones habían sido picadas en las duras entrañas del

cerro y blanqueadas luego con cal. Bajo la delgada capa de pintura se notaban las cicatrices dejadas por el pico en la tierra del promontorio. Las paredes, sin un solo desconchón, estaban recién encaladas.

Efectivamente, la puerta del fondo daba acceso a una pequeña alcoba con una vieja cama adosada a una de las paredes. En un rincón, una jofaina; en otra de las paredes excavadas en la montaña, un pedazo de tabla clavada de la que sobresalían tres ganchos que querían ser perchas; un taburete de tres patas, cubierto por una sencilla tela de cretona que hacía de mesilla, sobre el que descansaba un pequeño búcaro con unas flores secas, y un candil en la pared era todo el mobiliario de la estancia.

La señora Paca era una mujer de mediana estatura, metida en carnes. Todo en ella era redondo, desde su cara a sus caderas, pasando por sus pechos grandes y caídos. Tenía el pelo negro recogido atrás por un gran moño y una flor prendida en el pelo como signo de femineidad. Vestía una ajada bata de tela negra y sobre la misma un delantal del mismo color. Ella, muy en su papel de propietaria, rompió su silencio para indicarles que esa era la habitación para dormir, que el importe del alquiler era de ocho reales y que cobraba por adelantado. Los jóvenes, muy agotados, no pusieron ninguna objeción al precio, pagaron la cantidad solicitada y se aprestaron a relajarse de las incidencias de la jornada. No era lo que les habría gustado, pero no había otra cosa y se dispusieron a descansar, el cuerpo les pedía reposo La ausencia de ruidos incitaba al sosiego.

En la calle todo parece obedecer esa orden callada e imperativa que impone el silencio. Pero, sin embargo, hay decenas de gentes detrás de otras paredes que duermen, que velan, que sufren. En ese silencio infinito de la noche la vida está agazapada, temblorosamente escondida, dispuesta para repartir suertes.

Cuando despertaron, un olor a comida hizo que se dispusieran a levantarse. Era muy temprano. La claridad que venía del exterior era muy escasa. Encendieron el candil y la luz amarillenta iluminó la habitación con oscilantes e intermitentes ondulaciones que huían convertidas en sombras buscando rincones. Los jóvenes salieron y se lavaron en la acequia que pasaba por delante de la casa. Después de asearse se sintieron mejor, más ágiles y sin vestigio de cansancio. A pesar del calor, el agua estaba fresca, aunque se notaba el gusto a salitre y a raíces de grama. En el campo, ni un soplo de aire. Por su inmovilidad los árboles parecían petrificados. La señora Paca, en el hogar de la chimenea, sobre una sartén, acababa de freír dos trozos de longaniza. Los

retiró poniéndolos en un plato de barro, luego vertió agua sobre el aceite. Un fogonazo de llamas inundó la habitación. Después, varios puñados de harina de maíz y un poco de sal hicieron un mazacote en el recipiente que, a continuación, la mujer desmenuzó con la rasera. Varios minutos después, las migas estaban a punto de ser degustadas por los forasteros, quienes no conocían esa pitanza; pero el olor del guiso y su apetito los invitaron a degustarla a pesar de ser muy temprano y no estar acostumbrados a ese desayuno. Antes de llevarse a la boca la primera cucharada, los jóvenes se miraron dudosos, en silencio sus ojos se interrogaban, hasta que con un movimiento de cabeza, en un acto cómplice y afirmativo, empezaron a comer. Efectivamente, aquel plato era un alimento demasiado fuerte para estómagos no habituados, bien diferentes de los de los trabajadores de la tierra en Almería, que acostumbraban a comerlas casi diariamente, sobre todo por las mañanas y al mediodía. Preparados o no, los jóvenes tenían hambre y comieron con apetito voraz aquella sartenada de migas que les supo a gloria bendita.

Después de alabar la elaboración del festín mañanero y agradecer a la señora Paca la atención del agasajo y el pedazo de hogaza con tocino que les había dado para el viaje, decidieron continuar su camino. No iban a ninguna parte. Caminaban lentamente carretera adelante disfrutando de la mañana. Les habían dicho que era dirección a Murcia, pero ellos iban sin rumbo determinado. Iban en silencio escuchando a la naturaleza, mientras, las avecillas volaban sobre ellos gozando de su libertad.

II

De Tabernas a Lucainena de las Torres

Sumidos en sus pensamientos, escucharon detrás de ellos el ruido de un carruaje y la voz de un vendedor ambulante que a gritos hablaba al mulo que tiraba de una vieja tartana. Al llegar a la altura de los caminantes paró el carro e interpeló a los jóvenes preguntándoles a dónde se dirigían.

—A ninguna parte, nos da igual donde lleguemos, venimos a conocer la provincia —contestaron a dúo.

—Pues si quieren ustedes los llevo a Lucainena de las Torres, voy para allá y posteriormente seguiré mi camino hacia el Campo de Níjar, adonde los puedo llevar. Creo que esa zona les gustará. Hay muchas cosas que ver.

Los jóvenes aceptaron de inmediato, no sabían dónde estaba el pueblo mencionado, pero les daba igual, la cuestión era que no tendrían que andar y además tendrían la charla del viejo vendedor que les daría información de la zona, ya que se le notaba parlanchín y con ganas de compañía. Se acomodaron junto a él en un madero atravesado que hacía de asiento en el pescante.

El mercader, un hombre mayor, enjuto, de edad indefinida, aspecto desaliñado, barba canosa y cabeza cubierta por un ajado sombrero de paja, efectivamente era una persona locuaz que necesitaba hablar. Le gustaba sentirse escuchado, y ante los jóvenes se dispuso a demostrar lo mucho que sabía de aquella zona. Después de interesarse por las preferencias de los jóvenes y ante la manifestación de estos de que querían conocer todo, pero nada en particular, el docto conversador se sintió en su salsa: ¡dos mozos desconocedores de Almería, a su disposición, escuchándolo! ¡Qué suerte! El viaje sería ameno y mentalmente se prometió que, puesto que tenían tiempo, les contaría muchas cosas de aquellas tierras.

El hombrecillo, primeramente, alabó las magnificencias de los artículos de toda clase de artesanía que vendía, intentando interesarles, pero ante la indiferencia de los viajeros desistió de su intento. La conversación se generalizó, y se presentó diciendo que se llamaba Ramón, pero que era conocido en la comarca como el Cañamón. Los jóvenes también se presentaron, Roberto

y Pedro eran sus nombres. Al escucharlos, una carcajada brotó de la garganta del comerciante.

—¡Roberto y Pedrín, como los tebeos de aventuras que leen mis sobrinos! —exclamó tras la inevitable risa.

Estos asintieron con la cabeza, también ellos al darse a conocer habían comentado la coincidencia. Los tebeos eran publicaciones que estaban de rabiosa actualidad entre los niños.

Después de la anécdota la conversación se había hecho fluida y uno de los jóvenes comentó que él conocía un poema de García Lorca que refería un hecho acaecido en un cortijo de los campos de Níjar, en el llamado Cortijo del Fraile.

El Cañamón quedó un momento en silencio, soltó las riendas del mulo, se quitó el sombrero y se rascó la pelambrera, pareció meditar lo que decir. Antes, de su pecho salió un hondo suspiro.

—Pues sí, conozco a la familia Cañada, a la tía María, al tío Frasco, a la Frasquita, al Francisco…, en fin, conozco a todos los personajes de la historia, y algunas cosas me han comprado. Con la Frasquita he coincidido en algunos bailes a los que ella acudía montada en un mulo con alguna amiga. En fin, ¡qué decirles!, muchos rumores, muchas historias y muchos cotilleos, pero la verdad solo la saben ellos. Y ellos no han dicho na. Cuando se juntan temas económicos y mujeres… ¡Peligro! ¡Pal gato! Por eso yo estoy soltero y sin compromiso.

Esto último lo había pronunciado el buen hombre acompañado de una sonora risotada, para, moviendo repetidamente la cabeza, concluir diciendo: «¡Ay los dineros, los dineros!».

El breve comentario sobre el caso dejó patente que este suceso no le apetecía tocarlo. Los acompañantes respetaron su mudez y por unos minutos viajaron en silencio, roto al fin por la voz jovial, otra vez, del ameno anfitrión.

—No crean que esta historia es la única. Ya les contaré. En estos parajes la tierra manda mucho, el sol calienta las testas y cuesta mucho ahorrar una peseta. En esta comarca se sobrevive a la miseria merced a una pobre agricultura que solo sirve para ir viviendo, a la minería que no sabemos cuánto durará y a la cultura del esparto. No nos juzguen mal, este es un clima hostil, atacado sin piedad por vientos y sequías que han hecho que la gente endurezca sus costumbres. Ustedes han visto lo que han vivido en Tabernas, cuando lleguemos a los campos de Níjar verán colinas peladas y lunares sembradas de guijarros

amarillos, pequeños cultivos de cereal que no dan para mantener una familia, grandes extensiones de pitacos, alguna palmera y algún que otro rebaño de cabras. Como podrán comprender ese es el espacio en que vivimos, y el espacio hace a las personas.

Con la conversación no habían percibido que estaban en la serranía. El animal parecía conocerse el camino. En las alturas, el sol llevaba un tiempo calentando. El mulo, que, con movimientos rápidos de cabeza, intentaba ahuyentar a un enjambre de moscas que volaban a su alrededor, había cambiado el paso ágil y seguro por otro más lento y cansino, y ahora resoplaba; estaban subiendo una pendiente que, según dijo el parlador, era la sierra de Alhamilla. El cuadrúpedo notaba la diferencia de peso, estaba acostumbrado a los bártulos de toda clase que normalmente su dueño llevaba, pero ahora la demasía de carga se incrementaba con aquella pendiente cuesta arriba. El viejo suspendió su conversación y, con palabras soeces, a gritos, azuzó al animal para que fuera más aprisa. Coronada la montaña, ya en la cima, mirando desde esta el paisaje deshabitado que se divisaba, comentó que aquella sierra era zona de antiguas minas de hierro, que en Lucainena de las Torres, a donde se dirigían, hasta hacía pocos años hubo unos hornos de calcinación de mineral de gran relevancia desde los que se suministraba hierro a los Altos Hornos de Vizcaya, en Bilbao, que ese mineral se evacuaba en ferrocarril a través del embarcadero de Agua Amarga, en Níjar, y que a causa de esa industria se esquilmaron bosques de encinas enteros que poblaban aquellas cumbres para alimentar las fauces de esos hornos insaciables; aunque reconocía que no solamente los hornos habían contribuido a la desaparición de la vegetación, sino que también la producción de carbón y los incendios forestales habían ayudado a ello.

—Y lo que ha quedado es lo que vemos: algunos pinos, almendros, jarales, retamares, tomillares y espartales.

El señor Ramón, al que se le notaba muy instruido, continuó diciendo que las explotaciones venían de la antigüedad, pero que vinieron en decadencia por diferentes factores, y que junto a la crisis siderúrgica europea y española, durante unos años, se le unieron la competencia de los minerales norteafricanos y las mejoras salariales introducidas en la época. También explicó que a los problemas propios de las industrias mineras se unió el de la falta de personal, debido a los fuertes movimientos migratorios registrados en la provincia de Almería. Aquí el hombre carraspeó y dijo con nostalgia:

—Me tenía que haber quedado por ahí cuando vine de Marruecos terminado el servicio militar.

Viendo que los jóvenes no hacían ningún comentario, siguió explicándoles que, ante la imposibilidad de exportar sus hierros, la compañía se vio obligada a suspender la circulación del ferrocarril y que, aunque después de la Guerra Civil se reanudó de nuevo, trayendo la esperanza a la zona, la ilusión duró poco tiempo, cesando por completo la explotación en 1942 y desmantelando, la empresa, las instalaciones, tanto mineras como ferroviarias.

El orador, satisfecho de haber podido demostrar sus conocimientos, observó a los jóvenes oyentes que, olvidados del traqueteo del carruaje y del calor sofocante que hacía, escuchaban interesados y en silencio la disertación, por lo que, animado de su éxito y sabedor de que su historia calaba en los escuchantes, continuó diciendo, con suficiencia:

—Y unos kilómetros más allá, en otra sierra, en la del Cabo de Gata, ya en la Edad Media se extraía un mineral llamado alunita, que una vez tratado se convertía en alumbre, un fijador de colores para los tejidos que tuvo gran importancia durante esa época. Para su tratamiento se habilitaron instalaciones en el antiguo pueblo de Los Alumbres situado junto a la playa del Playazo. La zona disfrutaba de prosperidad y era objeto de continuos ataques de los piratas berberiscos, en uno de los cuales fue raptado todo el pueblo de Los Alumbres. Para su protección se construyó el soberbio castillo renacentista de la torre de los Alumbres; pero el pueblo desapareció y, hoy, solo queda el castillo.

Un rebuzno del mulo hace prestar al orador atención al camino y comentar que hay que dar de beber a la bestia. Un grupo de árboles ofrece su sombra protectora y el conductor del vehículo decide hacer un alto en el viaje para reponer fuerzas. Después de proporcionar agua al mulo, el hombre, extrayendo una fiambrera de un talego, se dispone a comer junto a los jóvenes que, sentados en unas piedras y guarecidos de los rayos solares, han descubierto un envoltorio de papel de periódico en el que la señora Paca les había puesto el pan y el tocino. Comen en silencio y la bota de vino riega en abundancia los gaznates, sobre todo el del viejo Cañamón que empieza a sentirse pleno. Del fondo de un bolsillo saca una taleguilla de cuero con tabaco, de otro de los bolsillos, un librillo de papel del que extrae una hoja, y se dispone a liar un cigarrillo después de ofrecer a los jóvenes, que declinan la invitación. Una vez encendido y expelido, con placer, el primer humo, el señor Ramón se reclina sobre el tronco de un árbol, acomodándose para hablar.

—Ahora les voy a contar una historia de las muchas que hay por los pueblos que no han tenido la difusión de la del Cortijo del Fraile. En esta que voy a relatar tiene que ver, y bastante, la señora Paca, esa mujer, la propietaria de la casa donde estuvieron ustedes alojados.

El Cañamón inició así su relato:

En el pueblo, el tío Serafín gozaba merecida fama de avaro, y, aunque se decía que tenía sus buenos dineros en alguna alcancía guardados, cuando debía soltar una perra gorda era como si le cortaran un trozo de su cuerpo. Viudo, vivía en compañía de un hijo de veinte años de edad. Un día, este le pidió diez reales.

—¿Has dicho diez reales? Eso es mucho dinero. A ver, dime: ¿pa qué quies tú ese dinero?

El hijo no sabía que contestar ni atreverse a mirar al padre, al fin, decidido, dijo:

—Lo necesito pa ser un hombre.

—¿Cómo dices? —dijo su padre.

—Ya se lo he dicho, pa ser un hombre.

—¡Estás chiflao! No sé qué ties en la cabeza, dímelo pa que lo entienda. En nuestra familia no hemos necesitao dinero nunca pa ser hombres. Lo hemos sío sempre aun sin tener un real.

—Eso lo sé —respondió el vástago con dignidad—. Pero esto es otra cosa. Ahora yo necesito ser tan hombre como el Saturnino, el de la Maruja. La otra noche la pasó con la Paca, la viuda del Zalaya, y por la mañana del otro día cuando se despidió d'ella, esta le dijo: «Eres un hombre, Sátur». Pero Saturnino tuvo que pagarle los diez reales. ¿Ahora lo entiende usté?

La comprensión del tío Serafín se tradujo en dos mamporros que el hijo encajó sin rechistar, acompañados de un torrente de reproches.

—¡Desvergonzao, ingrato, mal hijo! ¿A ti no te da na pedirme diez reales pa acostarte con una mujer? ¡Tú no ties edad suficiente pa pensar en esas cosas, so guarro! ¡Habrase visto cosa igual en este mundo! Además, esa 'meona' no merece que le den diez reales por acostarse con ella; ni siquiera un real. ¡La muy cochina!

—Pos no será tan horrible cuando usté s'ha acostao con ella.

—¡Mentira!

—No es mentira, padre. Usté ha estao con la Paca, la viuda del Zalaya.

—¡No es verdá!

—Aunque no lo quiera reconocer yo sé qu'es verdá. Usté ha pagao con panizo. Con la especie ha pagao bastante más de diez reales por dormir con ella.

El tío Serafín volvió a azotar la cara del hijo hasta que la mirada de este le hizo comprender la injusticia del castigo e incapaz de soportar su mirada agachó la cabeza y escuchó las palabras llenas de ira del joven.

—¡Padre! ¡Padre! Aunque no se lo merezca, lo voy a respetar y por eso no lo insulto. ¿No le da a usté vergüenza de golpearme por decirle una verdá que conoce to'l pueblo? Usté me pega por ser quien es, qu'en el pueblo nadie se atrevería a levantarme un solo dedo, pero no abuse. ¿L'oye usted? No abuse, qu'el día menos pensao m'encuentra, o cojo la maleta y me voy pa Madrid, Barcelona o Francia.

El tío Serafín no respondió, cogió el ronzal del mulo y emprendió lentamente el camino a la labor, a la tierra que lo vio nacer, por la que daría la vida. La mañana seguía y a su espalda quedaba la casa y la parra en la que los jilgueros trazaban arabescos en el aire y se escondían entre sus ramas. Todo ello alumbrado por un sol radiante que prometía un buen día. Marcelo cogió las bridas del otro mulo y siguió tras los pasos de su padre.

Las relaciones entre padre e hijo nunca habían sido buenas. Este enfrentamiento los acabó de separar, ya no se soportaban. Una mañana, recién levantado, el tío Serafín fumaba un cigarrillo sentado en una piedra a la entrada de la cuadra cuando oyó unos pasos provenientes del cortijo. Eran los pasos de cada mañana. Los de siempre. El tío Serafín siguió expulsando gruesas bocanadas de humo. Se diría que no había escuchado nada. Los pasos se detuvieron cerca de la entrada de la cuadra.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, hijo.

—¿Hago ya las migas?

—Sí, y date prisa. Que quiero empezar a segar pronto.

El joven entró en la casa, encendió el candil e hizo fuego valiéndose de unas ramas secas, colocó sobre él la sartén y vertió en ella un chorreón de aceite. Luego, varios puñados de harina de maíz, un poco de sal y agua, y se dispuso a remover todos los ingredientes. Veinte minutos después, las migas estaban dispuestas para engullirlas.

Marcelo se acercó a la puerta.

—Vamos, padre.

El tío Serafín entró en la casa.

—Has tardao mucho en hacer las migas hoy.

El hijo guardó silencio, estaba cansado de escuchar todos los días la misma letanía. Padre e hijo tomaron asiento frente a la sartén. Antes de empezar a comer, el padre se levantó y apagó el candil comentando a continuación que «gastaba demasiado aceite».

Comieron en absoluto mutismo. El día amanecía. Habían terminado el desayuno y desde los corrales los animales, agitados, reclamaban atención.

—Tien'hambre, qu'esperen, primero somos nosotros —comentó el padre—. Las personas antes que los animales.

—Según —dijo el joven—. Algunos animales son mejor que ciertas personas.

La cruda reflexión motivó el comentario del padre.

—Si te refieres a mí, q'una enfermedá te coma la lengua.

—No lo digo por usté —contestó Marcelo.

—Por si acaso —concluyó el tío Serafín.

Como fácilmente se podía apreciar, la relación entre ellos era extremadamente incómoda. Padre e hijo, hijo y padre se aborrecían. Eso no auguraba nada bueno. Ambos, sin dirigirse la palabra, aparejaron sus bestias y tirando del ronzal emprendieron el camino. Como todos los días, las gentes en los cortijos y el pueblo se habían despertado ya para empezar la lucha con la tierra, el calor del estío y la pobreza diaria.

Andaban prestos, hostigando los mulos, deseoso el tío Serafín de llegar a la tierra. En su camino tropezaron con un vecino propietario de un cortijo alejado del pueblo, en la montaña.

—Buenos días tengan ustés.

—Buen día y enhorabuena —dijo el tío Serafín—, ya m'he enterao de qu'ha sío usté padre de un niño. Salú pa criarlo. ¿Y la Juana, cómo está?

—Se encuentra bien, ya come como 'una pupa viva'.

—Oye, Robustiano, supongo que t'habría dao lástima si la Juana s'hubiera muerto.

—¡Qué cosas tié usté! A uno le da pena cuando muere un animal, ¿no va a darle cuando muere la mujer? La mujer, aunque son muy caras, sirve pa parir a los hijos y cuidarlos. Y p'hacerle a uno la comía y remendar la ropa. A pesar d'ello, si me quedara viudo no me volvería a casar, porque p'acostarse con una mujer s'acuesta uno con la Paca, la viuda del Zalaya, esa sí qu'es una hembra, que dicen que tie en su cama sábanas que huelen a colonia. Ya ve, paga usté diez reales y pasa la noche con ella.

Dicho lo cual, el Robustiano siguió su andar dejando a la pareja sumida en sus pensamientos: al tío Serafín, pensando que el muy tunante ya se había

acostado con la viuda y a Marcelo, pensando en lo ruin y sinvergüenza que era su padre. Él sentía dentro la fuerza de la sangre, su padre no lo comprendía, no se daba cuenta de que era un hombre y que como tal necesitaba conocer a una mujer, que tenía que alternar con los amigos, para ello necesitaba algún dinero y su padre sistemáticamente se lo negaba. Eso le obligaba a no verse con ellos, y cuando bajaba al pueblo evitaba entrar en la taberna por no poder tomar un vaso ni poder fumar un cigarrillo. ¡Con lo que le gustaba hacerlo!

Esa situación hizo que el carácter del Marcelo se fuese agriando, convirtiéndolo en un ser amargado y taciturno. El padre había notado el cambio del hijo y un día decidió hablar con él; el joven estaba sentado, abstraído en sus pensamientos a la sombra de la parra.

—Quieo decirte, hijo, que l'ocurrío el otro día no debió de ser, no debí pegarte, qu'estoy arrepentío, pero… ¡es que me dijiste cosas demasiao fuertes! T'aseguro que no volveré a hacerlo más. Te lo prometo.

El tío Serafín calló un instante, esperando alguna reacción por parte de su hijo. Viendo que no se producía, reanudó su charla.

—Lo que sí te digo es que no pienses nunca en marcharte. Si te fueras por ahí, por esos mundos, serías un desgraciao lejos d'esta tierra. Anque con esfuerzo y sudor, la tierra da pa comer, si t'alejas de ella perderás to. Mentalízate que tu sitio está aquí. En este lugar siempre tendrás un cacho pan pa mitigar el hambre.

El Cañamón dejó la narración para mirar al cielo y, tras observarlo detenidamente, comentó que debían de irse.

—Creo que va a llover y sería conveniente que cuando lo haga hayamos llegado al pueblo. Seguiré la historia por el camino.

Los jóvenes se miraron extrañados ya que en las alturas no se veía ni una sola nube. Ante su incredulidad, el Cañamón razonó.

—Acabo de ver un sapo correr, trepar por ese montículo como si tuviera prisa por llegar arriba.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con la lluvia? —inquirió uno de los muchachos.

—Lo podéis creer o no, pero cuando esos animalillos suben por la pendiente de un monte es la señal. Esos bichos cuando huelen la humedad de la lluvia se suben a los sitios más altos, donde las aguas no puedan llegar.

—No haga caso de esas cosas, señor Cañamón —replicó, escéptico, el muchacho, sin obtener respuesta alguna.

Se pusieron en camino. El aspecto del cielo distaba mucho de evidenciar los vaticinios del vendedor ambulante, pero el vientecillo de poniente susurraba que estaba próxima la lluvia.

Los viajeros, silenciosos, estaban sorprendidos de la locuacidad del simpático vendedor, de los conocimientos que tenía y de la facilidad que demostraba relatando hechos que habría vivido de cerca o le habrían contado. Era una suerte haberse encontrado con él porque además de no tener que caminar, y de narrarles historias, les iba dando datos de aquello que veían.

Ajeno a las reflexiones de sus acompañantes, el Cañamón prosiguió con su relato.

Las frases de arrepentimiento pronunciadas por el tío Serafín relajaron la situación entre padre e hijo, pero las intenciones de aquel eran solo palabras, en el tema de 'los dineros' siguió siendo igual: con gran desesperación de Marcelo, su padre no soltaba una 'perrilla'.

Aquella tarde al volver de la vega, al tío Serafín se lo veía muy extenuado. Su andar cansino levantaba polvo del camino. La expresión del hijo era más dura y sombría. Al contrario que su padre, sus pasos eran ágiles y seguros, deseosos de llegar al cortijo. La tarde languidecía en el horizonte y la tierra liberaba parte del calor acumulado. Marcelo sentía ese calor y deseaba llegar al cortijo para poder refrescarse.

Después de asearse y sin síntomas de cansancio pensó en acercarse al pueblo. Se preparó para ello. El viento agitaba las ramas de la higuera. Respiró a pleno pulmón. El aire era caliente, como caliente era la tierra. Padre e hijo se sentaron a comer evitando mirarse. Cuando terminaron todo estaba oscuro. Las estrellas bañaban, ya, con su luz las laderas de los cerros y los animales nocturnos se habían adueñado de la noche. Marcelo, después de recoger los cacharros de la cena, esperó algún ademán o una palabra de su padre. Este seguía sentado junto a la mesa, inmóvil, contemplando con gesto ceñudo la masa oscura de la sierra.

Marcelo, en silencio, se dirigió al camino que lo conduciría al pueblo. No quería pensar en nada, pero la cabeza le bullía. Los pensamientos se acumulaban en su mente. La trágica magnitud de los mismos le causaba un terror indescriptible que no conseguía desterrar. Era un pensamiento que le amedrentaba desde el día aquel en que aquella maldita gitana lo abordó a la salida de la iglesia, en las fiestas del pueblo, y se ofreció, de forma gratuita, a leerle su sino.

El narrador hizo una pausa para mirar a lo alto, el poniente había arreciado y en las alturas las nubes se sucedían una tras otra. Movió la cabeza como diciendo: «Ya les decía yo», y siguió con la historia.

Marcelo recordaba que había opuesto cierta resistencia pues le daba miedo el tema, pero al ver que el Joaquinillo se había prestado a la lectura y no ocurrió nada aceptó que le leyera la mano; además, la gitana no era de por allí, sino que formaba parte de un grupo que había llegado a los festejos. El caso es que el muchacho puso la mano vuelta para arriba. La mujer la apresó y no hizo ningún comentario. Miraba atentamente las rayas trazadas, recorriendo sus surcos con uno de sus dedos. El joven, divertido y arengado por los amigos, no apartaba sus ojos del rostro de la gitana y advirtió que esta no decía nada. Inquieto y nervioso la apremió a que dijera algo. Ella no le contestó, se había puesto pálida. De repente, soltó la mano, dio un salto para atrás y le habló sin que el muchacho se lo pidiera.

—Eres un chico malo, con el signo de matar, no a una persona cualquiera sino a alguien de tu familia. Lo qu'he leío en tu mano es como una maldición.

Recogió el cesto que había dejado en el suelo y a los dos churumbeles de corta edad que la acompañaban y se marchó como si hubiera visto al demonio, haciendo la señal de la cruz y dejando al joven aterrorizado, porque este pensó automáticamente en su padre, el único familiar que detestaba. La gitana se perdió entre la gente maldiciéndolo como si ya hubiera cometido el crimen que leyó en su mano. El joven permaneció unos minutos alelado, cuando reaccionó y quiso volver a hablar a la calé, la profetisa había desaparecido. Alrededor de él, sus amigos celebraban con risas lo que consideraban broma. Desde aquel día, y habían pasado años, no vivió tranquilo, la gitana y su vaticinio estuvieron presentes durante sus sueños y momentos de soledad. Las pesadillas fueron constantes.

Marcelo rompió a llorar evocando los recuerdos. La brisa nocturna empezó a soplar dulcemente entre los cañaverales, levantando mil susurros en el silencio de la noche. Las luces del pueblo, ya cercanas, salpicaban de destellos la oscuridad. Los lúgubres aullidos de un perro lejano barruntaban desgracia. Aceleró el paso e intentó serenarse para que su entrada en el pueblo aparentara tranquilidad. No quiso unirse a los amigos ni ver a nadie y deambuló por las calles rumiando su soledad.

En el cortijo, el tío Serafín consideraba su situación, llevaba días meditándola y, dispuesto a darle solución, decidió bajar también al pueblo. Iría a ver a la viuda, estaba dispuesto a casarse con ella, aunque a su hijo no le gustara.

Cuando llegó, muchas casas permanecían con sus luces apagadas. La noche se había vestido de luto. Se dirigió con paso firme a casa de la viuda. Se permitió un rodeo para no pasar por la plaza, se sentía joven y con ganas de volver a tener mujer. Si entrecerraba los ojos se veía con veinticinco años. Con la escasa luz, sintió que el tiempo no había pasado. Apresuró el paso, deseaba llegar. Ante la calle que lo conduciría a la casa vaciló antes de adentrarse en ella. Al acercarse, la sombra de la Paca se recortaba oscura en la claridad que reflejaba el cielo, estaba sentada en una silla, junto a una mesa con los restos de lo que había sido su cena, a la puerta de la casa y disfrutando del frescor de la noche. Su presencia volvió a hacerle dudar, pero haciendo acopio de voluntad se dijo que aquella noche debería decidir su vida.

—A las buenas noches, Paca.

La Paca lo había visto llegar y pensó que vendría a satisfacer sus deseos como otras veces. Se levantó del asiento dirigiéndose a la puerta y abriéndola dijo:

—Espero qu'así sea, Serafín. Buenas noches.

Una vez dentro, se dirigió al dormitorio con el tío Serafín tras de ella en silencio; como otras veces, se despojaron de sus ropas y, como otras veces, unieron sus cuerpos, pero no sus deseos. Durante unos minutos solo jadeos rompieron la calma de la noche en aquella casa. Fuera, la quietud de la medianoche era rota por el canto de los grillos.

Cerca de allí, el Marcelo deambulaba sin rumbo, atormentado por las ideas que afloraban y lo llevaban de un lado a otro de sus pensamientos. En ese ir y venir por las calles, sin buscarlo, se encontró encarando la calle donde vivía la Paca; al darse cuenta de ello algo dentro de él se sublevó y se dijo: «¿Por qué no?». Decidido, encaminó sus pasos hacia la casa. En el silencio de la noche sus pasos sonaron de forma tétrica. En el cielo la noche enrojeció, adquiriendo las sombras de los árboles una forma siniestra. Incluso las luces —nunca resplandecientes— parecían debilitarse compasivamente, y los recovecos de las calles se sumaban a las sombras.

Los jóvenes, ganados por la facilidad narrativa, escuchaban intrigados por cómo acabaría la historia. El Cañamón, satisfecho al ver el interés con que ellos lo escuchaban, continuó con el relato.

La calle estaba desierta, expectante, la noche era más oscura que de costumbre. Parecía como si la luna presintiera y no quisiera ser testigo del drama que se avecinaba. El muchacho llegó a pocos metros de la puerta. La vivienda estaba

demasiado silenciosa. Su decidida actitud había desaparecido, dando paso a un nerviosismo que hacía temblar su cuerpo. Un destello de cordura le decía que se alejara de allí, pero otro pensamiento le susurraba que avanzara, que llegara hasta aquella ventana entornada.

Con temor y cautela se fue acercando lentamente, quería ver a la Paca tendida sobre la cama, de pronto un sonido proveniente de la habitación le hizo pararse en seco y agudizar el oído. Un gemido de placer le hizo corroborar lo que le había parecido escuchar. ¡La muy golfa tenía compañía! Quiso dar marcha atrás e irse, pero la curiosidad pudo más que la prudencia, quiso escuchar más, saber quién era el amante.

En el interior, a oscuras, el tío Serafín, ajeno a que eran espiados, daba rienda suelta a sus instintos. Una vez saciado su apetito sexual expuso a la Paca sus intenciones: quería que se fuese a vivir con él y si para ello se tenían que casar estaba dispuesto a llegar al matrimonio.

Cerca de la ventana, Marcelo, lleno de ira, no podía creer lo que escuchaba. ¡El amante era su padre!, y el muy sinvergüenza le estaba proponiendo a la Paca matrimonio. ¡Ahora comprendía muchas cosas! Un escalofrío recorrió su cuerpo, el odio afloró en su peor expresión, un terremoto recorrió sus venas y, enloquecido, se dirigió a la entrada; en su camino encontró la mesa y sobre ella el cuchillo que la Paca había utilizado para su cena, febrilmente lo cogió y, dando un empujón a la entornada puerta, se introdujo en la casa, de una zancada entró en la habitación y sin mediar palabra se arrojó sobre la sorprendida pareja. El cuchillo, armado por el brazo, se hundió en el corazón del tío Serafín que murió sin apenas saber quién lo había matado.

Los chillidos de la Paca despertaron al vecindario. Cuando hombres y mujeres llegaron, encontraron al Marcelo sentado en el suelo de la habitación, preso de un ataque de nervios y diciendo repetidamente: «Era un mal hombre. Estaba escrito. Era un mal hombre…».

El narrador calló dando por concluida la historia. Todos guardaron silencio. Durante unos minutos solo los pasos del mulo y las campanillas prendidas a sus correas rompían la paz de las montañas. Llevaban viajando todo el día y desde hacía tiempo densas nubes los acompañaban circulando por el pálido cielo, cuando, al doblar una curva, aparecieron ante ellos las luces de Lucainena en el horizonte anunciando la proximidad del pueblo. La imagen surgió con tal nitidez que parecía poder tocarse. En las alturas, las nubes ya se habían adueñado del cielo. El agua podía aparecer antes de que los moscardones y

moscas del burro, compañeras de viaje, desapareciesen. De pronto empezó a llover y todos se refugiaron bajo el toldo de la tartana. El mutismo se había apoderado de ellos, el triste final de la historia había hecho mella en el ánimo de los viajeros. Al Cañamón, la historia, posiblemente, le habría traído funestos recuerdos y tampoco le había dejado ganas de hablar. Solamente comentó: «Historias como estas las hay en todas partes».

La lluvia arreció y el viejo azuzó al mulo; deseoso de llegar al pueblo, le decía al animal: «Vamos, Cantaor, que en cuanto lleguemos te voy a dar doble ración de alfalfa». El cuadrúpedo pareció entender las palabras del amo porque aceleró la marcha dando al mismo tiempo un relincho de alegría. Cañamón se volvió hacia sus acompañantes y refiriéndose a la lluvia dijo: «La tormenta se ha acercado más rápida que la patrulla de la Guardia Civil a caballo. El agua que cae y la noche no les van a permitir ver bien la impresionante roca caliza que se conoce por el Peñón, ni el pueblo que se extiende a su ladera, ni las antiguas explotaciones situadas a la derecha de la gran roca».

Cuando el carruaje se detuvo, los viajeros descendieron de la tartana. Habían pasado todo el día sentados, pero se sentían extrañamente cansados. El agotamiento recorría sus huesos, sus ojos, sus brazos y llegaba hasta la punta de los dedos. Se sentían exhaustos. Más que comer, deseaban tumbarse, descansar, dormir.

El simpático buhonero, después de indicarles dónde encontrarían una posada, les dijo que al día siguiente se quedaría en el pueblo hasta el mediodía vendiendo su mercadería. Si querían ir con él hasta Níjar lo debían esperar en el lugar donde los había dejado. Dicho esto, reanudó su camino, deseoso de liberar al animal de los aparejos y darle de beber y comer.

La tormenta había cesado, ahora una lluvia fina acompañó a los jóvenes hasta la fonda. Esta estaba apartada del centro del pueblo, era una casa de una planta y no tenía buen aspecto. La noche se presentaba fresca; clientes y propietarios estaban sentados en una especie de salón, los dueños, enjutos y secos, parecían momias. Al llegar, los reunidos los miraron recelosamente. Después de saludar con un «Buenas noches», los viajeros solicitaron habitación para descansar. Aquello tranquilizó a los presentes, no era muy frecuente ver forasteros por la zona y aunque hacía once años que había terminado la guerra civil, la gente desconocida ocasionaba recelos.

La habitación, en la parte superior, con un ventanuco que daba a un pequeño huerto, tenía dos camas con cabecero de hierro. Aunque el colchón, de

paja, estaba duro, las sábanas estaban limpias, por lo que a los jóvenes aquellos lechos les parecieron perfectos para resarcir su cuerpo del cansancio que acumulaban. Tácitamente, con un «Mañana comentamos, ahora vamos a dormir», se acostaron olvidándose de la cena.

La tormenta había remitido, pero el viento no. Una ráfaga de aire particularmente intensa azotó los cerrojos de la ventana. Los jóvenes temblaron, pero no de frío, sino de placer. La atmósfera de la habitación, aquella noche, era estimulante. Pensando en ello se quedaron dormidos.

El día siguiente amaneció con olor a tierra húmeda. Era una mañana luminosa, como deben ser las mañanas del estío. Los jóvenes se aprestaron a levantarse y a proceder al aseo; también a desayunar pues el estómago les pedía atención a su desconsuelo. Desde la cocina llegaba olor a café acompañado de una alegre tonadilla cantada por la hija de los posaderos. Desayunaron las célebres migas con chorizo, esta vez acompañadas por un jarro de barro nijareño lleno de café. Habían terminado el desayuno y se aprestaban a salir para visitar el pueblo cuando una pareja de la Guardia Civil se personó en el establecimiento pidiéndoles la documentación. Los agentes, en silencio, examinaron los papeles y, después de saber que su destino era Níjar y que viajaban con el popular Cañamón, se marcharon dejando a los jóvenes que iniciaran su visita a la villa y sus alrededores. Tenían ganas de conocer los hornos a los que se había referido, durante su charla en el camino, el vendedor, por lo que, después de haber preguntado por su emplazamiento y de haberse dado una vuelta por el pueblo, se dirigieron a visitarlos.

Los hornos estaban fuera del pueblo, eran ocho estructuras abandonadas que, aunque lejos de su antiguo esplendor, todavía impresionaban. Debían tener aproximadamente veinte metros de altura. Se encontraban en la falda de la montaña y según les explicó un pastor, que en las inmediaciones cuidaba de un pequeño rebaño de ovejas, cuando funcionaron, la capacidad de aquellos hornos había sido de cincuenta toneladas de mineral de hierro calcinado por horno y día. El proceso consistía en calcinar el mineral, seleccionarlo y finalmente cargarlo en unos vagones que, a través de un plano inclinado, llegaban cargados a la estación de Lucainena, desde donde salía el tren hacia el cargadero de Agua Amarga. El pastor sabía bien de qué hablaba, puesto que, tal y como les comentó, su padre había trabajado en la compañía minera hasta pocos años antes del cierre de las instalaciones.

Complacidos por lo visto decidieron retornar, el tiempo corría, el mediodía se acercaba y todavía tenían que volver al pueblo. Antes, uno de los jóvenes subió a una colina cercana para bajar después, sonriente, la pendiente. «¡Mereció la pena, el paisaje parecía teñirse de dorado, era precioso!», dijo, alborozado. En el camino de vuelta, en los árboles las avecillas cantaban y el calor del estío llenaba el aire.

Encontraron al Cañamón en el sitio convenido, el ambulante mercader se mostraba satisfecho de la venta mañanera. Previsor, se había avituallado de agua y forraje para el mulo, por lo que, equipado y servido, salieron del pueblo en dirección a Níjar. Hacía calor, el cielo lucía un azul intenso. La llovizna de la noche anterior había dado a gran parte del paisaje la vitalidad que días anteriores parecía haber perdido. El sol en lo alto calentaba y, ayudados por la sedienta tierra, poco a poco iban desapareciendo del suelo los testimonios de lluvia que la tormenta había dejado. El Cañamón era, desde luego, un hombre alegre y bonachón, lleno de refranes y sentencias. Con un estado de ánimo a prueba de bombas viajaba por los caminos de la provincia.

Después de que los jóvenes se hubieran acomodado en el carruaje, comentaron que habían dormido perfectamente y que la hospitalidad del posadero había sido magnifica. Se habían acercado a ver la iglesia y habían encontrado, frente a la puerta principal, un mirador denominado el Poyo de la Cruz, desde el que gozaron de una bella panorámica de las calles de la villa y sus paisajes. El anfitrión, que era una biblioteca parlante, les dijo que pasear por Lucainena significaba encontrar calles llenas de tradición que guardaban lo que antaño había sido un próspero pasado bullicioso, pero que en la actualidad era lo que era. Lo que podía ser, ¡vaya!

—Hace muchos años —prosiguió diciendo el buhonero—, a Lucainena la rodeaba una muralla árabe con seis torres que guardaban una principal en la que se refugiaban los habitantes en los asedios; de ahí el nombre de Lucainena de las Siete Torres. Ese es un hecho destacable en la historia del pueblo y es por lo que sus habitantes se sienten importantes; con el tiempo simplificaron y finalmente el nombre quedó en Lucainena de las Torres. Además, en esta población hubo, hace tiempo, unos baños de interés público. Al este de la villa, en el barranco de Juagarí, nace una fuente de aguas sulfurosas y cuentan los más viejos que un cerdo enfermo sanó al revolcarse en ellas, lo cual dio lugar a la aplicación de estas aguas a personas enfermas, que sanaban después de sus dolencias. Eso motivó que se construyeran unos baños públicos sobre el año 1850, visitados por numerosas personalidades de la época, destacando la

visita del ilustre poeta Francisco Villaespesa y de los versos que a ellos dedicó. Al llegar aquí, la voz del buhonero se tornó grave para recitar con buen tono:

¡Vieja Lucainena!
En la bulliciosa fiesta de tus baños,
mi romanticismo de los quince años
enfermó de amores y lloró de pena.

Los jóvenes agradecieron con aplausos la estrofa del poema. Un bache en el camino hizo que una blasfemia aflorase a la boca del Cañamón y dedicase más atención a la calzada. El viejo vendedor, ante su mal estado, no perdió la ocasión de mostrar su parecer.

—Algunos se quejarán de las malas carreteras y caminos de Almería y de la carencia de buenos y lujosos hospedajes, pero yo prefiero gozar de su soledad y de las costumbres pueblerinas francas y hospitalarias que dan encanto y calor a estas rutas y a estos viajes.

Los jóvenes, a dúo, dijeron que, visto lo visto, parecía que así era. Mientras tanto, Cantaor, el mulo, satisfecho del descanso que había disfrutado, caminaba con paso alegre por la carretera que atravesaba aquellos montes de la sierra de Alhamilla buscando la costa. En el paisaje, algún que otro cortijo en la lejanía rompía la monotonía.

III

De Lucainena de las Torres a Níjar

El Cañamón estaba contento, la visita a Lucainena de las Torres le había dejado pingües beneficios, y sabedor de que los jóvenes habían rellenado la bota de vinillo del país no perdía la ocasión de darle un tiento. Este hacer conseguía que fuera más locuaz, centrando ahora su disertación en la seguridad de los que viajaban y haciendo referencia a «esos otros tiempos», los de su padre o abuelo, buhoneros como él, en los que tenían que ir con armas para defenderse de los asaltantes de caminos. Según contaban, ni aun así había seguridad para los que tenían que llevar artículos de algún valor. «Y no hablemos de dinero», dijo con una carcajada. Aquí interrumpió su explicación para darle un prolongado tiento a la bota.

—Mi padre —continuó explicando el Cañamón—, igual que mi abuelo, llevaba el trabuco siempre dispuesto, colgado detrás de algún fardo o jarapa, y más de uno probó su 'medecina'. Ahora, afortunadamente ese problema se ha zanjado con la presencia de la Guardia Civil, y, aunque su dotación es escasa, su dureza en la represión del delito hace que los asaltantes se lo piensen. Aunque yo, por si acaso, voy preparado.

Al tiempo que hacía el comentario, el viejo vendedor metió la mano entre los pliegues de la manta sobre la que se sentaba y sacó una descomunal navaja que abrió dejando al descubierto una más que respetable hoja de acero.

—Esta es una 'siete muelles' y el que quiera robarme tendrá que pasar por encima de mi cadáver —habló con gesto feroz.

Los jóvenes escuchaban y al tiempo no perdían detalle del entorno. Aquellos montes que contemplaban, con nidos de aves rapaces, fueron en otros tiempos lomas de correrías moriscas. Eran crestas desprovistas de árboles y veteadas de granitos y mármoles quemados por aquel sol justiciero que abrasaba hasta las piedras. Pero aún así, en esa aridez, de cuando en cuando, alguna hilera de higueras dejaba ver su verdor.

Por una de las sendas que salían a la carretera vieron venir a un hombre montado en un burro y ataviado con un sombrero de paja que cubría su cabe-

za. El parlanchín les informó que se trataba del barbero, que iba por los cortijos cortando barbas y pelambreras, que ponía inyecciones si era necesario y que hacía un poco de todo. El viejo, para confirmar sus palabras, había parado la tartana esperando la llegada del sujeto. Al llegar este, le preguntó:

—¿Qué tal, Remigio?

—Pos bien, tío Cañamón, de pelar al Agapito y a sus hijos. También l'he puesto una enyección a la Carmela, que tie un dolor en la espalda. Ahora voy pa casa el tío Jeromito p'arreglarlo d'una pierna.

—Pues… ve con Dios, Remigio.

—Con Dios, tío Cañamón.

Y llevándose la mano al sombrero, en señal de saludo, continuó su camino. Por su parte, el buhonero azuzó al mulo y este inició la marcha. El tropiezo había sido pintoresco para los jóvenes, que, por lo oído, habían comprobado la dureza de la vida de aquellos seres en aquellos medios rurales y la precariedad con que subsistían.

Los efectos del calor y el vino empezaron a hacerse notar y el viejo vendedor, después de cantar parte de la canción de *El emigrante*, se dejó vencer por una somnolencia que transmitió a sus jóvenes acompañantes. Durante un largo rato, los tres viajeros se dejaron mecer por el pausado caminar de Cantaor que, como si supiese lo que acontecía en la tartana, acomodó el paso.

El animal conocía el itinerario. El paso lento del mulo los llevaba hacia el final del viaje. Antes avistaron un núcleo de varias cortijadas. El Cañamón abrió los ojos para decir que era la barriada de Rambla Honda, que a la zona se la conocía como Rambla Morales, en cuyos campos vivían grandes colonias de perdices, y que sus vecinos se dedicaban, como todos por allí, a la agricultura. A medida que el carro pasaba por aquellos parajes, los jóvenes pudieron observar los campos de cultivo y los aterrazamientos típicos del lugar, además de un copioso arbolado en la rambla.

Las moscas sobrevolaban la cabeza del mulo. Hacía calor. La tarde seguía su curso y, de momento, al hablador se le habían cortado las ganas de seguir con sus relatos. En lo alto el sol iba declinando y el campo se preparaba para pasar de la luminosidad de la luz a la oscuridad de la noche. A la caída del astro, el sendero que rodeaba una loma les puso a la vista la pequeña villa de Níjar, límite de ese insólito paisaje que son sus campos, y, por añadidura, una extensa llanura que apenas tenía casas. El tío Cañamón pareció barruntar el

pueblo y se enderezó en el pescante. Y como si la tragedia del Cortijo del Fraile hubiera sido protagonista de sus sueños comenzó a murmurar.

—Las aventuras amorosas terminan, las personas se traicionan y los amantes se separan. Creedlo, amigos, la humanidad está plagada de tragedias individuales. Y aunque suene horroroso, considerados a gran escala, son asuntos menores. Aquí alguien enloqueció. No fue consciente de que a cada cacerola le corresponde una tapa, como solía decirme mi abuelo mientras agradecía a Dios haber encontrado la suya en mi abuela.

Los jóvenes se miraron sorprendidos, no esperaban comentario alguno sobre el suceso. ¿Quizá la proximidad de Níjar? ¿Quizá la proximidad de…? Sin comentarios a la frase, se encogieron de hombros. A saber las cosas que debían pasar por la cabeza del Cañamón, pensaron.

La noche era dueña del espacio cuando entraron en la villa. Sabían que era el momento de despedirse de Ramón Fuentes, el Cañamón. Le estaban agradecidos por su amabilidad y por las enseñanzas que les había prodigado con su oratoria fácil y amena.

Los jóvenes buscaron una fonda o posada donde cenar y dormir. No tuvieron problema y rápidamente la localizaron. Una vez en ella recibieron una sorpresa agradable: la habitación era confortable y, cuando quisieron comer, la mesa estaba bien provista de productos apetitosos de la tierra. Después de cenar frugalmente se dispusieron a acostarse, al día siguiente tendrían que seguir y no sabían qué rumbo tomar. Por la mañana decidirían.

A la mañana siguiente, muy temprano, los ruidos producidos por un constante trajinar de gentes y carromatos los despertó. Era día de mercado. Desde la ventana de la habitación vieron cómo la calle comenzaba a llenarse de campesinos y mercaderes que traían sus productos para la venta. En un lado de la misma divisaron la tartana del Cañamón, ya situada para ofrecer su mercancía.

Había amanecido una buena jornada, el sol empezaba a estar en lo alto y el cielo libre de nubes prometía que iba a ser un día caluroso. También podía verse un amplio y variado paisaje desde aquella perspectiva, y es que Níjar era el corazón de la comarca, de una comarca sedienta en la que la falta del agua hacía que la pobreza campara a sus anchas. En la lejanía, la serranía del Cabo de Gata impedía ver el mar.

La noche anterior, durante la cena, habían escuchado, en una mesa próxima, hablar del problema que ocasionaba la falta de agua. Ahora, en el desa-

yuno, al ponerles la posadera dos vasos de este elemental líquido, los jóvenes recordaron la conversación y preguntaron a la mujer si era cierto que escaseaba tanto el agua.

—Sí, señoritos, así es —les respondió—. La provincia y, sobre to esta comarca, tie falta d'agua. No hay agua, solo la que se saca de las norias. Es un problema ya mu antiguo que se podía haber arreglao si la presa que s'hizo cerca de aquí el siglo pasao y las obras que s'hicieron s'hubieran hecho con sentío común.

—Entonces, ¿la presa? —preguntó uno de los jóvenes.

—Abandoná y muerta risa allá rriba. Si quien puen ir a verla. Está cerca'l pueblo.

Despertada su curiosidad por el comentario de la posadera y satisfecho su apetito con el abundante desayuno que ella misma les había servido, los dos compañeros de viaje decidieron que no estaría mal comenzar sus andanzas por la zona conociendo la historia de esa malograda presa.

—¿Qué, nos acercamos a verla? —preguntó Roberto a Pedro.

—¡Claro!, pero antes me gustaría mandar una postal a casa, que desde que regresé de Marruecos no han vuelto a saber de mí.

—¡Ah, muy bien! Ayer, al llegar al pueblo, vi una oficina de correos. Así aprovecharé yo también para escribir a mi hermana, que también hace mucho que no lo hago —concluyó Roberto.

Compraron en el cercano estanco unos sellos y un par de postales con paradisíacos paisajes de la costa nijareña, de esa costa que, con la sierra del Cabo de Gata como parapeto, se obstinaba en permanecer fuera del alcance de la vista de los dos jóvenes. Conformes por el momento con las imágenes que mostraban las postales, escribieron brevemente en ellas sus recientes experiencias, enviaron sus saludos a sus respectivas familias y se encaminaron, calle principal arriba, hacia la oficina de correos.

No tardaron en llegar. Mientras depositaban sus misivas en el buzón situado junto a la puerta de entrada, unos comentarios procedentes del interior de la pequeña estancia llamaron su atención. El funcionario que regentaba la oficina, al tiempo que dejaba a un lado la carta recién entregada por quien parecía ser un vecino del pueblo, hablaba con él con voz alta y clara. A través de la ventanilla, desde el otro lado del mostrador, sus palabras llegaban con fuerza hasta los viajeros.

—¡Otro año más con el agua escasa!, ¿eh, Mariano?

—Y los que nos quedan, Celes, los que nos quedan. —La voz del vecino también se dejaba oír con claridad—. Que como no lo remedie alguien, no vamos a tener agua ni pa beber, y menos, pa regar cuatro tomates.

—Aquí no hay remedio que valga, Mariano. Que nos han echao el mal de ojo, hombre. ¿O es que no te acuerdas de lo que pasó con la presa aquella que construyeron hace ya muchos años y que nos iba a dar agua pa regar todo lo que quisiéramos y más?

—¡Cómo no me voy a acordar! Si mi abuelo no habló de otra cosa en toda su vida. Menudo fracaso el de aquellos ingenieros.

Al llegar a este punto de la conversación, los jóvenes viajantes irrumpieron, decididos, en la oficina y, picados por la curiosidad, se dirigieron a aquel que había pronunciado las últimas palabras.

—Perdone, señor —se atrevió a decir Pedro—. Estábamos en la puerta y les hemos oído conversar sobre una antigua presa, y como suponemos que es la misma de la que nos han hablado esta mañana y es también la que queremos visitar mi amigo y yo, habíamos pensado...

—Habíamos pensado —interrumpió educadamente Roberto— que si ustedes son tan amables nos podrían contar lo que ocurrió en ese embalse, a qué distancia está del pueblo o qué nos vamos a encontrar cuando lleguemos allí. Nos sería de gran ayuda.

—¡Claro, muchachos! —respondió, solícito, el hombre llamado Mariano—. Miren, yo trabajo en el ayuntamiento, si se vienen ustedes conmigo les contaré allí to lo que quieran.

Acompañados del cordial nijareño, los jóvenes se acercaron hasta el ayuntamiento, un sencillo edificio de dos plantas que ocupaba uno de los laterales de la plaza principal de la villa. Frente a él se levantaba una iglesia de estilo mudéjar de sobria y armónica construcción, con una imponente torre fortificada en una de sus esquinas. Más tarde sabrían, por boca de su improvisado guía, que se trataba de la iglesia de la Anunciación y que había sido edificada sobre la que fuera mezquita del lugar en tiempos de la dominación musulmana.

Habían penetrado en el consistorio y subido a una de las salas de la planta superior. El hombre llamado Mariano, después de saludar a quienes allí trabajaban, se dirigió hacia una de las mesas y se sentó tras ella.

—Siéntense ahí mismo —les dijo, indicándoles un par de sillas junto a lo que parecía ser su lugar de trabajo.

Colocó unos cuantos papeles que andaban desperdigados por encima de la mesa y, acomodándose en su asiento, se dirigió a los jóvenes viajeros.

—Así que quieren saber lo que pasó con ese embalse que nos iba a dar agua y luego na, ¿no? Pues presten atención, que, si la memoria no me falla y mi abuelo no mentía, la historia fue más o menos así:

Sería allá por el año 1842 cuando empezaron a construir el dichoso pantano por la rambla del Carrizal, en un sitio que llamamos los Tristanes. Mi abuelo tenía por entonces poco más de doce años y fue su padre quien estuvo trabajando en la cantera que había allí al lado, de donde sacaban la piedra para la construcción de la presa. En el pueblo, y en toda la comarca, la gente se las prometía muy felices, ¡al fin iban a tener agua de sobra! Al menos, eso es lo que les decían los ingenieros y los que mandaban en aquellos tiempos: que si el embalse almacenaría no sé cuantos miles de millones de litros, que si no sé cuantos miles de fanegas de tierra se iban a regar con ellos… Eso sí, según decía mi abuelo, que iba muchos días allí acompañando a su padre, la obra era gigantesca, la más importante de aquellos tiempos, y se le ponían los ojos como platos cuando veía aquella pared tan enorme y tanta gente trabajando por todos lados. El muro tenía más de cuarenta metros de largo y treinta y tantos de alto.

Tardaron ocho años en acabarla y cuando la inauguraron vino hasta el gobernador de la provincia; lo curioso es que, tal y como mi abuelo me contaba, y nunca supo por qué, del ayuntamiento no se presentó nadie. ¡Vayan ustedes a saber lo que pasaría! Y eso que la reina había dado permiso para que el pantano llevara su nombre: Embalse de Isabel II.

Pero ¡qué poco duró la alegría! A los pocos años, el arrastre de las tierras empezó a llenar el pantano y, en menos de veinte, quedó totalmente cubierto por los lodos. ¡Qué fracaso! Por lo que cuentan, los ingenieros y los que tenían que saber de estas cosas no habían estudiado bien las condiciones de aquellos terrenos. Si hubieran preguntado por aquí a la gente… otro gallo nos habría cantado.

Así que los campos de Níjar se quedaron sin el agua prometida, los ingenieros, sin prestigio y los que habían puesto los dineros —más de seis millones de reales según mi abuelo—, sin sacar beneficio alguno. Un desastre.

Pedro y Roberto no habían perdido detalle de todo lo relatado por su interlocutor, que, no queriendo desentonar con el modo de hablar de los dos

jóvenes, se había esforzado en evitar ciertos giros en su lenguaje. Después de haberlo escuchado, a los viajeros les aumentaron aún más las ganas de ver aquella gran obra hidráulica que tan poca vida tuvo antes de pasar a la historia.

—¿Qué? ¿Qué les ha parecido lo que les he contado? —preguntó el ufano narrador—. ¿A que no se esperaban un final así, tan desastroso?

—No, la verdad es que no —respondieron ellos casi al unísono.

—Pues ahora que ya saben lo que pasó, lo que pueden hacer es ir a ver lo que quedó de todo aquello y comprobarlo personalmente. A poco más de una legua del pueblo, ahora les digo por donde salir, encontrarán la presa y también una casa que sirvió de vivienda y de oficinas.

Los viajeros no perdieron más tiempo, querían aprovechar lo que quedaba de mañana. Tras escuchar las indicaciones del hombre y agradecerle efusivamente su amabilidad, abandonaron el ayuntamiento y emprendieron el camino con dirección al embalse.

No habían transcurrido dos horas desde que salieron del pueblo cuando la monotonía ofrecida por el árido paisaje por el que habían transitado hasta entonces se trocó en un magnífico espectáculo. Cerrando la rambla, ajeno al paso de los años, como esperando aún sujetar unas imaginadas aguas, el gran dique se mostraba, digno, ante los ojos de los dos exploradores. Altanero, el que fuera efímero contenedor de miles de metros cúbicos de agua y de otras tantas ilusiones frustradas en ningún caso se consideraba un fracasado. Desde su prolongada soledad parecía clamar ante aquellos inesperados visitantes: «No, no fue mío el fallo sino de quienes no supieron aportarme el caudal necesario para mi eficaz funcionamiento».

Como si hubieran sido invitados por aquel gigantesco armazón, los jóvenes no resistieron la tentación de caminar sobre el muro de la presa para, aprovechando su altura, apreciar más de cerca la obra de ingeniería. Lo hacían con precaución, pues habían sido advertidos en el pueblo del peligro que encerraban unos cuantos pozos sin protección que debieron haber servido para acceder al interior del dique. Contentos por la experiencia, pero no del todo satisfecha su curiosidad, continuaron con su inspección acercándose hasta la casa que el hombre llamado Mariano les había indicado. Su emplazamiento y la soledad de aquel lugar habían convertido a la antigua vivienda en el impasible centinela de aquellos parajes y en la mejor atalaya desde donde contemplar una panorámica del conjunto.

Aunque el calor no había sido tan agobiante como el de días anteriores, gracias al escudo de algunas nubes que protegían de vez en cuando del sol castigador, lo cierto es que la caminata hasta el embalse y el ir y venir por sus alrededores habían hecho mella en el ánimo de los dos viajantes. Algo cansados, buscaron un lugar que les resultara lo suficientemente cómodo y se aprestaron a sacar de sus mochilas el queso y el pan que, previsores, habían comprado antes de salir de Níjar. Con el apetito que se les había despertado, no tardaron en dar buena cuenta de aquellas sencillas viandas que, sin embargo, se zamparon como si del más exquisito manjar se tratase. Echaron en falta un buen trago de vino de la bota que habían olvidado rellenar, pero se conformaron con el agua que aún se conservaba fresca en sus cantimploras. Saciadas el hambre y la sed, perentorias necesidades del cuerpo, los dos jóvenes pusieron luego su atención en las del espíritu y se dedicaron a admirar el paisaje.

De vuelta al pueblo, volvieron a encontrarse con su apreciado buhonero, el Cañamón, que partía ya en busca de otros lugares donde vender su mercancía. Después de hacerle saber dónde habían estado aquella mañana y lo mucho que les había interesado la historia de la presa y el lugar, le expresaron las dudas que tenían acerca de hacia dónde continuar el viaje.

Los dos jóvenes no se ponían de acuerdo: por un lado, les apetecía seguir juntos, pero, por otro, las preferencias de cada uno los dividían. Tenían que decidirse. A Pedro le atraía Mojácar, había oído hablar algo de ese lugar que le seducía y tenía ganas de conocerlo. También la comarca del mármol y su pueblo más importante, Macael, despertaban su interés y su curiosidad. Para Roberto, sin embargo, el punto de atracción eran las minas de oro de Rodalquilar y la costa. Al pensar en las minas recordaba la cantidad de novelas del oeste americano que había leído y a su autor favorito: Marcial Lafuente Estefanía. ¡Cuántas veces se había 'visto', al leerlas, buscando oro en un poblado de la cuenca aurífera! ¡Las veces que en el cine había rugido de emoción viendo peleas motivadas por el oro y jaleado a sus actores favoritos, Kent Maynard y Bob Steele! Ahora, su mente volaba pensando cómo sería la cuenca minera de Rodalquilar. Ansiaba poder vivirla.

El Cañamón, viendo la incertidumbre de los que, poco antes, fueron sus compañeros de viaje, comenzó a hablarles de las excelencias, no solamente del valle minero, sino de toda la zona, y les aconsejó que la visitaran. Para Roberto, lo que decía el viejo buhonero era palabra de rey, le inspiraba confianza, le había convencido con sus descripciones y por eso seguía decantándose por aquella parte de la provincia. El señor Ramón, observando que los jóvenes

podrían llegar a separarse por no querer dar ninguno su brazo a torcer, sugirió que podrían ir hasta Mojácar, pero bordeando la costa. Para ello les trazó en un trozo de papel un burdo plano, iniciando la ruta desde San José, y desde allí, costeando, visitar Los Escullos, la Isleta del Moro, el Mirador de las Amatistas y llegar hasta el valle de Rodalquilar para visitar sus minas; continuar después hasta la fortaleza sita en el Playazo, proseguir hasta Las Negras y finalizar en Mojácar, pasando por Carboneras.

—Ya veréis como os alegraréis de hacerlo —les comentó el Cañamón—, ya que la ruta que os propongo tiene unas calas maravillosas, y con playas vírgenes poco holladas por los hombres. Si queréis visitarlas veréis que son solamente utilizadas por pescadores y contrabandistas.

Ante la interesante propuesta del buhonero, satisfactoria para ambos, los jóvenes decidieron continuar juntos la aventura y reemprender el camino al día siguiente. Se despidieron, esta vez sí, definitivamente de su amigo y guía el señor Ramón y dedicaron el resto de la tarde a un indolente caminar por las calles del pueblo. Nada quedaba a esas horas de la tarde del bullicio ocasionado por campesinos y granjeros en su afán de vender sus animales y sus productos en día de mercado, ni tampoco del trasiego de vecinos y forasteros alrededor de las mercancías. Todos se habían ido. Ahora, pocas son las gentes que circulan por entre las casas y se puede pasear sin que nada altere la intención.

Al pasar por una de las calles, más arriba de la plaza de la iglesia, Pedro desvió su atención hacia la entrada de una de las tiendas que, a pesar de la inminente caída de la tarde, aún permanecía abierta.

—Mira, Roberto, qué telas más raras. No las había visto antes.

—Yo tampoco —le respondió con interés—. Vamos a preguntar.

Picados por la curiosidad, los dos amigos penetraron en la tienda. Sentada en una silla baja de anea, una mujer de avanzada edad, totalmente vestida de negro, parecía ser la única persona a la que dirigirse.

—Buenas tardes, señora —saludó Pedro respetuosamente—. Queríamos saber de qué están hechas estas telas tan extrañas que tienen ustedes expuestas por toda la tienda. No las habíamos visto nunca y nos han llamado la atención.

La mujer tardó un tiempo en responder. La irrupción de los dos jóvenes había interrumpido su habitual estado de somnolencia en esas últimas horas del día.

—¿Telas extrañas?, ¿qué telas extrañas dicen? —inquirió, sin saber muy bien qué querían aquellos mozalbetes.

—Todas esas que cubren las paredes, y esas otras que están plegadas —dijo Pedro, un tanto sorprendido por la pregunta.

—¡Ah, sí! Esas telas extrañas, como dicen ustedes, son jarapas —acabó por decir la señora, ya algo más despierta.

Los jóvenes se miraron sorprendidos por aquella palabra que nunca antes habían escuchado.

—¿Y nos podría decir de qué están hechas y cómo se hacen? —preguntó Roberto, cada vez más interesado.

No estaba acostumbrada la buena mujer a ese tipo de preguntas. La clientela a la que vendían normalmente sabía muy bien lo que compraba. No obstante, haciendo gala de esa amabilidad que en los pueblos suele destinarse a los forasteros de paso, se dispuso a explicar en qué consistían aquellas telas que tanta curiosidad habían despertado en aquellos señoritos.

—Mirad, jovencitos. Estos tejíos, a los que llamamos jarapas, están hechos con tiras de telas. Las sacamos de los retales de la ropa usá, y la urdimbre es de algodón. Como podemos mezclá el coló, el tipo y el ancho de las tiras de tela como ca uno quiera, pos salen como las ven ahí: toas distintas unas d'otras.

La mujer sabía de lo que hablaba, se notaba su experiencia en el oficio o, al menos, esa era la sensación que tenían los dos amigos, simples viajeros curiosos y absolutos ignorantes en el arte de los telares.

—Son muy originales y, para estar hechas de retales, son muy bonitas —comentó Pedro mientras tocaba una de las jarapas de menor tamaño que se apilaban junto a él—. Si tiene usted dos parecidas a esta nos las llevamos.

—¡Qué buena idea! —apuntó Roberto—. No abultan mucho y nos pueden servir para tumbarnos en el campo.

—Por aquí las usamos pa muchas cosas —dijo la mujer—, pero, sobre to, p'alfombras y pa proteger los colchones de los roces de los somieres.

La señora les sacó dos jarapas muy parecidas, del mismo tamaño, y les recomendó que si querían saber más cosas del pueblo que no dejaran de visitar el taller de alfarería cercano, que era de un primo suyo y que les iba a gustar mucho la cerámica que hacían en él. Pedro y Roberto, agradecidos por las explicaciones recibidas, se despidieron de la mujer y, más por cumplir que por verdadero interés, se dirigieron hacia el taller recomendado. No tuvieron

que perder mucho tiempo, era tarde y el taller estaba ya cerrado. Comenzaba a anochecer, con lo que los dos compañeros de viaje, acordándose de la buena comida y de lo confortable de las habitaciones, decidieron volver sus pasos hacia la posada de la noche anterior. Allí, mientras les servían la cena, pudieron preguntar a la gentil posadera acerca de si la cerámica del lugar era tan buena como habían oído decir; ella les dijo que desde luego que sí, que era de las mejores que había en toda la región y que se vendía por toda la comarca, y que era tradición desde el tiempo de los árabes.

Cumplido con la cena el apetito y más o menos satisfecha la curiosidad con lo dicho por la posadera, los dos amigos se retiraron a descansar. Al día siguiente tendrían que madrugar si querían iniciar el recorrido propuesto por el Cañamón. Estaban de suerte. Además de la información que les había proporcionado para que continuaran el viaje, el Cañamón había mediado con un pariente para que a su regreso del mercado los llevara en el carro hasta San José.

IV

De Níjar al Pozo de Los Frailes

Por alguna extraña razón, a Roberto le resultaba reconfortante ponerse en camino antes de que despuntase el sol. Intuía que es la conciencia de estar ya en pie y al acecho de la vida mientras la mayoría de la gente duerme lo que en su incurable simpleza tendía a saborear como una ventaja. O quizá era la perspectiva de ver clarear el horizonte y salir el sol, un espectáculo que no por repetido perdía su belleza y su misterio. Lo cierto es que aquel día, poco después de las seis de la mañana, observaba cómo iba dejando tras de ellos las luces del pueblo con un incongruente bienestar. Y era incongruente porque estaban emprendiendo un viaje que no sabía dónde los llevaría. Los lugares a los que iban eran desconocidos y solo tenían las referencias del bueno del Cañamón.

A primera hora de la mañana estaban en el lugar acordado. Allí, en el límite del pueblo, esperaba el carro. El hombre se llamaba Damián y aprovechaba el viaje que hacía a vender sus productos al mercado de Níjar para hacer encargos que le pedían los lugareños. De vuelta tenía que ir entregando o recogiendo lo encargado, y esa era la razón por la que, ahora, se dirigían a Los Albaricoques, un pequeño grupo de casas que debía su nombre, tal y como les dijo el arriero, a uno de sus primeros pobladores, aquel apodado Albaricoque. La siguiente parada sería en una cortijada llamada el Pozo de los Frailes.

Durante el comienzo del trayecto hasta aquel lugar de nombre tan evocador de apetitosa fruta, los viajantes optaron por concentrarse en sus pensamientos, y ni el arriero ni sus acompañantes dieron en interrumpir este tan saludable como generalmente descuidado ejercicio. Todos ellos andaban enfrascados en cavilaciones que se intuían muy dispares. Los jóvenes habían observado la impresionante llanura interrumpida por diseminadas filas de chumberas y algunos cortijos muy alejados unos de otros con pequeñas zonas de cultivo que, según Damián, eran sandías. El tiempo les regalaba un buen día. El sol hacía rato que había empezado a calentar y los jóvenes se defendían de los rayos solares con unos sombreros de paja, idénticos a los utilizados por los campesinos, que habían comprado al bueno del Cañamón. Así tendrían un recuerdo de él.

Cruzaron una calzada, era la carretera de Garrucha. El paso vivo del mulo los llevó a la estribación de una elevación. Los jóvenes, hablando entre ellos, creían estar frente a la sierra de Gata. El conductor del carro los sacó del error.

—No, este monte es la Serrata, sierra de Gata está'l otro lao —les dijo.

El carro subió con dificultad la cuesta y ya en la cima, señalando un grupo montañoso que se divisaba en la lejanía, siguió Damián con sus explicaciones.

—Aquello es la sierra de Gata, y el pequeño grupo de casas qu'hay a la izquierda, Los Albaricoques, allí pararemos. Algo más allá, a unos pocos kilómetros hay un cortijo con mu mala fama. No sé si mi primo, el Cañamón, les ha contao algo, pero ca vez que lo recuerdo me pongo malo.

Miró a los jóvenes para ver el efecto de sus palabras.

—Algo nos ha contado, no mucho —se decidió Pedro a hablar—. Yo conocía algo de la historia por haberla leído.

El hombre se pasó la mano por la pelambrera y con palabras que parecían bufidos dijo:

—No se pue ir de guapo por la vida. Más de una vez se lo dije, y no hacía caso, creía que su guapura l'iba a solucioná la vida; y de alguna forma se la solucionó, pero no de la forma qu'él quería.

Los jóvenes esperaron en silencio a que Damián continuara hablando, pero este, con sus palabras llenas de ira contenida, había dado por concluida su charla. Otra vez el silencio se adueñó del carro, un silencio solo roto ahora por las aves que surcaban las alturas de un azul luminoso que llenaba los sentidos.

Llegados a Los Albaricoques, apenas se detuvieron unos instantes, de tal modo que a los jóvenes viajeros no les dio lugar ni a bajar del carro. A los pocos minutos, ellos y su curioso conductor se encontraban prosiguiendo su camino hacia el Pozo de los Frailes. De pronto, el arriero, un hombre chaparro de pelo agreste, de alrededor de cincuenta años, empezó a cantar. Su voz era agradable y sonó potente en el silencio del campo. El cantante se gustaba. Cuando terminó el fandango, Pedro le dijo que su voz tenía gran parecido a la de Pepe Marchena, y Damián, ante el elogio de los viajeros, les comentó que le hubiera gustado ser cantaor.

La canción y los posteriores aplausos habían roto el hielo que había dejado la simple mención de una tragedia ocurrida por aquellos parajes. Damián se mostró entonces como un consumado parlanchín. Comenzó a decir que su

parentesco con el Cañamón era de segundo grado, pero que lo apreciaba mucho, que habían pasado juntos, las familias, muchas fatigas… Al llegar a este punto su rostro se ensombreció.

—Hay gentes mu desagraecías —siguió el arriero—. Miren, sé por mi pariente q'ustés son buena gente, gente de ley, si no fuera así no me los habría recomendao. Los recuerdos m'han puesto sentimental y les voy a contar lo que nos ocurrió a la familia.

Eran tiempos de la guerra. Aquí vivíamos tranquilos, trabajando nuestras familias en las faenas del cortijo. En este campo paecía no haber problemas, y, de repente, la catástrofe, como si un rayo l'hubiera partío to, cuando más a gusto nos encontrábamos en la vida, a pesá de la escasez y de los rumores. Un día apaeció un grupo de milicianos, eran gente de Jaén y de Málaga y to se perdió pa siempre. Mi pare s'opuso a que cometieran ningún atropello en el cortijo y el grupo se lo llevó, maniatao como si fuera un criminal, él que nunca se metió en na estuvo a punto de que lo fusilaran por defendé las posesiones del ama. Esta, antes de marcharse, l'había rogao encarecíamente que cuidase del cortijo y de sus tierras.

—Tomás, por tu salud —l'había dicho—, tú eres un hombre bueno. Si vienen esos salvajes por aquí, habla con ellos, a ver si puedes salvar algo.

Mi pare, por seguí sus órdenes, estuvo a punto de morí. Se salvó gracias al Saturnino, uno de Fernán Pérez que llegó en otro grupo y que sacó la cara por mi pare. Mi abuela decía que merecía que l'hubieran descerrajao un tiro por idiota, que tenía qu'haberle dicho a la señora que viniera ella a defendé lo suyo. Lo más triste es que cuando acabó la guerra y el ama vio qu'habían quemao, a pesar de las trabas de mi pare, libros y algunos muebles, nos echó a la calle y trajo personal nuevo. De pronto nos vimos en el campo sin na pa ganarnos la vida. Tuvimos que refugiarnos como pudimos en casa de familiares. Mi primo y yo, que ya éramos zagalones, empezamos con el estraperlo y el trapicheo hasta que conseguimos el trabajo qu'ahora tenemos.

—Como verán tengo derecho pa decí qu'hay gente mala —concluyó el arriero, dando por finalizada la historia y dando comienzo a otra—. Pero que también l'hay güena, porque en el trapicheo tuvimos una encontrá que si no es por mi pariente, el guardia civil, lo hubiéramos pasao mal.

Fue en el Playazo, ahí al lao, con una barca que traía tabaco americano; cuando lo íbamos a recogé, la pareja de la Guardia Civil nos dio el alto, tos salimos corriendo partiéndonos en dos grupos, dos por un lao y el Cañamón y yo por otro. La pareja se dividió, y el que vino tras nosotros resultó ser el Ginés, un pariente qu'al verme m'hizo un gesto pa que siguiera corriendo. A los otros tampoco los cogieron, pero como nosotros teníamos antecedentes nos llamaron al cuartel en Rodalquilar.

Ni que decí tie que llegamos al cuartel acojonaos. Allí nos esperaban en un pequeño despacho un sargento y mi pariente. El sargento preguntó al guardia si reconocía en nosotros a los jóvenes qu'huyeron. Ante la negativa de este, no pasó desapercibío pa nosotros la manera en que suspiró a continuación ni el modo en que, con voz neutra y mu despacio, pero llenándose plenamente d'aire los pulmones, pronunció aquellas palabras: «Una vez perdido, no se recobra jamás».

Y girando sobre sus talones abandonó la habitación, dejando a mi pariente un poco menos que desconcertao. Tiempo después, un día, le pregunté al Ginés qu'había querío decí su superior, y me contestó qu'el sargento l'había recordao algo que, en su situación, era peor qu'el peor de los insultos del diccionario. Según me dijo, el artículo primero de la cartilla del guardia civil, redactao allá por el año 1845 por el duque de Ahumada, aquel visionario qu'organizó el Cuerpo pa tratá de meté en verea y, de paso, en la modernidá a un país medieval asolao por caciques y bandíos, rezaba así: «El honor ha de ser la principal divisa del guardia civil, debe por consiguiente conservarlo sin mancha. Una vez perdido no se recobra jamás». Nadie qu'hubiera pasao por una academia del cuerpo dejaba de memorizar esas palabras que, por lo que siguió contándome el Ginés, no por casualidá, aquel hombre ilustrao puso en las fachás de su obra.

La charla de Damián se interrumpió. Ante ellos una enorme noria les daba la bienvenida: habían llegado al Pozo de los Frailes. Un pequeño grupo de casas de estilo árabe formaban el pueblo y, en el entorno, una serie de cortijadas alimentaban sus huertas con el agua que extraía de las entrañas de la tierra la gran noria comunal construida por los árabes varios siglos atrás; los frutos de aquellos regadíos eran los que Damián subía a vender al mercado.

El arriero, antes de alejarse para cumplir 'los mandaos', explicó que este pequeño grupo de casas y otro menor que acababan de pasar eran conocidos antiguamente por Las Bocas. Pero no sabía por qué motivo el núcleo más pequeño se quedó con el nombre de Boca mientras que el lugar donde se en-

contraban en aquel momento había recibido el apelativo de Pozo, ambos con la denominación del Fraile.

Los viajeros se dispusieron a comer, el sol estaba en lo más alto y el calor se dejaba sentir con rigor. Buscaron con la mirada una sombra donde guarecerse. La parra que veían en el frontal de una vivienda les ofrecía su invitadora protección, incitándolos a disfrutar de su cobijo. Al dirigirse hacia allí, sintiendo el duro sol de las tres de la tarde pegando duro sobre el cogote, vieron que un viejo sentado en una silla los estaba observando.

—Buenas tardes —saludaron los jóvenes al unísono.

—A las güenas tardes —contestó el hombre—. Cuánto bueno por aquí, amigos. ¿Qué les trae por aquí?

—Vamos a esperar a Damián a la sombra de la parriza si usted no tiene inconveniente. Estamos visitando y explorando la comarca y esta nos está gustando —dijo Roberto.

—Pos si no conocen las playas, se van a sorprender, son estupendas. Si van a San José, ya verán, ya verán, y no digo na de Los Genoveses y Mónsul, esas sí que son güenas. Anda que no he ido yo de veces cuando era zagal.

Los jóvenes habían sacado del macuto la bota de vino, un pedazo de pan y un trozo de blanquillo, un embutido de la zona de Macael, según les habían dicho. Lo habían probado y tenía un sabor agradable. Se sentaron en el suelo de tierra y se dispusieron a comer, pero un enjambre de moscas no tardó en rodearlos y en hacer desagradable el momento, por lo que el anciano, dándose cuenta del apuro que pasaban, los invitó a pasar a la casa.

—Pasen ustés en dentro, y así podrán comer tranquilos. Las moscas a esta hora del mediodía se ponen inaguantables, sobre to cuando hay comía. Cuando termine el Damián se figurará que están ustés aquí y llamará.

En el interior de la casa hacía una temperatura agradable, la habitación era espartana, muy parecida a las que ya habían tenido la oportunidad de conocer. En el centro de la estancia, una tosca mesa cuadrada de madera y, pegadas a las blancas paredes, desnudas de abalorios, sillas forradas de esparto y una cantarera. El viejo acercó tres sillas a la mesa, y se sentaron, al tiempo que los jóvenes se daban cuenta de las miradas que el buen hombre dirigía a la bota.

—¿Le apetece un trago? —le preguntaron, una vez sentados.

—Eso nunca se rechaza —contestó este. Y cogiendo la bota con las dos manos, se atizó un largo y sonoro trago.

El anciano era bajo y delgado, de bigote y pelo canoso; los años y el sol habían trabajado en la piel de su rostro, marcando en sus arrugas el paso del tiempo.

Después de beber se acomodó en una silla y preguntó:

—Y, además d'andar por aquí, y perdonen ustés la pregunta, ¿se pué sabé dónde van los señores?

Los dos amigos se miraron y Pedro esperó a engullir el trozo de blanquillo que tenía en la boca.

—Estamos viajando —contestó—, conociendo la provincia, pero no vamos a ninguna parte en concreto.

El viejo se sonrió y la sonrisa dejó ver unos dientes ennegrecidos en una boca desdentada. La afabilidad de la mueca le sirvió para seguir con la charla.

—Está güeno ese vinillo, con su permiso voy a darle otro tiento —comentó. Y sin esperar la respuesta volvió a darse un gran trago. Concluido este se limpió la boca con el dorso de la mano y se pasó con deleite la lengua por los labios—. Eso está bien, queré conocé cosas es güeno —prosiguió el hombre—. Yo también, de joven, he viajao lo mío. He ido dos veces a la capital, a Almería, y a la feria de Albox, otras dos, y una vez a Garrucha. Y si les cuento que estuve en Marruecos, en Melilla… Me licencié un año antes del desastre del Barranco del Lobo. Yo estaba…

—¡Tío Sátur! ¿Está usté ahí? —la voz de Damián interrumpió al animado narrador—. Si están con usté los viajeros qu'han venío conmigo, dígales que salgan, que nos tenemos qu'ir ya.

Los jóvenes recogieron las pertenencias y salieron con rapidez, no sin antes agradecer al simpático hablador su hospitalidad, prometiendo que si volvían se pararían a escuchar el final de su relato. Desde la puerta, el buen hombre les decía adiós con la mano mirando tristemente cómo se alejaba, no el carruaje, sino la bota de vino.

V

Del Pozo de los Frailes a San José

La canícula se expresaba en su máximo esplendor, el calor adormecía los músculos. Escocían las axilas. Gotas de sudor se deslizaban blandamente por el cogote cuando salieron del pueblo.

—¿Qué les ha tratao el tío Sátur? Seguro que les estaba contando la historia del Barranco del Lobo —farfulló Damián—. En cuanto tie ocasión endiña lo d'aquella batalla de Melilla al primero que llega. La verdá es qu'esa historia, hace muchos años qu'estaba ya en boca de tos. Hasta cantábamos una canción que recuerdo decía algo así:

En el Barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles
que murieron por España.

Su bonita voz quedó en el aire, esparciéndose con la brisa, como un mensaje del hombre a la naturaleza. Enseguida, dejó de cantar, dejando paso al comentario.

—La verdá es qu'aquello fue un desastre. Yo no entiendo, pero decían, los que decían que sabían, qu'aquella carnicería s'había podío evitar.

El silencio se adueñó del grupo, roto solo por el crac, crac de las chicharras que saltaban sobre lentiscos, tomillares, esparto, palmitos y algún solitario olivo. Unos minutos después, Damián daba un giro a la conversación.

—En este tramo vamos a ver molinos de viento, norias de sangre, hornos y aljibes árabes, aunque, antes, ya hemos dejao algunos en el camino por el qu'hemos pasao. Son restos del paso de los hombres qu'han vivío por aquí.

—Noria de sangre… —repitió Pedro—. ¿Por qué se llama así?

—Se llaman así porque es un animal el que las mueve, por lo general, un burro —contestó el arriero.

—¿Y qué otras norias hay? —insistió el joven.

—Está la d'agua, que se mueve por la corriente d'un río, cosa qu'aquí, como ven ustés, no pue se. Aquí somos más bien de secano.

En la lejanía apareció San José. El arriero hostigó al mulo.

—Vamos Gasógeno, que ya llegamos —le voceó, para que el animal acelerara el paso.

El carruaje se tambaleó por las incidencias del terreno. Avanzaban por una carretera de tierra en dirección al mar y, ante la inminente llegada, cada uno de los ocupantes del carro se había encerrado en sus pensamientos. Pedro trató de vaciar su mente de todo lo que no fuera el viaje hacia Mojácar y lo que allí se encontraría; le ayudaba en este ejercicio la estampa del Mediterráneo que se dejaba ver al frente y el sol que espejeaba sobre su superficie.

Roberto, por su parte, desde la salida, tal vez por el calor, se había amodorrado un poco. Durante el trecho que habían recorrido había intentado dormir, tiempo sobrado para que le asaltaran los recuerdos. Sabía que tan pronto como se quedaba a solas con los escombros del pasado, y a merced de esa tristeza en la que nunca lo acompañaban las excusas, aquellos se aprestaban a acusarlo. Intentó desechar los pensamientos y centrarlos en el pueblo al que se dirigían; al fin y al cabo, era él quien había forzado el venir a verlo y esperaba no defraudarse. Al menos, el Cañamón parecía enamorado de aquel sitio.

San José era un conglomerado de pequeñas casillas, apenas una decena, ocupadas por pescadores. Una edificación de vigilancia costera aposentada en un promontorio a la entrada de la rada ejercía de vigilante. La bahía era preciosa, y la vista desde cualquiera de los montes que la rodeaban, pensó Roberto, tenía que ser maravillosa. Aquello era un paraíso natural, tenía razón el buhonero. Un bosquecillo junto a una rambla que desembocaba en la arena dorada de la playa daba al lugar un aspecto de oasis placentero, lo que acrecentaba la sensación de estar ante un lugar diferente, donde la paz había encontrado su lugar exacto para desarrollarse.

—¡Ahí tien el paraíso! ¡San José! —exclamó Damián, señalando con el brazo.

El mulo pareció agradecer la suave bajada que llevaba hasta allí. El arriero paró el carro junto a una arboleda.

—Final del viaje —indicó a los viajeros—. Tengo que quearme aquí seguramente dos o tres días. Tengo qu'hacer cosas. Si pa cuando me vaya andan toavía por aquí, no tendré problema pa llevarlos conmigo. Tendré qu'ir a Rodalquilar, y supongo que les vendrá bien porque querían conocerlo. Lo dicho, si están, los encontraré; como ven aquí hay poca gente, tos nos conocemos y

hay pocos sitios donde ir. Aquí no hay donde hospedarse, por lo que se tendrán qu'apañar durmiendo en la playa o debajo los árboles, que tampoco es un gran problema. Así que… adiós, muchachos.

Los jóvenes agradecieron las atenciones, recogieron los macutos y los dejaron a la sombra del arbolado; dormir a la intemperie no era nuevo para ninguno de los dos, y allí la cálida temperatura haría más cómoda la noche. Decidieron buscar el lugar donde descansarían, ahora que había luz, y exploraron la zona. No tuvieron problema, el lugar ofrecía múltiples sitios idóneos para la acampada. Una vez establecido el campamento decidieron conocer un poco el entorno.

La luz pulverizada de la tarde ahogaba la mirada entumeciendo los ojos. En la altura el cielo azul radiante iba palideciendo. El sol había perdido su fuerza y la brisa marina acarició sus caras. El mar parecía un espejo. Pedro se agachó y cogió unas piedras planas y las tiró sobre las aguas, deleitándose viendo cómo brincaban sobre la placidez de las mismas, haciéndole recordar momentos vividos en el río Alberche. Respiraron con fruición el airecillo fresco y sus pulmones se llenaron de yodo y sal marina. Se tumbaron boca arriba en la arena y vieron un cielo increíblemente azul que los contemplaba y daba la bienvenida.

Así estuvieron largo rato, en silencio, cada uno con sus pensamientos. Pedro, reconociendo que había sido buena la idea de conocer aquello. Era increíblemente bonito, se lo iban a pasar bien recorriendo aquella playa y las calas que se adivinaban acogedoras y que a buen seguro habría. Aquella arena y la turgencia de las aguas hacían pensar que sería una gozada el disfrutar de ellas.

Roberto por su parte daba gracias al bueno de Cañamón por haber insistido en que conocieran la zona. Se estaba bien allí. Tendido sobre la arena, su memoria se retrotrajo a los años que había pasado a la orilla de aquel mar, y le acometió la nostalgia. Lo había echado de menos los años que había vivido en Madrid, y era una sensación extraña, porque de ella se desprendía que no acababa de encontrar su lugar en el mundo. Si había de decidirlo en función de los años que había pasado en él, su lugar era Madrid, donde había pasado dos tercios de su vida. Pero algo se había quedado muy dentro de él en Alicante, en esa esquina de la calle Villavieja, donde aprendió a mirar la línea del horizonte, donde el azul del Mare Nostrum había conquistado un lugar en su alma y su memoria. Por culpa de esa impresión, habiendo vivido casi toda su vida tierra adentro, padecía, sin saberlo, de aquella añoranza del horizonte abierto

del mar. Ahora lo percibía con más intensidad, sin percatarse, posiblemente, de que ahí estaba su insistencia en conocer esa parte de la costa. Quiso llenarse de mar y se levantó para verlo mejor, lo miraba como si quisiera adueñarse de él. El sol declinante arrancaba del agua destellos que no le importaba que hirieran por un instante su retina. Había algo placentero en dejarse deslumbrar por esa luz moribunda que iba menguando poco a poco y que causaba al ojo un daño controlado y reversible.

Él había visto las barcas, pero en ese escudriñar, en ese querer abarcar todo con la vista, descubrió al lado de estas, en un lado de la playa, a unos hombres sentados en la arena alrededor de unas redes que al día siguiente usarían para faenar. Eran pescadores. Roberto se volvió hacia su compañero de viaje.

—Hay unos hombres, parece ser que arreglando redes, ahí al lado —le dijo—, ¿te apetece venir?

—Vamos a verlos —contestó Pedro levantándose de un salto—, y a la vez averiguamos si se puede comprar algo para comer.

Los jóvenes caminaron descalzos por la playa hasta llegar al lugar donde, efectivamente, los pescadores remendaban el material de pesca. Estos los vieron llegar con curiosidad, sabían de su llegada por Damián: la comunidad era pequeña y las noticias corrían.

—Buenas tardes, señores. ¿Dónde podríamos comprar algo de comer? —preguntaron los viajantes.

—A las güenas tardes. Aquí n'hay mucho que comprá, quizá la Juana, la hermana del Damián, tenga algo que venderles, allí, en aquella casa del tejao colorao —dijo el que parecía liderar el grupo, señalando un grupo de pequeñas casas cercanas.

Los jóvenes agradecieron la información y encaminaron sus pasos hacia la casa indicada. Antes de llegar descubrieron con asombro una gran cantidad de pescado tendido sobre tablas en la arena.

Encontraron a Damián sentado a la puerta de la casa hablando con una mujer de mediana edad, de agradables facciones y de aspecto pulcro dentro de la modestia de sus ropas.

—Buenas tardes, señora. Hola, Damián —saludaron los jóvenes.

—Hola muchachos —les respondió el arriero mientras se volvía hacia su hermana—. Mira, Juana, estos son los chicos de los que t'hablao.

—Venimos porque nos han dicho que aquí, posiblemente, nos podrían vender algo para cenar —habló Roberto, que parecía el más decidido.

—Tengo poca cosa qu'ofrecerles —comentó la Juana—. Aparte de lo que se despacha pa las cartillas, aquí n'hay na pa vendé; cuando necesitamos algo, si pue, nos lo trae el Damián. Les pueo ofrecé un poco pan, harina pa migas, algo de leche y algún huevo. Bueno, también pescao seco y sandía. La sandía de este campo es la mejó del mundo entero.

Los jóvenes nunca habían comido así el pescado, por lo que en un principio lo rehusaron.

—Mañana, pa'l almuerzo —prosiguió la Juana— les pueo hacé unas migas con pescao porque ya habrán llegao los hombres de la mar y traerán peces frescos.

Los muchachos aceptaron la comida del día siguiente y compraron pan y una sandía pensando que para aquella noche serviría. A la siguiente jornada intentarían organizar mejor las cosas.

Cuando volvieron al lugar donde pensaban dormir, la noche se había adueñado de todo. Se sentaron y compartieron pan y leche, que, como tenían hambre, les supo a gloria. Estaban cansados y decidieron dormir. Extendieron cada uno en el suelo una de las jarapas adquiridas en Níjar, acoplaron sus cuerpos a la hierba rala que había y se dispusieron a descansar.

Pedro miró hacia arriba y contempló un espectáculo increíble, infinitos puntos de luz brillando en el espacio parecían saludarlo y darle las buenas noches. Se sintió bien, el traqueteo del carro lo había cansado y quería dormir. Pero aquel cielo le recordaba otro lugar, otro firmamento, por lo que alzó la cabeza para contemplarlo mejor y vio que, al filo de la bahía, el astro nocturno extendía su reino, un reino que agua, arena y cielo completaban en una imagen irrepetible. Esta luna es grande, blanca y luminosa, como si quisiera alumbrar a los sufridos pescadores en su faena en el mar. La estampa es preciosa. La mar en calma es auspicio de buenas capturas.

La imagen invita a soñar, por un momento su mente vuela y se imaginó otra vez en el desierto, bajo aquel satélite grande y amarillo como un limón viendo volar los flamencos. Allí había aprendido que por la línea de vuelo de las bandadas, en tiempos de guerra, los soldados conocían de qué lado venían los enemigos —estas aves vuelan siempre en dirección contraria a la que llevan los nómadas— y se podían orientar. Sabía también que en la época de lluvias, en que el Sahara se encharca, los flamencos sirven asimismo para

señalar cuáles de las lagunas recién formadas son potables y cuáles filtraciones amargas; y sabía, en fin, que durante las largas caminatas por el desierto, las zancudas eran garantía de que no era un espejismo el agua que se veía en la lejanía. Su visita al continente vecino fue muy enriquecedora.

Pocos momentos valen la pena de ser vividos como los que preceden a la salida del sol en las arboledas de los montes próximos a Beliones (Marruecos). La naturaleza está como dormida, todo es silencio y algo que no es frescor, pero que está lejos aún del horno vivo que encenderá el ambiente durante el día, permite al aire penetrar en los pulmones sin provocar náuseas. El encanto no dura mucho. Un grito agudo, de insoportable estridencia, emitido por una de esas aves que bogan entre las sombras, rasga el silencio y despierta el boscaje. A su conjuro, breves soplos, aleteos, rumores, muy aislados al comienzo, más apretados después, y por último continuos y superpuestos, van desperezándose entre las frondas hasta crear el mar de ininterrumpidos chillidos —gritos, chirridos, lamentos, risas— que hierve de sol a sol en espantosa algarabía sobre la espesura y su ruidoso vecindario. La luz, obediente a tanto clamor, emerge minutos más tarde. Con ese plácido pensamiento quedó dormido.

A Roberto, el cansancio le impedía relajarse, quería reposar, pero no podía. Dio varias vueltas sobre la manta intentando acomodar el cuerpo, pero no había manera de conciliar el sueño. Viendo que su compañero dormía profundamente lo miró con envidia, a él también le gustaría poder hacerlo, pero no lo lograba. Decidió levantarse y pasear, la noche invitaba a ello. Caminó por la playa y sintió a través de la planta de los pies la energía de aquella arena. Energía acumulada por los rayos del sol aportada durante milenios. El silencio, solo roto por las suaves olas que rompían en la orilla, era absoluto. Se sintió lleno de paz y señor del mundo.

Disfrutando de la oscuridad se adentró en la arena hasta pisar las mansas aguas, y desde allí observó las montañas. Olía a mar. A olor a caracola en la playa de San José. Pero no contaba la memoria, contaba la mirada. Ve en la penumbra parpadear las luces. Se estaba bien al cobijo de las sombras, entre el mar que se movía regularmente a su espalda y la débil iluminación de las casas al abrigo de los montes que se alzaban frente a él. De pronto, hasta allí, inesperadamente, llegó la música, tenue, de un aparato de radio y con ella la voz de Carlos Gardel cantando *Volver*. La disfrutó como nunca, con toda la piel erizada, al abrigo de la voluptuosa noche mediterránea. Y es que, escuchando la canción, recordó las palabras de un filósofo —ahora no recordaba el nom-

bre—, que decían: «El corazón siempre te acecha para darte donde más duele. Así que lo mejor es no llevarlo nunca encima por si te lo quitan».

El sonsonete provenía de la izquierda del bosquecillo. Curioso, orientado por la onda de la polifonía, se dirigió a localizar su procedencia. Al otro lado de la arboleda una tenue luz confirmaba la existencia de seres humanos que disfrutaban del sosiego de la noche acompañados de aquella melodía. Melancólico, retrocedió buscando el sitio donde Pedro, ajeno a todo, dormía de forma placentera, ausente al espectáculo que ocasionaban los reflejos que encendían, sobre la marina esmeralda, las escasas luces de las casas. Mañana, pensó Roberto, intentaría conocer a la persona que escuchaba la radio a esas horas de la noche. Sonríe porque sabe que hay quien dice que la palabra melancolía no tiene un sentido tan bonito como a él le parece, pero no le importa, para él tiene el sentido que capta en su sonido.

Al día siguiente la jornada parecía haber comenzado con los mejores auspicios. Una brisa suave y reconfortante se filtraba entre la arboleda y caía sobre sus cuerpos. Hacía una mañana soleada y la playa estaba desierta. La vista era magnifica, y más con aquel amanecer radiante con que los había obsequiado el estío mediterráneo. Pedro había decidido bañarse, y mientras él disfrutaba de las cristalinas aguas, Roberto contemplaba aquel horizonte despejado y hacía balance mental de su situación. Tenía que dar fin a su periplo viajero, debía dejar de correr por el mundo, según decía su hermana, como 'pollo sin cabeza'. En contraste con esta idea, la lisa superficie del mar le infundió una paz de la que disfrutó como si fuera algo ilegítimo, y se dijo que esa decisión podía esperar, que aquel lugar le gustaba; aunque no podía decir que empezaba a quererlo, porque no se ama lo que no se conoce. Aquella tierra tenía una fuerza salvaje que atraía, no se parecía en nada a las tierras levantinas que recordaba. Sin ninguna duda, efectivamente, el sur era diferente. La sensación era tan agradable que, tumbado sobre la arena, quiso abandonarse a aquello que lo rodeaba. A aquella luz sin par.

Pedro, por su parte, gozaba del baño, de la tibieza de aquel mar, era admirable sentirse ingrávido sobre las aguas. Probó a descender hasta las arenas del fondo, lo que consiguió sin ningún esfuerzo. Unos peces diminutos y rayados huyeron ante la sombra de su cuerpo. ¡Qué extraña sensación ver la luz abajo, luz azul, nunca había visto ni soñado un espectáculo de tanta belleza! Los peces, translúcidos, como de gelatina, tenían franjas azules, amarillentas, verdes, que fosforecían en el agua. Emergió. La luz de la mañana lo cegó. Ya no tenía la maravillosa ingravidez de antes ni la facultad de avanzar, hundió de nuevo la

cabeza en el agua y se diría que alguien había pulsado el conmutador de la luz, tardó unos segundos en acostumbrar sus ojos a la nueva situación, al intentar salir sobre el agua una bola de fuego, roja y amarilla, lo saludó: era el sol, que tomaba posesión del cielo como rey del universo. Por un fenómeno óptico, lo veía no ya desde el agua, sino dentro del agua misma, milagrosamente, al alcance de sus manos. Entusiasmado por lo vivido nadó hasta la playa, quería contárselo a Roberto.

Pedro lo encontró aletargado y regó su cara con las gotas de agua que llevaba en las manos.

—¡Eh, dormilón! Despierta y date un baño que está el agua riquísima —le espetó.

—De acuerdo —dijo Roberto poniéndose en pie—, pero me doy un baño y vamos a investigar un poco los acantilados de ese lado. Tenemos que volver pronto a comer, y de paso le preguntaremos a Damián hacia donde nos vamos. También quiero preguntarle quién vive en una casa que hay al otro lado de la arboleda. Anoche no podía dormir, me levanté a andar y una música me llevó hasta allí; es una casa solitaria y está muy separada de las demás viviendas, por eso tengo curiosidad por ver cómo son las personas que viven ahí.

Mientras hablan, las barquillas van llegando de la mar y los hombres las varan en la arena, descargan las capturas y depositan las cajas de pescado en la playa. Un grupo de personas contempla la escena, Damián entre ellas. Los jóvenes se acercan curiosos para ver de cerca de qué se trata. Sorprendidos, ven cómo allí, en ese momento, se procede a subastar lo pescado. Un individuo, el que la tarde anterior les había enviado a casa de la Juana, en un lenguaje para ellos ininteligible, va señalando con la mano una a una las cajas. Habla muy rápidamente, al tiempo que, desde el grupo, una mano que se alza o un ¡Yo! alto y claro indican que la mercancía señalada, al precio pregonado, ya ha encontrado comprador.

Rápidamente termina la venta. Los hombres hablan animadamente y los dos o tres compradores proceden a llevarse las cajas. Tanto Pedro como Roberto están alucinados, no habían visto anteriormente vender el pescado así. Pero se sorprenden aún más al ver que Damián ha comprado la mayor parte de la pesca.

Se alejan del grupo y, aunque se ha hecho tarde para la excursión, deciden darse un baño. Durante un buen rato disfrutan del agua. En sus cabriolas y zambullidas se acercan al lugar de la playa donde Roberto escuchó a Gardel;

allí, sentado en la arena, hierático, ausente, un hombre tostado por el sol, de pelo blanco y bigote poblado, contempla el mar. Roberto no lo duda ni un momento, aquel hombre tenía que ser el habitante de la casa de la radio.

El sol estaba en su zenit, se había hecho tarde y, pensando en la comida y en las migas ofrecidas por la Juana, decidieron volver. La luz, en su rápida transición, quedó también hermanada con el olor, el olor de la necesidad del sustento… La luz de la mañana se había aunado con el vapor de la marmita en el fuego. Olores lacerantes para los sentidos, olores caseros y sensuales a ajo, cebolla, laurel, ñora, pimentón y pescado. Cuando llegaron, la Juana estaba terminando de cocinar. En el porche de la casa, bajo la enorme parra que cubría la fachada, había dispuesta una rústica mesa de madera y, sobre ella, un plato con rojos tomates, otro con rábanos y otro con trozos de pescado seco —pescados cuyo nombre los viajeros nunca oyeron nombrar—, que con media sandía rodeaban el trozo de madera donde se depositaría la paila con las migas. Un mantel cubría los platos para defenderlos de las moscas que volaban alrededor con zumbido persistente.

—A los güenos días, señoritos —los saludó la cocinera—, siéntense, qu'ahora enseguía viene el Damián, qu' ha ío a rematá lo del pescao.

No había terminado de concluir la frase cuando se escucharon los pasos del hermano.

—Hola muchachos, los he visto a ustés en la corría, pero no podía distraerme porque estaban allí los hermanos Jurao y si me descuio me levantan la mercancía. Y tengo muchos encargos de Rodalquilar.

La Juana depositó la sartén sobre la mesa.

—To er mundo a comé —anunció.

Las migas olían bien. Los jóvenes atacaron el condumio con apetito. Los trozos de pimiento y ajos que portaban las migas les sabían a gloria. La Juana y su hermano los miraban divertidos.

—Tien que probar el pescao, mi hermana es una especialista en el secao —les informó Damián—. Aquí hay trozos de atún, bacalaíllas, gatillas y boquerones. Pruébenlo, que si no l'hacen no sabrán lo qu'es güeno. Se come acompañao d'una cuchará de migas.

Los amigos, resignados, se miraron y con recelo cogieron un boquerón; después de saborearlo…, ¡caramba, estaba bueno! Probaron la bacaladilla y

pensaron que estaba deliciosa; degustaron el atún y… ¡qué sabor! Decididamente el pescado, preparado de esa forma, multiplicaba el gusto.

—Señora, esto está exquisito —dijo Pedro.

—Nunca había probado el pescado así, y desde ahora me declaro enamorado de esta forma de comerlo —comentó Roberto.

La Juana, ante los elogios, se había puesto roja como un tomate y, para disimularlo, dijo que iba a ver si encontraba algo de vino. Ya más tranquila, apareció con una frasca y unos vasos. La conversación se generalizó y los jóvenes supieron que el pescado que compraba Damián se lo secaba la Juana y que, una vez seco, él lo vendía o lo cambiaba en los cortijos y los pueblos de la zona. Por eso, dos días más tarde, tenía que salir para Rodalquilar.

A pesar de las moscas, había sido una buena comida. Habían dado buena cuenta de la paila de migas, de la fuente de pescado y de la media sandía que les pareció riquísima. Habían comido hasta hartarse y tenían el vientre atiborrado; ahora, el cuerpo les pedía a todos una buena siesta. La luz que ahora iluminaba la hora del día era la luz del momento del reposo, era un tributo que se extendía por el pueblo haciéndose más visible, como si estuviera más presente que el de la mañana, y al mismo tiempo más discreto. Antes de despedirse, Roberto se acordó del solitario de la playa y contó lo que le había pasado la noche anterior.

Damián se mostró reservado para responder, pero la Juana, más aficionada a las historias y a los chismorreos, se explayó.

—Este hombre es un misterio. Apaeció hace años y se construyó la casa, pero nadie sabe na d'el. Hace una vida solitaria. Por aquí corren muchas historias…

—Y muchos comadreos —la interrumpió Damián—. Algunos dicen qu'es un adinerao holandés que combatió en la guerra y que después había disfrutao y perdío su fortuna por Europa y qu'había venío a perderse en este rincón a hacer penitencia por lo perdío. También s'ha dicho qu'era un espía inglés qu'había traicionao a los suyos por culpa de una mujer y que s'había refugiao en este lugar olvidao del mundo. La mocha de la gente, que no para.

—Sabes que te digo —dijo la voz de la Juana interrumpiéndolo—, qu'ese se puso al servicio de los alemanes pa espiarlos y ahora lo buscan p'ajustar cuentas. Aquí, en este rincón, que pocos saben qu'existe, está tranquilo. Pocas veces, por no decir nenguna, apaece alguien por aquí.

Y dando por terminada la explicación se puso a recoger la mesa.

Los jóvenes se despidieron y andando bajo la tórrida solanera buscaron la frescura de la sombra de los árboles y el reposo en el campamento; Roberto, con la idea fija de hablar aquella tarde con ese hombre.

Aunque faltaban varias horas para el ocaso, las primeras sombras de la tarde empezaban a acumularse sobre las montañas que, poco a poco, se tornarían más oscuras. El sol había perdido su fuerza, y se rendía ante la evidencia de su próximo ocaso, cuando Pedro y Roberto decidieron conocer algo del entorno. Caminaban hacia un lugar llamado Cala Higuera, al que Damián calificaba de impresionante. Lo hacían despacio, por las dificultades del camino, pero al fin, ante ellos, apareció la rada. Era realmente bonita. El arriero no les había engañado, era un paisaje virgen, igual al que los antiguos bucaneros debieron encontrarse cuando llegaron a la costa cientos de años antes; parecía no haber sido hollado por el pie del hombre desde entonces.

—Esto es precioso —comentó Pedro.

Roberto no lo escuchaba, sus ojos, que escudriñaban el entorno, habían descubierto sobre una roca la vestimenta de alguien que estaba o estuvo allí. Minutos después su curiosidad se vio satisfecha: una figura humana emergió de debajo del agua, era un hombre, estaba desnudo y era el misterioso vecino de la casa solitaria.

El hombre, al ver a los jóvenes, hizo un gesto de sorpresa y frunció el ceño para, a continuación, con naturalidad, salir del agua y dirigirse a coger su ropa.

—Buenas tardes —dijo Roberto.

—Buenas tardes —contestó el hombre.

—No queremos molestar —continuó Roberto—. Somos forasteros y estamos intentando conocer estos rincones de la costa.

—Por mí no se preocupen. Todos hemos sido forasteros alguna vez.

Roberto percibió que, aunque hablaba correctamente el castellano, tenía un deje perceptible, algo extraño en el habla.

—Vamos a estar poco tiempo, nos iremos pasado mañana. Mi amigo se llama Pedro Almansa y yo, Roberto Mayo, no conocemos a nadie excepto a Damián, el arriero que nos ha traído hasta aquí y que nos llevará hasta Rodalquilar. Él es quien nos ha indicado que viniéramos a este lugar, que nos gustaría. Estamos recorriendo la provincia sin ir, realmente, a ninguna parte.

El viaje que hacemos, ciertamente, es una aventura de juventud y paramos en aquellos sitios que nos parecen interesantes. Y este merece justamente la pena.

El hombre, después de haberse puesto los pantalones y calzado unas recias botas de origen militar, posó su mirada ceñuda en los muchachos. Algo debió ver en ellos que le hizo dulcificar el gesto.

—¿Aventureros, eh? Cuando se es joven piensas que la vida es una aventura, y efectivamente así es; pero no la que se piensa a la edad de ustedes.

Se había sentado en una piedra. Después de un corto silencio, como si analizara la situación, decidió continuar la conversación.

—Me llamo Pepe García, y si en algo puedo ayudarles, díganmelo.

—Muchas gracias —intervino Pedro—. Realmente, necesitar, necesitar… no necesitamos nada. Solamente que nos gusta hablar con las gentes de los sitios que visitamos para saber cosas del lugar.

—Está bien muchachos, si quieren charlar pasen luego por mi casa y les invitaré a una copa, está cerca de donde han montado el campamento. A mí me vendrá también bien hablar con alguien de fuera. Aquí se vive, pero no se vive. Aquí se vegeta.

Dicho esto, Pepe García se levantó y se fue con paso ágil y decidido. A Roberto le pareció osado, castrense. Los jóvenes, en silencio, lo vieron desaparecer.

—¿Qué te parece? —espetó Roberto pasados unos minutos—. ¿Te has dado cuenta de su acento? Es extranjero, lo que no he podido captar es de qué país es. Y ¿qué me dices del nombre? Suena a ficticio que apesta.

—Mira, Roberto, no te rompas el coco, a ver si vas a ser como los hermanos…

A Roberto se le habían quitado las ganas de explorar más por allí. La tarde languidecía, por lo que propuso volver a San José, no sin antes asegurarse de que Pedro no olvidara la cita de la noche.

La luna, en todo su esplendor, iluminaba con fuerza la playa cuando los amigos llegaron a la casa de Pepe García. Una música tenue inundaba la vivienda, interrumpida a ratos por la voz de un locutor que en un lenguaje extraño rompía el encanto. La mortecina luz de una bombilla alumbraba débilmente el interior, dejando el exterior sumido en las sombras que proporcionaban las ramas de los árboles cercanos. Él los esperaba tumbado en una hamaca de madera. Al llegar los jóvenes, se puso en pie.

—Buenas noches —saludaron estos.

—Hola. Siéntense ahí, por favor —dijo el hombre señalando un banco de madera adosado a la pared.

A continuación, se levantó y entró en el interior de la casa, de donde salió, transcurrido unos minutos, con tres copas de vino.

—Lo prometido es deuda —comentó, ofreciéndoselas a los visitantes.

—Por usted —contestaron al unísono los jóvenes elevando sus copas.

—Por mí, no… por ustedes —apostilló el anfitrión.

Dicho esto, todos se sentaron y la conversación se generalizó. En un momento de esta, Roberto preguntó qué podía decirles del lugar donde se encontraban.

—Les puedo decir que la naturaleza fue generosa con esta franja costera. Fue pródiga con esta área dotándola de dos fondeaderos naturales: Los Genoveses y San José, que fueron muy utilizados por los piratas berberiscos que atracaban en estas playas para proveerse de agua y alimentos. Para combatirlos, Felipe V mandó construir una batería en el acantilado, en la parte más saliente de la que entonces se llamó Bahía del Sollarete. Su misión era controlar las dos ensenadas. Al amparo de esa instalación militar nació esta barriada que conocemos como San José. Un pueblo más que humilde, como habrán comprobado ustedes.

—Escueto pero interesante —intervino Pedro—. Perdone si mi pregunta cree que es una indiscreción, pero es evidente que usted no es de aquí, por lo tanto ¿cómo conoció este lugar? Y ¿qué le hizo quedarse?

Las preguntas quedaron flotando en el aire. Todos callaron. El silencio se hizo denso. Un pesado rumor envolvía el núcleo de ese silencio que todos respiraban, igual que las olas ilimitadas y temibles envolvían el espacio del mar.

Su mirada buscaba en la oscuridad una respuesta que no encontraba.

—¡Qué más da cómo vine! Estoy aquí y basta. Yo, también, soy un extraño en un mundo ebrio, insatisfecho y claudicante. Quizá buscaba envejecer tranquilo. Envejecer es esto, pasear la sombra de un cuerpo que fue, de un rostro que ahora es otro. Supongo que es la vejez y el fin que me merezco.

Aquel hombre era un enigma. A pesar de su apostura, su serenidad y aquella arrogancia, tenía una mirada… como si estuviera diciendo adiós al mundo. Tenía ojos de despedida.

La brisa de levante había calmado, dejando la noche afónica con alas que golpeaban entre el ramaje. Y Roberto, que había sentido el cosquilleo de una curiosidad absoluta, se preguntaba quién era Pepe García o como se llamara. Si había una historia, a él no le pertenecía. Su dueño era el interlocutor, a él le correspondía ser el actor principal si entendía que quería interpretarlo. O si quería contarla. De Pepe García se hablaba y se contaban historias extrañas y solo él sabía la verdadera.

Al ver que los jóvenes, en silencio, lo contemplaban expectantes, el hombre prosiguió la conversación.

—En modo alguno bromeo —subrayó con ironía—. Se lo digo a ustedes con toda seriedad. Vivir con naturalidad es una especie de milagro que ni siquiera había pedido ni esperado. Es lo único que puedo hacer. Además de quedarme sentado y ver por dónde sale el sol.

Las últimas palabras habían sido pronunciadas con una gran dosis de tristeza.

—Ya las cosas nunca serán como antes. Jamás se repetirán por mucho que nos empeñemos —concluyó el hombre, con ese acento extraño que Roberto creyera identificar como eslavo—. Los tiempos pasados no son viejos, amigos, los tiempos pasados están muertos.

Se hizo el silencio de nuevo, únicamente interrumpido por el rumor del oleaje. En la radio la música seguía dándole a la noche cadencia y languidez. El veterano hablador volvió la cabeza hacia la ventana para después, como si buscara algo y no lo encontrara, hundir sus ojos en la noche. Un silencio amargo, de arena, como el silencio del desierto que habían visto, se extendió por la casa.

Los jóvenes decidieron marcharse y con un «Buenas noches» se despidieron hasta el día siguiente. Caminaron silenciosos, cada uno sumido en los pensamientos que la actitud de Pepe García había creado en los dos amigos. Cuando llegaron al lugar de acampada deslizaron las jarapas sobre el suelo y se tumbaron mirando las estrellas, como si estas pudieran explicarles la vida oculta del hombre que habían conocido.

Al poco rato, la mudez entre los jóvenes es rota por Pedro.

—No te devanes los sesos. No vas a sacar nada en claro. Esta es una historia de las muchas que mueren junto con sus protagonistas.

—Tienes razón, no sé por qué circunstancias me he obsesionado con el tema, seguramente será por la coyuntura en que lo conocí. Me estoy comportando como un metódico Sherlock Holmes que investiga los misterios del pasado, aquellos que se van borrando según se apagan las voces posibles de los que aún recuerdan. Vamos a descansar y mañana veré las cosas de otra manera.

Roberto intentó dormir. Cuando lo consiguió su sueño estuvo plagado de visiones. En una de ellas vio al solitario en la casa, solo, en medio de la noche buscando extrañas estaciones trasmisoras de onda corta; manejando el dial en la banda iluminada del receptor donde estaban los nombres de emisoras y ciudades que lo fascinaban; escuchando voces y canciones extranjeras; imaginando, quizá, que su destino y la mujer de su vida estarían esperándolo en una ciudad a la que nunca volvería. Voces que, en la penumbra de un tiempo, enumeraban y celebraban mañanas, atardeceres, noches y madrugadas evocadoras a su vez de felices momentos, para los cuales, aquel hombre elegía en varios idiomas palabras que apasionadamente pronunciaba. Después, lo veía agitado, escribiendo cuadernos de furiosa desdicha, odiando el lugar donde vivía, lejos de la única clase de vida que había conocido y a la que le había costado mucho renunciar.

El joven se despertó sobresaltado. Había dormido pocas horas y notaba en sus miembros una fatiga sin peso, una disposición de indolencia que le empujaba a volver a la penumbra del sueño. Y sumido en esa ensoñación flotó de nuevo con sus pensamientos.

Los náufragos de las novelas en las playas de las islas desiertas no percibían hechos ni objetos singulares, ni sensaciones irrepetibles ni palabras sin resonancia. A su alrededor, en su conciencia, en su mirada, hasta en la superficie de su piel, todas las cosas irradiaban vínculos en el espacio y en el tiempo. Todo pertenecía a una secuencia nunca interrumpida entre el pasado y el presente. Olores tan mezclados como los recuerdos y las identidades.

Lo despertaron las voces de los pescadores que se disponían a hacerse a la mar y pensó que, en la historia de la vida, esta escribe los mejores guiones. Los más rebuscados. Los más crueles. Los más maravillosos. Los más canallas y los más emocionantes.

Recordó cosas del pasado y solo entonces tuvo conciencia exacta del gran abismo de lejanía que lo separaba de los suyos. Se acordó de su hermana. A ella todo lo que hacía su hermano le parecía bien. Cuando volvía de sus corre-

rías y estaba ansioso por hablar, allí estaba ella, deseosa de escucharlo, haciéndole compañía en el salón hasta altas horas de la madrugada. Le oía hablar y se emocionaba, hasta el punto de que parecía compartir con él las peripecias, las risas y los sitios visitados. A su alrededor todo era aventura. Y un día, ella se fue. Ocurrió el verano de un año que no sabe calcular y que seguramente es anterior a su memoria. Y a su existencia. Pero no siente angustia, ni premura, ni miedo, como tantas otras veces, como casi siempre en su vida; ni tampoco le abruma ese remordimiento sin motivo que lo trastorna desde que tuvo uso de razón y que le hizo vivir pendiente de un posible castigo.

Ahora se encuentra en un lugar perdido en el mapa, fuera del día y de la noche, del calendario y del reloj. Como superviviente en una isla desierta. Y es que hay ciertas ocasiones y coyunturas, en este raro asunto que llamamos vida, en las que uno toma el universo entero por una gran broma pesada, aunque no llega a verle la gracia sino vagamente, y tiene algo más que sospechas de que la broma no es a costa de otro sino de uno mismo.

La mañana había despertado y, como los días anteriores, prometía ser una jornada espléndida. Roberto permaneció tumbado escuchando el canto de las gaviotas, el vuelo de algún que otro cormorán y el dormir de su compañero. En algún corral cercano gallos y gallinas hacía tiempo que habían empezado a rebullirse. Alguna voz humana también se empezó a escuchar. Definitivamente el día estaba en marcha. Se levantó con cuidado de no despertar a Pedro y se acercó al borde del agua. Instintivamente miró en dirección a la casa rodeada de soledad. El lugar parecía abandonado. Tan abandonado que, como recordaba haber leído, durante siglos fue refugio de piratas que abordaban a los barcos que iban a los puertos de Alicante y Valencia, y que aquellas costas desérticas ya fueron codiciadas en la antigüedad por distintos pueblos mediterráneos debido a sus yacimientos de minerales.

Ahora que está conociéndola es consciente de que la falta de comunicaciones, su situación alejada y el duro trabajo por la supervivencia son los causantes del deterioro de la zona. Pero la provincia es bella y en el futuro tendría que emerger.

Al tiempo le gusta esfumarse sin avisar. Cuando te das cuenta ya es tarde. Por eso tiene que aprovechar el día si quiere saber más de ese extraño sujeto que tanto lo inquieta. Está seguro de que ha sido militar. Su porte y su andar lo indican. Le gustaría que se manifestara, que su voz fuera la voz de quien habla porque le resulta insoportable el silencio de la historia, que fuera la voz de

quien anhela conservar para la eternidad un pedazo del paraíso perdido, un resto del mundo inventado e imposible que la guerra ha abolido, cubriéndolo con un sudario.

Se despoja de la ropa y se sumerge en la mar. El agua está fría. Nada vigorosamente sesenta o setenta metros y queda agotado. Cuando sale del agua y se tumba en la arena está derrengado. Poco a poco respira mejor, pero las palpitaciones lo agobian durante un tiempo. Pedro lo ha visto en la playa y acude a su lado.

—Buenos días, chico, además de fría, ¿cómo está el agua?

—Ya la ves, una gozada —dice Roberto—. Difícilmente encontraremos un lugar en el que el mar esté mejor que aquí.

Pedro propone desayunar, él ya se bañará cuando el agua esté más caliente. Desayunan y Roberto comenta que mientras Pedro disfruta del baño él irá a ver si localiza a Pepe García.

—Te has propuesto que el hombre sea un misterio, y a fe que lo vas a conseguir —le responde su amigo riéndose con cachondeo.

—Bueno, tampoco es para tanto. Tú disfruta del agua y yo charlo un poco con él. Recuerda que tenemos que ver a Damián para que nos diga cuándo partimos mañana. Nos vemos aquí a la hora de la comida.

A menudo, la vida hace ciertos ajustes de cuentas que no son aconsejables pasar por alto. Son como balances que nos ofrece para que no nos perdamos muy dentro en el mundo de los sueños. Roberto temía que el verdadero drama resultara menos novelesco que la historia que él estaba imaginando. Un folletín de aventuras ambientadas en aquel hombre solitario que poco a poco se ha convertido en una amarga reflexión sobre el poso agridulce que dejan las vidas y los sueños románticos cuando todo queda atrás: viajes, luchas y pecados atesorados como valiosas monedas.

Malezas, zarzas, árboles que nadie ha podado jamás rodean la casa. Pensando en el solitario…, ¡cuántos sentimientos habrá derrochado entre aquella arboleda! El joven cavila mientras se acerca a la puerta. Antes de que logre llamar, una voz se escucha desde el interior de la vivienda.

—Pase usted, lo he visto venir. Desde hace años me paso las horas sentado junto a la ventana, unas veces leyendo y otras contemplando el mar a través de ella. Eso ha hecho que apreciara su llegada.

Roberto, una vez en el interior, observó la estancia. Aquella habitación semivacía tenía una extraña grandeza. Sobre la mesa había una taza de café a medio consumir y en el cenicero se desbordaban cigarrillos a medio fumar; tres sillas y un viejo mueble cargado de libros completaban el mobiliario del aposento. Pepe García o como se llamara, allí sentado, tenía el don de crear una cierta atmósfera a su alrededor y de envolverse en ella, como en una capa. Tenía esa aura de realidad, de invocación: el encanto del encantamiento… Escuchándolo hablar, oyendo su cacofonía, Roberto sentía que se encontraba muy lejos, en otra parte.

Al observar que el joven examinaba la habitación, el hombre continuó la conversación.

—Este es el único lugar de la casa que realmente siento mío. Aquí conservo mis recuerdos y mis nostalgias.

Aquellas nostalgias estaban distribuidas en las estanterías del mueble. Con la lectura de aquellos libros evocaba el tranquilo paraíso de su juventud, rememoraba la vida como una fiesta cálida, tal y como había sido costumbre en ese mundo suyo hasta el comienzo de la guerra.

—Y aunque vivo en una soledad habitada exclusivamente por los recuerdos no suelo molestar a nadie con mis nostalgias. Ni retenerlas en el viento… Nostalgia de un paraíso perdido, tan lejano que parece que quienes lo habitaron fueron otras personas, más nobles, más generosas en el sacrificio. Un mundo del cual ya no quedan ni ruinas humeantes. ¡Ay!…, si envejecer consistiera en contemplar sereno las cosas del pasado. Pero no es así. Nunca es así. Aún te asaltan los recuerdos —terminó por decir después de un silencio que se antojó inacabable.

Intentó sobreponerse a la tristeza.

—La vida viene como viene y el encontrarme con vosotros me ha venido bien. No hay nada mejor que las voces de la existencia para ahogar la pena. Joven, lo he observado y hay algo en usted que me recuerda mi juventud. Ha hecho de su vida, de sus sueños, una aventura, sin pensar en otra cosa que disfrutar cada minuto y cada hora de la vida. Eso está bien, porque, cuando llega la muerte, todas las horas se vuelven en una sola. Mientras, sucede que cuando se es joven, y sin que lo apreciemos, el tiempo pasa rápidamente y el pasado envejece sin darse uno cuenta. La conclusión es que es peligroso aprender la vida a través de los sueños. Los sueños pueden engañar.

El hombre suspiró antes de volver a sus reflexiones.

—Cada uno a su manera, usted como yo, yo como usted, intentamos vivir, pero no hay ningún mérito en ello. Vivir es una costumbre y en ella todos jugamos una partida de ajedrez con el destino. Sabemos que no podemos ganarla, pero sentimos la necesidad de resistirnos. A mí el destino me dio jaque en una sola jugada, ojalá que no le ocurra a usted lo mismo. Yo he pasado mucho tiempo pensando en aquel momento en el que tuve que elegir.

Llegado a este punto se paró en el relato. Pepe García, o como se llamara, parecía agotado. Como si hubiese acabado de hacer la travesía a nado de la bahía. En un momento pareció haber envejecido. A Roberto, el corazón le palpitaba como caballo desbocado. De haber prestado, el narrador, atención, hubiera podido leer en sus ojos la tensión que padecía; estaba a punto de escuchar la historia que había intuido. O parte de ella. Contuvo la respiración para no distraer al relator.

—¡Tener que elegir! —continuó este—. Parecía tonto tener que elegir cuando a uno le gustaban todas las cosas. ¿Pero qué podía hacer? El clima de violencia se extendía por todas partes. Las huelgas y manifestaciones se multiplicaron. El terror se apoderó de las calles. Incluso los pájaros dejaron de cantar. Necesitaban cambiar el mundo y eso tenía precio. A ese clima de incertidumbre se añadió el miedo a los espías que se inoculó a todo el mundo como si fuera una enfermedad contagiosa. La gente sospechaba una de otra y se denunciaban. Vivía en un mundo de corsarios, en una tierra de banqueros y prestamistas. Una tierra en la que mandaba la codicia…Y como, viniendo de ellos, no podía ser de otro modo, me engañaron. No fue agradable, ¿entiende?, me engañaron y perdí la cabeza. Me perdí. Luego la invasión, la guerra y todo lo que esta trajo: cientos de miles de personas desorientadas por Europa. Los restos de un gran naufragio, eso éramos. La historia es algo demasiado serio para creer que se hace con tinta, en lugar de sangre.

Hablaba fatigosamente. Todo el recuerdo de su antigua fortaleza había desaparecido. Su rostro tenía esa desencajada expresión de las máscaras funerarias, con los ojos hundidos como dos agujeros negros. Hablaba nervioso, exaltado.

—Pero he de confesarle que yo ya no soy el mismo de entonces, no podría serlo. Aquellos fueron otros tiempos, llenos de preocupaciones, pero alegres. Hoy nada de aquello tiene sentido. Hoy todos van detrás del mandato de los dictadores sin comprender que quien elogia a un tirano se convierte en su es-

clavo. Hoy solo fructifican las envidias de sacristía, ¡el clero, siempre el clero!, y como siempre el afán de hacer dinero.

Bañado de sudor en su perorata, balbuceaba con los ojos cerrados, parecía inmerso en un remolino de recuerdos aterradores en el que mezclaba frases en idiomas incomprensibles para el joven, que, de vez en vez, acertaba a entender las palabras espía y acusación. El hombre abrió los ojos y prosiguió hablando, como en un soliloquio, de su lucha interna con los recuerdos.

—El sillón del poder no son más que cuatro maderas y un pedazo de ellas forrada, todo depende de quien se sienta en él. No olvidemos que en cualquier sociedad el individuo es opresor, preso o traidor, y esos dos últimos estatus lo sufrimos la mayoría. Intentas resistirte, no quieres perder lo tuyo hasta que dices basta, después tomas decisiones que te obligan a abandonar todo.

Hablaba y hablaba, pero la melancolía se había apoderado de él como una enfermedad. En la habitación la atmósfera era densa. En la calle soplaba un viento cálido que acentuaba el olor a pescado y a sal. A lo lejos, una barquilla de pesca surcaba lentamente las aguas marinas. En la costa, el levante soplaba su letanía. En la vivienda, Pepe García, o como se llamara, seguía con su discurso.

—No se puede imaginar usted el consuelo que supone, en estos parajes, tropezar con un hombre que sepa escuchar y que razone. Con un hombre de Europa. Resulta cómico, ¿no cree? Pero es así. Para mí, que solo voy a vivir una vez en la historia del mundo, significa mucho. Si se quedara por aquí más tiempo podría contarle muchas cosas. Hoy, en este mundo nuestro, no gira una rueda sin oro por medio. Todo está en venta: diarios, cargos, licencias, pasaportes… Todo se vende: el honor, la patria, la verdad… La entrada en guerras es una partida lucrativa que se juega muy por encima de los pueblos. ¿Y los pueblos?, me preguntará. ¿Qué piensa el hombre de la ciudad y del campo? Nada, absolutamente nada.

Sus palabras no importaban, lo que decían sus frases era lo de menos, importaba cómo salían de su boca y el brillo de sus ojos por donde se le escapaba la vida al hablar.

—Amigo, la experiencia me dice que el que más lejos llega es el que no sabe dónde va.

De pronto, sus ojos adquirieron una fijeza de plomo, como si se detuviera ante un muro de dimensiones colosales. Su labio inferior temblaba ligeramente al hablar.

—Le ruego me perdone. No sé lo que me ha pasado. Siempre he huido de debilidades y sentimentalismos y hoy me ha dado por recordar cosas. Los viejos tenemos muy buena memoria para aquello que aprendemos en la juventud, entonces, en aquellos tiempos, todo gozaba de armonía: los bailes, la gente, los modales. Ahora todo ha perdido su esplendor. Ahora solo hay chusma de raposas y estraperlistas. ¡Y qué olor desprenden!, huelen a guerra y a muerte. Traicionarían a su madre si eso les reportara beneficio.

El joven había escuchado sin interrumpirlo. Había vivido los cambios anímicos que experimentaba su interlocutor según los recuerdos que fluían a su mente. Intuía que su pasado albergaba una gran vivencia, que, al acudir a borbotones, le impedía relatarlas dentro de un orden. Estaba claro que aquel no era su sitio y que seguramente acabaría escapando de él, y con él, de su pasado; porque en la vida todo estaba condenado a desaparecer. Pasarán los años y no quedará nada porque la verdad acerca de nuestro pasado es un pozo interminable. Igual que las mentiras.

Mientras, el mediodía filtraba una luz anaranjada a través de los árboles. Pepe García o como se llamara, ya más sereno, se había levantado y apartado de la ventana, y salió al exterior. Su aspecto había recobrado la compostura normal, solo Roberto había sido partícipe de su debilidad, si bien el hombre no había dado muestras de haberlo percibido. Lo contempló a sus anchas y ante él vio a una persona de edad avanzada, alto, delgado, de nariz larga, los ojos de mirar duro, la barba blanca, crecida en una maraña primitiva. Hombre solemne, ceremonioso, hablaba lentamente en castellano, lo que aumentaba su solemnidad y, a la vez, el interés de Roberto, que pensaba que la vida de aquel extraño personaje parecía contener los estremecimientos de cien novelas.

Viendo el respetuoso silencio del visitante y la atención que prestaba a sus palabras, el narrador continuó con su charla.

—Así se reabren las historias. Así de fácil. A veces se toma una decisión sin darle mayor importancia y nuestra existencia vuelve a enredarse con el hilo de una trama que dábamos por cerrada. Pero el mundo es así. Tiene puertas que se abren y se cierran, depende de quién las abra y hacia dónde.

De repente, acabadas de escuchar esas últimas palabras, Roberto lo notó incómodo, como si quisiera quedarse solo. Pensando que aquél podía ser su deseo, prudentemente le dio las gracias por haber compartido parte de sus recuerdos y se despidió.

—Si quieren les invito a comer, a usted y a su amigo. Tengo un rancho de pescado que puedo hacer a la brasa —dijo el hombre al tiempo que estrechaba la mano del joven.

—Muchas gracias. Le haríamos un desaire a la Juana y hoy ha dicho que nos haría una comida especial que no conocemos: gurullos con conejo. Así que si le parece guárdelo para la noche, que vendremos a despedirnos de usted.

Cuando llegó a la casa del tejado rojo, Pedro estaba hablando con Damián. La Juana en ese preciso momento terminaba de preparar el menaje para comer. El aroma procedente de la cocina era penetrante y anunciador de que el ágape sería estupendo. Sobre la mesa dos vasos de vino a medio consumir indicaban que la degustación del condumio estaba a punto de comenzar.

—¡Hola amigos! Si me descuido no llego a tiempo.

—¿Cómo que no? —contestó Damián—. En esta casa, pa comé to er mundo llega a tiempo.

La Juana salió de la cocina blandiendo un cazo.

—To er mundo a su sitio que no quiero que la comía se enfríe. Los gurullos hay que comerlos calentitos y hoy m'han salío de rechupete. Miren, miren cómo huelen.

Y acompañando a las palabras la acción, posó en el centro de la mesa una cazuela rebosando de la olorosa pitanza.

Fue una comida excelente en la que los jóvenes probaron una de las delicias gastronómicas más populares de la provincia. La conversación generalizada la condujo Damián y versó principalmente sobre el tema que le preocupaba: el pescado seco que debería transportar al día siguiente. Así, los jóvenes pudieron saber que en aquel lugar los barcos de pesca eran mínimos. En otras partes la flota era más numerosa. Bien es cierto que la pesca que se hacía satisfacía la demanda de la zona y que, en ella, Damián era el principal comprador y distribuidor. A pequeña escala, tenía montado un buen negocio y el principal comprador era el pueblo de Rodalquilar.

La especialista en el secado era la Juana, y esta se encargó, con gran satisfacción por su parte, de dar una somera explicación. Por lo que les contó y por lo que ya tenían entendido, los dos amigos supieron que el secado era una de las técnicas de preservación de alimentos más antiguas, y el pescado seco se conservaba comestible durante varios años. El método era barato y efectivo

en climas adecuados, requería poco trabajo, y el producto resultante era fácilmente transportable al mercado.

En cuanto a la elaboración, la Juana les dijo que el pescado se preparaba justo tras su captura; tras destriparlo, se secaba entero o cortado a lo largo de la espina dorsal, dejando las mitades unidas por la cola, y luego se colgaba en rejillas de madera en el periodo de febrero a mayo. El tiempo de secado era a gusto del artesano y en eso la Juana era una especialista consumada. Ella no les pudo hablar de las excelentes propiedades saludables del producto una vez secado, puede que las intuyera, pero las desconocía; sin embargo, los jóvenes acabarían sabiendo con el tiempo que el pescado, tras perder más de las tres cuartas partes de su agua en el proceso, retenía todos los nutrientes en mayor concentración, resultando, por tanto, rico en proteínas, vitaminas, hierro y calcio.

Por boca de la Juana, supieron igualmente que, entre el pescado, bien salado o seco, que transportaría Damián, imperaba el bonito, aunque también el pulpo, las bacaladillas, las gatillas, los boquerones, las caballas y las sardinas formaban parte de la mercancía habitual. La instructiva charla fue interrumpida por el hermano, quien no quiso quedarse atrás a la hora de informar a los neófitos viajeros, diciéndoles que para que el pescado seco sea de calidad hay que hacerlo de forma artesanal; que hay fábricas que lo hacen de forma industrial, pero que no es igual; que el pescado bien manipulado es, en cierto modo, comparable al buen coñac, el jamón o el queso viejo, que necesitan su tiempo para madurar.

—¡Y qué decir de la mojama! —finalizó el arriero con entusiasmo—. Esos lomos de bonito… ¡Eso sí qu'es un manjar!

Habían terminado la comida y llegado el momento de la despedida. El calor pesaba sobre el poblado como una losa. Los jóvenes, después de pagar y agradecer sus atenciones, abrazaron a la Juana, quien, apoyada en la mesa, los vio alejarse mientras apretaba con fuerza una punta del delantal con la que se secaba disimuladamente las lágrimas que vertían sus ojos. Dentro de su rudeza, la hermana de Damián era una sentimental y, a pesar del poco tiempo compartido, había terminado por cogerles cariño a aquellos dos forasteros.

Quedaron con Damián en salir temprano a la mañana siguiente, a la salida del sol. Los viajeros, como en la jornada anterior querían dormir la siesta. La cena podía ser larga en casa de Pepe García o como se llamara. Por lo que,

mientras el pueblo se abrasaba con el calor del mediodía, buscaron el frescor de la arboleda y se abandonaron al descanso.

Los despertó el chillar de las gaviotas. La tarde estaba a punto de extinguirse, mientras el sol perdía su fuerza anaranjeando los árboles. A veces se oía el zumbido del viento, que sonaba igual que un lamento deslizándose por las cálidas y oscurecidas aguas. Decidieron bañarse, disfrutar del último baño en aquella paradisíaca playa. Los jóvenes disfrutaron hasta que extenuados buscaron el calor de la toalla.

El día se iba. Todo se escapaba. Hasta ellos mismos. Como un reflejo en el agua…, como un pez que se evade entre las manos. También la naranja carcomida, débilmente roja, del sol se vencía suave, lenta, hermosamente en el horizonte cuajado de azules difusos. Un agotamiento generoso y solemne se advierte en el disco que durante todo el día ha calentado la piel meridional de miles de hombres y mujeres que no piensan en la muerte, pero el sol se está muriendo.

Roberto no había comentado con Pedro nada de lo escuchado en la mañana a Pepe García. Ahora iban hacia allí y no sabía qué hombre se iba a encontrar y si se iba a permitir alguna debilidad para hablar de su pasado. Ya se vería. Mientras caminaban, la brisa del mar ponía en la boca una agradable pastosidad. El yodo de esa mar pegada a las carnes suelta un olor inconfundible. El aroma penetra por las narices y los jóvenes creen, momentáneamente, estar en otro mundo.

Cuando llegaron, el hombre tenía preparadas las ascuas de un fuego que previamente había encendido en un hoyo de la arena de la playa. A un lado, un pequeño montón de perfollas y ramas secas era la evidencia de con qué se había encendido aquel fuego. Enseguida les explicó que así eran los preparativos para hacer pescado al espeto. Como ninguno de los dos invitados sabía lo que era aquello, curiosos, se dispusieron a asistir al extraño ritual. Con parsimonia, el anfitrión tomó unas cañas ya preparadas con la parte más fina acabada en punta y comenzó a ensartar los pescados, aclarando que había que hacerlo con cuidado y pasar la caña entre la raspa y la carne. En una ensartó varias sardinas, en otra, unos cuantos jureles y en las demás, tres brecas de regular tamaño en cada una.

Meticuloso, cuando tuvo ensartadas todas las piezas, clavó las cañas en la arena próximas a las brasas, dándoles la inclinación adecuada para que los espetados peces fueran recogiendo el calor del rescoldo.

—Ingenioso. Muy ingenioso —comentó Pedro, fascinado por el método.

—No es una idea original mía —contestó Pepe García—. Así es como lo hacen en la costa malagueña. Yo solamente me limito a copiarlo porque, de esta manera, el pescado está buenísimo. Ya lo verán.

Efectivamente, los dos amigos, que nunca habían comido el pescado así, comprobaron que su anfitrión no les había engañado al predecir que les gustaría; lo encontraron delicioso. Sentados en la arena, como nómadas de una playa solitaria, disfrutaron pensando que era una noche que no olvidarían.

¡Qué sorpresiva era esta Almería! De nombre rotundo como sol del mediodía, amarilla en la luz de la mañana, dorada en los atardeceres y oscura en la noche mora. Nostálgica de quereres.

La velada transcurría en un ambiente distendido, versando la charla sobre los pescadores y la penuria de la zona. Pero la mente de Roberto no descansaba. Él quería llevar la conversación al tema que realmente le atraía, por lo que quiso cambiar de asunto.

—Para los viajeros imbuidos de sentimientos de lo histórico, tan inseparablemente unidos a la España morisca, el sur es un filón de leyendas y tradiciones, ciertas o fabulosas, que anhelamos escuchar —se atrevió a decir el joven—. Además, estando como estamos en una costa filibustera, seguro que ha oído usted más de una. ¿Conoce alguna que nos pueda relatar?

El hombre titubeó antes de contestar.

—Creo no ser la persona indicada, por mi poca relación con la gente. Como habréis podido observar tampoco soy de aquí. No obstante, me habéis hecho que recuerde una historia que me contaron hace tiempo en Rodalquilar pensando que el protagonista de la misma era compatriota mío. Aseguraban que era verídica y era de contrabandistas. El tema, muy conocido en la zona, era la historia de la relación del pirata Frenich con una guapa lugareña. Os lo voy a contar tal y como a mí me lo relataron.

El hecho sucede en el s. XIX, cuando un fuerte temporal de levante obliga a un barco de contrabandistas a buscar refugio en la cala de San Pedro, próxima a Rodalquilar. La dureza de la borrasca obliga a la tripulación a permanecer varios días en esta rada natural abrigados del viento. Al amainar la tempestad, el capitán de la nave, de nombre Frenich, bajó a tierra en busca de agua y provisiones ya que las que almacenaban se habían agotado. Con un miembro de

la tripulación se mezcló con los lugareños para tratar de conseguir los deseados alimentos en alguno de los cortijos que se divisaban en el campo.

El capitán tenía un problema, era austriaco y su conocimiento de español era escaso. Frenich, por lo tanto, tocaba la puerta de los cortijos diciendo: «Capitán, Cristo…, mucha plata», al tiempo que presumía de ella agitando una bolsa con monedas y haciendo alarde de acaudalado señor. Un día llegó al Cortijo la Joya, donde a la mujer de mediana edad que abre la puerta le suena las monedas que porta en una talega y por medio de mímica solicita comprar alimentos; la mujer le ofrece gallinas o conejos. Él le señala un grupo de gallinas que hay en el corral y ella contesta afirmativamente, cerrando así el tácito acuerdo. La mujer llama entonces a su hija.

—María, ven y ayúdame a preparar las gallinas a estos señores.

La joven era una lozana morena. Una hermosa adolescente de la cual Frenich quedó prendado. La diferencia de edad era apreciable, pero eso no fue obstáculo para que con la escusa de comprar alimentos el austriaco volviera una y otra vez al cortijo. La joven también se sintió atraída por aquel apuesto extranjero. La atracción de ambos hizo que el capitán prolongara la estancia en la cala de San Pedro más de lo debido, dedicando su tiempo a disfrutar de la compañía de la joven en las fiestas de los pueblos del entorno. Un día decide marchar, la responsabilidad de ser el capitán de aquel navío le obliga a ello. El enamorado promete volver y casarse con María Segura para formar un hogar.

La espera fue larga, la joven pasaba muchas horas del día mirando el mar, oteando el horizonte esperando ver la vela anunciadora del barco que traía al ser querido. El austriaco Frenich demostró ser un hombre de palabra. Una buena mañana, esta despuntó con el barco anclado en la cala de San Pedro. Esta vez, a diferencia de la anterior, el capitán de la nave lo hacía para quedarse. Su llegada produce gran alegría a la familia de María y para festejarlo celebran una gran fiesta con abundancia de comida y bebida. Rodalquilar es el lugar elegido para fundar el hogar.

Rodalquilar, además, era un lugar perfecto para seguir dirigiendo desde tierra la estrategia del contrabando que llegaba a la costa y su distribución. Los bergantines que transportaban la mercancía llegaban de noche con impunidad a la costa burlando la vigilancia de los carabineros, las más de las veces alérgicos a la vigilancia por causa de algunas monedas de plata. Con inteligencia y medios creó depósitos subterráneos donde almacenó la mercadería. A su modo organizó una buena logística en aquella zona de Almería. En el cortijo La Unión vivió una buena existencia familiar y de la pareja nacieron dos hijos: Matías y José.

Frenich era un hombre culto, por lo que, cuando sus hijos crecieron, intentó que leyeran libros, ya que poseía gran cantidad de ellos. Quería que se instruyeran aun estando en aquel lugar aislado de la civilización.

María Segura era feliz ejerciendo con destreza la dirección de la finca, pero no así el austriaco Frenich, este no era feliz. Había llegado con mucha ilusión a aquella tierra creyendo que podría cambiar de vida, que podría sustituir el mar y sus aventuras por el amor de aquella mujer. El día a día le demostró que no era posible. El fuerte carácter de la pareja hacía más difícil la situación. Un día, tras una peculiar discusión y después de diez años de convivencia, Frenich decidió volver a la aventura del mar y abandonó aquellas tierras. Y otra vez aquella costa se vio regada por las lágrimas de María, deseosa de ver retornar a su hombre. Con el apoyo de sus familiares y de su gran voluntad la mujer crió a sus hijos.

Años después los dos hermanos, Matías y Pepe, embarcaron como marineros en un barco comercial que navegaba por el Mediterráneo con la idea de encontrar a su padre… Empezaban a vivir las experiencias que tanto habían soñado cuando contemplaban el mar desde tierra, cuando imaginaban dónde podría estar su progenitor y cuál sería el encanto y el misterio de esas aguas que tanto amaba el austriaco Frenich. El barco, después de tocar diversos puertos, llegó a Orán, y fue allí cuando, casualmente, estos chicos se llevaron la mayor sorpresa de sus vidas. Ocurrió cuando un contramaestre gritaba entre el ruido y la algarabía.

—¡Eh!... oíd... ¿alguien ha visto a Frenich?

El marinero lo repitió varias veces.

Yo soy Frenich —contestó una voz—, ¿qué es lo que quiere usted?

—Está usted equivocado —respondió el marino al comprobar que aquella no era la persona buscada—. Yo estoy buscando a Matías Frenich, el hermano de Pepe, que trabaja en mi barco.

El hombre que había respondido al oír gritar su apellido no era otro que el austriaco Frenich. Fue un verdadero asombro para él que ese marino le hablara de dos personas con los mismos nombres de sus hijos. Rápidamente pidió ser puesto en contacto con los dos hermanos.

Cuando los tuvo ante él, sin identificarse, comenzó a preguntarles con mal disimulada ansiedad.

—¿Cómo os llamáis?

—Yo me llamo José Frenich y él es mi hermano Matías.

—¿De dónde sois? —preguntó de nuevo.

—Somos de Almería, de un pueblo llamado Rodalquilar. Y usted, ¿quién es y a qué vienen tantas preguntas? —dijo José.

—Perdonad mi curiosidad, pero..., ¿vuestra madre se llama María Segura?

—Sí —respondió con rapidez José—. ¿La conoce usted?

—Sí, la conozco a ella y también a vosotros, pero respondedme, ¿se ha casado vuestra madre?

—Vamos hombre, menos preguntas —contestó Matías—, y díganos de una vez quién es usted.

—Muy bien —respondió el austriaco—, yo soy vuestro padre.

Los chicos se quedaron en silencio, asombrados, mirándose el uno al otro y tratando de reconocer el rostro de aquel hombre al que llevaban tiempo buscando, cambiado por el paso de los años.

—¿Por qué quiere saber si nuestra madre se ha vuelto a casar? —preguntó, vacilante, Matías.

—Porque si de algo me arrepiento todos los días de mi miserable vida es de haberla abandonado, con vosotros muy pequeños. Cada hora, cada segundo de mi existencia siento deseos de volver con ella, pero temo que no me perdone o que esté casada con otro.

El silencio se hizo dueño de la situación. La circunstancia era embarazosa. De pronto aquel hombre comenzó a sollozar, y sus hijos, al unísono, lo abrazaron y besaron con mucho cariño y sin reproches.

—Venga, padre —dijeron a dúo los hermanos—, preparemos nuestros macutos y vámonos con nuestra madre, que no se ha casado y además ha estado esperando su regreso desde su partida.

Así es como estos tres hombres regresaron a tierra, llenos de esperanzas e ilusiones. Volvieron a Rodalquilar. A aquel, para ellos, hermosísimo lugar donde María Segura esperaba. Una mujer apasionada y fiel a su familia y al amor. Allí vivió el contrabandista Frenich hasta su muerte, en la tierra que un día lo acogió, junto a su familia. Su actividad sería la misma que posteriormente sus hijos y nietos heredarían: el contrabando.

Roberto había escuchado su narración, pero no había sido la historia lo que le había llamado la atención sino la mesura del habla de aquel personaje. Personaje, sí, porque estaba convencido de que la vida, vida que seguramente no llegaría a conocer porque no ha contado los secretos que calla, secretos que él había imaginado misteriosos y trepidantes, era digna de una personalidad de primer orden.

Pepe García, o como se llamara, había quedado en silencio, esperando algún comentario de los jóvenes. Al ver que estos permanecían callados añadió un último comentario.

—Este es un testimonio biográfico que se ha convertido en una leyenda de aquel pueblo. Es una historia con un final feliz de cierta simplicidad; pero con algo hay que distraer el tiempo mientras el mundo se hunde bajo nuestros pies.

La cena se había regado generosamente de un vino que el anfitrión aseguró guardaba para ocasiones que merecían la pena. Desde hacía años no había tenido ocasión alguna de celebrar nada. Por esa razón, en los ojos y en los hombros la noche se hizo pesada. Todo un mar de sueño. Pedro propuso irse a dormir, Pepe García o como se llamara dijo que él se daría un paseo, Roberto decidió acompañarlo. La noche era impresionantemente hermosa en su cercanía.

Después de la despedida de Pedro se dispusieron a pasear por la playa. Era pasada la medianoche y algunas luces se movieron hacia el mar. Parecían luciérnagas. Eran las barcas con los pescadores que se iban a faenar. Una procesión de ruido de motores emprendió la marcha, alborotando al dormido pueblecito. El hombre y el joven caminaban en silencio.

—Es inexplicable mi comportamiento —dijo de pronto Pepe García—. Ha sido como si mi organismo necesitara compartir lo que llevo dentro. ¡Qué ayer más amargo el del hombre! Y no crea usted, en mi caso, al menos, que la amargura proviene del recuerdo de nada deshonroso que muerda mi conciencia. Nada de eso, esa angustia mana de un insondable fondo de tristeza. Aquí, en San José, mis recuerdos giran más en torno a personas que a sucesos. Y las personas que más quise se han ido ya del mundo. Son solo sombras. Un día por aquí vendrá la muerte y tendrá mis ojos.

Sin dejar de caminar, el hombre prosiguió su discurso.

—Puedo, incluso, parecerle a usted ingenuo, probablemente le haga sonreír, pero todo es producto del horror de la última guerra. Los hechos están muy recientes, hechos de un tiempo cuyos recuerdos me vinieron en tromba, una vez que abrí la espita que solía mantener bien cerrada. Cuando el infierno estalla en la tierra no puede ser dominado por alas de ángeles.

Roberto lo escuchaba mientras andaban, pensando que se había aferrado a aquel lugar como si la proximidad del Mediterráneo estuviera a tiempo de detener el viento de la historia y con su huida haber comprado un silencio de

siglos. Seguramente el alcohol ingerido había abierto en su espíritu la compuerta de las confidencias. El hombre continuó hablando como si lo hiciera consigo mismo.

—Cien años han pasado sin ver su cara. Hace cien años que ella me espera en una ciudad y hace un siglo que en la noche corro tras ella. Se llama Olga. A veces se me aparece en sueños, y es como un peso de plomo que me inclina hacia el pasado; pero a un pasado que nunca hemos tenido juntos. Siempre ocurre igual. En el sueño nos encontramos en la ciudad y nos separamos. Ella habla de lo absurdo de vivir separados. Yo estoy de acuerdo. Y cuando parece que vamos a unirnos, todo desaparece de golpe, como engullido por el mar. A la mañana siguiente, al despertar, intento retener un momento más su cara, su voz…, pero es imposible. No es el amor quien muere, no. No es el amor, somos nosotros.

Su voz se apagó. Por primera vez, aquella noche, Roberto lo miró fijamente. Tenía una mirada apagada, casi vegetal. Daba la impresión de que estaba muy lejos, refugiado en el silencio del recuerdo. El joven repasa sus últimas palabras antes de comprender que no le diría nada más, acaba de entender que debía irse.

Siguieron caminando. La noche era muy hermosa, el calor ahogante, ni un soplo de aire movía las hojas de los árboles. Las olas del mar llegaban plácidas a la orilla, alumbradas por la pálida luz de la luna. Habían llegado a la vivienda y era momento del adiós. Los hombres se fundieron en un abrazo.

—Se ha pasado el tiempo —dijo Roberto, denotando un cierto pesar en sus palabras.

—No ha pasado tiempo. Ha pasado un mundo —contestó Pepe García o como se llamara—. Para mí el valor del tiempo acabó hace muchos años. Ya no sé ni la edad que tengo, en este destierro voluntario no hay calendarios, ni falta que hacen.

El joven lo escuchaba como desde una distancia infinita, como si toda la escena fuera irreal y las palabras fueran solo fragmentos, astillas apenas, de una pesadilla. A medida que el hombre se alejaba veía en él la imagen del solitario: delgado y torpe como un viejo barco cambiando de rumbo. Cuando llegó al campamento, Pedro dormía ajeno a la tempestad que sufría su amigo. Roberto intentó bloquear su cabeza y descansar, pero su alma no quería dormir. Por fin, el cansancio lo venció.

VI

De San José a Rodalquilar

Amaneció uno de esos días sofocantes en que el verano parece tener condición de eternidad. El viento de levante soplaba con fuerza y hacía que las mujeres se persignaran en la penumbra de sus habitaciones. Mientras tanto, el bueno de Damián, que había madrugado y ya tenía cargado el carro, esperaba sentado en el pescante a que los dos jóvenes llegaran. Al verlos aparecer a la hora convenida, los saludó amablemente.

—Buenos días tengan ustés. Si están preparaos, nos vamos —les dijo, al tiempo que prendía un cigarrillo.

—Buenos días, Damián —le contestaron a la vez.

Avezados ya en aquella forma de viajar, Pedro y Roberto echaron los macutos al interior y se acomodaron junto al arriero. Este azuzó al mulo y el animal tomó rumbo a la salida del pueblo. Los viajeros volvieron la cabeza y mentalmente se despidieron del lugar: Pedro, pensando que se iba de un bonito lugar que seguramente no volvería a ver, y Roberto, cavilando que detrás de aquel bosquecillo, que impedía ver la casa, quedaba un hombre y su historia, una historia sin desvelar que se iría con él. «Ha sido una pena estar tan poco tiempo, ¡qué se le va a hacer!», piensa para sí el muchacho.

Lo que sí va a recordar, siempre, más nítidamente es aquella tristeza que emanaba de la mirada de aquel personaje, aquellos ojos que algunas veces se animaban y parecían contemplar intensamente algo invisible para los demás. Historias que murmuran como el mar y que huelen a pólvora debieron marcar su vida; después, los viajes habrían sido como un tremendo sueño. Pero las horas más dulces y sosegadas de su inacabado ciclo vital las estaba pasando en San José. «Comer o ser comido», solía decir. «Uno no es nada sin sus pertenencias. Al final de la vida, un hombre es lo que ha logrado reunir», repetía. Seguramente no lo volverían a ver.

El animal llevaba un paso ligero, agradeciendo el frescor de la mañana de un día que prometía ser caluroso. Atrás quedaba el pueblo con sus montes, viendo alejarse a los viajantes del carro igual que durante siglos había con-

templado a otros visitantes que llegaron y se fueron. La tierra se despertaba lentamente, expulsando el rocío nocturno posado sobre ella y provocando un olor intenso a hierba mojada. A Damián se le notaba alegre, con el rostro moreno tostado por el sol y una amplia sonrisa dibujada en él. Vestía un pantalón viejo de pana y una camisa a rayas que llevaba abierta, dejando ver un pecho fuerte y velludo.

El rabo del mulo, incansable, se movía de un lado para otro, intentando alejar el enjambre de moscas y mariposas que volaban junto a él. Los pocos árboles del camino parecían asustados, soportando las cigarras que con su canto vaticinaban el calor que se avecinaba. A los ojos de los viajeros un molino que mueve sus aspas impulsadas por el viento les indica que se acercan de nuevo al Pozo de los Frailes, el exiguo conjunto de casas donde ya las mujeres madrugadoras y precavidas del calor que se avecinaba hacían la colada en los lavaderos junto a la noria y luego la tendían sobre la yerba. En la noria un asno con los ojos vendados tira del palo marrana, mueve el malacate y sube los cangilones con el agua que abastece la acequia y el lavadero.

Pasaron el pueblo siguiendo el llamado Camino Real o Camino Viejo del Pozo que, paralelo a la rambla La Capitana, les conduciría a Los Escullos. A su derecha, dos montes destacando en el paisaje llaman la atención de Pedro y de Roberto, que, curiosos, no pueden evitar la pregunta.

—¿Cómo se llaman esos cerros, Damián?

—Se los conoce por los Frailes. El más alto es el Cerro'l Fraile y el otro, un poco más bajo, es el Cerro Chico. Pero si quien saber más, ahí llevo un trozo revista que recorté hace tiempo y que ice cosas de ellos que no entiendo mu bien, pero que paecen importantes.

Los dos amigos sacaron el pedazo de papel del rincón señalado por Damián y procedieron a leer el titular recortado: «…Orgullosos centinelas de su entorno, los dos montes conocidos como los Frailes refugian a la zona de los vientos de levante. Tiene el mayor de ellos una altura de 493 m y el menor, de 445 m. Son únicos en el mundo por haberse formado gracias a la erosión marina que, hace ocho millones de años, originó la caldera volcánica de los Frailes a la que ambos cerros pertenecen». Cuando acabaron la lectura, el arriero no tardó en preguntarles su opinión.

—¿Qué, qué les ha paecío —dijo, muy ufano de poder enseñarles algo que seguramente los jóvenes desconocían.

—Pues muy interesante —contestó Pedro—. Desde luego no se nos habría ocurrido que esas lomas pudieran haber sido producto de erupciones volcánicas.

—Pos por aquí, m'han dicho gente que sabe, qu'está to lleno de volcanes y calderas de esas. Yo solo veo montes oscuros y pelaos, pero si ellos lo dicen… —concluyó Damián con un gesto que indicaba su incredulidad y dando la conversación por terminada.

Alrededor, el paisaje es agreste. Bosquecillos de palmitos y espinos negros alternan con los tomillares, efedras, bufalagas, pegamoscas, orovales, etc., completando con su marcado carácter norteafricano un paisaje diferente y posiblemente único en Europa. Cortijadas aisladas salpican el camino y, entre ellas, destacándose con su molino, la que llaman Cortijos Grandes, según señala Damián a sus compañeros de viaje. Hace calor. Los jóvenes, adormecidos por el traqueteo del carro solamente alterado cuando las ruedas tropiezan con una piedra del camino, van ajenos al paisaje que atraviesan. El carretero canturrea, a media voz, pero con estilo, un fandango de Almería. En el cielo las nubes pasan velozmente empujadas por el viento que viene de la costa. La ribera de la rambla aparece poblada de tarajes, adelfas, cañaveras y espadañas que en algunos tramos se ven dobladas por el paso de familias de jabalís. A pesar de que no se ha llegado aún al mediodía, el calor en la rambla es sofocante; las ásperas laderas que bordean el cauce seco se cuecen al sol. Damián hace un alto en el cantar, coge el botijo que lleva colgado en el interior del carro y se escancia un gran trago. Acto seguido, con voz estentórea, se dirige a los muchachos.

—¡Eh! ¡Amigos! ¿Apetece un trago? Toavía está fresquita.

Dicho esto, alarga a los somnolientos viajeros el piporro, del cual los amigos beben con avidez. Mientras beben, observan que el mulero ríe a carcajadas. Se miran entre sí, y cuando este termina su ataque de hilaridad le interrogan con la mirada.

—Si no's na malo, es que m'acordao de los trenes botijos qu'hay en Guadix —les dice el arriero—. Lo inauguraron hace poco más de cincuenta años, y lo llaman así porque icen que los viajeros llevan un botijo, y qu'en las estaciones suben vendeores d'agua con un cantarillo, y que la ofrecen, si pagan, a los que quien bebé. Y eso pasa, sobre to, cuando hay ferias, qu'es cuando la gente va d'un lao pa otro a montones.

Los jóvenes aceptaron la explicación y prestaron, ahora sí, atención al paisaje, a un paisaje que acababa de engalanarse gracias a la proximidad y a la grandiosidad del mar. Allí, frente a ellos, estaba el lugar llamado Los Escullos, nombre que, junto a los demás, fueron siendo pronunciados por Damián a medida que aparecían ante los ojos de los viajeros. Dominando el Mediterráneo, sobre la Peña del Arco, en la llamada Punta del Esparto, se alzaban las ruinas del castillo de San Felipe, una fortaleza que se veía construida sobre la duna fósil de aquellas rocas. «Pa defenderse de los ataques de los piratas que, por entonces, es sabío que venían mucho por aquí», les dijo Damián.

A medida que el trotecillo del mulo les acercaba, comprobaban que la naturaleza caprichosa había diseñado para ese lugar curiosas y espectaculares formaciones. Incluso parecían fantasmagóricas. La playa, que según decía el cochero se llamaba del Arco, era espectacular y, además, tenía una peculiaridad: los ponientes se comían la arena de la playa y los levantes la devolvían a su lugar, como si nada hubiera pasado. Damián amplió la información diciendo que, en Níjar, un profesor decía que existía un mapa del siglo XVI en la torre del Oro de Sevilla que recoge este lugar como: «Refugio de barcos, lugar de aguada y como cala de Los Galeotes».

A la izquierda de los viajeros, como dormida a la falda de la montaña y a una prudente distancia del mar, una pequeña aldea parece abandonada en el tiempo, con una vida oculta de huertas y plagada de silencios.

—Son las Presillas Bajas —comenta el arriero.

En aquellos inmensos terrenos había un hecho latente: además de la pobreza, la carencia de presencia humana. Damián, viendo el interés de sus acompañantes por todo lo que los rodeaba, orgulloso, continuó con sus explicaciones.

—Sobre estos parajes, también me contó el profesor ese de Níjar qu'esta escasez, se debía a no sé qué factores históricos que venían de la época medieval, y que seguían así hasta ahora. Hasta la mitad del siglo XX, me dijo.

Dejando atrás Los Escullos, los viajeros proseguían su camino. Tras una prolongada y suave pendiente, el guía invitó a los jóvenes a que contemplaran a sus espaldas la montaña de Los Frailes en su máximo esplendor.

—Una montaña linda —dijo Pedro.

—Ahí donde la ve tan mansita —replicó Damián—, pronto veremos su pico cubierto niebla. Aquí tenemos un dicho: «Cuando los Hermanos Frailes tienen capucha, levante por Garrucha», y esto quie'ecir que cuando las nubes,

o sea, ya m'entienden, la capucha, se quea allí en lo alto de esos cerros, es qu'está soplando viento fuerte de levante. Ahora acaba d'empezar, pero el temporal s'avecina y los pescaores no podrán salir a la mar.

Mientras los hombres conversaban, Gasógeno, que así llamaba Damián a su mulo, había avanzado y, desde donde se encontraban, se podía divisar ya la Isleta del Moro. En silencio la observaban. La cercanía propició que pudieran constatar la belleza del lugar… «¡Dios! ¡Qué era aquello!», se dijeron los jóvenes. No podía ser posible que la naturaleza se hubiera volcado en aquella parte del mundo, donde la miseria era tan evidente, para otorgar a aquella zona tanta belleza. Parecía inaudito, pero cada nuevo paisaje, siendo casi imposible, mejoraba el anterior. Damián les comentó que en ese lugar tendría que hacer una breve parada para recoger unas cajas de pescado que allí habían también secado.

La bajada hasta el grupo de casillas existente fue un homenaje a la retina, un canto a la belleza visual. A la izquierda, una arboleda llegaba hasta la arena, junto a una pequeña playa protegida de los vientos, semejando un oasis en el mar. Al frente, dos imponentes tómbolos volcánicos daban originalidad al poblado. Una postal ideal para los coleccionistas de paisajes mágicos, pensó Pedro.

Los muchachos, a medida que se acercaban al pequeño fondeadero, donde varias barcas yacían sobre la arena, abrían los ojos conteniendo la respiración para no perder detalle de aquello que veían.

—Increíble, pero cierto —dijo Pedro.

La vida brotaba en una placeta de tierra, piedras y lavadero público en el que las mujeres, aún, hacían la colada rodeadas de niños que, al divisar el carro de Damián, corrieron todos hacia él. Este se los quitó de encima enérgicamente.

—¡Fuera! ¡Fuera! A jugar a otro sitio —les gritó mientras se dirigía hacia una de las viviendas.

Los chiquillos debían de conocer su mal genio porque obedecieron sin rechistar, alejándose prudentemente sin dejar de mirar a los viajeros. Al abrigo del dios sol, a la sombra de un chambao, un pequeño grupo de hombres también los observaban. Habían suspendido la conversación. Hablarían seguramente de sus miserias, porque desventura y pobreza era lo que se respiraba allí.

Roberto no hablaba, sus ojos querían fotografiar aquella estampa y guardarla en su mente para poderla disfrutar cuando estuviera lejos de allí. Junto a Pedro, esperaba a Damián junto a las casillas enjalbegadas de blanco; estaban muy cerca del mar. El viento de levante había aumentado su fuerza y sus ráfagas llevaban gotas de agua, de ese Mare Nostrum que parecía furioso, a la cara de los jóvenes. En el aire, los chillidos de las gaviotas rompían el silencio; seguramente alegres por el temporal, trazaban piruetas en sus vuelos para luego posarse sobre la arena de la playa. Había multitud de ellas. La playa se llamaba, lo sabrían después, del Peñón Blanco. Aquello era fascinante; aunque lo que de verdad fascinaba era el irresistible ambiente marinero que se respiraba y se palpaba en la pequeña población. Pero era triste comprobar que en un sitio tan bonito, junto a ese colosal peñón doble repleto de gaviotas, vivieran aquellas gentes en aquellas condiciones. La vida no era justa.

Damián se retrasaba y el levante seguía soplando, con las gaviotas medrando a su antojo en las desiertas arenas. Aunque el sol calentaba, se aproximaba el mediodía, la proximidad del mar hacía la temperatura más llevadera. Cuando se empezaban a impacientar, por la promesa del arriero de que iba a ser un momento, la voz de este despidiéndose de alguien les hizo comprender que la partida era inminente.

—Vámonos, muchachos, que se hace tarde —dijo al salir de una de aquellas humildes casas, al tiempo que subía al carro de un salto y azuzaba al mulo para que se pusiese en camino.

Los jóvenes, ante lo intempestivo de la salida, tuvieron que correr y coger el carro en marcha. Iba de malhumor el carretero, se le notaba, y no tardó en explicar el porqué.

—N'hay formalidá. La gente hace un trato y porque se cree que gano dinero, quien cambiarlo. Por eso he tardao más, pero ya lo dejao bien claro: conmigo no se juega.

Las palabras habían sido pronunciadas por Damián en un tono que no admitía réplica. Transcurrido un rato, ya más calmado, cambió de conversación.

—Bonito el sitio, ¿eh? Sabía que les gustaría. Su nombre de Isleta del Moro le viene por un islote de piedra qu'está frente a su costa y qu'es el qu'hace qu'este sitio sea diferente a otros de por aquí —El arriero se sentía importante relatando esas historias—. Y la segunda parte del nombre es porque, según se cuenta, este lugar fue un refugio de piratas berberiscos y qu'no de ellos, un

caudillo o patrón de barco llamado Mohamed Arráez, estuvo viviendo por aquí, y de ahí lo del Moro. Eso icen.

Roberto y Pedro escuchaban la leyenda al mismo tiempo que pensaban en ¡cuánto Mediterráneo y qué intenso!; en azules, blancos, roca, mar, Historia...; en un lujo completo que recordaba el pasado y mostraba un presente que ¡qué estupendo sería si también tuviera futuro!

El animal había llegado al cruce del camino, enfrente, en el barranco que Damián llamó del Negro, la naturaleza ofrecía un ejemplo de la exuberancia de esta tierra árida, donde se desarrollaban especies como palmitos, lentiscos, palmeras, esparto y chumberas, entre otras que daban alimento al ganado. Mientras, el carro tirado por Gasógeno avanzaba y se enfrentaba a una dura subida.

—Veo que les ha gustao lo qu'han visto —comentó el carretero—, pero sa'n dejao de ver cala Tomate, cala Grande, cala Chica, cala Cortá y la cala del Embarcadero. Son toas chicas, pero son toas mu bonicas.

El hombre calló unos instantes. Habían llegado al comienzo de la empinada cuesta y había que estar preparados.

—Ahora hay que bajarse, y lo más seguro es que tengamos qu'empujar si queremos qu'el carro llegue hasta arriba. Ya verán, ya verán, qu'aunque el trecho no es mu largo la subía sí es mu dura. Claro que, cuando lleguemos al final, se van ustés a pasmá con el paisaje, que como el miraor de la Amatista hay pocos, se lo digo yo.

Al inicio de la pendiente todos se bajaron. La subida cada vez era más empinada y los tres hombres se pusieron a empujar. El mulo agradeció la ayuda con un relincho de alegría. El sudor los inundaba, la rampa era fortísima y el sol calentaba de lo lindo. El esfuerzo les impedía contemplar el mar que cada vez se iba quedando más abajo; solamente dejaban de empujar para empinar el botijo que después de beber dejaban que inundara su cara. Al fin, en un recodo del camino, a una señal de Damián, se detuvieron.

—Aquí paramos, ya'stamos en el miraor —indicó el carretero—. Mientras ustés miran el panorama, recuperaremos las fuerzas.

El carro había parado en una pequeña anchura que había junto al acantilado. Efectivamente, la vista era preciosa y el mar desde aquella altura se veía majestuoso. El mirador de la Amatista era eso, un balcón natural, una elevación de roca viva que caía a plomo, cien metros, sobre el mar. Pero los jóvenes estaban cansados y lo que querían era llegar al pueblo. El arriero les dijo que

aún faltaba media hora y que para ello tenían que pasar antes el último obstáculo, una última subida de apenas cincuenta metros, pero los más duros de todos. No hablaba en broma, ante ellos se interponía el obstáculo final para obtener el ya merecido descanso. Pensando que pronto estarían donde se pudieran refrescar, empujaron con todas sus ganas hasta que, tras un gran esfuerzo, lograron coronar la cima. Ante ellos se mostró el valle de Rodalquilar, las minas y su febril actividad.

El esfuerzo realizado había sido muy duro, por lo que los hombres se tomaron su tiempo para expulsar el aire de sus pulmones y normalizar los latidos del corazón. Ya más tranquilos, el mulero decidió contarles algún detalle sobre lo que tenían ante sus ojos.

—Ahí tien ustés el valle. Dicen que quien no conoce el valle de Rodalquilar no conoce el cielo. Yo no sé por qué lo icen, yo siempre veo lo mesmo. La maestra, una que vivía aquí, decía qu'el valle, realmente, era una gran caldera volcánica que debió formar un pequeño golfo, cerrao después por los sedimentos. Así lo decía ella, pero yo no sé de sedimentos ni de calderas, yo veo lo que veo —acabó por decir Damián, acompañándose de un ademán que denotaba claramente su escepticismo.

Los muchachos no respondieron, estaban cansados, y aquel esfuerzo los había pillado de sorpresa y los había dejado exhaustos. Además, el sol hacía gala de su fuerza y los viajeros daban fe de que lo estaba demostrando; el calor era insoportable y deseaban llegar pronto. Subieron al carro y el mulo inició la larga bajada hacia el pueblo donde algunos árboles, diseminados entre las viviendas, ofrecían una imagen de alivio y frescura en aquel tórrido mediodía.

Roberto pensaba que, por lo que veía, ese pueblo minero no se parecía en nada a los que él imaginaba. Bueno, sí, se decía, en el polvo que se distinguía por encima de la alta torre que se divisaba al fondo.

Damián los llevó hasta la cantina diciéndoles que allí podrían comer. Más tarde volvería. Una vez dentro del local se dirigió a una mujer de mediana edad que, detrás del mostrador, escuchaba la radio al mismo tiempo que ordenaba en la estantería botellas y vasos.

—Sole, te traigo dos clientes, ¿qué les pues dar de comé?

—Hola Damián —le respondió la cantinera—, t'as retrasao y ya sa'n io tos. Les pueo hace una gacha colorá y huevos fritos. ¿Qué te paece?

—Me paece bien —respondió el carretero. Y dirigiéndose a los jóvenes—: Espérenme aquí, voy al economato a hacé unos mandaos, que s'ha hecho tarde, y vuelvo. Voy a intentar buscarles pa dormir.

Los jóvenes tomaron asiento y examinaron la taberna. La cantina, una nave destartalada con mesas largas y bancos corridos de madera, estaba vacía. La desnudez y continuidad de sus muros se veían interrumpidos por una ventana abierta en cada lateral. La instalación era sencilla y humilde. Un calendario colgado detrás del mostrador recordaba que el mes de julio estaba tocando a su fin. Tiras con pegamento, llenas de moscas, colgadas del techo y distribuidas por el local daban fe de la lucha que se mantenía contra ellas, pero era inútil, había moscas por todos los lados. Del aparato de radio de la estantería salían las notas del Himno Nacional; era la hora del 'Parte'.

No habían pasado muchos minutos, cuando la mujer apareció portando una cazuela de barro humeante que depositó sobre la mesa, y volvió para traer un cuenco más pequeño repleto de caldo rojo, 'caldo colorao' dijo la Sole que se llamaba. Del mostrador cogió una botella de vino, dos vasos y un gran trozo de pan que depositó en la mesa.

—Vayan comiendo —les dijo mientras regresaba al mostrador—. La gacha s'acompaña tomando una cuchará de caldo; así, una y una están mu güenas. Ahora les traigo los huevos y una raja sandía.

Tanto Pedro como Roberto miraban con estupor la marmita. Las gachas que ambos conocían tenían otro olor y otro color, eran las gachas castellanas. Esto que tenían ante ellos era otra muestra de la gastronomía de la zona. Recordando que las anteriores comidas regionales habían resultado magníficas, sin pensárselo más empezaron a comer.

—Están buenísimas —elogió Pedro después de varias cucharadas y de beberse medio vaso de vino de un trago.

—¡Lo qu'están es cojonuas! —espetó Roberto con la boca llena, queriendo imitar torpemente el lenguaje del arriero.

El condumio de la cacerola estaba ya en su más bajo nivel cuando apareció la señora con dos platos con sendos huevos fritos con ajos. Ante la voracidad de los comensales trajo otro trozo de pan y dos grandes trozos de roja sandía.

Habían terminado de comer y después de felicitar a la cantinera por su buen hacer se aprestaron a esperar a Damián. Roberto dormitaba en un banco la pesadez de lo ingerido. Pedro prefirió acercarse al mostrador y hablar con la Sole. Esta también tenía ganas de hablar y de saber quiénes eran y qué

se proponían. Los vecinos estaban un poco revueltos: a principio de verano habían llegado tres jóvenes que decían venir de la Universidad y sus ideas innovadoras tenían divididos a los mineros. La mujer quería conocer si estos viajeros traían los mismos pensamientos y si habría nuevas conmociones. Se tranquilizó escuchando a Pedro.

—Estaremos unos días, no sabemos cuántos. Lo que queremos es conocer cómo extraen el mineral y cómo es la zona. Estamos viajando sin rumbo fijo, de aquí para allá. Viajamos a ninguna parte…

Como viera que la mujer no quería perder la oportunidad de no aburrirse, Pedro aprovechó la ocasión para preguntarle.

—Y… por aquí, ¿qué tal?

—Este es un pueblo mu'aburrío, como tos los de por aquí. Ya sa'n pasao las fiestas y a esperar al año que viene. Por lo demás, el pueblo es mejó que los otros, aquí viene mucha gente a buscá trabajo, aunque sea malo, porque… ¡Virgencita mía!, ¡pobrecicos los mineros! Mi hombre, mi Manué, también trabaja en la mina, pero fuera, al aire libre. Los que vienen saben lo matao d'este trabajo, pero es mejó que no tené na.

De pronto el sonido de una fuerte detonación llegó hasta ellos.

—¡Santa Bárbara bendita protégelos! Que no se desgrasie nenguno —exclamó asustada la Sole, al mismo tiempo que besaba con fervor un escapulario que colgaba de su cuello.

Pasado el susto, más tranquila y vueltas las ganas de seguir hablando, la mujer siguió con sus lamentaciones.

—Mire usté. A pesar del mucho tiempo que llevo aquí no m'acostumbrao a las explosiones de los barrenos, y es que más d'una vez vienen acompañás d'accidentes. ¡Pobres los hombres que trabajan en la mina! Si no es por una causa es por otra, pero no duran mucho, ¿sabe usté? Cogen enfermedades mu raras, las dicen silicosis y neumocosis o algo paecío.

—Neumoconiosis, creo que es como se llama —aclaró Pedro amablemente.

—Bueno, como se diga. El caso es qu'a veces, esas enfermedades los matan y ha habío veces que los niños n'han llegao a conocé a sus padres. Y es que son los que más peligro corren, porque no tien la protección qu'hay que tené; pero no crea usté, que los que vivimos aquí también corremos nuestro peligro, que ya nos l'han contao gente qu'ha venío por aquí, que con el polvo envenenao

qu'hay en el aire, lo más normal es que tengamos malos los pulmones. Total —siguió la Sole—, que como por aquí la vida no es mu güena que digamos, la empresa de las minas quie construí cincuenta y ocho viviendas. Dicen que pa los obreros, ¡ya veremos quién las disfruta!

La Sole mostraba así su pesimismo al forastero, cuando irrumpió Damián en la cantina.

—¿Los has tratao bien, Sole? —le espetó. Y, al ver la cara seria de la mujer, continuó hablando sin esperar su respuesta—. Ya les has contao penas, mujer, mira que te lo tengo dicho, que la vía es ansí.

Después de aquella sentencia que no admitía réplica, Damián volvió su atención hacia los comensales.

—¡Vámonos, muchachos!, se le pasará pronto.

Haciendo un gesto con la mano se despidió de la cantinera. Los jóvenes lo hicieron precipitadamente con un «Hasta la noche».

El mulero los condujo hasta una casa de aspecto humilde, pero limpio.

—La Carmen los tratará bien. L'he dicho que no sé los días qu'estarán ustés por aquí, pero la pobre lo necesita, es viuda de minero y cuida de su padre enfermo de silicosis. En cuanto a mí, yo me tengo que marchar, que tengo que repartir el resto del pescao y que quieo ecirles qu'ha sío mu bonito el haberlos conocío.

Los jóvenes, emocionados por la sencillez del hombre, se abrazaron a él. Damián, afligido, llamó a la señora, quien, al poco, apareció en la puerta tras apartar la cortina de la entrada. Era una mujer aún joven, vestida con ropa amplia totalmente de negro con la que intentaba disimular unas formas exuberantes, delatadas no obstante por un meneo de carnes imposible de eludir a la mirada de los hombres. Un pañuelo del mismo color cubría su cabeza. Su cara, de agradables facciones, estaba marcada por un sello de extremada tristeza.

—Carmen, estos son los muchachos que le traigo —explicó Damián presentándolos—. Y'han comío en ca la Sole. Ahora hablan entre ustés, que yo me tengo qu'ir.

Y girando sobre sus talones, el amable carretero se fue en busca de su carro.

La mujer paseó su mirada de uno a otro y, al fin, rompió el silencio.

—Pasen, les enseñaré la habitación que tengo. Dormir cuesta cuatro pesetas, y si también quieren comer son siete pesetas diarias ca uno. Pa lavarse, en el patio hay agua en un pilón.

La habitación con dos camas era claustral. Encalada de blanco, dos sillas acompañaban a los catres como todo mobiliario; un trozo de espejo pegado con yeso ejercía de tocador, y, para colgar la ropa, dos clavos en la pared. Una ventana con mosquitera se abría a un corral. Los viajeros solo querían descansar, de modo que se despojaron de las botas y se dejaron caer sobre la cama pensando que el día estaba siendo muy movido y que necesitaban echarse una siesta. Se durmieron pensando en las veces que habían visto en el cine poblados llenos de gente enfebrecidos por el oro. Pronto averiguarían que aquel lugar era distinto, que allí no era como en las películas.

Los despertó el clo clo de las gallinas cuando la tarde empezaba a declinar. En las alturas el sol empezaba a desaparecer, lo que hacía la temperatura más agradable. Puestos en pie se dirigieron al patio con la idea de asearse. Sobre un poyete una palangana junto a un cubo con agua y una toalla demostraban que Carmen había sido previsora. Una vez lavados se dispusieron a salir para conocer el pueblo. En la entrada, la señora de la casa, sentada en una silla de anea, cosía al mismo tiempo que charlaba con otras dos mujeres que igualmente hacían labores.

Cuando aparecieron los huéspedes, las mujeres guardaron silencio, al saludo cortés de estos contestaron con unas serviles buenas tardes. En la calle, el bullicio cotidiano: un grupo de niños jugaba un partido de fútbol con una pelota que ya no botaba por los pinchazos que había sufrido; otros intercambiaban cromos y algunos tebeos; las niñas jugaban a la comba y a la rayuela, y las más afortunadas, con una muñeca de cartón. El trasiego de gentes era intenso: obreros, viejos y mujeres caminaban con desgana; en la puerta del cuartel de la Guardia Civil, un grupo de agentes charlaba, seguramente repasando las incidencias; en la iglesia —bonito oratorio al parecer de los visitantes— un grupo de niños ensayaba un salmo aprendido, probablemente, a base de hostias de las dos clases, y en la entrada, el padre, satisfecho, repartía sonrisas. El cura era ciertamente espejo de buena, si no de santa, vida, vigoroso y colorado.

Decididos, Pedro y Roberto se encaminaron hacia unos edificios, en apariencia talleres y oficinas de las minas, con la intención de visitarlos, pero, al poco, se vieron obligados a volver sobre sus pasos: algo más arriba, el acceso se encontraba vetado.

—Volveremos mañana a ver si hay más suerte —se lamentó Pedro.

En su deambular llegaron a la escuela, allí observaron que había tres jóvenes dando clase a un grupo de adultos; eran unos jóvenes universitarios que estaban viviendo una experiencia pionera. El efecto parecía interesante y muy enriquecedor, sobre todo para los estudiantes que trabajaban en los campos y enseñaban a leer y escribir a los adultos. Vivían en sus casas y comían (a veces cada día en una casa distinta para repartir el coste) de lo que había en las pobres viviendas.

Se había echado la noche y decidieron volver a la pensión, allí junto a Carmen había sentado un hombre que resultó ser el señor Germán Zapata, su anciano padre. La mujer sacó dos sillas e invitó a los muchachos a que se sentaran y les hicieran compañía. Después, dirigiéndose al viejo dijo:

—Voy a hacé de comé. Padre, estos son los huéspedes de que le hablé.

Los recién llegados observaron que el mayor respiraba con dificultad, la hija explicó que era a causa de la silicosis que le había destrozado sus pulmones y que era un caso raro, ya que llevaba muchos años así. Otros, con su mismo cuadro médico, hacía tiempo que habrían muerto. Dicho lo cual se introdujo en la casa.

El viejo observaba a los huéspedes desde la altura de sus años. Los estudiaba analítico y benevolente, penitente sabedor de que era perdedor de esta última batalla con la vida; pero se apreciaba que todo le daba igual. A pesar de la enfermedad y los años, su aspecto era decidido. La camisa gris, con los botones desabrochados hasta la cintura y remangadas las mangas hasta el codo, dejaba ver un tatuaje en el brazo izquierdo enalteciendo a la legión, un detalle que daba a su aspecto un aire aguerrido.

Unos segundos después de que la mujer hubiera desaparecido, la voz del enfermo rompió el silencio.

—¿Qué se les ha perdido a dos muchachos como ustedes en este perdido rincón del mundo?

No hemos extraviado nada —contestó Pedro—. Solo buscamos conocer lugares y saber su historia. Lo que hemos visto hasta el momento ha merecido la pena. Acabamos de llegar a Rodalquilar y para cuando nos vayamos queremos hacerlo sabiendo todo sobre este pueblo.

—Hombre, si solamente es eso yo puedo ayudarles algo. Déjenme que les cuente. Yo tampoco soy de aquí, pero llevo por estos andurriales muchos años,

vine en 1914, pero me fui en 1920 para alistarme al Tercio. ¡Cuánto tiempo ha pasado, y todo él para hacerme viejo! Tenía veintiocho años cuando empecé a envejecer. El porvenir que fabricaba con la materia de mis sueños lo imaginaba junto a mi Carmela… ¡Ya saben!: «Pueden más dos tetas que…». Así que cuando terminé el compromiso, en 1925, con la legión, me licencié y me vine aquí, la madre de la mujer que está ahí dentro tuvo la culpa. Además, en aquellos tiempos de miseria aquí tenía trabajo, cosa que no era fácil, ¡cómo olvidar aquello! Hay cosas que no se pueden olvidar. Solo tengo que cerrar los ojos y todo está igual que entonces, aunque… sin ella. Carmela pasó por mi vida como un pájaro que vuela.

»Pero ustedes no han venido a escuchar las penas de un viejo que lo mezcla y lo confunde todo. ¿Por dónde podría empezar? No quisiera remontarme demasiado en el pasado.

El hombre, después de cavilar un instante, prosiguió su relato.

—Aquel tiempo no fue una época dorada. Ustedes no saben lo que eran las minas entonces. Tampoco es que sea muy diferente a lo de ahora: un grupo de millonarios explotando un rebaño de desgraciados. Esclavos venidos de todas las provincias para dejarse la vida perforando galerías, volando barrenos, partiendo trozos de mineral con picos y azadones, acarreándolos en las vagonetas, con un solo sueño: salir del interior porque la vida estaba fuera. Esclavos que trabajaban desde las cinco de la mañana hasta el anochecer, dormían hacinados en mugrientos barracones y engañaban el estómago con agua sucia o vino de las cantinas. Eso era y son las minas: la codicia de los altos frente a la humillación de los bajos. La gente que enferma o muere no le interesa a nadie, nadie quiere hablar de eso. A los poderosos no les interesa hablar de lo pasado y menos cuando se ha sepultado una época con ríos de sangre y solo los enterradores trabajaron con entusiasmo.

El señor Germán respiró hondo antes de continuar.

—Centrémonos en las minas porque me caliento y hablo lo que no tengo que hablar. Aquí las paredes oyen. Si ustedes tienen curiosidad en conocer algo de la historia del lugar y un poco de paciencia para escuchar a este pobre viejo, les puedo leer algo de un libro que encontré no hace mucho, en el que se habla de la minería de Rodalquilar.

—Sí, por favor —respondieron los dos jóvenes a la vez.

Sin disimular su agrado por el interés mostrado por los recién llegados, el anciano se acercó hasta el mueble situado a sus espaldas, abrió uno de sus

cajones y, con cuidado, extrajo un pequeño libro, un manuscrito que, a juzgar por su aspecto, debía haber sido leído numerosas veces. De nuevo sentado frente a los dos jóvenes, lo abrió por la página señalada mediante un trozo de papel y comenzó a leer.

La historia más reciente se remonta a finales del siglo XIX, cuando se encontró oro en las minas de Rodalquilar, pero muchos años antes, en la zona, las minas de alumbre estuvieron explotándose mucho tiempo. Fue tal su importancia que en el Playazo se instaló una fábrica y un poblado minero a principios del siglo XVI, recién terminada la Reconquista. En todo el Campo de Níjar había minas de las que se extraían diversos minerales. Para el tren que debía llevar el mineral a la costa y para el procesado de ese mineral se talaron los bosques de Almería. La mano oculta del poder, que permite al ser humano buscar lo mejor para él y no para sus descendientes, creó un desierto en el sudeste español. Pero sin ninguna duda, la minería más conocida, en el municipio de Níjar, era la de Rodalquilar por sus minas de oro. Estas eran como una quimera y estaban en funcionamiento.

Comprobando la atención que sus dos invitados prestaban a su lectura, el amable anfitrión continuó con lo que parecía un memorándum de la historia minera local.

En 1883 se descubre oro en la mina Las Niñas, situada en el barranco del Lobo a menos de un kilómetro del pueblo de Rodalquilar, pero debido a que el oro se encontraba diseminado en el cuarzo de los filones volcánicos, existían serios problemas para obtenerlo con la tecnología metalúrgica de la época. La solución fue enviar el cuarzo por barco al puerto de Mazarrón con destino a la fundición Santa Elisa. Allí se fundía con la galena obteniéndose unos lingotes de plomo aurífero, que eran enviados a Amberes, donde se separaba el plomo y el oro. Todo esto cambiaría con el descubrimiento en 1915 de un rico filón de oro en la mina María Josefa. Como consecuencia se propaga una fiebre aurífera en la sierra del Cabo de Gata. Proliferan las solicitudes de permisos mineros y se suceden una tras otra las creaciones de pequeñas sociedades mineras auríferas con el objetivo del beneficio a pie de mina del oro de Rodalquilar. Pocas de estas empresas cobrarán alguna relevancia y solo alguna de ellas llegará a intentar beneficiarse del oro. Esta sería Emarsa, una sociedad constituida por capital almeriense. Este grupo abrirá tres nuevas minas: Blanca y Negra, Santa Rita y California.

El narrador pasaba las hojas de aquel manuscrito con pausados ademanes, casi con deleite. Los dos jóvenes, casi sin pestañear, no perdían detalle de la lectura.

Debido a estas perspectivas positivas, se crea en el año 1925 la Sociedad Aurífera Minas de Rodalquilar, con un capital social de seiscientas pesetas que estaba dividido en 600 acciones de 1 peseta cada una de ellas. Se sigue con la política de aportaciones personales para sufragar los gastos de la explotación de las minas y para plantearse la construcción de una instalación metalúrgica por amalgamación para obtener el mineral de las minas. Pero a pesar de todo, se hace necesario pedir un préstamo al Banco Español de Crédito para poder montar la citada planta metalúrgica. La garantía personal de algunos de los socios permite la obtención del préstamo.

Es entonces cuando, para intentar conseguir el capital suficiente que librara de deudas al negocio, se constituye el día 23 de mayo de 1930 una nueva compañía (Emarsa), pero esta vez con un capital de dos millones de pesetas dividido en 8.000 acciones a 250 pesetas cada una de ellas. El banco se compromete a colocar las 5.000 acciones que quedasen para la venta con un valor global de 1.250.000 pesetas, del total de las 8.000 acciones que componían el capital de Emarsa.

Pero ante las buenas perspectivas de la aventura minera, el propio banco comienza a evaluar la posibilidad de no colocar las 5.000 acciones que habían quedado para la venta. Se crea una comisión, encabezada por el vicepresidente del banco, que visita las minas y la planta de amalgamación y posteriormente se encarga un estudio técnico de las minas a un conocido ingeniero inglés de nombre Mr. Jeffery.

De esta manera se llega a un acuerdo entre Emarsa y el Banco Español de Crédito, y el 9 de abril de 1931 se firma una opción mediante la cual el banco deberá aportar el capital necesario para crear una nueva sociedad con un capital de siete millones y medio de pesetas, de los cuales los propietarios mineros recibirían tres millones de pesetas en acciones liberadas por la aportación de las minas y los otro cuatro millones y medio sería la contribución efectiva del banco a la nueva empresa.

Al llegar a este punto, el señor Germán hizo una pausa.

—¿No los estaré aburriendo con tanto dato, verdad?

—No, no. Está muy bien conocer los aspectos financieros de las empresas que se instalaron aquí —se apresuró Roberto a contestar—. Así entenderemos mejor lo que ocurrió.

Se auguraba así un magnífico futuro para la nueva compañía aurífera y para los mineros y no mineros de la zona. Pero finalmente, al parecer, los cambios a los que se ve sometido el banco como consecuencia de las turbulencias sociales, políticas y económicas por las que atraviesa España en esas fechas da al traste con la opción firmada en abril de 1931.

De esta forma, los propietarios de Emarsa se encuentran sin el capital de 1.250.000 pesetas correspondiente a las 5.000 acciones de la compañía, destinadas en mayo de 1930 para la venta y que el banco se había comprometido a colocar en el mercado. También se volatiliza la constitución de la nueva sociedad que sucedería a Emarsa y, con ello, la aportación por parte del Banco Español de Crédito del capital de 7.500.000 pesetas que estaba previsto realizaría según la opción firmada en abril de 1931.

El resultado final de todos estos contratiempos es que la empresa Explotaciones y Minas Auríferas de Rodalquilar S. A. (Emarsa) se encuentra con una importante deuda frente al Banco Español de Crédito, la cual no es capaz de pagar, y entonces comienza un larguísimo proceso de problemas económicos y judiciales que comienzan contemporáneos al establecimiento de la II República en España, que prosiguen durante la Guerra Civil y que aún persistirán en la posguerra en el año 1946.

Es en ese año de 1946 cuando uno de los socios de Emarsa, D. Antonio Abellán Gómez, hace un último intento por salvar su maltrecha economía personal y la de la compañía. Para este desesperado intento de salvación utiliza la mediación del vicesecretario general del Movimiento en Almería, D. Rodrigo Vivar Téllez, para hacerle llegar una carta al mismísimo ministro de Industria y Comercio. En dicha carta el Dr. Abellán expone que en la zona aurífera de Rodalquilar existen unas reservas auríferas que se pueden valorar en bruto en, nada más y nada menos, 9.000 millones de pesetas. Para su explotación propugna la creación de un gran consorcio que agrupe a todos los propietarios de las minas (entre los cuales se encuentra él mismo) y que con la aportación del Estado de unos 250 millones de pesetas el negocio será muy rentable, según sus propias palabras. Pero la realidad es que el día 8 de enero de 1947, la Dirección Técnica del INI dictamina que la argumentación del señor Abellán se apoya en unos datos

de rendimiento y de ley de oro del mineral superiores en un 300% a la realidad, por lo cual recomienda no tomar en consideración la propuesta.

El hombre levantó la vista del manuscrito y lo cerró cuidadosamente. Luego, tras una prolongada pausa, aprovechada probablemente para poner en orden sus recuerdos, continuó con sus explicaciones.

—Y a grandes rasgos esta es la situación actual. No sabemos cómo acabará. Se sabe que la compañía y los propietarios que habían avalado en su día el préstamo del banco con garantías personales, si no encuentran solución económica, están todos al borde de la ruina. Ante este panorama preguntarán ustedes por el personal, por los trabajadores. Los mineros, bastante tienen con trabajar, aunque andan algo revueltos porque quieren ganar más. El trabajo es peligroso, piensen que en una de las tareas han de clavar con fuerza la barra de hierro en la pared de la cantera, mientras otro compañero la aporrea con un mazo de tres kilos. Luego mete el cartucho de dinamita en el agujero, se prende la mecha y se sale corriendo a parapetarse lo más lejos posible. Cuando la dinamita estalla nunca se sabe lo que puede pasar. La llegada de tres estudiantes a engancharse en la mina los tiene sublevados. Estos hablan de constituir un sindicato o no sé qué cosa para agruparse y tener más fuerza a la hora de negociar. Los salarios que tienen les parecen bajos y quieren mejorarlos.

Y en esa están. El estallido de una crisis minera contribuiría mucho al malestar de la provincia. La mezcla de universitarios inquietos con obreros y campesinos al borde de la miseria y con la rabia contenida puede ser explosiva. En las minas encuentran ocupación cientos de obreros que forzosamente tendrían que emigrar sin saber dónde; sería la muerte del pueblo y sus alrededores. De siempre, la provincia de Almería ha dado un gran contingente de obreros a la emigración, pueblos enteros se han lanzado a la aventura, en busca de ciudades y países donde han encontrado unos, la fortuna y otros, un calvario doloroso. La gente busca trabajo, vida y prosperidad. Si aquí lo hubiera los obreros no emigrarían, y hasta seres de vivir inverosímil y milagroso, para los que cada día que pasa representa una victoria sobre la vida, encontrarían ambiente propicio menos hostil que este que a todos nos envuelve como una inmensa túnica de inquietud.

Los jóvenes escuchaban perplejos la erudición y la corrección con que se expresaba el señor Germán. El hombre hablaba con voz fatigada, pero enérgica. Como si el tema lo hubiera venido preparando para explayarse a la primera ocasión, y esa había llegado aquella noche. Noche que se agigantaba en lo alto,

erizada por la voz de Germán, que parecía refrescar su desencanto en el de los desgraciados mineros que trabajaban en las minas.

La voz de la cocinera anunciando que la cena estaba sobre la mesa y que había que acudir ya cortó la charla, pero aún tuvo tiempo el señor Germán de decir:

—La 'mano oculta del mercado' es la solución 'ideal' para toda la vida social. Es tan ideal que prefiere la ganancia hoy a la ganancia hoy y mañana, porque para la 'mano oculta', amigos míos, mañana no existe.

Ya en la mesa los jóvenes comen con apetito. La señora de la casa, que se ha quitado el pañuelo de la cabeza y luce una espléndida cabellera, ha hecho tortas de panizo, huevos fritos y una gran ensalada. El viejo los ve comer. Él apenas toma nada. Inopinadamente, pregunta:

—¿Qué les pareció la victoria de España sobre Inglaterra? —Y sin esperar respuesta—. ¡Qué huevos tiene el Zarra ese! Lloré escuchando la narración de Matías Prat.

Pedro, que es el más aficionado de los dos al fútbol, enseguida le contesta.

—Extraordinaria, pero luego Brasil nos goleó 6 a 1. Total, para nada, porque luego Uruguay les aguó la fiesta.

Se veía que al hombre le gustaba ese deporte porque, brillándole los ojos, continuó con el tema.

—Es que Zarra los mete de cualquier forma. Claro que con esa delantera de: Iriondo, Panizo, Zarra, Gárate y Gainza, cualquiera. Lo digo porque soy del Athletic de Bilbao.

—Yo también soy del Atlético…, pero de Madrid. Este año somos los campeones.

—Lo mío son los toros —terció Roberto—. Donde esté una corrida con toreros como Arruza, Luis Miguel Dominguín, Domingo Ortega, Rafael Ortega, Manolo González…, que se quite todo.

Habían terminado de cenar y Pedro y Roberto decidieron pasear por el pueblo. No había gran animación por las calles. Algunos ancianos sentados en sillas bajas a la puerta de su casa descansaban silenciosos abrazados a sus recuerdos. En la cantina un grupo de hombres escuchaba la radio. La radio, no al alcance de todos, era compañía indiscutible de los españoles que buscaban en ella la diversión y el entretenimiento que la precariedad económica de aquel tiempo les negaba. En España, pese a la censura y la limitación impuesta

a las emisoras para la difusión de noticias, la radio se había hecho espectáculo y transmitía en directo toda clase de acontecimientos: partidos de fútbol, corridas de toros, etc.

La noche estaba serena y el cielo, pleno de estrellas que brillaban intentando con su luz iluminar el camino. Se habían hecho espectáculo. Los jóvenes decidieron irse a dormir.

Pedro se despertó de madrugada, un mosquito se había ensañado con él; miró a Roberto, dormía como un bendito y no se enteraba de nada. Desvelado, se acercó a la ventana. A lo lejos, la luna volcaba en el mar su claridad celeste. Era una de esas noches transparentes del verano de la costa. El parpadeo de la luz de un viejo candil atrajo su mirada hacia una ventana que daba al corral, en ella vio a través de un espejo, reflejado, el cuerpo desnudo de Carmen. Fue como un deslumbramiento. Eran muchos días sin mujeres. De pronto Carmen le recordaba que existían. Le revelaba, sin querer, el secreto de la carne femenina realzada por el misterio de las sombras. La mujer, ajena a la observación, se aproximó al armario y, ante el cristal, examinó su cuerpo. Erguida ante el espejo, con las yemas de los dedos se acarició el vientre, recorriendo con sus manos extendidas la turgencia de los muslos para después de observarse largamente, sin más prenda que una mirada derrotada, apagar la luz, y la oscuridad reinante hizo desaparecer la visión cautivadora.

El corazón le latió con fuerza en el cuello, como si fuera a salírsele del cuerpo. Quedó hechizado y no pudo precisar cuándo ella apagó el candil y se fue a dormir. Se echó en la cama, pero no pudo conciliar el sueño; la imagen desconcertante del espejo ardía en su cabeza como dentro de una hoguera. Como si le hubieran arrancado los ojos y estos estuvieran asidos al cuerpo de Carmen. Le había sorbido la voluntad.

A la mañana siguiente, al poner el desayuno, Carmen, sin levantar la mirada de la mesa, comentó:

—Ha sío raro lo de mi padre. Anoche los oí hablar. Las más de las veces no sale de su mutismo, sumío en pensamientos hondísimos qu'a nadie quie contar.

Los muchachos la escucharon en silencio. Pedro la observaba insistentemente intentando atrapar su mirada. La mujer percibió la insistencia e hizo caso omiso de ella. Al principio Carmen no entendió el porqué de la misma, pero al final adivinó las ideas que lo alimentaban por lo que optó por tener un trato, con el huésped, cortés, pero distante. Se debía a su padre, no debía

pensar otra cosa. Este hombre era ave de paso. Su mirada triste cambió por otra que parecía decir: «Existen en el mundo sitios en los que tendría que estar y donde no estoy. Los demás han vivido su juventud, la mía fue un sueño. Habría valido más, sin duda, que la realidad».

Una vez desayunados salieron a conocer el pueblo y pudieron comprobar que, en efecto, a aquellas horas ya se iniciaba, como de ordinario, el tráfago de vendedores en sus carros que, aunque no muchos, lo hacían con gran aparato de discusiones. Los arrieros desbarraban generalmente con tremendas expansiones vocales de un léxico, a todas luces, infame. Estas se unían a las que proferían los compradores al comprobar el precio del producto. Mientras esto sucedía, en el campanario de la iglesia las campanas repicaban anunciando a los cuatro vientos que comenzaba el mercado.

Rodalquilar ofrecía los elementos propios de una cuenca minera, a la española, de la explotación de un yacimiento de oro poblado de trabajadores, con iglesia y viviendas de sabor colonial para los mandos, escuela, cuartel de la Guardia Civil, almacenes, edificio de lavado, molido y pulverización, bancadas para la cianuración, cubas cilíndricas de precipitación, grandes estructuras de hormigón armado teñido en tonos rojizos por efecto del óxido y un paisaje de roca lavada en forma de pequeños cañones. Era un ejemplo de arqueología industrial de insólita y sugerente belleza.

Tal y como los dos viajeros conocerían más tarde, las minas tenían una extensión de, aproximadamente, unos 5 km^2. Un camino ascendente bordeaba la planta, en esta estaba ubicada la caseta de la tolva de descarga de los camiones que recorrían la carretera desde los diques del cerro del Cinto. Abajo quedaban las instalaciones de las que se distinguían las balsas. A la derecha, arriba, había un túnel por el que se cruzaba de vertiente para arrojar los escombros a un espacio consignado para su almacenamiento.

Las instalaciones eran un hormiguero de laboriosidad, pero, por seguridad, no se podía acceder al interior del emplazamiento, un vigilante lo impedía. Le pidieron poder hablar con algún directivo y el guarda los condujo a un barracón en cuya entrada se leía: Oficina; dentro de ella y sobre el tablero de una puerta cerrada un rótulo avisaba de que era el despacho de dirección. En el interior, un hombre que no habría cumplido los cincuenta años, aunque era fácil atribuirle diez años más, al enterarse del objeto de la visita los recibió amablemente. Tenía la cabeza como una bola de billar y la piel de su rostro, del color de un viejo pergamino. Afable les comunicó que era peligroso visitar las

instalaciones y por supuesto las minas, pero que él podría darles amplias explicaciones del proceso que se seguía para la consecución del oro. Les propuso que se sentaran y escucharan lo que tenía que contar.

Para empezar, les explicó que, además de Rodalquilar, en el Cinto existía otro pequeño poblado llamado San Diego y que era una de las tres instalaciones con las que contaba la empresa Minas de Rodalquilar S. A. para la explotación de los yacimientos. También les comentó que entre los edificios existentes había varias viviendas que se habían construido para los directivos británicos, un laboratorio y dependencias para los trabajadores, además de almacenes, garajes y otras instalaciones auxiliares asociadas a la actividad minera de la zona.

En cuanto a los procesos, les informó de lo laboriosos que eran y de la meticulosidad que exigía su realización. Primero, una vez extraído el mineral, lo transportaban por medio de camiones a una báscula de pesaje y luego lo pasaban a una tolva para, a continuación, triturarlo en una machacadora de mandíbulas y después, en un molino de conos. De ahí, era clasificado en cribas vibrantes y sometido a una separación electromagnética para eliminar otros metales diferentes al oro. Se volvía a moler, esta vez en molinos de bolas, y se procedía a una nueva clasificación en tornillos lavadores de donde salía el mineral ya concentrado. Posteriormente, a través de varios tanques y de varios procesos químicos basados en el uso del cianuro —para procurar una solución rica en oro—, y del cinc —para activar su precipitación—, se obtenía un producto que había que secar mediante una estufa eléctrica, volver a precipitar, filtrar después y, finalmente, por fusión en un horno eléctrico, obtener el preciado metal.

Había hablado de corrido, como recitando una historia otras muchas veces contada, y concluyó diciendo:

—Esta es la explicación que les puedo dar, posiblemente aburrida, pero no puedo hacer otra cosa.

Los visitantes se apresuraron a decirle que la exposición había sido muy gráfica y elocuente y que quedaban agradecidos de su amabilidad. Salieron de allí pensando que, aunque no habían visto, como era su idea, el desarrollo de los procesos, sí sabían, teóricamente, el procedimiento de los mismos. En la calle, el sol inmisericorde ejercía su poder desplegando toda su fuerza sobre la población.

Pedro y Roberto observaban el incesante movimiento de personas, atraídas por el falso señuelo de trabajo en la explotación minera. Llegaban creyendo lo que no existía. Se habían inventado historias. Nada era tan fácil como inventarse algo parecido a la realidad, sobre todo cuando entraba en juego la supervivencia. Mientras, indiferente al drama, el astro rey en lo alto calentaba como de costumbre, y los habitantes de Rodalquilar buscaban una sombra intentando ponerse a cubierto de sus rayos.

Era mediodía y antes de ir a comer decidieron darse una vuelta por la cantina. La Sole los recibió con alegría, junto a ella había un hombre al que presentó como José, su marido. Después de intercambiar saludos pidieron un tinto con gaseosa y se sentaron en una mesa debajo del porche de la entrada. Cerca de ellos dos grupos de mayores hablaban en voz baja, uno, de las reivindicaciones que postulaban los estudiantes, otro, de la silicosis que padecía el Eleuterio por culpa del trabajo en la mina. Hablaban y hablaban de lo que le había ocurrido a…

Las moscas, a su alrededor, batallaban entre ellas por introducirse en los vasos. Hacía calor, mucho calor. Inopinadamente el marido de la Sole viene hasta ellos y se sienta en la mesa.

—Con el permiso de ustés —dice con voz agradable.

El recién llegado tiene barba poblada de sindicalista. Además de trabajar en la mina, regenta, con su mujer, la cantina del pueblo. Su hablar es pausado.

—¡Qué envidia me dan ustés!, viajar y conocer sitios es lo que más m'hubiera gustao.

Cuenta que él no ha ido más allá de treinta kilómetros a la redonda de Rodalquilar. Es nacido en el pueblo y cree que no saldrá nunca. Está muy orgulloso de que su hijo se haya ido de allí y esté trabajando en Barcelona. En la sombra de la terraza se le ilumina la cara contándolo, ahora espera, ilusionado, que vuelva de vacaciones al pueblo y le cuente cosas de aquella gran ciudad.

Los jóvenes aprovechan la coyuntura para preguntarle si hay alguna historia de aquella zona, que sepa, digna de ser contada. José queda por un momento pensativo.

—Saber, saber… Conozco la del pirata Frenich, qu'es mu conocía. También sé otra, esta menos conocía: la del pirata Maltrapillo y la rambla del Cuervo, que, siendo yo mu pequeño, me la contó mi abuelo qu'era un hombre qu'había estudiao mucho.

—Esta última es la que nos interesa —le interrumpió Pedro de inmediato—. La del pirata Frenich ya la conocemos.

—Esta también tié pirata, pero hace tanto tiempo que no sé si m'acordaré.

Al ver las caras de expectación de los oyentes hizo un esfuerzo intentando recordar.

—Creo que ya m'acuerdo —dijo José transcurridos unos segundos, y empezó con su relato tratando de usar las mismas palabras que, aunque extrañas algunas para él, aún recordaba de su abuelo.

Habrán comprobao que la costa está poblá de torres y fortalezas. S'hallan en jalones escalonaos de cerro en cerro, de playa en playa, atisbando la costa, vigilando la sierra. Eran bastiones avanzaos contra las incursiones berberiscas, fieles custodios del dominio de la cruz sobre la morisma agitadora en tiempos de los Austrias, imponiendo con sus severas almenas y sus robustos muros el respeto debío a las inquietas hordas del islam. Encargose la defensa de dichas fortalezas al marqués de los Vélez.

Contaba mi abuelo que compañero del Manco de Lepanto fue un tal Juan de Haro, segundón notable que coronó sus sienes de laureles peleando con los turcos. Arruiná su hacienda, desdeñao por sus compañeros qu'hacían burla de su humillación y mal recompensao su heroísmo por los capitanes a quien sirviera, estando entre los soldaos que defendían la costa, olvidó un día ser descendiente del señor de Vizcaya y atravesando la rambla pasó cerca de Rodalquilar, donde en una barca huyó de su patria para abjurar en Argel de su religión. Ya moro, s'hizo bandío de mar y, como pirata y conocedor de la costa, saqueaba barcos, asolaba territorios, raptaba doncellas y llegó a ser el más temío de los corsarios de Berbería. ¡Cuántas veces escuchó el sonío de la campana qu'alarmaba las atalayas próximas! ¡Cuántas noches vio desde la cubierta de su ligera chalupa el sombrío macizo del castillo de Rodalquilar, a cuyo pie embarcara! El nombre del pirata Maltrapillo s'había hecho temible y odioso; las carabelas españolas lo perseguían tenazmente, y muchos aseguraban qu'aquel lobo de mar era español, pues bien claro y en correcto castellano hablaba a los cristianos que aprisionaba. Un día Cervantes fue conducío prisionero a Argel, donde Maltrapillo era sultán, y aunque la posición de ambos era distinta, el mandatario africano reconoció al antiguo compañero de batallas. Haro sintió por un momento circular en sus venas la noble sangre vasca, ordenó mitigar las penalidades del inmortal autor del Quijote, prohibió cargarle de cadenas y pudo contar su temeraria huida a su inmortal compañero d'aventuras. Al ser rescatao, Cervantes contó en España

quién era el pirata Maltrapillo, y en recuerdo de haberse escapao Juan de Haro por la rambla cercana al castillo de Rodalquilar, fue llamao dicho lugar rambla del Cuervo, pues cuervo había sío pa España el famoso corsario berberisco, ensañándose en sus hermanos y llevando al moro los tesoros de su patria.

El orador guardó silencio y los oyentes entendieron que había terminado la narración. Roberto aplaudió con entusiasmo al mismo tiempo que decía:

—Una historia interesante, José. Y la ha narrado usted perfectamente, muchas gracias. Ahora nos vamos, que tenemos que irnos a comer. Hasta otro día y gracias por el relato.

—M'alegro de que les haya gustao a ustés. Vayan con Dios y vuelvan cuando quieran.

Las migas estaban sobre la mesa cuando llegaron. Carmen les dijo que debían de pasarse por el cuartel de la Guardia Civil: un número del cuerpo había notificado que debían de acreditarse. Los jóvenes acusaron el aviso con normalidad, eran conscientes de que la situación exigía esa formalidad, toda la persona que se desplazara por España tenía que llevar su documentación en regla, y dentro de esos formulismos estaba el certificado de buena conducta. La gente, para conseguirlo, recurría a personas afectas al régimen con objeto de pedir 'certificaciones de buena conducta' a curas, monjas, médicos, alcaldes o maestros. Ellos estaban tranquilos, lo llevaban, por lo que decidieron que irían por la tarde. Durante la comida Roberto comentó la visita frustrada y las explicaciones del responsable sobre el proceso de separación del mineral, para terminar diciendo que le había sorprendido haber visto a muchas personas deambular, caminar sin rumbo fijo. Durante unos minutos nadie habló. Pedro, en silencio, miraba a Carmen, observando que se había arreglado el pelo de una forma más femenina, pensando que en cualquier otra época y en otros lugares habría sido, quien sabe, una Venus prehistórica, con sus grandes senos y rotundas nalgas. Esta, a su vez, procuraba que su mirada no se encontrara con la del muchacho. Entretanto, el señor Germán movía despacio la cuchara en el interior de la sartén como si buscara algo. Súbitamente dijo:

—Señores, en la provincia no hay vida y los hombres tienen que buscarla. Acuden aquí con esperanzas que no se cumplen. —A fuerza de haberla denunciado muchas veces, el señor Germán desgrana su explicación con parsimoniosa indiferencia—. Los de aquí, acostumbrados a la pobre limitación del ambiente de pueblo, un poco mayor que los de la provincia, no nos damos

exacta cuenta de la realidad. Esta se manifiesta rotunda cuando, tras un largo rodar por otras ciudades, retornamos a este rincón provinciano tan tranquilo y callado, con su aire de paz conventual, que no rompe ni el estruendo de los barrenos.

»No sé lo que esto durará —prosiguió—, pero los hombres de Almería están condenados al éxodo. Ya otros pueblos practicaron y practican la emigración. Los obreros de algunas provincias la llaman golondrina por los jóvenes que ven volver, a muchos con dinero abundante y perdido el aire de aldea que quiere decir miseria y resignación. Aquí las tierras se cultivan poco y mal. Producen paupérrimas cosechas y los jornales no bastan para cubrir las necesidades del hogar humilde. Esta desnivelación en el presupuesto económico de los pobres, el déficit, se enjuga con hambre. Y así un día y otro, hasta que se les presenta una ocasión para huir del pueblo natal, con la alegría del preso libertado. La falta de espíritu para los negocios de los que tienen posibles limita tristemente la vida provinciana, y los gobernantes, que acuerdan turnarse pacíficamente en el poder, son manadas de hombres que no aspiran más que a pastar en el presupuesto. Mientras, la provincia vegeta y casi muere, y los pueblos se pudren por la inmensa gusanera de caciques y caciquillos.

Se notaba que el señor Germán era un hombre culto, una persona leída. Cuando calló, el tema de la dictadura imperaba en la mesa con agobiante insistencia entre el tenue repicar de las cucharas. Sobrevino entonces un silencio absoluto. Con apariencia de eternidad. Y solo cuando aquel silencio se hizo insoportable, sonó de nuevo su voz.

—Muchachos, no juzgo temerario suponer que muchos españoles hemos experimentado el dolor incurable de hombres frustrados. De no haber podido ser lo que hubiéramos podido ser. Y no por aptitud escasa o deficiente diligencia, sino a causa de nuestro país. No hay día que no piense en el epitafio que mandó escribir en su tumba Escipión el Africano: «Patria ingrata, no serán tuyos mis huesos». En el municipio —continuó diciendo el señor Guzmán—, la falta de medios educativos es evidente, los que podrían haber puesto medios para la divulgación de la enseñanza no han querido o no les ha interesado. La población bastante hace con sobrevivir. En ese aspecto aquí nos podemos dar con un canto en los dientes, aunque ahora estamos sin maestra. Dicen que llegará en septiembre, esperemos que sea así. En la época que llegué a Rodalquilar, el pueblo era una especie de oasis económico en la comarca. Fui amigo de esa gran mujer y excelente escritora que fue Carmen de Burgos, aunque de eso hace ya mucho tiempo, un mundo… ¿Qué edad tiene usted, Pedro?

—Veintisiete —responde el joven.

—Veintisiete y veintisiete, cincuenta y cuatro. Yo tengo sesenta, más del doble, si es que la vida conviene medirla por años. A su edad yo me juraba poder con el mundo. Pero el mundo ha cambiado demasiado deprisa para mí, y me ha ido dejando rezagado en la cuneta, como una mercancía averiada.

Los oyentes habían terminado las migas. Carmen se levantó y trajo un cuenco de mimbre repleto de apetitosos higos. El anciano no había comido nada y, como hablando consigo mismo, siguió diciendo:

—Los individuos cometemos muchos errores, los míos aún hoy siento que no he acabado de pagarlos, pero no puedo pasarme los días persiguiendo fantasmas. A mi edad, y en mi situación, recordar es peor que morir.

Dicho esto, se levantó diciendo que se iba a dormir la siesta. Carmen se aprestó a recoger la mesa y Pedro y Roberto decidieron retirarse a descansar también.

Según iban pasando las horas de aquel bochornoso día del verano la jornada se hacía extenuante, tal vez porque era ya agosto esta avanzaba lentamente sobre los campos de Níjar.

Los jóvenes se habían levantado de la siesta decididos a darse un baño. Lo harían después de pasar por el cuartel. Ya en él, cuando el guardia civil que ejercía de jefe de puesto vio el documento que exhibió Roberto, expedido por la Dirección General de Gobernación y firmado por el Director General de Seguridad, D. Francisco Rodríguez Martínez, poco menos que se cuadró ante él, no miró la documentación de Pedro y solo acertó a balbucear que estaba a su disposición. Salieron sonrientes. A pesar de la canícula, aceleraron el paso para intentar cubrir en el menor tiempo posible los poco más de dos kilómetros que los separaban de la playa y llegar pronto a ese mar azul que divisaban y que parecía prometerles infinidad de venturas. En el trayecto pasaron junto a la torre de los Alumbres, la que fue defensa de la zona en siglos pasados y cuya historia habían sabido por boca del simpático Cañamón días atrás, camino de Lucainena.

La cala les entusiasmó, estaba dividida en sol y en sombra, sol dorado y sombra azul junto a acantilados blancos modelados por el mar. Están en el Playazo y por fin van a disfrutar del baño. La arena es fina y dorada, el agua es tranquila y la pendiente para sumergirse es progresiva. La frescura del agua los envuelve. Sus risas, atisbo de felicidad pasajera a las ocho de la tarde, son esencia de lo primigenio: la piel al sol y al frío, la tierra mineral, el agua salada,

limpia, la vida exaltada. Saltan y brincan disfrutando el momento. Deciden salir, la brisa enfría sus cuerpos mojados, sin vestimenta, como estaría Adán en el Paraíso, hasta que pronto se secan.

Desde la arena miran su entorno, están solos: al frente, Rodalquilar con su infraestructura minera rodeada de montaña, a su izquierda, la montaña vigilante, a su derecha, un maltrecho castillo y en el valle, destacando sobre las cortijadas, el verdor de las palmeras. Todo esto que les rodea los estimula, como si redescubrieran lo evidente, esa simplicidad sin ornato añadido: la sinceridad mineral de esas montañas, del mar y sus extraños y sorprendentes acantilados, del escandaloso concierto matutino de insectos y pájaros, del amanecer y el mediodía; pero es la luz de la tarde la que adorna, la que poco a poco va embelleciéndolo todo para amarlo precisamente a esas horas.

Roberto y Pedro fijan su atención en la ciudadela que domina el lugar y deciden acercarse hasta ella. Construido sobre una preciosa duna fosilizada, con unas vistas excelentes del Playazo, el castillo de San Ramón tiene el aspecto de una antigua fortaleza asediada, roída por el hambre y la miseria, muy lejos, según habían podido saber por boca del marido de Sole, la de la cantina, del que debió tener tiempo atrás la fortificación, con una batería de cañones para defensa de la costa y con sus muros horadados de aspilleras. También les había dicho José que, según le habían contado, en aquel baluarte vivieron, antaño, hasta veinticinco personas, además de la atención religiosa, cubierta por el capellán que tenía residencia fija en el no muy lejano castillo de San Pedro. Según les había instruido anteriormente el señor Germán, la fortaleza de San Ramón se trataba de un edificio complejo, con su batería sobre terraplén a barbeta y su fachada marítima con capilla, cuarteles, almacenes, oficinas y estancia común o servicios. Todo ello organizado alrededor de un patio al que se accedía a través de un hornabeque con barbacana, foso y puente levadizo, para evitar un golpe de mano desde tierra. Hubo también pajar para siete caballos.

Mientras vagan por entre aquellos restos del pasado tienen la extraña sensación de andar sobre un fósil gigantesco, sobre un dinosaurio petrificado y esculpido por los años, las mareas y los vientos. Rodeados de naturaleza agreste y solitaria, sin dejar de sorprenderse por la fosilización de aquellas arenas que parecen blandas, pero que no lo son, los ruidos de la explotación minera que llegan, mitigados por la distancia, les hacen pensar en otros tiempos de asedio a aquella fortaleza. Frente a ellos, el cortijo de la Unión y la barriada de la Ermita contemplan impasibles y silenciosos el trabajo del tiempo.

A la vuelta al pueblo los sorprende una luna en toda su plenitud que, acompañada de finas y pequeñas nubes dispuestas en líneas discontinuas y paralelas, les ilumina el camino hacia la casa. El satélite saluda generoso y parece recordar, con su presencia en esta noche de agosto, que hay que mirarla, al hacerlo, los viajeros inundan sus caras de luz opaca.

Satisfechos, aunque cansados, llegan a la casa y comprueban que a la tertulia nocturna se ha agregado un nuevo componente, un anciano, menudo de cuerpo, que habla animadamente con el señor Germán. Carmen, al ver llegar a los jóvenes, se introduce en la casa diciendo que va a hacer de comer. Pedro la sigue con la mirada, al hombro lleva aún la bota que se habían llevado esa tarde a la excursión y que, al incorporarse a la tertulia, haciendo tiempo para la cena, ofrece para que beban los dos hombres. Lucas, que así se llamaba el nuevo tertuliano, pareció encantado del ofrecimiento, hasta tal punto que, durante la trivial conversación y hasta el momento de despedirse, no dejaría de hacer sucesivas visitas al pellejo, tan insistentes, que lo pusieron tan alegre y parlanchín como un loro a la puerta de un colegio.

Durante la cena los muchachos comentaron que era bonito aquello que habían contemplado, pero que era deprimente el estado de pobreza en que se hallaba todo lo que habían visto hasta el momento.

—Bello, pero muy pobre —es el comentario de Roberto.

—Así es, pero es lo que tenemos. Aquí falta de todo —responde el anciano padre de Carmen—. No solo aquí, sino en toda la provincia. Por la situación que tiene el país… por los dirigentes que no se preocupan… por lo lejos que estamos de Madrid... por lo que sea, somos los últimos de lo último. Lo malo y bueno que tiene esta tierra es que engancha, me pasó a mí. Y si no que se lo pregunten al Lucas que se fue para no volver…, y aquí está.

—¿Qué le pasó? —pregunta, curioso, Pedro.

—Pues que se le llenó la cabeza de pájaros y voló de aquí, pensaba irse lejos y no pasó de Almería. Su desgracia le vino de su afición por la lectura. Carmen de Burgos le aficionó a ella prestándole libros que devoraba con fruición, libros que hablaban de otros lugares, de otras formas de vida, de otras libertades. Buscando esas quimeras se fue a Almería, rampa de salida para sus fantasías, pero allí conoció a una mujer que lo cegó e hizo de él un prisionero que no sabía ver más que por sus ojos, no concibiendo la vida sin ella. Y allí se quedó y ahí acabaron sus aventuras. Deambuló de un sitio para otro intentando encontrar un trabajo digno, pero la capital no era sitio donde se ofrecieran

grandes oportunidades, y tuvo que engancharse a trabajar como estibador en el puerto. Su ilusión se fue apagando, esa libertad con la que había soñado fue viéndola cada vez más lejana y los libros acabaron siendo su único consuelo. Cuando Carmen de Burgos se fue a Madrid, ni eso. Y se aficionó al alcohol.

Después de esta frase el señor Germán no hizo más comentarios, por lo que los huéspedes decidieron acostarse. Aquella noche, Pedro durmió mal, se despertó varias veces, y en una de ellas tuvo la impresión de que Carmen lo miraba desde la ventana. Era esa mirada una pequeña caricia que acallaba momentáneamente su inquietud. La recuperación de aquella visión, aun en forma de amistad, lo ponía en estado tal de excitación que no parecía corroborarse en la idea de un mero hecho circunstancial. Su conciencia moral nunca le permitiría reconocer que su corazón estaba hasta las trancas de aquella exuberante mujer. Miró entonces al cielo como pidiendo solución a su problema, pero lo que vio fue una muchedumbre de estrellas que parpadeaban sin cesar indiferentes a su situación. Con esa visión se quedó dormido, pensando en los hombres que echan raíces en lugares inesperados, en esos milagros que les suceden a quienes están de paso y por alguna casualidad, fatal o providencial, terminan viviendo en una parte del mundo que jamás imaginaron.

La mañana siguiente amaneció fragante y luminosa, como deben ser las mañanas en el mes de agosto en aquel lugar. La naturaleza regalaba a los hombres la caldera de Rodalquilar, ofreciéndoles su color, su luz, sus tesoros, los frutos de la tierra y la riqueza de la mar, embrujándolos para siempre con sus noches estrelladas. Por allí, a lo largo de los siglos, habían pasado fenicios, romanos y árabes buscando metales. Un nazarí denominó el paraje como Rutbaquerab que, con el tiempo, derivó en su nombre actual. Al menos eso es lo que a los dos jóvenes les había contado el dicharachero cantinero.

Roberto y Pedro se levantaron deseosos de disfrutar de una jornada que prometía ser espléndida. Después del tiempo que llevaban en la zona sabían que este era un paisaje duro, seco, a mil años luz de un calendario con fotos de verdes alpinos, con un calor de mil demonios a las horas del mediodía del verano. Era un lugar de interiores, de refugios blancos que se abandonaban al atardecer rodeados de cerros cuajados de plantas que parecían esconderse bajo las piedras nada más nacer cada mañana y mostrarse en su esplendor cada tarde, ante el mar en sus calas y en sus playas, ante el viento junto a los caminos, entre los cerros y hondonadas. Realmente era entonces cuando el secreto de este lugar dejaba de serlo para mostrarse en toda su magnificencia.

Cuando llegaron a la cocina Carmen trajinaba en silencio; tras devolver el saludo de los jóvenes con un «Buenos días» cortés, continuó con su trabajo. Pedro se la comía con los ojos, no hacía nada por disimularlo. Roberto, aunque no había dicho nada, se había percatado de lo que le acontecía a su compañero. Comieron en mutismo y, una vez hubieron terminado, salieron a las calles del pueblo. Junto a la iglesia vieron al directivo que los había atendido y dado sus explicaciones la mañana anterior en las oficinas de las minas. Con él, en reunión, había otras tres personas de las que más tarde, en la cantina y gracias a Sole, sabrían de su condición: el cura, clérigo de misa y olla, rico por su cuna, de hablar acaramelado y movimientos de manos, decían, sospechosos; el teniente de la Guardia Civil, un hombretón cetrino, con cara de pocos amigos, bigote fino y horizontal, perfectamente paralelo al suelo, una boca fina, que dejaba ver, más de una vez, una sonrisa maliciosa, callada, como para sí mismo, y unos ojos grises, inquietantes, de mirada perspicaz y minuciosa, ojos de felino, cautelosos, atentos y llenos de siete vidas de secretos oscuros; y, por último, un hombre bastante grueso, aunque con fino bigote institucional y con propensión a sudar más de lo conveniente. Ostentaba el control del economato y, por su condición de 'camisa vieja', era el jefe de Falange. Lucía unas cejas picudas que denotaban prepotencia, era el factótum del régimen. De simple encargado de almacén se había convertido en un hombre rico gracias al estraperlo.

En el entorno, mineros dirigiéndose a la mina con el pitillo en los labios transmitían febril actividad. Abundaba la tristeza en sus caras a pesar de la luz que lo llenaba todo y encontraba correspondencia en las casas blancas y bajas, en el calor comedido de esa hora de la mañana. Pero aquello no lo era todo en la vida del pueblo, Pedro y Roberto pronto se marcharían y no querían hacerlo sin saber cómo era la existencia de quienes no trabajaban en la mina. Habían observado a los niños ir hacia el colegio y se imaginaban que sería como en toda España. Para verificarlo se dirigieron a la cantina, la Sole los pondría al corriente de la cotidianidad de los habitantes.

Cuando llegaron estaba terminando de recoger vasos y tazas usados por los mineros mientras escuchaba a Juanita Reina por la radio.

—Hola, muchachos, ¿qué les trae por aquí?

—Buenos días, Sole. Te debíamos una visita y hemos venido a cumplir con ella —dijo Pedro—. También nos gustaría que nos explicases cómo es la vida aquí, fuera de lo que trabajan en las minas.

—Ya les dije qu'aquí la vía es siempre iguá y que n'hay mucho que contá. Ahora que no tengo mucha faena les voy a decí cómo se vive por aquí.

Terminando de pasar un trapo por la barra, la amable cantinera comenzó a describir el día a día de sus paisanos.

Los niños del pueblo, en la mañana, desayunan un tazón con café de 'cebada de burro', qu'así se le dice a la malta torrefactá, o de Cola Cao, qu'acaba de aparecé en el mercao en unas latas decorás. Lo mezclan con leche de la que se vende en las tiendas de la Maruja y la Cuca, lo llenan de sopas de pan y lo acompañan d'unas rebanás tostás y aliñás con un chorreón d'aceite, o de manteca de cerdo, o de margarina, que dicen ser mantequilla, pero que no es igual. Las rebanás se tuestan en una sartén o en una plancha de hierro, que se coloca sobre un infiernillo con cabeza 'torcía' —qu'así le llaman a la mecha d'algodón— y un depósito dorao, con petróleo, d'ese que, por litros, venden la Chofecilla, Juan el Molinero o, detrás del economato, el Jeromo.

Luego, cerca las nueve la mañana, los niños marchan hacia'l palo la bandera, donde tos formaos cantan el Cara al sol *pa después, en filas más o menos ordenás, niños por un lao y niñas por el otro, ir a la escuela. Durante el recorrío, algunos van mu nerviosos, con la cabeza baja y mirando a hurtadillas a la maestra o al maestro, como si ellos pudieran adiviná que van con los deberes sin hacé y sin haberse aprendío la lección porque la tarde d'antes no habían parao de saltar a la comba y de jugar a la rayuela, al fútbol o a la guerrilla. Otros van más relajaos, pos, aunque también jugaron un rato a la comba o al balón y n'han hecho los deberes, sí saben cómo hacerlos en la pizarra y además s'han aprendío la lección de memoria. Solo unos pocos van más tranquilos porque llevan tos los deberes hechos y la lección aprendía. Luego no pasa na, porque en la escuela no se comen a nadie, al revés, más bien los cuidan y s'interesan por tos ellos si los ven tristes o preocupaos.*

Poco después de que los niños hayan entrao en la escuela, a veces incluso antes, por el pueblo apaecen los pescaores. Unos vienen de La Isleta, otros, de Las Negras, como el Marcelo, uno que tie un chichón en la frente y anda con los pies descalzos por tos los caminos y calles. Va vestío de gris, como visten los marengos y los jabegotes; lleva sobre la cabeza una canasta de caña, no mu honda, ovalá, que sujeta con una mano, y colgando del otro brazo lleva otra más profunda, también rebosante de pescao fresco. Cuando va por ahí, con esa voz suya, algo afónica de tanto anunciar su mercancía, se lo pue oír bien alto pregonando: «¡Vamos mujeres, que lo llevo fresco, bueno y barato!». En lo primero no miente

el Marcelo, que su pescao es fresco y bueno como siempre lo es por aquí y en este tiempo, pero en l'otro, en lo de barato, no nos lo paece tanto a las mujeres de este pueblo.

También, más o menos a esa hora, viniendo desde Las Negras, siempre de negro y con su mandil puesto, pasa Angelita, la de los huevos, vendiendo. Le siguen llamando Angelita, como si fuera una niña, a pesá de que ya cuenta muchos años, más bien una abuela según la vemos nosotros.

Les sigo contando. A media mañana, los niños de la escuela toman leche en polvo y disfrutan del recreo sin sabé del ajetreo de los padres en su trabajo ni de las prisas de las madres en arreglá la casa y hacé la compra, pa que les dé tiempo de prepará la comía del mediodía. A esa hora, cuando ya ha llegao de Almería el camión que trae las mercancías al economato, las mujeres van a él pa terminá de comprá lo que les falta después d' haber comprao las verduras que los agricultores de Las Hortichuelas y Las Negras traen a lomos de mulos o burros.

Desde el Cinto, atenuado por la distancia, llega hasta los oídos el estruendo de la explosión de los barrenos. A la Sole, a la vez que se santigua, se le puede oír decir en voz baja: «¡Santa Bárbara bendita! ¡Virgencita de mi alma, que n'haya pasao na!». Tras una breve pausa, la cantinera continúa con su relato sobre la vida del lugar.

Por la tarde, las mujeres, ya más sosegás del ajetreo de la mañana, cosen, zurcen o planchan algunas prendas con la tranquilidá de que sus hijos están en la escuela. A veces, si han acabao las tareas, aprovechan ese único rato y se reúnen pa comentá, en ca d'alguna de ellas, las cosas de la vecindá. A las cinco en punto de la tarde, como si fuera el horario de una corría de toros, suena por cuarta vez en el día la sirena de la central y termina la jorná laboral de los trabajaores, pos el segundo relevo de los mineros termina sobre las diez de la noche, cuando desde El Cinto los traslada el camión del relevo, qu'así lo llaman.

Sobre las seis de la tarde algunos trabajaores, ya arreglaos, vienen a la cantina a jugá la partía o a charlá tomando un vaso vino. Salen de casa sin dar muchas explicaciones, pensando qu'el día ha sío mu duro pa ellos y sin preocuparse, ni por un momento, por lo dura que pue haber sío la jorná pa'l resto la familia. Cuando a alguno, al volvé de la cantina, su hijo le pregunta algo que tie que ve con los deberes de la escuela, el padre le suele contestá más bien con una pregunta: «¿Pero eso no te l'a enseñao el maestro?». O bien le responde: «Eso que te lo enseñe el maestro que pa'so está». Otros trabajaores y padres, los que tien

otra forma de ser, se quean en su casa, haciendo compañía a los suyos y ayuando en lo que sea menesté, y cuando ya n'hace falta su ayua se sientan en la puerta, junto a sus hijos, mientras la mujer de la casa prepara la cena. También otros, que los hay, se entretienen de otras maneras…

—Como ven ustés la vía aquí es mu simple —terminó diciendo la Sole mientras volvía a sus quehaceres.

Los jóvenes se despidieron agradeciéndole la información. Acordaron pasear haciendo tiempo hasta la hora de la comida. El verano era particularmente caluroso y asfixiante ese año por lo que salieron del pueblo y se dirigieron a la playa. Cerca de la Ermita, sentado debajo de una frondosa higuera, inmóvil, en medio del perfecto silencio del mediodía, sin la más leve brisa moviendo las hojas, en aquel cruce de caminos, lugar de paso, como son al fin y al cabo las estaciones del tren o los puertos de mar, estaba Lucas, el hombre que habían conocido en casa del señor Germán. Posado en el suelo, postrado como un faquir, parecía meditar. A la espera de algo o quizá como si pensase que no había nada que esperar puesto que todas las cosas ya habían sucedido. Al verlos llegar saludó moviendo la mano e invitándolos a sentarse a su lado.

—Buenos días, señor Lucas —dijo Pedro—. ¿Cómo está usted?

—Jodío, mu jodío, hijo —contestó—. Estoy harto de viví. No tenía qu'habé nacío.

Y en el desahogo que en algún momento de la vida necesita realizar el ser humano, fue relatando su negra historia, lo que ya sabían los muchachos por boca del señor Germán, para terminar su relato diciendo:

—Y ese mal comé, trabajá y dormir era el triángulo en el que, con angustia, me movía año tras año. L'había intentao to, m'había ido a la capitá con otros pensamientos, con otras metas. Pensé, incluso, en quitarme la vía porque con el estómago vacío, n'hay Dios que crea en Dios. Sin otra alternativa, probé suerte trabajando un tiempo en la uva, descargando barriles en las bodegas de los cargueros hasta q'un día dije basta y me volví p'al pueblo. Aquí sabía lo que m'esperaba, la mina, pero estaba con los míos. Y mi miseria preferí compartirla con ellos.

Los oyentes habían escuchado con gran interés las palabras del anciano. Pedro volvió a interpelarle.

—¿Trabajó en la uva? Qué interesante. ¿Qué nos puede contar del proceso del embarrilamiento de la uva? ¿Y del embarque?

Lucas se rascó la cabeza y la movió con signo negativo, como negándose a tratar del tema, pero pensándoselo mejor comenzó a hablar.

Desde hace ya algunos años, los parrales de Almería son los más famosos d'Europa. Durante el siglo pasao y lo que va d'este, la uva de mesa de Almería ha estao en muchos mercaos internacionales y es mu'mportante pa la economía de la provincia. Y eso es así por el envase. El envase tradicional pa la uva d'Almería es el barril. Algunas temporás han llegao a salir del puerto de Almería cerca de dos millones y medio de barriles.

Deben saber que la uva se extiende a lo largo del río Andarax, desde Huércal hasta El Laujar, a la derecha y a la izquierda de sus riberas, y es la reina de la agricultura almeriense. L'hay de diferentes clases: molinera, del cuerno… A nosotros, toas nos paecen igual y la llamamos d'embarque; la llamamos así porque es como se conoce la que s'envía a muchas partes de Europa y del mundo.

El proceso es entretenío. Primero se corta y luego, en los locales y almacenes, los grupos de mujeres la seleccionan y la preparan pa'nvasarla. El envase s'hace en unos barriles que se fabrican cuidadosamente con maera seleccioná de roble. Los expertos barrileros, después de cortar las maeras, las introducen en una balsa d'agua, pa que s'humedezcan y se puean manejá, y las meten en unos aros de fleje de diferentes medías. El montaje del barril s'empieza por abajo con el fleje más pequeño, al que se le ponen tablas, en el centro se añade uno más grande, se le va dando forma al tonel y se remata con otro fleje más de la misma media qu'el primero. A continuación, por dentro del barril, s'hace fuego pa secar la maera con la forma conseguía. Con el barril terminao se comienza a envasar la uva, y pa ello se pone una capa de serrín y otra d'uva, y así sucesivamente hasta llenar el tonel.

A la uva de embarque se le llama así porque como n'hay comunicación con Europa, las carreteras casi no existen y los vehículos tampoco, el medio de envío tie que ser el barco.

Una vez que los barriles están repletos en los almacenes, se transportan, unos, en carros tiraos por mulos guiaos por arrieros y otros, sobre burros cargaos a tope, y tos con un mismo objetivo: llegar al puerto. Una vez allí, los toneles se amontonan por to'l muelle esperando ser cargaos a bordo del barco. Esto s'hace por medio de mozos de cuerda que forman una cadena y los van colocando en el interior de la nave. La carga y la descarga s'hace en medio del griterío de unos y de otros, de tos los que quien hacer oír su voz. Los destinos de la uva cambian d'un año pa otro, porque depende d'aonde se haya vendío, generalmente, al ex-

tranjero. Tos los años hay que colocar la uva, cosa no siempre fácil. Almería tie los ojos puestos mucho más al otro lao del mundo qu'en Madrí.

El hombre, que a pesar de su arraigada habla denotaba haber sido una persona leída, daba así por terminadas sus explicaciones sobre la uva, sobre la construcción de los barriles y sobre el embarque final de ambos. Abstraído en sus pensamientos, aún tardó un tiempo en volver a hablar.

—Y eso es to. Espero que lo poco qu'he podío decirles les haya servío. A mí me sirvió de bien poco. Bueno, sí, pa sabé qu'en tos los sitios el pobre siempre es un desgraciao.

Ante el amargo comentario final, los dos amigos intentan elevar la autoestima del hombre con palabras de ánimo. Es Roberto el que, incorporándose, le da una palmada en el hombro y le dice:

—El hombre en general, no usted solo, es infeliz y esclavo de sus pasiones por obra y gracia de su animal particular. Todos llevamos ese animal, y quien no lo controla es llevado a la perdición de su dictado. Como ve es una situación que en mayor o menor grado todos padecemos.

Se despiden diciendo que deben irse a comer. En la mesa, Carmen tiene preparado un guiso de trigo. No lo conocían. Esta riquísimo y así se lo hacen saber. La joven se pone colorada. Germán explica que su hija es una buena cocinera, limitada por el presupuesto, pero sacándole el máximo partido. Mientras comen, Roberto, queriendo satisfacer aún más su curiosidad por las costumbres del lugar, comenta con el señor Germán las explicaciones que la cantinera les ha dado acerca de cómo se desarrolla la vida en el pueblo en el día a día, pero que no les ha hablado nada de los domingos.

—¿Cómo son los domingos en Rodalquilar? —acaba por preguntar el joven.

—Los domingos son días diferentes —le responde Germán—, porque, como les han explicado, en esa vida de trabajo y esfuerzo, en esa rutina que a los habitantes del pueblo les da un plus de prosperidad que les diferencia de los nijareños de la zona, ese día es una jornada especial. Como dice el calendario de la Iglesia, los domingos son fiesta de guardar, son días de descanso, sí, pero al mismo tiempo son los días en que el Régimen, sus representantes, las fuerzas fácticas y el clero se muestran impositores y victoriosos, haciendo alarde de su hegemonía. Los domingos es obligatorio acudir a misa, a la iglesia, y allí, con pomposidad, las autoridades —jefe de puesto de la Guardia

Civil, jefe local del Movimiento (Falange), directivos y técnicos de las minas, a los que acompañan sus familias— lucen ostentosos sus galas y sus galardones con prepotencia desafiante. A todos ellos suelen sumarse también algunos terratenientes de la zona. En el templo ocupan lugares preeminentes en las primeras filas. El sacerdote, en sus sermones, domingo tras otro recuerda la gesta del Caudillo de salvar a la Nación de los peligros del comunismo y el agradecimiento que se debe a tan excelsa persona. También recuerda, a todos, la condena que significa el no acudir a misa y, ya antes del acto de comulgar, sus ojos saltones de besugo otean altaneros tras los gruesos cristales de unas antiparras con patillas de alambre. Tras el gesto, los confesados penitentes acuden a tomar la hostia de la consagración. Con esa acción, los que se confiesan parece que redimen sus pecados, y las autoridades, sus felonías y atrocidades. Al salir, los mandatarios y los caciques de la zona forman grupo aparte, observando desdeñosos a los trabajadores que, con la «ropa de los domingos», los saludan serviles, esforzándose en ser vistos. Esto es importante, para algunos hacerse ver o notar ante esta pléyade de sátrapas puede significar, en muchas ocasiones, que su posición en el pueblo continúe o no de una forma plácida y estable.

Los trabajadores y sus hijos, ese día, lucen su mejor y única ropa, ropa que solo se ponen los domingos, paseando la familia su pobre ajuar por la calle principal; luego, las mujeres, a sus quehaceres y los hombres, al fútbol. Tengo que decirles que hubo en Rodalquilar un equipo interesante, integrado, principalmente, por jugadores foráneos que trabajaban en las minas. Y así es como, amigos míos, transcurren los días de domingo en este pueblo.

Roberto agradece al hombre la interesante información, en tanto que Pedro, absorto en otros pensamientos, apenas disimula su falta de atención. Lleva rato intentando cruzar su mirada con la de la mujer. Esta, obstinada, la rehúye. Terminada la comida, los hombres se van a descansar. La siesta es casi obligatoria.

En la habitación, Pedro da vueltas en la cama, su cabeza no para. Se repite que todos los seres se crean ideales y todos van tras ellos. Era como si pensar, lo que se dice pensar, fuera desplazando sus funciones a otro órgano del cuerpo, probablemente al corazón. Pero no se da cuenta de la situación. Su juventud es generosa y dispuesta, en su sana actitud ante la vida, a descubrir paraísos donde jamás existieron. Y… es que la luna no es demasiado grande cuando se es joven de corazón y de imaginación.

La siesta fue prolongada. Cuando salen, un grupo de mujeres cosen y cantan en voz baja una corta canción que repiten y ríen. Los muchachos aguzan el oído y hasta ellos llega nítida la letra: «La niña quería un marío, / la mamá quería un marqués, / el marqués quería dinero. / ¡Ya están contentos los tres!».

En un principio no le encuentran significado hasta que Roberto exclama:

—¡Cojones! Se están refiriendo a la boda del marqués de Villaverde con la hija del Caudillo. Por eso son las risotadas.

Salen a pasear y Roberto comenta que debían de irse al día siguiente. Pedro escucha en silencio, no contesta. En el cielo empieza a escasear la luz. En el borde de esa luz dorada de la tarde nijareña, que deja todo como suspendido en el aire, la noche está más cerca. Caminan y, a la vez, observan lo que sucede a su alrededor.

Desde la caseta de guardas que hay a la entrada del garaje de la empresa de minas, sale haciendo una ronda el guarda que está de turno. Atravesando su pecho, desde el hombro hasta el costado contrario, lleva una ancha cinta de cuero con la dorada placa de guarda jurado. Cubre su cabeza con un sombrero marrón adornado con una escarapela en la cinta que lo rodea. Acompañado de su bastón y su carabina, pasea observando los alrededores de las dependencias de la empresa y las casas de los ingenieros. Todo está tranquilo, se respira paz y tranquilidad por todos sitios, solo unos niños juegan en la calle de más arriba. A pesar de ello dará varias vueltas durante la noche, pendiente de cualquier ruido o movimiento, y en la madrugada, a la hora indicada, despertará a alguno de los vecinos de esa parte del pueblo, aquel que la tarde anterior se lo pidió por si se quedaba dormido. Los dos viajeros sabían de esa rutina gracias a lo que la Sole les había contado aquella mañana sobre las costumbres del lugar.

Mientras unos chiquillos juegan detrás del ábside de la iglesia, unos civiles salen de la puerta del cuartel con dos enormes caballos, uno marrón y otro negro, siendo observados por el guardia que está de puertas. Suenan fuerte y duro los cascos de las caballerías sobre el empedrado cuadrado gris que hay entre los dos jardincitos, en la misma puerta del cuartel, con el emblema del cuerpo reproducido en el centro. Son elegantes estos caballos, tienen una bonita estampa y su alta figura impresiona. En su costado derecho, cuelga la funda de cuero marrón claro con su fusil dentro, en el izquierdo, enganchado de la silla, pende un zurrón de cuero negro. Uno de los niños que estaba jugando, sin decir nada, sale corriendo, para volver poco después; ha ido a darle

un beso a su padre que esa noche entra de servicio. Solo han pasado unos minutos y los caballos, al paso, con el capote de los guardias cubriéndoles la grupa, trasponen la esquina y, antes de llegar a los cerrillos, toman el camino que va hacia Los Escullos.

Minutos después, levantando gran polvareda y con fuerte ruido de motor viejo, resoplando cual bestia cansada, hace su entrada en el pueblo el esperado correo, tirando a duras penas de su carga humana y material. La gente lo espera; unos, por sus seres queridos y otros, por la correspondencia.

A la hora de la cena se hace el silencio en la calle. Los niños se han recogido y tras haber cenado empiezan las cabezadas. Es hora de irse a dormir, el cansancio de tanta comba y pelota, tanta rayuela y guerrilla, ha mermado las fuerzas de los que, hasta hace solo un 'ratito', parecían incansables niños. Los mayores, como todos los días, se sientan a las puertas de las viviendas formando corros en los que mientras unos cuentan las noticias o chismes del momento, otros, adultos nostálgicos, necesitan avivar con historias los rescoldos de una época perdida.

El día, que ha sido afortunadamente largo, se va terminando. Hace fresco como en pocos agostos por estos lugares. Alguna nube se vislumbra en lo alto. Los jóvenes caminan en un silencio finalmente roto por Pedro.

—Sí, nos vamos mañana —le dice, en voz baja, a su amigo.

Roberto no contesta y en mudez llegan hasta la vivienda. En la puerta no está Germán. Roberto hace una seña a Carmen y, cuando esta acude, le comunica que al día siguiente se irán. Los huéspedes dan las buenas noches y se introducen en la casa. La mirada de Carmen los sigue con una expresión difícil de explicar. Los vecinos, ajenos a todo, hablan y hablan, Carmen no escucha, su mente está en otro sitio, en otro lugar que ni ella conoce. Nunca como esa noche la habitación le ha parecido fría y desangelada; ella que creía estar a salvo de las miradas del joven, estas, subrepticiamente, se habían hecho sitio en su corazón, y… ¿ahora qué? Mañana, él se iría para siempre y ella se quedaría sin ilusión, como brote de rosal sin riego, predestinado a que seque antes de germinar la flor.

En otro aposento de la casa, Pedro permanece en la cama desvelado; no quiere reconocerlo, pero la ventana ejerce sobre él una irresistible atracción. Apenas había probado bocado durante la cena ni pronunciado casi palabra, tampoco los demás habían estado muy habladores, como si la inminencia de la despedida los hubiera enmudecido.

Después de muchas vueltas sobre el colchón, buscando la mejor postura, Pedro decide levantarse, sus ojos como lobos insatisfechos miran donde solo hay oscuridad. La noche está cada vez más densa, el silencio hiere, le gustaría apoderarse de él, fundirse con lo que ven los ojos, no dejar de estar aquí, son apenas tres minutos leves de melancolía en tiempo real.

La objetividad se impone. Reconoce que es obligatorio irse para recordar, para volver quizá, para vivir sabiendo que ha existido aquí. Es verdad que otra cosa no puede hacer pues el futuro que será presente en el pensamiento los volverá a encontrar cada día, incluso cuando no estén y sean partículas entre las piedras rojas, blancas y negras disueltas por la liviana lluvia caída del cielo. Divaga, no se hace a la idea…, no se imagina la razón que alguien tenía para escribir que el olvido es el bálsamo más precioso, la mejor bendición. Y mientras su mente vagabundea, el sueño se apodera de él.

No ha sido una buena noche. Carmen acabó de preparar los utensilios del desayuno y salió a la calle con pasos lentos, derrotados, de mujer sin prisa ni ilusión alguna. Apoyada en el quicio de la puerta sus ojos miraban sin ver, cubiertos de infinita tristeza, como si no hubiera nada que ver. El pueblo comenzaba a desemperezarse, cubriéndose de ruidos, anunciando el comienzo de la actividad de sus habitantes prestos para reanudar la lucha contra el calor agobiante de aquel verano y la miseria de todos los días. En algún corral cercano un perro comenzó a ladrar. Desde el Cinto los ruidos amortiguados hacía tiempo que sonaban.

Oyéronse unos pasos en el interior. Era, como cada mañana, el señor Germán que acudía a su cita con el desayuno.

—Hola hija, buenos días.

—Buen día, padre.

El anciano se sentó en la mesa observando el quehacer de Carmen, que resistía impávida la mirada del progenitor. Después de un largo silencio en el que solamente se escuchaba el borboteo del cocer del agua del puchero haciendo el café, el padre se atrevió a hablar.

—Algo no va bien, hija.

Sobresaltada por el comentario, la mujer, rápidamente, contestó, intentando evitar incertidumbres al anciano.

—¡Qué cosas dice usté, padre!, ¿por qué algo no tie que ir bien?

—Hija, te conozco, por algo soy tu padre y sé que algo te pasa, te quiero demasiado y no quiero verte sufrir. No creas que no valoro tu renuncia a la vida que haces por mí, pero yo no quiero eso, yo quiero que seas feliz y si tu felicidad la tienes que conseguir lejos de aquí no tengas ningún reparo en conseguirla. Por mí no lo hagas, yo seré feliz si tú también lo eres, Carmen. Mi dicho ha sido porque yo, aunque viejo, lo veo todo.

La joven se abrazó a él y, poniendo su boca en su oreja, dijo, mimosa:

—No podría ser feliz lejos de aquí, padre.

El hombre no pudo contestar porque los huéspedes acababan de irrumpir en la habitación con un sonoro «Buenos días».

—Supongo que está usted enterado de que nos vamos —dijo a continuación Roberto, dirigiéndose al señor Germán—. Lo haremos esta tarde, aprovecharemos la camioneta que se lleva a los obreros que vienen de Las Hortichuelas y Las Negras.

El anciano posó su mirada indistintamente sobre los tres, sonrió tristemente y musitó:

—Estoy enterado, y les digo que, cuando se vayan y estén lejos, recuerden que aquí tienen su casa.

Sería coincidencia o intención, pero cuando pronunció la última palabra sus ojos se posaban sobre el rostro de Pedro.

El desayuno fue cordial, pero una atmósfera de tristeza pululaba en el ambiente. Nunca aquella modesta habitación pareció tan desvalida.

Aunque no había ya mucho que ver, los jóvenes salieron de la casa con el objetivo de recorrer por última vez los alrededores del pueblo. Las obras de las cincuenta y ocho nuevas viviendas iban a marcha acelerada, cuando estuvieran terminadas darían al pueblo el aire de modernidad que este necesitaba.

Caminaban en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Roberto giraba la mirada a su alrededor y lo que veía le parecía sugestivo. Además, se trataba de un emplazamiento con un pasado de leyenda, desde la remota antigüedad; por allí habían pasado pueblos de distinta procedencia y habían dejado su impronta. No era de extrañar, el lugar hechizaba. Tal vez fuera su paisaje volcánico, o los minerales (oro…, amatista…) los que hicieron que esta tierra fuese sagrada para algunas culturas. Estaban en el corazón del Cabo de Gata, un nombre que, por lo que habían oído, no hacía referencia a una

felina, sino que era una deformación de ágata, piedra semipreciosa que dio origen al nombre del lugar en el pasado: Cabo de las Ágatas.

Las cigarras con su canto rompían el silencio reinante, se acercaba la hora del mediodía y el sol quemaba como lumbre encendida. Debajo de las piedras, que quemaban como ascuas, se escondían los alacranes.

A Pedro, sus pensamientos no lo dejaban disfrutar del paisaje, sus pasos lentos y las manos metidas en los bolsillos indicaban que su mente no estaba en aquel lugar. El veneno del querer había empezado a gestarse en él. Quería apartar la imagen de ella, pero era más fuerte que su voluntad. Algún momento de lucidez le decía que tenía que irse, que debía huir de allí. La lucha interior continuaba.

Roberto, aun sin hablarlo, sabía lo que le acontecía a su amigo, pero no podía, ni debía, decir nada. Aunque joven, la vida lo había hecho un viejo zorro, y los viejos zorros saben esperar su ocasión, saben esperar a que escampe, incluso cuando en el cielo los nubarrones se vuelven cada vez más negros. Había tenido, por una variedad de circunstancias, la oportunidad de conocer a personas que con una edad descubren de pronto que no tienen donde apoyarse y empiezan a perder pie, para no dejar de perderlo hasta desembocar en el desastre. Él no era así y deseaba que su amigo tampoco; había aprendido a ser agradecido con lo que disfrutaba y a no llorar por lo que pudo haber sido y no fue, por eso entendía lo que le ocurría a Pedro, pero quiere que sea él quien se enfrente con su problema. No quiere intervenir ni incidir en su decisión. La que tome le parecerá bien. Y si tiene que seguir solo lo hará, con pena, pero lo hará.

Tras caminar sin rumbo entre chumberas, higueras y algunos olivos espaciados y abrasados por el torturante sol, los dos jóvenes deciden volver. Cuando llegan la mesa está preparada. La comida que había hecho Carmen consistía en una cazuela de guisado y, sobre el mantel, como acompañantes, un ramillete de rábanos y aceitunas.

El señor Germán, serio, presidía la mesa, Carmen, con cara de resignación, se movía de acá para allá completando los utensilios necesarios. Pretendieron que la conversación fuera insustancial, pero no era posible, todos eran sabedores de que allí estaba en juego la felicidad de dos personas. Estas callaban.

A Pedro se le notaba un humor pésimo. Habían terminado de comer, se levantó y salió a grandes pasos en dirección al dormitorio. Carmen lo siguió con la mirada hasta verlo desaparecer. Al muchacho, Carmen no se le iba del

pensamiento: «¡Qué piel tan blanca! Parece imposible que pueda resistir este sol canalla sin tostar su piel. ¿Y la forma de moverse al andar…?». Pedro cerró los ojos mientras sus manos se aferraban al macuto que tenía sobre la cama. Se debía marchar y así lo haría, pero se prometió volver. «Volveré», se dijo a sí mismo con fuerza, recordando las mismas palabras y la misma convicción mostrada por el general MacArthur tras ser expulsado de Filipinas en el transcurso de la última guerra mundial. «Volveré», se repitió.

VII

De Rodalquilar a Agua Amarga

La marcha hacia Agua Amarga esa tarde fue triste. A las cinco en punto el adiós se consumó. El señor Germán no estaba presente; a su modo, se había despedido por la mañana. Carmen tampoco quiso salir. Desde la cocina les dio no un adiós, sino un hasta la vista, a lo que Pedro, con sonrisa forzada, contestó:

—Cualquier día me ve usted por aquí.

Ella se limitó a mirarlo. Esta vez buscó su mirada, esa que durante días había rehuido, ahora que la marcha estaba decidida.

Pasadas las cinco, los jóvenes llegaron al punto donde el señor Germán les había dicho que paraba el vehículo: una vieja camioneta que iría, por los pueblos cercanos, dejando el personal. Se identifican al conductor como enviados por el anciano, y este acepta llevarlos. Al preguntarles que dónde se quedarán, responden que en el punto más cercano a Mojácar, y el conductor les indica que los dejará en Agua Amarga, que es el lugar del trayecto más próximo a su destino.

En los doce compañeros que acompañan el viaje abundan el cansancio y la tristeza en las caras. A pesar de la luz que lo llena todo y encuentra correspondencia en las casas blancas y bajas, el calor comedido de la tarde de principios de agosto no anima sus rostros.

El ruido del motor, el del escape del camioncillo y la algarada de los niños al acompañar con su jolgorio la partida llegan a Carmen como lejanos ecos de amargura, ecos que la hacen sentirse más sola. Lentamente, el vehículo avanza buscando la salida del pueblo. Pedro, acomodado en un lateral de la caja descubierta de la camioneta, mira con ojos tristes cómo, poco a poco, esta se va alejando del poblado.

Entre los mineros, la tensión y la dureza del trabajo se van olvidando y la charla se generaliza; por ella, los jóvenes se enteran de que la mayoría son casados, solo dos, el Matías y el Bernardo, son solteros. Los mineros parece que se van relajando y empiezan las risas cuando uno le pregunta al Bernardo por

su novia. Este, rojo como una amapola, trata de eludir la respuesta, hecho que hace reír a la concurrencia y aleja definitivamente de sus cuerpos la inquietud y el miedo de la mina.

El ronco gemido del motor junto con las risas de los viajeros se pierde entre la soledad del campo, de un campo donde todo se ofrece bravío y estéril, aunque alguna mísera tierra de labor pone la nota discordante en la aridez del paisaje. El vehículo se desvía a la derecha y toma un camino descendente buscando su primera parada: Las Negras. La larga pendiente se acoge con bromas por la proximidad del pueblecillo. Uno de los mineros hace una pregunta en plan festivo, que los demás jalean, al joven comprometido.

—¡Oye, Bernardo! ¿Tú también te vas a llevar a tu novia como el Colás se llevó a la hermana?

La pregunta, aunque en broma, deja al muchacho sin saber qué responder, y su azoramiento hace que los compañeros celebren con grandes risotadas la situación. Pedro y Roberto no entienden el significado del dicho, hasta que uno de los mineros, el más fornido, les informa de que en Almería es tradición el que los mozos que ennovian cierto tiempo se lleven a la novia y pasen una noche con ella para, al volver, tenerse que casar sin que los padres lo impidan.

A Bernardo el llevarse a su novia era una cosa que le mortificaba. Hacía tiempo que esa idea rondaba dentro de su cabeza. Como su cuñado, él tampoco se llevaba bien con el tío Salvaor, el padre de su novia. La oposición de este a la relación de su hija con el Colás había hecho que los jóvenes se hubieran fugado. Las hermanas se apoyaban, pero el padre era un mal bicho. Bernardo recordaba cada palabra que el Colás le había contado de cómo se llevó a la María:

Un día se presentó en la casa de ella con la mejor ropa que tenía, al verlo llegar con esa vestimenta que no era la corriente, María le preguntó:

—¿Dónde vas tan elegante? ¿Es que te vas a casar?

—Eso quiero —dijo el Colás.

—¿Y se pue conocé quién es la afortuná?

—Tú —respondió él.

—Tás de broma, ¿no?

—Estoy hablando en serio, vengo a por ti.

—¿Qu'estás diciendo?

—Lo qu'escuchas. Que vengo a llevarte conmigo.

Recordaba también Bernardo que el cuñado dijo que la María se quedó sin habla. Era mucho lo que significaban las palabras que escuchaba. Era la posibilidad de pasar esa noche juntos y todas las noches de sus vidas.

—No pueo hacerlo, Colás. Mi padre me mataría, y la gente…

—A tu padre, aunque no es buena persona, se le pasará; en cuanto a la gente…, a nosotros qué nos importa, muchas parejas se comportan así. Una vez que salgas de tu casa y te vengas conmigo, yo seré tu marío y no tendrás que angustiarte por lo que digan.

—No me voy, Colás, quieo casarme como Dios manda.

—Habrá tiempo pa ir a la iglesia —había insistido el joven.

—¡No pueo creé qu'estés hablando en serio! —respondió ella.

—Fíjate si hablo en serio qu'es mi última palabra. Solo ties dos caminos: o te reúnes conmigo esta noche o ya no existo pa ti.

El Colás le había dicho que aquel envite lo había dejado sin resuello, pero entendió que tenía que decirlo.

—Eso es mucho decir, Colás —fue la tímida respuesta de María.

—Si no te vienes, mañana estaré a muchos kilómetros de Las Negras pa no regresar jamás. Piénsatelo —había insistido el joven, sin echar marcha atrás y siguiendo con su amenaza.

—Yo no hago eso —había gemido la joven.

—Pues ya sabes, lo dicho, dicho queda.

—Pero… ¿y mi padre? ¿Y mi casa? ¿Crees que me pueo marchá con la misma facilidá qu'n pájaro deja su nío?

—Así tie que ser si de verdad t'intereso y me quieres —había insistido, inflexible, el Colás.

Bernardo se imaginó la escena con el Colás mirándola con ojos apasionados e impacientes por la llama del deseo y a la María contemplándolo llena de amor y miedo.

—No lo pienses más —había terminado diciendo el impaciente novio—. Dentro una hora t'espero en el camino de la cala San Pedro y desd'allí nos iremos al cortijo de mi tío.

María había intentando convencerlo, pero él lo tenía claro.

—Ya conoces donde t'espero —le había dicho Colás al marcharse.

—No sé si lo haré —fueron las últimas palabras de María.

—Tú mesma. Uníos pa toa la vía o hemos acabao.

La había esperado, sentado en un balate con la vista puesta en el camino por donde debería llegar, con el corazón dándole golpes acuciantes de ansiedad. Había reflexionado en lo precipitada que había sido su determinación. Ni él mismo se lo quería creer, pero ya estaba hecho.

Había sido un impulso, una corazonada, le había dicho el Colás a Bernardo, pero sin dejar de repetirle lo feliz que se había sentido esperándola. Bernardo volvió a imaginárselo con la sangre y los sentidos ebrios de la influencia del sexo.

La espera fue tremenda, en el incitante fluir de sus pensamientos no le faltaron ráfagas de pesimismo. ¿Sería María capaz de no acudir a su llamada? ¿Habría valorado mal el amor de ella para dar este paso? Las interrogaciones lo habían atormentado de forma devastadora, haciendo decaer su ánimo por momentos. Fueron breves momentos. Los corceles del deseo galopaban desbocados, por lo que rápidamente, evocando su figura y su donaire, todas las cavilaciones que enturbiaban su mente desaparecieron dando paso a otros pensamientos que le hicieron sonreír de felicidad.

Hasta que ella llegó habían sido momentos de angustia, pero su aparición calmó, dijo el Colás, todos sus temores. Cogidos de la mano emprendieron primero la marcha, luego corrieron camino de la cala. Ya no era la quimera del deseo, sino la convicción de que aquella mujer era suya. Y esa idea, reflexión poderosa, inundó su ser. Aquella noche creyeron que el único objetivo de sus vidas estaba en la máxima plenitud de aquel instante.

En la aventura de su cuñao, el Colás, y de cómo se la había contado, estaba Bernardo pensando, cuando una mano apoyada en su hombro y acompañada de un grito lo sacó de sus pensamientos.

—¡Eh, chico! ¡Toma un trago!

Roberto había sacado la bota y todos los viajeros celebraban su aparición.

—Paece como si t'hubieras dormío, zagal, ¡venga, bebe! —se oyó decir a otra voz.

El joven bebió en silencio, estaban llegando al pueblo y la idea de la escapada bullía por su cabeza.

Las Negras era un hermoso rincón de espectacular geología, y en su pequeño poblado el ambiente era pesquero. Al final de su bahía se encontraba el Cerro Negro, una impresionante formación rocosa con aspecto de lengua de lava. Rodeada por cerros a ambos lados, destacaba dicho monte en la parte de levante de la playa que, con sus acantilados de piedra oscura, era un ejemplo clarísimo del origen volcánico de la zona. La playa estaba llena de bolos y piedras de color negro por lo que no era la ideal para bañistas que buscasen exclusivamente arena fina, pero en compensación ofrecía un mar cristalino lleno de peces. Una verdadera maravilla.

Del origen de su nombre había varias versiones, como más adelante sabrían los dos viajeros. Unos decían que Las Negras recibía este nombre del Cerro Negro, la gran masa de material volcánico de color oscuro, que por efecto de la erosión había esparcido sobre el mar y las playas del pueblo piedras negras que llenaban las orillas de este color.

Por el contrario, las personas de edad, los más mayores, sostenían que el nombre de la población, después de consultar y de documentarse con algunos antiguos escritos del año 1905, provenía de una peculiar historia que rezaba así: «En un antiguo cortijo, que se llamó Cortijo Viejo de Las Negras, vivía una familia que a su servicio tenía dos jóvenes provenientes del continente africano, siendo estas de color. Por ello las gentes, al venir hacia este lugar, dado el exotismo de las dos mujeres, al que no estaban acostumbrados, hacían mención al color de su piel cuando se referían a la zona».

Existía, incluso, una versión más, una leyenda que cuenta que el pueblo debe su nombre más bien a una tragedia sucedida no se sabe cuándo entre los habitantes de la cercana población de San Pedro: «Habiéndose hecho los hombres, una fatídica noche, a la mar a faenar y no habiendo regresado de ella jamás, viéronse sus viudas abocadas a vivir de la agricultura sin más. Buscaron otros lugares, en este rincón se asentaron y, fuera por el luto que llevaban, Las Negras lo llamaron».

La parada es breve, todos tienen prisa, se bajan el Bernardo y otro. Después de las bromas de rigor se despiden hasta el lunes. A pesar del poco tiempo pasado a Roberto no se le ha escapado el espectáculo que se divisa; la mar está dorada por el sol de la tarde y a la izquierda se divisa el lugar denominado como cala San Pedro y los cerros que la dominan.

La camioneta sube con dificultad la larga cuesta de regreso. El motor más que rugir se queja del esfuerzo continuado que realiza. Sobre el vehículo, en

la caja, los hombres han generalizado la conversación. El minero que les había informado sobre la costumbre de los noviazgos ha percibido el interés de Roberto por la cala de San Pedro y, acercándose, con perfecta dicción, le comenta:

—Las Negras es el punto de salida hacia la cala de San Pedro, un espacio escondido donde solo se llega andando o en barca. El lugar es precioso. Una de las singularidades de esta cala es que tiene vegetación y una fuente natural de agua potable que han permitido vivir a sus habitantes en cierto aislamiento. En la cala existen las ruinas del castillo de San Pedro, con una torre del siglo XVI, que fue construido para defender la cala y la fuente de los piratas berberiscos. Más tarde se añadieron más estancias adosadas a la torre que se utilizaron como cárcel. Actualmente el paraje está abandonado. Entre la gente del entorno son numerosas las visitas a su gruta de barro natural, para darse un tratamiento limpiador, dejando secar al sol la mascarilla aplicada, y aclararse después en las limpias aguas del Mediterráneo. El manantial de agua dulce es algo excepcional por estos lugares.

Han coronado la cuesta y el motor del camioncillo lo agradece y deja de 'roncar'. Su sonido vuelve a oírse con normalidad. La próxima parada será en Las Hortichuelas. Es media tarde y el sol calienta con ganas, rodar alejados de la costa hace que la temperatura sea más densa por la falta del oxígeno que aporta la brisa marina. Bordean colinas cuajadas de plantas, especies de múltiples colores adornadas de olores que aparecen y desaparecen, de insectos que parecen divertirse mostrando su vuelo como si nunca hubiesen visto presencia humana, también de alguna perdiz ufana que los acompaña un trecho con su vuelo.

La llegada a Las Hortichuelas no produce ningún alboroto. Allí se quedan otros dos mineros. El poblado es de origen mozárabe, de arquitectura típica y está seccionado en dos por la carretera: Hortichuelas Altas y Bajas. En esencia, una localidad de viviendas blancas, líneas redondeadas, casas de una planta con arcos, techos planos para recoger el agua, muros recios con contrafuertes y ventanas pequeñas para protegerse del calor... Una arquitectura heredada de la cultura árabe.

En el entorno, pequeñas huertas con higueras, olivos y almendros humanizan el paisaje. Es un pequeño oasis de tranquilidad muy próximo a Las Negras y a Rodalquilar, y a dos kilómetros de la costa. El minero que les había informado sobre la cala de San Pedro quiso también contarles algo sobre el

lugar donde se encontraban; se veía que conocía bien aquello y que era un hombre instruido. Les comentó que la climatología de la zona era una de las más áridas de España, con índices de pluviosidad extraordinariamente bajos, apenas superiores a los 200 mm, escasez que se agravaba con su irregularidad, llegando a padecer varios años seguidos sin apenas lluvias junto a otros de precipitaciones muy superiores a la media; no obstante, la vegetación arbórea, cuando no había sido destruida, subsistía gracias a lo aportado por los intensos rocíos.

Así pues —les siguió diciendo el amable trabajador—, aunque se pudieran encontrar periodos de gran humedad, era normal que se sucedieran etapas de extraordinaria aridez que habían requerido la instalación de pozos, norias y aljibes para convertir en regadío la mayor cantidad posible de tierras o para asegurar el agua a las personas que vivían o trabajaban en las fincas o al ganado que ramoneaba por sus campos.

El conductor, imperturbable, continuó el camino, una ruta de sobra conocida que llevaría a los viajeros a Fernán Pérez. Bastante antes de llegar, una construcción se hace visible a los viajeros: es un acueducto. El origen de la construcción, dice Serafín, el minero que se ha erigido en informador de la zona, fue para la captación de agua de una mina del cortijo Expósito ubicado en la sierra de Cabo de Gata. La obra hidráulica data de finales del siglo pasado y transportaba el líquido procedente del citado cortijo mediante galería hasta la finca conocida como Huerta Grande, en Fernán Pérez, en un intento de introducir en esta zona una plantación de viñas con el objeto de elaborar vino. Con ese fin se construyó un lagar en cuya portada hay una inscripción que lo fecha en 1906. Con esta agua se regaban las tierras que hay a ambos lados de la rambla.

Fernán Pérez era un municipio del interior que conservaba todo el encanto rural; pequeñas casas blancas, iglesia, colegio... Tenía además un detalle que lo hacía muy conocido, y es que el hecho que ocurrió en esta zona de Almería inspiró a la escritora Carmen de Burgos para su novela *Puñal de claveles* y a García Lorca para su gran obra *Bodas de Sangre*, texto que Pedro y Roberto ya conocían. Tal y como contaba el minero, en esta iglesia de Fernán Pérez, hacía veintidós años, habría de celebrarse la boda de Francisca Cañadas Morales con Casimiro Pérez Pino, evento frustrado porque la novia acabó huyendo con su primo Francisco la noche anterior al enlace; una historia de amor con un final trágico, porque, momentos después, el primo fue asesinado por un pariente del novio desdeñado.

Los dos viajeros han percibido que el respeto que los trabajadores muestran a Serafín no es solamente por su intimidante presencia, es también por la evidente cultura del hombre, que seguramente haría que en la mina tuviera un cargo superior.

Por lo demás, en aquel verano de 1950 la vida en aquel pueblo se deslizaba monótona y triste. Solamente daba color y calor humano la febril actividad de los labriegos que, sudorosos y previsores como hormigas, iban de un lado para otro entregados a la dureza de la recolección bajo el ardiente abrazo del sol. En la era repleta de mieses, inmenso y simbólico pan de oro, se oían voces de trilladores arreando sus colleras.

Sin este alboroto y palpitación todo era quietud en Fernán Pérez. Cuando la camioneta llegó nadie alteró su quehacer, sabían de su llegada y quiénes llegaban; lo harían: el Rufino, el Sabino, el Jacinto, el Eulalio y el Aceituno, nombre por el que se conocía a Blas, el hijo de Joaquina, la Aceituna, apodo que venía de familia. Serafín continuaría el viaje, por lo que los jóvenes pudieron seguir escuchando sus comentarios sobre el lugar.

El pueblo era enclave de caminos sobre un llano. Su caserío, que se consolidó durante el siglo XIX, combinaba viviendas de agricultores y antiguas casas de mineros con pozos, norias y huertos. Además del acueducto construido para superar la vaguada y ampliar la zona de regadío, a las afueras, daba belleza plástica al entorno una cortijada típica de la comarca de Níjar, con El Molino de Fernán Pérez (nombre en referencia precisamente a otro gran molino de viento que se encontraba en un lugar llamado El Altillo), Los Arcos, El Cortijillo y El Albergue; las cuatro viviendas formaban parte de esta famosa cortijada de interior situada a pocos kilómetros de la playa.

Se habían bajado los mineros, entre las bromas de sus compañeros, cuando la aparición de un jinete sobre un brioso corcel marrón que andaba majestuoso al paso hizo que enmudecieran las risas. El caballista, un hombre altivo, apuesto, de pelo ondulado, canoso, y grandes patillas, aparentaba sesenta años. Pasó erguido, indiferente a todos, en dirección a la plaza; era don Sebastián, el amo y señor, el propietario de la mayoría de las tierras del municipio, que eran muchas tierras, y, como luego informaría Serafín, Níjar era uno de los municipios más extensos de España.

Perdida la alegría de sus ocupantes, la camioneta se puso en marcha camino de Agua Amarga. Roberto se acomodó al lado de Serafín dispuesto a conocer más cosas de aquel sujeto a caballo que, a pesar de su soberbia estam-

pa, no le había dejado buenas sensaciones. El minero, después de recostarse y acomodar su espalda sobre el lateral de la camioneta, empezó diciendo:

—Lo que ocurre en Fernán Pérez no es nuevo, seguramente ocurre en todos los pueblos de Andalucía, es un mal endémico: señorito calavera, propietario de un gran latifundio y dueño del pueblo y sus habitantes, además de follador, bebedor y jugador. En definitiva, 'un perla'. Sus decisiones hacen que una familia viva o se muera de hambre, eso le da autonomía para hacer cuanto le apetece, y aunque el hecho está abolido tiene derecho de pernada. Me va a decir que eso es imposible, pero es así, aquí la autoridad es él, como antes fueron su padre y su abuelo; las jerarquías oficiales son marionetas que bailan al compás que marca. No hay solución, quien se enfrenta a sus caprichos tiene que emigrar. Estás con él o contra él. Es su ley. Aquí la gente, en su mayoría, son arrendatarios de sus propiedades, viven del cultivo de la tierra de la que son esclavos, esto es generacional, ya sus padres y anteriormente sus abuelos, desde la infancia hasta la vejez, día tras día agotaron su existencia en el laboreo de algún secano, dejando entre los terrones del campo todo su impulso vital con solo una proyección para su actividad: la tierra. Esta ha dado para mal comer, pero esas han sido sus vidas año tras año.

«El trabajo, que a otros ennoblecía y dignificaba, para los habitantes de Fernán Pérez ha sido casi una maldición, cumplían literalmente las bíblicas palabras: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente», haciéndolo de sol a sol y en muchos casos de luz a luz; pero su esfuerzo lo que ha hecho ha sido perpetuar a un sátrapa que no ha dejado de humillar a la gente del pueblo. Cierto que allí hay un grupo de gente privilegiada: el cura, el médico, el maestro y algún que otro labrador, pero sobre todos resalta el poder y la autoridad de la familia que, desde tiempo inmemorial, usufructúa la jefatura política del pueblo considerándose los amos del mismo. Puede en España haber monarquía, república o dictadura, es igual. Aquí, en este apartado rincón andaluz, los cambios políticos y sus conmociones llegan como a través de un sueño, las leyes las impone la familia Sentís. Al actual jefe de la familia le gusta mandar, para ello no le importan los medios ni saltar por encima de solemnes promesas e incluso violar la ley. Le da igual, le obsesiona mandar, que se haga lo que quiere. Y, en efecto, es el amo. Don Sebastián es una especie de patrón de barco del que todos dependen y al que su familia y amigos, sin distinción, obedecen con más o menos agrado. Su autoridad se mantiene indiscutible. Así se lo inculcaron sus padres y, a su vez, a estos, sus abuelos.

El hombre se pasa la mano por la cabeza como intentando alisarse el pelo, da un hondo suspiro y continúa con la plática.

—Hubo un tiempo en que las cosas pudieron cambiar, y estuvieron a punto de hacerlo, pero desgraciadamente no fue así y esto lleva camino de perpetuarse.

Roberto escuchaba interesadísimo el relato.

—¿Cómo fue aquello que pudo cambiar la vida del pueblo? —preguntó, curioso.

—Pues presten atención usted y su amigo, que les voy a contar lo que aquí sucedió —se aprestó a decir Serafín.

Aunque en el pueblo la gente era sumisa, había un joven, el Apañao, que no estaba de acuerdo con las formas del cacique, de hecho, habían tenido sus más y sus menos. En las postrimerías del treinta y cuatro, varios obreros trabajaban en las obras que realizaba la familia Sentís construyendo un molino; una mañana, cuando el amo, como todos los días, fue a dar una vuelta para comprobar cómo iban los trabajos, se encontró con la sorpresa de que los obreros se habían declarado en huelga. Querían aumento de salario.

El déspota sintió el plante como si le hubieran dado con un palo en la cabeza, pues, más que la huelga en sí, le dolía que la gente se rebelara. «¡Qué poca vergüenza! ¡Qué escándalo!», gritaba enfurecido. Ni por un momento se le ocurrió pensar en lo irrisorio de los salarios que pagaba, que aquellas familias vivían pobremente y que lo que pedían, ganar algo más, era justo. Él solo vio que pretendían doblegar su orgullo, imponerse a su voluntad. Consideró la huelga intolerable y encolerizado comenzó a insultarlos llamándolos de todo. Y para intimidarlos, sin dejar de gritar, ordenó a uno de sus sicarios, siempre dóciles y serviles, que fuera a Rodalquilar, al puesto de la Guardia Civil, a denunciar un movimiento revolucionario en Fernán Pérez.

La amenaza, a la vista de todos, asustó a los trabajadores y todos, menos dos, reanudaron la labor. Don Sebastián se encaró con los rebeldes de modo agresivo aludiendo de forma grosera a los antecesores. A pesar de ello, el Apañao y el Peluca persistieron en su actitud de brazos caídos. Fuera de sí el patrón los zarandeó. Los dos reaccionaron dispuestos a replicar la agresión, pero no les dio tiempo ni a parpadear, los esbirros del déspota se abalanzaron sobre ellos dándoles una gran paliza. Cuando horas después llegó la Guardia Civil estaban molidos y ensangrentados en el suelo de un almacén.

La Guardia Civil, influenciada por la denuncia oral de los prebostes del poblado, cursó un informe en el sentido de que habían intentado sublevar al pueblo, solidarizándose con la revolución de Asturias de actualidad en aquellos días. El asunto era grave. Los detenidos fueron sacados con gran cuidado de allí, quedando incomunicados en el cuartel. Cuanto dijeron las fuerzas fácticas del pueblo se dio por bueno y en la capital se comentó que habían abortado una rebelión. Los detenidos fueron puestos a disposición de un juez especial y después de un rápido proceso se les condenó por rebelión a seis años en prisión del Estado.

Y allí lo que ocurrió es que Antonio, el Apañao, no perdió el tiempo en la cárcel. Desde su ingreso, tuvo el afecto y el aliento de los detenidos políticos, hombres, la mayoría, cultos. Se instruyó al tiempo que se reafirmaban sus ideas y anhelos de justicia social. La prisión fue una escuela. Le abrió otras perspectivas del mundo y le marcó un camino afiliándose a la CNT.

Un año y medio había transcurrido desde su ingreso en la cárcel. El levantamiento del 18 de Julio le sorprendió en la enfermería convaleciente de una pulmonía, reponiéndose del largo cautiverio y del mal que lo minaba. No obstante, su cerebro no había tenido reposo. Se restableció aparentemente, pero, paralelamente, conforme se reponía físicamente, creció en su interior la pasión social; su sangre vigorizada le martilleaba las sienes y el alma diciéndole que su lucha por un mundo más equitativo debía de continuar. Los compañeros de partido se las ingeniaron para sacarlo de la prisión. Los meses pasados allí, lejos de acobardarlo, lo habían robustecido. Había aprendido que un hombre puede ser todo o nada, ello dependía del afán de su voluntad, del deseo de vencer. En plena efervescencia patriota se unió rápidamente a los que luchaban contra los insurgentes, con una idea fija: volver a Almería para ajustar cuentas con don Sebastián y librar a su pueblo de las garras del tirano. Habló con sus mandos de los abusos que sufría su pueblo y, aunque eso era algo común en aquellos tiempos, organizaron su traslado. Todo estaba preparado para el tránsito, pero una recaída de su enfermedad lo alejó de esa posibilidad. Ingresó en un hospital, mientras, la guerra seguía su camino. Cuando mejoró se incorporó al frente de Cataluña, anduvo por Gerona y se unió a la CNT. Allí la CNT era fuerte. Cuando todo concluyó fue uno de los muchos que huyeron a Francia. Luego peregrinó junto a miles de españoles por los campos de: Banyuls, Port-Vendres y Colliure, para recalar en Argelès Sur Mer. Para salir de allí se ofreció voluntario a pelear contra los alemanes. Desde allí lo enviaron al campo de Saint-Cyprien y de ese lugar salió para unirse a la Resistencia francesa. Miles de españoles anónimos, como él, estuvieron presentes en los episodios más significativos de la guerra: en Narvik,

en Dunquerque, o en la Batalla de París con la Resistencia. En el maquis, en Stalingrado, en Moscú, en el Plateau de Glières, en el desembarco de Normandía, en la liberación de París y de Estrasburgo, y en la liberación de Lyon. En todas estas batallas estuvieron presentes los españoles y fue tal su relevancia que fueron guerrilleros españoles los que liberaron Foix y otras localidades del sur de Francia. No hay región francesa que no esté regada con sangre española. Terminada la guerra, el Apañao fue condecorado y por ahí debe seguir. Le he perdido la pista.

Roberto no se había perdido ni una sílaba de la historia, percibía el sentir de Serafín al narrarla. Lo hondo que debía de haber calado en los habitantes de la zona el caso del Apañao. Por eso no se extrañó cuando remató la historia diciendo:

–¡Cuánto habría cambiado la vida del pueblo y posiblemente de la comarca si hubiera llegado él!

La última frase de Serafín fue acogida por el resto de los mineros, que habían escuchado en silencio, con un movimiento afirmativo de cabeza. En todos, a pesar de su ignorancia, había constancia de lo que un hombre puede conseguir, de lo que podía hacer un individuo con espíritu lanzado a la acción, sin miedo al riesgo, seguro de que actúa por algo hermoso y desinteresado. Los saltos y vaivenes de la camioneta por el estado de la carretera, que cruzaba campos y cortijadas sin futuro, abandonadas al destino, no habían interrumpido al narrador, y entre los viajeros hacía rato que se había establecido el mutismo para no perderse ninguna palabra del relato.

Aunque atentos a la palabra del narrador los jóvenes no habían perdido detalle de la ruta y se habían percatado del aspecto desangelado de las tierras por donde pasaban, eran campos sembrados de piedras fragmentadas que como llovidas del cielo semejaban cosechas lunares. A la vista de aquellos campos no tuvieron más remedio que recordar las palabras del simpático Cañamón: «Tierras con un clima hostil, atacado sin piedad por vientos y sequías».

Que no se había equivocado a la vista estaba. Entre aquellas tierras inhóspitas, sedientas de agua y hambre atrasada, sembradas de oscuro futuro, de tarde en tarde, alguna tierra en producción descollaba en el paisaje. Pero es tal el abandono que impera, que duelen los ojos de verlo y dan deseos de pedirle cuentas al Hacedor: «¡¿Dónde estás, si existes, Dios, que no tienes compasión, que no remedias estos males, que no socorres estos campos?!».

No dio tiempo para más, estaban llegando a Agua Amarga. Era esta una pequeña aldea de pescadores bien situada dentro del Cabo de Gata, con huertas nacidas, como habían visto en el camino, alrededor de pozos y tierras de pastoreo. Esparcidos en el campo, cortijos, con aljibes y pozos, formaban parte del paisaje junto a gran cantidad de higueras, pitas y chumberas.

El pueblecito, encerrado entre las montañas, parecía salir del propio mar que lo rodea. Las edificaciones son blancas y bajas pegadas a la playa. El núcleo urbano estaba formado por un grupo de casas sencillas, albinas, de influencia árabe, encaradas al mar, no muy diferente a lo que los aventureros llevaban viendo, donde estaba la diferencia era en el entorno. La playa era preciosa, estaba resguardada por dos montes que la protegían de los vientos y el cristalino de sus aguas se apreciaba aun en la distancia.

El vehículo se había parado, era el final de trayecto. Los jóvenes vieron partir la camioneta y a los mineros despedirse hasta el próximo día, parados en un lado de la calzada. Serafín vino hacia ellos indicándoles que en el pueblo había una fonda superviviente de otros tiempos mejores, de cuando la descarga del mineral estaba en pleno apogeo. En los años cuarenta, había tres fondas, ahora solo quedaba esta que difícilmente se mantenía. La regentaba un matrimonio mayor que les atendería bien.

Cuando llegaron a ella los propietarios reposaban sentados a la puerta de la casa, la tarde declinaba y la fuerza del sol, atenuada su intensidad, perdía protagonismo ante el paso de la brisa marina que bañaba de frescor la quemada tierra, refrescaba el ambiente y daba respiro a aquellas gentes abrasadas por el astro rey con sus rayos luminosos de agosto.

La pensión era una casa de aspecto humilde, pero limpio, de dos plantas, bajo y alto, con las habitaciones en el piso de arriba. No tuvieron problema a la hora de escoger habitación, estaban solos y eligieron la que tenía la ventana frente al mar. Serafín se despidió de ellos diciéndoles que al día siguiente se podían ver y les enseñaría alguna cosa del pueblo.

La señora, que dice llamarse María, les propone prepararles la cena, estos aceptan, pero antes quieren estirar las piernas, andar por la playa y tal vez darse un baño para quitarse el polvo del camino y para refrescar la piel torturada por el sol de la tarde.

Los jóvenes caminan en silencio hasta el borde del agua, Roberto decide bañarse, en tanto que Pedro, sentado en la arena, dice no apetecerle. Roberto se zambulle en el agua, que está deliciosa, y así se lo dice a su compañero.

—¡Vamos! ¡Báñate! Te vendrá bien, el agua tiene una temperatura buenísima.

Pedro, abstraído, no lo escucha. Roberto, resignado, nada y retoza disfrutando de la maravilla de aquellas aguas. Apenado, piensa que su amigo, desde que salió de Rodalquilar, prácticamente no había abierto la boca, solamente lo preciso. Esperaba que su melancolía fuera poco a poco decreciendo, porque si no era así lo pasaría mal. En una de sus volteretas, al mirar al pueblo, ve, a su derecha, los vestigios del antiguo cargadero que era donde, según les explicaron en Lucainena de las Torres, iba el mineral extraído de sus minas. Al día siguiente esperaba que Serafín les diera cumplida información en la visita que pensaba harían a aquel lugar.

Cuando llegaron a la pensión la cena estaba sobre una gran mesa cuadrada en el centro de una amplia sala que contenía mobiliario de épocas mejores; una docena de sillas y una austera cómoda sobre la que reposaban algunas fotografías denotaban que era el lugar más utilizado de la casa. Las sardinas, jureles y caballas que atestaban la fuente de pescado estaban deliciosos, los huéspedes comieron con apetito y remataron la cena con una espectacular tajada de roja sandía. Habían comido en silencio, Roberto, respetando la mudez de su compañero, que comía, con la mirada perdida, sumido en sus pensamientos. Quería que fuera Pedro el que dijese lo que lo atormentaba, pero era consciente de que si no lo hacía tendría que hacerlo él.

Salieron a la calle, donde la noche se había adueñado del cielo. Los dos mayores disfrutaban, sentados, de la tibieza de la temperatura. Al verlos aparecer, la señora los invitó a sentarse en dos sillas bajas forradas de esparto que previsoramente habían colocado a la entrada.

—Siéntense, seguramente estarán cansados de tanta camioneta —les dijo, y, a continuación—: ¿Estaba bueno el pescado? Los ha traído mi sobrino, es un 'rancho' que le ha tocado de la pesquería de esta tarde.

Los jóvenes, a dúo, reconocen que los peces comidos tenían un sabor inmejorable, solamente comparable, pensaron, a los preparados por Pepe García, o como se llamara, en la velada de hacía unos días en San José.

La curiosidad de la mujer rápidamente se puso de manifiesto.

—¿Qué les trae por aquí?

Roberto tomó la palabra para decir lo que ya habían repetido otras veces.

—Estamos visitando la provincia, conociendo sus pueblos, su historia y sus gentes.

—Se lo he preguntado porque desde hace tiempo no vienen forasteros. Si lo sabré yo. Ya ven ustedes como tengo la fonda, sin clientes.

—Esto viene pasando ——intervino el marido— desde que terminaron de desmontar el embarcadero del mineral, hace aproximadamente cinco años.

—Es una pena porque por lo que hemos visto esto es muy bonito.

—Efectivamente así es —prosiguió la posadera, tomando de nuevo la palabra—. Pero si tienen oportunidad visiten las calas que se han dejado ustedes a la derecha de la carretera cuando venían. Como veo que están ustedes muy interesados, permítanme que les cuente algo sobre estos parajes. En la cala del Plomo se encontrarán con un antiguo poblado de pescadores que aún sigue habitado por unos pocos vecinos. El entorno es espectacular, con rocas volcánicas y con calizas arrecifales. Allí también existen las ruinas de un cortijo fortificado, que se construyó entre los siglos XVII y XVIII para proteger a los campesinos de los alrededores de los ataques de los piratas berberiscos. Para llegar hasta allí hay un camino salpicado de olivos, higueras y palmeras, que enlaza con la rambla del Plomo, un paisaje con espectaculares formaciones geológicas de origen volcánico y típica vegetación de rambla mediterránea, plantaciones de algarrobos, sabinas y la presencia de la planta emblemática de la zona, el palmito.

—Sí que parece interesante —insistió Roberto, sorprendido de la erudición y de la correcta pronunciación de su interlocutora.

—Luego tenemos la cala de Enmedio, separada de la del Plomo por el cerro de la Higuera. Merece la pena acercarse a ella, sus albinos paredones, modelados por el oleaje, están compuestos, principalmente, por cenizas volcánicas. El Cabo de Gata es una tierra de volcanes y lenguas de lavas, de chimeneas y caladeras y hasta de… ¡oro y plomo! La cala de Enmedio es reconocida por sus espléndidos acantilados de paredes blancas de escoria volcánica. La erosión provocada por el viento y el choque de distintos materiales ha creado en la roca formas y oquedades de singular belleza. A eso hay que añadirle que es una playa de extraordinaria belleza con arena muy fina, dorada, y sin una sola piedra. A ambos laterales de la playa hay dunas fosilizadas que, a manera de lenguas de piedra, se adentran en el mar, lo que permite explorarlas y contemplar el agua cristalina por entre las piedras.

Los jóvenes oyentes están encantados con la información, perciben que tanto la señora como antes Serafín se expresan de una forma diferente al habla que normalmente escuchan. Su castellano es más culto. Además, lo que cuenta María es interesante, por lo que se aprestan a seguir escuchando todo lo que aquel simpático matrimonio quiera contar.

Después de beber agua de un botijo de barro colorado, la dueña de la pensión pregunta:

—¿Han oído hablar ustedes del olivo milenario de Agua Amarga? Seguramente, no, ¿verdad?

—Pues no, señora, no sabemos nada de ese olivo. Cuéntenos, por favor —es la respuesta de Roberto.

—Señores —la voz de la mujer cobra en este momento un aire teatral—, en este pueblo tenemos un olivo milenario de extraordinarias dimensiones y de máxima calidad mediterránea, superior en edad y tamaño a los del Monte de los Olivos de Jerusalén. A este magnífico olivo o acebuche injertado, por las dimensiones de su tronco, se le puede estimar una edad entre 1.500 y 2.000 años. Monumento muy vivo y muy natural, posiblemente de la época romana. El diámetro del tronco, único, es descomunal y es realmente el motivo por el que destaca este olivo.

Ahora es Pedro, que desde que salieron de Rodalquilar ha guardado, prácticamente, silencio, quien dice:

—¿Cómo es posible que una cosa así no se haya divulgado? Yo no lo conocía. Aquí, en España, del que tengo noticias de que existe es del drago de Icod de los Vinos, en Tenerife. Ese olivo de aquí tiene que ser un árbol digno de ver.

Ahora es el esposo el que interviene, quiere, él también, dar información, aportar datos.

—Se trata d'un olivo realmente increíble. Su tronco está formao por dos pies soldaos, tié más d'ocho metros de perímetro y su copa pue cubrir un círculo de unos veinticinco metros de diámetro. Por las medías y el aspecto de su tronco, su edad probablemente supera en mucho la que por aquí se dice. Es, con mucha diferencia, uno de los mejores y más viejos olivos d'España e, incluso, de toa la cuenca mediterránea, superior incluso a los pies de Getsemaní en Jerusalén, tan citaos como ejemplo.

—¡Madre mía! —interrumpe Roberto—. Eso es un coloso. No podemos irnos de aquí sin verlo. No sería normal.

—Si quieren verlo no tienen ningún problema para encontrarlo. El olivo se encuentra, entre adelfas y matorrales, a la derecha de la carretera en un recodo de la rambla que llega a Agua Amarga, en el paraje de la rambla de los Viruegues. Por su dimensión, ya les digo, semeja una catedral de madera —concluyó la señora María.

La cena y la conversación han hecho que el tiempo pase volando. Hace fresco, el rocío de la noche y la humedad proveniente del vecino mar hace que todos decidan acostarse. En lo alto, las estrellas han tapizado el cielo de luces que hacen imaginar un manto prodigioso y pensar, a Roberto, en misteriosos designios, en otros mundos y otros seres que pueden estar haciendo lo mismo que él: observarlas. Desde la ventana se divisa el mar que se extiende como una piscina de luz desde el pie de las farolas al infinito.

Están cansados, Roberto se queda dormido, prácticamente, al caer sobre el lecho. Pedro, sin embargo, no. El recuerdo de Carmen lo golpea. No quiere pensar, pero el recuerdo de su cuerpo desnudo reflejado a media luz en el espejo de su dormitorio emergiendo en la oscuridad de la noche lo perturbaba. Sabía que tenía que darle tiempo al tiempo, que debía tranquilizarse, que tenía que pensar las cosas con frialdad, pero la visión de aquella noche lo enervaba, era como una corriente eléctrica interna que lo tenía, cuando lo recordaba, en tensión. Con aquella lucha interior quedó dormido.

El sol, como si hubiera estado escondido, se escapaba lentamente de la montaña e iba ganando altura, pero aún no calentaba. Se apoderaba obstinadamente de las pequeñas casas del poblado y con la osadía propia de un dios se introdujo por la ventana de la habitación donde los jóvenes dormían plácidamente. Juguetón, se posó con insistencia en la cara de Pedro hasta que el peso del calor hizo que este abriera los ojos. Los rayos solares lo deslumbraron, cerró los ojos y por un momento no supo dónde se encontraba; poco a poco su mente se fue haciendo dueña de la situación y recordó que se encontraba en una fonda de un pueblo llamado Agua Amarga, en la costa de Almería. En el 'culo del mundo', como comentó su amigo Sebas cuando le dijo que venía a recorrer esta provincia.

Ahora que tenía 'conocimiento de causa', que conocía aquella parte de España, debía de proclamar a los cuatro puntos cardinales que el país era injusto con aquel trozo de tierra, que por belleza y por nobleza humana merecía más atención de los gobernantes.

Un bostezo de Roberto le hizo comprender que este se había despertado.

—Buenos días, chaval, ¿qué tal has dormido? Yo no me enteré de nada. Por no acordarme, no me acuerdo de si dije «Hasta mañana».

—Yo también he dormido bien —mintió Pedro.

El rumor de una conversación y el ruido de platos y tazas en el piso bajo hizo que se decidieran a bajar a desayunar.

Desayunaron con presteza, querían aprovechar el día. La mañana se proyectaba interesante. Estos pueblos estaban resultando una caja de sorpresas: todos tenían un algo atrayente y sugestivo. Estaban disfrutando.

Caminan en dirección de la playa cubiertos con sus sombreros de paja, protección ineludible para evadirse de los rigores del sol en un día que promete ser caluroso. Sobre un promontorio, dos números de la Guardia Civil patrullan, son dos avispados vigías que controlan el panorama caliente de la costa. Pedro, que parece haber recobrado el humor, rompe el silencio.

—La señora María, aunque vive aquí, no es de este ámbito, no parece ser del pueblo. Sus maneras lo delatan.

La verdad es que su forma de hablar, sus modales, desentonan —responde Roberto, sin poder continuar con el tema al ver que hacia ellos viene Serafín, quien alegre les da los buenos días.

—¡Hola, amigos! ¿Se ha descansado bien? Hoy va a hacer un día de 'hostias'. Si quieren ver el cargadero debemos ir pronto, antes de que el 'Lorenzo' se ponga a calentar, porque luego será un horno.

Los jóvenes aceptan la sugerencia y aceleran el paso en dirección al otro lado de la rada. Cuando se van acercando aprecian la magnitud de la infraestructura que tuvo que haber para el embarque del material. Las huellas del ferrocarril son importantes. Allá, en lo alto de un barranco —barranco de Calarena, según les dice Serafín—, donde estaban ubicadas las instalaciones, pueden verse con claridad los grandes depósitos de mineral, los restos del plano inclinado, los depósitos subterráneos y los túneles para la carga sobre las vagonetas del embarcadero.

Ante el rostro asombrado de los muchachos, Serafín explica que las estructuras fueron construidas aprovechando, muy oportunamente, la forma del barranco que allí existía, que en su interior se hicieron unos enormes depósitos de forma aproximadamente cónica con una capacidad de 45.000 toneladas y que, además de éstos, había otros subterráneos auxiliares situados en un nivel superior en la vertiente derecha del barranco.

Continúan acercándose, se detienen junto a un árbol y, al cobijo de su sombra, el minero se dispone a seguir con su explicación.

—Pónganse cómodos, que les voy a contar algo de la historia del cargadero. Una historia que siempre me ha interesado y sobre la que he leído mucho recientemente.

Al final del siglo XIX, las minas de Lucainena de las Torres tenían un grave problema: la exportación del mineral. Se sabía que debía ser por mar, pero había que encontrar el lugar más idóneo. Después de estudiar varias ubicaciones para instalar el embarcadero adonde debía llegar el hierro, finalmente, se optó por la ensenada de Agua Amarga, más defendida de los temporales de levante. En septiembre de 1894 comienzan las obras y a mediados de 1895 se termina el muelle de embarque. Finalmente, en marzo de 1896, concluyen, y en mayo de ese mismo año, se expide el primer cargamento, de mineral acumulado en los depósitos de Agua Amarga, a bordo del vapor Albia.

Ahora ustedes no perciben prácticamente nada, pero en lo alto de la montaña, a unos ochenta metros sobre el nivel del mar, terminaban su recorrido las locomotoras que traían el material; debajo, y aprovechando la orografía, la sociedad vasco-belga de Miravalles había hecho una gran obra de ingeniería en la que infraestructuras muy bien diseñadas daban cumplida respuesta a las necesidades de almacenamiento, embarque y desembarque de materiales. Existía, además, una disposición de apoyo a las principales vías de abastecimiento por medio de vagones movidos por la fuerza combinada de seis o siete hombres ya que las locomotoras no bajaban por el plano inclinado.

En lo alto de estas magníficas instalaciones se encontraban la casa del amarrador de los buques, la casilla del teléfono de línea y varias oficinas. El punto final del recorrido terrestre lo constituía el gran muelle metálico, que avanzaba setenta metros en voladizo a catorce metros de altura sobre el nivel del mar. En su tablero superior disponía de cuatro vías: dos para las vagonetas cargadas y dos para las vacías. En el extremo se hallaban dos vertederas móviles que descargaban directamente sobre las bodegas de los barcos. Estos barcos se colocaban perpendicularmente al puente-cargadero y se sujetaban por dos boyas de fuerza, por el ancla y por dos amarres a tierra. Con una simple maniobra de avance o retroceso se presentaba las distintas bodegas a las vertederas. La frecuencia de los atraques era muy variable; en algunos casos se cargaron cinco o más buques en un mes si bien en épocas de crisis solo lo hacía uno o ninguno. El origen de los vapores era generalmente español o inglés.

Dado el carácter integrado de sus negocios, una parte importante de los buques que fondeaban en Agua Amarga pertenecían a empresas navieras del grupo Sota y Aznar. Dichos buques realizaban una serie de circuitos fijos con el fin de rentabilizar al máximo sus desplazamientos. Uno de los más comunes era el siguiente: salida de Bilbao o Saltacaballo (Setares) con mineral de hierro a Gran Bretaña, de allí a Génova o Savona con carbón, luego a Agua Amarga en lastre, a continuación, salida de nuevo con dirección a Gran Bretaña con hierro y vuelta al Cantábrico con carbón. Una variante del circuito anterior hacía desviarse a los vapores desde Italia a Constantinopla en busca de trigo, luego a Gran Bretaña, Suecia o el Báltico y vuelta al Cantábrico o a Lisboa con maderas nórdicas.

Roberto y Pedro escuchaban asombrados el relato de la magnitud que debía haber tenido, para aquel pueblo, el cargadero en funcionamiento. Estupefactos, preguntaron a dúo:

—¿Dónde están las infraestructuras que faltan?

—Las locomotoras…, había una llamada Lucainena; los puentes y los ferrocarriles fueron desmontados y transportados en camiones hasta Almería —contestó Serafín—. Allí no se qué harían con ellos.

Los jóvenes, asombrados por el relato, piensan en lo que debió de ser para el pueblo, para sus habitantes, el desmantelamiento de esas infraestructuras. Su desarboladura tuvo que significar la sentencia, de muerte laboral, para sus habitantes. Era evidente que aquellos campos habían sido domeñados hasta alumbrar el tesoro de su energía oculta, para posteriormente ser abandonados. En medio de aquel desierto se había levantado —soberbia como una babel que reta al cielo— una ciclópea construcción. Y, de pronto, cuando la zona había cogido un ritmo de vida esperanzadora para sus habitantes, «al coloso le habían retirado los puntales», y aquella infraestructura salvadora de la zona se había venido abajo, aplastando en su caída la economía de Agua Amarga. O sea, todo aquel tinglado, después de unos pocos años, para nada.

Concluida la explicación, Serafín invita a los dos jóvenes a subir a verlo, pero la documentada disertación y, sobre todo, el calor reinante hacen que declinen la visita y opten por acudir a un 'chamizo' que, situado en la arena de la playa, congrega a algunas personas, quienes, sentadas alrededor de mesas, charlan y se cobijan del infierno solar del mediodía, de un sol que, además de aturdir, ciega los ojos. Indiferentes al agobio climatológico, varias gaviotas planean junto a ellos. Buscan alimento y sumergen el pico en el agua para des-

pués volver a volar y perderse en el horizonte. En la orilla, las aguas remansan cerca de la arena formando pequeñas olas casi geométricas.

Presurosos, los tres hombres se acogen a la protección del ventorro con un suspiro de alivio. La llegada del minero con los forasteros es recibida con curiosidad. Fisgoneo normal en poblados alejados de puntos o rutas de conexión entre pueblos, por lo que es normal que caras nuevas produzcan sorpresa y recelos. Después de saludar a sus conocidos, Serafín los conduce hasta una mesa en la que se sientan. Allí, despojados de los sombreros, resoplan de placer.

—¡Caramba! ¡Qué bien se está aquí! —exclama Pedro.

Piden cerveza fresca y el minero dice:

—¡Manolo! A ver cómo te portas con mis amigos, les he dicho que pones unas tapas de 'pescaito' que no se comen en ninguna parte de Almería.

Manolo, propietario del negocio, esboza una sonrisa y se aleja limpiándose las manos en un sucio mandil atado a su voluminosa cintura.

Aunque el sol en la altura deja caer sus rayos de forma implacable, allí, la temperatura es agradable, la brisa marina que llega desde aquel mar, intensamente azul, hace placentero el momento. El camarero aparece, servil, con la cerveza que beben con fruición.

—Está buena —dice Pedro, relamiéndose.

—Y además, fresquita —apostilla Roberto, para añadir a continuación—: Serafín, ayer en la fonda nos hablaron de la cala de Enmedio y de la del Plomo. Y también nos explicaron algo de un árbol milenario. Nos lo contó María, la dueña de la pensión.

—Efectivamente, en una rambla antes de llegar al pueblo hay un árbol enorme. Yo no sé los años que tendrá, pero siempre lo he visto ahí, y mi padre y mi abuelo, también. Si doña María dice que es milenario es que lo es. Está el pobre muy abandonado, los niños le hicimos, y los de ahora le hacen, infinidad de fechorías.

Para los jóvenes no ha pasado desapercibido el respeto con que el hombre habla de la posadera. Respeto que no es producto de que sea una mujer mayor, es respeto al reconocimiento de una persona de superior cultura.

Los viajeros, desde la noche anterior, se han sentido curiosos por la figura de esa mujer que regenta la fonda y Pedro pregunta:

—La señora de la pensión, ¿de dónde es?

Serafín sonríe divertido.

—Aunque no lo parezca, es de aquí —responde el minero—. El que permanezca es una historia curiosa que podemos llamarla de amor. Ella nació en Agua Amarga, los Salcedo, su familia, son todos originarios de aquí y aquí han vivido desde siempre, durante generaciones. Era una familia pudiente y por consiguiente bien educada que acabó emigrando a Madrid. Si me preguntan si eran ricos, no lo eran, pero tenían esa gracia de los que llevan siendo adinerados desde siempre. Se movían endiosados como si el pueblo entero los contemplara y les debiera pleitesía.

En este punto apareció Manolo con tres nuevas cervezas y una fuente enorme de pescado recién frito que los tres se aprestaron a degustar tras la recomendación del ínclito camarero de que convenía comérselo calentito. El pescado, a los jóvenes les estaba sabiendo exquisito, y ante la pregunta acerca de qué clase de pescado era, el anfitrión explicó que era un poco de todo. Era lo que quedaba aprisionado en las redes y que cuando las limpiaban rescataban. Los pescadores lo llamaban 'morralla'.

Mientras comían veían, cerca de allí, a mayores, jóvenes y niños disfrutar en la playa del baño. La alegría entre chicos y chicas era contagiosa. Hasta la barraca llegaba el sonido de sus risas y canciones. Embebidos en contemplar aquella postal, con el mar Mediterráneo como fondo, habían terminado con el pescado. Satisfecho el apetito, los forasteros se retreparon en el asiento dispuestos a seguir escuchando el relato interrumpido. Pedro, más decidido, rogó la continuación de la historia.

Serafín, parsimoniosamente, sacó un paquete de tabaco, lió un cigarro y lo encendió, dio una calada profunda, expulsó el humo hacia arriba y se volvió hacia los visitantes, consciente del interés de estos por escuchar sus palabras.

—Lo que les voy a narrar, casi en su totalidad, me lo han ido contando los propios protagonistas durante los años que llevamos conociéndonos. Permítanme que yo se lo cuente a mi manera, quizá un tanto novelesca pero fiel a la realidad. Como pueden imaginar, algunos detalles, por su naturaleza, serán producto de mis suposiciones, por otra parte, necesarias para completar la historia. Escuchen.

Como les había dicho, los Salcedo era una familia acomodada, eran, como todos los pudientes, 'estiraos', pero los niños siempre serán niños. María jugaba con la chiquillería del pueblo y entre esos chicos estaba Cristóbal, un niño pobre

del suburbio, hijo de un jornalero. Era, entonces, María una niña espigada en la que empezaban a perfilarse las primeras líneas del busto y el aire soñador, melancólico, que sería, con el paso de los años, el síntoma patente de su personalidad. Él se enamoró de ella con el ardor juvenil de sus pocos años sin conocer eso que los mayores llamaban 'diferencia de estatus'. La familia de ella era rica, la de él no, ¡qué más daba! Creció con la convicción de que ningún hombre vale más que otro y que en el amor solo importaban las personas. Sobraba todo lo demás. En la calle, su vitalidad le hacía pasar el tiempo apedreando perros o cogiendo nidos, y en la escuela, tirando bolitas de papel a sus compañeros, cuando no, cazando moscas y despanzurrándolas entre las hojas de su libro. Entre aquellos pequeños 'indios' era el gran jefe.

Desde siempre, medio en broma o medio en serio, la creyó su novia. Cristóbal, el primer beso de su cosecha lo sembró en el carrillo de María, lo recordaría siempre. Fue un día antes del Corpus Christi, los niños salieron al campo en busca de flores para adornar la iglesia al día siguiente. Día despejado de junio de sol tibio, acariciador, que insuflaba la sangre del sortilegio de la primavera. Como otras veces, Cristóbal, apareció, guerrero, de entre las chumberas donde estaba escondido, aprovechó que la vio separada de las otras niñas y le dijo emocionado: «Quiero que digas a todos que somos novios». Ella, sorprendida por la actitud decidida del niño y por no haber escuchado nunca una proposición así, se puso colorada y agachó la cabeza. Y él, que tenía previsto todo, la besó. La niña, nerviosa, se alejó corriendo. Después vinieron otros días en que se repitió el suceso, un tiempo en el que los besos dejaron de posarse en la inocente mejilla para buscar la dulzura de los labios. Mas…, tan pronto eran novios como se peleaban.

Se fueron haciendo mayores y María marchó a la capital, allí, un entorno social de modales educados, jóvenes desenvueltos y bien vestidos hicieron que se olvidase por completo de aquel juvenil romance. En el pueblo, el campesino pobre y enamorado seguía pensando en ella por las calles y campos de Agua Amarga. Y si ella alguna vez lo recordó, se dijo: «Cosa de niños y nada más». La chica parecía no haberlo tomado nunca en serio. Inconscientemente jugueteó sin pensar en las consecuencias. Ella se había marchado a estudiar a Madrid sin que él perdiera la esperanza. Un día, un impulso superior a su voluntad lo lanzó voluntario al ejército, cerca de la capital.

Aprovechando la cercanía del cuartel, imaginó mil encuentros. Con trémula emoción, fue a verla a la ciudad. Era el primer día que se puso el uniforme para salir de paseo y se sentía rebosante de pueril orgullo. Nervioso y ligero cruzó las

calles, mientras que muy dentro, en su alma, retumbaban cada uno de los pasos que daba para poder verla. Ella no sabía que él estaba también allí, y elucubraba: «¡Qué sorpresa le iba a dar! ¿Se alegrará de verme? ¡Por supuesto!». Su ilusión se desbordó pensando en su recibimiento y en que estarían a solas, ella y él, sin su familia. «¿Guardará el cálido sabor de los besos que nos dimos en pasados veranos?», se decía.

Su decidida actitud se vino abajo al divisarla, dominante, entre un grupo de estudiantes. Todo se oscureció, reaccionó, se dio cuenta de lo absurdo de emocionarse de tal modo, pero no lo podía evitar. Después de verla desenvolverse feliz, de deleitarse con su figura y con el sonido de su voz, en un arranque de coraje, propio de su naturaleza, se adelantó a saludarla. Azorado, embargado de cariño, balbuceó un saludo. Ella lo recibió con un ademán gélido, como si apenas lo conociera. A él, en ese momento, le hubiera gustado que se acabara el mundo, que la tierra se abriera. Perdió su firmeza y todo el entorno se le vino encima. Susurró unas palabras entrecortadas, mientras que ella, sin apenas dirigirle la palabra, se fue caminando con sus compañeros. Lo único que pudo escuchar fue «Adiós, Cristo». Aquel día penetró en su corazón el primer desengaño. Herido en su anhelo y amor propio, quedó decepcionado. Profundamente roto. Se consideró humillado. «Nada de lloriqueos», se dijo. Se lo prometió y lo cumplió. Nunca más volvió a verla a pesar de que en sus oídos, quisiera o no, martilleaba el tintineo de su acento y en los labios persistía el sabor, ilusorio, de sus besos y la grata quemadura del calor ardiente de su boca.

Cuando volvió del ejército, la vorágine de la vida lo absorbió. Los días de aquel fracaso quedaron lejos y aquella mujer, su recuerdo, era solo una figura borrosa, pero una herida incurable. Hasta que un día un suceso lo aturdió: María, sola, sin su familia, había regresado a Agua Amarga.

La noticia sacó del letargo al vecindario. Nada llamativo había acontecido ese verano. Transcurría julio sin ningún suceso que provocara excitantes críticas, cotilleos o desasosiego en la gente; todo era rutinario. Solamente la proximidad de las fiestas patronales el veinticinco de ese mes, día del Apóstol Santiago, hacía prever alguna alteración, por eso la llegada de alguien tanto tiempo desaparecida del pueblo y la apertura de la casa, muchos años cerrada, dio a los vecinos un motivo de charla permanente.

Pero la vida siguió y la llegada de María Salcedo fue novedad durante un corto espacio de tiempo, su vida dio poco motivo para murmuraciones, se limitaba a sumergirse en el mar, tenderse en la arena y disfrutar del baño de forma sosegada. Por su comportamiento parecía convalecer de una enfermedad.

Al otro lado del pueblo, Cristóbal, desde que supo la noticia, realizaba su trabajo como un autómata en el cargadero de mineral. Los pensamientos lo inundaban. Nunca había sentido de modo tan intenso la emoción de vivir como aquellos días. Una sensación nueva hinchaba sus venas infundiéndole bienestar. Su densa sangre de campesino se había convertido en sangre más líquida que corría con fluida bravura. La noticia de que podía estar enferma lo afectaba. Deseaba ir a verla, pero algo lo detenía. ¿Estaría casada? ¿Tendría hijos? Aunque su corazón le decía que debía ir a verla, su sensatez le susurraba que diera tiempo al tiempo.

Por parte de ella, ese verano, en el silencio de la casa, rememoraba con melancolía retazos de su adolescencia. Valoraba aquellos tiempos. En esos recuerdos el nombre de Cristóbal la inquietaba, no entendía cómo podía ser así después de tanto tiempo. Pero la evidencia era la que era. En sus monólogos transmitía sus interrogantes al viento preguntando ¿Cómo estará? ¿Se acordará de mí? ¿Tendrá familia? Como era normal, no obtenía respuesta y sus dudas continuaban. No quería preguntar a nadie, por lo que el desasosiego la consumía. En sus atribulados pensamientos se preguntaba qué había podido pasar para que en su soledad evocara, angustiosamente, aquellos besos o sus frases llenas de pasión. Y en aquella oscuridad notó que se arrebolaba como una chiquilla. No supo a qué atribuirlo y se dijo: «Estoy loca». Echada en la cama, más de una noche, levantó la cabeza, miró a través de la ventana, y sus ojos grandes y negros se llenaron de estrellas y lloraron conmovidos. Al cabo del tiempo, acababa de darse cuenta de que estaba enamorada de un recuerdo. Descubrió que su corazón se inclinaba hacia un hombre que no sabía si estaba comprometido, y si no lo estaba, si seguía interesado por ella. Esa duda la había llenado de íntima congoja. En su encendida sangre latía vivo el ardor de sus miradas y el aleteo de aquellas palabras: «Eres mi novia, solo mía». Intentó calmarse y se dijo que el ayer era peligroso, muy peligroso, si le permitía saltar sobre ella la despedazaría. El pasado era una pantera que estaba acechando siempre.

En cuanto a Cristóbal, este estaba en un estado de tribulación parecido. Perplejo por la situación, quiso insuflarse calma: «Esto pasará, pasadas las fiestas se irá», se dijo. No sabía que el mismo ardor que a él lo abrasaba, a María le quemaba el alma. Era un impulso primario que parecía potenciar los sentidos, mostrándole caminos luminosos de amor carnal.

Dormía en una cama de paja, rodeado del rumoroso enigma de la noche bajo la serena presencia de las estrellas. Sin ser romántico, le atraía y sugestionaba mirar al cielo. A veces, sin hablar, mirando en silencio, quería descifrar el mis-

terio del fuego que lo devoraba. Hombre práctico, aunque inculto, entusiasmado por un ensueño, recordaba los ratos felices, aunque lejanos, pasados con María. Dormidas y lejanas nostalgias se le amontonaban en el pecho, transformado de repente en un avispero. Y en aquel estado de ánimo, con la mente ofuscada por María pasó una vez más la película de su infortunado amor. Casi desde niño la había querido, recordando los días deslumbrantes en que, entre risas ingenuas, diciéndole unas veces que sí y otras que no, fue su novia. Desde entonces, aun en los momentos más aciagos, no se rompió el hilo del sueño que lo alucinaba. ¿Es que, quizás, ella lo quería? Rememoró su adolescencia y el sabor de sus ingenuos besos. ¡Si todo pudiera volver! A pesar de los años transcurridos, latía en sus venas el ritmo ascendente de los momentos en que el irisado paisaje del cielo lo hacía temblar, sintiéndose flor, pájaro o estrella.

Con esa situación anímica llegaron las fiestas patronales. La mañana del Santo flameó esplendida. El pueblo entero se había despertado ya para disfrutar el día y olvidar su lucha contra el mar, la tierra, el calor agobiante del verano y la miseria diaria, y, desde muy temprano, las calles se animaron. Como por arte de magia brotó un hormiguero humano. De los cortijos y pueblos próximos acudía gente. Todos parloteaban excitados, llenos de entusiasmo, disponiéndose a disfrutar de las fiestas. Mozos y mozas, luciendo lo mejor de sus galas, llenaban las calles en dirección a la plaza esperando la procesión y después el baile. En las quermeses surgía más de un noviazgo. Los taberneros tenían las jarras repletas de vino en espera de hacer ese día una buena venta, una buena caja; durante las fiestas la gente solía empinar el codo. En las esquinas, pequeños puestos de turrón y dulces. Algún vecino avispado puso sobre una tosca mesa una botella de anís y varias copas, otros simplificaron más el negocio poniendo una bota de vino que los visitantes al festejo empinaban para refrescarse, depositando voluntariamente unas monedas en un cuenco de barro.

El minero, cachazudo, hizo una pausa para decir a sus atentos escuchantes:

—Si les canso lo dejo para otro momento.

—¡No! ¡No! —contestaron a dúo Pedro y Roberto—, está resultando una historia muy interesante.

Serafín sonrió satisfecho y continuó con el relato. Los viajeros estaban comprobando que, además de su innegable cultura, el hombre poseía una gran memoria y unas dotes de narrador nada despreciables.

La jornada había amanecido extraña. El sol de aquel julio tan cálido atravesaba una especie de lujosa bruma azul bajo la copa de los árboles, Cristóbal afrontó la fecha pensando que aquel podía ser el día. Él no tenía experiencia con las mujeres, pero había oído a los marineros que acudían a recoger el mineral que, para tener éxito con ellas, para conquistarlas, había siempre un momento preciso, único, que difícilmente se repetía. Y ese instante, en saber captarlo, radicaba todo el secreto. Los más expertos comentaban que la luz de ese momento es tan fugaz como la luz de un relámpago y que si se dejaba pasar no volvía. Él había tomado buena nota de ello y guardado en el fondo de su mente por si llegaba el momento, y algo le decía que este estaba, ya, allí.

El pueblo era un hervidero. Eran algo más de las doce y a Cristóbal le parecía imposible que entre aquella gente atareada que ocupaba las calles pudiera surgir de pronto ella, que existiera en el mismo mundo y en la misma fecha que él en este pueblo del que había faltado tanto tiempo. Del campo llegaban olores del verano, en forma de bocanadas de aire caliente y, mezclados con los rayos solares, entre las moscas juguetonas, cruzaban nerviosos enjambres de avispas que la gente apartaba a manotazos. Cristóbal caminaba entre los viandantes como si aquella alegría no fuera con él. Por las calles del pueblo se creía un ser extraño, como si todo le arañara. Ni por un momento pensó encontrarse con ella: imaginar a María entre aquellas gentes no lo concebía. Inconscientemente, como atraído por un imán dirigió sus pasos a la casa de ella, una honda emoción le embargó al encarar la calle. Cuando se disponía a llegar, la vio de pie apoyada en el quicio de la puerta, sonriente, como esperándolo. Tuvo miedo de haber sufrido una alucinación y quedó petrificado, le hubiera gustado retroceder, pero ya era imposible, el sortilegio estaba ahí, la voz de ella acogedora y sugerente, preguntando, lo sobresaltó.

Aquí, el minero, para dar un aire más veraz a la historia, decidió imitar el modo de hablar de los protagonistas.

—¡Hola Cristo! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué te trae por aquí?

Armándose de valor y aún no repuesto de la sorpresa comentó:

—He sabío qu'estás en el pueblo y qu'estás sola. He venío por si necesitabas algo o por si t'apetecía dar un paseo por la fiesta.

Intentando que no se notara el repiqueteo gozoso de su corazón, el alegre nerviosismo que la invadía, María dijo:

—No necesito nada, pero ¿por qué no voy a pasear contigo? En otro tiempo fuimos amigos.

Cerró la puerta de la casa y fue hasta él, seductora. En silencio caminaron el uno junto al otro pensando cada uno en lo que podría ocurrir.

Los ojos de dos mujeres, que charlaban a la puerta de una casa, se fueron tras los pasos de la pareja, una de ellas murmuró:

—No se pue negá que toavía es guapa, la condená.

—¿Y él? ¿Qué me dices de él? —contestó la otra—. Con razón no quería novias. Sempre la'sperao. A mi Nati sempre se lo dije. «Ese'spera a la de Madrí».

La pareja, ajena a todo, se dirigió a la plaza. Ninguno de los dos se daba cuenta de lo que pretendían, iban envueltos en un halo de magia, de encantamiento, que les condujo unidos hasta este día.

Desde ese momento vivieron solamente para ellos, ajenos a las murmuraciones. Aquel instante fue el inicio de una nueva existencia, grata, sencilla, ennoblecida por el trabajo. La osmosis que existió entre ellos hizo que juntos acometieran el proyecto de hacer una fonda en la casa de ella. Con lo que hacían ambos eran felices. Del continuo trabajo fluyeron nuevas fuerzas, serenidad de ánimo y ansias de futuro. Otros se hubieran sentido agotados por el esfuerzo, los madrugones y las noches de amor. Ellos, no.

De ella, en el pueblo, nunca se ha sabido el porqué de su retorno; la verdad silenciada solamente la saben e importa a ellos. En el destino de los seres hay vivencias trazadas de antemano: María Salcedo y Cristóbal Sáez estaban predestinados a reencontrarse.

Con ese último párrafo el orador dio por concluida una historia que los viajeros habían escuchado con atención. Les hubiera gustado conocer las causas por las que María había vuelto de Madrid a enterrarse en aquel pueblo, pero, como había dicho Serafín, el secreto les pertenecía solamente a ellos.

Se despidieron, al día siguiente el minero tenía que trabajar y los trotamundos seguir su camino. El sosiego con que estaba transcurriendo la jornada se alteró cuando Roberto dijo:

—Si ve usted al señor Germán, lo saluda de nuestra parte.

A Pedro, ese nombre le trajo la imagen de Carmen. La siesta fue vivir recuerdos tan cercanos, que le impidieron descansar. Acababa de dejarla y su corazón arrastraba un pesado lastre de amargura. El corazón continuaba latiéndole con la precisión de un reloj, pero algo se había roto dentro de él cuando partió y la vio observando, inmóvil, petrificada, a través de los cristales de la

ventana. Sacudió la cabeza. Sentía sed, una sed que enturbiaba sus ideas. Fuera, el sol seguía martirizando la tierra, pero él, a cubierto de sus rayos, seguía torturándose con los recuerdos.

Cuando se levantaron, el sol estaba en ese momento del día en que se va yendo, dejando de iluminar a unos seres, la mayoría, felices de su luz. A otros, la proximidad de la oscuridad les aterra porque en ella son presos de remordimientos. En la entrada de la pensión, el matrimonio descansaba en unas cómodas mecedoras. Al ver a los jóvenes, la señora María, como siempre, simpática, les dice:

—¿Qué tal, señores? ¿Cómo fue el día?

—Espléndido, doña María —responde, galante, Roberto—. Hemos tenido un guía perfecto. Serafín conoce bien la aldea y nos ha explicado bien sus cosas. Cuando mañana nos vayamos, nos iremos conociendo las cosas más importantes del pueblo.

—A propósito del nombre del pueblo —interviene Pedro, saliendo de la añoranza que le invade—, ¿a qué se debe el nombre de Agua Amarga?

—El nombre de Agua Amarga procede del árabe Al-hawan, que significa localización de agua —explica la señora—. Antiguamente había manantiales en la zona, y los moriscos se instalaron en los aledaños, prueba de ello son las numerosas huertas nacidas alrededor de pozos y tierras de pastoreo. Los piratas que pululaban por las costas, conocedores de ello, tenían este lugar como aprovisionamiento de agua.

Los jóvenes, agradecidos por la instrucción, se disponen a levantarse. Les interrumpe la voz de Cristóbal que apunta que les va a hacer una ensalada.

—¿Qué les parece si a esa ensalá de lechuga y tomate, críaos en mi huerto, l'añado un par de huevos fritos y, si les apetece, unas patatitas a lo pobre?

A los muchachos les parece una idea perfecta, les place más permanecer allí. El pueblo es un conglomerado de casas pequeñas blanquísimas, arrebujado en una bahía de arena fina y dorada, con calles afincadas en la loma y dirigidas a la playa; un lugar hermoso y tranquilo, pero en el que han visto pocos lugares de esparcimiento.

Mientras el posadero desaparece camino de la cocina, Roberto, para pasar el tiempo, coge de un revistero un periódico.

—No es del día —argumenta María—, aquí la prensa se recibe con unos días de retraso, nosotros nos hemos acostumbrado y ya no le damos importancia.

El joven comenzó a leer ávidamente el diario, una noticia llama su atención y la lee en voz alta: «Cerca del Cabo de Gata, una barca pesquera ha naufragado a causa del temporal, hay dos hombres desaparecidos».

—Eso fue hace más de quince días —se apresuró a indicar María—. El desgraciado accidente fue causado por un levante tremendo que azotó la costa. Aquí en esta zona ese viento ataca con fuerza y aunque Agua Amarga está protegida, a veces es temible. De hecho, a pocos kilómetros de aquí tenemos una playa que recoge, después de la galerna, utensilios de naves que se van a pique y también, desgraciadamente y con frecuencia, los cuerpos sin vida de los marineros; es por eso por lo que la llaman la playa de los Muertos. Sus corrientes son extremadamente peligrosas.

»Es un paraje precioso. Ahí el litoral es una enorme playa totalmente recta de más de un kilómetro de longitud y que tiene el agua más azul y cristalina de la zona. Enclavada en un paraje totalmente natural y cercado completamente entre montañas y rocas de caprichosas formas, lo más increíble es, sin duda alguna, el agua color turquesa y completamente transparente que baña su arena. Esta playa es totalmente distinta a otras playas de Almería; sin desmerecer a las de San José u otras del Cabo de Gata, esta playa es una auténtica joya, y es una pena que no sea fácil llegar a ella.

La conversación se corta con la llegada de Cristóbal que trae los alimentos para la cena. Su arribada viene acompañada de un comentario.

—Este año est'haciendo un calor tremendo. Ojalá lloviera.

—Ojalá fuera así, marido. Un chaparrón, con la sequía que estamos sufriendo, le vendría bien a los secanos y a las personas. Pero no nos 'caerá esa breva'.

Mientras hablan, la cabeza de Roberto no para de preguntarse quién era Serafín. La curiosidad sobre la figura del minero le impele a decir:

—Buena persona Serafín: servicial, educado y sabiéndose explicar, hecho este, perdone mi expresión, señora, no muy corriente por aquí.

—Lo que usted dice es verdad. Es una buena persona que suele venir a vernos y a charlar, y nos hace compañía. Tenemos cosas en común, él nació en Madrid y yo viví unos años allí.

Ante la mirada interrogadora del muchacho, la mujer prosiguió hablando.

—Su historia es triste, como, desafortunadamente, la de muchas personas en estos tiempos. ¿Quién no tiene un padre o un hijo muerto por culpa de los hechos vividos? Su madre, natural de este pueblo se lo trajo hace muchos años, en 1935, para protegerlo de un hecho que arruinó la vida a la familia. Como sé que a él no le importará, se lo voy a contar.

La historia empieza hace treinta y dos o treinta y tres años, cuando su madre, prácticamente una niña, se fue a trabajar, a servir, a Madrid. No mucho tiempo después conoció y se casó con el padre de Serafín. Serafín, que así se llamaba también el padre, era un hombre optimista y emprendedor que se ganaba bien la vida en aquellos inquietos tiempos, tenía un puesto en el Rastro con el que sacaba adelante a su familia. Vivían cerca de este, en la calle de la Ruda, próxima a la plaza de Cascorro. Él siempre, parece ser, decía que su suerte estaba por llegar, que esta vendría cuando menos la esperasen. Y lo que llegó a aquella familia, de sorpresa, fue la desgracia. Una noche, en la que el hijo acompañaba al padre, al llegar a las puertas de la casa, dos pistoleros salieron de un portal próximo y lo acribillaron a balazos ante los ojos del muchacho. El niño, gritando, se abalanzó sobre su padre intentando devolverle la vida. Los gritos de una vecina que lo había visto todo desde un balcón hicieron que los asesinos huyeran, no sin antes, como luego diría Serafín, clavar los ojos en él como avisándolo o amenazándolo.

—¿Se supo por qué lo mataron? —interrumpió Pedro, impresionado por la tragedia.

—¡Quia! —repuso María—. En aquellos tiempos la capital vivía momentos convulsos a causa de los continuos enfrentamientos entre bandas incontroladas de derechas e izquierdas. Desgraciado aquel que pillaran en medio. La viuda ha jurado y perjurado que su marido no estaba metido en política, es más, la odiaba. Debió ser una equivocación.

La mujer, tras una corta pausa, continuó con la historia.

La madre creyó volverse loca y, fuera por lo que fuera, ella solo pensó en alejar a su hijo de aquel peligro en potencia, y para ello nada mejor que este perdido rincón: su pueblo. Una vez tomada la decisión vivió presa de pánico, no veía el momento de poner tierra por medio y alejar al niño de algún posible peligro. El tiempo que pasó hasta liquidar sus cosas y poder marcharse de Madrid lo vivió aterrada. Aquí el chico se tuvo que poner a trabajar y en la mina encontró

un puesto que por su valer hizo que le nombraran jefe de equipo. Su madre ha muerto hace tres años.

En cuanto a su forma de hablar y su saber —explicó María, dando por finalizado el relato—, es todo obra de su formación en los colegios de la capital. Así que ya sabe usted porque el minero tiene un habla diferente a lo que por aquí se escucha.

La crudeza de los hechos relatados es dolorosa y por unos momentos todos quedan en silencio hasta que Pedro comenta si hay algún medio de locomoción para llegar hasta Mojácar. El posadero le indica que hay que llegar primero a Carboneras que está solo a siete kilómetros, un paseo, y que, desde allí, les será más fácil encontrar un transporte para llegar hasta ese lugar. Pensando en la aventura que van a iniciar al día siguiente, se van a la cama.

Pedro no puede dormir. El calor es agobiante. Consulta el reloj, las cuatro de la mañana. A esas horas, con su compañero dormido y rodeado de silencios, presiente cosas extrañas, entre ellas que no volvería ver a Carmen, ¡Dios mío! ¡Qué tontería! Otea la oscuridad que penetra por la ventana. Pronto se rompería la noche con luces nuevas, mitad azules, mitad blancas. Un rumor apagado de olas rebotando sobre las rocas llega hasta sus oídos.

A la mañana siguiente el sonido de un cencerro los despertó. Era el dolon-don de un campano que un macho cabrío llevaba ceñido al cuello. Iba al frente de un rebaño que, conducido por el cabrero que daba gritos estentóreos a las cabras, pasaba correteando por las calles del pueblo. Los animales iban dejando una larga fila de excrementos que parecían aceitunas negras. Una vecina que barría su puerta enarboló la escoba con ademán furioso al tiempo que decía:

—¡So guarro! ¡Bien podías pasar las cabras por la puerta de tu madre!

Ante la algarabía, de una casa colindante salió otra voz femenina.

—No t'enfades, Frasca.

—Si no m'enfado, Celes; pero paece que n'hay otra calle más qu'esta pa pasa con el ganao.

—Frasca, hay que comprender que son animales y no entienden lo qu'hacen.

—Sí, lo sé, la culpa es del condenao pastor, por eso m'enfado. Él sí sabe lo qu'hace.

Los jóvenes, somnolientos, asistían al diálogo desde la cama, divertidos. Se pusieron en pie y prepararon los macutos. Querían conocer el olivo y llegar a Carboneras antes de que calentara el sol. Cuando bajaron, el matrimonio faenaba en la cocina la preparación del desayuno.

—¡Buenos días, familia! —saludaron jovialmente.

—Hola, muchachos —contestó Cristóbal—, ¿han descansao bien? Ahora toca desayunar pa salir pronto.

Los viajeros comieron con rapidez y se despidieron de la pareja. Las últimas palabras de la señora fueron para decirles:

—Como querrán verlo antes de dejar el pueblo, les recuerdo que el olivo milenario se encuentra a la derecha de la carretera en un recodo del cauce, en el paraje de la rambla de los Viruegues, ¿se acuerdan?

Poco tiempo después, los aventureros estaban ante el descomunal olivo. Las medidas escuchadas en boca de Cristóbal hacían pensar en un árbol grande, pero visto de cerca, estar bajo sus ramas, daba plena conciencia de su magnitud. Su enorme tronco y el hongo que formaba su copa eran espectaculares. Una pena que estuviera en aquel rincón del mundo. Situado en otro lugar de España sería, con toda seguridad, más conocido y más celebrado.

Comentándolo abandonaron el pueblo.

VIII

De Agua Amarga a Carboneras

Los viajantes habían dejado atrás Agua Amarga y habían caminado hasta pasar sobre los raíles del antiguo ferrocarril minero en dirección al faro y a la torre de Mesa Roldán, fortificación que, según les había dicho María, databa del siglo XVIII. El día anterior, la amable posadera, haciendo gala de su erudición, les había puesto en antecedentes de lo que se encontrarían en aquel sitio y de las espectaculares vistas que desde él podrían disfrutar. El enclave estaba formado por espectaculares acantilados volcánicos y arrecifes, como la Punta de los Muertos. El techo de Mesa Roldán, la plataforma superior que daba al cerro el aspecto de mesa, oteaba el horizonte, vigilante, celoso y orgulloso de la hermosura de su costa. Debía su estructura a la formación en épocas más recientes de rompientes de coral y otros depósitos sedimentarios sobre el domo volcánico. La zona era especial, además de por el origen volcánico de sus suelos, por la diversidad y singularidad de la flora y fauna; poblaciones de acebuche, palmito y cornijal crecían con fuerza en las abruptas laderas.

A pesar de la canícula, los viajeros no quieren perder la ocasión de acercarse hasta el faro y el baluarte y comprobar por sí mismos lo que la dueña de la pensión les había contado sobre la belleza del litoral que desde allí se podía contemplar.

La subida es dura, el camino, deteriorado en algunos tramos, se empina, el calor aprieta y los dos amigos empiezan a arrepentirse de su decisión. Sin embargo, cuando, con el último esfuerzo, logran llegar hasta la explanada del faro y, un poco más arriba, a la torre, las penas se desvanecen ante la espléndida panorámica que desde aquel mirador natural se divisa: muy cerca, en el acantilado, la Punta de los Muertos, evocando con su nombre desgracias marineras; más al norte, Carboneras, su destino inmediato; girando la vista hacia el suroeste, después de adivinar la pequeña población de Agua Amarga, se destacan la cala de Enmedio y la cala del Plomo, dos preciosos rincones brindados por la caprichosa Naturaleza; siguiendo en esa misma dirección la línea de la costa, ya en la distancia, la Punta de la Polacra y un poco más allá, los cerros de El Fraile Grande y El Chico, aquellos que habían visto por primera

vez camino de Rodalquilar. No cabía duda, la señora María había acertado con sus recomendaciones y Mesa Roldán era un mirador de privilegio.

Se sentaron durante un buen rato junto a la torre para descansar, echar un trago de agua de sus cantimploras y disfrutar de la espléndida vista. Después, con calmado paso, los dos amigos emprendieron el camino de regreso.

Al poco de dejar atrás el faro e iniciar el pronunciado descenso hacia Carboneras, un hombre de mediana edad, enfundado en un mono de color azul y protegida su cabeza con una gorra del mismo color, se les cruza en el camino.

—Buenos días —los saluda.

—Buenos días —le responden.

—¿Qué, les ha gustado lo que han visto? Y perdonen la pregunta, pero es que por aquí solo se va al faro y a la torre, y como tienen ustedes pinta de ir por ahí viendo paisajes… Permítanme que me presente: mi nombre es Manuel Escobar y soy, junto a mi compañero Alejandro Sampedro, el torrero del faro.

—Mucho gusto, señor. Yo me llamo Pedro y mi amigo, Roberto. Y sí, sí que nos ha gustado mucho todo lo que hemos visto desde ahí arriba. Estamos recorriendo esta parte de la provincia y aprovechando para conocer sus rincones y sus historias.

—¡Ah, muy bien! Yo vengo de echar un vistazo a la parte de abajo del camino, que está muy mal y hay que arreglarlo, y eso que solo lleva hecho siete años. Antes iba por otro lado. Ahora únicamente me queda volver al faro y hacer el informe. Pero, si ustedes quieren, como dispongo todavía de tiempo, les puedo enseñar el faro por dentro y, de paso, contarles algunas cosas de por aquí.

Los dos jóvenes se miran. Tienen ganas de llegar a Carboneras, de buscar un sitio para hospedarse y reposar la caminata, pero la tentación de conocer algo más de aquel lugar se impone. Después de todo, gracias al madrugón que se han dado, aún queda mañana por delante.

—Nos encantaría —responde Roberto, tras cruzar una mirada de complicidad con su amigo—. Con tal de que lleguemos al pueblo a la hora de comer…

—Síganme y no se preocupen, que no tardaremos mucho.

Los viajeros desandan lo andado y acompañan al técnico al interior del faro. A Manuel, subalterno de la instalación, le han caído bien los muchachos y, a pesar de que las visitas de desconocidos no están permitidas, obtiene, tras

un breve intercambio de palabras, la autorización de Alejandro, el encargado, para mostrarles la parte superior del edificio. Al poco, los tres hombres suben por la angosta escalera de caracol que da acceso a la linterna. Desde allí, desde el punto donde se produce la luz del faro, auxilio de navegantes, la vista hacia el mar es aún más espectacular. La altura añadida por el faro sobre el desnivel de la costa facilita la visión del litoral, en especial, de la Punta de los Muertos. Definitivamente, Pedro y Roberto no se equivocaron cuando, al encontrarse con Manuel en el camino, aceptaron su ofrecimiento.

El farero los saca de la abstracción para explicarles el funcionamiento de las actuales lámparas y ópticas, un sistema que se puso en marcha hacía casi treinta años para reemplazar al anterior y que seguía basándose en el uso del petróleo como carburante. Cuando el faro se inauguró, a finales de 1863, se utilizaba aceite para encender la lámpara, siendo sustituido por parafina veinte años después y esta, por petróleo desde principios de siglo.

—El mismo año en que se cambiaron las lámparas y los aparatos ópticos, y alguna reforma en el faro, también se construyó el edificio que está ahí al lado —sigue contando Manuel—. Lo hicieron para cuando venía el ingeniero y para almacén, pero, gracias a ello, los torreros, que vivimos aquí con nuestras familias, pudimos tener más espacio, porque siempre hemos estado muy achuchados.

—¡Ah! ¿Viven todos juntos en el faro? —indaga Pedro.

—Sí, de siempre. Casi todos los fareros que han pasado por aquí han venido con sus familias. Y no crean que no ha habido problemas de convivencia, que los ha habido y gordos. Nuestras familias, las de Alejandro y la mía, nos llevamos bien, pero si yo les contara…

—Cuente, cuente —exclaman casi al tiempo los viajantes.

—Miren ustedes, aquí en el faro se guarda toda la correspondencia y todos los informes que ha habido desde que se construyó, y yo, que soy muy curioso, cuando la faena me deja, me entretengo en leer las cartas. Por eso sé que aunque, en general, los muchos guardafaros que aquí han servido no han dado muestras de enfrentamiento alguno, sí es cierto que ha habido casos donde hubo más que simples rencillas. El más reciente ocurrió no hace veinte años, y, aunque en aquella ocasión no estuvieran las familias por medio, se lo voy a relatar tal y como está escrito en los informes diarios. El primer escrito relacionado con el hecho es de Simón Fuentes, el encargado del faro por aquel entonces, y decía así:

Hoy, en el primer turno, media hora, poco más o menos antes de encender y cuando me encontraba preparándole la comida a una caballería menor que tengo de mi propiedad, se me presentó el torrero agregado Antonio Fernández Pérez y sin mediar palabra alguna me disparó tres tiros con una pistola que afortunadamente no hizo blanco, viéndome precisado a correr y abandonar el faro para poder salvar la vida. Simón Fuentes. 3 de mayo de 1931.

—En ese mismo día —siguió Manuel diciendo—, el otro farero, como si no hubiera pasado nada, escribía:

Sin novedad en el segundo turno. Brumoso. Antonio Fernández. 3 de mayo de 1931.

—Al día siguiente —prosiguió relatando de memoria el farero—, Simón Fuentes, al parecer muy asustado, volvía al faro acompañado por la Guardia Civil de Carboneras y anotaba:

Turno primero. Personada la Guardia Civil en este establecimiento con quien vine acompañado, me hice cargo del servicio y asumo la responsabilidad de los dos turnos, pues el torrero agregado Antonio Fernández Pérez fue conducido por la referida Guardia Civil a Carboneras después de haberle encontrado la pistola y haber declarado que me había disparado los tres tiros. Simón Fuentes. 4 de mayo de 1931.

—Según una sobrina de Simón Fuentes, que conoció a Antonio Fernández, este era un tipo bastante raro, exlegionario, enfermizo y poco equilibrado mentalmente, que vivía solo y se paseaba por los alrededores del faro envuelto en una manta. No hay en el faro más documentos relacionados con aquel desagradable incidente, así que nunca sabremos si aquella violenta reacción fue causada por problemas mentales, por algún roce en el trabajo, por diferencias políticas en esta época en la que se instauró la República o por todo ello a la vez —concluyó la historia Manuel.

—Al parecer, ese hombre no estaba bien de la cabeza y si a eso se añade la soledad en este lugar tan apartado… —arguye Roberto.

—Tiene usted razón, estar aquí mucho tiempo solo te puede volver loco y minarte la salud. Luego está ese viento infernal que nos azota con frecuencia y no te deja ni asomar la nariz. Lo cierto es que hay un largo historial de pe-

ticiones de traslado a otros emplazamientos, debidas a enfermedades de todo tipo contraídas aquí, en el faro.

El farero y los dos amigos han bajado de lo alto de la torre y se encuentran en la planta baja, cerca ya de la salida.

—¿Qué más nos puede decir usted sobre este sitio? —pregunta Pedro.

—¡Hombre! Si les interesa, del faro me queda por decirles que es una torre octogonal, dentro de un edificio de planta rectangular, y que tiene doce metros de altura y un alcance de veintidós millas que, por si no conocen la equivalencia, son casi cuarenta y un kilómetros, distancia que aumenta con los destellos, llegando hasta las treinta y una millas, es decir, más de cincuenta y siete kilómetros.

—¡Vaya!, sí que tiene alcance —exclama Pedro.

—No está mal, es una buena distancia y está entre la media de los faros españoles, por encima de ella, diría yo —puntualizó el torrero—. Tienen que saber también que cada faro emite una luz distinta para que pueda ser identificado por cualquier barco que navegue cerca de él y así saber dónde se encuentra. Este de Mesa Roldán proporciona una luz fija variada por cuatro destellos relámpagos cada treinta segundos.

—Curioso y muy interesante —comenta Roberto—. Como soy de tierra adentro, no me había parado a pensar nunca en estos sistemas de ayuda a la navegación.

—Pues ya no tengo más que decirles —les dice el cordial farero dándoles la mano a modo de despedida—, debo ponerme a hacer el informe de lo del camino. ¡Ah! y tengan cuidado cuando bajen por él, que ya ha ocurrido alguna desgracia. Hace unos años, cuando lo estaban construyendo, el compañero que estaba a cargo del faro, un tal Jesús Pérez, estuvo a punto de despeñarse. Estaba tan mal el acceso que la mujer que abastecía el faro le había pedido ayuda para pasar la caballería que traía, con tan mala pata que el animal perdió pie y se mató al caer por el precipicio. Por suerte, a la mujer no le pasó nada y el torrero se libró con heridas leves.

—Muchas gracias, Manuel, por la advertencia —es Pedro quien ahora habla— y por haber compartido sus conocimientos con nosotros, ha sido usted muy amable. Ahora, si es posible, quisiéramos despedirnos de su compañero, ¿Alejandro, dijo?

—Sí, Alejandro Sampedro, gallego él y muy buena persona. Ahí donde lo ven, no le gusta alardear de ello, pero le condecoraron con la Medalla de Sufrimientos por la Patria. Debió de ganarla en la guerra, y sé que le dan treinta y siete pesetas cada tres meses por esa razón. Pero… esperen ustedes aquí que ahora le digo que salga.

A los pocos minutos, desde la estancia contigua, sale el encargado del faro. Es algo mayor que Manuel, más alto también, y viste ropa similar; pero, al contrario que su compañero, se nota en él una cierta hosquedad en el trato, un distanciamiento que se va suavizando tras cruzar los primeros saludos.

—Buenos días, señores —los saluda tendiéndoles la mano—. Ya me ha puesto Manuel al corriente de todo lo que les ha explicado. Y, la verdad, es que poco más puedo yo añadir.

—Solo queríamos despedirnos de usted y darle las gracias por permitirnos ver las instalaciones —le responde Pedro.

—No hay de qué. Como muy bien me dijo Manuel, se ve que son ustedes buena gente. Sobre contarles algo que les sea de interés… Les puedo decir que no solo nos ocupamos del funcionamiento del faro, que es la labor más importante, sino que también proporcionamos partes meteorológicos, supervisamos las obras, redactamos informes, ayudamos en los frecuentes naufragios de la zona, tenemos que estar pendientes de los suministros, de los correspondientes al faro y de los personales, que nos llegan a través de una abastecedora contratada a tal efecto, y algunas tareas más que dependen de la época. Por ejemplo, durante la Guerra Civil, con el fin de que no sirviera de ayuda a los barcos enemigos, el faro estuvo apagado entre noviembre de 1936 y marzo de 1939, pero se encomendó a los torreros que vigilaran las costas e identificaran los barcos que por ellas navegaban. Como verán, siempre hay algo que hacer.

—Sí, ya vemos que se mantienen ocupados —se expresa Roberto—. Con todo lo que hoy hemos visto y oído, podremos presumir de conocer un poco mejor el gran servicio que hacen ustedes desde estas solitarias torres.

—Hablando de torres —interrumpe Pedro, dirigiéndose al encargado—, ¿puede usted decirnos algo de esa fortaleza de ahí arriba?

—¿De la torre de Mesa Roldán? ¡Claro que sí! Precisamente estuve hojeando hace poco unos apuntes, probablemente redactados por algún antiguo farero de aquí, que hablaban de ella. Se lo traigo y ustedes mismos le echan un vistazo.

El torrero volvió a entrar por donde, poco antes, había salido y, en unos instantes, apareció con un pequeño cuaderno que, acto seguido, dejó en manos de los forasteros. Pedro y Roberto se aprestaron de inmediato a su lectura.

Esta torre artillada, llamada de Mesa Roldán, se construyó sobre una antigua estancia de la que se tienen noticias al menos desde 1497.

En 1764, Carlos III la dotó de un cabo y tres torreros, dependiendo su munición del castillo de San Andrés. Más tarde, en 1766, se edificó la actual torre. Concebida para el uso de dos cañones de veinticuatro libras, éstos resultaron inútiles debido a lo elevado del terreno: los 220 m sobre el nivel del mar y la distancia a la orilla facilitaban que los barcos atacantes quedaran fácilmente fuera del campo de tiro y de visión de la artillería.

A mediados del s. XIX se traspasó al Cuerpo de Carabineros para su uso como atalaya. Sirvió de señalización costera mediante hogueras hasta 1863, año en el que se inauguró este faro de Mesa Roldán. En 1941 pasó a depender de la Guardia Civil. Ya en el s. XX, en 1949, fue incluida en la protección de castillos.

La planta de la torre es de pezuña. Sus cuarteles se disponen en dos plantas abovedadas y la artillería sobre la terraza. También dispuso de un aljibe. El acceso al interior se efectuaba a través de una puerta situada a gran altura y por medio de escala.

Cuando los curiosos viajeros acabaron de satisfacer su curiosidad leyendo lo escrito en aquel cuaderno sobre la antigua torre, lo devolvieron al señor Sampedro y, después de agradecer de nuevo y efusivamente a los dos torreros su amabilidad, reemprendieron el camino con dirección a Carboneras.

La vereda era sinuosa y polvorienta. Se sentían agobiados, cuando, allá, delante de ellos, a la vista, volvía a aparecérseles Carboneras con sus rectas e interminables playas. Parecía que los esperaba. Estaba haciendo calor. El sol comenzaba a ser un pozo de fuego en ebullición. Las chicharras oponían un canto monótono al silencio dorado de los yerbajos. El recorrido desde Mesa Roldán hasta el pueblo se les hizo interminable debido al esfuerzo que suponía caminar por aquel camino de cabras. Al fin llegaron al pueblo.

Carboneras era un pueblo perdido en la sierra de Cabrera. También la señora María les había comentado algo acerca del lugar. Antiguo reducto de carboneros y pescadores de bajura, la explotación del esparto y la pesca, junto con la agricultura tradicional, constituían la base de su economía. Situado en el noreste de la costa de Almería, sus medios de comunicación eran mínimos.

Su aislamiento era, casi, absoluto. Desde el poniente el camino era infernal y hacia el levante no se apreciaba que hubiera, siquiera, camino.

Los jóvenes, hambrientos ya, cansados y agobiados de calor, intentaban eludir el sol buscando el cobijo que proyectaban los escasos árboles existentes. Desde algún lugar de la playa llegó súbitamente el graznido de una gaviota. Miraron en aquella dirección y vieron a hombres arrodillados en la arena observando el mar al tiempo que remendaban las redes. Los ojos de los amigos se encontraron y en silencio se dirigieron al centro del callado pueblo.

Las viviendas, de característica árabe, todas enjalbegadas de blanco, lucían orgullosas en puertas y ventanas macetas y latas con flores. A pesar de ese detalle de vida la gente caminaba con signo abatido y desganado.

El viento de poniente que había amenazado durante todo el camino ahora se manifestaba con toda virulencia obligando a la gente a guarecerse de su ira. Era aire que arrastraba tormenta, las nubes que aparecieron en las alturas así parecían anunciarla. ¿Habría lluvia en esa tierra desolada? Oler a terreno mojado era algo que los habitantes de este lugar sediento deseaban. El agua era el líquido del que manaba la vida, pero la lluvia parecía que se había olvidado de ellos.

De pronto, ¡vaya!, comenzó a llover. Los aventureros corrieron a guarecerse en una casa en la que un cartel toscamente rotulado, encima de la puerta, indicaba: Fonda. La entrada impetuosa, a la carrera, de los hombres sobresaltó a una señora de avanzada edad que dormitaba en una hamaca sita en un recibidor forrado de azulejos cerámicos. Junto a un grupo de macetas con geranios, el tronco vivo de una parra sobresalía del suelo enlosado de baldosas viejas negras y blancas y atravesaba absurdamente el falso techo por un rincón del cuarto.

—Perdone, señora, si la hemos asustado, pero es que caen unas gotas que parecen pelotas y en nada de tiempo nos hemos empapado —se excusa Pedro.

La señora, repuesta del sobresalto, pero todavía adormilada, los contempló en silencio.

Ahora el que habló es Roberto, preguntando:

—¿Tiene habitación para nosotros?, señora.

El rostro de la mujer se cubrió de una sonrisa.

—Sí, sí tengo habitación. Perdonen. M'he quedao dormía debío al bochorno. A ver si est'agua, que tanta falt'hace, refresca un poco el ambiente. A ver si

cae una buena manta, qu'el campo y los pozos lo necesitan. Ahora les enseño la habitación, pero antes les daré un paño pa que se sequen, ¡están ustés chorreando! En esta zona no suele llover, pero en la ocasión que l'hace cae agua de verdá.

La señora salió y al momento volvió con dos toallas con las que los jóvenes se apresuraron a secarse. Cuando estos dan por concluido el secado, ella les indica con un ademán que la sigan. La habitación que les ofrece es amplia y con olor a limpieza, tiene dos camas que los viajeros miran golosos pensando en la futura siesta. Antes de dejarlos solos les dice:

—Mi nombre es Joaquina y me figuro que n'habrán comío. Así que cuando terminen de colocá sus cosas bajen a comé: hoy tenemos potaje de hinojos.

Cuando bajaron a comer, en la mesa había un hombre de aspecto ceremonioso hablando con la posadera. Al verlos llegar, la señora dijo alegremente:

—Don Justiniano, estos son los nuevos huespes. Jóvenes, don Justiniano es el secretario del ayuntamiento y huespe d'esta casa desd'hace muchos años.

Don Justiniano era un hombre solemne, delgado, bajito, calvo, con una enorme nariz sobre la que cabalgaban unas gafas de grandes dimensiones. Vestía traje negro y por el cuello duro de la camisa blanca sobresalía un pescuezo coronado por una enorme cabeza que parecía querer salirse del terno. Con voz meliflua saludó a los nuevos hospedados.

—Bienvenidos a Carboneras, caballeros. Disfrutemos del ágape con que nos agasaja hoy doña Joaquina, parece que con la lluvia apetece.

Los muchachos se sentaron en la mesa dispuestos a comer aquel potaje de hinojos del que no habían oído hablar nunca. Pero olía bien. La señora Joaquina había depositado en el centro de la mesa una cazuela de barro de la que sobresalía el mango largo de un cazo.

—Con el permiso de ustedes —se excusó don Justiniano, muy ceremonioso, para, a continuación, servirse a tope el plato hondo de alubias y garbanzos.

El hombre empezó a comer lentamente dejando para el final la generosa pringá: un trozo de morcilla de cebolla, espinazo de cerdo salado, costillas saladas y un trozo de tocino.

Pedro y Roberto se limitaron a seguir los protocolos del secretario del ayuntamiento. Un vaso de vino casó bien con el sabor antiguo del guiso, equilibrado el gusto del caldo con dos hojas de hierbabuena, un trozo de apio y las papas de la zona, harinosas, que se abrían apenas tocarlas con el borde de

la cuchara. Queriendo hacer una broma a la comida, don Justiniano dijo a la conclusión:

—Estaban buenos los garbanzos. Para estos no ha hecho falta tenazas ni martillo, ni ninguna otra herramienta.

Dicho lo cual, y con la boca llena aún del último trozo de sandía, abandonó el comedor y se fue a dormir la siesta.

Había cesado de llover. Después del incesante sonido de las gruesas gotas al chocar contra los cristales, el silencio se había extendido de forma general, como si esa hubiese sido la señal del comienzo del periodo de reposo. Los jóvenes se disponían a emular al secretario cuando apareció la posadera con dos humeantes tazas de café de puchero.

—Tómense esto antes d'hacé la siesta, verán que bien les cae.

Tras situar ambas tazas delante de sus huéspedes y sentarse junto a ellos, la señora, curiosa, les preguntó:

—¿Cómo han llegao hasta aquí? Seguramente s'han perdío. No es normal ver a gente forastera por Carboneras. Aquí n'hay na guapo n'interesante pa que venga gente a visitarnos.

Roberto tomó la palabra.

—No, no nos hemos extraviado, vamos recorriendo la provincia y conociendo de cada lugar su historia, su desarrollo, cómo viven, y los hechos relevantes. De aquí queremos ir a Mojácar.

—Pos de la historia d'este pueblo, pregunten, pregunten a don Justiniano qu'ese sí que sabe de to. A luego se lo dicen ustés. Mi hermano Floren también pué hablarles de la pesca, tié una barquilla y me trae pescao: unas veces algún abadejo, otras, zalema, sargo, lecha o lo que pilla.

Los oyentes, que han escuchado en silencio, se dan cuenta de que la patrona tiene ganas de charla, pero ellos están cansados y deciden irse a dormir la siesta. Descansar un rato para luego recorrer las calles del pueblo.

En la habitación, la ventana entornada y la cortina echada producen una fresca penumbra que provoca somnolencia. Ya sobre la cama, Roberto analiza lo acontecido y se dice que, a la noche, en la cena, preguntaría al secretario cosas de Carboneras. El recuerdo de este hombre le hace evocar su imagen y se dice: «¡Joder, qué feo es!». Rumia que hay hombres feos, lo mismo que mujeres y niños, pero, con la excepción de ciertas variedades monstruosas, es posible que casi todo el mundo, en algún momento, pueda llegar a resultar atractivo.

Pero este… Hay personas que por algún motivo rechazan ferozmente la posibilidad de la belleza —y don Justiniano parecía ser uno de ellos—, y en consecuencia son feos, de una fealdad irreparable, de una fealdad sin misericordia. Con esa reflexión se quedó dormido.

La siesta fue prolongada. Cuando salieron a la calle, un cielo claro y cárdeno aplastaba la anchura del horizonte un poco antes del anochecer. Caminaban, curiosos, cuando divisaron los muros de una fortaleza no muy lejos de la playa. Era una fortaleza militar de planta cuadrada con cuatro torres en sus esquinas, tres cilíndricas y una cuadrada situada al sur. En su portada, situado sobre su arco de medio punto, destacaba sobre la piedra un escudo nobiliario. Ya, dentro del mar, a unos cuatrocientos metros, divisaron con dificultad la silueta de un islote. La noche se había adueñado del paisaje.

Era bonita y grande la playa, por lo que decidieron, descalzos, andar por la arena. El fuerte viento mañanero había dado paso a una brisa que hacía del paseo nocturno un momento delicioso. Sin saber dónde ir y con los pies metidos en el agua parecían dos supervivientes de un naufragio. Dispusieron volver a la pensión, allí estaría don Justiniano, este les informaría sobre aquel monumento que acababan de ver.

En el mar, al filo del horizonte, la luna extendía su reino; el agua, la arena y el cielo completaban una imagen irrepetible. La luna, incluso menguada, era blanca y luminosa, como si quisiera alumbrar a los sufridos pescadores en su faena en el Mare Nostrum. La estampa era preciosa, la mar en calma era auspicio de buenas capturas. En tierra, las casas del pueblo, blancas, con resabios berberiscos, parecen desde allí pedazos de cal recortados en el cielo.

Cuando llegaron a la pensión la cena estaba a punto de comenzar. En la mesa, además de don Justiniano, un nuevo comensal estaba presente. Al verlos llegar, saludó el secretario diciendo:

—Buenas noches, señores, llegan a tiempo de cenar con nosotros. Les voy a presentar a don Jesús Caridad, gerente de El Remedio, la funeraria del pueblo. Los señores…

—–Pedro Almansa y mi compañero, Roberto Mayo —presentó Pedro.

El señor Caridad era un tipo rechoncho, de cara simpática, con la que habría podido pasar por comerciante de quincallería, pero, paradojas de la vida, hacía seguros de decesos. Según confesó prefería la conversación a cualquier otro pasatiempo, palabras que avaló don Justiniano diciendo: «Sus anécdotas sobrenadan las aguas del mar cual galeones colmados de picantes especias»,

cosa que pudieron comprobar riendo a mandíbula batiente escuchando chistes y anécdotas. Su conocimiento de estas frivolidades era tal que parecía no tener fin. Al filo de las doce decidió dar por terminada la tertulia y retirarse a descansar.

A la velada se había incorporado, de forma silenciosa, la señora Joaquina, que aprovechando el silencio momentáneo en que había quedado la tertulia decidió intervenir.

—Don Justiniano, los huespes quién conocé cosas de Carboneras, la historia el pueblo. ¿Y quién más ilustrao q'usté pa eso?

Al secretario se le iluminó el feo rostro, se hinchó como un pavo real y esbozó una mueca que quiso ser una sonrisa.

—Si a los señores no les importa prolongar la velada, por mí no hay ningún inconveniente en narrarles mis humildes conocimientos sobre el pasado y el presente de este lugar.

Desde la antigüedad estas costas han sido visitadas por muchas civilizaciones. Se tiene constancia de que, por las correrías saqueadoras, en 1445, los árabes construyen la torre vigía situada en Mesa Roldán y otra conocida como la torre del Rayo.

En aquella época los montes que rodeaban la actual Carboneras eran abundantes en árboles, y para sacarles rentabilidad y así ayudar a mitigar el hambre y la enorme pobreza, se construyeron unos hornos para quemar la madera de esos árboles y obtener carbón vegetal. La producción de estos hornos de carbón llegó a prosperar tanto —debido también a la ubicación del pueblo junto a la costa—, que el artículo se vendía a distintos lugares de España e igualmente de África, como Orán, en Argelia. Gracias a esta industria incipiente, este sitio empezó a llamarse Cabezo de la Carbonera, y es el mismo a cuyo pie está ahora el pueblo de Carboneras. Por su situación aislada fue un lugar propicio para el contrabando, y aprovechado por los moriscos para establecer relaciones con África, sobre todo durante la rebelión de 1568. Fue puerto de importancia durante esta sublevación para la entrada de soldados y armamento. El asentamiento de la población no llegó nunca a cuajar por lo aislado de la zona y el peligro que entrañaban las incursiones de los piratas berberiscos. Ante la situación se planteó entonces la construcción de un castillo para una mejor defensa mediante un establecimiento de tropas permanentes. La posterior distribución de tierras entre los soldados, la creación de una almadraba y la mayor seguridad de la zona logró finalmente atraer una población que se estableció alrededor del castillo

que se llamó de San Andrés. Así pues, la existencia de Carboneras como núcleo habitado permanentemente se sitúa en torno al siglo XVII. El reparto de tierras se hizo con el objetivo de que los soldados, al defender sus propiedades, ofreciesen resistencia a los constantes ataques de los piratas berberiscos y turcos. Esa dureza de la vida cotidiana marcaba el carácter de las gentes del lugar y les hacía ser conscientes de la fragilidad de una vida humana, que en cualquier momento se podía ir sin más, ya fuera por una simple enfermedad o por un despiadado ataque pirata. Esa dureza de lo ordinario se veía compensada por la bondad y la solidaridad de las gentes del lugar, como si fuese el único antídoto posible ante ese destino incierto que acechaba tras cada día que pasaba.

—Cambiando de tema —se interrumpió don Justiniano—, no sé si saben ustedes que el patrón de este pueblo es san Antonio. Pero lo que seguramente no sabrán es lo que cuenta la leyenda al respecto. Escuchen.

En Carboneras, la tradicional devoción al apóstol san Andrés ha sido superada, desde hace bastante tiempo, por la de san Antonio de Padua. La devoción a san Antonio, según la leyenda, viene de finales del siglo XVIII o principios del XIX. Según la tradición, un barco portugués que conducía una imagen del santo de Padua se vio sorprendido por un temporal, teniendo que buscar refugio en la bahía de Carboneras. Una vez pasado el mal tiempo, el navío intentó hacerse a la mar, pero el temporal volvió a desencadenarse, sucediendo así todas las veces que los portugueses intentaron abandonar la bahía. El hecho se interpretó como que, milagrosamente, san Antonio había elegido quedarse en Carboneras y hasta que no se desembarcó la imagen del santo, el navío no pudo partir hacia su destino.

Desde el municipio se solicitó su declaración como patrón; por lo que, el 1 de mayo de 1918, el Obispado de Almería reconoce a san Antonio de Padua como patrón oficial de Carboneras. Su celebración se realizaba ya desde hacía muchos años el día 13 de junio, unido a la fiesta de Moros y Cristianos, muy arraigada en la población.

—Las leyendas y los milagros, a veces, se confunden demasiado con lo terrenal. ¡Quién sabe cuántos temporales habría podido soportar el barco con el santo en su interior! —comentó Pedro, escéptico, tras escuchar el relato.

—Fe, muchacho, hay que tener fe —replicó el secretario del ayuntamiento sin mucha convicción—. Con ella se mueven montañas… y, ¿por qué no?, se liberan las naves de los temporales.

—Disculpe, don Justiniano —interrumpió Roberto con educación, intentando volver a retomar la historia del pueblo—. ¿Quién mandó construir el castillo?

—Ahora se lo explico, joven —contestó el hombre también educadamente.

El castillo lo mandó construir don Diego López de Haro y Sotomayor, señor del Carpio, al recibir del rey Felipe II el título de marqués, que incluía la villa de Sorbas, a cuya jurisdicción pertenecía la actual Carboneras. El agradecimiento llevó a don Diego a levantar inmediatamente un castillo en El Cabezo de la Carbonera, que se terminó en 1577; y ese blasón grabado en el frontal, que seguramente habrán visto ustedes, es el escudo del marqués. Al castillo se le puso la nomenclatura de San Andrés, igual nombre que recibe la isla que se encuentra en el fondeadero del pueblo.

Ya durante finales del siglo pasado y el primer tercio de este, Carboneras tuvo como primera actividad económica el cultivo del esparto, que llegó a exportarse a Inglaterra. Mientras, la pesca se iba consolidando, llegándose incluso a la creación de una almadraba que, sin embargo y desafortunadamente, acabó fracasando, dejando una situación de miseria y abandono.

El 24 de junio de 1813, el pueblo dejó de depender de Sorbas para convertirse en un municipio independiente.

El levante almeriense, un lugar bello como pocos, pero también lugar implacable como ninguno, ha sufrido siempre la incomunicación: aquí, desde el poniente, el camino era infernal y hacia el levante no había ni siquiera camino. Así es como el pueblo fue reconcomiéndose entre el aislamiento y la pobreza. Cultivaban lechugas, pescaban boquerones y atunes y trabajaban el esparto. Después, por la falta de trabajo, la emigración dejó prácticamente deshabitado el municipio. Los hombres jóvenes, siempre que han podido, han emigrado. El problema es que las mujeres andan por ahí buscando que alguien se les arrime. O arrimándose ellas a alguien.

En este punto del relato la señora Joaquina movió afirmativamente la cabeza. Don Justiniano, tras idéntico gesto y recordando una de las anécdotas más curiosas del lugar, prosiguió su charla.

Y para colmo de desgracias, tenemos lo del cura don Antonio, un controvertido párroco que aquí hubo, aunque nadie sabe precisar cuándo, del que se cuentan hechos de lo más curioso. Unos dicen que era cura, otros que era falso, pero en lo que están de acuerdo es que era poco célibe y aprovechaba la ausencia de los pescadores —o 'marrajeros' como por entonces se llamaban— para llevarse a la cama a las mujeres que se ponían a tiro. Algunas se quedaban embarazadas, lo que obligaba a la familia, para evitar la vergüenza en el pueblo, a trasladarse a otros lugares de Almería, como Pescadería, Roquetas, El Alquián, etc. Esto explicaría la superstición que subsiste aún en estos pueblos, donde, si oyen el nombre de Carboneras o oyen hablar del cura en cuestión, no salen a pescar (por si las moscas).

Pero ahí no acaba la cosa. También al cura en cuestión se le asocia con un par de calamidades bastante notorias: el desplome del techo de la iglesia sobre los feligreses en una misa de domingo y el hundimiento en un temporal de la primera flotilla pesquera que tuvo el pueblo, a las pocas horas de ser bendecida. Como consecuencia de estas desgracias, la fama del cura se extendió rápidamente más allá de la provincia como ave de mal agüero. Hoy nadie tiene muy claro qué pasó, pero la miseria, el cura Antonio Marruecos y la mar traidora —una de las playas cercanas continúa llamándose de los Muertos— han vinculado desde siempre el nombre de Carboneras con la mala suerte.

Eso no ha beneficiado nada al pueblo, la gente de la mar es muy temerosa. El nombre de Carboneras contiene tal amargura, sustenta tanto desconsuelo y desolación que, en los principales puertos de la costa mediterránea, española y francesa, empezó a asociarse el nombre de Carboneras con algo terrible, llegando hasta el punto de que, para evitar pronunciar su nombre, este municipio del levante almeriense es llamado 'el pueblecico'.

Llegado a este punto, el orador sacó del bolsillo un reloj, abrió la tapa y después de consultar la hora dijo:

—¡Ea, señores! Vamos a dormir que se ha hecho tarde, mañana si quieren echamos otro ratito.

Las palabras del secretario fueron como una orden de partida, todos los componentes de la reunión se fueron a dormir.

Tendido sobre la cama, Pedro piensa en la frase que ha dicho don Justiniano: «…las mujeres andan por ahí buscando que alguien se les arrime, o arrimándose ellas a alguien». Pero eso no va con Carmen, se dijo. ¿Qué hará ella ahora? Ella no parecía ser esa clase de mujer que buscara hombre. Él lo había

comprobado, pero… el rum rum de los celos empezó a adueñarse de él. Se serenó pensando en el señor Germán, mientras estuviera allí no había peligro. Con esa idea se durmió.

El sueño no fue tranquilo. Dio vueltas en la cama, más que por buscar una postura cómoda, por la agitación nerviosa que tenía su espíritu. En uno de esos cambios de pose, en su sueño, vio a la mujer. La vio venir lentamente hacia él desde el fondo de la calle, sin rasgos todavía, sin volumen, cobrando forma a medida que se le acercaba, como si no fuese una mujer verdadera sino una encarnación de su avaricioso y solitario deseo, nacido de la nada, de la oscuridad nocturna. Ella se introduce en la casa y él sueña que se asoma a la habitación; la ve de espaldas y le dice «Hola» como a alguien cuya presencia no le importara mucho, imaginándose que si no le muestra excesivamente su amor tiene alguna oportunidad de merecer el suyo. Él prefiere penumbra, silencio, pero, ¡sorpresa!, es ella la que prefiere luz. En la habitación hay música, pero advierte que no procede de ninguna parte, que es el sonido de su corazón lo que se escucha. Todo lo que ocurre desde que se aproxima a su cuerpo desnudo, bajo la iluminación sin matices, está regido por la obligación de tabú. Acepta, cuando se acerca, que solo le sonría. Ella compara la cara de él, su cara verdadera con la que ve en el espejo y le dice que espere, que la deje sola. Antes de irse, los ojos de ella examinan en su bajo vientre el efecto, el impacto de su desvestido cuerpo en la cercanía. Sale, y Pedro enciende un cigarrillo, espera tras la puerta, pero, transcurridos unos minutos, esta no cede cuando intenta abrirla.

Se revuelve en la cama nervioso. En la habitación hace calor, mucho calor, hay una temperatura insana, como de masa enferma, de aire respirado por bocas abiertas y ávidas como la de él. El aire huele a sudor o a fiebre de cuerpos removiéndose en la oscuridad, pero sus manos siempre están frías, está adormilado, las cierra y se hinca las uñas en las palmas, el dolor hace que su mente se desvele por completo.

El sol está en lo alto cuando se despiertan. Después del clásico «Buenos días, qué tal has descansado», bajan a desayunar y por Joaquina saben que el secretario, a pesar de ser domingo, ha tenido que irse al ayuntamiento a resolver algo urgente. Los dos jóvenes desayunan y deciden dar una vuelta por el pueblo y, si hay ocasión, darse también un baño.

Carboneras los sorprende, comprueban que es un pueblo grande y que tiene casas de noble arquitectura. El humilde comercio, las pequeñas merce-

rías y tiendas ya tenían abiertas sus puertas, y de un mercado público ven salir mujeres con bolsas de las que sobresalen, a veces, el pico de una barra de pan o las hojas oscuras de una lechuga. La sensación es de vida cálida y normal, aunque precaria, de mañana laboriosa. El sol empieza a hacer notar su presencia y se hace molesto. Inconscientemente dirigen sus pasos a la playa y deciden disfrutar de su agua. Está, la mar, divina. Desde ahí observan que los barcos pesqueros son más numerosos que en San José, Las Negras o Agua Amarga. Aquí semejan una pequeña flota, parece una industria.

La playa los atrae como un imán y se regocijan con el frescor del agua. Con la transparencia de sus fondos marinos disfrutan hasta que sienten hambre y determinan irse a comer. Han llegado pronto, pero la arribada coincide con la de Floren, el hermano pescador de la señora Joaquina que ha ido a llevarle un 'rancho' de pescado. Al verlos llegar la posadera dice alegre:

—¡Muchachos!, han llegao a tiempo, este's mi hermano, a él puen preguntarle lo que quieran de la pesca. Conoce tos sus secretos. Y ahora pasen pa la cocina, ya verán, ya verán los pescaos que m'a traío.

Los jóvenes, después de hacer con la mano un ademán de saludo, entran en la cocina. Impresionados, ven sobre la mesa media docena de hermosos ejemplares de pez que los visitantes son incapaces de identificar.

—¿Qué nombre tiene cada uno de estos pescados? Si se puede saber —objeta Pedro.

El Floren se adelanta y asiendo por la cola cada uno de aquellos ejemplares los va identificando al tiempo que los va cambiando de sitio.

—Este rosáceo es un pargo. Este azul plateao es una doblá. Esta es una melva, es un poco más estrecha y más alargá, pero, como ven, de color parecío. Este ancho es un sargo, est'otro es una lacha y este colorao tan feo y con tanto pincho es un rascacio qu'hace un caldo buenísimo.

Los hospedados han escuchado con interés el nombre de cada una de las piezas, pero su curiosidad se manifiesta obsesivamente en el color que tienen los ojos de los peces. Pedro es el que remata el acto diciendo que a él le gusta, también, mucho el bonito y el atún en conserva.

—¿Ustedes pescan para la industria conservera? —pregunta.

—No, tenemos pocas posibilidades y tenemos muchos problemas, y el principal de tos es la dificultá d'estar en una playa: n'habemos hielo, n'habemos gasoil y n'habemos donde guardar los aperos de pesca. En un día de vien-

to, los pescaores que tien puerto o refugio no tien la dificultá que nosotros habemos. Aquí en cuanto qu'hay un poco d'oleaje no pues botar el barco en el agua por las olas que s'hacen en la orilla, y tenemos que quearnos en tierra reparando las redes y arreglando los barcos, pero sin obtener ganancia nensuna. No somos igual que los otros sitios pesqueros de la costa, aquí tenemos la dificultá del tiempo, cuando hay poniente ya no poemos salir.

El Floren habla con sentimiento, se nota que el tema le angustia.

—Nosotros respetamos mucho a la mar, y es porque los pescaores la consideramos como una madre. Entramos en el agua y salimos cuando ella quiere. Sabemos que quien manda es la mar.

»Como pescaor artesanal he aprendío de mi padre, y este del suyo, a considerá al Mediterráneo. Ellos m'enseñaron que, a la mar, mieo nunca, pero sí respeto. Despué de cuarenta años pescando, toavía m'emociono cuando pican, y eso quie decí qu'hay pesca, y es qu'el día que no m'emocione no iré nunca más a la pesquera. Yo y la mayoría de los pescaores del pueblo somos pescaores d'eso que dicen artes menores, de pesca artesanal con trasmallo, con nasa, con jibieras o con palangrillo. Dependiendo de la época y del arte, capturamos una especie u otra; el q'usemos un arte u otra depende de la época del año y esta, a su vez, dice qu'especie es la qu'hay que pescá.

—Oiga —interviene Roberto—, ¿y el atún?, no le he oído hablar de él. He escuchado algo sobre que los apresan en las almadrabas, pero… ¿cómo se captura el atún?

Aquí interviene, ufana, la señora Joaquina.

—Mi hermano es un as cogiendo atunes. Díseselo, Floren.

El hermano se apoya en la mesa de la cocina desde donde expele un hondo suspiro, se nota que el tema le gusta.

—Aquí no tenemos almadraba por lo que su pesca es mu complicá. El atún es un pez mu bravo y con mucha fuerza, el momento en el que se pesca es mu defícil, de mucho peligro, y es qu'es tan salvaje que tie tanta fuerza como diez personas, por eso la experiencia es mu'mportante. Es un pulso tú contra él, son los brazos del marino contra el atún mientras él tira con toas sus fuerzas pa no perdé la vía. A luego l'amarramos al barco, mientras, otro lo engancha y lo vamos acercando hasta la borda, con mucho cuidao, pa no destrozar la carne, qu'es de gran valor comercial.

»El atún más grande que yo he pescao pesaba 520 kg, pero sé de pescaores qu'han llegao a pillar atunes de hasta 750 kg.

Con sus explicaciones, Floren les ha demostrado gran conocimiento y una dilatada experiencia y entendimiento sobre el atún. Un trabajo muy duro que según él solo se podía realizar si verdaderamente te gustaba. El Floren se muestra satisfecho por la atención con que los huéspedes de su hermana lo han escuchado y, recordando algo de repente, se despide de ellos.

—¡Me voy! La Chari me va abroncá por llegá tan tarde. L'he dicho que golvía en cinco minutos. ¡Ah! Pero si están interesaos y quien presenciarlo les pueo llevar a la Almadraba de Monteleva esta tarde, pa que lo vean; está ahí en la punta, en Cabo Gata. Si nos vamos a luego, después de la siesta, llegamos cuando arriban los atunes y vemos en directo to la faena.

Los jóvenes, alborozados, aceptan encantados.

Mientras los hombres hablaban, la señora Joaquina había puesto los pescados sobre un lecho de ascuas y ahora perfumaban el ambiente con un olor apetitoso. Dispuestos ya sobre la mesa, la posadera añade un cuenco de barro repleto de un líquido rojizo, espeso, que ella celebra diciendo:

—Hoy, don Justiniano lo va sentí, se va perdé mi gazpacho, que dice qu'es el mejó qu'a tomao. El pobre no pue vení con las cosas del ayuntamiento. El mes pasao ha ocurrío un tembló en aquí, en el campo, y tien que ve los males en las fincas p'ayudar. Pero ustés coman y al mesmo tiempo me cuentan qué les paeció mi hermano.

Empiezan a comer y Roberto dice:

—Está bueno este pescado, señora, más que bueno, delicioso, y esta sopa fría está muy rica. Todo tiene un sabor excelente y confieso que esta clase de pescado no lo había comido nunca. Pero insisto, lo que de verdad me ha sorprendido es el brebaje este que ustedes llaman gazpacho. Está realmente bueno. De su hermano diré que me parece un hombre intrépido. Por lo que nos ha contado se percibe que es un gran profesional. Y lo de la pesca del atún… verlo practicar o practicarlo ¡tiene que ser la hostia!

Doña Joaquina recogió la mesa henchida de orgullo pensando que no fallaba, quien probaba su gazpacho se relamía de placer, y estos forasteros acababan de confirmarlo. Los jóvenes, a su vez, con los estómagos repletos se aprestan a irse a descansar y disfrutar de la siesta que, como estaban comprobando, era casi de obligado cumplimiento, sobre todo por el calor. Tarde de cuarenta y dos grados y sin aire que moviera una paja, a aquella hora no

había nadie que se atreviera a salir. Pero sí que lo había. En esa hora de reposo, hecho llaga de sol y cal el pueblo, agobiaba las calles solitarias un silencio roto nada más que por el inesperado grito del único paseante en aquella hora de canícula; era Algarrobico, el tonto, quien, con su imagen de mendigo bíblico a jirones y su corte de moscas, parecía disfrutar rompiendo la paz reinante.

Los muchachos estaban asombrados de la visión y así se lo hicieron saber a la señora Joaquina.

—Est'es un pueblo con rarezas —les respondió la posadera—. Está'l tonto ese del Algarrobico, que le gusta ir gritando por ahí a cualquier hora, y está lo del homenaje qu'en forma de funeral l'hacen to los años al Sobrao, un gañán grandote muerto de repente en una taberna el pueblo en el momento d'acabá de comé el noveno plato de los diez rebosantes d'un oloroso guiso de trigo. Habi'apostao comérselos en una hora, ayudao por una garrafa de cinco litros de tinto de Lucainena, el mejor vino del lugar; pero, ya ven ustés, se le atragantó la apuesta y la diñó.

»Por aquí, con mucha fanfarronería, cualquier hombre o mujer del pueblo les pue contar del Sobrao, qu'había nacío cuando faltaban quince días pa cumplí un año de embarazo. Por culpa'l parto su madre quedó sordomúa y tos celebraron desde pequeño el apetito tan asombroso del mocico. Y junto a su glotonería y su tardío nacé, el pueblo de Carboneras seguía elogiando, con igual emoción, la estatura imponente del Sobrao, haciendo pensar a más d'uno si tendría que ver la tierra, el agua o el aire en el tamaño, no solo del susodicho, sino también en el de las sandías que se recogían, algunas veces d'hasta veinte kilos de peso.

La mesonera había terminado su historia, pero se apreciaba que tenía ganas de continuar su comadreo, sin embargo, los huéspedes cortaron la posibilidad levantándose de sus asientos y yéndose a descansar.

—¡Hasta luego, señora Joaquina! —se despidieron a la vez.

La siesta había sido corta por lo que, adormilados, arribaron a la playa donde ya les esperaba el Floren. Acomodados en la embarcación, la brisa marina hizo el milagro de espabilarlos. En silencio, navegaron por aquellas aguas cristalinas y serenas que invitaban al baño, llevando como acompañante alguna despistada gaviota que sobrevolaba por encima de ellos.

Poco tiempo después, una línea de corchos sobre el agua avisó de que ya estaban en aguas de faena. Los cordones flotantes señalaban la posición de las redes. Un grupo de hombres, no se podía precisar cuántos, faenaban vestidos

con las mismas ropas viejas que utilizaban de forma habitual, tocados con boinas o simplemente a pelo. El que parecía ser el jefe desde un bote oteaba el mar inclinado sobre la proa. Los almadraberos esperaban expectantes. A una señal del vigía, los pescadores del batel alzaron las compuertas de unas rudimentarias celdas por donde entraron los peces. Intentando continuar su retorno hacia el Estrecho, los atunes se habían introducido en los sucesivos compartimientos hasta quedar encerrados en un último, más espacioso. Los marineros, haciendo gala de profesionalidad y pericia, cobraban la red y la despedían por el lado opuesto disponiéndose a la gran batalla de la jaula principal.

Los forasteros observaban fascinados aquel cuadro de muerte: hacinados por la subida de la red, los atunes rotaban de modo desenfrenado y agitaban la superficie del mar con tremendos saltos. Aquel carnaval tenía una consecuencia: un sonido que, como vibración o murmullo incesante, no paraba, al tiempo que el mar empezaba a teñirse de rojo. Sobre aquel runrún ambiental un ruido más poderoso se imponía, era el griterío de la gente; palabras soeces y jadeos se entremezclaban en la lucha sin cuartel desarrollada entre pescadores y atunes agonizantes que, heridos por garfios y arpones, teñían la mar con su sangre. El espectáculo era tremendo: por un lado, la alegría de los pescadores que ante el desenlace de capturas que se preveía se sentían felices y por otro, las sanguinarias muertes contempladas en vivo. La crueldad con que estas se realizaban dejaba a los viajeros una sensación de barbarie que les hacía cerrar los ojos y no querer mirarlo. El Floren, por el contrario, estaba exultante. Desde su embarcación gritaba felicitaciones y saludos a los amigos. En uno de estos giros efusivos captó la cara de repulsa de los jóvenes y dirigiéndose a ellos les dijo:

—Si quien volvemos, y'habemos visto lo principal.

Ante el gesto de asentimiento de los forasteros viró la barca, saludó aireando la mano en alto a la gente que faenaba y puso rumbo a Carboneras.

El disco de sol se ponía en el horizonte y su reflejo en el agua hacía que este pareciera una caldera de sangre de la que irradiara muerte. La visión de aquello hizo que los dos amigos se estremecieran.

Navegaron un trecho en silencio. La mar estaba calma y desde la distancia se veían los grupos de gaviotas disputándose el botín de la almadraba. Ante la imagen, la voz del Floren rompió la tranquilidad del momento.

—Hoy les quea mucho que comer porqu'ahora, cuando acabe la faena, los pescaos se llevan a cobertizos y ahí endentro es donde las mujeres les abrirán

el vientre y lavarán en artesas pa meterlos en cajas con hielo. Algunos despieces se secarán junto con las huevas. El espectáculo no's mu agradable, pero la vía del pescaor es ansí. Como se imaginarán, el festín pa pájaros y moscas es tremendo. Hoy es un día grande pa los pescaores, las capturas han sío muchas y, anque a los pescaores nos llegan las miajas, siempre se nota.

»Si tien ocasión, vayan ustés a conocé el sitio de la Almadraba de Monteleva. Es también salinas, y sus habitantes tien faena en tierra y en el mar, pero su miseria es la mesma, es miseria de este Sur que paece sentenciao. Miren —prosiguió el pescador—. Por lo que yo sé y por lo que m'ha sío contao, antiguamente, en estas costas, hubo varias almadrabas y ya solo quea esta. Veremos lo que dura. Su primer nombre fue Ancón de Cabo de Gata, y se faenaba desde cerca la Punta de la Testa hasta las aguas de la Almadraba de Monteleva. Ahí s'ha estao calando de seguío desd'el final del siglo pasao hasta hace quince o dieciséis años. Ahora ha bajao mucho la pesca y se faena mu poco.

»Otra almadraba que se calaba era la de Torre García. Sé que, hace unos cuarenta años, estuvo concedía por cinco años, y qu'estaba al sudeste de la torre que le daba el nombre, frente a la playa las Amoladeras. La razón de que desapareciera s'ha basao en la falta de rentabilidá. Lo que cuestan las redes, los aparejos, las anclas y la mano d'obra que se necesita en la faena superaba con mucho lo que valían luego las capturas que se podían conseguir. Además, hay otros artes, como el cerco, el palangre de superficie, la línea de mano y otros, que sirven pa pescar lo mesmo y dan mejor resultao.

El viaje ha sido revelador e interesante, pero ha tocado a su fin. Han llegado a tierra. Los dos amigos arriban a la pensión, pero, siendo pronto aún para la cena, deciden pasear.

La tarde languidece, da sus últimos estertores cuando Pedro y Roberto salen de la casa sin rumbo determinado. Callejean, y sus pasos les conducen a un molino de viento y a las viejas construcciones dedicadas a la producción de harina, de las que más tarde sabrían que se trataba del molino del Cabecico del Aire, una de las señas de identidad de Carboneras. Continúan su paseo ante la curiosidad de la gente no acostumbrada a forasteros, cuando una voz saliendo de un pequeño local les hace detenerse.

—¡Hola, amigos!, ¿dónde van ustedes por aquí?

Es Jesús Caridad, el simpático vendedor de decesos y gerente de la funeraria El Remedio que les presentó don Justiniano.

—Dando un paseo, conociendo el pueblo y haciendo tiempo para la cena —respondió Pedro.

—En el pueblo, poco más que lo que han visto pueden ver. Aquí, quitando la pesca que aporta de vez en cuando alguna novedad, pocos acontecimientos tiene.

—Pero Carboneras, aparte de la del cura, alguna historia interesante tendrá —interviene Roberto.

La cara de Jesús se anima con una sonrisa maliciosa al tiempo que les señala unas sillas forradas de esparto.

—Siéntense y les cuento —les dice mientras toma asiento junto a los dos forasteros—. Haberlas, haylas, ya lo creo, historias o chismorreos, como lo queramos llamar, y algunas pudieron acabar en desgracia. Los liíllos, aunque aparentemente no pase nada, están a la orden del día: los hombres emigran, las mujeres quedan solas y… ahí está el problema. Verán.

Hace poco tiempo se descubrió el apaño entre una casada y un guardia civil que había llegado nuevo al cuartel, el marido era labriego de la sierra… —siempre se me olvida el nombre— y se había ido a echar unos jornales afuera del pueblo. El hombre estuvo como tres meses ausente; cuando llegó, al poco tiempo, se descubrió el pastel y el marido dejó casi de venir al pueblo. El asunto corrió de boca a boca, y cuando esto sucede ni Dios hace callar a los mudos. Unas semanas después, un domingo, el marido se dirigió al centro de la población y tras una corta carrera por la arena seca y caliente, luego por la mojada, de la playa de los Barquicos, se introdujo en el mar, que lucía un azul invitador a sumergirse en él. Estaba claro que, a pesar de llevar una botella de vino debajo del brazo, ni andaba ni se condujo como un trastornado por el alcohol sino abrumado, nervioso y cegado por un ataque de cuernos. Al sol, y con el envase de vino como compañero, el campesino se adentró en las suaves olas vestido y calzado como quien va de boda. Sin intentar el menor braceo ni notársele agitación alguna intentaba ahogarse en la pleamar cantando fandangos de Almería.

Su berrido, más que canto, había puesto en aviso a más de un curioso, que contemplaban divertidos la escena hasta que percibieron que podía acabar en tragedia. Estos fueron los que impidieron que llevara a cabo el original suicidio. Aquel intento de muerte, aún por encima de su talante paleto, era algo que se veía venir y por lo tanto no causó gran conmoción entre la gente.

—Como ven son noticias menores —comentó el señor Caridad, dando por terminada la incruenta historia—, pero que no digan que en los pueblos no pasa nada, con los rojos escondidos en los montes. Y por la radio, igual, siempre diciendo que en los pueblos no se mueve una hoja. Así que ya ven, pasa, aunque sea a la 'calladita'. Los rojos, y los líos de los hombres y las mujeres, y lo que sea, con mucho más tapujo será, pero pasa.

»Por lo demás, en Carboneras, la playa de los Barquicos y la playa de los Cocones son de las playas más utilizadas por la gente del pueblo por estar situadas en el mismo centro. Situadas ambas en los barrios de pescadores, hacen las veces de puerto natural. Luego está la playa de las Marinitas, amplia y ancha, de arena fina blanca, desde donde se divisa una bella estampa del pueblo. Y, ya más alejada, escondida entre montañas, está la playa de los Muertos, de muy difícil acceso, pero de extraordinaria belleza.

Los muchachos, acomodados con indolencia en la silla, disfrutaban del ameno relato de Jesús y de la suave brisa marina que refrescaba el cálido ambiente. La noche era joven y Roberto y Pedro se aprestaron a irse a cenar, no sin antes preguntar al narrador.

—¿Hay algún medio de transporte que nos pueda llevar a Mojácar?

—Ya lo creo. El Gregorio hace los mandados para allí y para Garrucha. Va casi todos los días. Mañana hablaré con él y les diré lo que sea.

Con un «Hasta mañana» se despidieron del simpático gerente de la funeraria. Cuando llegaron a la pensión, don Justiniano ya estaba sentado en la mesa. En el ambiente huele a tierra y a mil aromas de las plantas recién mojadas por el riego de la posadera. Los grillos, lavados, cantan, y en el frescor de la noche el perfil de las montañas son ya horizontes iluminados por las farolas; lo que vive en la oscuridad que los rodea los observa mientras los niños juegan; los comensales se disponen a hablar mientras cenan. Otra noche. ¡Cómo corre el tiempo!

El secretario del ayuntamiento es todo amabilidad, pero su actitud denota que quiere hablar de algo. Después de interesarse de si se lo estaban pasando bien, al mismo tiempo que atacaba con el tenedor a un gran trozo de caballa escabechada, preguntó:

—Señores, el otro día creí entender que venían de Marruecos. ¿Es así?

—Efectivamente, aunque cada uno por su lado, estuvimos por el norte de Marruecos —contesta Pedro—. Una zona llamativa y de contrastes.

Don Justiniano vuelve a intervenir.

—Yo también estuve allí. Recordando aquellos tiempos parece que estoy en aquellos parajes donde se corría la pólvora en una fiesta de arraigo para los marroquíes. En Tetuán, eran escenas pintorescas, e irrepetibles por el salvajismo, que no se borran de mi mente. Estuve en esa ciudad un tiempo.

—Entonces —interviene Roberto—, conocerá bien la Puerta de Fez y la zona de comercios variadísimos que dan vida a todas aquellas calles.

—Ya lo creo —reconoce el secretario—. La calle Luneta era la más famosa, la más comercial de Tetuán, también algunas calles cercanas a la judería. La judería era un gueto que impresionaba por ser un autentico laberinto difícil de salvar, era fácil perderse en él. Recuerdo, también, la zona del ensanche, el paseo de las Palmeras, por donde se entraba a la ciudad desde Tánger, y la puerta Saida, cercana a la carretera de Ceuta. Me impresionaba la imagen de aquella gente, y de ellos me hacía gracia el aguador, un personaje conocido y muy popular por las calles de aquel Tetuán; lo veía pasar desde el café, donde yo acostumbraba a desayunar y a leer el *Diario de África*. Una campanilla anunciaba su presencia, y ahí pasaba él, con el pellejo repleto de agua y sus vasos de lata.

—Tetuán merece la pena conocerlo —comenta Roberto—. Yo llegué a él desde Ceuta y lo hice en el ferrocarril que hace el trayecto. Disfruté con el recorrido.

—Lo conozco tan bien que el trayecto se lo voy a repetir de memoria —ataja don Justiniano, que estaba dispuesto a demostrar sus conocimientos de la zona.

Les voy a decir que hubo muchos problemas para construir ese ferrocarril, muchos intereses. Pero se impuso la disposición nacional: era necesario que Ceuta fuese la puerta de entrada en Marruecos para España, y se pensó que esto se conseguiría haciendo cuanto antes el ferrocarril a Tetuán. Un día grande para la política española en Marruecos sería aquel en que al abandonar el vagón del tren en Algeciras, poco tiempo después, se montara en el de Ceuta y se llegara en ferrocarril a Tetuán. Fue una buena obra. Pero la situación de partida no fue muy halagüeña. España tenía un precedente: ya en 1913 se reconstruyó el que había sido primer tren de todo el continente africano, un ferrocarril militar de apenas once kilómetros, sin paradas intermedias, que en 1860 se tendió entre Uad-el-Marchi y Tetuán para apoyar al ejército en la toma de esta última ciudad. Años después, las pocas infraestructuras existentes apenas se podían

aprovechar. Ahora, el intento de crear un eje ferroviario de penetración a África desde Ceuta era más serio. La esperanza española era que la Plaza de soberanía se convirtiera en la entrada natural para viajeros y mercancías, creando una línea que uniera esta ciudad con Fez. Pero la visión fragmentaria de quienes desarrollaron el proyecto llevó a que sólo se acometiera la primera parte, entre Ceuta y Tetuán, de poco más de cuarenta kilómetros. El trayecto de esos cuarenta kilómetros es digno de ser contado.

Como si en ese momento fuera asomado a la ventanilla de aquel ferrocarril, contemplando lo que el antaño recorrido paisaje ofreciera a su ávida mirada, don Justiniano continúa con el relato.

Tetuán, que se halla recostada sobre una blanda ladera del monte Dersa, va quedando a la izquierda separada de la vía por un paseo de circunvalación. El acceso a la estación también queda a la vista con los jardines del cónsul Cajigas al fondo y las casas colgantes de la Luneta, calle corazón de la ciudad.

Seguidamente aparecen núcleos de cañaverales y huertas. De no muy lejos llega el aroma de Quitzan, la tierra que da las naranjas más dulces del país, mezcla de canela y azúcar. Por un primer paso a nivel se salva la carretera del río Martín y luego la llamada puerta de la Reina. Primera parada obligatoria en Malalien y, luego, a la izquierda del aeródromo, comienza a verse la brillante línea del mar. La siguiente estación es la de Rincón del Medik, un poblado de mil habitantes rico en pesca y agricultura, donde el tren se detiene un buen rato. Allí sube y baja una gente heterogénea, se acopian mercancías y se hacinan cajas de pescado con: chernas, besugos, sardinas, meros y otras capturas, que sirven para abastecer los mercados centrales.

Nueva parada en Dar Riffien, acuartelamiento de la Legión Extranjera. Después, Castillejos, punta pedregosa de la costa y nombre evocador de las hazañas del general Prim. A poca distancia, la frontera, donde, por cierto, el paso del convoy es libre y sin sujetarse a ninguna formalidad aduanera. Así se llega a Ceuta, casi a la altura del puerto, con una estación terminal de construcción análoga a la de Tetuán.

—¡Qué tiempos, señores! ¡Qué tiempos! —bramó don Justiniano, finalizando así la descripción del trayecto del ferrocarril y comenzando con la de la ciudad de Ceuta—. Llegar a Ceuta, tan española, pasear por el puente del Cristo, el Foso, la plaza de África, el puente Almina, paseo La Marina, la calle

Real, visitar sus comercios... En General Sanjurjo, sus bazares, luego, la plaza vieja en el paseo Colón con su café-bar del mismo nombre, donde paraba la popular 'Tabanera', autobús de la empresa Benítez que hacía la línea regular del recorrido Ceuta-Tetuán. Aquello era un placer.

—A mí también me gustó —replicó Roberto—. No aprecié tanto detalle, pero me gustó, sobre todo por la mezcolanza de personajes. Desde allí, en autobuses tercermundistas, junto a moros que se incorporaban al vehículo con cestos con hortalizas y gallinas, viajé a Melilla.

—Yo también entre por Ceuta —ahora es Pedro el que habla—. De ahí pasé a Tetuán, después de dos días continué hasta Xauen, Ketama y llegué hasta Villa Sanjurjo. Tenía ganas de conocer la antigua Alhucemas. Había visto una película titulada con ese nombre, *Alhucemas*, protagonizada por Julio Peña con la colaboración de Sara Montiel, y me había impresionado el peñón que hay en ese lugar. Alhucemas fue, para mí, una desilusión. Lo que allí vi fue un pequeño puerto de pescadores al norte de la bahía y una franja de casas blancas encima de los alcores, jalonado de acantilados áridos, no me gustó. No, no era el gran pueblo que había imaginado, aunque tuviera mucha población… Era un pueblo grande, más bien feo y descuidado. Desencantado del lugar, tras un largo recorrido conocí Nador y, posteriormente, llegué a Melilla.

De nuevo interviene don Justiniano.

—Melilla no lo conozco, estuve varias veces tentado por conocerlo, pero siempre surgía un inconveniente que me lo impedía. Me consolaba diciéndome que todo acaba por llegar, recordando lo que en mi niñez susurraban las mujeres en la cocina de la casa. Se lo decían a sí mismas esperando no sé qué cosa que sabían mucho más lejana. «Todo acaba por llegar», murmuraban, y suspiraban. Y yo, tan niño entonces, no entendía lo que querían decir porque nada esperaba ni deseaba más que aquello cuya resolución pertenecía a otro orden de cosas, se medía con otra dimensión, incumbía al ámbito de lo invisible, de lo irracional, tal vez, me decía, de lo imposible. Pero es un dicho que se me quedó grabado y de vez en vez lo aplico. El final fue que abandoné Marruecos sin visitar Melilla.

—Son cosas que pasan —apostilló Roberto—, y de nada sirve lamentarlo. Si le parece, yo le puedo dar algunos datos, aunque, lógicamente, usted ya sabrá algunos de ellos.

El joven, sintiéndose a gusto con la compañía y el contenido de la conversación, desgranó, con cierto aire académico, los datos que conocía de la africana ciudad.

La ciudad y sus territorios se extienden sobre 12,5 km² de superficie y se sitúa al noroeste del continente africano, junto al mar de Alborán y frente a las costas de Granada y Almería, aunque eso ya lo sabe usted. Se encuentra dispuesta en un amplio semicírculo en torno a la playa y el puerto, en la cara oriental del cabo de Tres Forcas, a los pies del monte Gurugú y en la desembocadura del río de Oro. Fruto de su posición geográfica y de su historia, Melilla presenta diversas particularidades, tanto en la composición de su población como en sus actividades económicas.

La ciudad, actualmente, depende absolutamente de los militares, de lo que estos generan. Dispone de una fortaleza junto al mar construida entre los siglos XVI y XVIII, con almacenes, aljibes, fosos, baluartes, fuertes, cuevas, minas, capillas —una de ellas, la única obra religiosa gótica de África— y hospitales. El patrimonio arquitectónico de Melilla está considerado, junto con el de Barcelona y por encima del de Madrid y Valencia, como uno de los mejores exponentes del estilo modernista.

Pedro, después de escuchar atentamente a su amigo, decide tomar la palabra.

—Yo puedo contar algo de lo que he leído y de lo que aprendí de la ciudad cuando estuve allí, sobre todo de su historia.

Melilla, por si alguien duda de su españolidad, y si nos atenemos a la historia, se incorporó definitivamente a España en 1497; dieciocho años antes de que lo hiciera el reino de Navarra, ciento sesenta y dos antes de que el Rosellón fuera francés y doscientos setenta y nueve antes de que existieran los Estados Unidos de América. En 1860, con el Tratado de Wad-Ras, se establecieron los límites fronterizos de la ciudad con Marruecos, trazados hasta donde alcanzaban los disparos del cañón El Caminante, según lo estipulado en dicho tratado. Tres años más tarde se creó el puerto franco y en 1864 las autoridades españolas permitieron el asentamiento libre de personas en la ciudad.

Sin embargo, después de 1863, la composición de la población se vio profundamente modificada: Melilla se convierte en puerto franco con el objetivo de darle un nuevo impulso basado sobre el comercio. La ciudad se abre entonces a

la población judía de Marruecos a pesar de quedar todavía prohibida la instalación de musulmanes a fines del siglo XIX —durante el último tercio del siglo XIX Melilla fue escenario de intermitentes enfrentamientos con Marruecos—. En cuanto a la población civil de origen peninsular, fue escasa al principio, pero comenzó a tomar fuerza tras el fin de la llamada guerra de Margallo en 1893, conociendo un desarrollo prodigioso en los años que siguieron. A lo largo del decenio 1900-1910, la población de Melilla creció un 445 %. Este crecimiento demográfico estuvo relacionado con el desarrollo comercial e industrial de la ciudad, que se transformó en verdadera 'puerta' del recién creado Protectorado (1912), junto con Ceuta. También en aquella época se instalaron los miembros de la comunidad hindú procedentes de Gibraltar para dedicarse al comercio.

Don Justiniano, al que se le ha añadido la señora Joaquina, está asombrado del conocimiento de los jóvenes. La posadera también escucha, impresionada por el saber de los muchachos, y mira indistintamente a uno u otro, dependiendo del que toma la palabra. Ahora el turno es de Roberto, quien, rivalizando cordialmente con su amigo, prosigue con la historia.

La situación no era buena y las continuas escaramuzas de finales de 1900 y las libradas en el primer tercio del siglo XX desembocaron en el conflicto de la Guerra de Marruecos. Las sucesivas batallas del Barranco del Lobo en 1909 y de Annual en 1921, donde el ejército español sufrió sendas derrotas, causaron un gran impacto en la opinión pública española y forzaron la alianza militar entre España y Francia que permitió la constitución del Protectorado español de Marruecos.

El establecimiento del protectorado tuvo efectos muy positivos en la economía de la ciudad, que se convirtió en la capital económica de la parte oriental. La explotación de las minas del Rif propició el desarrollo de una industria derivada de estas, y el tráfico de mercancías y la pesca aumentaron junto con los beneficios derivados del aprovisionamiento del ejército.

Pero sin duda alguna fue el crecimiento de la población musulmana procedente del vecino Marruecos lo que constituyó la mayor particularidad de la población de Melilla. En la ciudad, los musulmanes pasaron de ser 118 personas en 1897 a 6.277 en la actualidad.

Como dato curioso, debo añadir, que una de las cosas que me sorprendió, en Ceuta y Melilla, fueron unos soldados de uniforme diferente que luego me dijeron era del cuerpo de regulares. Era bonita la vestimenta de color garbanzo con

fajín verde y gorro redondo, rojo, con borla negra. Llevaban, también, una capa que, embutida en la cabeza, les caía sobre la espalda de una forma muy vistosa. Lo que me extrañó fue verlos en zapatillas blancas con las piernas liadas con vendas hasta por debajo de la rodilla.

Pedro, que, gracias a un familiar cercano que sirvió en regulares, conoce bien la historia del cuerpo y lo relacionado con el uniforme, interviene de nuevo.

Todo es influencia árabe. El gorro es el que tradicionalmente usaban las tribus bereberes del norte de Marruecos y la capa era usada para protegerse de inclemencias del tiempo tales como viento, lluvia, o para preservarse del polvo; y el color, el tono garbanzo es el que más se asemeja a la arena del desierto. De hecho, el uniforme se compone del traje garbanzo, gorro (tarbug), capa (sulham), pantalón bombacho, fajín, venda verde y zapatillas blancas. Todo ello motivado porque, en su inicio, fue un ejército integrado por mayoría marroquí. Rectifico, no al principio, siempre ha estado integrado por mayoría sarracena.

Y aunque oficialmente las fuerzas oficiales nacieron en Melilla, por Real Decreto el 30 de junio de 1911, constituidas fundamentalmente por indígenas y mandadas por oficiales españoles para llevar a cabo misiones en la zona del protectorado, esta fuerza regular se remonta a mucho antes. Ya en 1509, España había tenido una experiencia con Los Moros de la Paz en la conquista de Orán. Posteriormente, en Melilla, los Tiradores del Rif en 1859 y en Ceuta, la Milicia Voluntaria en 1887, fueron una prueba válida. De hecho, la reglamentación establecida para esta última fue la verdadera base sobre la que se crearon los Regulares. Como nota diferencial de otra fuerza de tierra, sus unidades se llamaban tabores y se exigía a sus mandos tener muy buenos conocimientos sobre la manera de llevar la guerra por parte del enemigo del Rif y del foco rebelde de la región de Yebala —donde se encuentra Tetuán—. Su emblema lo componen dos fusiles con bayoneta cruzados, una media luna y la corona real. La media luna siempre ha estado en el escudo y proviene del origen indígena de los primeros integrantes del cuerpo de regulares. Terminada la Guerra Civil había 70.000 regulares, de los cuales el 90 % eran indígenas.

La realidad es que la creación de los Regulares se debió en gran parte a la protesta de la población civil en la península, secundada por la prensa, por la participación de soldados españoles en la zona del protectorado. Este cuerpo no ha sido suficientemente valorado. Mucho antes del Desastre de Annual en

1921, en el que esta unidad pierde a la mayor parte de sus efectivos, pero pronto consigue recuperarse para continuar con la denominada guerra de África, cuyo final se inicia con el desembarco de Alhucemas en 1925 —considerado el primer desembarco anfibio de la historia bélica—, esta formación había ya dado muestras de valor en defensa de España. Prueba de ello es que es la formación más galardonada de todos los ejércitos. Así lo atestiguan sus 73 Cruces Laureadas de San Fernando, 18 de ellas, colectivas, más sus 61 medallas militares colectivas y 207 individuales, un palmarés que, por ahora, no iguala ninguna otra fuerza del Ejército español. Solo poniendo el ejemplo de las 56 Laureadas individuales, unas 10 de ellas son anteriores a 1920.

—¡Caramba! —dijo el secretario—. Pues sí conocen ustedes, sí, la historia de España en Marruecos. Pero por si acaso desconocen estos otros datos, les diré que la Legión, el otro cuerpo del Ejército creado en África, en su caso en 1920, también obtuvo un buen número de condecoraciones importantes: 28 Cruces Laureadas de San Fernando, 7 de ellas, colectivas, honores a los que hay que sumar las más de 200 medallas militares entre individuales y colectivas, lo que tampoco está nada mal.

—Gracias, don Justiniano —responde Pedro—, no conocía ese dato, pero lo penoso fue que en aquel tiempo los absurdos, estériles y sangrientos combates en el norte de Marruecos fueron una constante de la política española en el primer tercio de este siglo. Eso dejó muchas viudas, muchas madres sin hijos y muchos huérfanos. Muchos niños, por culpa de estos enfrentamientos, no conocieron a su padre.

La última palabra con que terminó Pedro la frase pareció sonar de forma diferente. Don Justiniano frunció el ceño y guardó silencio, se instaló en un mutismo extraño que chocaba frontalmente con su actitud anterior. Los jóvenes, callados, se miraban extrañados. La señora Joaquina comenzó a recoger los enseres de la mesa sin hacer ningún comentario. Pasados unos minutos, el secretario se levantó de la mesa y, dando por terminada la velada por su parte, se despidió con un escueto «Buenas noches». Dicho esto, se irguió y fugazmente pareció otro hombre, o lo fue: arrogante, más joven, con la espalda más erguida, con un fogonazo de orgullo en los ojos habitualmente neutros, casi siempre cobardes, tan cautelosos que era muy difícil atrapar su mirada.

Pedro y Roberto permanecieron sentados en tanto la posadera terminaba de recoger la mesa; concluido el menester, la señora se sentó junto a los silenciosos huéspedes y, ante la mirada interrogadora de estos, dijo:

—No juzguen ustés mal a don Justiniano. La guerra de Marruecos l'ha traío malos recuerdos, en ella perdió a su padre y esa fue la causa de la desaparición de su madre. Es una historia mu triste, es normal que lo dicho l'haya traío recuerdos de los que no quiera acordarse. Durante años ocultó su pasao, la verdá de su niñez, cosas de la escuela parroquial, pero los años… la confianza que da la amistad…

—¿Qué fue lo de su padre? —preguntó Pedro con curiosidad.

—El padre, no se sabe a cencia cierta cómo murió, se cree que fue en una pelea entre tribus de moros en las montañas del Rif allá por 1900. Él s'encontraba allí de negocios, era un aventurero, no un militar, pero de cómo murió n'hay certeza, solo rumores. El pasao de don Justiniano es mu oscuro, n'hay constancia de na ni de naide de su familia. A la muerte del padre, su madre lo abandonó en un convento de Málaga y no se volvió a saber na d'ella. También, como rumor, se dice que, a la muerte del padre, ella se marchó con un sargento de la Legión Extranjera Francesa, pero esto es hablauría de la calle, lo que sí es cierto es que no volvió a ocuparse del chiquillo y a la creatura lo mandaron al hospicio, ese sitio donde se recogía a los hijos de mujeres de mala vía, de madres solteras y de criás ingenuas o desvergonzás que s'habían dejao preñá. Y el nombre se lo pusieron las monjitas: aquella creaturita d'apenas dos años se llamó Justiniano de la Cruz Expósito. La madre, como cosa curiosa, dejó junto a la creatura un álbum de fotografías que l'ha acompañao sempre y qu'algunas veces abre y contempla emocionao.

Dicho lo cual giró la cabeza en dirección a una anaquelería.

—¡Ah! Por cierto, ahí está —exclamó la señora Joaquina.

Como un tesoro, un viejo álbum de fotografías con restos de goma de color de la miel y de papel arrancado reposaba en un estante. Las hojas extirpadas debían ser abismos de oscuridad densa que escondían secretos, donde yacían rostros borrosos que la memoria se empeñaría en desvelar. Retazos de una historia que era la historia de don Justiniano, pobladas de seres que debieron ser suyos igual que él debió ser suyo en sus propias historias.

—A veces se pasa horas contemplándolo y quea dormío sobre él, al levantarse adormilao se lo deja olvidao, yo lo recojo y lo coloco en ese lugar, él s'ha acostumbrao a buscarlo ahí. Cuando se encuentra melancólico, y estamos solos, a veces, me cuenta cosas de su niñez. Por eso sé que las monjas dirigían la vía en el hospicio y un maestro que venía d'afuera daba clase a los niños mayores. Los pequeños como él crecían ambientaos en el catolicismo. Las co-

mías, por ejemplo, eran como una clase de religión. Las monjas les daban los alimentos usando el santoral: Este pa san Pelayo, mártir de la castidad…, este pa san Esteban, que fue el primer mártir lapidao…, esta pa santa Engracia, patrona Zaragoza, a la que un caballo arrastró por toa la ciudá… y así, un santo detrás d'otro. Por la tarde, una hermana les leía cosas del catecismo que tenían qu'aprenderse de memoria. Aunque es verdá que las monjas les cogieron mucho cariño, sobre to si habían llegao al hospicio siendo mu pequeños; pero eran mu estrictas en lo de la disciplina, en eso no les ahorraban castigos ni amenazas. Cuando lo comentaba, hablaba d'ello como un purgatorio dulce, porque el infierno era el correccional con que algunas veces los amenazaban. «En ese infierno, los niños duermen ataos a la cama pa que no s'escapen, y siempre llevan la cabeza rapá al cero pa evitar las plagas de piojos», les decía el jardinero, atemorizante. Esos recuerdos, que desde mu joven se presentaban sin avisar, había aprendío poco a poco a apartalos, pero había veces que, como hoy, l'era imposible.

Los oyentes habían escuchado en silencio a la patrona. Ante lo escuchado reconocían que efectivamente la historia era triste y no era extraño que el secretario, a pesar de los muchos años transcurridos, se mostrara afligido ante hechos o testimonios que le recordaban su penosa infancia. Mientras esto ocurría, las manecillas del reloj, implacables, les recordaron la hora, era la una y veinte de la madrugada, por lo que decidieron todos el irse a dormir.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana aún hace fresquito, pero el secretario está sentado en la mesa que hay a la puerta de la casa, con un café humeante mientras oye a los pájaros y el ruido de cientos de variados insectos que pululan por el aire. El día ha amanecido incierto. El sol pugna por abrirse paso entre las nubes y hacerse dueño del cielo, de un cielo azul claro y gris a partes iguales cuando bajaron a desayunar. Don Justiniano lo hacía sin aparente apetito. Tras el saludo ritual de los buenos días la conversación se generalizó sobre temas banales, pero 'algo' había en el ambiente que hacía que el diálogo no fuera lo distendido que todos pretendían. Don Justiniano, con la taza de café en la mano, a veces se quedaba absorto mirando un punto fijo, como si quisiera desentrañar el misterio que rodeaba los golpes de luz que su memoria echaba sobre su oscuro pasado. No conocía a sus padres, pero Pedro y Roberto tenían el convencimiento de que no necesitaba de imágenes, como si esa certeza no perteneciera a las facultades de la mente sino a la del cuerpo, como si sintiera aquellas presencias antiguas, aunque no fuera capaz de adju-

dicarles unos rostros que se negaban a comparecer por más que la memoria los concitara.

La placidez del desayuno se vio alterada por la llegada de un madrugador Jesús Caridad que viene a decirles que esa mañana los podrá acompañar hasta Mojácar, que ha recibido un aviso que lo obliga a desplazarse a esa localidad y que, si quieren que los lleve, tengan todo dispuesto para que cuando venga a buscarlos, aproximadamente en una hora, puedan salir de inmediato.

Tal y como les había anunciado, setenta minutos después, el gerente de El Remedio se presentó a la puerta de la pensión montado en una moto Sanglas 400T de color negro con sidecar del mismo color. Los muchachos ya lo estaban esperando a la puerta de la pensión con la mochila sobre el hombro, y con don Justiniano también presente, porque había retrasado su marcha al trabajo en el ayuntamiento para despedirlos. Según dijo, se había acostumbrado a la compañía de los jóvenes y a sus charlas, y los iba a echar de menos porque en el pueblo, aparte los más entendidos —el cura, el farmacéutico, el médico y pocos más, entre sus cerca de cuatro mil almas, capaces de distinguir un diccionario de un catón—, no se podía tener una conversación cultural con nadie. La señora Joaquina se exteriorizó en parecidos términos, pero con un amago de llanto en los ojos. «Es que jóvenes tan educaos y tan simpáticos como ustés no's fácil verlos por aquí», dijo como colofón.

IX

De Carboneras a Mojácar

La moto se puso en marcha con Roberto compartiendo asiento con el conductor y Pedro de 'paquete' en el sidecar. El vehículo, comentó el señor Caridad, lo había conseguido, no hacía mucho tiempo, en una subasta del ejército en Madrid. El Parque Móvil de la capital hacía periódicamente licitaciones de vehículos, y un amigo que vivía allí le facilitó el poder hacer la compra que le ilusionaba.

A medio gas, la moto marcha, alegre, sin esfuerzo, con los tres ocupantes, y sale del pueblo dejando tras sí la playa de la Galera coronada por la torre del Rayo, que, como regio guardián, vigila toda la costa de Carboneras, para adentrarse en la que, según Jesús Caridad, se conoce como la playa del Algarrobico, playa, linda donde las haya, de aproximadamente tres kilómetros de extensión, en cuyas arenas desemboca el río Alías. Mar y desierto por la costa almeriense al natural.

Hace calor, pero la brisa del cercano mar hace que la temperatura sea llevadera. Ruedan a escasos metros de la arena de la playa por un camino de tierra en dirección a un macizo montañoso que forma parte de sierra Cabrera. El lugar es precioso. La paz del paisaje es increíble. A lo lejos, los montes como telón de fondo. Una montaña separa el municipio de Carboneras del de Mojácar.

A medida que se acercan, ven las dificultades de la ruta. En las estribaciones de la subida los jóvenes se dan cuenta de la altura que tienen que superar por aquel camino o carretera que recoge parte de un antiguo recorrido minero. El trayecto, que parece diseñado para la moto, con muchas curvas, pegado al mar, comienza con un ascenso prolongado. La subida es sinuosa y la moto sube con dificultad. El conductor comenta que es el camino habitual de enlace entre las dos poblaciones, por él transportan enseres y mercancías mediante animales de carga, aunque ahora estaba empezando a ser utilizado por algún coche de gasógeno. Regularmente pasa un coche, el de Perico, que lleva el correo a Mojácar y Carboneras desde Garrucha.

Coronan la subida y el conductor propone parar unos minutos, dar un descanso al motor y al mismo tiempo disfrutar del paisaje que desde allí se divisa. Desde la altura, dada la transparencia de sus aguas costeras, pueden observar el fondo marino y algunas aves que utilizan los islotes cercanos, como gaviotas o cormoranes.

Los muchachos están impresionados de las vistas y de la grandeza del paisaje que contemplan extasiados. Esta Almería es increíble, no para de maravillarlos. La carretera serpenteante parece diseñada para una competición automovilística. Al poco de estar allí parados, la voz del señor Caridad los sorprende con una erudita explicación de lo que están contemplando.

—Las costas del levante almeriense —comienza a comentar— de siempre han escondido en sus entresijos preciados y preciosos tesoros naturales. Los vertebrados que pueblan o visitan las playas y acantilados marinos están representados por aves acuáticas. En las playas menudean durante el invierno bandos de limícolas, grupo relativamente diverso de aves compuesto por especies de correlimos, zarapitos, así como ostreros y vuelvepiedras. Durante el periodo invernal pueden aparecer el frailecillo, el alca torda (especie única de su género), u otras de mayor porte, como el cormorán grande y moñudo, que descansa en los acantilados rocosos, o el alcatraz común. También durante el invierno pueden verse las gaviotas sombrías, mientras que las reidoras, las de Audouín, especie escasa, y las patiamarillas, muy abundantes, permanecen a lo largo del ciclo anual, nidificando estas últimas en diferentes puntos del litoral.

Los viajeros han escuchado en silencio al orador mientras no han dejado de atisbar el paisaje del entorno. De nuevo, la voz del narrador se deja oír, esta vez para contar algo de la historia del lugar.

—Como han podido comprobar, el litoral está poblado de torreones y viejos baluartes que demuestran el valor estratégico que estas tierras tuvieron durante la dominación hispanoárabe. En tiempos del califato de Córdoba, y décadas después durante los reinos taifas y los gobiernos almorávides y almohades, el litoral costero fue protegido por los barcos andalusíes de la amenaza de los piratas berberiscos que prosiguieron con sus correrías hasta bien asentada la ocupación cristiana. Algunas de las leyendas que circulan desde entonces por este recoveco del mapa peninsular recuerdan el tesón de muchos de aquellos gobernantes por proteger este inquieto acceso marítimo. De algo no cabe duda: por estas costas, por estos cerros, por estos campos y desde estas

playas de arenas finas salieron hacia el destierro sultanes y señores andalusíes llevando consigo los tesoros acumulados durante sus mandatos.

Concluida la disertación, Jesús Caridad decide continuar viaje.

—¡Hala, señores…! ¡A la moto! —exclama, subiéndose el primero al vehículo—. Busquemos una cervecita fresca en Mojácar.

La carretera, caprichosa, se separa de la costa y los lleva hasta una aglomeración de casas de pobre aspecto. El conductor explica que es la pedanía de Sopalmo, perteneciente al término municipal de Mojácar. El lugar les sorprende como una bienvenida amable después de haber hecho el recorrido por la serpenteante carretera que bordea el mar desde Carboneras hacia Mojácar, y regala al viajero una de las vistas más espectaculares de la costa almeriense.

Los jóvenes viajeros están de suerte, el señor Caridad parece conocer todo lo relacionado con aquellos parajes.

—Sopalmo, que significa abrigo natural o cueva —les cuenta—, es una de las pedanías mojaqueras que, junto a Agua en Medio, Aljúezar, El Moro, Cueva Negra, Cuartillas y las Alparatas, preservan la esencia de autenticidad, mantienen las tradiciones y, además, ponen la tan deseada nota verde sobre el mapa local.

»La historia nos evoca un activo Sopalmo allá por el siglo XIX, creciendo alrededor de las rutas de transporte de mineros, acarreadores y muleros durante los años frenéticos que duraron las explotaciones mineras de la mena de Macenas, adoptando aún mayor auge hacia 1880 al ponerse en explotación las tres minas de hierro en sierra Cabrera, situadas entre Sopalmo y la Belfa. El mineral bajaba en carros por la rambla de Sopalmo hasta la misma playa de Macenas, desde donde se cargaba en los barcos. El gran calado de la misma lo permitía. Poco después de una decena de años de fiebre minera, Sopalmo recobra la tranquilidad laboral al trasladarse las explotaciones a la vecina localidad de Bédar. A pesar de estar comunicada desde 1925 con la carretera de Mojácar a Carboneras, Sopalmo vive, al igual que el resto del municipio, una grave recesión que ha provocado la emigración de su población hacia los lugares habituales, es decir: Argelia, Argentina, Estados Unidos, Francia…

La ruta de los viajeros continúa. Más adelante se encuentran con un peñasco de curiosa forma ante el que el conductor detiene la moto y, sin bajarse de la misma, comienza a contar a los dos jóvenes algunos detalles de la singular roca.

El peñasco en cuestión es denominado por los lugareños como 'Piedra del Nazareno' y, como ven, está esculpido por la erosión geológica. Por encima de la roca observen los restos de la actividad minera, como son los antiguos cargaderos, las tolvas y las bocaminas que ahora sirven de refugio a varias especies de murciélagos y aves rapaces como cernícalos, gavilanes, etc.

Sobre esta piedra, cuenta la leyenda que en tiempos de la explotación minera del lugar, encontrándose almorzando un día un grupo de mineros en un punto cercano a la playa de Macenas, una gran roca se desprendió del talud y cayó hasta donde se encontraban; salieron corriendo hacia la citada playa y, al volverse a observar lo sucedido, se dieron cuenta de que la roca precipitada tenía forma de nazareno o penitente y había frenado su caída justo antes de llegar al lugar donde ellos, momentos antes, se encontraban, atribuyéndose a un milagro el que no sucediera finalmente desgracia personal alguna.

Jesús Caridad reinicia la marcha y comenta que en pocos minutos estarán en Mojácar. En el descenso, que hacen a poca velocidad, se encuentran con un conjunto de rocas grises que, como explica el conductor, son minerales septentrionales del complejo volcánico del Cabo de Gata. La belleza natural del paisaje de la torre del Pirulico, con acantilados y áreas rocosas como resultado de la geografía compleja del sitio, obliga a que los viajeros tengan que girar la vista a derecha e izquierda para no perder detalle de la singularidad del lugar. Entretanto, el señor Caridad no deja de instruir a sus viajeros con sus extensos conocimientos, producto, probablemente, de sus frecuentes viajes por la zona y de sus muchas horas de lectura.

Aquí confluyen la falla de Carboneras y la de Palomares, y se encuentran materiales volcánicos y sedimentarios de diversos tipos y edades muy tectonizadas. La perspectiva del litoral es majestuosa.

El lugar es atractivo y sorprendente. Como prueba, más adelante divisarán el castillo de Macenas, una edificación militar erigida en el siglo XVIII para la vigilancia de las costas, junto a la torre del Pirulico o del Peñón construida en periodo nazarí —siglos XIII-XV—. Esta torre formó parte del sistema defensivo de la costa mediterránea.

La playa de Macenas es un paisaje de excepcional belleza. Antiguamente se llamó playa de Bol Mayor y fue utilizada para facilitar el acceso a la carga de barcos de mineral, esparto y hojas de palmito para la fabricación de escobas. En sus proximidades, se puede localizar, en toda su extensión, una planta única

del litoral almeriense, la llamada Azucena de la Virgen, que florece en el mes de julio, de flores blancas muy aromáticas. También se encuentra el asterisco marítimo. Otra flor —también única en el mundo— con la que sorprende este paraje de Macenas es una especie vegetal endémica: la 'siempreviva de Mojácar', única tanto por su localización excepcional como porque sus flores se mantienen en buen estado de conservación mucho tiempo después de la floración. Sus hojas son muy características por su color verde-azulado, casi gris, y estar salpicadas de blanco.

Los jóvenes, que tienen la sensación de vivir en una naturaleza plena (sol, tierra, mar y viento), no han dejado de asombrarse en todo el recorrido, pero les falta la sorpresa final y esta es Mojácar. La deseada por Pedro. El pueblo, al fin, se divisa en la distancia, acostado sobre la cima de la montaña. Desde donde están, los viajeros aprecian una amalgama de acogedoras y modestas casitas blancas adosadas a la ladera.

El pof-pof del motor resuena desahogado mientras la moto corre sobre el camino paralelo a la playa que conduce al pueblo, empujada por el deseo de los hombres por llegar. Estos viajan en silencio sumidos en sus pensamientos. Pedro, agarrado a la cintura del conductor, se deja despeinar por el cálido viento mientras contempla la superficie centelleante del mar. En el suelo, la arena humea y los guijarros queman como ascuas. Insectos y moscas vuelan produciendo un run-run monótono que altera el silencio natural del paisaje. Roberto, por ir a ras de tierra —ahora es él quien viaja en el sidecar—, ve surgir la flama del calor del firme que puede cogerse con la mano. A su derecha, las aguas lisas del mar Mediterráneo, con una playa recta e inmensa, invitan a ser disfrutadas. A los viajeros no les faltan ganas, pero son superiores las de arribar al pueblo, necesitan beber algo, el calor es muy grande.

La máquina ruge con fuerza por la cuesta en dirección al centro del pueblo, a la plaza, en la que paran con gran jolgorio de la chiquillería que ha salido de la sombra de sus casas, desafiando al sol, alertados por el ruido de la moto. Una pequeña tasca ofrece poder remediar la angustia de los viajeros. Tres o cuatro parroquianos han suspendido sus conversaciones ante la presencia de los recién llegados. El sombrío interior goza de una agradable temperatura. A Jesús Caridad lo conocen y lo saludan sin dejar de mirar, extrañados y con descaro, a sus acompañantes. No es usual ver forasteros por Mojácar.

El ínclito se muestra contento, se nota que conoce el lugar, pide unas cervezas e indica con un gesto a los jóvenes que se sienten en una mesa próxima

a la puerta. El tabernero, uno de los hombres que estaba sentado, se levanta y de un recipiente de barro saca tres botellines que junto a otros más están recubiertos con trozos de hielo en la vasija.

Los sedientos viajeros saborean con fruición el primer y extenso trago. Calmada la sed, los muchachos pasean la mirada por el pequeño local, este no tiene pretensiones: pintadas sus paredes de azul, su mobiliario se limita a un pequeño mostrador con dos lejas fijas en la pared en la que reposan botellas de licor que, por su aspecto, no deben ser utilizadas con mucha frecuencia; detrás, unas estanterías a ambos lados de un hueco en la pared, tapado por una cortina, que se supone será otra habitación; en un lateral, un calendario por si alguien quiere saber la fecha en la que vive; acompañan a lo reseñado cuatro mesas y varias sillas; del techo pende un cable ennegrecido del que cuelga una bombilla y, junto a él, la consabida tira con pegamento que utilizan en la zona como defensa de las muchas moscas existentes. En un rincón, un gato observa con curiosidad a los recién llegados.

Por su parte, Jesús Caridad no pierde de vista la moto, a la que rodean un enjambre de chiquillos medio desnudos que han acudido como moscones y que merecen que el responsable de El Remedio se levante, reprobador, como impulsado por un muelle, y dirigiéndose a ellos chille:

—¡¡Niños!! ¡¡Eso no se toca!!

Con un bufido se vuelve a sentar junto a sus acompañantes.

—Siempre que vengo pasa lo mismo. Mira que les digo que miren pero no toquen, pero no puede ser.

—Son niños —interviene Roberto—, y aquí en este lugar, en el que el día a día debe tener pocas novedades, la llegada de la moto es un acontecimiento.

El hombre calla. Se ve que está pensando en otras cosas.

—Habrá que buscar un sitio donde puedan dormir —comenta al fin—, no será fácil, aquí no habrá muchos. —Y, dirigiéndose al tabernero—: Jacinto, ¿sabes dónde pueden dormir estos amigos un par de noches?

El cantinero se rascó la cabeza, adoptó una pose pensativa y en silencio miró a los otros parroquianos. Al cabo de unos minutos de silencio, en el que solo se oye el griterío de los chavales en la calle, uno de los señalados con la mirada respondió:

—Pos yo creo que la Fermina, tu prima, pue tené, se le fue el chico a Barcelona y está sola. Ella es mu limpia y tie la casa como los chorros d'oro. Como tú bien sabes, vive cerca, dos calles más abajo.

Jacinto, mirando al grupo que formaban Jesús Caridad y los muchachos, les dice:

—Y'ha oído usté, don Jesús, s'interesa llamo a mi Toño pa que los acompañe.

Los forasteros movieron la cabeza afirmativamente, todos a una se levantaron para pagar lo consumido y salir en busca de la casa, pero el gerente de la funeraria, con gesto autoritario, se opone, diciendo que invitaba él y que más tarde pasaría a verlos, ahora tenía que resolver los asuntos por los que había hecho el viaje.

Al ver a los viajeros dispuestos, el tabernero se arrima a la entrada y grita:

—¡Toño! Acompaña a estos señores a ca la Fermina y dile de mi parte que dé posá a estos señores. Tie vacía l'habitación del Blas.

Del grupo de chaveas se destaca uno de aspecto desenvuelto, con el pelo enmarañado y la cara renegrida del sol, el viento y los juegos. Con aire decidido, el rapaz se dirigió a los viajeros.

—Vengan ustés conmigo —les dijo, resuelto.

Con paso ágil se colocó en medio de los forasteros y se dispuso a conducirlos por aquel laberinto de callejuelas estrechas, evitando el sol implacable del mediodía. Mientras caminan, el niño examina con descaro a sus acompañantes, es evidente que no está acostumbrado a ver forasteros, gente extraña por el pueblo. Mojácar no es un lugar que atraiga visitantes y allí siempre están los de costumbre.

No había mentido el cliente de la tasca que había dado la información, pocos minutos después de entrar en el entramado de calles Toño se paró ante una casa de buen aspecto a pesar de su humildad.

—Aquí es —dijo el chaval mientras se acercaba a la puerta y apartaba la tela que cubría la entrada para desde allí gritar—: ¡¡¡Tía Fermina!!! ¡¡¡Soy el Toño!!! Le traigo un mandao de mi padre.

Desde el interior se oyó una voz que decía:

—¡Ya voy! ¡Ya voy! Y no chilles tanto… ¡Jodío chiquillo este!

Momentos después la dueña de la casa emergió de la cortina.

–¿Qué es lo que quiere tu padre? —preguntó al chiquillo.

Al ver a los jóvenes la mujer se quedó muda. La situación embarazosa la salvó el chavea que, de carrerilla, dijo:

—M'ha dicho le diga que dé posá a estos señoritos en l'habitación del Blas.

La mujer, sorprendida de la situación, miró al niño y luego a los forasteros. Pedro, ante la mirada inquisitoria, reaccionó.

—Señora, perdone, acabamos de llegar, hemos venido con el señor Jesús Caridad, gerente de seguros El Remedio. Queremos estar unos días, y necesitamos un lugar para dormir; al preguntar en la taberna, el propietario ha dicho que posiblemente usted podría alquilarnos una habitación por habérsele ido un hijo fuera, a Barcelona.

La mujer, repuesta de la sorpresa, dijo:

—Efectivamente tengo una habitación, la de mi hijo. No había ni remotamente pensado en alquilarla, pero tratándose de que me lo pide mi primo la alquilaré, son tres pesetas diarias cada uno de ustedes.

Los viajeros aceptaron de inmediato. Toño se disponía a marcharse, pero Roberto lo cogió de una mano y abriéndole la palma puso en ella una peseta. El chaval, al sentir el contacto de la moneda, dio un estirón, se soltó, y dando un salto espectacular salió corriendo gritando:

—¡¡¡Yuuupiiii!!! Tengo una 'pela'.

Los muchachos, riendo, penetraron en la casa siguiendo a la señora, quien los condujo a una habitación cuya ventana daba a un patio interior con flores. Los muros eran gruesos y conseguían que en el interior la temperatura fuese relativamente fresca. La habitación tenía una cama, tendrían que acomodarse. Los tertulianos tabernarios no se habían equivocado, la casa, además de estar limpia, olía a limpieza. El dormitorio era sencillo y, a diferencia de otros, tenía un viejo arcón que debía contener ropa del hijo ausente, una pequeña mesita a la cabecera de la cama, una silla y un mueblecillo con una jofaina. Varias fotografías colgadas en las paredes reflejaban la imagen de un militar con el uniforme de regulares y una fecha en una de ellas: *Diciembre, 1949*.

Acababan de dejar las mochilas en el suelo cuando unos discretos golpes en la puerta avisaron de que alguien quería entrar.

—Adelante —dijo Pedro.

Era la señora Fermina, que traía una silla más para la habitación.

—Señores, no sé qué van a hacer ustedes —expuso la mujer al mismo tiempo que colocaba la silla junto al mueble de la jofaina—, si quieren les preparo algo para comer. Tengo gazpacho y les puedo hacer patatas a lo pobre y huevos.

Los viajeros aceptaron de inmediato, visto lo visto en la plaza no sabían dónde podrían comer, por lo que Roberto, ante el ofrecimiento de la patrona, le hizo una pregunta:

—Señora, ¿nos podría hacer la comida los días que estemos en el pueblo?

—¡Sí! Sin ningún problema. El precio de comer y dormir le costaría seis pesetas a cada uno. Y, ahora, si les parece bien, refrésquense, en el patio tienen agua en un balde. Luego se sientan en el zaguán, que ahora está fresquito, en lo que preparo el almuerzo.

La estancia en la que sentados aguardaban los viajantes era austera; sin embargo, el detalle floral, común en el sur, de macetas distribuidas estratégicamente para hacer más agradable la vivencia, junto a una mesa redonda y una mecedora cercana a la entrada, donde la señora Fermina debía pasar muchas horas de su tiempo, hacían de la estancia un lugar sumamente confortable. En una pared, un reloj, detenido a las siete y tres minutos, estaba harto de marcar la hora correcta dos veces al día, y, en silencio, suplicaba que alguien le diera cuerda. Una cantarera con dos cántaros, una cómoda, una mesa rectangular y varias sillas completaban el mobiliario. Se estaba bien allí. Las persianas de madera verde bajadas daban a la habitación una semipenumbra de agradable frescor. Sentados en sillas bajas, los recién llegados se mantenían en silencio sumidos en sus pensamientos. Reflexiones que truncó la voz de la dueña de la casa.

—Vamos a comer, solo falta freír los huevos y en eso no se tarda nada. Para beber solo les puedo dar agua y vino, todavía me queda algo de cuando estaba aquí mi hijo.

Mientras hablaba había sacado un mantel de la cómoda y lo había extendido sobre la mesa al que añadió platos, vasos y cubiertos. Agregó una jarra de barro con agua y otra, más pequeña, con vino. Pocos minutos después, una oliente sartén humeaba en el centro de la mesa. Unos cuencos con gazpacho completaron el ágape.

La señora se mostró como una excelente conversadora, por ella supieron que la taberna era propiedad de sus primos Jacinto y Rosario, herencia del padre; que el primero estaba casado pero la segunda, no, y que por la edad que

tenía, cincuenta años, se quedaría para vestir santos. La taberna funcionaba todo lo que podía funcionar con la pobre economía del pueblo, pero, aunque había otra, los hombres iban a la de sus primos porque, con frecuencia, aparecía por allí la mujer del Jacinto, una agraciada mujer de rotundos senos y generosos escotes que alegraba el beber de los parroquianos.

Como era natural la pregunta de rigor no tardó en formularse.

—¿Qué hacen dos hombres jóvenes como ustedes perdidos por aquí? —observó la mujer.

Fue Pedro el que respondió.

—Aunque algunos no lo comprendan estamos recorriendo esta parte del sur de España para conocerlo y nos está encantando. No vamos a ningún lugar concreto, aunque yo sí quería conocer Mojácar. En algún sitio leí algo sobre este pueblo que me hizo prometerme que algún día lo conocería. Y estoy aquí. Pero se podría decir que viajamos a ninguna parte. Antes hemos estado en otros puntos, últimamente, antes de llegar a Almería, en Marruecos.

—¡Marruecos! —interrumpió la mujer—. Allí hizo la mili mi Blas, en Melilla, y cuando vino ya no era el mismo. Regresó amargado, le atormentaba un hecho que vivió y que yo creo que hizo, entre otras cosas, que se fuera a Barcelona. En el pueblo los recuerdos lo abrumaban y quiso huir de ellos. Nunca conseguí que me contara lo que le pasaba, hasta que me lo contó días antes de irse a Cataluña.

Aquí su voz se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Los jóvenes respetaron su paréntesis de pena, pero pasados unos minutos, en los que solo se oían los suspiros de la dolida madre, intervino otra vez Pedro para preguntar:

—¿Qué hecho pudo pasarle en el Servicio Militar que no fuera de los normales? Los que hemos hecho la mili hemos tropezado, unos más y otros menos, con un sargento mal nacido que quería que sus carencias las pagasen los soldados, o con algún oficial de bajo rango que la tomaba con uno; pero que cuando nos hemos licenciado todo se ha quedado en anécdotas para contarlas a los amigos o a la novia.

—Lo de mi Blas no fue eso, fue más gordo. Miren, como se les ve gente de confianza, se lo voy a contar.

Y cerrando un instante los ojos, la señora Fermina comenzó la narración.

El año que mi hijo se licenciaba, el año pasado, el 49, entre los reclutas que llegaron al cuartel de Regulares llegó uno con el que mi Blas hizo una gran amistad, se llamaba Benito López Franco, era aragonés. El muchacho era un buen mozo, simpático, alegre y con destacada afición para la música. Tocaba la guitarra y poseía una buena voz para cantar jotas. De hecho, los compañeros estaban encantados con su compañía. Su buen hacer no podía pasar desapercibido, por lo que era invitado para amenizar los festejos de la oficialidad y familias. Parecía un joven afortunado, pero esa fortuna fue su perdición. La hija de un oficial de alta graduación se fijó en él y ambos se enfrascaron en una apasionada historia de amor que se vio truncada por su muerte. Esta ocurrió, según cuenta mi hijo, de forma sospechosa y nada clarificada.

Cuatro quintos de su mismo pueblo, mi hijo al que llamaban Almería y el Benito formaban un grupo de amigos inseparables, Todos le advirtieron de lo peligroso de la relación, pero estaba encelado. Con mi hijo, según este, tenía un vínculo especial de confidencia que no tenía con los amigos del pueblo. Días antes del suceso le había confesado a mi Blas que estaba preocupado por la presión a que estaba sometida la joven por parte del padre. Unos meses antes había llegado a Melilla un comandante del Estado Mayor, joven y soltero, que cuando conoció a la chica se interesó por ella; quería casarse, pero esta pasaba de él y eso tenía al padre endemoniado. El hecho lo comentaba, el Benito, satisfecho del ascendiente que tenía sobre la muchacha. A mi hijo aquello le preocupó y se lo hizo saber, pero su compañero, con suficiencia, dijo que no habría problemas, que la chica le quería a él.

El día de su muerte, 16 de enero, Benito tenía servicio en el botiquín y los dos amigos estuvieron hablando hasta primera hora de la madrugada del permiso que iba a disfrutar cuatro días después, sin que se le advirtiera ningún síntoma de desvarío. Comentó que se iría a Zaragoza, que necesitaba ver a su familia. Aunque quería aparentar tranquilidad se le notaba preocupado. El soldado de relevo lo encontró sin vida y su familia quedó esperando un hijo y un hermano sobre el que no encontraron fáciles referencias. Después de indagaciones por parte de las autoridades, finalmente, de manera oficial, se comunicó que Benito López Franco se había suicidado con la cadena del váter. Como consecuencia, el vicario le negó enterramiento en tierra sagrada y se le inhumó en una zona del cementerio conocida como Patio Civil, boca abajo y con la cadena de la cisterna que supuestamente le sirvió de herramienta para su suicidio.

El silencio sobre el hecho en el cuartel fue absoluto. Nadie osó hablar del tema, un temor, nadie sabía a qué, se extendió entre los amigos. A la joven no se

la volvió a ver y mi Blas se licenció con aquel recuerdo que se convirtió en pesadilla. De hecho, dos meses después de licenciarse se marchó del pueblo.

Los comensales habían escuchado a la anfitriona sin hacer comentario alguno. Roberto, como colofón del relato y para no prolongar la angustia de la señora, se atrevió a romper el silencio.

—Esta es una historia de las muchas que hay que quedarán sin resolverse y que lo que hay que tratar de hacer es olvidar porque el recordarla es atormentarse. Así que mi consejo es que olvide el tema y piense que su hijo se ha ido a Barcelona en busca de futuro, no huyendo de un recuerdo. Eso la tranquilizará. Y ahora con su permiso vamos a dormir la siesta.

Ya en la habitación, Roberto le hace un comentario a su amigo.

—¿Te has dado cuenta de las historias que aun sin querer vamos conociendo? Y es que la vida está llena de semblanzas. Hay tantas crónicas como personas. Rascas levemente en la vida de un individuo, mujer u hombre, y sale un testimonio.

—Tienes razón —le contesta Pedro, que ya está tumbado y con ganas de cerrar los ojos—, pero ahora vamos a ver si dormimos un poco.

Fuera, el pueblo dormía huyendo del sol, el bochorno estaba en su punto más álgido, pero a pesar de la siesta la vida latía con pujanza en el corazón de sus habitantes. En la calle, a pesar del calor, algo se movía en dirección a la plaza: era la burra de Demetrio, el calero, quien, en silencio, a su lado, caminaba sin atreverse a pregonar la mercancía por respeto a la hora.

En la taberna de la plaza, Jacinto, solitario, dormitaba sentado en una silla en el interior del establecimiento, deseoso de que el pueblo se despertara y tomara su hábito normal. El sonido de la voz del Demetrio hablando con su burra le avisa de que la existencia se empieza a mover.

—Me paece, Chula, qu'es la hora, así que voy a empezá a pregoná la mercancía.

Y dicho y hecho. Llevándose la mano ahuecada cerca de la boca, gritó:

—¡Ha llegao el calero! ¡Mujeres! ¡A la cal blanca, muy blanca!

Minutos después, los pasos cansinos de Chula, la burra, resuenan en la plaza.

—¡Con Dios, Demetrio! —La voz del tabernero sorprende al calero.

—¡Dios te guarde, Jacinto! ¡Vaya un día que tenemos!

El dueño del local no quiere estar solo y aprovecha la presencia del vendedor para poder charlar y despejar su aburrimiento.

—Siéntate un poco, echa un cigarrillo y descansa, que la vida no es solo pa trabajá.

El hombre acepta la invitación, se sienta, y, después de limpiarse la cara con un pañuelo sucio que lleva alrededor del cuello, se lamenta amargamente.

—Sé que la vía está mu mala, Jacinto, pero la mía es rematá, no se vende na, esta profesión es un asco. A veces me dan ganas de vender la burra e irme por ahí porque peor que lo mío no hay na.

El cantinero intentó animar al hombre.

—Tampoco es tanto, Demetrio, tú vas viviendo, ¿o no?

—No sé, no sé si esto es vía. Desde que quedé viudo llego a la casa y me se cae encima. Tengo qu'hacerme de comé, arreglarme la ropa y, además, solo. Eso me pue, no sé que voy hacer.

La última frase del hombre había hecho encenderse una luz en el cerebro del cantinero, pensando en el celibato de su hermana. Varias veces había pensado que si su hermana seguía soltera con los años sería un problema, y he aquí que el Demetrio podía ser la solución. Sin pensárselo dos veces afrontó la cuestión.

—Yo'n tu lugar me casaría —le espetó al calero.

—No lo dirás en serio, Jacinto —le respondió el Demetrio con sorpresa.

Ya serio y con signos de tristeza en su cara, el calero se explayó con el cantinero.

—¿Quién va queré a un casi viejo como yo? Voy a cumplí cincuenta años, soy viudo y mi profesión ya sabes cuál es, con un panorama así, ¿dónde va habé una mujer que pueda interesarse por mí?

—Hombre, me lo pones difícil, no sé… ¿Por qué no hablas con mi hermana?, yo sé que le gustas —propone el tabernero como si la idea le hubiera surgido de repente.

Al calcinero la respuesta le pilló de sorpresa, por lo que abrió los ojos de forma desmesurada al escuchar la confidencia.

—La… ¿la Charo? —balbuceó.

—Sí, la Charo. Ella no es agraciá y tie también sus años, más o menos los tuyos, pero es buena y una mujer de su casa. Los dos os podéis solucionar el problema de soleá y además seremos familia. ¿No t'apetece?

—Hombre… pos sí, además lo pintas d'una forma y paece tan fácil que me da miedo equivocarme. ¿Y si m'hago a la idea, llego a tu hermana, le digo que quieo casarme con ella y qu'al escucharme se ponga a reír a carcajás y me mande p'hacer gárgaras? ¿T'olvías que soy viudo?

—Y dale con lo de viudo, ¡qué matraca! ¿Qué tie un hombre que no tenga un viudo? Yo te conozco y sé qu'eres una buena persona, trabajaora y honrá, pa mí suficiente, pero la decisión tie que ser tuya.

Demetrio se levantó incrédulo, no creyéndose lo escuchado, y rascándose los pelos de la cabeza se perdió con la burra por el laberinto de calles con las frases del Jacinto retumbándole en la cabeza. ¡A la Charo le gustaba! Y él sin enterarse. ¿Cómo no se había dado cuenta? Precisamente hacía dos días le había vendido dos arrobas de cal y no había notado nada, solo la amabilidad de siempre. Eso sí, la Charo guapa no era, pero simpática… ¡un montón!

Animado, emprendió el camino, y la idea de casarse fue tomando fuerza en su mente. A medida que pasaban los minutos la idea de la soledad se le hacía más insoportable, con su difunta mujer no había tenido hijos y si no ponía los medios su soledad sería de por vida.

Sin darse cuenta, el subconsciente lo había llevado a la casa. La madura soltera tomaba el fresco en la puerta sentada en una pequeña mecedora.

—Güenas tardes, señá Rosario.

—Hola, Demetrio, ¿cómo va el negocio?

—Pos cómo quié usté que vaya, rigulin rigular tirando a mal.

—Y… ¿Qué se t'ofrece?

—Pos… na, pasaba por aquí y m'he dicho voy a saludá a la señá Rosario qu'es mu simpática y a pedirle me dé un vasico de agua fresca.

—Sí, claro, cómo no, Demetrio, espera un momento que paso endentro y te traigo el botijo.

La Charo se levantó y penetró en la vivienda. El calero quedó sumido en sus enfebrecidos pensamientos, de pronto reaccionó e intentó entrar tras ella en el momento en el que la propietaria del inmueble salía con el fresco recipiente. Ante el asombro de ella por la irrupción del hombre, este dijo:

—Verá, señá Rosario… yo no he venío a bebé agua, ni pasaba por aquí de forma casual, no. Yo he venío porque quieo casarme y he pensao en usté. He pensao… que… como usté me gusta y que… usté y yo…, los dos… Bueno… ya sabe.

A la solterona, al principio, la sorpresa no le permitió reaccionar, pero cuando asimiló la frase formulada se le abrieron las carnes, no podía creer lo que oía… ¡Casarse! ¡Ella casada! Ella que pensaba que ya no… Pasados unos segundos de asombro exclamó exultante:

—¡¡Sí!! ¡Sí! Demetrio, los dos…, ¡tú y yo! —Y, en voz baja—: ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Virgencita del Rosario! Gracias, muchas gracias.

Y el botijo cayó de sus manos, estrellándose en el suelo y rompiéndose en cien pedazos.

Mientras esto ocurría, cerca de allí, Jesús Caridad caminaba presuroso por las encrespadas callejuelas para encontrarse con los muchachos. Iba satisfecho, el día había sido fructífero y le apetecía tomarse una cerveza con Roberto y Pedro antes de despedirse de ellos; le caían bien, seguramente no los volvería a ver y quería personalmente explicarles algo de la historia del pueblo.

En una transición, su mente recordó el problema que había tenido que ir a resolver y pensó en Mauricio, ¡pobre hombre! Lo que daba más pena de él era su torpeza para desenvolverse.

Lo había conocido en Garrucha deambulando por la subasta del pescado. Caminaba ausente, como ido. Era un ser perdido. Le llamó la atención observar que para ser forastero no le atraía nada de lo que ocurría en su entorno. Lo abordó, entablaron conversación y, Jesús, al saber que buscaba trabajo y que tenía formación, pensó en él como la persona idónea para la idea que tenía en mente de abrir una representación de su negocio en Mojácar. Se lo planteó y a este le pareció estupendo perderse en aquel punto ignorado del mapa. Era notorio que era una persona culta por la evidencia de su habla y por las cosas que sabía, pero al mismo tiempo denotaba ser un pobre hombre, y lo era más aún por el contraste entre su sabiduría y su poquedad. Un pobre hombre, un inútil absoluto, un inútil total como decían en el ejército. Así era Mauricio, dedicaba todos sus esfuerzos a disimular su propia excepcionalidad y pasar inadvertido trabajando en la sórdida oficina que habilitaron como sede de Seguros de Decesos El Remedio, en la que por no haber no había ni máquina de escribir, y en la que ganaba

un sueldo de hambre —lo sabía bien él, que era quien le pagaba—. Allí ocultaba su origen y sus méritos.

En su día, Mauricio fue un profesor respetado, desperdiciado por culpa de la incompetencia de un sistema educativo hacia el que profesaba una obsesiva animadversión. Le gustaba tanto lo que hacía, tan convencido estaba de la formación de la juventud, que le dejó de importar las mezquindades administrativas y las conspiraciones de profesores del régimen que durante años le cerraron el paso en su carrera docente.

Lo que ahora le dolía era darse cuenta de que en el fondo se había convertido en un resentido y, por lo tanto, en un enfermo, pues el rencor era una enfermedad moral de las más graves. Una noche, una de esas noches desalentadoras de nostalgia, le había dicho que se iba a tomar un 'carajillo' de coñac. Le sorprendió. A Mauricio nunca le había visto tomar alcohol. Este se había cuidado de no decir a nadie que en otros tiempos bebió mucho, que había estado a punto de convertirse en un alcohólico o que llegó a serlo y no se dio cuenta o no le importó. Tan pulcro, ahora, tan comedido en sus palabras y gestos, hubo una vez en que, borracho, sin afeitar, dando traspiés avergonzados, de noche, en aquella ciudad en la que había sido profesor, le vieron entrar esposado en la comisaría tapándose la cara con un periódico. Los 'carajillos' de coñac, porque fueron más de uno, habían hecho que se lo contara todo.

A la mañana siguiente había despertado aniquilado por la resaca y el arrepentimiento. En la mísera habitación que era la oficina se estremeció de ternura y desolación al mirar la cara de la chica y sus rasgos inexactos en la fotografía que había sacado de la cartera. Recordó su jersey azul marino y el tacto de su pelo. Era la mejor alumna que había tenido nunca, contó, una chica de quince o dieciséis años no especialmente guapa. Se acordaba de cómo se acostumbró a verla en el primer banco, a buscarla con la mirada y del modo gradual en que la costumbre se convirtió en deseo y, a la vez, en angustia. Nunca hasta entonces había cometido adulterio, nunca se había sentido atraído por adolescentes, como les ocurría a otros hombres al llegar a cierta edad. Sucedió algo… ¿un calentón?, de pronto, a escondidas, sin anticipación, un arrojarse el uno hacia el otro en la penumbra de una biblioteca vacía un viernes por la tarde. El asombro mutuo, el sigilo y el miedo los mantuvieron unidos durante unos meses. Pero, en una capital tan pequeña era normal que aquel escarceo acabara por saberse.

—Abusos deshonestos, amigo —le había comentado, compungido—, eso es lo que dijeron. Abusos deshonestos y corrupción de menores. Como si yo fuera

un violador —contaba—. No podía salir a la calle. La gente me increpaba. La cárcel, casi, fue un alivio.

—Hay ocasiones en que la cárcel no tiene que suponer una mancha —recordaba Jesús Caridad que le había dicho, tratando de consolarlo—. Yo, aunque no tengo estudios, lo he aprendido en la universidad de la vida.

Pero el hombre no escuchaba y siguió con su historia, necesitaba compartirla.

—La chica quiso declarar, pero no se lo permitieron, quería exculparme. Y de esa manera me vi degradado ante la opinión pública, convertido en el chivo expiatorio de un pueblo entero. Todavía me pregunto por qué no me maté. Me marché de allí. De alguna forma me expulsaron. Si reflexionaba con honradez, no tenía derecho a quejarme de ninguna injusticia. No lo había hecho bien. Huí del lugar buscando mi propia deportación. Sabía que en las ciudades griegas el castigo que se reservaba para quienes cometían una falta particularmente grave no era la prisión, ni la muerte, sino el ostracismo, el destierro.

Y aquel había sido el final de la improvisada confesión.

Estos hechos eran el origen del problema por el que había tenido que acudir con urgencia allí, a Mojácar. Mauricio era su agente en la zona y estaba depresivo, no era la primera vez que tenía que acudir a levantarle la moral, estaba en juego la oficina de representación de El Remedio en la zona. Afortunadamente, después de almorzar juntos y un buen rato de charla, un pequeño aumento en los emolumentos y la promesa de visitarle y repetir los almuerzos con más asiduidad habían conseguido elevar notablemente el ánimo del representante. El gerente de El Remedio había solventado con éxito la papeleta.

Cuando llegó a la casa de la señora Fermina, los viajeros estaban preparándose para salir a conocer el pueblo.

—¿Qué tal, muchachos?, ¿se ha descansado bien? Pues si es así, prepárense, vamos a dar una vuelta, les enseñaré el pueblo y les contaré algo de su historia.

Una vez terminados de arreglarse, los tres, dirigidos por Jesús Caridad, se dirigieron a la plaza, donde el hombre comenzó a dar rienda suelta a sus conocimientos sobre el lugar.

La existencia de esta plazuela data de finales del s. XVI. Y si nos situamos en el mirador, dominaremos una impresionante vista del Valle de las Pirámides. Desde aquí, la vista alcanza el inmenso valle que cierran las sierras de Cabrera, Bédar y Almagrera y finalmente se abre al mar. De izquierda a derecha, se pue-

den divisar Turre, Bédar, Los Gallardos, Vera, Garrucha, Cuevas del Almanzora, Villaricos, el río Aguas, las huertas, etc.

En esta plaza, como ven, nos encontramos con un oratorio: la Ermita de Nuestra Señora de los Dolores, construida en el s. XVI sobre la antigua mezquita mora y reedificada en el s. XVIII.

Mojácar es una hermosa villa, una monumental glosa al estilo árabe, y para muestra los voy a llevar a la Fuente de la Mora para comenzar por el principio, porque esta fue la clave fundacional del pueblo. Sus trece caños provienen de la reforma efectuada en el s. XIX, sus apreciadas aguas han servido a través de los siglos para calmar la sed, para lavar y para abastecer las huertas. Las lavanderas, para no contaminar las aguas que regaban las huertas, lavaban de dentro a fuera con los pies dentro del agua. Aquí vienen a proveerse los habitantes del pueblo, especialmente las mujeres, estas llegan con el chal cubriéndoles parte de su rostro, algunas, en la cabeza, llevan una almohadilla para aliviar el peso del cántaro que sostienen sobre ella, otras lo portan apoyado en la cadera. Después visitaremos la Puerta de la Ciudad o Puerta de la Almedina, como reza su inscripción árabe. Es un arco de medio punto, que sustenta el escudo primitivo del municipio; fechado a mitad del siglo XVI, acoge en su clave el escudo de los Austrias que le fue otorgado a la villa por su lealtad durante la batalla de las Alpujarras. Era la antigua vía de acceso al pueblo, al Arrabal, la antigua judería, donde las calles se hacen más intrincadas y estrechas. Este barrio extramuros de la antigua Mojácar comenzó a construirse en el siglo XVII y alcanzó su máxima extensión a finales del siglo XIX.

Mientras caminaban a su lado, los dos jóvenes escuchaban con sumo interés el discurso del señor Caridad.

Este olvidado pueblo, que no es pueblo, que es ciudad, tiene mucho pasado, mucha historia. Mucha gente desconoce que, en el siglo XVI, Carlos V le otorgó el título de ciudad; a pesar de ello la influencia árabe ha continuado incuestionable. Varios lugares de la zona, sus miradores, recuerdan sus raíces musulmanas, oteadores que permitían a los moradores contemplar bellos panoramas y espléndidos horizontes. A partir del reinado de Muhammad I en Granada, el pueblo (me resisto a llamarlo ciudad) junto con sus tierras quedaron incorporadas al sultanato nazarí, lo cual lo convirtió en zona de frontera, con los inconvenientes que ello ocasionaba. Para solucionarlo se revitalizaron las defensas y las torres vigías, lo que no impidió las incursiones cristianas. Se cree que, durante toda

esta época, Mojácar estuvo situada en Mojácar la Vieja, un monte que hay al lado, desde el que se dominaba todo el valle y a cuyos pies llegara probablemente el mar. El lugar poseía uno de los aljibes más impresionantes de los conservados del antiguo reino de Granada. Se especula con que a finales del s. XIII es cuando Mojácar la Vieja comienza a ser abandonado y se empieza a conformar el núcleo urbano del Mojácar actual; se baraja la posibilidad de que fuera destruida por un terremoto o bien de que sus habitantes, acosados por los cristianos, buscaran un enclave más protegido.

El avance y las conquistas de los ejércitos del cristianismo eran incuestionables. El 10 de junio de 1488, los alcaides de toda la comarca acuden a rendirse ante los Reyes Católicos, pero no así el alcaide de Mojácar, lo que alerta a los cristianos puesto que Mojácar, por su situación estratégica y considerable número de habitantes, constituía uno de los puntos significativos de la región. Los Reyes, como medida de prudencia, envían al pueblo una embajada de sondeo e invitación a la rendición presidida por el capitán Garcilaso. Según cuenta la leyenda, la entrevista tuvo lugar en la Fuente de la Mora, y es allí donde el rey moro Alavez así se explicó ante el enviado cristiano:

«Yo soy tan español como vos, cuando llevamos los de mi raza más de setecientos años de vivir en España, nos decís que nos marchemos. Yo no hice nunca armas contra los cristianos y creo justo, pues, que se nos trate como hermanos, no como enemigos, y se nos permita seguir labrando nuestra tierra». Y añadió: «Yo antes de entregarme como un cobarde, sabré morir como un español». Garcilaso regresó a Vera y contó a los reyes la entrevista, ellos otorgaron la confianza a Mojácar y esta se mantuvo fiel a su palabra y vivió como una ciudad más de la España cristiana.

Jesús Caridad se detiene un momento, reflexiona y, al cabo de unos segundos, continúa con sus observaciones.

Mojácar es un pueblo de vaivenes. De idas y venidas. De ser importante, hace un par de siglos, a ser insignificante, como ahora. En uno de esos balanceos, en 1812, el año más negro de su historia contemporánea, el hambre, la fiebre amarilla y la viruela asolaron la ciudad. Y ese péndulo que es la suerte la señaló. Veintiséis años más tarde se descubre un filón de plata en Sierra Almagrera con lo que se ponen en el municipio varias minas en explotación. Se instala un alto horno de fundición de plomo en la playa que será el primero de Almería y segundo de España. Esta será una época de esplendor para toda la zona y cuando

Mojácar alcanza su máximo demográfico: 6.382 habitantes según un censo de finales de siglo.

Al comienzo de la II República se cierran todas las minas y se entra en una grave crisis, lo que provoca una oleada de emigraciones hacia Argentina y Estados Unidos. La Guerra Civil, la posguerra y la sequía sumieron de nuevo al pueblo y la zona en una profunda depresión llegando al mínimo histórico: tres mil habitantes. Los mojaqueros de nuevo emigran ahora hacia Cataluña y diferentes lugares de Europa.

Las explicaciones sobre la historia de la ciudad han sido escuchadas con mucha atención por los acompañantes del improvisado guía, especialmente por Pedro. Mientras caminan por aquel laberinto de calles, los muchachos han venido observando que, en la pared de algunas de aquellas humildes viviendas, a la entrada, hay pintado un extraño dibujo muy parecido a un muñeco y es Pedro, precisamente, quien pregunta por su significado.

Es un talismán al que la gente le tiene fe —responde el guía—. Desde hace muchos años, aquí se considera un símbolo que libra de males y desgracias. Los mojaqueros recurren a él para que los libere de las tormentas, los terremotos o las maldiciones. El símbolo se descubrió en Vélez Blanco en 1868, en un abrigo de la ladera del cerro Maimón, conocido como la Cueva de los Letreros, una especie de santuario del Neolítico donde, además de este símbolo, existen varios más representados. No se sabe quién lo trajo aquí y qué originó el sortilegio, el caso es que en Mojácar la gente cree en él y le tiene mucha confianza. Por cierto, que quien fuera que pintó esas figuras, utilizó una pigmentación llamada almagre.

Y aún hay más respecto a esta curiosa figura, y es que, recientemente, un grupo de artistas almerienses la han elegido como símbolo representativo de su colectivo. Lo lidera un tal Jesús de Perceval y ha bautizado esta imagen que aquí se ve con el nombre de Indalo, que es el nombre familiar en Almería de Indalecio, su patrón.

—No sé si ustedes estaban al tanto de esto último —observa el amable gerente de El Remedio—. No hace mucho que lo leí en la prensa, aunque sé que también se habla de ello en la capital.

—Pues no, no sabíamos nada de ese grupo de artistas que usted comenta —confirma Pedro después de cruzar una significativa mirada con su compa-

ñero—. Probablemente se estén dando ahora a conocer y no han llegado aún al gran público. Puede que más adelante sepamos algo de ellos y de ese tocayo suyo de apellido Perceval, tan ligado a la caballería y a las leyendas artúricas.

—¡Ah!, pues hablando de leyendas, sé de una que les va a encantar oírla. —La expresión de don Jesús Caridad ha cambiado al acordarse de lo que les va a relatar—. Aquí se asegura que el gran Walt Disney nació en Mojácar, un hecho que hace unos años desveló una revista y que algunos mojaqueros han dado por cierto. Lo que se dice es que una joven lavandera de este pueblo, Isabel Zamora, marchó con su hijo, posible fruto de una relación con el médico de aquí, a Estados Unidos para reunirse con un hermano suyo. Allí, parece ser que se hicieron cargo del niño unos granjeros, Elias y Flora Disney, lo acogieron como hijo propio y le pusieron de nombre Walt. Todo esto son conjeturas, pero algo habrá de verdad en todo ello; el caso es que, a pesar de que de sus otros hermanos sí existe partida de nacimiento, nunca se ha encontrado la del gran dibujante. También se cuenta que hacia 1940 vinieron unos hombres desde Estados Unidos para buscar el documento y que o bien no lo encontraron por haber sido quemado durante la Guerra Civil o lo sustrajeron y se lo llevaron. ¡Vayan ustedes a saber! El caso es que no hay ninguna prueba que avale la historia, pero cuando el río suena…

Tras el curioso e interesante inciso, los tres viandantes siguen caminando por aquel laberinto de calles y los pasos les conducen a la Plaza del Ayuntamiento. En el centro se encuentran con un árbol frondoso y centenario traído de las Américas, según comenta don Jesús, por un mojaquero emigrante. El pueblo va tomando vida, el trasiego de la gente, su ir y venir, da esencia al espectáculo de aquel pueblo que parece trasplantado del vecino Marruecos.

Sobre una colina, en la parte más alta de la población, localizan el castillo de Mojácar, del que solo queda el aljibe rodeado de ruinas. Ahí, los dos jóvenes van a recibir la última información acerca del pueblo por boca del señor Caridad. Por él van a saber que aquel castillo fue construido en el siglo XIII, que fue reformado en siglos posteriores, que ejerció de vigía ante las incursiones enemigas y que estuvo en activo hasta el siglo XVI, cuando la Casa de Alba nombró alcaide de la ciudad. Las calles que suben hasta la vieja alcazaba árabe están empedradas y las casas tienen puertas pequeñas y ventanas minúsculas, enrejadas y perfumadas por macetas con flores de vivos colores.

Descienden. El caminar y la atención al relato, a las historias, ha hecho que no perciban el oscurecimiento del cielo, el ocaso del día. Este no da para más.

Débiles luces van adueñándose del espacio. Poco tiempo después la noche se hace dueña de todo. Por placetas, calles y callejones desfilan sombras errantes, huidizas. El embrujo de la noche mojaquera es total; hace calor y en el mar el reflejo de la luna sobre el agua hace que parezca que las olas arden. Estrellas errantes cruzan una y otra vez el cielo, pero estas ya no eran aquellas por las que tantas noches se sentaron los antiguos moradores para pedir deseos que rara vez se cumplían.

Cuando llegan a la plaza, la taberna del Jacinto se muestra animada de dicharacheros clientes, frente a ella, Jesús Caridad se detiene y dice que ha llegado el momento del adiós. Todas las despedidas son tristes y esta no iba a ser una excepción.

—Hasta siempre, amigos —les dice con pesar—. Ya saben dónde encontrarme. Jesús Caridad de los Santos a disposición de ustedes. Lo que están realizando nos gustaría hacerlo a mucha gente, pero nos falta valor.

Después de un sentido abrazo, y pedirle salude en nombre de los dos a don Justiniano, lo vieron perderse en busca de la moto.

La noche se ha hecho dueña del espacio cuando el gerente de El Remedio, de vuelta hacia Carboneras, vuelve a verse sumido en sus pensamientos. Se siente nostálgico, algo se remueve dentro de él: los recuerdos. Ese aire, diferente, 'civilizado', traído por los jóvenes le hace evocar otros tiempos, otros lugares. El mensaje para don Justiniano, dándole ánimos, le ha revivido otra época, su otra vida. Su gran secreto. No es casual el afecto que siente por el secretario del ayuntamiento. Don Justiniano, aunque con mayor edad, le recuerda a un querido amigo de la infancia. Él también es hijo del hospicio, con la diferencia de que de Jesús Caridad nadie sabe su origen, solo saben que llegó de la capital.

Sin que él haga nada por evitarlo, ayudados por la nostalgia del momento, con más fuerza que nunca, sus recuerdos afloran. Lo irónico de la vida es que su procedencia tampoco él la sabe, solo conoce lo que le contó sor Angélica, 'su madre', en aquel centro de acogida.

Su historia empieza en el torno de la Maternidad donde lo depositó una madre desconocida con un papelito donde se leía el nombre de Jesús. Fue su única referencia. Las monjas de aquel centro aceptaron de buen grado que el niño se llamara así, y se limitaron a darle los apellidos. Eran apellidos de niño encontrado: Caridad, de los Santos.

La vida en el hospicio fue dura, desde que tuvo uso de razón tuvo que luchar por sobrevivir. En aquellos años, la vida en los orfanatos ayudaba a construir alianzas indestructibles y manías irracionales. Los niños llegaban a ellos desamparados y entre los pequeños había luchas tremendas. Para sobrevivir, se inventaban sociedades clandestinas y hacían pactos de sangre secretísimos. Las razones que favorecían una amistad infantil eran puramente instintivas y crueles. Tú me gustas, tú no me gustas. Así pues, por alguna filiación azarosa que ni ellos mismos sabrían explicar, desde el primer día que pisaron la Casa de la Caridad los dos amigos se convirtieron en uña y carne. Rafael y Jesús o Jesús y Rafa, como llamaba a su amigo.

Por tener la misma edad siempre estuvieron juntos, a los diecisiete años salieron del orfanato: Rafa, empleado como mozo de equipajes en la estación de trenes de Atocha, y Jesús, también como mozo, pero en la Sepulvedana, empresa de autobuses. Los dos amigos compartieron una habitación en una pensión del paseo de las Delicias y también una maleta de cartón piedra que tenían debajo de la cama, regalo a Jesús de sor Angélica como un pasaporte para el futuro. Dentro, ambos guardaban sus tesoros de la niñez, unos cuantos cuadernos escolares que se habían llevado del Hospicio, algún libro y alguna foto. A él le gustaba creer que toda su vida podía meterse en una maleta. Esa superficialidad encajaba muy bien con sus viajes de ayudante en la Sepulvedana que lo hacían sentirse como un nómada y con el alojamiento siempre provisional de la pensión.

Eran felices a su manera, Todo lo feliz que se podía ser en aquel Madrid de 1930. Pero ellos, una vez dejada atrás la inocencia y pensando que aún quedaba lejos la edad de meterse de lleno en cálculos y otras historias, transitaban por la vida con el equipaje justo, sin exceso de pesos superfluos ni dramáticas carencias. Eran dos potros recién salidos del potrero con muchas ganas de correr, galopar en campo libre. Querían disfrutar y, sin pensar las consecuencias, hacían travesuras como sustraer libros en los puestos del Rastro, por la emoción del acto, y luego intentaban venderlos a la competencia. Se acercaban a las prostitutas que pululaban por las calles de Antón Martín, Amor de Dios y Echegaray solo para tocarles el culo y ellas, hipersensibles con el mono del tabaco, reaccionaban como si las estuvieran despellejando vivas y los insultaban y escupían. Ellos, despreocupados, gozaban plenamente con aquellas chiquilladas, vivían en esa edad que no es edad ni tiene nombre y bien podía ser que sus ganas de vivir los vacunara contra la tentación de hacerse mayores, de pensar en casarse con la primera muchacha que los atrapara.

El lugar favorito de los amigos para disfrutar de las horas libres eran los ventorros a la orilla del río. Lugar preferido: La Bombilla. No había 'chuletín' de aquel barrio, ni de la ribera del Manzanares, que ellos no conocieran y donde no se hubieran marcado un chotis. A veces acababan a altas horas de la noche. Las noches de los sábados eran especiales bajo aquellas arboledas y emparrados, con las mesas largas y sus bancos corridos de madera rústica alumbrados por farolillos de papel, acompañados siempre por los acordes de un organillo. A veces corría el chinchón en demasía y había cruce de insolencias, menudeando los desplantes, incluso una vez salieron a relucir las navajas, pero, afortunadamente, en aquella ocasión se impuso la cordura. A ellos el instinto los guiaba y se adaptaban a sus humores para tener una velada plácida, pero al mismo tiempo alimentaban alguna clase de expectativa que cargaba de emoción aquellos momentos previos. Les gustaban las mujeres, pero sin exceso. Vivían con intensidad, procurando no involucrarse en litigios de faldas ni mezclarse con los bandos políticos existentes. Pero, aunque les costó lo suyo, con la edad, a medida que fueron haciéndose mayores, los dos amigos aprendieron a distanciarse cuando era necesario.

Llegó el Servicio Militar, y a él lo destinaron a Burgos. Y llegó la guerra. —Aquí meneó con energía la cabeza ahuyentando pensamientos molestos. De eso mejor no acordarse. Solo lo justo—. Luchó con los nacionales sin ser de derechas ni de izquierdas, como muchos españoles. A Rafa lo pilló en Valencia, lo pasó mal su amigo. Menos mal que, a pesar de los problemas, los dos pudieron reunirse de nuevo. Pero por poco tiempo, una enfermera llamada Natividad se había cruzado en su camino y… como dice el refrán que pueden más dos… que dos carretas, tras un corto noviazgo se casaron. Adiós a más de diez años de adulta vivencia, en ese tiempo las historias se acumulaban.

La atención a una curva le hizo durante unos minutos suspender sus pensamientos; pasada esta y recobrada la normalidad, quiso volver a los recuerdos pensando que todo aquello había pasado. El calendario marcaba el 7 de agosto de 1950 y, aunque subyacían rencores, ya nadie hablaba de la Guerra Civil. Aquello fue otra historia difícil de explicar en la que nadie se sintió culpable de las atrocidades cometidas y la realidad decía que todos lo fueron. En la guerra las cosas son muy distintas. Niños que van y vienen, padres que los pierden, mujeres que lloran y hombres que mueren. A eso había que añadirle algo que no quería rememorar: los primeros años de la posguerra fueron años de brutalidades y represiones, incluso para niños que llevaron el peso de

pecados que ni siquiera podían saber en qué consistían. Movió la cabeza ahuyentando esos tristes pensamientos y retornó a sus recuerdos.

Su amigo y él habían dejado atrás la infancia, la adolescencia, la primera juventud, y, uno y otro, emprendieron un camino diferente. Evocó la primera noche que con certeza supo que no vendría. Sabía que era ley de vida, y se dijo que estaba bien que fuera así, pero esa primera vez, conociendo que los amigos no iban a volver a vivir bajo el mismo techo de la pensión, fue muy dura.

Volvió a rememorar al amigo. Este era ahora padre de una bonita familia: dos niños y una niña, él era padrino de Rafita y también de Susana, la niña.

Al llegar a este pensamiento una sonrisa le iluminó el rostro. ¡Qué pesado se puso Rafael! A toda costa tenía que ser también el padrino de la pequeña, se puso tan cargante que no hubo más remedio que serlo. La verdad es que su amigo había formado una familia deliciosa. En las cartas que recibía de ellos siempre insistían en que fuese a visitarlos, pero su respuesta era que Madrid estaba muy lejos; aunque la verdad era que le daba miedo volver a la capital y comparar su vida de nómada con la de su amigo. Y, sobre todo, su existencia a los treinta y siete años.

«Es la que tú has elegido, Jesús», dijo una voz interior.

Reflexionó sobre ello y removió en su pasado. Para Jesús, los años vividos en el orfanato se apilaban mal camuflados en el pozo de la memoria, como si obedecieran la orden de pasar desapercibidos, pero al mismo tiempo se resistieran a caer en el olvido. Cada vez había menos imágenes o momentos capaces de sobresalir con viveza, solo el recuerdo de la emoción de cumplir los diez años o la calidez forzada que lo envolvía cada año por Navidad, cuando iba alguna autoridad a llevarles regalos, y monjas, profesores e incluso el jardinero, reprimían alguna lágrima como si aquello fuese una desgracia. Esas evocaciones, de vez en cuando, se presentaban, aunque el paso del tiempo siempre deformaba la realidad.

El toque de un claxon y el reflejo de una luz en una curva lo sacó de aquel ensueño y le aguzó los sentidos. Sobrepasada la situación volvió a pensar en su anterior vida. Recordó algo que cambió todo. Y evocó aquel atardecer.

Él viajaba en el tranvía que bajaba por el Paseo de las Delicias, fijándose en las fachadas que mostraban con crudeza los rigores de la guerra acontecida. Se dio cuenta de que dos chicas lo señalaban y se reían. Instintivamente se miró en el reflejo del cristal de la ventana y no se reconoció en el rostro que veía: llevaba

un tiznajo que asemejaba un bigote debajo de la nariz, y en aquellas facciones enmascaradas descubrió un hombre ajado y lúgubre. De repente se vio con veinte años más haciendo aquel trayecto y se sintió más infeliz que nunca. Una sacudida del tranvía lo liberó de aquella ensoñación y el reflejo de la ventana desapareció.

Pero aquello no era real, precisamente su aspecto nunca había denotado su edad, siempre parecía más joven. Su nombre, Jesús Caridad de los Santos, en aquellos primeros años del franquismo, funcionaba casi como un salvoconducto y abría más de una puerta mientras imaginaban que detrás de esa cara de mocoso abandonado había un padre muerto por la guerra. Más de una beata se santiguaba al oír sus patronímicos. Aquella tarde decidió cambiar de trabajo y para ello fue a ver a sor Angélica, quien, como siempre, lo recibió con cariño, alabando lo hombre que se había hecho. Ante la petición, no dudó en darle una carta de recomendación para el director de seguros Santa Lucía.

Cambió de trabajo y también de aspecto, ahora tenía que acudir al trabajo trajeado y el que tenía para los domingos lo tuvo que utilizar a diario. El trabajo le gustó, se le daba bien y pronto ascendió en la empresa. Tenía un sueldo aceptable que le permitía ciertos caprichos. La vida le sonreía. Se sentía feliz y ya no echaba de menos la compañía de Rafa. La culpable de la situación fue Maruxela: sus ojos grandes, azul mar, lo cautivaron, tenían toda la fuerza y belleza del mar de Moaña, en Pontevedra. Él, que en sus escarceos amorosos nunca había querido más implicación que la necesaria para conseguir el objetivo, cuando conoció a la chica, esa precaución desapareció en el acto. La muchacha trabajaba de criada. Prestaba sus servicios en una casa de la calle Fernando VI, lugar en el que un día fue él a ofrecer una póliza de seguros; los señores no estaban en la casa, pero el agente quedó prendado de la preciosa galleguiña que lo atendió.

Él, que como mariposa iba de flor en flor —entiéndase mujeres—, obteniendo lo mejor de ellas, se sintió subyugado por la joven, y cuando abandonó la casa, previa cita con ella para dos días más tarde, por primera vez pensó en serio en el matrimonio.

Y ocurrió que el don Juan, que tenía facilidad de palabra, 'paladar' decía algún compañero, 'labia' decían otros, para las mujeres, se vio atrapado en las redes del amor por aquella muchachita graciosa y rabiosamente bonita que pareció capaz de llevarlo al altar. Sus amigos, Rafa y Nati, estaban encantados con la idea, decían: «Al fin el recalcitrante soltero va a sentar la cabeza». Pero no, el apetitoso manjar que era Maruxela estaba escrito que no era para él. Un carnicero del mercado de Olavide, propietario de varios negocios, se llevó a la joven.

El individuo no tenía el gracejo que él, pero sí mejor posición social y más dinero. Esto inclinó la balanza a favor del industrial, la calculadora de la joven sirviente funcionó con precisión aritmética y lo prefirió, dejándolo a él en el más absoluto de los desconsuelos.

Su vida cambió, se sintió desesperado, odió a las mujeres, Madrid se le hizo insoportable y en un arrebato de desesperación pidió en su empresa el traslado a cualquier lugar que no fuera la capital. La empresa, por aquel tiempo, tenía un proyecto de expansión en Andalucía, concretamente en el Levante de Almería, el tema estaba en compás de espera hasta encontrar la persona idónea y he aquí que su ofrecimiento vino como caído del cielo, Jesús Caridad de los Santos podría poner en marcha aquel proyecto aparcado. Los jefes, condolidos por la pérdida en la capital de tan excelente vendedor y, a la vez, satisfechos, sabiendo de sus cualidades para la misión que le encomendaban, lo enviaron a abrir mercado a Huércal-Overa. En la capital del Reino perdían un experto agente, pero ganaban el poner en marcha un asunto que llevaba largo tiempo estancado.

Sus amigos pusieron el grito en el cielo: ¡Irse de Madrid! ¡Y precisamente a un pueblo de Almería! ¿Dónde estaba esa ciudad? Cada uno de ellos, en solitario, quiso disuadirlo de lo que para ellos era una locura. Pero estaba decidido y a ambos, en un tono un tanto filosófico, les había dicho lo mismo: «La mayoría de las personas necesitan encontrar un espacio donde echar raíces. Puede ser un recodo solitario del mapa o bien el núcleo colérico de la ciudad más bulliciosa. Puede ser donde todos le queden cerca o donde todos le queden lejos, pero siempre necesitan un lugar en el mundo para sentirse vivos. Los hay, en cambio, que son incapaces de estarse quietos y su hogar acaba siendo un movimiento en sí mismo, la fuga constante y cotidiana sin un destino fijo. El tiempo dirá lo que será de mí».

Se sonríe al recordar la agudeza de Nati y su respuesta: «Tú, como los tiburones, que tienen que estar siempre nadando. Que hasta duermen mientras nadan porque, si se detuvieran, su cuerpo no lo soportaría y morirían. ¿No?».

También recuerda como si fuera hoy cuál fue su contestación: «Nuestra vida es un accidente, amiga mía. En esta existencia que vivimos no hay buenos ni malos, todos nos revolcamos como cerdos en nuestra particular miseria. Y nos gusta. No porque sea una miseria, sino porque es la nuestra. A veces llega el momento en que no se puede elegir: o lo aceptas de buen grado o mejor te cuelgas del primer árbol que encuentras, y esa es mi situación».

Aquí, Jesús Caridad pone en orden sus recuerdos y sigue evocando aquel tiempo de decisiones e indecisiones.

Los dos me dejaron por imposible. Mi decisión estaba tomada. Cuando partí no quise que fueran a la estación y, como cuando me fui a la mili, cogí el tren con mi maleta, esta vez rumbo a Andalucía. De la primera parte de aquel viaje recuerda poco. Piensa que aturdido con los recuerdos hizo el viaje como drogado, sin saber exactamente por dónde iba. De forma autómata, en Granada tomó el tren que cruzando la cuenca del Almanzora lo llevaría a Huércal-Overa.

Realmente los largos minutos de parada realizados en un pueblo llamado Guadix le hicieron adquirir conciencia de lo que estaba haciendo.

Al llegar a su destino, buscó una habitación en una fonda, una vez en ella, agobiado por su soledad, de pronto, como un ataque, ahora sí, fue consciente del cambio que él mismo había provocado en su vida. Hacía tiempo que esperaba y temía este momento, y no sabía si le gustaba o no. Una desazón desconocida le nació en el estómago, se le ramificó por todas partes y le paralizó. Súbitamente tuvo la sensación de que el cuerpo se le hacía más pesado y que el aire se volvía más denso a su alrededor, presionándolo, como si la habitación empequeñeciera, aunque no era una sensación dolorosa. En aquel momento, habría dado media vida por tener a su amigo al lado.

Recuerda que se sobrepuso y que apretando los dientes se dijo que esa situación no debía producirse más y que solo la superaría aturdiéndose con trabajo, y se juró que así lo haría. Y así fue como, en la mañana de un martes a finales de septiembre, en esa época en la que el cielo del Levante de Almería, de un azul tan limpio, se infla y tensa como un globo a punto de reventar, Jesús Caridad de los Santos se enfrentó con su nueva vida.

Rápidamente alquiló una casa de planta baja en la que montó la oficina. La labor que desarrolló fue intensa y los logros, buenos. Los directivos en Madrid estaban más que satisfechos de su trabajo y él, poco a poco, se fue sosegando; pero cada vez que tenía contactos con la capital —y esto, por necesidades de consultas en coberturas de pólizas, era frecuente—, una oleada de recuerdos lo sumía poco menos que en una depresión. Para que esto no sucediera determinó que debía no tener relación con Madrid. Esto en la práctica era imposible.

En la búsqueda de solución, una idea comenzó a rondarle la cabeza y decidió ponerla en práctica: trabajar para él. Una de las pocas ventajas de venir de la nada, se decía, es la libertad de reinventarse a uno mismo. Por lo que después de habérselo mirado desde todos los ángulos posibles, conscientemente y sabedor

de los problemas a los que se enfrentaba, emprendió el camino hacia un punto de no retorno. Lo hizo con esa incertidumbre que nos atrae desde el futuro y a la que, para simplificar, llamamos destino.

Y después de dos años en Huércal-Overa decidió emanciparse, buscar su lugar.

En la central no lo entendieron muy bien y les sentó peor, pero le dio igual, los veinticuatro meses transcurridos desde su llegada le habían servido para conocer profundamente la zona y saber que no tendría problema para sobrevivir, el asunto era dónde. Eligió Carboneras por ser el lugar más alejado, donde sería más difícil tener noticias de la capital, excepto las que llegaran de Rafa y familia. Allí estableció su cuartel general. Debía reconocer que no se había equivocado, el lugar, su hermosura y sus habitantes fueron como un bálsamo que curó sus heridas. Sonrió al recordar el tren cuando salió de Madrid y al niño que sentado frente a él formuló una pregunta a su padre: «Papá… ¿Qué es pasar frío?». Entonces no entendió la respuesta dada por el hombre: «No lo sé, hijo… Nosotros somos de Almería». Tras los años pasados en esta tierra le hacía gracia rememorar cómo definió el padre el tema de la temperatura en la contestación. Efectivamente, este era, posiblemente, el mejor clima de España. Él aquí vivía tranquilo, pero algo le faltaba, a veces lo notaba. Ese algo era la asignatura pendiente de su vida, una asignatura con mayúsculas: UNA COMPAÑERA.

Coincidiendo con este pensamiento las luces del pueblo se presentaron ante él. No se había dado cuenta, ensimismado en sus recuerdos, de que tras bajar la montaña había cruzado la hermosa y extensa playa del Algarrobico. Lúcido total, hubo de extremar la cautela para no chocar con los carros que avanzaban a paso de jumento y llevaban por toda advertencia un farolillo que se balanceaba suspendido del eje trasero, dando una luz mortecina y roja como la de una brasa. Una sensación de bienestar lo invadía. Acababa de decidirlo, hablaría con Dolores y si le parecía bien se casarían enseguida. Intentaría que su amigo Rafa fuese el padrino. Invadido de este pensamiento penetró con la moto por las calles del pueblo.

Mientras, en Mojácar, Pedro y Roberto, ajenos a las tribulaciones que asaltaban al motorista, decidieron retornar a la casa para cenar; al día siguiente continuarían el periplo de curiosear por el pueblo.

La noche era cálida, como cálido estaba siendo el verano. Los días eran largos y calurosos, los cielos, radiantes, sin nubes, de un azul intenso difícil de catalogar, y las noches, húmedas y bochornosas.

En la cama, Roberto quedó dormido de inmediato. Pedro, sin embargo, cambiaba de postura constantemente tratando de tomar la idónea para poder conciliar el sueño, pero a este no le gusta acudir en auxilio de aquellos que lo necesitan. El recuerdo de Rodalquilar lo mantenía en vela: concibió sus montañas y campos y, por un momento, se vio caminando entre el pastizal que crecía salvaje entre las grietas de la piedra arruinada que nadie jamás visitaba. Nada hay tan triste y tan hermoso, pensó, como esas imágenes y esos rostros que trae y lleva la marea de los pensamientos. Nadie sino él los ve. A nadie le va a contar su secreto. Su enigma se llamaba Carmen. Pensó en aquella mujer que pasaba las horas y los días junto a su anciano padre por una obligación que se había impuesto, emanando de su situación una amargura incontenible. De ellos, de sus vidas, nunca habían hablado, solo hubo miradas cargadas de intención por parte de él que Carmen, al principio, rehuía, solo cuando supo su marcha se avino a mirarlo abiertamente. Rememoró, en su partida, la interrogación de su mirada y aquellos ojos tristes, aquellos labios temblorosos que necesitaban menos preguntas y más besos y caricias.

A Carmen, algunas veces, podía evocarla con absoluta claridad, sobre todo después de una noche que soñó con ella. Tenía los ojos verdes algunas veces y otras, grises o azules, pero siempre grandes y tan claros que las cosas se veían transparentes si ella las miraba. Aquella noche la soñó desnuda, viniendo a él como una hurí sin condiciones. Aún en el despertar le había quedado un tenue rescoldo de su figura y para avivarlo le bastaba pronunciar su nombre y recordarla desvestida en una habitación de aquella casa en aquel pueblo. Le debía al menos un sueño feliz. Con ese pensamiento se quedó inmóvil, en postura fetal, abrazando la almohada, vencido por el desencanto de no abrazar a Carmen y no saber nada de ella.

Se despertó, aún no era de día. La noche se retiraba como una furiosa marea que dejara tras sí una escoria de despojos. Se acercó a la ventana, algunos vecinos con sus animales enjaezados caminaban rumbo a sus labores. Roberto descansaba ajeno a las preocupaciones que inundaban a su amigo. Decidió salir, disfrutar del amanecer bajando hasta la playa situada a unos dos kilómetros del pueblo; una vez en ella comprobó que la arena era buena y las aguas excelentes. Mientras se aleja correteando por la orilla al arrullo de un mar que escupe azul y las mejores energías, puede ver en las partículas de arenilla las marcas continuadas de las subidas y bajadas de mareas arrastrando y abandonando objetos minúsculos, vaivén monótono que se repite constantemente desde siempre. Hay conchas de moluscos y cangrejos que huyen a esconderse

entre las piedras de la orilla al sentir sus pasos. Pedro, indiferente ante ello, trata de no pensar, y cuando piensa algo se dice que lo que venga siempre será mejor. Piensa que la vida no es un misterio, pero sí muy próximo a serlo. Que las líneas que seguimos están anudadas y entrelazadas las unas con las otras de un modo caprichoso, que a veces es juguetón y más a menudo retorcido. Intentas seguir una punta del hilo, desatas todos los nudos para observarlos separadamente y te das cuenta de que es completamente inútil. La razón: que en el mismo momento que nacemos empieza a enredarse esta madeja y no estamos preparados suficientemente para ello. Es verdad que en distintos casos creemos que la vida depende de otra persona, pero no es así, depende de las acciones de uno mismo. Y es que muchas veces creemos que la vida nos dice no cuando solo nos dice espera.

Ha reflexionado largamente y decide volver a reunirse con Roberto. Bajar a la playa y respirar el aire mediterráneo, oloroso de algas y sal marina, le ha apaciguado el cansancio de no haber dormido bien. Encamina sus pasos hacia la ciudad, al llegar a ella la ve orgullosa sobre la montaña. Le encanta la provisionalidad aparente de aquellas casas de una sola planta. Una provisionalidad pintoresca, como de tarjeta postal. Hechizado de lo que observa, piensa que Mojácar es como el mar: antigua y misteriosa, con ese aire sureño que enamora al que la contempla.

Aldous Huxley escribió un día de aquellas tierras, y toda la ribera andaluza sentía este verso a la vez como lamento y piropo:

Tú tienes la Luz por amante. ¡Tierra afortunada
que concibe el fruto de su divino deseo!
Mas el seco polvo es todo lo que ella da a luz,
esa hija de arcilla creada por el perpetuo fuego celestial.
Por lo tanto, venid, suave lluvia y delicadas nubes,
y calmad este amor radiante que tiene la fuerza del odio.

Ciudad de secano, las lluvias estaban siempre lejanas de sus campos, de sus azoteas y de sus torres de defensa, donde las nubes parecían detenerse al contemplar el fulgor de este mar abierto hacia las costas de África. De ahí llegaban, en los días de verano, los vientos del horno del desierto africano que agita los remolinos de arena, invadiendo estas tierras como lo hicieron los hombres hace cientos de años para permanecer gozosos ocho siglos en ellas.

Caminando, Pedro llega al pie de la colina, al lavadero al aire libre, a la Fuente de la Mora, donde algunas mujeres llenan cántaros de agua que ponen sobre sus cabezas, mientras otras los portan en alforjas que sobre el lomo de pequeños animales hace más llevadera la carga. Frente a la fuente, a Pedro le viene a la memoria lo que el señor Caridad les había contado a él y a Roberto la tarde anterior sobre la entrevista que, siglos atrás, tuvieron en aquel encantador rincón de la ciudad su alcaide y el emisario de los reyes cristianos. El joven se acerca hasta los trece caños que manan el agua cristalina y levanta la vista hasta las lápidas que presiden la fuente. «¡Ahí está!», exclama. «Ahí está el testimonio de lo que aquí acaeció». En efecto, allí, en la más alta de las lápidas, perpetuando aquel noble gesto, podía leerse la siguiente inscripción:

EN ESTE SITIO TUVO LUGAR LA ENTREVISTA PARA LA ENTREGA DEL PUEBLO ENTRE GARCILASO ENVIADO DE LOS REYES CATÓLICOS Y ALAVEZ ÚLTIMO ALCAIDE MORO DE ESTA CIUDAD:

La contestación de este a los Soberanos por la demora en rendirles su homenaje fue:

Cristiano di a tus reyes que no tomen a insulto nuestro modo de proceder. Atiende a mis palabras y expónles fielmente mi pensamiento y la razón de mi conducta. Yo soy tan español como tú.

Cuando llevamos los de mi raza más de setecientos años de vivir en España nos decís: Sois extranjeros, volved al mar. En África nos aguarda una costa inhospitalaria que de fijo nos dirá como vosotros, y por cierto con más razón que vosotros: Sois extranjeros, cruzad el mar por donde vinisteis y regresad a vuestra tierra...

Henos aquí entre dos costas que nos niegan el pan y nos niegan la vecindad y el abrigo. ¿Es esto humano?

Yo no hice nunca armas contra los cristianos. Dilo así a tus Reyes: Alá es testigo.

Creo pues justo que se nos trate por ello como a hermanos no como a enemigos y se nos permita seguir laborando nuestras tierras las de nuestros padres y nuestros abuelos y apacentando nuestros rebaños.

Si como pregona la fama Dña. Isabel y D. Fernando unen la bondad de su corazón a sus grandes virtudes, confío en Alá, sabrán atender nuestra demanda. Nosotros en cambio prometemos fidelidad a los Reyes Cristianos. En caso contrario mis gentes harán lo que deban... yo antes que entregarme como un cobarde sabré morir como un español. ¡Que Alá te guarde!

Puesto esto en conocimiento de los Monarcas ellos contestaron:

Garcilaso: Di a Alavez que accedemos a su demanda oídos sus nobles razonamientos: Que le ofrecemos nuestra amistad y confiamos sabrá corresponder a la merced que de buen grado le otorgamos. Que Dios le guarde y a todos los suyos.

Alavez fue fiel a su palabra y el escudo de Mojácar ostenta con el Águila Bicéfala, Símbolo Imperial de la casa de Austria, la leyenda de MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE MOJÁCAR LLAVE Y AMPARO DEL REINO DE GRANADA. año 1488.

Satisfecha su curiosidad, Pedro continúa su caminar. Desde la fuente, la carretera empieza a ascender, el pueblo ahora aparece, pero en una altura tan escarpada que resulta difícil creerlo. Serpentea rodeando la colina sin muro o parapeto, con un panorama que pronto resulta mareante por su inmensidad. Unos cuantos aldeanos hacen el camino montados en sus burritos.

A su llegada, Roberto hace tiempo que esperaba inquieto, hacía largo rato que había desayunado. Pedro tomó rápido un café y se aprestó a volver a recorrer, en compañía de su amigo, el interior del pueblo. No es que hubiera nada interesante en Mojácar con respecto a edificaciones, pero su situación era extraordinaria. Las casas ofrecían la parte superior completamente plana y las callejuelas eran tan empinadas que más parecían escaleras. Pedro comenta a su amigo la particularidad de que en la subida hay un momento en que no se ven esas casas. Se debe ascender justamente hasta la cima de la colina antes de verlas. Hasta que se sale a la plaza del pueblo no se divisan, y para verlas en conjunto hay que hacerlo conforme se baja la otra pendiente de la montaña. El motivo singular de esa construcción es que están edificadas al sureste debido a la mayor permanencia del sol, ofreciendo a sus moradores más luz y mejores temperaturas.

A medida que los dos amigos recorren las intrincadas callejas perciben la precaria situación social de aquella gente. Esta comunidad, de dos mil a tres mil personas en 1900, que se había reducido a poco más de la mitad, vive con una evidente carencia de servicios que hace difícil que se pueda subsistir: la ciudad está mal comunicada, sin agua corriente ni electricidad, y muchas casas del pueblo solo pueden existir en virtud de la fértil comarca que les rodea. En sus alrededores la población rural puede ser de algo más de dos mil personas. Los hombres visten en forma común, como aldeanos españoles de cualquier parte; por el contrario, a las mujeres las comparan los jóvenes con las

de Salé en Marruecos, que andan como escondiéndose, aquellas, vestidas de blanco, aquí, de negro, de pies a cabeza cual monjas cartujas o monjas blancas del Císter, dejando ver solamente un ojo, como si fueran cíclopes femeninos.

El trazado del pueblo no les es desconocido, ya lo han visto otras veces en su visita al país vecino, el esquema es árabe, con calles estrechas, casas encaladas y recoletas plazas donde descubren rincones de gran belleza. En ese callejear constante desembocan en una plazuela donde, sorprendidos, ven una iglesia. Asombra la sobriedad de la misma. Ensimismados en su contemplación, no advierten la llegada de la señora Fermina.

—Están ante la iglesia parroquial de Santa María. —La voz de la mujer los saca de su abstracción—. Yo soy feligresa de ella y he leído algunas cosas sobre su historia que se me han quedado en la memoria casi como estaban escritas. Dicen que se construyó a finales del s. XVI, cuando Almería ya formaba parte de la Corona de Castilla, y más que probablemente en el emplazamiento de una antigua mezquita árabe. También leí que sus fuertes muros de sillería delatan su pasado defensivo y que cuando el pueblo se defendía de los continuos ataques de los piratas berberiscos cumplió función de culto y de fortaleza. Su interior es muy serio, sobrio. A mí me gusta así. Entre sus imágenes destacan la Virgen del Rosario y San Agustín, ambos patrones de Mojácar.

Los visitantes declinan la invitación de pasar, agradecen la información y se despiden de la patrona para seguir su recorrido. Durante este ven a algunas mujeres que vienen de la fuente con el cántaro apoyado en la cintura y una que lo porta sobre la cabeza. Se detienen admirados del equilibrio que significa el caminar por aquellas calles con el búcaro sobre ella. Unos minutos después, en la parte alta, al volver una esquina, detectan una casa diferente que tiene balcones con grandes tiestos de rosas, geranios y otras clases de flores. Para contemplarla con mejor perspectiva deben descender más abajo y mirarla desde un ángulo. Consta de dos plantas, con ventanas floridas y terraza voladiza. Según les dicen, es la casa del médico y que el jardín colgante está hermosísimo en todas las épocas del año.

Satisfechos de su excursión deciden irse a comer.

Durante la comida Pedro plantea a la señora Fermina la pregunta de cómo se recibe el correo y las demás necesidades.

—Hay un viejo coche que lleva el correo de Garrucha a Mojácar y a Carboneras —responde la señora—, va por la mañana y vuelve por la tarde, y para los 'mandaos', desde Mojácar, está el cosario, su carro va a Garrucha todos

los días. Allí, como hay puerto, tienen mejor comunicación con los de fuera. Hasta allí llega lo que necesitamos y son solamente siete kilómetros lo que nos separa. Allí llega mucha comunicación, llegan vehículos de todas partes para llevarse la pesca; Garrucha se está haciendo grande.

Los jóvenes están cansados, las piedras de las calles y el subir y bajar cuestas les ha extenuado, por lo que deciden llevar la galbana que les invade a descansar. Pedro espera y teme ese momento, sabe que los recuerdos lo acosarán y el sueño, último consuelo de los necesitados, tanto más tarda en llegar cuanto más se le llama.

Se levantan de la siesta tarde y deciden irse a la tasca del Jacinto, en la plaza, quieren que este les indique de qué modo o quién los puede llevar a Garrucha, se quieren ir al día siguiente. Cuando llegan el local está vacío y el tabernero de un humor de perros. Después de los saludos de rigor, Roberto pregunta:

—¿Cómo va el negocio, Jacinto? Tráiganos dos cervezas.

—¿El negocio? ¡Maldita sea mi estampa! ¡Fatal! Esto'stá matao. No lo ven ustés. Mi negocio no sale del pozo. Toa una vida dedicá al trabajo y no he llegao a na, y es probable que ya no llegue nunca, porque la vida, según dice mi esposa, que lee mucho, es como una estación donde el tren del éxito para mu pocos minutos. Yo no lo supe aprovechar cuando tuve ocasión d'irme pa'l Norte.

Pedro interviene y trata de animarlo.

—Ya verá como esto cambia, este es un sitio bonito con una gran historia, y la economía tendrá que mejorar, si eso es así y la gente gana dinero usted tiene la taberna en muy buen sitio para hacer negocio.

—Eso que me dicen sería un milagro, yo no veo ni de lejos esa posibilidá, ustés no conocen esto. Miren, en esas casitas y hasta en las chabolas de más abajo s'agarran a la vida familias que pagan por el alquiler mensual alrededor de doce pesetas. A veces no puen ni pagarlo, entonces, ¿de dónde van a sacá dos pesetas pa gastárselas en la taberna? Les pueo asegurá qu'en este rincón del mapa de la provincia de Almería la subsistencia es posible gracias a que la vida es blanda, amable, soleá y apacible, como en otros pueblos de la costa. —El cantinero había pronunciado esas palabras en un claro tono de amargura.

El hombre terminó de hablar y se alejó, dos parroquianos se habían sentado en una mesa y requerían con urgencia su presencia, se notaba que traían

sed, la dura faena del día reclamaba recompensa en forma de un buen trago de vino.

Los jóvenes quedaron pensativos tras las palabras de Jacinto, estaba claro que este no veía la posibilidad que ellos habían apuntado, la inestabilidad de su negocio era evidente. Era una provisionalidad cuya pervivencia parecía asegurada por imperativos humanos. ¿Podrían suceder las cosas de otra manera? Estaba visto que cada uno contaba la feria según le iba, y que una cosa es estar de paso y otra, muy distinta, vivir aquí; en fin, como en todos los sitios.

Mientras esperan les traigan la bebida pedida, Pedro sale del local y decide echar un vistazo desde el mirador a la magnífica perspectiva de su último atardecer.

Lo que sus ojos ven es un paisaje pardo y áspero de contada vegetación rodeado de colinas y, a sus pies, el cauce del río Aguas en cuyas orillas duermen los restos arqueológicos de Mojácar la Vieja. Tal y como anteriormente les había explicado el señor Caridad, el montículo piramidal que se divisaba, dominando la vega del río, era el vestigio del primer asentamiento prehistórico. En esa antigua ciudad se asentaron griegos y fenicios que explotaron la riqueza minera de la sierra Almagrera. Antiguamente conocido como Montem Sacrum (Monte Sagrado), este enclave argárico fue finalmente poblado por musulmanes y bautizado por ellos con el nombre de Muxacra (Monte en las alturas).

Los juegos de unos chavales entre los que destacaba los gritos del Toño, el hijo del tabernero, le hacen recordar que Roberto lo aguarda. Cuando llega lo encuentra en animada charla con Jacinto y dos parroquianos, hablando, emocionado, del gol de Zarra y de la victoria de España sobre Inglaterra en el mundial de Brasil.

Al verlo llegar, su amigo se separa del grupo y le dice:

—Mañana hay que madrugar, nos recogen a las ocho en la Puerta de la Almedina o Puerta de la Ciudad, como queramos llamarla. Estos hombres que hay aquí son los que hacen el servicio de recadero con Garrucha, los llaman cosarios, y Jacinto les ha pedido que nos lleven, lo van a hacer, pero han insistido que si a las ocho no estamos allí ellos se marchan.

Las mesas contiguas se habían ido llenando de clientes. Frente a las mesas, en la plaza, se había instalado un carrito mugriento con pipas, algarrobas, caramelos y otras más chucherías, la chiquillería que jugaba al otro lado se había trasladado alrededor del puesto. Los mantenía a raya un hombre de edad im-

predecible míseramente vestido. La luz en la glorieta tenía una claridad pajiza, menguaba y crecía. Los jóvenes pagaron una ronda y se despidieron con la excusa de tener que madrugar.

Era una noche deliciosa. En el cielo brillaban tímidamente las estrellas y la luna, ya en avanzado estado menguante, apenas iluminaba las calles quietas y solitarias. Caminaron. El sortilegio de la noche hacía imaginar poemas, mensajes que permanecían nostálgicos a través de los tiempos, impregnados en las paredes de aquellas casas. De esos muros parecían reverdecer las odas que durante siglos los enamorados dedicaban a sus amadas.

Ganados por la magia del momento llegaron a la casa. La noche invitaba a la relajación. Sentada en el umbral, la Fermina gozaba de las delicias del momento conversando con un matrimonio mayor. La llegada de los muchachos alteró la placidez de la charla.

—Buenas noches —saludó Roberto—, qué a gusto están ustedes.

—También pueden estarlo ustedes, cojan una silla y sálganse con nosotros —respondió la dueña de la casa.

—No va a poder ser —se excusó Pedro—. Es una lástima que tengamos que madrugar, nos vamos mañana a primera hora, señora. El tiempo manda y el tiempo es el tiempo.

—¡Qué manía tienen los jóvenes de vivir pendientes del reloj! —profirió la patrona—. Hay que vivir de otra forma, más relajados.

—Fermina, escucha —intervino el anciano que la acompañaba—. Queramos o no queramos somos esclavos de esa máquina. Aquí todavía no, pero tarde o temprano en estos lugares nos olvidaremos de medir el tiempo por la luz del sol y viviremos pendientes de la aguja del reloj. Sobre el valor que tiene el tiempo les voy a contar un cuento que narraba mi padre, que, a su vez, contaba el suyo, le habían relatado sus mayores.

Hace muchos años, cuando Mojácar era musulmán, un intrépido viajero pasó por la ciudad y vio a un mercader muy pensativo sentado a la puerta de su tienda; en su interior se amontonaban objetos de valor: joyas, perfumes y tapices. Como hacía mucho tiempo que no conversaba con alguien, y pensando en el deseo de vender del comerciante, el viajante se aproximó al pensativo vendedor, diciéndole:

—Buen amigo, ¡salud!… pareces muy preocupado. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¡Ay! —respondió el tratante con tristeza—. Estoy muy afligido porque acabo de perder la más preciosa de las joyas.

—¡Bah! —repuso el viajero—. La pérdida de una joya no debe ser gran cosa para ti, que tienes tesoros en tus baúles, y te será fácil reponerla.

—¡¿Reponerla?!… ¡¿Reponerla?! —exclamó el comerciante—. Bien se ve que no conoces el valor de mi pérdida.

—¿Qué joya es, pues? —preguntó el viajero.

—Era una joya como no volverá a hacerse otra. Estaba tallada en un pedazo de piedra de la Vida y había sido hecha en el taller del Tiempo. Adornada con veinticuatro brillantes, alrededor de los cuales se agrupaban sesenta más pequeños. Ya ves que tengo razón al decir que joya igual no podrá reproducirse jamás.

—Tu joya debía ser preciosa —dijo el viajero—. Pero... ¿no crees que con mucho dinero pueda hacerse otra igual?

—La joya perdida —dijo el negociante volviendo a quedar pensativo— era un día. Y un día que se pierde… no vuelve ya a recuperarse.

A todos dejó pensativos la moraleja que desprendía el relato escuchado. Cada uno de los presentes rumió sobre lo oído. Roberto y Pedro se retiraron a descansar, la señora Fermina les anunció que como se levantaba temprano les prepararía el desayuno.

«Un día que se pierde no vuelve a recuperarse». Esa frase martilleaba la mente de los dos viajeros. Los recuerdos mortificaban… Pedro no podía dormir, el sueño, maldito traidor que acosa a quien lo esquiva y esquiva a quien lo acosa sin atenerse a razones, jugaba con él. Al fin se quedó dormido con el nombre de Carmen en la boca.

Soñó que mientras caminaba junto a su amigo encontraba una arboleda en la que una agradable sombra invitaba a descansar un rato, descanso que no consiguió. Mientras reposaba, Roberto se había unido a unos hombres que miraban entusiasmados a un grupo de chicas que jugaban al otro lado de los árboles. La brisa traía ecos de sus risas y sus cantos. Volviéndose, su amigo le dijo animoso: «¡Ven con nosotros!, Pedro, vamos a hablar con esas chicas».

Sin muchas ganas se levantó y se unió a ellos. Se acercaron, lentamente, al grupo entre bromas. Una de las jóvenes, al verlos aparecer, se separó de las demás y se ocultó entre la maleza, antes de desaparecer volvió el rostro y en él reconoció a Carmen. Excitado por verla, simuló que buscaba algo entre la vegetación, se rezagó, y se preocupó de pasar inadvertido. Dando un rodeo se escabulló entre el follaje, sintió que las zarzas le arañaban manos y piernas, lo

que avivó su excitación. La presentía muy cerca, y la tierra, las plantas y el aire parecían contagiados de su ansiedad. Un soplo ardiente de lujuria lo alentaba, hallándose cada instante más enajenado e incapaz de frenar sus impulsos. Avanzó despacio y, sin hacer ruido, apartó la vegetación. Las ramas, que apenas si rebasaban su altura, le parecieron llamaradas de fuego verde.

Mil ideas acribillaron su cerebro. «¿Estará desnuda?», se dijo, para a continuación preguntarse: «¿Me seguirán esos?». De repente, se detuvo indeciso diciéndose: «¿Está bien lo que hago?». Dudó un instante, pero prosiguió. Se sentía sofocado como un animal en celo y sus ojos taladraban la floresta buscando a la mujer. Por fin, en un claro del bosque, su mirada percibió, envuelta en un mágico humo, el dibujo de su desnudez, descubriendo su cuerpo terso, limpio y tostado por el rabioso azote del sol. Dormía junto al tronco de un árbol, mecida por el suave movimiento de las ramas que, rodeándola de cándida sencillez, le daban cierto aire de planta maravillosa. La miró alucinado. Tenía los brazos hacia atrás y apoyaba en ellos la cabeza. Con una pierna sobre otra, la postura revelaba cierta instintiva preocupación de defensa de su sexo.

La imagen hizo crecer su nerviosismo, tanto que la sangre se le agolpó en el cerebro. Temió caerse al suelo aturdido y quiso hacer algo para despertarla, para ello movió una rama y tosió. Ella pareció tornar de un lugar remoto y movió los brazos con torpeza al tiempo que, somnolienta, entornaba los ojos. Al conjuro del aroma de tomillo que la brisa esparcía entre los pinos, Pedro se creyó parte del paisaje. Esperaba una fuerte reacción, un grito. No fue así. Levantada la breve cortina de los párpados, la losa del sueño se los volvió a cerrar. ¿Era eso posible? El más brusco y tenso deseo enardecía y agitaba su ser. Cada miembro y músculo se potenciaba y la vieja levadura de la sangre comenzaba a fermentar. Arrebatado y perplejo, sintió una rara sensación de desequilibrio en la que no pudo precisar si se alzaba o se hundía. Pero era evidente su propósito. Se movió febril en la cama, su excitación era evidente. Gritos salvajes sonaban en sus tuétanos: «Serás mía, mía». En su sueño caminó a su alrededor como una fiera que tiene segura su presa y la olfatea, la goza antes del festín. De pronto algo psíquico, diferente al hechizo de la carne, lo traspasó y le hizo permanecer estático, alucinado, libre del ciego impulso de momentos antes. Sin saber qué hacer, tosió otra vez y de nuevo le llegó el resplandor de su mirada. Ni una palabra, ni una protesta. Sin embargo, más dueña de sí, la mujer le dirigió una mirada inquisitiva en la que latía una frialdad enorme. Aquella mirada produjo en él la impresión de que resbalaba hacia un abismo.

Después de unos segundos de silencio y de que algo se humanizara su semblante, temblándole la voz, ella exclamó: «¡Márchese de aquí!... ¡Por favor!».

Desconcertado por la situación quiso hablar, pero no pudo, el estupor embargaba su cuerpo. Intentó acercarse a la mujer para decirle: «Despierte, por favor, necesito hablarle…».

Un estrepitoso ruido, proveniente del exterior, no le dejó terminar la frase, alteró la paz del sueño y dejó al sofocado joven maldiciendo la intromisión del vehículo. La máquina, un tractor, había parado allí, Pedro se levantó y miró por la ventana, quería conocer al causante de su desgracia: un tipo extraño y desarrapado, de muy mala facha, se apeaba del tractor; su aspecto y sucia barba no infundía, precisamente, confianza. Al intruso le habría sido imposible comprender la sorda y acerada rabia de sus ojos. En el campo, los primeros reflejos del alba y el verde oscuro de los árboles, alargados por las sombras del amanecer, anunciaban el comienzo del día. En su mente, todavía viva, la escena vivida en la quimera, y en ella solo existía su silueta acariciada por el deseo que latía en sus sentidos.

Desde los primeros momentos comprendió que había personalizado en Carmen el esbozo de mujer ideal. Era alucinante y trágico lo que le sucedía. No era normal. ¿Podrían más los prejuicios, el egoísmo y el temor al qué dirán que el mandato de sus sentimientos? La noche que la vio desnuda a través del espejo del armario en su cuarto, hubo algo más además del deseo, fueron un cúmulo de sensaciones extrañas las que habían recorrido su cuerpo y quedado dentro de él. Fue una felicidad nueva, de punzante desasosiego y ebria felicidad. Ya entonces presintió que iba a sufrir, presunción que no frenó su radiante gozo.

Se había vuelto a acostar y, tendido boca arriba, con el techo como horizonte, su cerebro vagó largo rato aturdido. Quizá Roberto llevaba razón y se hallaba atrapado por la monstruosa araña del sexo que, disfrazada de sentimiento, encendía su cerebro y el corazón. Hurgó en el fondo de su conciencia y evocó el rostro de Carmen, su tristeza, la mirada que creyó ver angustiada al despedirse. Sintió ganas de llorar al tiempo que musitaba: «La quiero, la quiero».

A la mañana siguiente, puntuales, estaban en el lugar convenido. El carro los recogió y se pusieron en camino. Los cosarios eran hermanos, Ramón y Rodrigo Angulo. Se presentaron, al mismo tiempo que Ramón, el mayor de los dos, decía:

—Suban rápido qu'hoy seguramente nos vamos a mojá, en esto del tiempo me suelo engañá pocas veces.

Los amigos, una vez sobre el carromato, se acordaron de Damián. A Roberto le vino a la mente el ínclito Pepe García, o como se llamara. Se lo imaginaba aburrido y resignado paseando por la playa.

En Pedro, por el contrario, los pensamientos eran más tormentosos, pensó en Carmen, en sus mañanas sin futuro en las que languidecería su hermosura si algo no lo remediaba, y en ese algo tenía mucho que ver él. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de uno de los hermanos Angulo que exclamó:

—¡Miren! ¡Miren qué belleza de postal! Es el pueblo más bonito del mundo.

Los viajeros, en la distancia, se vuelven para ver la ciudad por última vez, y lo que contemplan es una pincelada blanca de cal refulgente sobre una atalaya. La recordarán agreste y pintoresca, con su inconfundible silueta blanca trepando sinuosa por la ladera, dejando entrever, frente al mar, la belleza que atesora. Mojácar, altivo en su perspectiva, mostraba majestuoso ser el pueblo que mejor expresaba la esencia del levante almeriense. La impronta musulmana se respiraba en sus empinadas calles, estrechas y laberínticas, en la blancura de sus casas y en las variadas flores y plantas que ornaban sus fachadas. Un pueblo en el que en el silencio de la noche se escuchaban susurros del pasado y, entre ellos, las palabras, más que palabras, el lamento del alcaide moro Alavez. Fue tan grande su sentimiento por la ciudad que prefirió rendirla a abandonarla. En el siglo XVI sería expulsado definitivamente.

Viniste a mí, ¡oh Zoraida!, un poco antes
de que los cristianos tocasen las campanas,
cuando la media luna surgía en el cielo.

Esa era Mojácar, la antigua Muxacra árabe, donde convivieron en armonía musulmanes, judíos y cristianos.

El trotecillo alegre de los mulos aleja a los espectadores definitivamente de la ciudad y los acerca a otro pueblo desconocido: Garrucha, en el que conocerán otras gentes y posiblemente otras historias. La costa, impertérrita, contempla el adiós de los viajeros.

X

De Mojácar a Garrucha

El día había amanecido gris, pleno de nubarrones, el viento de levante soplaba con virulencia y entorpecía la marcha del carromato, los cuatro hombres, en el interior, protegidos por el toldo de la capota, intentaban guarecerse de la inclemencia del viento.

La mañana no pintaba bien, el cielo estaba sembrado de nubes negras que avanzaban desde el mar y se anudaban sobre la costa. El resplandor de relámpagos en el horizonte y un viento cálido que olía a polvo y electricidad hacían presagiar que se avecinaba una tormenta estival de considerable envergadura.

—¿Tardaremos mucho en llegar al pueblo? —preguntó Roberto.

—Arribaremos enseguía —respondió el mayor de los hermanos—. Garrucha les gustará, qu'anque pequeño, es to historia. Yo no tengo conocimientos pa poerselo contá, pero he oío que tie cosas de hace cinco mil años y qu'esta villa abasteció ejércitos, qu'exportó esparto y mármol, que fue tierra presa de piratas y qu'anque siempre fue rica en pesca, vivió su época dorá con lo de las minas: oficina de Correos y Telégrafos, centralita de Teléfonos, una ayudantía de Marina y Aduana. Además, casino, club de tenis, sala de bailes, mansiones y señoritos que venían a veraneá, llenaban el pueblo y lo convertían en una 'pequeña San Sebastián', como se decía por aquel entonces. Ahora solo embarca esparto.

»El problema que tie este pueblo es qu'es mu pequeño, apenas la calle principal que d'al puerto, otra paralela y poco más. El alcalde anda de peleas con los ayuntamientos de Mojácar y de Vera pa tené más terreno qu'el escaso medio kilómetro cuadrao que tie el municipio.

Los viajeros habían escuchado con incrédulo interés que pudiera haber un municipio tan pequeño. Sin querer dudar de las palabras del carrero sentían curiosidad por escuchar de labios de otra persona la versión proporcionada por el mayor de los Angulo. La frase en la que reconocía su falta de entendimiento hacía que su información no fuera la más fiable.

Los mulos relincharon, bufaron y dieron muestra de nerviosismo unos segundos antes de que un relámpago precedido de trueno rompiera el silencio de la mañana.

—Menos mal que estamos entrando en el pueblo, porque va a 'jarreá' —dijo Rodrigo, el hasta ahora silencioso hermano Angulo.

Efectivamente, coincidiendo con las primeras casas, unos goterones del tamaño de una moneda de veinticinco pesetas retumbaron sobre la lona del toldo. Las gotas que llegaban al suelo estallaban sobre el camino como si fuesen balas levantando volutas de polvo. La lluvia arreció y una cortina de agua cayó sobre ellos. Los mulos soportaban con estoicismo el aguacero caminando con lentitud. Edificaciones planas de un blanco sucio, con sus terraos amarillentos, se jalonaban frente al mar. Varias barcas amarradas permanecían en compás de espera. El pueblo se veía solitario. El mayor de los hermanos, que parecía ser el que dirigía la hermandad, comentó, dirigiéndose a los jóvenes:

—Como está jarreando a cántaros y aquí hay varias fondas, les vamos a llevá a una posá que conocemos que les tratarán bien, o, si quieren, los dejamos aquí y buscan ustés, pero se van a poner como sopas. Si a luego no les gusta se puen cambiar.

Los muchachos aceptaron de buen grado el ofrecimiento. Unos minutos más tarde el carro se ve obligado a parar; es el fielato, dice uno de los hermanos, aquí es parada obligatoria para todo vehículo o bestia que entra con mercancía, el pago es forzoso, según la carga. Continúan y ya en el pueblo entran por el umbral de un portón que da acceso al patio a cielo abierto de una posada. Desmontaron a toda prisa, refugiándose en el interior del porche. A los gritos de los arrieros habían salido los propietarios, hombre y mujer, que dieron la bienvenida con muestras de afecto a los hermanos. Estos a su vez presentaron a los viajeros.

—A los güenos días, por decí algo, señá Luisa. ¡Vaya tiempo que tenemos! Lo he dicho esta mañana cuando salíamos y no ma equivocao. —Y dirigiéndose al posadero—: ¿Qué tal, Salustiano? ¿Cómo va tu reuma?

—Con este tiempo, jodido, ¿qué otra cosa puedo tener?

—Pos si no ties salú podías tener dinero, aunque yo sé que d'eso esta casa no está mal. Bueno, ahora a lo legal. Les traigo a estos señores: Pedro y Roberto. Señá Luisa, ¿tie habitación pa ellos?

—Ya lo creo que tengo, y para alguien que traes tú la buscaría si no la tuviera.

El carrero sonrió henchido de vanidad. Seguidamente, mirando a la calle y viendo que el aguacero había amainado, señaló:

—Paece que las aguas quien dejarnos trabajá, Rodrigo. Nosotros vamos a seguir, tenemos muchas cosas qu'hacé, así que, señores… hasta otra.

Los jóvenes, que habían intentado pagar a los hermanos, negándose estos a recibir compensación alguna, les dijeron que cuando pararan a comer se pasaran por allí y comerían juntos. Querían invitarlos.

Una vez que se fueron los hermanos, la posadera les enseño en el piso superior la habitación, era limpia, amplia y tenía dos camas por lo que cumplía sobradamente las necesidades demandadas. Una vez a solas y después de comprobar el mullido del colchón, los viajeros se sentaron en el borde de las camas y, viendo que efectivamente los efectos de la nube ya habían pasado, Pedro comentó:

—Por no estar aquí, encerrados, hasta la hora de la comida, sería conveniente que nos diéramos un paseo para tener un primer conocimiento del pueblo.

—La lluvia no nos ha dejado ver mucho —indicó Roberto—, pero si como dicen los hermanos Angulo esto es tan pequeño, tendrá poco que ver. No obstante, tendremos que hablar nosotros tranquilamente sobre lo que queremos hacer. Recuerda que en un principio yo quería ver la costa de cabo de Gata y tú, Mojácar, las dos cosas se han realizado. Ahora deberemos decidir qué hacemos y, si seguimos juntos, hacia dónde.

—Estoy de acuerdo en lo que has dicho, pero, si te parece, luego en la siesta lo dilucidamos.

Cuando pisaron las calles el cielo, tras la tormenta, aún se mantenía incierto. La tierra despedía una humedad penetrante y agradable. Los olores eran intensos.

Un rayo de sol les hizo estremecerse de arriba abajo, bautizándolos con un optimismo desconocido. Hacía horas que no veían un sol como aquel. Había llovido, eso era noticia, y, aunque la temperatura no era alta, la luz resbalaba por el firme húmedo del suelo y los edificios centelleaban con un brillo dorado. El firme aparecía moteado de gruesos y desiguales charcos. Caminaron sorteando los innumerables lodazales que la lluvia había producido al dejar al descubierto los desconchones de la carretera. El pueblo, salvo la línea de edificaciones de la carretera que daba al malecón, tenía poco que ver. Se acercaron a la escollera, allí solo pudieron distinguir unas instalaciones rudimentarias y

unas barquitas varadas en la arena. Siguieron la línea de construcciones que se levantaban frente a la playa y aquí sí apreciaron edificios de cierto valor arquitectónico que justificaban que fuera lugar de reposo veraniego para los terratenientes de la zona. Caminando llegaron al final de las edificaciones, no había nada. Giraron la vista alrededor y solo vieron, a un lado, campos deshabitados, tierras donde la historia se mezclaba con la leyenda: suelo pobre, poco desarrollado, de poca materia orgánica y poca agua, que condicionaba un tipo de vegetación xerófita. Al otro lado, un mar, ahora inhóspito, grisáceo, revuelto con olas de espuma blanca. Por un momento pensaron que la tormenta, los truenos presenciados, eran gritos desgarrados de impotencia de un dios, y la lluvia, lágrimas de desconsuelo de otras deidades por la injusticia del abandono a que esta bella provincia estaba sometida por parte de calamitosas autoridades y conformistas terratenientes.

El mundo que se vivía no daba respuestas fáciles, sino que planteaba preguntas y más preguntas, la mayoría de las veces sin respuesta.

Cuando llegaron a la posada la comida estaba dispuesta. Los hermanos Angulo habían estado para despedirse, no se podían quedar, la urgencia de una medicina les obligaba a regresar inmediatamente a Mojácar. Se dispusieron a comer en compañía de los posaderos. El menú eran las inevitables migas —los días de lluvia se degustaban como una obligación— y su 'engañifa' (pimiento y pescado asado), y la cocinera se había esmerado poniendo sobre la mesa un excelente gazpacho. El almuerzo fue distendido y los forasteros con su charla distrajeron al matrimonio de su monótona rutina diaria. Traían noticias nuevas. Después de comer y ante unas tazas de café de puchero que trajo la patrona se dispusieron a seguir con su amena tertulia en la que tuvieron que soportar la habitual pregunta de: «¿Dónde van ustedes por aquí, siendo este un sitio tan alejado?». Después de aclarar que no les guiaba ningún fin ni iban a ninguna parte y que solamente les movía el placer de viajar y conocer la provincia de Almería, pasaron a hacer preguntas sobre el pueblo; tenían en mente la conversación mantenida con uno de los hermanos Angulo y querían saber si eso era posible. Tuvieron suerte, el posadero, el señor Salustiano, se había jubilado siendo secretario del ayuntamiento y no tuvo ningún reparo en contarles cómo era la historia. La había aprendido bien y además le gustaba narrarla si se daba la ocasión. Para dar expectación al tema se retrechó sobre el asiento, sacó un librillo de papel de fumar del que extrajo una hoja, depositó en ella una porción de tabaco de una bolsita que llevaba en un bolsillo del pantalón y lió un cigarrillo, encendiéndolo con un mechero de mecha al que dio

yesca y avivó su brasa con un fuerte soplido. Después de encender el pitillo, dar una larga chupada y exhalar con fruición el humo en dirección al techo, depositó el chisquero sobre la mesa. Realizada esta maniobra, se volvió hacia los comensales y comenzó a narrar la historia del lugar.

—Les hablaré del tema. Está un poco liado —se excusó—, pero no obstante intentaré explicarles lo que pueda.

La primera noticia que hay de la existencia de Garrucha es una crónica castellana de 1327, en ella se dice de una incursión de tropas en el Reino de Granada. Esa reseña, que decía que existía un pueblecito en la costa llamado Almoraic a una legua de Mojácar y en dirección a Vera, quizás sea la primera referencia histórica de esta villa. Pero la primera evidencia la dieron los árabes, quienes habían construido una torre en la zona para defenderse de los ataques piratas cristianos, torre que sería destruida por un fuerte terremoto en 1518. Tras la conquista del sur de la península por los ejércitos cristianos, el municipio sufrió un profundo estancamiento, debido en parte a los constantes ataques piratas que solían asesinar o capturar a la población para venderla posteriormente como esclavos.

En aquellos tiempos Garrucha era un anejo de Vera. El 16 de marzo de 1858 hay un hecho incontrovertible: una Real Orden crea el municipio de Garrucha a costa del de Vera, sin resultar afectado, en principio, el territorio de Mojácar. Esa Real Orden determina la segregación del municipio. Sin embargo, desde entonces, no ha sido posible la asignación de término municipal a Garrucha, pese a los esfuerzos llevados a cabo a lo largo de más noventa años, período de tiempo transcurrido desde la promulgación de aquella Real Orden hasta nuestros días.

Han sido frecuentes los pleitos de estas dos ciudades. Litigan desde finales del siglo XV, y a lo largo de los tres siglos siguientes fue motivo de disensiones la discusión por los límites de ambos municipios y la anexión de Garrucha a Vera hasta la independencia de aquella en 1861. Incluso una vez aprobada, dicha independencia fue retrasada hasta que una comisión de Vera hizo una visita a la reina Isabel II. Por todo lo que están escuchando, como se imaginarán ustedes, la lucha de Garrucha ha sido constante. Ya los Reyes Católicos tuvieron que mediar estableciendo en 1494 un impuesto en el que se cobraba una tasa fija por cada carga de pescado que se vendía en su puerto, repartiéndose después, en una proporción establecida entre estas dos ciudades, la recaudación obtenida.

A esa tradición pesquera había que unir su importancia como lugar de embarque. A través de él, tras la conquista cristiana de 1488, se aprovisionó el ejér-

cito para seguir la campaña. También existió desde la época de al-Ándalus un gran almacén, llamado Casa de la Sal o 'Alfolí', para guardar la sal procedente del Cabo de Gata, Campo de Dalías y Mazarrón y distribuirla en el interior. En el siglo XVI se constata el comercio a través de su puerto de vinos, esparto y mármoles. A pesar de esta tradición comercial, nunca fue un lugar de asentamiento de población por las continuas incursiones de los piratas berberiscos que crearon durante siglos gran inseguridad, con pérdidas de propiedades, vidas e incluso, como ya he dicho, con la captura de sus habitantes para ser vendidos como esclavos. El esplendor para Garrucha llegaría con el auge minero del siglo XIX. El descubrimiento en 1838 de plata nativa en el barranco de Jaroso, en Cuevas del Almanzora, iniciará la fiebre minera de la provincia de Almería. Garrucha será la salida natural de buena parte del mineral obtenido en las minas de la comarca. En su fondeadero anclaban barcos procedentes de distintos países de Europa que se cargaban por medio de enormes barcazas. Por esa razón se le llamó 'La Marítima', el gran puerto de las minas de Levante. Se crearon varias fundiciones para extraer plomo argentífero, como la de San Ramón en 1841 —unas instalaciones que, años más tarde, se convertirían en alto horno, 'El Martinete', para la fundición de mineral de hierro de Bédar y Sierra Cabrera— o la de San Jacinto en 1860. Garrucha llegó a ser tan importante que diversos países europeos, como Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y otros, establecieron sedes consulares para sus embajadas, llegando a un total de diez. La construcción, en 1887, de un cable minero desde el Pinar de Bédar y del ferrocarril minero en 1890 incrementará, si cabe, su comercio ya de por sí importante.

Con el descubrimiento de las minas y las fundiciones creadas despega su economía. Al calor de esa riqueza minera el mercado portuario aumenta y se descubre la riqueza pesquera y turística de la zona. Garrucha había alcanzado sus años dorados. Todo esto la lleva a constituirse como Ayuntamiento. Los grandes terratenientes y propietarios de las minas eligen su costa como residencia de recreo para las familias y construyen grandes mansiones para el veraneo, considerándosela la pequeña San Sebastián del Sur. Este pueblo entra en el siglo XX con agua potable, electricidad y central telefónica. La razón de este adelanto es la importancia turística, económica y comercial que tiene la zona, la presencia de viceconsulados desde el siglo XIX y sus tres puntos de embarque.

—Perdone, don Salustiano —interrumpe Pedro—, pero ¿qué extensión de terreno tiene el municipio de Garrucha? No le he oído decir nada sobre eso.

—No lo ha oído usted porque no lo he dicho —contestó el posadero—. Pero no se preocupen, que se lo voy a aclarar.

Esta villa tiene su origen en una pesquería en la que se faenaba al amparo de la Torre de Garrucha, donde existía un pozo de agua. Garrucha se formó como núcleo muy poco estructurado hacia el interior. Pese a carecer prácticamente de territorio municipal (0,4 km²), podía ser considerado como un municipio, y no ya como atrasado, sino como uno de los más pujantes de la provincia. En esa larga y difícil lucha por conseguir su emancipación los que la lograron debieron pensar que conseguir la separación era el primer paso y que conseguir territorio vendría después, pero no fue así: apenas ha podido contar en su término municipal con la franja de mar, aunque le ha bastado para su desarrollo, como a aquellas antiguas repúblicas marineras que llevaron siempre su comercio y sus ideas por todo el Mediterráneo.

—¿Y en ese pequeño terreno se pudo crear tanto nivel de vida? —Es Roberto el que ahora interviene.

—No lo duden, señores. Tal y como me han dicho que les comentó Ramón, el cosario, este pueblo vivió una época esplendorosa, y aunque les repita algo de lo ya contado por él, no está de más recordarlo.

Al inicio del siglo XX, Garrucha vivió una febril actividad económica y una no menor animación social. Casinos, pistas para baile y un club de tenis le daban ese aire, tan distinto al del resto de las poblaciones costeras de la zona, que evocaba aquellas ciudades, como San Sebastián, donde el verano llenaba las calles de 'glamour'.

Aquella situación subió la renta de los pescadores, impulsó el pequeño comercio, las empresas de la construcción comenzaron a edificar casas nuevas. La felicidad había llegado al pueblo tras años de carestía en los que se vendía, como estiércol, hasta lo depositado en las colañas y los retretes de los pozos domésticos. Decía una letrilla de carnaval de la época: «Hoy no comemos porque retretes ya no tenemos».

—Pues sí que adquirió importancia Garrucha en aquellos años —vuelve a decir Roberto.

—No se equivoque usted —puntualiza don Salustiano—. Atienda.

Garrucha ya fue importante hace muchos años. La primera base documental como enclave pesquero la proporciona un informe de Ramiro Núñez de Guzmán, que, por encargo del emperador Carlos V, visita en 1526 las fortalezas de la costa, apareciendo en ese informe que: «…en Garrucha faenan 200 jábegas y barcas, las cuales dan trabajo a unos 300 pescadores».

Pero retomemos la historia. Después de aquellos prósperos años, la crisis minera hace que, desgraciadamente, la economía se venga abajo; que se desmantelen instalaciones —las vías de tren, hace ocho años—; que desaparezca el comercio local y que el pueblo esté a punto de desaparecer y muchos edificios parezcan albergar fantasmas. Hablando de temas del más allá, fíjense si éramos modernos que en los años veinte hasta tuvimos un centro espiritista.

A pesar de los acontecimientos la villa se resiste y lo consigue gracias al pundonor de los pescadores que siguen llevando sus barcos a mar abierta, fieles a sus ancestros, aun sin apenas recursos para la subsistencia. Cuando, en 1931, creen que su mala suerte se va a acabar con el comienzo de las obras del puerto, la Guerra Civil hace que estas no se terminen hasta después de acabada la contienda. En este año hay también un hallazgo sorprendente que pudo cambiar el destino no solamente del pueblo sino de Almería: el subsuelo de Garrucha tiene petróleo. Pero la fiebre del oro negro dura tan poco como la euforia por las obras del puerto, la cantidad de crudo es mínimo y no merece la pena su explotación. Mientras esto ocurre los pescadores continúan faenando, tendiendo sus artes de traíña sobre la tierra del malecón y restañando los paños en los tinteros.

—Realmente, por lo que nos dice, este es un pueblo que no ha parado de tener problemas —infiere Pedro.

—Se tuvo que luchar mucho para conseguir la secesión de Vera. Pero no se ha parado de luchar. Aún hoy se sigue peleando y no se parará hasta que se consiga un suelo mínimo. Miren, les voy a enseñar un periódico que tengo guardado.

Dicho esto, don Salustiano volvió a encender el cigarrillo que se le había apagado, dio una profunda calada, se levantó y se dirigió a una cómoda, de esta sacó un puñado de periódicos, extrajo uno de entre ellos y con él se acercó a la mesa.

—Es un *Diario de Almería* de 1926 —explica al tiempo que lo despliega por una de las páginas—. Aquí hay un artículo que ilustra el ambiente de la localidad, la precariedad de espacio y la necesidad del puerto, y dice así: «Es el único pueblo de España que no tiene ni un palmo de terreno fuera del recinto

del poblado. Es decir, que un extremo del pueblo está en jurisdicción de Mojácar y el otro en el de Vera. La falta de previsión se ve reflejada en la paradoja de que el cine de verano Terraza Tenis tiene la pantalla en el término de Vera y las butacas en el término de Garrucha. Los fundadores de este pueblo fueron poco avariciosos y se conformaron, solamente, con el terreno necesario para levantar sus viviendas».

Roberto ha escuchado con atención todo lo expuesto por el exsecretario. Cuando este termina de leer la prensa, en un tono un tanto enfático le expresa su opinión.

—El territorio es uno de los elementos de obligada concurrencia para la existencia de cualquier municipio y ello es así no solo porque lo establezca la razón, sino porque cualquier municipio, como núcleo estable en el que se asienta una colectividad humana organizada, ha de contar con un espacio físico en el que aquélla vive y en el que desarrolla sus iniciativas de toda índole.

—Así debiera de ser —remacha Pedro.

Mientras los hombres comentan sus conclusiones, la señora Luisa ha cogido el periódico y lo hojea, alguna noticia ve que, de pronto, exclama:

—¡Cucha! Ya no me acordaba. ¿Te acuerdas, Salus, cuando vinieron a rodar la película de *Malvaloca*?

—¡Claro! ¡No me voy a acordar! Si estuvimos todo el pueblo pendientes de los artistas y de cómo interpretaban sus escenas. Fíjate, Luisa, que por entonces las películas todavía eran mudas.

La sobremesa se ha hecho larga y los huéspedes se van a 'hacer la siesta', como dice la señora Luisa. Ya en la habitación, con los ojos abotargados de sueño, deciden posponer la charla pendiente para después. Ya sobre la cama, Roberto, como de costumbre, no tuvo problema para quedarse dormido. Pedro, sin embargo, daba vueltas sobre la cama sin poder conciliar el sueño. ¿Qué haría?, ¿qué no haría? Qué debería hacer y qué no debería hacer, ese era el gran dilema. En medio de estas controversias, la imagen de Carmen se le aparecía nítida, su mirada, unas veces acusadora y otras suplicante, le producía calores de desasosiego. Al fin se quedó dormido. Cuando despertó, Roberto hacía rato que miraba por la ventana. Al verlo sentarse en la cama, comentó:

—¡Chico! Qué manera de dar vueltas en la cama. No has parado ni un momento. Se notaba que tenías calor.

Pedro se limitó a sonreírle y se dirigió, también, a la ventana, miró a lo lejos y vio solo mar. El Mediterráneo, sereno, se mostraba pleno, la arena de la playa desierta solo albergaba algunas pequeñas embarcaciones que esperaban la noche para salir a faenar. Aquella rada, junto a la fidelidad callada de los pescadores a su playa, ayudó a perpetuar el pueblo como tal. Fidelidad, esa frase retumbó en su cabeza como clave de su incertidumbre. Como si hubiera encontrado la luz en la oscuridad de su mente se volvió hacia su amigo y le comunicó la decisión que acababa de tomar.

—He pensado que debemos continuar el periplo por los pueblos de esta desconocida provincia, son interesantes sus historias y fascinantes los relatos que nos cuentan. A veces pienso otra cosa, pero no puedo vivir así, lo he decidido. Hace apenas una semana que salimos de Rodalquilar y necesito más tiempo para saber lo que quiero. Debo probarme.

Roberto, impertérrito, había escuchado a su compañero. Transcurridos unos minutos, en los que el silencio se hizo dueño de la habitación, habló de manera cauta.

—Ocurre que a veces el destino nos enfrenta a situaciones para las que no sirven de nada ni nuestros afectos ni nuestros conocimientos. Por lo tanto, me parece bien que reacciones así, opino que has hecho como el sol, que todas las tardes cae y a la mañana siguiente se levanta con más vigor. Eres adulto y es tu vida, darte tiempo creo que es una sabia solución. En la vida es mejor dejar huellas que cicatrices. El tiempo que te das te hará tomar la decisión que más te convenga y tanto a ti como a ella este tiempo de reflexión os hará bien, os dará conocimiento sobre la fuerza de los sentimientos. En cuanto a seguir, sí, pero dejemos la costa y vayamos a ver pueblos del interior. Vayamos en dirección a Huércal-Overa, pasando por Vera y Cuevas del Almanzora, seguramente veremos pueblos diferentes, otras formas de vida que tendrán otros atractivos.

—De acuerdo, jefe —asintió Pedro, llevando la mano derecha sobre la sien, imitando con una mueca burlona el saludo militar.

Salieron a la calle dispuestos a pasear para deleitarse de la brisa marina que hacía apacible la tarde. Allí, en las tierras próximas a la playa, los niños, en medio de un griterío, ajenos al calor reinante, corrían tras la pelota de un lado para otro. Otros, con sus familiares, disfrutaban de las aguas que llegaban mansas a la arena de la playa. Algunas personas, seguramente disfrutando del clima, caminaban sin rumbo aparente, parecían forasteros. Pasearon y com-

probaron por los comercios cerrados el auge que el pueblo comercialmente tuvo que tener: farmacia, confitería, estudio fotográfico, sombrerería y tienda de tejidos, entre otros, atestiguaban un pasado floreciente que no tenía nada que ver con su estado actual, donde la nota de desolación comercial superaba a la de las casas deshabitadas. Llegaron en su paseo hasta el límite de la playa, allí se sentaron junto a una edificación y se quedaron extasiados mirando cabrillear el mar bajo los últimos reflejos del sol. El edificio era una fortificación militar junto al mar —castillo de las Escobetas o castillo del Nazareno, les dijeron—, destacaban en ella dos torreones, uno a cada lado. Volvieron sobre sus pasos y en vista de que no se veía nada atrayente por visitar decidieron regresar a charlar con los posaderos.

Los encontraron sentados a la entrada de la fonda en compañía de una mujer. Esta hablaba y parecía muy afectada. Al saludo de los recién llegados, la señora Luisa, como si los esperase, les invitó a sentarse en dos sillas preparadas para ellos. Su llegada había cortado la conversación, pero la acompañante tenía ganas de continuarla. La señora era una anciana de cuerpo menudo, a quien los avatares de la vida, seguramente, habían convertido en un derruido escombro que se asía infructuosamente a la vida. Tenía, no obstante, una voz imponente, daba la sensación de tener una memoria prodigiosa y poseía un destello en los ojos que parecía adivinar lo que estabas pensando. Los jóvenes quedaron impresionados, pues nunca habían visto la mirada viva de un ser muerto.

El señor Salustiano les presentó a la decrépita senil.

—Es mi hermana, la mayor de los hermanos. Es muy anciana, pero a pesar de sus años y su aspecto vive sola en la casa de al lado, viene todas las noches a charlar con nosotros y esta noche… tiene una 'perra', ¡mecachis en la pena oscura!, que no la deja tranquila, ni a ella, ni a los que están con ella.

La voz, grave, de la mujer lo interrumpió.

—Salus, te lo repito, que lo de mi nieta no es normal. Tanto tiempo sin llamarme es porque algo le ha pasado. Mira, que no me llame mi hija es normal, es una descastada igual que mi yerno, pero mi Manoli, no, ella siempre me ha llamado.

La energía que mostraba la anciana y su buena dicción contrastaban notablemente con su figura. Tras sus palabras, el silencio se adueñó del grupo y los jóvenes pasearon la mirada indistintamente de un hermano a otro. Finalmente, pasados unos segundos, el mutismo fue roto por la afligida mujer.

—Se lo voy a contar a estos señores, a ver si tengo razón o no.

Roberto y Pedro, intrigados, se aprestaron a escuchar lo que se adivinaba como una larga historia. La mujer, algo exaltada, con aire dramático, comenzó a relatar los hechos que la atribulaban.

Hace dos años, ante la situación que aquí se vivía, mi yerno barajó la posibilidad de dejar atrás el pueblo de Garrucha, en el que había vivido toda la vida, e irse a Bilbao. Un primo, seis meses antes, se había arriesgado a la aventura y le había salido bien. El pariente trabajaba como conserje en la portería de un edificio en el barrio de San Mamés, y en una carta le había dicho que en la ciudad había muchas oportunidades, que había empresas que ofrecían empleo y que en los Altos Hornos estaban admitiendo personal. Allí había futuro para él y para sus hijos. La noticia aquella lo animaba, pero cuando se lo planteaba seriamente descubría, por increíble que parezca, que le atraía más la pobreza silenciosa que vivían, su tranquilidad, que aquella posibilidad de mejora. Mi yerno, que era dado a las fabulaciones, se esforzaba en imaginar Bilbao como una ciudad insegura, llena de coches y gente trepidante y ruidosa. No lograba concebir aquello y seguía con dudas. Hasta que hubo unos días de forzoso ayuno en el estómago de toda la familia y por primera vez escuchó reproches. A mi yerno se le debió encoger, además del estómago de hambre, el alma de arrepentimiento por no atreverse a partir. Y fue por eso por lo que decidió llevarse a la prole a la próspera capital. Fue como un incómodo tanteo o como un reto o simplemente una huida hacia delante.

Todos sin excepción recordarían aquella mañana de principios de verano, pero sobre todo mis nietos, que la evocarán como el día exacto en que concluyó su infancia e iniciaron una acelerada marcha a la madurez.

Mi nieta Manuela, la mayor, que no se quería ir, lloró durante todo el tiempo que duró el viaje en tren a la capital vasca. En ella, el primo les había buscado alojamiento en la periferia y trabajo para el padre. Una vez allí, su madre se integró fácilmente en el nuevo barrio; mis otros tres nietos, el mayor no había cumplido aún los dieciséis años, todos varones e incultos, aceptaron los designios del padre sin hacer aspavientos adolescentes. Se iban contentos pensando que, como sus primos, pronto podrían comprarse una motocicleta. Quince días después de que la familia se instalara, los tres hijos ya trabajaban y podían quedarse una parte del jornal de la semana; mientras tanto, los llantos de Manuela seguían brotando regularmente para desesperación de mi hija. Madre e hija se quedaban en la casa compartiendo las labores, y la niña repitiendo una y otra vez que sus

padres habían huido del pueblo con la única intención de alejarla de un novio que ellos calificaban de tarambana en exceso. Aquel sentimiento de injusticia la ponía de un malhumor perpetuo y de continua disputa con la madre.

Un día, mi Manuela decidió trabajar y, aunque a regañadientes, su padre lo admitió. Tenía buena presencia y se colocó de doncella, interna, en una casa del señorial barrio de Neguri. Con gran pesar por parte del padre, la acompañaron hasta el domicilio. Cuando se fueron, mi nieta me comentó: «Me sintió liberada, abuela». Tenía dieciocho años, la cabeza llena de pájaros y no había salido nunca del pueblo, así que era la primera vez en su vida que había viajado a una capital y separado de sus mayores; pero, mi nieta, la chica más lista del colegio del pueblo, se sentía como si fuera la abanderada del municipio.

Puesto que era la única niña, sus padres la echaban de menos con frecuencia, y para calmar la conciencia se refugiaban en una imagen cándida. Se la imaginaban, terminado su trabajo, en la habitación haciendo alguna labor de ganchillo. La realidad es que mi nieta solo llegaría a trabajar cuatro meses en aquella casa. Su primera tarde libre, quince días después, se la pasó, efectivamente, en su habitación descansando, pero la segunda tarde que libró, una compañera del servicio, poco mayor que ella y que mostraba una cultura poco habitual en la profesión, la invitó a acompañarla. Ante su recelo, su nueva amiga quiso dejarle las cosas claras.

—No temas, chica, hay que disfrutar la vida —le precisó—, somos jóvenes, verás como te lo pasas bien. Además, para tu tranquilidad te cuento: cuando yo llegué a Bilbao procedente de Trujillo, era como una cerilla sin encender, con la mente llena de planes, de aventuras adolescentes que me servían para estar sola, para sobrevivir, pero que aún no alumbraban nada. Las escondía en mi cerebro, desordenadas, con avaricia, para no tener que pensar en lo que me rodeaba. Me figuro que entenderás lo que te estoy diciendo porque también lo habrás sufrido: no hay nada peor que el aislamiento de provincias; nada peor que una tarde de invierno en casa oyendo las voces de tus mayores y sus lamentos. La piel se te reseca de soledad y de escucharlos. En cuanto tuve oportunidad escapé del pueblo, hui de aquella rutina y, por una casualidad, vine a parar a Vizcaya. Ya en Bilbao, deseosa de vivir la ciudad, cuando tenía ocasión en mis tardes libres buscaba la Gran Vía, San Mamés y sus aledaños o las orillas de la Ría. En aquellos espacios el ahogo poco a poco fue desapareciendo. Después, un día, para hacer tiempo, medio a desgana, como si estuviera predestinada a ello, me uní a un grupo de chicas y chicos trabajadores que iban a bailar en un pequeño local, pero que en secreto se reunían para otra actividad. Y de pronto la cerilla

se encendió. ¡Rasss! No creas que me convertí en una activista al instante, pero de aquella asamblea lo que me cautivó fue la altisonancia de voces, el calor que emanaba de nosotros. Era como una caldera a punto de explotar. En una cosa todos estábamos de acuerdo: el general Franco era un fascista. Y yo también grité que Euskadi debía ser libre.

Todo eso le confesó la compañera a mi nieta. Cuando mi Manuela me lo contó por teléfono y yo escuchaba en silencio, pero horrorizada, decía no entender nada de lo que significaba lo último escuchado. La Sole, que era como se llamaba la muchacha, le echó un brazo por encima del hombro y se la llevó, como le había prometido, a bailar, donde le presentó a algunos compañeros. En aquel lugar se alternaban bailes con discursos exaltados, las opiniones de unos eran rebatidas por otros y algunas veces la sala se convertía en un guirigay al que a duras penas se conseguía poner paz. El primer día, al cabo de dos horas de discusión, la reunión se disolvió y empezó el baile. La orquesta, parece ser, la componían un acordeón, una guitarra y un clarinete; muy rara vez se ponían de acuerdo los tres instrumentos para llevar el ritmo, pero esto daba igual, a los bailarines solo les interesaba llevar una hembra entre los brazos, y si se dejaba besar, mejor. Entre baile y baile comentaban: «Esta reunión, como todas, sin resultados prácticos», pero mi nieta notaba que todos estaban con la sensación de que estaban arreglando algo.

Con el miedo metido en el cuerpo por todo lo que me decía, yo le pedía que tuviera cuidado y que me contara todo. Que, por favor, no dejara de llamarme. Y así hizo durante un tiempo y así sabía yo de su vida.

Aquellos discursos poco a poco fueron haciendo mella en Manuela. Seguramente, por la noche, en la soledad de su cama, envuelta en la oscuridad de la habitación en la casa de Neguri, las nuevas ideas daban paso a pensamientos que se ordenaban y se concentraban en sus padres y hermanos. Se los imaginaba víctimas propiciatorias, viviendo una realidad robada, falsificada por el gobierno de Franco y los suyos. Se rebelaba ante lo que consideraba una condena a toda una vida haciendo de bestias de carga, intentando creer que, de hecho, aquella mierda de existencia que les había tocado después de la guerra les gustaba. Ganada por aquella resistencia revolucionaria, identificaba a su padre como uno de tantos desgraciados que habitaban el país, y a su madre como una comparsa patética, impasible, siempre apoyando al cabeza de familia y diciendo: «Nunca estaremos tan bien como ahora, que no cambie nada». Eso se lo había escuchado a mi hija una vez que me llamó. Me imagino que, conociendo a la niña, esas frases de su madre le rebotarían en el cerebro y la deprimirían profundamente.

Percibiría que en cuatro días serían viejos, viejos prematuros, y esa certeza le pesaría como una losa de plomo en el estómago.

Parece ser que con su cerebro hecho un galimatías, una tarde de asueto, sin muchas ganas de nada y con sensación de sobresalto, se vistió sin prestar atención a su atuendo y se dirigió como otras veces al lugar de reunión. Hacía un día de invierno especialmente frío, uno de esos días en los que el aire riza la superficie de la ría y remonta todavía más helado. Caminaba y no se sentía los pies. Encogida para protegerse del helor no percibió que la gente caminaba presurosa y que algunos corrían en dirección contraria. Los corredores provenían del lugar hacia donde se dirigía. Ensimismada en sus pensamientos no percibió el rumor, parecido al de una colmena de abejas, hasta doblar la esquina y entrar en la calle, repleta de policías. En la puerta del local de reunión se encontraban, rodeados de los temidos 'grises', la mayoría de sus amigos. Por un momento quedó petrificada, fueron segundos, la sacó del asombro una voz salida del grupo que gritó:

—¡Márchate! ¡Huye!

La voz se quebró a consecuencia del golpe que recibió del arma de un policía cercano. Mi nieta corrió como alma que lleva el diablo. Hubo momentos que pensaba que no ponía los pies en el suelo. Sabía que los 'grises' corrían tras ella, los oía gritar y a alguien dar órdenes. Corrió por aquellas callejuelas del viejo casco con el corazón saliéndole por la boca. Al salir de una calleja, seguida por un estruendo de sirenas y botas pesadas, resbaló y estuvo a punto de perder el equilibrio. Con la boca seca y el cerebro sin oxígeno vio la calle principal, en ella dos trabajadores de un camión de mudanza se habían detenido curiosos, junto a ellos, un armario de doble cuerpo que acababan de descargar. Los hombres, de edad mediana, acababan de ver pasar a dos jóvenes que a la carrera se habían perdido por las callejas cercanas. Mi nieta se detuvo indecisa, respiró con dificultad, jadeando, sus ojos aterrados se clavaron en los hombres, quería decir algo, pero no le salían las palabras. Miró de nuevo hacia atrás, uno de los obreros, el de más edad, lo entendió, abrió la puerta del armario y con un gesto la invitó a pasar al interior, ella de un salto se acomodó en el escondite. Los descargadores cerraban la puerta justo en el momento que el primer agente aparecía en la calle a toda velocidad.

Cuando estaban a punto de levantar el mueble, el policía, jadeando, se detuvo delante de ellos. Congestionado y sudoroso el rostro por la rabia, les preguntó por dónde había corrido la chica, los hombres se encogieron de hombros diciendo que esta había pasado en el momento en que bajaban el armario del camión

y que no podían precisar la dirección de su huida. El agente se impacientó y los gritos coincidieron con la llegada de otros perseguidores. Providencialmente, salió el portero del edificio diciendo con energía:

—¡Joder! ¡A ver si os vais a tirar toda la tarde con la mudanza! Yo tengo prisa.

Y dirigiéndose al policía, más calmado, indicó que la joven había pasado escopetada metiéndose por la primera calle a la derecha.

—¡Estaba agotada, la detendrán enseguida! —recalcó cuando los perseguidores ya trotaban calle abajo.

Inmediatamente después se dirigió a los trabajadores.

—¡Venga, rápido!... ¡Cojones! ¡A ver si terminái s de una puñetera vez!

Los dos hombres cogieron el armario, con mi Manuela presa de un ataque de pánico dentro, y trabajosamente treparon escaleras arriba. Afortunadamente, el piso era el primero y estaba vacío por lo que una vez dentro pudieron abrir el ropero para que mi nieta saliera.

—Cálmate, lo peor ya ha pasado —le susurró el mayor de los obreros, tranquilizándola—, quédate aquí, escóndete y no hagas ruido, nos queda el último viaje que acarrear, cuando bajemos estudiaremos el terreno para ver la forma de que salgas de aquí.

Los hombres salieron y la niña, muerta de miedo, se ocultó entre una cómoda y unas mesillas en una de las habitaciones, donde, además, había una armadura de cama, un somier, colchones y varias cajas de cartón. Debido a la mudanza, por todas las dependencias había muebles, sillas, mesas, somieres, colchones e innumerables cajas del mismo material. Los empleados del transporte habían ido dejando todo según un plano que les había entregado el portero por orden de los propietarios. El silencio era absoluto. El temor hacía que la mudez fuera tétrica y que cualquier ruido proveniente de la calle le produjese un escalofrío de terror. Había estado a punto de ser detenida y temblaba al pensar qué hubiera pasado, había oído casos de cómo se empleaban los 'grises'. Al recordar lo que decían hacían a las detenidas, un temblor recorrió su cuerpo. La noche se había adueñado de la ciudad y las sombras eran las dueñas del piso, su atemorizada mente imaginaba fantasmas en cada una de ellas. Empezó a temblar, no sabía si por la gélida temperatura que hacía, por el miedo o por ambas cosas; cuando la tiritera estaba en su punto más álgido oyó las voces de los transportistas, hablaban en voz alta seguramente para tranquilizarla. Y así fue, la voz despreocupada de los hombres fue como un sedante, su cuerpo se relajó y, aunque le flojeaban las piernas, esperó su llegada algo más sosegada.

Cuando los empleados de la mudanza terminaron, el que en todo momento había tomado la iniciativa de ayuda se dirigió a mi nieta.

—Muchacha, hemos estado mirando y, al fondo del pasillo, hay otra escalera, es estrecha, seguramente es la del servicio, conduce hasta una puerta que está entreabierta, posiblemente porque alguna empleada se la ha dejado así, aprovecha y márchate, da a la calle de atrás. Ten cuidado. Que tengas suerte y… recuerda: nosotros no te hemos visto nunca.

Los hombres abrieron la puerta, miraron el exterior y al ver que estaba solitario hicieron un gesto para que saliera. Mi nieta me contó que con lágrimas en los ojos se acercó a cada uno de ellos y les depositó un beso en sus mejillas. Al salir, embargada por la emoción, solo pudo decir, quedamente:

—¡Gracias! ¡Muchas gracias!

Dicho lo cual se perdió en la semipenumbra del pasillo. Al final de la escalera, como le habían dicho, una puerta entornada la condujo a una calle estrecha no muy iluminada por el alumbrado público. Daba más claridad y era bastante más efectiva la luz que proyectaban las ventanas de algunas viviendas, donde sus moradores, ajenos a la redada a la que estaban acostumbrados, estarían celebrando el sagrado momento de la cena.

Ya se pueden imaginar con qué estado de nervios escuchaba lo que me decía la niña. No quise interrumpirla para enterarme de todo, por lo que prosiguió contándome los pormenores de su escapada.

Después de mirar a ambos lados de la calle y no percibir nada sospechoso, emprendió el camino de su casa. Decidió no volver a Neguri. Tenía miedo. Por el camino, temerosa, reconoció que debía irse de Bilbao. Estaría en su casa solamente esa noche, no diría nada, y al día siguiente se iría a Irún, en las reuniones había escuchado decir que una fábrica conservera, de nombre Gaztelumendi, admitía personal.

Cuando llegó a casa de sus padres, mi yerno y nietos ya estaban acostados, lo hacían así porque se levantaban pronto, empezaban sus trabajos a muy temprana hora. Su madre la recibió sin demasiada cordialidad, desde hacía tiempo las relaciones entre mi hija y mi nieta no eran buenas, las diferencias entre ellas eran extremas y las peleas continuas. La madre no estaba de acuerdo con el comportamiento rebelde de Manuela y había comprobado que desde que esta no estaba allí las discusiones habían cesado y la casa era un remanso de paz. Mi yerno era diferente, la niña, como la llamaba, era su debilidad.

Ante el hecho de que, al quedarse a dormir, su madre preguntara por las causas, mi nieta aprovechó la falta de entendimiento entre ambas, excusándose.

—Madre, si le parece, mañana hablamos, estoy muy cansada.

Sin embargo, contradiciendo lo dicho, permaneció allí, inmóvil, absorta, ignorando por completo la presencia de su madre, quien, de cuando en cuando, mientras trajinaba por la casa, la miraba por el rabillo del ojo, pensando en lo difícil que era su hija.

Aquella noche, a mi nieta le costó dormirse, su sueño estuvo plagado de pesadillas en las que se veía conducida por la policía e increpada por los ciudadanos. Al día siguiente se levantó pronto, su padre y hermanos se habían ido, lo hizo mareada, la cabeza le daba vueltas como si se hubiera despertado en medio de un terremoto, pero con la idea fija de alejarse de la ciudad. Su cara era un poema de inestabilidad. Esa imagen hizo preguntar, preocupada, a la madre:

—Manuela, hija, ¿te pasa algo?

—No, madre. Estoy empezando con el periodo y ya sabes cómo me pongo.

Seguramente, a la autora de sus días le hubiera gustado hacerle muchas preguntas, mas no se atrevió. El carácter de Manuela, siempre problemático, había cambiado mucho, haciéndose casi insoportable. El silencio amenazaba eternizarse entre madre e hija hasta que esta volvió a entrar en su habitación para salir diez minutos más tarde con un hatillo de ropa y espetar:

—Madre, me voy a Zarauz, me manda la señora. La 'amona' está malucha y quiere que me vaya con ella hasta que mejore. Creo que estaré poco tiempo. En cuanto llegue escribiré. No os preocupéis por mí, allí estaré bien. Diles a padre y a los hermanos que los quiero… A ti también, madre…

Todo esto me lo contó la última vez que habló conmigo, en una conferencia que le debió costar un pico. Me llamaba cada cierto tiempo para contarme cosas, pero a partir de aquel día no he vuelto a saber de mi nieta. Sus padres ni me llaman ni me escriben y los chicos también se han olvidado de mí.

Todos los presentes intentaron consolarla diciéndole que el trabajo en el norte era muy duro, que la niña, como ella la llamaba, seguramente estaría colocada en alguna fábrica y que los turnos y los horarios impedían sus llamadas, pero cualquier día la tendría al teléfono. Aquello consoló a la buena señora, aunque, no del todo conforme, lo remachó con estas palabras:

—Ya, pero eso es lo último que sé de ella, de eso hace tres meses y me tiene que no vivo. —Unas lágrimas acompañaron a estas postreras palabras.

Los muchachos no sabían qué decir. Por un momento, Roberto pareció ver en el posadero una señal, pero una señal ¿de qué? Tratando de animar a la pobre mujer, puntualizó:

—Eso es que su nieta quiere darle una sorpresa viniendo. El día que menos se lo espere aparece por aquí.

—¡Que así sea, virgencita! Ojalá sea así. ¡Huuuy señor, me ha dado usted la vida! —Dicho esto, la anciana se levantó vacilante y, apoyándose en un bastón, se dirigió a la casa de al lado musitando un saludo de despedida—: Hasta mañana, que descansen.

Tan pronto como la mujer se hubo marchado, el señor Salustiano tomó la palabra.

—A su nieta no le pasa nada, lo sabemos bien, lo que sucede es que ha elegido un camino que no queremos que mi hermana conozca. Lo que aquí ha contado ella, efectivamente, se lo dijo Manuela por teléfono en una conferencia. Estaba asustada. Lo que ocurrió después es que la muchacha salió decidida de la casa mientras su madre la veía partir con lágrimas en los ojos y el corazón partido pensando: «Esta chica… esta chica nos va a quitar la vida». Lo que les voy a relatar me lo han contado, pero no queremos que mi hermana se entere.

El señor Salustiano prosiguió con detalle el resto de la historia.

Manuela, acongojada pero presurosa, se dirigió a la Plaza de España, allí estaba la estación, le gustaba y solía ir a verla: era una terminal hermosa, con una inmensa vidriera policromada que precisamente aquel año había sido inaugurada, se llama Abando. En taquilla sacó un billete para Irún, para el tren que salía a las doce treinta, cuarenta minutos más tarde.

La Manuela que se despidió de Bilbao en la antigua estación del Norte un miércoles por la mañana era un alma en expansión. El viaje, como todos entonces, fue pesado, con muchas paradas en el trayecto, mucho trasiego de viajeros y mucha guardia civil. Por suerte, se agregó a una familia numerosa que viajaba con su prole y pasó desapercibida; precisamente aquellos niños y el movimiento de personas, todas diferentes, hizo que pudiera eludir sus pensamientos en los que el miedo era el protagonista. Afortunadamente, solo con media hora de retraso, el tren llegó a su destino. Durante el viaje supo, por las conversaciones, que aquel tren que los llevaba hasta la ciudad sita en el estuario del Bidasoa estuvo muchos años suspendido —el estallido de la Guerra Civil en 1936 había supuesto el cierre de la frontera francesa, cierre que se prolongó durante doce largos años a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial—. Felizmente para los viajeros que frecuentaban el trayecto de la línea restablecida hasta la estación de Irún, quinientos metros más adelante el convoy llegaría a tierras francesas y

en la gare d'Hendaye, estación ferroviaria de la ciudad gala de Hendaya, punto final del viaje, retornaría otra vez a Irún para seguir después hasta Bilbao.

A Manuela, asomada a la ventanilla, le emocionó saber lo lejos que la había llevado su aventura, pero comprendió que lo urgente era buscarse un lugar donde dormir y al día siguiente empezar a buscar trabajo, las ciento sesenta pesetas que llevaba no le auguraban mucho futuro si no encontraba faena pronto. Cuando bajó del tren comprobó que lo que realmente separaba a las estaciones era el río Bidasoa. Al bajar del vagón observó una fuerte vigilancia policial, temerosa se agregó a la familia numerosa con la que había compartido vagón y dando la mano a un niño simuló ayudar a controlar a los pequeños, así pudo pasar desapercibida sin necesidad de una posible identificación. Ya a solas comprobó que la bahía de Bidasoa, como en el tren alguien había dicho la llamaban, disfrutaba de una gran actividad. Decidida a encontrar donde instalarse comenzó a caminar, escudriñando las fachadas de las viviendas, tratando de encontrar el rótulo deseado que anunciara un lugar económico para, momentáneamente, poder dormir. En la ciudad, los edificios mostraban huellas de la virulencia de la guerra, de una guerra acabada casi diez años atrás.

Empezaba a desesperarse porque la tarde anunciaba su fin. Las primeras sombras nocturnas amenazaban con apoderarse del espacio y no había encontrado lo que buscaba, cuando en una calle divisó algo que hizo que su corazón se acelerara: a la puerta de una modesta casa, dos geranios plantados en sendos envases de lata de aceitunas de cinco kilos y la jaula con un jilguero que revoloteaba en su cautiverio le hicieron pensar con alegría que aquello no podía ser obra nada más que de una andaluza. Después de un momento de duda decidió llamar a la puerta, pero no tuvo necesidad, antes de llegar a ella se abrió y una mujer de una edad similar a la de su madre salió hablando enojada, dirigiéndose a alguien del interior.

—¡Joer, niña! ¡Vas a empollá! ¡Mueve el fandango, chiquilla! Que te va criá telarañas.

Calló al ver a la joven, esta quedó también cortada. Enseguida, la mujer reaccionó primero.

—¿Quería usté algo? —indagó.

Manuela por un momento pensó en marcharse, pero rápidamente reaccionó, tratando de ser lo más educada posible.

—Buenas tardes, señora, perdone si no es el momento, pero he llegado esta tarde en el tren y estoy buscando una habitación para alquilar. Busca que te busca llevo bastante tiempo caminando sin encontrar nada, al pasar por aquí y

ver los botes con los geranios me he dicho: «¡Cucha! ¡Como en Almería!», y luego pensé: «Eso no es posible aquí, tan lejos». Y me iba a ir, señora. Pero me he vuelto a decir: «¿Por qué no preguntas?, Manuela. Si no es almeriense, andaluza sí que es porque esa forma de tener flores solo se da en Andalucía. Si tienes suerte, y es así, posiblemente te informarán».

La mujer había escuchado sin pestañear a la muchacha, observándola de arriba abajo. Aunque su apariencia no era de las mejores porque el cansancio le daba una imagen desvalida, sus jóvenes y agradables facciones la debieron complacer.

—No t'has equivocao, chica —le dijo la mujer después de unos minutos de silencio—, soy andaluza, de Jaén, de Martos pa ser más exactos, pero llevo aquí, en estos andurriales, bastantes años. En cuanto a lo que buscas, pasa dentro que hablemos.

Manuela entró tras la mujer. La estancia a la que accedieron, parece ser, estaba modestamente amueblada, una mesa camilla con sillas alrededor presidía la habitación, y, sentada en una de las sillas y apoyados los codos en el tablero de la misma, una joven de dieciséis años aproximadamente leía una novela de Corín Tellado. Al ver a la visitante dejó la novela sobre la mesa y quedó expectante.

La mujer se sentó en una silla y con un gesto invitó a Manuela a que se sentara.

—Esta es mi hija —le comentó—, se llama Begoña y tú, m'ha parecío escucharte decir que te llamas Manuela. Pos ya estáis presentás las dos. Y por lo de tu problema, chica, aquí es difícil encontrar habitación, la guerra ha dañao mucho los edificios, y eso hace qu'haya pocos sitios d'alquilé, pero yo tengo una habitación libre que no he querío alquilá porque los que buscan hospedaje normalmente son hombres y, con mi Begoña aquí, hombres, solo su padre, y este murió, qu'en paz descanse. —Aquí, con un gesto compulsivo, la mujer se santiguó—. Si nos ponemos de acuerdo te pues quedá. ¿A ti qué te paece, Begoña?

La hija, en un santiamén, había valorado el cambio que significaba en la casa otra mujer y además en edad juvenil, por lo que sin dudar dijo:

—A mí me parece bien, pero haz lo que tú creas, 'amak'.

De esta manera fue como se quedó a vivir con la señora Rafaela, la 'Andaluza', como la conocían en el barrio de Lapitze, un barrio compuesto en gran parte por viviendas individuales de los años treinta.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba pan tostao con aceite de oliva, puso al corriente a la señora Rafaela de sus propósitos de buscar trabajo e hizo referencia a que en la conservera Gaztelumendi necesitaban personal. La mujer

le indicó donde podría encontrar la fábrica, y Manuela, después de desayunar, se dirigió hacia las instalaciones de la citada industria. Allí la recibió un individuo que tras observarla descaradamente le dijo que la plantilla estaba completa, pero que no obstante intentaría ver qué podía hacer por ella.

—Vuelve luego —fueron sus palabras—, esta tarde al final de la jornada, a las cinco y media, y tranquilamente vemos qué puedo hacer por ti. Estaré pendiente de tu llegada, pero si no estoy pregunta por Aitor Areopagita.

El cuarentón señor Areopagita era calvo, bajito y regordete. La sotabarba se le dividía en una doble papada, como los michelines de la barriga de un bebé, y la piel de sus carnosas mejillas le brillaba como si acabara de comerse un asado grasiento. Su voz, demasiado aguda, no pegaba en absoluto con el voluminoso corpachón y su habla, untuosa y susurrante, incitaba a la desconfianza.

A ella no le gustó la forma que tenía de mirarla, rezumaba lascivia; sin embargo, él quedó encantado de la joven. Manuela solo tenía veinte años recién cumplidos, era una chica de un metro setenta, de formas rotundas y al mismo tiempo estilizada, eso que entre trabajadores se conoce como una 'maciza'. El pelo, largo y semirrubio, le acababa de dar un aspecto nórdico que solo desmentían las facciones de la cara, claramente latinas. Aquellos rasgos latinos eran especialmente agradables: tenía los ojos oscuros y los pómulos suaves y redondeados, completándose su fisonomía con una nariz y una boca ligeramente grandes. Más que la belleza, su principal atractivo era la proporción, en ella todo era armonía: su estatura, sus bien torneadas piernas y sus formidables pechos.

Ya sé que no está bien que yo hable así siendo como soy su tío abuelo —se disculpó el señor Salustiano—, pero hay que decir las cosas como son, y es que Manuela es mucha Manuela. Y ahora disculpen mis maneras y permítanme que continúe.

Acabada la fugaz entrevista, la muchacha se despidió del regordete señor Areopagita y se dirigió a la salida. Un trabajador que la había visto entrar en el despacho se acercó a ella, solícito, y la puso en guardia respecto al hombre con quien acababa de hablar: «Tenga cuidado, señorita, ese hombre está obsesionado con las faldas y no respeta nada ni a nadie». Durante la conversación mantenida con el amable operario, Manuela pudo saber algunos curiosos detalles más de la personalidad del tal Aitor Areopagita: Era hermano de nacionalista fusilado y presumía de franquista converso, para deshonra de la familia. Para más inquina, era calvo. En su juventud, cuando se percató de su incipiente calvicie,

se apresuró a disimularla peinándose hacia atrás porque sabía que su padre se sentiría traicionado por aquel erial. El agravio era ocasionado porque la naturaleza había sido generosa con el padre, y un tupé se alzaba sobre la frente de este con la misma presencia señorial que la marquesina que presidían los negocios de prestigio. Su cabellera infundía respeto. Su hijo, el gordo y calvo Aitor, era para el padre una mortificación continua.

Aquel primer encuentro en busca de trabajo no dejó contenta a la muchacha y desde luego, después de lo escuchado, no estaba dispuesta a acudir aquella tarde. ¡Qué se habría creído el cornudo aquel! Desilusionada, caminó sin rumbo fijo, de pronto, su cuerpo decidió que le faltaba un café y entró en un bar. Sentada en un rincón, pidió 'uno con leche' para entrar en calor y paseó su mirada por el establecimiento: era acogedor y se estaba bien allí. La perspectiva de quedarse un largo rato la calmó con una tranquilidad desconocida. No supo el tiempo que estuvo, solo supo que una chica se le acercó y, quedamente, le dijo:

—¿Puede ser que estuvieras hace unos días en un baile en la calle Julián Etzebarría de Bilbao?

La pregunta debió despertar a Manuela de una especie de ensueño ya que la desconocida hubo de repetirla para que le hiciera caso.

—Perdona… me llamo Angustias. ¿Puede ser que estuvieras hace siete días en un baile en la calle Julián Etzebarría de Bilbao? No tengas miedo, confía en mí.

La miró. Le sonaba aquella cara, recordó, sí, aquella era una de las pocas chicas que había intervenido, junto a otros, con sus oratorias en aquel local de Bilbao. No sin cierto recelo dijo que sí e invitó a la joven a sentarse junto a ella. Tomaron café y hablaron largamente. Más bien era Manuela quien hablaba, Angustias escuchaba. Precisamente por ser desconocida y de la misma edad, a la nieta de mi hermana le resultó muy fácil entablar conversación. Primero le habló del encuentro que acababa de tener con el cabrón aquel, después le salió todo: desde el asco que le daba aquella sociedad sometida hasta la animadversión que sentía por la deserción pasiva de sus padres. Se explayó argumentando la necesidad de violentar aquella mierda de ciudadanía para que a ellos no les pasara lo mismo. ¡Tenían que cambiar el curso de la historia! Se oía repitiendo ideas que anteriormente la habían impresionado y que ahora, al salir de su propia boca, le daban seguridad. La chica, que también era de fuera de las Vascongadas, asentía con convencimiento y la alentaba a seguir.

—Es que nuestros padres son unos muertos en vida, chica —corroboraba—. Este es un país de muertos en vida. Sal de este barrio, incluso de esta ciudad, y en

todas partes verás lo mismo: viejos prematuros que trabajan como bestias y los domingos se cambian de ropas para ir a misa o al parque a lucir sus vestimentas.

Posiblemente fuera por la juventud, el caso es que la sintonía con Angustias fue absoluta. Cuando se despidieron con dos besos era como si se conocieran de toda la vida. Quedaron en verse al día siguiente en el mismo lugar. Aquella semana se vieron todos los días, se contaron de la A hasta la Z toda la vida y su amistad fue tomando cuerpo como se entrelazan los cabellos de una trenza. Al lunes siguiente, su amiga convenció a Manuela para que dejara la habitación y se fuera a vivir con ella en un edificio de pisos baratos habitados por gente obrera y 'sana'.

Lo pasó mal al despedirse de la señora Rafaela. Para justificar la salida dijo que Angustias era una vieja amiga a la que había perdido la pista y que, al encontrarse, le había ofrecido su casa y la posibilidad de un trabajo. La 'Andaluza' la vio partir con pena, seguramente pensando que era demasiado joven para estar tan lejos de su familia.

Angustias compartía el piso con otras dos amigas que reunían amigos como si aquello fuese un punto de encuentro en donde todos buscaban 'encontrarse'. En las reuniones las horas volaban. La calefacción de la vivienda no funcionaba y se helaban de frío, por lo que para combatirlo se encerraban todos en una habitación, hacinados alrededor de una mesa camilla bajo cuyas faldas humeaba sin cesar el brasero de picón. Los que no tenían acceso a la mesa se tapaban con lo que pillaban, incluso con las mantas de la cama, al tiempo que se contaban los unos a los otros los minúsculos pormenores de sus existencias. Los fines de semana hacían colectas con las que comprar algún alimento, vino y cigarrillos, que consumían entre todos mientras polemizaban hasta la madrugada. No siempre se hablaba de política. El hecho es que, gracias a Angustias, a Manuela se le ensanchó más el mundo. Aquella especie de comuna fue para la joven como una universidad.

Aquel barrio ruidoso, para la chica, era atractivo y pintoresco. Tenía vida. Mientras las estrechas calles se llenaban con el hedor a col hervida, y grupos de mocosos, de pantalón corto, mataban ratas de cloaca con tirachinas, los comerciantes engalanaban los escaparates levantando castillos de latas de conserva y los bares siempre tenían clientela alegre dispuesta a saborear un buen vaso de chacolí. Ella, curiosa, desde su ventana, se distraía observando el trasiego de personas, el ir y venir de la gente, sobre todo en las mañanas en las que descollaban las mujeres con sus cestos viniendo del mercado. Aquel puesto de observación le permitió, además de distraerse, observar el comportamiento de las personas.

Desde el primer momento la intrigó un hombre menudo con aire misterioso cubierto con una americana raída al que veía salir de un portal todos los días. Se trataba de una intuición, seguramente influenciada por su vivencia, pero el paquete, del tamaño de un libro, envuelto en papel de estraza, que portaba, seguramente ocultaba cuartillas impresas con proclamas revolucionarias. Le había venido observando y siempre parecía estar huyendo de algo o desconfiar de los demás.

Aquel lunes estaba sola en la casa. Habían transcurridos doce días desde su llegada a Irún y reconocía no estar satisfecha, estar como en una nube. Reflexionó y se dijo que tenía que poner orden en su vida, analizar lo que le había ocurrido. No quería recordar, solo pensar que solo se puede vivir yendo hacia adelante y que la existencia, cualquier existencia, únicamente cobra sentido cuando se mira atrás e intentas comprenderla en su conjunto. En este punto pensó en su familia, esto la desanimó y estuvo a punto de abandonar su aventura —así se lo refirió a su amiga—, pero reaccionó moviendo la cabeza para ahuyentar los pensamientos.

—¡La Virgen del Rosario! —se dijo en voz alta, para después reflexionar—: Me estoy volviendo sentimental y hasta filósofa o como se llame. Decidido, cuando vuelva Angustias hablaré con ella para ver qué posibilidades de trabajo hay. Necesito un trabajo, hacer algo o me volveré loca.

A media tarde su amiga llegó con un malhumor tremendo, despotricando de todos los trabajos, de los empresarios y de los encargados 'perrunos' que los defendían. Cuando Manuela quiso saber qué había pasado, Angustias no quiso hablar del tema, solo se la oyó vociferar, yéndose hacia el aseo:

—¡Estos cabrones son todos iguales con las mujeres de fuera! ¡Con las vascas no se atreven!

Al poco, salió del baño, y algo más calmada le comunicó a Manuela sus planes inmediatos.

—No vuelvo más, se acabó el trabajo en ese cuchitril, he pedido la cuenta. Me voy a trabajar con Rita y Yoli. Han encontrado trabajo en un buen sitio y con un buen sueldo. Es un bar que han inaugurado a la salida de la ciudad, en la carretera de Francia, y necesitan señoritas de buena presencia. No te habíamos dicho nada hasta que ellas probaran, pero yo ya no aguanto más a tanto cabrón en el trabajo. ¡Me voy! ¡Me voy! Y… ¡Me voy! Y desde ahora digo… ¡Una ñorda para todos ellos! ¿Tú sabes, Manuela, lo que yo haría si me tocara el Gordo de la lotería?

—No.

—Pues lo primero que yo hacía era coger un tren e irme al centro de Bilbao y, justo en medio de la Gran Vía, echar un lapo más grande que una boina.

Esta salida de la joven, a la que le había salido la vena andaluza, hizo que las dos amigas soltaran una carcajada y el ambiente se distendiera.

Dos días después, Angustias, junto a Rita y Yoli, trabajaba en el bar de carretera mencionado. Era fácil suponer que con esas compañías, no tardando mucho, la nieta de mi hermana seguiría el mismo camino. Efectivamente, las noticias que le traían las amigas eran todas positivas. Allí, en su trabajo les resultaba extremadamente fácil ignorar que vivían bajo una dictadura. Las agasajaban, las mimaban y, además, sacaban buen sueldo. Aquello decidió a Manuela, y, unos días más tarde, engrosó el plantel de aquel prostíbulo que es lo que realmente era el local. El burdel de carretera se llamaba La vida es rosa, un nombre que, por alguna absurda asociación de libertad sexual, sugería erotismo. La llegada de la nueva 'cocotte' resultó impactante y se consideró todo un acontecimiento entre los hombres de la región, solo faltó que hablaran de ello los diarios. ¡Fue una pena! Eso, aquí, en el pueblo, es ya conocido, pero todos intentamos que mi hermana no se entere de ello.

A ella la mantiene viva el recuerdo de la nieta; convive con una foto, lo único que no ha querido que desaparezca, y esa hoja del calendario, acumulando polvo, con la fecha que se marchó. La foto, ya, es una imagen desdibujada, roída por la humedad.

—Todo esto que les he contado —concluyó el preocupado posadero— lo supe por un sargento destinado en un cuartel de la zona que es novio de una de las amigas de la niña y es natural de Vera. Vino de permiso y como lo conozco se llegó hasta aquí y me puso al corriente de la historia. Se pueden imaginar cómo recibimos la noticia y el impacto que causó en nosotros. Ante mi preocupación prometió que si había alguna noticia importante me lo comunicaría. Y así lo hizo: hace poco me llamó para decirme que Manuela ya no estaba en el burdel, un poderoso hombre del Régimen la había sacado de allí instalándola en un piso, en Fuenterrabía, en el que vivía como una señora. La había liberado del prostíbulo para disfrutarla solo él. El hombre: un sesentón, casado y con una respetable familia.

»No es que me consuele lo que voy a decir, pero son bastantes las jóvenes que salen de sus pueblos que acaban mal. La necesidad es muy mala.

Tanto Roberto como Pedro habían seguido con interés la narración y su desenlace, fue este último quien resumió diciendo:

—No es una situación nueva, todo está evolucionando y los chicos y chicas quieren vivir su vida, esta suele ser fruto de sus decisiones, no quieren que padres ni nadie se la dirijan. Este es el caso de Manuela, se la sacó de su hábitat en contra de su voluntad y este ha sido el resultado.

—¡Dios santo! —exclamó la señora Luisa—. Es que hoy… ¡Todo está cambiando tan deprisa!

Con esta última frase se pone el colofón a la tertulia y todos se van a dormir.

Antes de acostarse, Roberto, sentado en la cama, mira el exterior a través de la ventana. Todo lo que ve son penumbras. El precario alumbrado de la calle contaba con una sola bombilla que agonizaba al extremo de un poste de madera. La oscuridad sí le permitió contemplar en el cielo una muchedumbre de estrellas. El silencio de la noche, solo roto por el ruido lejano del agua al estrellarse con la arena, alteraba la quietud del dormido pueblo. Por el malecón en soledad no paseaba nadie a aquella hora, solo el ruido del mar sonando y moviéndose en la oscuridad con la indiferencia de un corazón que late, de un animal que respira, era dueño de las tinieblas. Algo le impelió a asomarse a la ventana, una vez en ella vislumbró tras las copas de los árboles el brillo oscuro del agua en la que apenas se reflejaba una casi imperceptible luna. Se estaba bien con aquel silencio, silencio que le trae recuerdos que le sitúan en otro espacio. Intenta luchar, impedir que afloren, pero sin poderlo evitar la mente le transporta a otro lugar, a otra madrugada. Decide acostarse con la esperanza de que el sopor del sueño le libre de estas indeseadas rememoraciones. Él no tiene recuerdos, cree que su fortaleza mental los ha vencido, pero no es así y da vueltas en la cama intentando alejar el fantasma que lo acosa. Imposible, los recuerdos, con el ímpetu de la liberación, emergen, afloran, pero él no los quiere. Quiere vivir la paz que disfruta. No desea verse angustiado como Pedro.

Lo que sucede es que la vida es una evidencia que no se puede obviar, a veces nos escandaliza, pero hay algunos momentos en los que nos vemos obligados a sumergirnos en el pasado buscando explicación a nuestra conducta, son pasajes del ayer que permanecen escondidos en nuestra mente, aparcados; otros son como un archivo consultor al que a veces recurrimos para dar luz a alguna situación y comprender cómo somos y por qué actuamos.

El mundo está hecho de tal forma que todos somos pescadores que se cuentan historias acerca del pez que se les ha escapado. Puede que así sea,

pero en su caso el ayer ha vuelto a presentarse. Ha pasado largo tiempo desde aquella madrugada en que huyó de la ciudad. Durante este tiempo su vida ha sido una existencia de ausencias, sin más nombre ni presencia que un extraño itinerario. Ha pasado por pueblos, en ningún lugar se detuvo más de lo necesario, porque el recuerdo que no quería ver le quemaba. Mil veces ha huido de su propia sombra y de su conciencia, pero los recuerdos le han vencido.

Y ahora, en esa noche estival, con caminos abiertos al caminante en los campos, al murmullo de los grillos y a la serena paz nocturna, un demoníaco deseo despierta el ansia en las profundidades de su ser. Mira el reloj de pulsera y piensa con nostalgia en ella, en qué hará. Seguramente dormirá. No quiere pensar otra cosa. El olor de su cuerpo entra en la alcoba empujado por el viento, penetrando en sus sentidos, adueñándose de sus pensamientos, produciéndole una especie de catarsis que lo paraliza. La visión del cuerpo de Adela Beltrán en su memoria le quema la mente. A excepción de la música tenue de la naturaleza y el latido del corazón que se refleja en las sienes, aquel lugar era una tumba. No, no es imposible que en ciertas ocasiones la añoranza sea más poderosa que el deseo, más poderosa y seguramente más dañina. Debajo de una superficie aparentemente tranquila la vida de Roberto es un galimatías sin orden, un sinvivir de deseos frustrados. Pedro, su reciente amigo y compañero de caminos, inmerso en su problema, no ha percibido que él, a veces, también está melancólico. Afortunadamente, hasta ahora, lo que lleva por dentro y lo que le importaba de verdad había permanecido oculto para las personas que lo trataban.

Nervioso, desvelado, se levanta y de nuevo se acerca a la ventana. Abajo la calle parece desierta, barrida. En el cielo, insensible a sus problemas, la luna se desvanece. Dubitativo se apoya en la pared rumiando lo que pudo haber sido y no fue.

Inevitablemente, aquella noche, los pensamientos lo habían conducido a Adela Beltrán. Hasta aquel momento había logrado sustraerse a su ignominiosa huida, pero finalmente los remordimientos le habían dado alcance. Abandonar a una mujer en un momento tan delicado sin una explicación ni una falsa promesa que lo justificara a sus propios ojos había sido una cobardía. «Lo que ella hizo, lo hizo por mí», se había dicho mil veces. «Antes de conocerme jamás habría pensado cometer una acción de tanta transcendencia, de esto no cabe duda. Por más que fingiera ser una mujer sin escrúpulos, no era una aventurera y ni mucho menos un pendón; al decidir saltarse la barrera

del decoro había incurrido en un gran riesgo y yo, a cambio, la traté de forma humillante», se repetía.

El calor reinante y la vergüenza que experimentaba en aquel momento dificultaban su respiración. «Ni ella mereció ser tratada como un juguete ni yo soy un desalmado», se dijo. Cuando volviera iría a verla, a pesar de la engorrosa presencia de su marido y del desconcierto que pudiera ocasionar su inesperada presentación. Tendría que extremar la prudencia para demostrarle que lo ocurrido no fue un simple pasatiempo para él, pero sin comprometerla demasiado.

Las cábalas de Roberto no iban mal encaminadas. Aunque él en ese momento no podía saberlo, aquella última noche, la de su vergonzosa evasión, había dejado una profunda huella en la mujer que, aun a riesgo de perder la estabilidad de su hogar, se le había entregado sin reservas. El recuerdo de su felonía, volvía a atormentarlo.

Y así había sido. Al despertar y verse abandonada del hombre en cuyos brazos había perpetrado su desliz, Adela Beltrán se sintió invadida por un hondo desconsuelo. El recuerdo de lo ocurrido le resultaba tan dulce y la constatación de su pérdida tan dolorosa, que por un momento quedó descolocada. Luego se fue tranquilizando, pero no pudo desterrar la tristeza. Aunque no quería pensar en el futuro de su vínculo con Roberto, no se engañaba al respecto, a la vista estaba: solo había logrado despertar en él un interés momentáneo, mezcla de capricho y devaneo que, de no suceder algo fuera de lo normal, acabaría con un educado adiós. Tal vez así sería lo mejor, se dijo humildemente; pensar otra cosa sería descabellado.

Pero no hubo adiós, ni educado ni maleducado, a Roberto no lo volvió a ver. Cuando intentó saber de él, su amiga, la hermana de Roberto, le había comentado que este había tenido que salir de viaje urgentemente y que las salidas de su hermano no tenían fácil retorno. Esta circunstancia conmovió a Adela y la hizo comprender lo insensato de su devaneo; lo que había comenzado como una aventura excitante se le antojaba ahora una acción infame, peligrosa y, en definitiva, sin futuro y destinada al fracaso. «He sido una estúpida —se dijo—, al ceder a una pasión insensata que pone en peligro y compromete seriamente la estabilidad y el bienestar de mi matrimonio; y lo peor es que de todo ello solo puedo culpar a mi naturaleza alocada y sexual. Mejor que no lo vea, mejor que se haya ido lejos, así se apagará el fuego que con sus palabras encendió dentro de mí como una llama a la que acudí para abrasarme».

Para Roberto, aquel encuentro casual cuando acompañaba a su hermana Claudia marcó su vida. Recordó la presentación y sus consecuencias:

—¡Qué alegría! ¡'Tate'! —le había espetado Claudia—, te voy a presentar a una buena amiga, Adela Beltrán.

Reconoce que quedó impresionado de la joven; era bonita, muy bonita, pero su hermana enfrió su entusiasmo.

—Este es mi hermano Roberto. Si no estuvieras casada te diría que tuvieras cuidado con él, es un calavera con las chicas —advirtió su hermana, dirigiéndose a su amiga.

Aquella tarde las acompañó un trecho y bromearon, se despidió de ellas pensando en la hermosura de la amiga de su hermana. Después de aquel tropiezo, sería coincidencia, ¿o no?, la cuestión fue que las visitas de Adela a Claudia casi siempre coincidían con su presencia en la casa. Ella disponía de mucho tiempo libre, su marido, bastante mayor que ella, comercial de una importante fábrica de calzados de Elda, viajaba por toda España y pasaba muchos días fuera de casa. Por consiguiente, Adela era prácticamente libre.

Se aficionaron a verse y las 'coincidencias' también fueron en los paseos de las dos amigas, que estaban encantadas con la presencia del 'Tate' y sus ocurrencias. Roberto era un tipo ameno y divertido y la confianza y las bromas entre los jóvenes auguraba desenlaces peligrosos. Y ocurrió lo que no debió de ocurrir: una cita a espaldas de Claudia. Se citaron en la plaza de Castilla y él la condujo a un chalecito de dos plantas que conocía en la Ciudad Lineal, acogedor de amores clandestinos. Durante el camino, a diferencia de esos otros encuentros, apenas se miraron y tampoco hablaron, como si tuvieran remordimientos de lo que iban a hacer. En el interior, la mirada, antes fría y cauta, de Adela cambió, ahora era luminosa y ardiente. «No soy una esposa aburrida en busca de amoríos —recuerda que le susurró—, tampoco intento ocupar un lugar en tu corazón ni en tu vida. Solo quiero vivir el momento. Tú has hecho que contigo me sienta desvergonzada y perversa». Él, en aquel momento, pensó: «¡Madre mía, qué locura!». Fue solamente un instante, la visión de aquel cuerpo perfecto, de aquella mujer entregada a él, hizo que olvidara los prejuicios. Aquella noche, en la habitación, el frenesí y la pasión desbordaron cualquier razón.

Concluido el acto de amor supremo, agotados, cayeron en el sueño como en un pozo. Cuando Roberto se desveló sobresaltado sin saber la hora que era, unos débiles rayos de luz lunar penetraban por las ranuras del balcón cerrado. Se había despertado con la sensación de que había dormido demasiadas horas, pero

miró el reloj y había pasado solo una desde que cerró los ojos. Lo desconcertó la incapacidad de reconocer el dormitorio en el que apenas una hora antes se había dormido; no podía hacerse una idea de la disposición de la cama o la ventana, incluso le costó recordar en qué lugar se encontraba. Entonces, a su lado, percibió la respiración ligera y acompasada de Adela Beltrán, que dormía un sueño tranquilo, abrazada a la almohada. Ahora, sí, recordó. La contempló en silencio y admiró lo bonita que era. Por un momento pensó en la difícil situación que habían provocado. Sintió miedo. Atribulado, se preguntó qué era lo que había hecho y, prefiriendo no dar con la respuesta, se levantó sigilosamente, recogió la ropa esparcida por el suelo, se vistió y con los zapatos en la mano salió al pasillo dispuesto a dirigirse hacia su casa, sintiendo que el mundo entero era una prisión sin escapatoria. En el rellano se calzó. El silencio reinante le hizo comprender que los diversos ocupantes del chalet dormirían. Por fortuna la puerta podía abrirse desde el interior sin llave que lo impidiera.

Al salir a la calle, con la pálida luna como testigo, le sorprendió una brisa fresca que barría las calles con impaciencia y supo que el otoño empezaba a irse de puntillas. Aún era noche cerrada y la ciudad dormía el sueño profundo que precede al alba. Las calles estaban desiertas y silenciosas. Como un actor al que cuesta mucho salir del personaje al acabar la función, se fue de aquel lugar con la mirada borrosa. Despeinado, con la ropa de cualquier forma y la piel aún tibia del perfume de ella, se encaminó a la glorieta en busca de un taxi. Al pasar ante la reja de una ventana baja lo envolvió un olor sofocante y apestoso. A través de una abertura vio un amplio sótano iluminado por un rojo resplandor; allí, dos hombres con mandil iban cargando sobre el hombro serones de malolientes basuras que otro hombre llenaba en el otro extremo del sótano. Siguió su camino pensando que por nada del mundo haría aquel trabajo. El tañido de un reloj rompió el silencio para dar las cinco. A lo lejos ladró un perro y él sintió alborear ya en los confines de su conciencia la inquietud por las imprevisibles consecuencias de su temerario extravío.

No quiso pensar en su acción. A la hora de comer, su hermana comentó que su amiga «…estaba en cama con una jaqueca terrible», eso es lo que le había dicho por teléfono. Aquella tarde lo maduró, debía alejarse de ella, poner tierra por medio, y en la cena comunicó a su hermana que tenía que irse al día siguiente. Lo haría temprano. Su hermana, ajena a todo, no se extrañó, estaba acostumbrada a ello.

Pedro, cosa extraña, había dormido de un tirón. Cuando despertó abrió los ojos y vio una débil claridad en la ventana. Roberto, en la cama de al lado, dormía con una respiración desasosegada, síntoma de un agitado descanso. No le dio importancia, se vistió con precaución de no despertar al amigo y salió. La casa permanecía, aún, silenciosa, no pasaría mucho tiempo sin que la señora Luisa y su marido empezaran a faenar por ella. Sintió frío cuando caminó. Era un frío medular, inflexible, que exhalaba la tierra humedecida, un frío de piedras rezumantes y de rocío de estrellas. Pero la mañana prometía ser hermosa. En la arena de la playa pequeños grupos de personas esperaban la llegada de los barcos que habían salido a faenar. Su paseo es corto, porque le apetece tomar café, y vuelve con la seguridad de que el matrimonio estará levantado preparando ya el desayuno solamente para ellos porque, desgraciadamente para los posaderos, no hay más huéspedes de momento.

Efectivamente, cuando llega, la señora de la casa 'pelea' en la cocina con los utensilios del desayuno, lo hace en el mismo momento en que aparece el señor Salustiano, quien saluda al joven de forma efusiva.

—¡Buen día, amigo! ¡Hemos madrugado, eh!

—Pues sí, me desperté, vi la mañana y me dieron ganas de darme un paseo. En el malecón he visto a varias personas esperando la llegada de los pescadores, a sus barcos y sus capturas. Ayer, sin embargo, me sorprendió ver a personas paseando junto al malecón que parecían no ser de aquí.

—Son veraneantes que todavía siguen viniendo de Cuevas del Almanzora, son restos de un pasado que fue hermoso, que terminó y que difícil es que vuelva otra vez. Conozco a mujeres de industriales que les gustaba pasear con sosegado andar, disfrutando de este clima maravilloso, y que en cuanto han podido han abandonado discretamente este lugar rumbo a otros sitios. Si siguen viniendo es porque somos su salida 'civilizada' al mar. En cuanto a los individuos que ha visto esperando, ahora con seguridad habrá más, es un poco su distracción. La vida de los hombres del pueblo es por completo insustancial; laboralmente, apenas se mantiene el taller donde se reparan los carros, un calafate para reparación y construcción de las barcas y pare usted de contar.

»Hace algunos años, como ya le dije, antes de que surgiera la tremenda crisis siderúrgica, llegaban a Garrucha infinidad de barcos a la carga del mineral. Cada uno de estos barcos empleaba los servicios de gran número de operarios, que se traducía en una importante cantidad de pesetas de ingresos en el pue-

blo, aparte de los empleados en el cable y estación de descarga. Había plenitud de trabajo y de movimiento. Ahora solo dependen del mar.

»Actualmente el pueblo no tiene más medios de vida que el producto de la pesca. La flota pesquera de Garrucha está compuesta por someras embarcaciones que se dedican a la pesca del palangre de fondo y de superficie (marrajera), a las nasas, al sardinal, al boliche o a la traíña. Los pescadores garrucheros continúan faenando con artes menores, ganándose el jornal con la captura de la melva, el jurel, la caballa, la sardina o el boquerón, pero eso no da para mucho. Los hay que emigran a otros mares a la pesca de la almadraba. Se pescan también gallos, golondrinas y mujos, a tierra o 'a la fonera', a la salida de los cantos.

»Pero sin minas, sin embarque de mineral, sin industrias y con una playa abierta a todos los vientos, que la mayor parte del tiempo impiden la salida al mar de las embarcaciones destinadas a esta industria, a los vecinos de este pueblo no les queda otro recurso que la emigración a otras ciudades o a otros países.

Para decir este último párrafo el posadero había levantado el tono de la voz.

—Aquí hubo un barco, el Oranero, que se dedicó a llevar emigrantes al norte de África, a Orán concretamente, cuando la industria se vino abajo. Porque en este pueblo, indefensos como estamos ante la furia del mar, en cuanto nos descuidamos, digo yo como diría un amigo gallego de la 'mili', la 'marusía' (mala mar) se nos lleva el barco

Pedro ha escuchado en silencio y no sabe qué decir, la llegada y la interrupción de Roberto con sus «Buenos días, familia» hace que el diálogo se normalice.

Sobre la mesa la posadera ha dispuesto una jarra de humeante café, leche, un plato con rebanadas de pan, tomate frito, unos dientes de ajo y un recipiente con aceite de oliva. Mientras los hombres degustan los alimentos, Roberto pregunta:

—¿Cuántos kilómetros hay para llegar a Vera?

—Diez solamente, un paseo —le responde el señor Salustiano.

—Hoy va a hacer un buen día —señala Roberto asomándose a la ventana.

Aunque el Mediterráneo estaba en calma, se oía claramente el rumor de las olas al quebrarse y el susurro del agua al retirarse de la playa. Palpita en

torno al vasto mar el sol naciente que dilata el horizonte a lo lejos. La imagen, realmente preciosa, provoca el comentario de Roberto:

—Esto es realmente hermoso. El Hacedor ha sido verdaderamente generoso con el Mare Nostrum cuando baña la costa.

—Así es, amigos, nosotros, los garrucheros, comulgamos con todo el mundo mediterráneo, tanto en su pasado como en su presente —explica el posadero—. Este mismo paisaje, casi sin variación alguna, debió verlo el navegante Kolaios de Samos en el siglo VII antes de Jesucristo, en su viaje camino de Tartessos.

—Pues para nosotros también ha llegado el momento de seguir nuestro camino —apostilla Pedro, dirigiéndose a los posaderos—. Hemos disfrutado mucho con su compañía y con su saber sobre estas tierras. Esperamos, don Salustiano, que su hermana no se lleve un disgusto muy grande si, al final, se entera de lo de su nieta.

—Gracias, muchachos, intentaremos que así sea —responde el hombre, agradecido por el comentario.

—Pues que tengan ustedes buen viaje —les dice la señora Luisa, no sin cierto desconsuelo.

Los jóvenes deciden no prolongar el desayuno y se preparan para partir, quieren hacer el viaje a pie disfrutando de la mañana. Quieren, como decían los antiguos, transitar los caminos hasta convertirse en propia senda.

«Caminante no hay camino, se hace camino al andar», escribió el poeta.

XI

De Garrucha a Vera

Los aventureros caminan en silencio sumidos en sus pensamientos. Difícil era saber lo que ocurría en la mente de cada uno de ellos. A su alrededor la mañana luce esplendorosa, y el sol, aguerrido como siempre, se dispone a poner a prueba a aquellos mortales que desafíen sus rayos. El tiempo había vuelto a la normalidad. Como algún otro año, una jornada en el mes de agosto, el día de ayer se había mostrado sumido en un tiempo desapacible, con cielos cubiertos y furiosas ventoleras que alternaban con breves e inseguros periodos de bonanza. Los baños se habían vuelto azarosos y poco apetecibles: la arena estaba húmeda y los temporales habían depositado en la playa una larga hilera de algas enmarañadas de color verduzco, que al pudrirse con los rayos del sol desprenderían un olor desagradable. El mar se había agitado, y las olas, encrespadas, habían rugido con fuerza en el rompiente. Seguramente, la resaca habría sembrado el pánico entre las madres, recelosas de la temeridad de los críos. Afortunadamente, como decía el refrán: «Después de la lluvia viene la calma», y aquella había desaparecido.

Los amigos van protegidos por sus veteranos sombreros de paja que hoy, sí, van a ser de gran utilidad porque caminan bajo un cielo que da muy poca lluvia al año. Se vuelven a mirar el pueblo que dejan y ven que han llegado las barcas y que ya han descargado sobre la arena de la playa sus pequeñas cajas de madera con la pesca realizada. La venta por medio de subasta ya se está realizando, cada comprador parará cuando crea oportuno y la preciada compra será luego vendida o cambiada por otros alimentos en los cortijos.

Mientras andan observan que a lo largo de la costa aún hay restos de escorias, alguna chimenea industrial, estructuras desvencijadas de cargaderos de mineral y esqueletos de almacenes semidestruidos. Su visión es desalentadora y hace comprender el estado de ánimo de los lugareños. Para añadir a la situación más miseria, los campos y ramblas por los que pasan son desérticos, con ausencia total de agua en balsas abandonadas, donde es notoria la escasez de vestigios humanos. A pesar de la excepción que ha supuesto la lluvia caída el día antes, el suelo no evidencia su huella. La sequía es la característica domi-

nante de Almería y los interminables campos por los que andan los viajeros, cruzados por caminos que, muchos de ellos, casi se podía asegurar iban siempre de ningún lado a ninguna parte, tienen una belleza misteriosa, a pesar de ser inhóspitos y salvajes.

Aquel entorno les hace reconocer que, aunque limitada de recursos, Almería es auténtica, su luz, de una luminosidad poco frecuente, hace que luzcan como en ningún otro lugar una gama de colores, en campos y montes, difíciles de enumerar. Indiferente a ese colorido, la naturaleza se expresaba con sencillez mostrando la cruel realidad de la situación que padecía la provincia.

Hace calor, las moscas están furiosas con el viento, este las enloquece. Ese viento de levante hace más llevadero el camino, pero el aire viene repleto de partículas de polvo que provienen de las rocas resecas que, al impulso de ese aire, molesto en ocasiones, van de acá para allá llenando de tierra los ojos y causando malestar. Algo cansados y sedientos, los dos amigos deciden parar para beber agua y tomarse un respiro. Están a medio camino de ninguna parte. Pedro, limpiándose con un pañuelo la cara, rompe el silencio.

—Ahora comprendo el porqué del sambenito de los almerienses como legañosos.

—En efecto —confirma Roberto—. Dudo que en ninguna parte de Europa sea tan patente como aquí la dureza y la intensidad de la sequedad. Los vientos hacen que haya momentos que sean infernales. Esto parecería un desierto africano si no fuese por la montaña que se ve ahí. Debajo de ella debe estar Vera.

Emprenden de nuevo el camino y contemplan cortijos abandonados que se resisten a desaparecer en un paisaje tristón, pero con un salvajismo atractivo. En ese caminar, Pedro vacila para empezar a hablar, al fin se decide.

—Quería decirte que en lo concerniente a mí… a Carmen… y a todo lo que atañe…

Roberto intenta decir algo, pero Pedro quiere seguir con lo que había empezado a decir.

—Por favor, no me interrumpas. Primero hablaré yo y luego podrás decir lo que se te antoje. Después de hablar contigo ayer he estado reflexionando —Pedro hablaba mientras mantenía la mirada fija en el horizonte—, y he llegado a la conclusión de que estoy en un avispero en el que no puedo meter la mano porque no sé lo que quiero. Sé que al obrar así —añadió atropelladamente— cometo una acción deplorable, pero no tengo otra alternativa.

Al silencio que siguió a las últimas palabras, pronunciadas en tono quejumbroso, contestó Roberto.

—Pedro, como ya te he dicho, ni he comentado, ni comento, ni creo comentaré nada sobre este tema. Te compete a ti y solamente a ti dar solución a un problema que tú, solamente tú, te has creado. Es una cuestión de sentimientos y para los sentimientos no valen los consejos, se siente o no se siente y eso solamente lo puedes saber tú. Por lo tanto, no te obsesiones, deja los días correr y su trascurrir traerá las consecuencias que sean. Relájate y disfruta de lo que estás haciendo.

No hubo más palabras y continuaron el camino. El calor apretaba. Hacía rato que andaban rodeados de cerros y barrancos, de paisajes que seguramente durante siglos no habrían cambiado. El lugar es inexorable, ofrece enigma y encanto. Aquellos paisajes los venían viendo repetidos en la provincia, lugares donde es extraño que algo suceda porque no sucede casi nunca nada entre unas gentes sin alegría, gentes instaladas en un callejón sin salida, resignada a su suerte sin tumultos ni reivindicaciones.

En aquellas tierras, el tiempo solo afectaba a los hombres, por la naturaleza discurría sin apenas afectarla. Las barranqueras semejaban ciertamente ser vías de una sola dirección buscando el mar, cauces secos de arroyuelos, ramblizos los llamaban por allí, que en su día se fueron desangrando como si la tierra yerma les fuese chupando la sangre gota a gota, dejando la tierra estéril hasta el punto de que lo que crecía apenas daba para alimentar una cabra. No se distinguía una sombra, mientras, el calor se iba haciendo más seco y más intenso.

A Pedro sus tripas le iban causando desasosiego; caminaron, a lo lejos, la visión de un pequeño árbol hizo que acelerara el paso, ahí evacuaría. Satisfecha su necesidad, continuaron el camino. Al poco, Roberto rompió el silencio.

—Si esto lo hubieras hecho en algunos lugares de África tendrías que haber cavado un hoyo y enterrado los excrementos.

—¿Y… eso? Una mierda no es más que una mierda.

—Te equivocas —le hizo notar su compañero—. Tu mierda indica cuánto tiempo hace que está ahí e incluso lo que comió quien allí la depuso. Por el alimento que digirió sabrían si es negro o blanco. Y, si me apuras, incluso de dónde proviene.

—¡Anda ya!

—Te lo digo en serio, me lo aseguró un aventurero que conocí en Marruecos, venía del África profunda y me aseveró que estas cosas que parecen imposibles allí pueden costarte la vida. Aquello es la jungla. Cuando han comido maíz o cualquier otro grano duro, los blancos lo suelen echar entero porque apenas lo mastican. Los 'mojones' de los beduinos, parece ser, son compactos y apenas huelen porque beben poca agua, casi nunca tienen gusanos, pero, sin embargo, las cagadas de un negro están plagadas de ellos y apesta a diablos a cinco metros de distancia.

—Nunca se me hubiese ocurrido —admitió, asombrado, Pedro.

—¡Pues así es! —insistió el amigo—. Tan cierto como que los blancos se limpian el culo con una piedra, como habrás hecho tú; los negros, con una hoja del verde, y los beduinos, con arena. Esos detalles sirven para saber «quién depositó el regalo». Y en ocasiones, dicen, ese defecar sin saber te puede acarrear la muerte.

Aquellos campos por los que deambulaban serían por los que pulularon árabes, mudéjares y moriscos. Tierras que habitaron y donde enseñaron la vida —labrada con las manos— sembrando el calor de la palabra. Espacios que se tornarían tristes y que posteriormente atravesarían, con mínima variación, camino de su expulsión de España. Los mismos cerros y las mismas ramblas continuaban ahí plagadas de la rala vegetación endémica de la zona, demandando ser regados con, además de agua, sudor y trabajo.

De vez en vez, un bancal, rodeado de matas de esparto y albardines renegridos, advierte de que existe el hombre. El tañido de una iglesia llega hasta los viajeros. Y ante ellos, en lontananza, se divisa en lo alto de un monte la figura de una imagen. Más adelante el do-lon-don de un cencerro y el ladrido fiero de perros les hacen saber que pronto verán a alguien. Un pastor a la sombra de una higuera descansa su rebaño en el camino, al ver a los forasteros contiene con un grito a los canes.

—¡Quieto, Sultán! ¡Quieta, Sultana! ¡Aquí!

Meneando el rabo, los perros se acercan al hombre sin dejar de mirar y gruñir a los viajeros, estos quedan inmóviles y silenciosos ante el fiero aspecto de los animales. Solo el canto de las cigarras se mezcla con el leve tintineo de las cencerras del rebaño de cabras y ovejas, que, medio arriadas por el calor, van ramoneando alguna brizna de hierba que sale del suelo. Detrás, el conductor de la manada, el pastor, de edad avanzada, permanece apoyado en su cacha con el rostro azotado por los mil vientos del páramo, tratando de de-

fender su cabeza con un sombrero de paja de alas caídas y ennegrecidas por el uso. Los dos mastines que lo acompañan, con la boca abierta y un palmo de lengua fuera, intentan refrigerar el intenso calor que retiene su cuerpo.

Es Roberto quien, reaccionando, pregunta:

—Buenos días, buen hombre, ¿falta mucho para el pueblo?

—¡Quia! Ta ahí, enseguía. Debajo'l monte con el Cristo ese que se ve ahí. Si van a lo del ganao dense prisa porqu'hace tiempo qu'ampezao. Un mercao güeno, sí señó. Como Dios manda. Pero 'acobijense' una miaja del caló, qu'hay tiempo pa tó.

Los caminantes no se hicieron repetir la invitación y se sentaron en sendos peñascos a los que daba sombra protectora el ramaje del árbol. Alrededor, la flama reinante provoca que los poros destilen sin parar el sofoco que el cuerpo soporta. En este paisaje de desaliento Pedro descolgó la bota que llevaba sobre el hombro y se la ofreció al hombre, a este le brillaron los ojos y, cogiendo el pellejo con desenvoltura, se arreó un trago largo que saboreó con deleite. Después de limpiarse la boca con el dorso de la mano dijo:

—¡Buen vino, sí señor! Esto sí qu'es un placer. Esto anima las penas y le da a uno fuerza pa llegá al chamizo dispués d'haber hecho la faena.

—¿Hace algo más que cuidar ganado? —inquirió Pedro.

—No, pero por la mañana despierto a los del pueblo con el tintineo de los cencerros de mis cabras, les llevo la leche casa por casa; las clientas salen con sus cacharros y, allí mesmo, yo los lleno desde los pezones de las ubres. ¡Bien natural y calentita que se la sirvo! ¡Ja, ja, ja!

La carcajada puso fin a la explicación, que había acompañado componiendo la figura que normalmente ponía cuando ejecutaba la faena.

Los jóvenes habían contemplado divertidos los gestos del pastor, por lo que Pedro volvió a preguntarle:

—Eso está bien, pero poca gente se ve por estos campos. ¿Dónde están?

—Hombres y mujeres s'an marchao, han huío de la ruina. La pobreza los ha enviao fuera d'Almería y luchan por mejorá, por ganarse la vida en Cataluña, Madrí y las Vascongás. Aquí solo ha queao la tierra, su historia y sus leyendas.

A Roberto, en este paisaje de enigmas siempre sorprendente, la palabra leyenda le ha sonado bien entre añojales llenos de ruidos de insectos, canción protesta de abandono que se pierde en la soledad del horizonte. Para animar al cabrero le vuelve a ofrecer la bota, este la toma de nuevo y con ella hace

alarde de su saber beber, arrimando y alejando el odre y haciendo gorgojear el líquido en el interior de su boca. Concluida satisfactoriamente la ingestión y la exhibición, Roberto pregunta:

—¿Conoce usted alguna de esas leyendas?

—¿Alguna, dice usté?... ¡Muchas! Pa estar to el día contando. Miren, mientras descansan una miaja les voy a referir una qu'a mí es la que más me gusta, es de cuando los moriscos habitaban toas estas tierras. Escuchen.

Entre Vera y Cuevas existe una zona de montaña que se conoce como El Zorzo. En ese paraje, d'antiguo existía una cortijá. Toavía la ruina de sus muros paecen recordá lo qu'allí ocurrió, d'aonde salió la leyenda de la 'Pandorga de El Zorzo'.

Se ice que una camarilla de cristianos s'había introducío en la comarca en busca de capturas fáciles, y no encontrando botín decidieron volver, seguros de qu'en Vera encontrarían mejores presas que celebrá. Habían parao a descansá y a pasá la noche junto un grupo d'árboles. A la mañana siguiente, al recogé el acampamiento, quiso la fatalidá q'una columna de humo llamara la atención del cabecilla del grupo. La señal fue razón pa llamá enseguía a los compañeros qu'en toavía descansaban. No dijeron ni palabra, paecía que, ante aquella señal, tos sabían lo que tenían qu'hacé. Nueve hombres, entre veinte y cuarenta años, empezaron a prepará sus monturas. El qu'hacía de mando de la partía rompió el silencio y exclamó con una voz mu agúa y de autoridá:

—Compañeros, creo que debemos hacé una visita de cortesía a esos amigos.

Las groseras risas de aquella gente, acompañás d'amenazas y de insultos, resonaron allí en el valle, siniestras, como si anunciaran la desgracia.

Sin saber d'aquello, en el interior d'un cortijo, el del Zorzo, escondío entre las montañas por las que se veía el fuego, un grupo de personas, familias toas de humildes labraores, se preparaban pa celebrá una fiesta. En la cocina, las mujeres preparaban, afanosas, bandejas de dulces y licores. En el sitio principal de la casa s'habían retirao los muebles pa dejá el centro libre pa podé bailá. Un grupo d'hombres mayores repartían entre ellos instrumentos musicales mu normalicos: panderetas, castañuelas, tamboriles, dulzainas y panduras, y también cántaros, cascabeleros, almireces y lo que pillaban… Ca vecino del lugar había traío to aquello que pudiera serví p'hacé compás y acompañá el cante de coplas y villancicos. Los niños corrían y saltaban alocaos de aquí p'allá. Los muchachos apilaban troncos de leña en el patio pa formá una fogata y pa bailá alreor con las jovenzuelas que los miraban y los provocaban sin disimulo alguno.

Tos los allí reuníos habían participao en la comía típica de esas tierras, a base de migas, caldo de pimentón, fritás de pimientos con tomate y carne a la brasa. Se disponían a empezá la fiesta, cuando los que preparaban afuera la fogata, pa festejá la fiesta de la Candelaria, dieron el aviso de q'un grupo de soldaos venía a caballo. Por un momento, los allí presentes sintieron temor, el recuerdo de las matanzas qu'años antes habían ocurrío en el Peñón de Inox, allá por Níjar, estuvo presente en la mente de tos. Pero pronto les desapareció el miedo, apenas eran ocho o nueve los hombres que se acercaban. Entre tos los del cortijo eran bastantes más, así que siguieron, pues, confiaos.

No tardaron en llegá los d'a caballo, y ante aquellos lugareños dijeron que s'habían sentío atraíos al escuchá la música y las canciones. Explicaron que, estando lejos de sus casas y de sus familias, les había animao la idea de compartí la añoranza con aquellos que se les veía tan felices. Fueron invitaos a pasá y a comé y a bebé con ellos. Los recién llegaos nunca dejaron ni s'alejaron de sus armas, lo qu'hizo sospechá a los más desconfiaos. Cuando los soldaos temieron que se podían descubrí sus intenciones, antes de que los lugareños pudieran hacer na pa defenderse, empezaron con sus espadas a cobrarse víctimas, sembrando de horror y de sangre la vivienda.

La lucha hizo que s'extendiera el fuego, y en pocos minutos pasó al granero, y d´este a toas partes. Algunas mujeres que consiguieron escapá con sus hijos corrieron despavorías, seguías a caballo por los forajíos, que las pasaron a cuchillo sin piedá. Estaban decidíos a no dejá a naide con vida. Dentro la casa s'oían los gritos de muerte d'aquellos que trataban de librarse de aquel infierno que ya había prendío en sus cuerpos. Contemplando to ese espanto, en una esquina de la habitación qu'había sío prepará pa la fiesta, una muchacha rodeá de llamas miraba, paralizá por el dolor y la sorpresa, su vestío de fiesta manchao por la sangre. A sus pies yacían los familiares qu'apenas unos minutos antes l'habían estao acompañando en sus cantos. Sostenía entre sus manos una pandura y paecían como estatuas, ella y los cadáveres que la rodeaban. Cuando comprendió que su fin estaba próximo, hizo soná el instrumento que sostenía entre sus manos, entonando una melodía que paecía salí de las mesmísimas entrañas de la tierra:

Escuchad a quien os habla, ya desde la muerte.
Malditos seáis vosotros y vuestros descendientes.
No habréis de tener jamás días de gozo
mientras las gentes recuerden la matanza de El Zorzo

Se ice que esas fueron sus últimas palabras, y qu'a luego desapareció envuelta en una llama azul y sin dejá rastro.

Durante muchos días y muchas noches dijeron los vecinos de Vera y de Cuevas que oyeron gritos desgarraores y ecos de tristes melodías acompañás por el sonido grave d'una zambomba. Luego, fueron muchos los testigos que dijeron haber visto por aquellos parajes la figura de una joven señora, caminando lentamente.

A partir del trágico día de la matanza de El Zorzo, to los años, por la fiesta de la Candelaria, s'han escuchao, en los alreores de las ruinas del cortijo, los lamentos de los inocentes que fueron allí masacraos. El eco de las montañas llevaba hasta los pueblos vecinos el sonío de la pandura y los llantos de los niños sacrificaos. Durante muchas generaciones han sío miles de personas las que han tenío ocasión de ser testigos directos de tan extraordinario fenómeno. Los más ancianos cuentan que la última vez qu'oyeron el lamento de la mujer fue durante las vísperas de la Guerra Civil.

Los muchachos han quedado sobrecogidos por la historia, pero están deseando llegar al pueblo para ponerse a cubierto del sol implacable que apretaba con ganas y del enjambre de insectos y moscas que pululan alrededor. Después de haber escuchado indicaciones y relato le dieron las gracias y prosiguieron su camino.

Aún les dio tiempo de escuchar el penetrante silbido llamando al orden a algún animal y ver el perfecto lanzamiento —con un artilugio que más tarde Roberto sabría que se trataba de una honda— de una piedra a una cabra díscola que se alejaba del rebaño. Como les había dicho el cabrero, poco rato después avistaban el pueblo. A la entrada, una concentración de ganado de toda índole les indicó que ese era el mercado al que el pastor se había referido. Aquello era para ellos una novedad, nunca habían estado en una feria como esa y decidieron mezclarse con la gente. En lo alto, imponente, la imagen del Sagrado Corazón de Jesús parecía bendecir la feria.

Aunque el mercado había atraído visitantes de fuera del pueblo, era evidente que los jóvenes eran los verdaderos forasteros. Familias campesinas, borriquillos, arrieros, caminantes, pastores, labradores y algún charlatán se mezclaban en una amalgama multicolor. Los visitantes, sorprendidos, no dejan de mirar el mundo que están descubriendo: yeguas, potros, caballos, asnos, burros y otros muchos ejemplares de ganado equino, además del lanar, como ovejas y cabras, y cerdos. A ello se sumaban los diversos puestos de equipamiento vinculados a los aparejos equinos como, por ejemplo, alforjas, fundas,

mantas o sillas de montura, entre otras piezas. Tampoco faltaban mercaderías de frutas, verduras y otras variedades.

El sol hace sudar. Algunos tratantes llevan pañuelos al cuello para no manchar la camisa. Las cagadas y los orines, acumulados, de tanto animal daban un olor pesado que se pegaba al rostro y a las ropas. Andar por la feria era soportar un baño de vapores animales. A pesar de ello los dos amigos deciden continuar la visita.

Como el lugar no era muy extenso dieron por él varias vueltas. En una de ellas, Pedro, agachándose, recoge una oxidada herradura del suelo.

—Mira, Roberto, igual esto me trae suerte —le indica a su amigo, enseñándole el objeto hallado.

Roberto, ensimismado en lo que veía, no pareció darse cuenta. Siguieron su camino y se quedaron parados ante un puesto con dispares vasijas de barro. El alfarero, un hombre de aspecto agitanado, heredero de una tradición milenaria que se ha caracterizado por su versatilidad, se acerca a ellos para recitarles más que decirles:

—Forasteros, aquí tien ustés lo que gusten: alcuzas, cántaros, perolas de gachas, cazuelas, gallos, gárgolas, ajuaricos, botijos, bartolos, jarras de trampa, lebrillos y mieleras son algunas de mis variedades y especialidades en barro al fuego. Digan ustés qué les gusta y les haré un buen precio. ¡Digo un buen precio..., un precio superió!

Los muchachos sonríen ante la verborrea del vendedor y se alejan seguidos por las ofertas del artesano.

La visión de un aguador que junto a su burro ofrece agua con un botijo les hace sentir sed. Un hombre de aspecto respetable acaba de dejar el búcaro en el suelo, y al verlos llegar les comenta:

—Está fresquita todavía, forasteros.

Estos beben sin decir nada.

—Señores —observa el hombre—, sé que son nuevos aquí, llevo muchos años asistiendo a este mercado y me conozco a todas las personas que vienen. Soy maestro jubilado y me entretengo curioseando por la feria y poniendo, mentalmente, una simbólica falta a los que detecto que no vienen. En cuanto los he visto me he dicho: «Estos son nuevos». Y después de no dejarles de observar, he añadido: «Y novatos». Perdonen… ¿o no acierto?

Los viajeros no tuvieron más remedio que sonreír ante el torrente de simpatía del que dice ser maestro. Es Roberto quien toma la palabra para responder.

—Ha acertado usted de pleno. Esta es la primera vez que pisamos un evento de estas características. No sabemos si sería en algún trato que estuvieran haciendo, pero, cuando hemos oído hablar entre ellos a vendedores y compradores, nos ha parecido chino.

—Ja, ja, ja —rió el hombre, para a continuación explicar—: Lo entiendo, los tratos tienen un componente especial, hay que ser pillo y el mercado está lleno de ellos. Verán, este día se trata de una oportunidad única para que agricultores y ganaderos lleven a cabo sus compras y ventas mediante las originales estratagemas llamadas 'tratos' entre compradores, vendedores y los tratantes, pero, como en toda aglomeración humana, las ferias son el paraíso de comerciantes y especuladores, que se rodean de una camarilla de vividores y, hasta que les coges el truco, pueden hacerte la vida imposible. Al que llega nuevo a vender un animal se le acerca un 'correate' a primera hora y le ofrece un precio igual o incluso mayor al que quiere venderlo. Como acaba de llegar, duda, no concreta el precio y no puede cerrar el trato. Para desconcertarlo, mandan a varios compinches y cada uno va bajando el precio del primero hasta que logran, la mayoría de las veces, comprar el animal al precio que quieren.

»Si vienes a comprar, se te arriman disimuladamente para saber la clase de mula o asno que necesitas, y empieza el 'correate': uno te ofrece una ganga, por ser de una pobre viuda que tiene que vender por necesidad, otro te habla de las cualidades inigualables del cuadrúpedo y otro se pasa todo el día llevando a dar agua al animal que quieren meterte, pasando siempre por delante de tus narices. Como estas hay otras mil artimañas que inventan cada día de forma espontánea, como si se tratara de timadores profesionales.

La chiquillería que corre entre tenderetes y ganado, compradores y vendedores, se frenan en señal de respeto cuando divisan al maestro, persona que es saludada con simpatía y cariño por muchas de las personas con las que se cruzan. Se aprecia que es un individuo querido.

En el ambiente, el ruido de los animales es continuo. Rebuzna el burro cargado de botijos y en alguno de los corrales improvisados canta un gallo. De diferentes lugares, ladridos desaforados se unen a la sinfonía animal. El sol pasa factura y los compradores, sudorosos, regresan llevando a hombros sacos y aperos. Algunos utilizan pequeños asnos a los que hostigan para que

aligeren el paso y salir del infierno del bochorno reinante. El calor pasa factura y los amigos preguntan al hombre dónde podrían invitarle a una cerveza, y él, que dice llamarse Benito, los lleva hasta una tasca en la que, en la fachada, un jumento atado a una argolla intenta con el movimiento del rabo ahuyentar un enjambre de moscas que revolotean alrededor. Al ir a entrar, dice, dirigiéndose a Pedro:

—Si ha cogido esa herradura creyendo que le va a dar suerte, me creo que no va a ser así, he observado que tiene seis agujeros, y según dicen, esa no es de las buenas. Parece ser, y los entendidos así lo aseguran, que debe tener la enigmática cantidad de siete clavos. Este número esotérico se asocia con buenos augurios. Claro que, a decir verdad, hay otros que apuestan por que a mayor cantidad de clavos mayor fortuna te traerá. ¿La verdad, quién la sabe?

Ante esta aclaración Pedro opta, desilusionado, por tirarla en un solar cercano. Pero antes de entrar hace una pregunta que le bulle en la cabeza.

—He notado que todos los que llevaban y traían animales para la venta eran gitanos. Eso, ¿por qué?

—La respuesta sería prolija por lo que voy a tratar de resumirla. Desde la primera década del siglo la situación económica de la provincia ha hecho que los hombres hayan tenido que emigrar, esto ha supuesto que los gitanos hayan prosperado en los negocios de animales. Siempre han tratado con ellos y eso les ha dado un conocimiento superior a la de los payos, por lo que ese estatus propició que se hicieran dueños y señores de las ferias de ganado. En estos lugares solo se vende lo que ellos crían o llevan. Los tratos los cierran con un 'vendío, vendío' o 'comprao, comprao', y 'hecho está'.

El muchacho da por buena la respuesta.

En el interior de la tasca la atmósfera es densa por el humo del tabaco. Las mesas están llenas, por lo que se acomodan en el mostrador. Los clientes discuten acaloradamente de toros. Se discute sobre el modo de manejar la muñeca en las verónicas y el juego de brazos en la larga cambiada; de cómo lo hace uno u otro; unos son partidarios de Julio Aparicio y otros, de Miguel Báez 'Litri', los dos novilleros de moda del momento. También había quien decía que estos no eran nada al lado de Luis Miguel Dominguín. Todo pareció calmarse cuando se mencionó a Manolete. Este no tenía discusión. Aunque muerto, el Califa del toreo había sentado cátedra.

Ajeno a esta discusión, el tabernero habla con un joven en la barra al tiempo que atiende a las demandas de los parroquianos. El muchacho es Ángel del

Campo, novillero madrileño que próximamente toreará en Huércal-Overa. Hasta los jóvenes llega parte de la conversación.

—Esa tarde ties qu'arrimar el ombligo; irá mucha gente de la provincia a verte. No hagas la espantá, porque entonces ya te pues despedir pa los restos.

—Ya lo sé, Floren. En esa tarde está todo mi porvenir. Lo sé, hombre, lo sé que me tengo que arrimar, pero déjame tomar tranquilo una copa, no me lo recuerdes.

—¿Somos amigos o no somos amigos? —insiste el tabernero—. ¿Cómo no te lo voy a recordar? Yo soy un amigo de verdá. Tú sabes que si hay alguien que te quiere ese soy yo.

Los recién llegados terminan de beber sus cervezas y salen del establecimiento. En las paredes de la taberna campeaban fotos de diestros famosos y por la radio del local la voz de Lola Flores cantaba *La Zarzamora.*

Es la hora del almuerzo, y el maestro se empeña en invitarles a comer en su casa.

—A Herminia le gustará charlar con ustedes, seguro que traen noticias diferentes. Aquí siempre es lo mismo —les comenta, justificando así la invitación.

Caminaban, y el hombre hizo intención de entrar en una tienda que hacía esquina. En voz baja avisó de que aquella era la tienda donde las gentes del barrio intentaban dejar sus miserias comprando fiado. El local era bajo de techo, con estanterías sujetas a las paredes, sacos y utensilios pegados a ellas y un pequeño mostrador sobre el que reposaban algunas latas de conserva abiertas. El aire denso del local olía a bacalao y pescados en escabeche. No había mucho aún que vender puesto que no habían llegado los suministros que se compraban con la cartilla de racionamiento. En la tienda también se vendía material escolar y había algunos libros. A pesar del calor excesivo y de la atmósfera casi irrespirable, una señora con una bata negra cerrada hasta el cuello atendía a dos parroquianas apoyadas en el mostrador.

—¿Cómo está tu marío?, Colasa —se oye preguntar a una de ellas.

Antes de que la tal Colasa tenga tiempo de responder, la otra mujer, untuosa y afligida, interviene.

—Se m'abren las carnes cuando pienso en lo tuyo, Colasa. Te ties ganao el cielo o la gloria, no sé cual es mejor pa ti. Cuando pienso en lo qu'estás pa-

sando con la madre y con el hijo. Eres una santa qu'has venío a este mundo p'hacer bien.

—Toas sabéis lo qu'hay y que mi hombre es que no tie remedio —responde Colasa con aspecto resignado, y, dirigiéndose al maestro—: Buen día, don Benito, ¿qué se l'ofrece?

—Solamente saber si tenemos alguna novedad.

—Hoy no sa recibío na, don Benito —contesta la mujer moviendo la cabeza negativamente.

El visitante, antes de salir, acaricia la cabeza de una niña que, en silencio resignado, ordena paquetes y latas de conserva, y se despide hasta el día siguiente. Una vez fuera les comenta a los jóvenes que le tenía encargado prensa de Madrid y que, aunque cuando llegaba, venía con mucho retraso, no importaba, porque su señora disfrutaba leyendo noticias de la capital. En cuanto a la mujer de la tienda, también les pone al día sobre su situación.

—Es una buena persona, me da lástima; su marido, ahora enfermo, toda la vida ha sido lo que se dice un 'bala perdida'. Años atrás —prosigue el señor Benito—, el hombre había hecho sus pinitos como poeta, pero bebía mucho, de resultas de lo cual, en vez de convertirse en un poeta de nombre, como seguramente deseaba, acabó convirtiéndose en un inválido medio idiota, asaltado de cuando en cuando por espantosos delirios. Antes de caer en ese estado lastimoso, se había casado con ella, una muchacha del barrio, poco agraciada, crédula y del todo inculta. Al cabo de unos años, ella hubo de hacerse cargo del negocio, del que dependía la manutención de toda la familia, incluida la madre del borracho, sin dejar por ello de llevar la casa y de cuidar al enfermo, sin más ayuda que la de su única hija, una niña a la que yo he visto nacer y a la que, antes de cumplir los seis años de edad, se le empezó a encomendar trabajos de responsabilidad. Ahora, la pobre niña cuenta ya diez años y promete ser tan eficiente y tan poco agraciada como la madre.

»Cuando la veo me acuerdo de la hija que perdí —concluye—. Fue hace muchos años, pero no lo puedo remediar, veo a esta chiquilla y algo se remueve dentro de mí, quizá por verla tan desvalida y tan desgraciada. Mi mujer estuvo al borde de la muerte y su salud es la causa de que estemos aquí.

Ha calmado el viento. Los forasteros siguen al improvisado guía que, al pasar ante un edificio bajo, se para: es la escuela. Volviéndose a sus acompañantes, les dice:

—No lo puedo remediar, es mi debilidad, todos los días paso y echo un vistazo.

Al abrir la puerta, los jóvenes ven una modesta aula con diez o doce pupitres correctamente alineados, sobre ellos, algunos palilleros; al fondo, la clásica pizarra, en cuya repisa se pueden apreciar los pedazos de tiza y un cordel colgando rematado con un trozo de tela. El local está limpio. Junto a la entrada, la mesa del maestro, y presidiendo todo, sobre la pared, la foto del general Franco protegida por un cristal. A su lado, otra fotografía refleja la imagen de un hombre joven con el cuello de la camisa azul abierta, desabrochada, una raya divide su negro pelo aplastado sobre la cabeza. Es José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange. Sobre los dos retratos, un crucifijo. Con un movimiento de cabeza el jubilado maestro concluye:

—Los pupitres del lado izquierdo los ocupan los niños, los del lado derecho, las niñas.

Los viajeros abandonan el centro. Al caminar, sus ojos contemplan otra estampa de la vida cotidiana del lugar: en una casa baja, un canastero sentado sobre los talones, sombrero de paja en la cabeza y por todo vestido una camisa descolorida y ajada sobre un pantalón deteriorado, trenzaba con infinita destreza tramas con las que un modesto cesto tomaba forma. Taciturno bajo una nube de moscas, miraba de tiempo en tiempo al pequeño grupo que lo observaba: una tropa menuda de ingenuos ojos curiosos, mocos colgando, que, con atento y curioso mirar, hacía corro y se empujaban unos a otros para ponerse en primer lugar. Colgaban de la viguería del porche jaulas de pájaros inquietos. Sobre el amplio terrao, las palomas zureaban en libertad, a su albedrío. En lo alto, la llama del sol encendía con destellos el arduo tenderete de azoteas del pueblo. En la mañana hay un fulgor de luz que hace que la escena luzca esplendorosa. Estampa que se deteriora al contemplar la pobreza y el abandono de aquellos seres y de aquellos campos.

Un ventanuco abierto deja ver una anciana que aviva el fuego con un soplillo de esparto. Sobre la lumbre, un puchero de barro en el que runrunea un líquido. La anciana destapa la cazuela, el runrún gorgotea más fuerte, la mujer examina aquello que cuece, y lo que ve debe satisfacerla porque tapa el recipiente y lo separa de las ascuas. Hasta los viandantes llega un olor a pescado. 'Caldo colorado', dirá el señor Benito que seguramente sería.

En silencio caminan, cabizbajos y meditabundos, reflexionando que lo que conmueve de esta provincia, no es su pobreza con ser mucha, que lo que im-

presiona, y de verdad estremece, es el nivel de analfabetismo que perciben, las pocas personas, por lo que están comprobando, que saben leer y escribir.

El matrimonio vivía en una humilde casita baja con porche y jardín, de buen aspecto. Cuando llegaron, en la entrada, el señor Benito, elevando el tono, alerta:

—Herminia, te traigo dos invitados a comer.

A su voz, sale una atractiva señora de agradable presencia.

—¡Virgen de las Angustias, Benito! —exclama, azorada—. ¿Cómo no me has avisado antes? —Y dirigiéndose a los jóvenes forasteros—: Perdón, señores, bienvenidos, pero es que este marido mío… ¡Tiene unas cosas! Si me hubiera avisado con tiempo podía haberles hecho alguna cosa diferente, ahora solo puedo ofrecerles lo que tenemos para comer nosotros.

Viendo la zozobra de la mujer, Pedro interviene.

—No se preocupe, señora, nos hacemos cargo de la situación y somos nosotros los que pedimos nos disculpe. En cuanto a la comida, esté segura de que cualquier cosa que ponga nos sabrá a gloria.

Mientras los hombres toman asiento en la entrada de la casa, la mujer entra en ella al tiempo que va diciendo: «Veré qué puedo preparar».

El señor Benito ya les ha dicho que él también un día fue forastero, y, por su parte, los viajeros ya le han explicado el motivo de su presencia allí, por lo que ahora es él quien, para amenizar la espera, toma la palabra.

—Nosotros, tanto mi señora como yo, somos de la provincia de Ciudad Real, ella de Valdepeñas y yo, de un pueblito de al lado, de Santa Cruz de Mudela. Después de unos años de ejercer por la Mancha, salió esta plaza en Vera, pueblo para mí desconocido, e historias que no vienen a qué nos trajeron a este lugar y aquí estamos. Al principio, pasamos días de agobio y desconcierto, sin ningún acontecimiento que reseñar. Éramos en el pueblo dos seres sin raíces, caídos de otro planeta; nuestros actos y pensamientos no podían adaptarse al ambiente. Pero las circunstancias hicieron que nos adaptáramos. Llevamos veinte años y estamos bien, es un lugar tranquilo, hay buena gente y se nos respeta. Objeción: que estamos en el culo del mundo. Por eso, al hablar con ustedes, no he podido vencer la tentación de charlar con personas con otros acentos, con otros dichos. Aquí la gente es muy cerrada con el habla. Por lo demás, el pueblo, arquitectónicamente, no es una gran cosa, pero tiene su historia. Si tienen interés, les puedo contar lo que sé.

—Sí, por favor —confirma Roberto sin disimular su entusiasmo—. Es lo que más nos está interesando del viaje: saber de la historia y las costumbres de los lugares que visitamos y, desde luego, el poder conocer a personas como ustedes.

Con voz pausada, el hombre, halagado, se dispone a instruir a sus invitados con sus conocimientos sobre el lugar.

Les puedo decir que esto fue zona de asentamientos humanos desde muy antiguo: la cultura del Argar ocuparía toda esta comarca desde el IV milenio a. C. La primera fundación de la ciudad estaría relacionada con la actividad minera. En tiempos de al-Ándalus, nace la Vera musulmana, que dejó en el territorio fortificaciones y edificios utilitarios y piadosos que rememoran un pasado de piraterías y peligros. Vera se asentó sobre una elevación, el cerro del Espíritu Santo, y fue ciudad fronteriza entre el reino nazarí de Granada y el reino cristiano de Lorca. La inseguridad de la costa y la caída de la actividad minera aconsejaron el traslado, en el siglo XIII, a una zona más segura del interior. Desde entonces se convertirá en la ciudad más oriental del Reino de Granada. Además, queda como ciudad de realengo, dependiendo de la Corona, que le concede sus fueros y privilegios en 1494. El primer alcaide cristiano fue el capitán Garcilaso de la Vega.

El señor Benito hace una pausa.

—Perdonen si cuando hablo parece que estoy dando una lección, es la costumbre. De cualquier forma, la historia es la que es, independientemente de cómo se explique. —Dicho lo cual, el hombre prosiguió con sus explicaciones.

A raíz del violento terremoto que, el 9 de noviembre de 1518, destruyó la totalidad de la ciudad, sus murallas, su castillo y sus casas, se inicia una nueva etapa. La ciudad vuelve a nacer, por orden del emperador Carlos I, cerrada con muros guarnecidos por torres con almenas y troneras, comunicadas con el exterior por dos puertas y que podía albergar alrededor de seiscientos habitantes, todos cristianos. La fortaleza central era el templo parroquial. Cuando la sublevación morisca de 1568 se produjo en toda la comarca, Vera, al no tener musulmanes en el interior de sus murallas no se vio afectada en principio. Ya en septiembre de 1569 se produce el asedio de los moriscos al mando de Aben Humeya para intentar conseguir dominar un amplio territorio costero y poder

establecer así una comunicación directa con el norte de África. El asedio terminaría al recibirse la noticia de la proximidad de un ejército proveniente de Lorca.

Despreocupados del interés que la narración está suscitando en los jóvenes, dos juguetones pajarillos retozan entre piruetas por las hojas de una cercana higuera y degustan los jugosos y dulces frutos de la misma.

La voz del ama de la casa invitando al almuerzo obliga a los hombres a pasar al interior. La mesa está dispuesta junto a una ventana del espacioso salón austeramente amueblado, pero en el que se nota el toque femenino en un vaso con geranios que adorna un rincón de la sala. En otro rincón, junto a una chimenea apagada, dos sillas bajas de anea.

—He preparado la mesa dentro por las moscas, están muy pesadas —dice la mujer, dirigiéndose al marido. Y, volviéndose a los invitados—: Vamos a comer, espero les guste la ensalada de verduras, los huevos cocidos y el gazpacho.

La comida transcurrió de forma amena y dieron cumplida respuesta a las preguntas de la señora de la casa, ávida de noticias de la capital, sobre todo cuando supo que Roberto era de Madrid. Ella había vivido unos años allí, en casa de una tía, y recordaba con admiración sus paseos por la Gran Vía viendo el trasiego de la gente y las enormes carteleras que cubrían la fachada de los cines Callao, Capitol, Palacio de la Música o Coliseum, junto a otros muchos. Aquello era otro mundo comparado con el que vivía ahora. Aquel recuerdo la pone triste y melancólica, por lo que el marido, para romper el momento, le dice:

—Herminia, cariño, haznos un poco de café.

La señora, a quien por un momento su mente la había transportado a otro lugar y a otra época, volvió a la realidad, se levantó y se dispuso a prepararlo. Mientras el señor Benito liaba un cigarrillo, los invitados se acomodaron dispuestos a la sobremesa. Cuando lo hubo encendido, Pedro pregunta:

—¿Qué más nos puede decir usted? ¿Qué otras cosas de interés tienen el pueblo y la zona?

—Terminaré con lo que antes les he explicado.

En aquellos tiempos, Vera era una ciudad de composición cristiana, rodeada de una mayoría morisca. El ambiente social cada vez era más denso debido al no cumplimiento, por parte de los cristianos, de los acuerdos alcanzados con la población musulmana en el momento de la conquista. Los moriscos veían cómo,

a lo largo del siglo, iban disminuyendo sus derechos culturales, civiles y religiosos. A esto se unía las acciones de piratería de los berberiscos. Luego llegaría su expulsión.

Todo esto llevó a que campos, su agricultura, y poblaciones enteras quedaran abandonadas, estas de artesanos y comerciantes y con una situación económica y cultural en claro retroceso. Esta situación fue recuperándose en el siglo XVIII. Los intentos de modernización y progreso se traducen en Vera en la creación de la Sociedad de Amigos del País (la segunda que se crea en Andalucía y la cuarta en España), que trató de fomentar la industria popular, especialmente la manufacturación del esparto. No se consiguen los objetivos de ese desarrollo y, durante la primera mitad del siglo XIX, se viven tiempos de crisis debidos a las epidemias, la guerra contra los franceses y la posterior represión absolutista.

Con el impulso que creó la minería al descubrirse un filón de plomo argentífero en sierra Almagrera, se reactivan la manufacturación del esparto y el desarrollo agrícola de la zona; es en este lugar, detalle importante, donde primero se introdujeron los cultivos de naranjos en Almería. Esta riqueza generó una importante transformación en el pueblo, construyéndose el ayuntamiento, la plaza de toros y un asilo de ancianos.

Posteriormente, la crisis minera acabó con el creciente desarrollo económico de la zona.

—¿Ha dicho que había una plaza de toros aquí? —dice, extrañado, Roberto—. ¿Y todavía existe?

—Pues sí —responde el anfitrión—, medio en ruinas, pero existe. Algunas asociaciones, en diferentes épocas, la han intentado poner en marcha haciendo algún festejo, pero no ha podido ser, es una lástima. La Plaza de Toros de Vera es la plaza de toros más arcaica de la provincia de Almería y una de las diez más antiguas de Andalucía. Fue inaugurada en el año 1879. Aunque no se den festejos, la afición a los toros es grande. Aquí se habla de toros más que de fútbol, ya lo han comprobado ustedes en la taberna.

A Roberto le gusta la fiesta y se dice que antes de irse le gustará contemplar esa plaza de toros. Pedro, curioso, comenta sobre la poderosa imagen que desde el monte parece presidir el pueblo.

—Ahora mismo es la sensación, se inauguró el año pasado —le comenta el anfitrión—. El afán de promover la devoción al Sagrado Corazón llevó a la Iglesia y a la corporación municipal a levantar un monumento en el cerro del Espíritu Santo, el lugar en el que en otro tiempo estuvo la Vera musulma-

na; el acontecimiento tuvo lugar el día 17 de julio con gran alborozo para los habitantes del pueblo. La imagen que encumbra el cerro, con sus diez metros de altura, preside la ciudad, y se hizo así para que pudiese ser divisada desde prácticamente toda la comarca.

La señora ha servido los cafés, se ha sentado y todos en la mesa se disponen a degustarlo.

—Por favor dejen eso y sigan contando cosas de Madrid. Echo de menos sus teatros. Aquí, cuando puedo, disfruto leyendo a través de la prensa las reseñas de los estrenos; me gusta el género de la revista musical…

—¡Qué casualidad! —la interrumpió Roberto—. Unos días antes de iniciar esta aventura estuve en el Teatro Martín viendo la obra titulada *Moreno tiene que ser.* ¡Un espectáculo! A primero de año vi *Las viudas de alivio.* Igualmente estupenda. Estando en Madrid no me pierdo ninguna. Otro teatro que me gusta es La Latina, allí asistí a *La Blanca doble,* me impresionó, de lo mejor que he visto en revista, una obra extraordinaria. Memorables: Florinda Chico, Zori, Santos y Codeso.

La señora Herminia escuchaba embobada las explicaciones del joven. Parecía estar en el aire, pero pisó tierra para decir:

—¡Virgencita del Carmen! Mi tía vive justo en la misma calle Santa Brígida y viví con ella unos años. Le tengo un especial afecto al Teatro Martín. ¡Las veces que he pasado por su puerta! Cuando ponían los carteles me los aprendía de memoria. Muchas han sido las vedettes y muchos los cómicos que han paseado su figura por el escenario del teatro al que llaman «la catedral de la revista»: Celia Gámez, Maruja Tomás, Maruja Tamayo, Queta Claver, Monique Thibout… entre otras mujeres que recuerde haber leído en el periódico. Y hombres…: Juanito Navarro, Faustino Bretaño, Lepe, Cervera, Bárcenas, Heredia... Son un montón. A todos me habría gustado verlos llegar al teatro y hablar con ellos si viviera allí. Me haría tanta ilusión.

—Señora, ha mencionado usted a un elenco de mujeres espectaculares, que de eso sí que tienen en abundancia las revistas. Pero otra obra que me gustó mucho —continuó Roberto— fue *¡Yo soy casado, señorita!* de Muñoz Román y el maestro Guerrero, donde la estrella era la espléndida vedette América Imperio acompañada de Marujita Díaz, Lepe, Cervera y Antonio Garisa. ¡Cuánto le debe este género artístico a Matías Colsada! Se podría decir de él que ha sido el padre de la revista, que, por cierto, su verdadero nombre era Matías Yáñez Jiménez.

—¡Madrid es mucho Madrid! — suspira la señora.

—Madrid es mucho Madrid para los espectáculos —intervino Pedro—. Las salas de fiesta con actuaciones están en apogeo y si no que se lo digan a los propietarios de Pasapoga. Yo que soy de un pueblo de las afueras, Getafe, en cuanto puedo me escapo a la ciudad. Últimamente, también está muy de moda en verbenas y festejos un teatro portátil de variedades que se llama Teatro Chino de Manolita Chen —continuó comentando Pedro—. Ella no es china sino madrileña, de nombre Manuela Fernández, y era bailarina de un grupo muy conocido: Las Charivaris. Pero, actuando en el circo Price, conoció a un lanzador de puñales chino, llamado Chen Tse-Ping, y se casó con él. De ahí viene el nombre del teatro que está teniendo tanto éxito y al que ya llaman el cabaret de los pobres. Sin ninguna duda, las mujeres que salen son imponentes.

La señora Herminia, cuyo entusiasmo por el mundo del espectáculo va por otros derroteros, prosigue la conversación.

—Los diarios que me llegan de la capital son muy atrasados, pero no me importa, los devoro —confiesa la señora—. A veces, leyendo el nombre de esos locales cierro los ojos y me veo paseando delante de ellos. Por cierto, en alguno de esos periódicos leí que la popularidad de esa sala Pasapoga era tal que había llevado al maestro Daniel Montorio a dedicarle un marchoso bugui-bugui en su revista *Historia de dos mujeres o Dos mujeres con historia*, no recuerdo bien.

—La rememoro bien —interviene de nuevo Roberto—. Lo cantaba Lolita Garrido y decía así: «En Pasapoga/ se baila el bugui/ ¡Ay, bugui-bugui/ bugui-bugui», y repetía esta frase muchas veces más. Tuvo su éxito.

Viendo la emoción de la señora, ahora es el marido el que interrumpe.

—Aquella vida es otra historia que no es la nuestra, cariño; estamos a setecientos kilómetros de allí, pero a mucha más distancia por nuestra situación y los años. Está bien que con la prensa nos entretengamos e incluso recordemos, pero nada más. Si no es así, viviremos amargados lo poco o mucho que nos queda de vida. Hablemos de otra cosa.

Pedro entiende la intención del hombre y le sigue el juego.

—Desde que hemos llegado a Almería, nos ha sorprendido a Roberto y a mí la sequedad de la tierra y la gran cantidad de hectáreas de terreno sin cultivar abandonado a su suerte. Donde yo he nacido, en Getafe, también hay campos enormes, pero están sembrados de cebada, trigo y avena. Aquí eso

no lo he visto, solo algunos pequeños cultivos en fincas o cortijos como los llaman ustedes.

—En esta región, acostumbrados a las adversidades y a las injusticias, el sol es más un castigo que una dádiva de la naturaleza. Se necesita agua, mucha agua, lluvia que quite a esta provincia la perenne sed que embarga el presente y el futuro de sus habitantes. Unos tanto, como en el Norte, y otros, como en el Sur, tan poco. Claro, que lo mismo pasa con el sol. El planeta Tierra no está bien repartido. Hasta el hacedor de este mundo lo hizo desigual, y esta tierra solo se ve mojada por las lágrimas de padres que lloran a sus hijos emigrados. Pero estos territorios también necesitan de esos hijos y de esos brazos.

El hombre da el último sorbo al café, deposita la taza sobre la mesa y continúa.

—También necesitan cultura y esta no se puede tener si los niños no van a la escuela, si los padres los sacan del colegio a temprana edad para que los ayuden en las faenas del campo o la casa. Ellos no entienden nada más que de faenar en el campo y se justifican diciendo que necesitan ayuda y que para labrar la tierra no hace falta saber leer ni escribir. Desgraciadamente la miseria es tanta que no piensan en el mañana de sus hijos porque tampoco tienen presente. Yo sufro por ello porque tuve una niñez parecida. Verán, me explico.

Como he dicho, soy de Santa Cruz de Mudela. Cuando apenas había yo cumplido los dos años, mis padres se trasladaron a Valdepeñas, allí fui a la escuela y aprendí a leer y a escribir bastante antes que los demás. Me atraían los libros y su ciencia oculta. Todo lo contrario que a mi padre. Había algo en ellos que a este lo ofendía. Yo le decía que quería aprender para enseñar, él me respondía que en cuanto pudiese me llevaría a trabajar para que me acostumbrase, que más me valía quitarme esa idea de la cabeza porque de lo contrario sería un desgraciado muerto hambre. Si me sorprendía leyendo montaba en cólera. Tenía que esperar a que hubiese salido o estuviese dormido para leer o estudiar. En una ocasión me sorprendió y, soltándome una bofetada, dijo:

—Si vuelvo a toparme con la luz encendida y tú gastando energía por leer esas bobadas te arrepentirás.

El padre de mi mejor amigo en la escuela era el dueño de una tienda que vendía de todo, también tenía libros. Sabedor por su hijo de que me gustaban, una vez me dejó uno. A aquel libro lo consideré mi mejor compañero, y escondido bajo la ropa para que no lo viese mi padre lo llevé a casa. Lo leía en la soledad de mi cuarto. Una noche, en la que acababa de quedarme dormido, sentí la

llamada violenta de mi padre, su aliento olía a vino y estaba congestionado. Con la mano tocaba la bombilla y, al comprobar el calor, profirió:

—Has estado leyendo. La has tenido encendida contraviniendo mis órdenes.

No vi venir el golpe, solo noté que estaba en el suelo, que la cabeza me dolía enormemente y que mi padre junto a mí chillaba como un energúmeno pidiendo le entregase lo leído y escrito. Yo, llorando, solo le imploraba. Él, fuera de sí, me golpeó y me golpeó enardecido. No quiero detallar cómo fue, solo diré que dos días después fui a entregar el libro, no podía dejar que cayera en manos de mi padre. Cuando mi amigo y su padre vieron mi aspecto quisieron saber qué había pasado. Ante mi respuesta, con la cabeza baja, de que me había caído lo comprendieron.

Aquellos signos de la brutalidad de mi padre sirvieron para que después, arrepentido al ver cómo me había dejado la cara, admitiera mis estudios y, años más tarde, no sin advertirme que los fachas me pasarían factura, tolerara la ayuda que para mi formación ofreció el padre de mi amigo.

—Esta historia que les he relatado —prosiguió el señor Benito—, desgraciadamente, está presente en la mayoría de las familias. Es el pan de cada día. Yo, aquí, intento luchar contra ello, pero el hambre es negra y obliga. A veces hasta comprendo que bastante hacen con intentar comer. Que no es fácil. Yo, que suspiré por el conocimiento, con el tiempo he asimilado que la sabiduría no está en el saber sino en conocer la forma de poder capear de la mejor manera posible las situaciones de la vida.

»Al final, ser feliz no es cuestión de destino, es cuestión de elección, y esta será lo que haga que merezca la pena vivir. La felicidad, cuando se siente, no es impuesta. Quisiera que mi presente fuera una eterna añoranza, pero no puede ser; hoy ya mi meta es llegar al final junto a Herminia, satisfecho y en paz con mi conciencia. Desde que ella estuvo tan mal, a punto de dejarnos, desde entonces pienso que todos los días son especiales. Cada hora y cada minuto junto a ella intento que sean únicos. En este perdido rincón, unidos, nos olvidamos de todo. Las novelas de la editorial Pueyo son una terapia, las leemos y las comentamos, siempre terminan bien. Las personas necesitamos creer en finales felices, aunque para ello necesitemos cerrar los ojos y hacernos los dormidos.

»¡Ah! Y no crean que por estar en Vera no disfrutamos de playa, algunas veces nos unimos a grupos de vecinos que, en carros tirados por bestias y con

lo preciso para comer, se van a la playa de Garrucha, en la que con palos y telas levantan cabañas. Pasamos días formidables.

Herminia recuerda con humor que, al principio, como no sabía nadar, se sentía a disgusto debajo de aquel toldo, mirando aquella inmensa playa. Después todo fue diferente.

Los comensales, obviando el final, habían escuchado su historia y después su reflexión, asombrados, todavía, por el triste relato de la niñez del maestro; pero debían poner fin a la tertulia, se hacía tarde y tenían que buscar donde dormir esa noche. Marido y mujer se miraron con un signo de complicidad y fue ella quien dijo:

—Permítanme que, si es por una noche, les ofrezca albergue. Por favor no digan que no.

Los jóvenes, sorprendidos, no supieron negarse y aceptaron gustosos. El matrimonio era simpático, ameno y su compañía, muy agradable.

La habitación era como toda la casa, humilde pero acogedora. Tras mostrársela, los anfitriones sugirieron que era el momento de descansar, la siesta era un rito ineludible en Andalucía. El calor provocaba que el cuerpo necesitase este descanso en el desarrollo del día.

Ya sobre la cama, con los ojos cerrados, cada uno de los visitantes peleaba con su raciocinio. Pedro pensaba que estaba a salvo, que no le importaba la soledad, sino la certidumbre de poder dormir unas pocas horas, lo necesitaba; con esa idea el sueño se apoderó de él y en ese sueño vio a la mujer. La vio venir lentamente hacia él desde el fondo de la calle, sin rasgos todavía, sin volumen, cobrando forma a medida que se le acercaba, como si no fuese una mujer verdadera, sino una encarnación de su avaricioso y solitario deseo nacido de la nada, de la oscuridad de una habitación con las persianas bajadas. Sintió frío cuando caminó hacia ella. Era un frío medular, inflexible, que exhalaba la tierra humedecida, un frío de piedras rezumantes y de rocío de estrellas. Se despertó: solo escuchó el ruido del viento, sonando y moviéndose en la oscuridad, con la indiferencia de un corazón que late, de un animal que respira. Al mirar por las rendijas de la persiana vislumbró tras las copas de los árboles el brillo oscuro de la montaña en la que se reflejaba la luz de un sol indiferente.

Se removió inquieto, tenía miedo de no dormir y temía quedarse dormido. En la oscuridad era monótono el golpeo de la rejilla al chocar con la ventana. No durmió, ni estiró la mano para buscar los cigarrillos. Se quedó inmóvil, en postura fetal, abrazando la almohada, vencido por el desencanto de no abrazar

a Carmen y no saber nada de ella. Y en esa posición soñó que se asomaba a la habitación. La ve de espaldas y le dice hola como a alguien cuya presencia no le importara mucho, imaginándose que si no le muestra excesivamente su amor tiene alguna oportunidad de merecer el suyo. Él prefiere penumbra, silencio, pero... ¡sorpresa!, es ella la que prefiere luz. En la habitación hay música, pero advierte que es el sonido de su corazón. Todo lo que ocurre desde que se aproxima a su cuerpo desnudo bajo la iluminación sin matices está regido por la obligación de tabú. Acepta, cuando se acerca, que solo le sonría. Compara su cara verdadera con la que ve en el espejo y le dice que espere, que la deje sola. Antes de que se vaya, sus ojos examinan en su bajo vientre el efecto, el impacto, de su cercanía en cueros. Sale y enciende un cigarrillo, espera tras la puerta, pero transcurridos unos minutos esta no se abre cuando intenta abrirla. Excitado, quiere forzarla, no puede, jadea…

El sueño continúa. Abre las ventanas de par en par y se asoma a contemplar el pueblo en sombras. Es noche cerrada, sin luna ni estrellas en el cielo. Apenas corre un soplo de brisa y el sudor muerde su piel. Se sienta sobre el alféizar de la ventana a esperar un hálito de viento fresco. Un ruido atrae su atención, es el sonido de los postigos de un dormitorio abriéndose en el piso inferior. Un rectángulo de luz cae sobre el patio y ve el perfil de una silueta recortarse en él. Una mujer, de quien no logra ver su cara, se acerca a la ventana y mira hacia las sombras sin advertir su presencia. Con deleite la contempla desnudarse despacio. La ve aproximarse al espejo del armario, examinar su cuerpo, acariciarse el vientre con las yemas de los dedos y recorrer con sus manos la turgencia de los muslos. Se contempla largamente, sin más prenda que una mirada derrotada. Gira la cabeza y se acerca a la cama, la reconoce, la mujer es Carmen, que apaga la luz. Su respiración se hace agitada, en la habitación hace calor, mucho calor, hay una temperatura insana como de cuerpo enfermo, de aire respirado por bocas abiertas y ávidas como la de él. Se revuelve en la cama. El aire huele a sudor o a fiebre de materia removiéndose en la penumbra, pero sus manos siempre están frías. Se ha despertado, aprieta los puños y se hinca las uñas en las palmas. Quisiera volver a los sueños.

Tras el descanso del cuerpo, que no tanto de la mente, los dos jóvenes, aconsejados por el señor Benito, salen a la calle con la intención de conocer algo mejor el lugar. El pueblo hacía tiempo que ya había empezado a moverse, pasado el reposo posalmuerzo, el de esa siesta que habían casi fastidiado al maestro y su señora con su prolongada sobremesa. Insensible al calor que todavía hacía, un niño harapiento y trasquilado, con las zapatillas rotas, lanzaba

y recogía una pelota pequeña sujeta a su brazo por una goma, indiferente a la voz chillona que desde dentro de una casa lo reclamaba. Agobiados por la temperatura reinante, Roberto y Pedro caminaron buscando la plaza de toros. Un recorrido por las calles del lugar les deja constancia de su pasado histórico. Ante el coso taurino comprobaron que el señor Benito no había mentido, tenía aspecto de querer y no poder ser, con apreciables reparaciones de urgencia; el arco principal, imponente, de estilo netamente neoárabe no correspondía, le parecía a Roberto, a la arquitectura del resto del recinto.

Como si el corazón de la población empezara a latir, la gente empezó a salir de sus casas y las calles a verse transitadas. El pueblo ha recuperado el ritmo con sus habitantes y regresado a la normalidad. Junto a un árbol, en una explanada, un grupo de gitanos había acampado su carreta y cantaban y bailaban al compás de los sonidos de una guitarra que uno de ellos con mucho arte tocaba; al lado, los restos de una hoguera indicaban dónde habían hecho de comer. Aunque indigentemente vestidos, formaban una pequeña comunidad autosuficiente y fanfarrona que carecía de recursos, no teniendo para su subsistencia otra cosa que su ingenio. Sus vidas eran así desde siempre. La imagen era de pobreza, pero a pesar de ello típica y pintoresca.

—Esto es Andalucía, Roberto —dijo Pedro—. Pobres, sí, pero con alegría.

—Suena bien lo que tocan y cantan —contestó Roberto. Y, ante los movimientos felinos y rítmicos de la bailaora al compás de la cantante, prosiguió—: No entiendo mucho de esto, pero creo que tiene estilo. Es puro arte lo que baila.

«Les recomiendo que no se vayan sin ver la iglesia fortaleza de Ntra. Señora de la Encarnación, y si les gusta el tema religioso pueden también visitar la capilla de San Agustín, el convento de Ntra. Sra. de la Victoria y las ermitas de la Virgen de las Angustias, de San Ramón y de la Virgen de Las Huertas. Como comprobarán, para ser un pueblo pequeño estamos bien servidos de establecimientos religiosos», les había dicho el señor Benito. Y ellos, obedientes, se encontraban en una pequeña plaza ante la fortaleza iglesia y frente al ayuntamiento. Eran, las dos, construcciones recias, pero sencillas, por lo que decidieron seguir y visitar los otros templos recomendados. No fue difícil localizarlos, el primero de ellos fue la capilla de San Agustín. Preguntaron a una señora y ella, en un momento, les dio una semblanza de la historia de la capilla, haciéndoles saber que era la antigua ermita del Real Hospital de San Agustín, mandado construir por el emperador Carlos V a principios del s.

XVI. Según la señora, que era la encargada de cuidar las imágenes del templo, cuando se empezó a construir la ciudad, y ante las necesidades de la época, la primera construcción en ser terminada en 1521 fue ese hospital de San Agustín, del cual formaba parte la iglesia del mismo nombre.

Dieron las gracias a la mujer y continuaron su camino. Ante el convento de Ntra. Sra. de la Victoria, también conocido como convento de Los Padres Mínimos o de San Francisco de Paula, una feligresa no tuvo el menor inconveniente en contarles que el edificio fue construido en el siglo XVII y que fue habitado por los Padres Mínimos desde entonces hasta el año 1823, siendo tiempo después desamortizado. La mujer destacó del interior del templo las pinturas, dibujos y relieves que databan de principios del s. XVIII.

Ensimismados con la historia de aquellas iglesias, con las huellas de un tiempo pasado, los dos amigos no han notado el transcurrir del tiempo presente. Falta poco para que se ponga el sol, la tarde se debilita y la luz busca el declinar del paisaje teniendo las voces de los niños como música de fondo. Es el crepúsculo, momento en que las casas comienzan a librarse del fuego del cielo. Los rincones más bajos y estrechos de las calles empiezan a llenarse de sombras, la luz del día tiene prisa por desaparecer.

Ajeno a las exigencias del día, sin prisa, viene por la calle un carro, va tirado de un tronco de jumentos insuficientemente alimentados, uno de ellos con visibles mataduras en un anca en la que se acumulan un grupo de moscas que el animal intenta sacudirse a coletazos. La escena, y otras que depara la vista de esas calles, son algo merecedor de contemplar: vecinos en las puertas de sus casas como sombras detenidas, pero siempre con la sonrisa y el saludo dispuesto para quien pasea. Allí, mientras los niños juegan, se acrecienta el sentido del diálogo, los vecinos comentan las últimas noticias y muestran sus amistosos desacuerdos, porque los aspectos económicos resultan difíciles de entender en medio de este entorno campestre. De política está terminantemente prohibido hablar. Mientras esto ocurre entre hombres, las mujeres, sentadas en sillas bajas, descansan del cosido y el zurcido que las ha tenido ocupadas; entre ellas, alguna zagala que ha estado aprendiendo a remendar para que cuando se case y tenga familia pueda arreglar las sábanas y poner una pieza en la ropa a marido e hijos. En el campo el vendaval de la vida parece que se toma un descanso. En el pueblo la noche tiene oídos, con el eco en el horizonte de un agosto que quiere llegar a un todavía lejano septiembre.

La visión de aquellas gentes devuelve a los jóvenes a sus barrios, a sus casas, a otras gentes a muchos kilómetros de distancia que seguramente pensarán dónde estarán ahora, sin saber que viajan sin un destino definido, porque es un viaje hacia ninguna parte. Entre las conversaciones que, mientras caminan, llegan a sus oídos se escuchan sonidos de emigración, alguien habla de Barcelona, otro de Bilbao y alguien dice algo de Madrid. Lamentos de la historia anónima. Entre las rejas que protegen las ventanas, las ramas con sus geranios asomando aromatizan la noche. Ladran perros en alguna parte. Deciden volver. El ambiente en la calle es ahora más llevadero, aunque no mucho, había refrescado. Era un frescor limpio en el aire, después del día de calor, el que ahora se iniciaba. Les sorprendió la tibieza de la brisa que hasta allí llegaba proveniente del mar no muy lejano.

Encuentran al matrimonio plácidamente sentado en el porche de la casa. La señora combate el calor con un bonito abanico que maneja con destreza.

—¿Qué tal, muchachos?, ¿cómo ha ido la tarde? —Es la voz de Benito la que abre el diálogo.

—Ha sido muy valiosa su información —responde amablemente Roberto—, ella nos ha hecho comprender mejor lo que hemos visto, todo nos ha parecido interesante. Tuvimos un momento de duda, pero una señora nos ayudó a resolverlo.

—Las mujeres son fundamentales —comenta con voz segura el maestro—, suelen estar en todos los momentos precisos. No sé si sabrán ustedes que en 1569, en el intento de conquista del pueblo por Aben Humeya, las mujeres fueron grandes protagonistas, ayudando a lograr que este cabecilla sarraceno desistiera del asalto. Su espíritu impregnó a los hombres, ellas se ocuparon de vigilar, de hacer balas, de preparar comidas y, lo más importante, de alentar a sus paisanos.

—Vamos a cenar —interrumpe la señora Herminia—. Un vecino nos ha traído pescado de Garrucha, jureles, que tienen que estar buenísimos, así que a la mesa, allí se sigue con la conversación.

En ese momento, osciló la luz de las bombillas, como si fueran a apagarse; luego recobró el fluido su estabilidad.

—Cuando empiezan así, mala señal; al final tendremos apagón —comentó la buena mujer.

La cena fue prolífica en preguntas ya contestadas en el almuerzo, pero no por repetidas fueron menos celebradas. Los jóvenes tenían ganas de descansar

y, cuando consideraron que era el momento, se despidieron educadamente, dando por terminada la sobremesa. Ya en la habitación, se acostaron en silencio sumidos en sus pensamientos. Intentaron dormir, pero los recuerdos martilleaban sus mentes. Como tantas veces últimamente fingen dormir envueltos en oscuros pensamientos de los que el resto del mundo, evidentemente, quedaba excluido.

Roberto desea dormir, flaquea, y es que… las vidas secretas están llenas de soledad. El pasado es inevitable, al tiempo que es una enseñanza reveladora. Por un momento decide contar al amigo su secreto, pero, creyéndolo dormido, desiste. Se levanta con cautela para no despertar al durmiente y se asoma a la ventana, en la madrugada el silencio invade caminos que rompen el canto de los grillos. En la altura, las estrellas presidían la noche estival. Volvió a la cama con pocas esperanzas de encontrar allí el descanso. No cree que haya que lamentarse del destino, pero, a veces, este es muy duro. Con este pensamiento en su mente, de inmediato, sin advertirlo, se quedó dormido.

Pedro ha observado el desasosiego del amigo con disimulo, intuye que Roberto tiene un problema que no imagina cuál puede ser. Espera que su amigo se desahogue y se explique, mientras, bastante tiene con el suyo. ¡El suyo! Como un torbellino, su cabeza se llenó de imágenes de Carmen. Sin saber por qué, se sintió feliz y, sin darse cuenta, quedó vencido por el sueño.

Pedro se despertó temprano e intentó llamar al amigo.

—Déjame, Pedro, que todavía es noche cerrada —argumentó Roberto.

—No creas, ya está amaneciendo, ya pasan carros.

Efectivamente, fuera se oían el chirrido de los ejes, las pisadas de los animales y algún restallido acompañado de blasfemias. La mañana se desperezaba acompañada de más ruidos del pueblo: canto de gallos y ladridos.

Al fin, Roberto se levantó, lo hizo cansado y por ello no muy hablador. Cuando entraron en la cocina, los anfitriones ya tenían preparado el desayuno. La conversación fue intranscendente, la partida de los jóvenes estaba presente y para el matrimonio se marchaba un pedazo de 'civilización' que por unas horas habían disfrutado. Terminado el desayuno, Pedro preguntó qué tiempo los llevaría llegar a Cuevas del Almanzora. El señor Benito dijo que había alrededor de diez kilómetros, pero que con seguridad encontrarían quien los llevase porque al mercado venía mucha gente de la comarca que se quedaba en el pueblo a dormir.

Se ponen en camino y por las calles que pasan ven a mujeres de refajo y delantal limpio que en sus labores fregaban puertas, ventanas y suelos; ponían cantareras con búcaros aseados y renovaban botijos llenos de agua fresca sobre platos de cerámica. Otras cantaban entre sartenes, pucheros, artesas y lebrillos. Parecían felices.

Hace calor, no está muy avanzada la mañana y ya parece caer lumbre del cielo. El sol inflama de tonalidad los cañaverales. Las chicharras cantan sin descanso su monótona canción mientras en las ventanas los geranios hermosean su color.

Los feriantes hacía tiempo que abandonaban el poblado tomando direcciones diversas. Algunos perros deambulan sin rumbo. Ellos, orientados, toman la carretera de Cuevas del Almanzora. El trasiego de personas se ve animado, la carretera está bastante concurrida por carros cargados de enseres tirados por mulos cargados de sueño. Jinetes sobre caballos, mulos y burros, guían grupos de ganado en dirección a sus lugares de origen. En el campo distintas tonalidades de ocre indican la sequedad de la tierra, su aridez y la falta de agua.

Las pesadas horas de la noche y el pueblo se han quedado atrás, una leve brisa corre libremente por los campos y un solitario y pequeño árbol comienza a mover sus hojas no se sabe si como agradecimiento o como protesta por alterar su paz. Abejorros, mariposas y mosquitos pululan a su alrededor. Aquella imagen, a Roberto lo lleva a recordar las explicaciones del trotamundos que conoció tiempo atrás: según aquel hombre, en África existía una curiosa planta de la familia de las acacias, no muy alta, de aspecto sencillo y espinoso, que conseguía evitar el continuo acoso de los animales con el curioso sistema de producir una especie de bulbos o 'agallas' que servían de cómodo habitáculo a miríadas de hormigas; cuando una cabra o cualquier otro animal intentaba devorar los tallos tiernos de la planta, las agradecidas hormigas acudían en tropel a introducirse en el hocico del agresor, en lo que constituía una de las más curiosas asociaciones entre plantas y animales de todo el continente.

El desfile se había transformado en una larga y ruidosa columna. Una mula torda, en un conato de rebeldía con el carrero, tira de las varas de una forma anormal provocando las blasfemias y los trallazos de su dueño para calmarla. Absortos en la contemplación de aquella pintoresca hilera, los jóvenes no advirtieron la llegada de un vehículo que lentamente marchaba junto a ellos;

fue la voz del conductor la que sacó a los caminantes de su ensimismamiento al decirles:

—Señores, si van a Cuevas los puedo llevar.

Los jóvenes, sorprendidos, quedan un momento silenciosos. Es Pedro quien reacciona.

—Vamos a Cuevas del Almanzora —responde el joven—, no sé si será el Cuevas que usted comenta.

—Es el mismo —precisa el hombre—, lo que ocurre es que los de aquí decimos Cuevas solamente.

Los caminantes suben y, una vez acomodados en el interior del vehículo, Roberto, que se ha sentado junto al conductor, pregunta:

—El modelo de este Citroën ¿es el 7A?

—Sí —contesta el hombre—. ¿Lo conoce usted?

—La verdad es que sí —afirma Roberto—. Mi tío, taxista en Madrid, tiene uno igual que este y dice que le va de maravilla.

La voz del automovilista suena alegre cuando comenta:

—¿Son ustedes de Madrid? Si es así, qué excelente casualidad, tendré que ir el mes que viene y me vendrá bien que me hablen de la capital y me orienten un poco, porque no la conozco. Yo soy de Huércal-Overa. Me voy a presentar, me llamo Rafael Rodríguez Gil, soy veterinario y por mi profesión me muevo por todos estos pueblos, sobre todo cuando hay mercado. Los estudios para mi carrera los cursé en Córdoba por tener familia allí, por eso no conozco la capital… ¡Que buenas ganas tengo!

Ahora es Pedro el que interviene.

—Mi nombre es Pedro Almansa y el de mi amigo, Roberto Mayo. Yo no soy de la capital, pero como si lo fuera. Roberto sí es de allí.

El chófer, que va atento a los zigzags del ganado y de los carros que circulan lentamente, asiente con un movimiento de cabeza.

Los viajeros observan que Rafael Rodríguez tiene una sonrisa atractiva y unas facciones agradables, varoniles. Viste con cierta distinción y combina la ropa con estilo. A pesar de ello no da la impresión de ser presuntuoso. Parece más bien una persona de buen gusto cuya formación no le permite atildarse de otra manera.

El conductor, pendiente de las reatas de mulas y burros que caminan, algunas a su albedrío, por el centro de la calzada, consigue, no sin dificultad, pasarlos. Finalizada la maniobra, vuelve la atención hacia sus acompañantes.

—Como les he dicho, vivo en Huércal-Overa, pero hoy me tengo que quedar en Cuevas. A primera hora de la mañana debo de ir a un cortijo próximo a ver unos animales que no están en buenas condiciones. Me quedo a dormir en una fonda que suelo frecuentar cuando, como mañana, tengo tempranas obligaciones. Se la recomiendo a ustedes; si les parece bien y se quedan allí, durante la cena me cuentan cosas de Madrid y yo se las puedo contar de Cuevas.

Los muchachos, al tiempo que asienten, contemplan por las ventanas un paisaje de campos áridos sin sombra que agosto, con su canícula, estaba dejando bajo mínimos. Están secas, muy secas, las tierras que adormecen entre cauces desecados según iban avanzando. Como rastro vinculado a esa desecación, una vieja noria abandonada daba morbo al paisaje.

XII

De Vera a Cuevas del Almanzora

El conductor había dejado de hablar, atento a la carretera, y ahora redoblaba su atención porque ante ellos estaban las primeras casas del pueblo. El vehículo aminoró su marcha, ahora eran los chavales, niños que corrían de un lado a otro de la calle, los que salían inopinadamente de entre las casas sin temor a nada.

El día cumplía su ciclo, la lumbre del sol se había encendido y la mañana empezaba a ganar rotundidad cuando el auto penetró por el arco de entrada de una casona, en cuya fachada tenía rotulado con buen estilo: «Posada del Parrita». En un gran patio, donde una parra cubierta de hojas se extendía como un tendón a lo largo de una pared, junto al brocal de un pozo, Rafael paró el coche.

—Hemos llegado —indicó, al tiempo que abría la puerta del vehículo—. Comprobarán ustedes que no les he mentido, aquí se encontrarán bien. Eleuterio es un artista para eso. Vengan conmigo.

La casa era un noble y peculiar edificio, modelo superviviente de las posadas levantadas a finales del siglo XVIII, en otro tiempo, magnífico. Tenía una fachada de once balcones y dos puertas; pero el interior no correspondía a esa apariencia. El inmueble se componía, básicamente, de un edificio principal destinado a la recepción y alojamiento de los viajeros y de un conjunto de dependencias auxiliares organizadas en torno al patio que centralizaba toda la actividad laboral relacionada con los transeúntes, los animales de tiro y el mantenimiento de los carruajes. Por lo general, en estas edificaciones el cuerpo donde se ubicaba la fachada principal tenía la planta baja destinada a zona de acogida de viajeros, con cocina, comedor, etc., mientras que en la parte alta se encontraban las habitaciones. De las otras tres alas del edificio, que terminaba de definir un gran patio central para facilitar el trasiego de caballerías y carros, dos contenían los establos y otras dependencias para la atención de los animales, y la restante se solía convertir en un amplio porche para guarecer los carros. El conjunto tenía un aspecto muy singular y pintoresco por sus arcos interiores, pero con evidentes señales de deterioro.

Una vez en el interior ven una sala en decadencia que conoció tiempos mejores; de ello buena muestra es el reloj de péndulo y gran caja que, aunque parado a las tres, quién sabe de qué día, preside la estancia. Esta estaba sumida en la penumbra de sus muros, cuyo grosor mitigaba el calor reinante. Un balcón abierto al fondo permite a los viajeros oír voces en el patio.

—¡¿No hay nadie aquí?! —exclamó Rafael elevando la voz—. ¡Eleuterio, ¿dónde andas?! Te traigo dos buenos clientes.

Pasados unos minutos, en el interior de la casa se oyó lejana una voz femenina.

—Tío, paece que lo llaman.

Poco tiempo después, la figura de un hombre enjuto, de cara triste y cabellera revuelta, apareció ante ellos cojeando levemente. Su aspecto era el de haber estado trasteando en algún huerto.

—Buenos días, don Rafael, ¿otra vez por aquí? —dijo, con una sonrisa que no consiguió disimular el rictus de amargura que adornaba su cara.

El veterinario, demostrando ser cliente habitual y conocedor de la situación, le contestó.

—Alegra esa cara, Eleuterio, que te traigo dos clientes. Sé que la cosa está mal, pero ten paciencia, hombre, que verás como las cosas se solucionan. Se van a quedar a dormir y mañana te dirán si se quedan o continúan el viaje. ¿No es así, señores?

Los recién llegados asienten a dúo, solicitando a continuación un lugar donde asearse y poderse quitar el polvo del camino. El posadero les explica que les prepararía una habitación y que en ella les pondría una jofaina y jarra con agua, pero que tardaría en arreglarla un rato, por lo que, si les urgía, en el patio había un hermoso pilón donde sin ningún problema podrían lavarse. Los jóvenes aceptaron la sugerencia y se despidieron del veterinario quedando en verse para el almuerzo.

La habitación, vieja, con desconchones y suelo desportillado, pero encalada y fresca, olía a limpio. Colchón, sábanas y almohada parecían en perfecto estado; además, el cuarto lucía arreglado con un jarrón de barro con flores, como dando la bienvenida a los viajeros. Por la ventana se veía el color del mediodía reflejado en el dorado de los cañaverales.

A Roberto, el posadero le había recordado a su tío Juan, otro hermano de su padre. Hombres de la misma generación, que habían pasado demasiados

días de infortunio y que llevaban la memoria escrita en la cara. Su tío, por culpa de la guerra, había pasado una larga temporada en la cárcel y al salir había sufrido años de penuria porque nadie le ofrecía empleo más que como estibador descargando sacos y cajas en el mercado de Legazpi, un oficio para el que ya no tenía edad ni salud. Nunca se repuso de aquello y su rostro siempre reflejaba la pena que atenazaba su alma.

Una hora después, Rafael y los dos jóvenes se hallaban ya sentados alrededor de una mesa de limpísimo mantel sobre el que el dueño de la hospedería había dispuesto un menú a base de patatas cortadas de forma circular, con cebolla y tiras de pimiento —decían llamarse patatas a lo pobre—, huevos fritos y una imponente vasija de gazpacho. A los viajeros las patatas les supieron riquísimas, de esa forma no las habían comido anteriormente. Ante estos comentarios, el veterinario quiso precisar.

—La cocina almeriense no tiene mucha fama, pero tiene guisos sabrosos, como me figuro habrán podido comprobar en su viaje.

Los jóvenes se apresuraron a decir que efectivamente habían probado comidas riquísimas.

—Para cuando vayan a Huércal-Overa les voy a invitar a una comida excelente que no sé si la habrán comido: gurullos con conejo. Mi madre los hace de una forma extraordinaria, ya verán. Y ahora, si no les importa, háblenme de Madrid.

Los dos amigos se miraron invitándose uno al otro a hablar, al fin fue Roberto, los galones de los años, el que tomó la palabra.

—Madrid es mucho Madrid, por lo que iremos por partes. A ver, Rafael, sinceramente, ¿qué es lo que le interesa de la capital?

El veterinario no pudo contener la carcajada ante el dicho de Roberto, y sin dejar la risa le contestó:

—De Madrid me interesa todo, pero puesto a hablar con sinceridad cuéntenme lo que sepan de las zonas en las que pueda pasármelo bien, de las alegres, las que un joven de provincias recuerde durante mucho tiempo.

—En Madrid, por su tipismo —comenzó a explicar Roberto—, se puede pasar bien en muchos sitios dignos de recordar. Verbenas en septiembre no va a encontrar, sin embargo, en los ventorros de la ribera del Manzanares, en la Bombilla, sí encontrará bailes típicos que podrá disfrutar entre chulapas y chulapos. El alterne —tabernas con flamenco y mujeres— lo tiene en el centro,

en la calle Echegaray, calle la Victoria y anejos. Es una zona muy ambientada junto a la Puerta del Sol, que comprende desde la Carrera San Jerónimo hasta Antón Martín. Ahí se lo puede pasar bien y correrse alguna buena juerga. Si quiere algo discreto, ya en plan privado, están los colmaos en la Dehesa de la Villa, y si quiere más sofisticación —elegancia— está Chicote en la Gran Vía y otros en la Cuesta de las Perdices, como Villa Romana. Estos son lugares de mucho nivel.

»Los cines de estreno están en la Gran Vía y los nombres los tiene en cualquier periódico, lo mismo que los teatros. Ahora, que si quiere darle un homenaje a sus ojos viendo mujeres guapas, acuda a las revistas musicales que se ofrecen en teatros como el Alcázar o La Latina, aunque el templo de la revista, por excelencia, es el teatro Martín. Bailes populares hay muchos, y en cuanto a salas de fiesta le recomiendo Pasapoga en los bajos del Palacio de la Música, en la Gran Vía, y el Florida Park, en el Retiro; son lugares de lujo, pero merece la pena por las mujeres y hombres que lo frecuentan. Si quiere algo más popular: el Conga en Tirso de Molina, las Palmeras en la glorieta Quevedo, el Barceló, el Salamanca... En fin, como verá, hay para escoger.

Rafael escucha con atención, aunque con una leve sonrisa, las palabras de Roberto sin perder ninguna de sus recomendaciones. Pedro interviene a continuación.

—En Madrid es típico, no solamente de los madrileños, visitar el Rastro los domingos por la mañana y alternar posteriormente tomando vermut por las tabernas de la zona —calle la Ruda, Toledo y Cavas Baja y Alta—, y si no ha probado los cangrejos de río se va a chupar los dedos. Por la tarde, toros en las Ventas, y, si le gusta el fútbol, no deje de visitar, en Cuatro Caminos, el estadio Metropolitano, del Atlético de Madrid y en la Castellana el estadio de Chamartín, del Real Madrid. Es un campo nuevo, precioso.

Rafael ha sacado una libreta y con un lapicero toma nota sin parar. Los amigos le contemplan en silencio y, cuando el veterinario para de anotar, Roberto vuelve a tomar la palabra.

—Si le gusta la lucha libre, en Madrid disfrutará, y si no la conoce no se vuelva sin presenciar una velada; son trepidantes, suelen hacerlas por la noche: en el estadio Metropolitano, en la Plaza de las Ventas o en el Campo del Gas, cerca de la Ronda de Toledo. Como verá —prosigue Roberto—, tiene para entretenerse. No sé el tiempo que piensa estar, pero los 'deberes' que le hemos puesto, si los hace, son para obtener sobresaliente.

Los tres hombres ríen la ocurrencia de Roberto y por un momento, en silencio, se relajan, cada uno acompañado de su pensamiento. Mencionar lugares donde los muchachos han pasado muchos momentos de sus vidas es demasiado fuerte para no recordar hechos, vivencias, que les sumen en añoranzas. Los saca del momento psicológico la voz de Rafael.

—¿Qué quieren saber de Cuevas? He leído mucho sobre este lugar y creo que sé bastante sobre él, así que puede que les interese lo que les pueda contar.

Los jóvenes abren los brazos, moviendo las manos, con un ademán que quiere decir: díganoslo usted. Rafael interpreta el lenguaje de la mímica, abandona el tono burlón que había tenido hasta ese momento, adopta una pose seria y reflexiva e inicia sus explicaciones sobre la localidad.

Antes de hablar de Cuevas debemos hablar del valle del Almanzora, que así se llama donde nos encontramos. Este lugar fue muy importante para la cultura. En las estribaciones meridionales de la Sierra de Almagro hace cuatro mil años se asentó un pueblo de una cultura diferente que se conoce como cultura argárica. Vivieron durante varios siglos y, con el mismo misterio que envuelve la historia de su llegada, se fueron.

Dicho esto, les puedo decir que Cuevas del Almanzora sufre el mismo mal que sufren —excepto Rodalquilar— las zonas de Almería que tuvieron explotaciones mineras y que vivieron años de esplendor, construyéndose infraestructuras y mansiones que no se pudieron mantener y que con el paso del tiempo se abandonaron. Ahora son recuerdos nostálgicos, solo eso, de un pasado que se fue y que es fácil, desgraciadamente, que no vuelva.

Todo empezó en el siglo XIX, concretamente en 1838. Ese año se descubre el filón de plata del barranco del Jaroso, en Sierra Almagrera, y se inicia una fiebre minera sin parangón en ningún otro punto de la geografía nacional. De repente, los solitarios y agrestes barrancos se llenaron de humanidad, de codicia y de febril actividad, todos querían participar de la nueva riqueza y se produce una guerra de concesiones que invade de agujeros la sierra. Los pingües beneficios repercutirán en el semblante urbano de Cuevas, ya que la nueva burguesía invertirá parte de su fortuna en construirse mansiones. Mientras, en las inmediaciones de la sierra se levantan fundiciones que dan trabajo a cientos de obreros. Esto supondría la época de mayor desarrollo económico y demográfico de Cuevas del Almanzora, que llegó a tener, en 1910, más de 26.000 habitantes. Posteriormente, en la década de los treinta, se viene abajo la minería y se inicia un periodo

de emigración y de decadencia de la zona. Esto es, resumido, la consecuencia industrial y económica de lo que pasó.

Fruto de eso y de la Guerra Civil, el pueblo, como tal, está dejado de la mano de Dios; la crisis y las secuelas de la contienda española han hecho que los edificios no se hayan conservado debidamente. Ese es el resultado de la situación. Cosas dignas de mencionarse, el pueblo las tiene, como por ejemplo el castillo del Marqués de los Vélez, símbolo de Cuevas del Almanzora, es un palacio fortaleza de estilo gótico mandado construir por don Pedro Fajardo, primer Marqués de los Vélez, en el siglo XVI, y restaurado posteriormente en el siglo XVIII. Como podrán luego comprobar se encuentra situado en lo alto de una colina, dominando la población. Dentro de esta se haya la Plaza de Isabel II, muy popular por el mercado que se realiza en su interior ya desde el siglo XIX. También hay casas palacio de este siglo XIX, pero están cerradas o medio abandonadas. Otro edificio a tener en cuenta dentro de Cuevas es la iglesia parroquial de la Encarnación, que fue levantada a mediados del siglo XVII y es el edificio religioso más emblemático de la ciudad. Fuera del pueblo, en la desembocadura del río Almanzora, está la Torre Artillada de Cristal, una fortificación levantada en el siglo XVIII.

Pedro, que ha seguido el hilo de la historia apenas sin pestañear, pregunta.

—¿De qué le viene el nombre de Cuevas del Almanzora?

Contento por el interés despertado, el hombre da respuesta a la pregunta del joven.

Es obvio que el nombre de Cuevas es debido a la gran cantidad de ellas que tenemos. En la ladera de la sierra están las Cuevas del Calguerín, que se encuentran localizadas en un escarpe rocoso situado a pocos kilómetros de la población. Se trata de un numeroso conjunto de cuevas, más de 260, excavadas en la roca y utilizadas como viviendas en sus orígenes, en el período medieval y, algunas de ellas, todavía en la actualidad. Lo que ya no está tan claro es el nombre de Almanzora —al-Mansura para los árabes—. No siempre se llamó así; hasta el siglo XIX fue llamada Cuevas del Marqués como referencia a su pertenencia al marquesado de Los Vélez desde la conquista de los Reyes Católicos. Con la abolición de los señoríos, Cuevas pasó a constituirse como Ayuntamiento y se decide que se llame Cuevas del Almanzora, por el río que baña la ciudad, eliminándose la palabra marqués, pero hay quien dice que la ciudad es la que dio nombre al río. Los romanos lo llamaban Surbo, o río soberbio, por sus terribles crecidas. En

tiempos de dominación francesa, con la explotación de las minas de plomo en el siglo XIX, Cuevas fue llamada Villa Hermosa.

Pedro interviene nuevamente.

—Si un río tan pequeño ha sido capaz de dar nombre al pueblo habrá que pensar de él que es chiquito, pero matón.

Los otros dos comensales ríen su salida.

—Lo cierto es que no es cosa de risa —asevera el veterinario, tomando una actitud más seria—. De la bravura que tiene este río les voy a dar algún dato para que se hagan una idea.

El Almanzora, con sus noventa kilómetros de recorrido, es el río más largo de la provincia de Almería. Y, para no irnos muchos años atrás, les diré que en octubre de 1879 el desbordamiento del río fue tremendo, tanto que fue calificado de desastroso. La cantidad de agua que lo produjo abarcó las provincias de Almería, Murcia y Alicante. El río corría desbordado a lo largo de todo su recorrido, arrastrando todo lo que encontraba a su paso. De ello se hizo eco la prensa del país y fue tal su magnitud que una comisión de Madrid vino hasta aquí para dar fe del desastre.

Al año siguiente volvió a suceder otro desastre que calificaron como la más 'sonada catástrofe'. Según datos, fue en septiembre: al pasar por Cuevas del Almanzora el río llevaba más de 10.000 metros cúbicos por segundo. Esta tormenta se desató entre Tíjola y Serón entre las seis y las nueve y media, y solo tardó en llegar a Cuevas dos horas.

Los dos muchachos escuchaban y no daban crédito a que aquel cauce, ahora semiseco, hubiera podido ser la causa de semejantes desgracias.

Ante las caras de perplejidad, el veterinario dispara:

—Parece imposible, ¿no? En la vida nada es lo que parece.

Tras el inciso, Rafael continúa hablando del lugar.

Cuevas del Almanzora es un pueblo peculiar por las pedanías que tiene, son innumerables. Entre ellas destacan de forma especial dos: Villaricos, por su importancia histórica, y Palomares, por la importancia que tiene para mi familia. Me explicaré.

Villaricos, aunque hoy pedanía, fue fundado como pueblo por los fenicios en torno al siglo VII a. C. con el nombre de Baria. Se encontraba sobre una colina en un lugar costero estratégico: apto como embarcadero, próximo a la desembocadura del río Almanzora —principal eje de comunicación entre la Alta Andalucía y el Mediterráneo—, próximo también a las minas de plata y plomo, y con buenas tierras para la agricultura y la ganadería. Situado en esa posición fundamental, contaba, tanto con amplios recursos pesqueros —almadrabas para capturar el atún en sus migraciones anuales— como de comunicación —el propio lecho del río Almanzora— y mineros —plata, plomo y hierro en la Sierra Almagrera.

Si bien en origen formaba parte del sistema colonial fenicio, a partir de la crisis del siglo VI a. C. se convirtió en ciudad-estado independiente con sus propias instituciones, aunque bajo la órbita política y económica de Cartago. Su etapa de apogeo económico, que va de los siglos V al III a. C., se ve reflejada en la necrópolis, con la presencia en los ajuares funerarios de cerámicas griegas áticas y metales preciosos y en la acuñación de su propia moneda en bronce, aunque de escasa calidad técnica y reducida circulación.

Como ven, Villaricos es una pedanía ilustre. Fue un lugar importante, pero posiblemente la inseguridad de su proximidad al mar hizo que el pueblo no se desarrollase. Actualmente Baria es una ilustre desconocida en la arqueología de España, y no por falta de méritos, pues en ella se unen una necrópolis púnica y fábricas de salazones y garum púnico-romanas; también poblados mineros de origen fenicio, griego y cartaginés, así como restos bizantinos y acaso visigodos en el cercano Cabezo de las Herrerías. Junto a ellos —como ya descubrió Siret a finales del siglo XIX— se encuentran otras formas de enterramientos, como cistas, tumbas… Si la visitan podrán distinguir cinco áreas arqueológicas perfectamente diferenciadas que destacan por su amplia secuencia cronológica: la ciudad fenicia al noreste, la ciudad romana al sur, la necrópolis al norte, el área industrial de salazones de pescado en la zona costera del sureste y el poblamiento tardorromano del cerro de Montroy en la primera elevación montañosa de Sierra Almagrera.

Roberto, deseoso de saber algo de la familia de Rafael, es ahora el que interviene.

—Y de Palomares, ¿qué nos puede decir?

Tras una breve pausa, el versado veterinario prosigue con su historia.

Si han hecho el viaje que dicen, durante el recorrido habrán observado la precariedad que hay en los pueblos, pero en esta Almería, donde la pobreza llegó y estableció su residencia, también hay gente rica. El origen de la mayoría de esas riquezas proviene de la minería del siglo pasado.

La minería fue muy importante y movió mucha gente. En la sierra de Gádor más de veinte mil personas llegaron a trabajar en minas, fábricas y herrerías. Este hecho alteró profundamente los hábitos de trabajo, pero los mineros de Almería no dejaron nunca de ser campesinos. En esta provincia ocurrió un hecho singular que pareció una carrera de relevos. Los primeros signos de agotamiento en los filones de la sierra de Gádor se compensan con el descubrimiento, como ya les comenté, del filón 'El Jaroso' en Sierra Almagrera en 1838. Del frenesí especulativo que desencadenó este hallazgo hay multitud de testimonios. Los centenares de sociedades de minas que por toda España se organizaron para 'acometer' la explotación de Sierra Almagrera o las miles de acciones que se compraron y se vendieron, sobre todo en los seis primeros años, le dieron una fama al paraje tan sonora como el rumor de los escándalos promovidos por la especulación más inmoral: sociedades organizadas sobre minas inexistentes; acciones que veían multiplicar su valor sin base real; ruidosos pleitos entre accionistas y las minas colindantes, resueltos, a veces, con el recurso de los más expeditivos medios de coacción y violencia; etc.

Para que se hagan una idea de lo que fue este 'boom' financiero y asociativo de aquellos años, les daré unos datos significativos: Entre 1840 y 1845 se realizaron en España más de trece mil transferencias de acciones de minas de Sierra Almagrera; o sea, unas dos mil al año, lo que supone una media diaria de seis compraventas. Este importante trasiego alcanzó un valor superior a los sesenta millones de reales. No obstante, las grandes ganancias solo llegaron a unos pocos. Algunos de ellos canalizarían parte de sus ganancias hacia la creación de importantes fábricas dedicadas a la metalurgia, principalmente fundiciones de plomo, en Palomares, Villaricos y Garrucha.

La burguesía minera devino, no obstante, muy pronto en agraria, volviendo la vista hacia el origen de muchos de sus miembros y encauzando los beneficios mineros hacia la aspiración más unánime sentida en aquel tiempo: constituir un sólido patrimonio y alcanzar la categoría de hacendado. A tal fin, tanto la oferta de tierras desamortizadas, procedentes de las instituciones eclesiásticas y municipales, como la compra en el mercado libre aprovechando el empobrecimiento campesino en las periódicas crisis, serían dos vías convenientemente aprovechadas por un grupo compuesto por una pequeña nobleza de alcaldes

mayores, regidores perpetuos, beneficiados e hidalgos que se aprovecharon de la oligarquía del Antiguo Régimen. Mi abuelo era uno de ellos, la familia tenía, entre otras propiedades, una fundición en Palomares.

El veterinario, como agotado por la charla, dejó de hablar, no obstante, el silencio fue escaso, porque sin comentar nada más sobre el tema del pueblo, Rafael saca un paquete de cigarrillos y con un ademán invita a los jóvenes a que cojan. Después de exhalar con fruición la primera calada, se retrepa en la silla y les comenta:

—Cuando, antes, me han hablado ustedes de las bellas mujeres de las revistas musicales me he sonreído y me he dado cuenta de que han visto mi sonrisa. Ahora, cuando sepan lo que les voy a contar, comprenderán el porqué de la misma. ¿Conocen ustedes a la Bella Dorita?

Los dos amigos se miran y, por su gesto, es evidente que desconocen de quién se trata.

—La Bella Dorita —sigue diciendo Rafael— es la vedette de moda en Barcelona desde hace años. Esta bellísima mujer, de nombre María Yáñez, reina del Paralelo, es natural de este pueblo y amiga personal mía. Tengo tíos y primos en esa ciudad y cuando voy por allí suelo ir a verla, le gusta que le lleve noticias de su pueblo. Si no les importa, esta noche les contaré la historia, ahora tengo que marcharme. Luego los veo.

Los dos oyentes quedan expectantes: ¿Quién sería esa Bella Dorita, tan famosa en Barcelona, nativa de Cuevas y cuál sería su historia? Habría que esperar unas horas a que el veterinario regresase y refiriera el hecho, por lo que optan por retirarse a descansar. La siesta no se debe perder.

La tarde parece tranquila, con un poniente suave que acaricia los cuerpos. Los muchachos, sobre la cama, intentan sobrellevar el calor que, aunque mitigado, llega hasta ellos. En medio del sopor que produce la temperatura y la tela de araña que produce la somnolencia, los recuerdos, ¡otra vez!, acuden a ellos.

Roberto no quiere pensar. Sobre todo, porque todavía no sabe qué quiere hacer con su vida, y los buenos propósitos pueden oler la indecisión como los perros el miedo. Cosa curiosa es construir castillos en el aire. Pedro y yo, se dice, forjamos una amistad de la nada, porque la nada es la esencia de lo que compartimos. Cada uno tiene su pasado, su aventura, y la que estaban realizando por tierras almerienses en nada se parecía a las andanzas, por aquellas costas, de aquellos barcos con historias de esclavistas codiciosos, de piratas

que raptaban y degollaban en silencio, de tormentas devastadoras y cofres con tesoros. Pero todo tendrá un final, y después ¿qué? Seguramente cada uno tomará una dirección distinta. No han hablado nunca de esto. A pesar de que se han hecho amigos, aún hay entre ellos una cierta distancia, una sensación de que, si bien es cierto que tienen mucho en común, no lo es menos que los buenos vecinos necesitan también buenas vallas. Ellos se llevaban bien, pero se está destinado a divergir desde el nacimiento. A separarse, a encontrarse. Es una ley del movimiento, un hecho físico. El tiempo no es más que la medida de esa separación. Somos partículas en un océano de distancia. Se es el resultado de la explosión de un todo original. Es posible que exista una ciencia que explique nuestra soledad. Ensimismado en esas reflexiones, cayó en el sueño como en un pozo.

Por su parte, a Pedro también los pensamientos lo embargaban. Como una ráfaga vino a su mente una frase que no recuerda dónde oyó: «Las dos cosas más difíciles de contemplar en la vida son el fracaso y la vejez; y ambas son lo mismo». Pero, se dice, a mí no me cuadra, el amor perdido es un tipo especial de fracaso. Es un recordatorio de que algunos logros nunca llegan, no importa con qué devoción los hayamos deseado. Llegado a este punto reflexiona que tiene que hablar del tema con alguien, está hecho un lío. En algunos momentos se necesita hablar, contar, compartir hechos de la vida para comprender quién se es. Sabido es que a la realidad le gusta ser más sorprendente de lo que puede imaginar cualquiera. Que la historia no se deja fácilmente sorprender. A veces lo finge, pero es para tragarse más fácilmente a los usurpadores, aniquilándolos, porque la historia construye y destruye. ¿Y en este caso, la destruiría la historia a ella sin conocer la felicidad? Él haría lo imposible para que eso no ocurriera. Con esa perspectiva se quedó dormido.

Roberto se despertó con la sensación de que había dormido demasiadas horas, pero miró el reloj y había pasado solo una desde que cerró los ojos. Lo desconcertó la incapacidad de reconocer el dormitorio en el que apenas una hora antes se había adormilado; no podía hacerse una idea de la disposición de la cama o la ventana, incluso le costó recordar en qué lugar se encontraba. Giró la mirada y vio al compañero abrazado a la almohada por lo que decidió seguir acostado y, sin apenas darse cuenta, volvió a quedarse dormido.

La tarde está bien avanzada cuando la voz de Pedro lo saca de su sueño.

—¡Venga arriba, dormilón!

Salen a dar un paseo, hay que hacer tiempo hasta la hora de la cena. En los escasos árboles de la calle, dorados en las ramas altas por el crepúsculo a punto de extinguirse, rebullían montones de pájaros. Pocos minutos más y el silencio de la noche solamente sería cortado por el chillido de los murciélagos. Falta poco para que se ponga el sol, y los rincones más profundos y estrechos de las calles empiezan a llenarse de sombras. La luz de la tarde tiene prisa por desaparecer. Media docena de gatos descansa en un montón de escombros y desperdicios ante una casa donde un escudo nobiliario, roído por la intemperie y el paso del tiempo, asoma bajo la ropa tendida que cuelga de las ventanas superiores. El lugar es pobre, por él corretean niños desgreñados y descalzos. Situado en la parte vieja de la ciudad, el edificio conoció en otro tiempo un esplendor del que apenas hoy se advierte rastro. Otras casas solariegas permanecen cerradas para no convertirse en viviendas de vecindad donde se hacinen familias humildes cargadas de hijos que esperan la llegada de los hombres.

En otro tiempo, esas casas, salpicadas de escudos ornamentales más falsos que la propia falsedad, habían tenido cierto tono. Habían sido construidas con la honorable pretensión de figurar en el centro más estricto de un barrio distinguido, pero la crisis las había condenado, seguramente para siempre, a ser moradas humildes sembradas de cacerolas deslucidas, muebles viejos y ropas desteñidas puestas a secar.

La tarde, imperturbable, languidece y la noche acude, puntual, a su cita cuando por los caminos del campo regresan los labriegos, con paso lento, llevando el legón al hombro y un pesado haz de forraje a la espalda. Del ronzal conducen a los animales, estos caminan con un ligero zigzagueo a consecuencia de los serones que, cargados hasta los bordes, cuelgan a los lados. La presencia de los labradores va dejando tras ellos un olor agrio de sudor y de cansancio, al que acompañan un reguero de excrementos que van expulsando las bestias. Llegaban al hogar, a casas, muchas de ellas necesitadas de una buena mano de cal, que se iban empañando de oscuro con el aliento de la noche, y en las que ahúman el ambiente las candilejas de petróleo. En los agricultores se adivinaban cuerpos cansados, sueño e insomnio.

Los dos jóvenes continúan su paseo, una tasca con su puerta abierta parece invitar a los transeúntes a no pasar de largo. En su interior, el dueño trabaja detrás del mostrador llenando frascas de vino mientras su mujer friega vasos en un barreño de barro; en las paredes y vigas, ahora vacías, se muestran huellas de que una vez hubo embutidos colgados y sardinas arenques dispuestas en un envase redondo de madera. En el aire pesa el calor de los cuerpos y el

dulce olor del alcohol y la comida. En la atmósfera, las conversaciones enredadas que se forman y se deforman por todo el local. El lugar es triste, con algunos parroquianos diseminados y sentados sobre banquetas alrededor de mesas sobre las que descansa una botella de vino con pitorro. Algunos juegan al dominó.

En la calle, un cuarentón, larguirucho y narigudo, daba palique picarón a dos mujeres jóvenes. Otra se aparta del grupo y con un capacho asido del brazo se dirige a la tienda de ultramarinos que hay al final de la calle. En la mano lleva asida con fuerza la cartilla de racionamiento. En la misma rúa, a la puerta de una casa, una señora mayor le quitaba los mocos a un niño pequeño, que pretendía eludir el hecho moviendo la cabeza de un lado para otro en medio de una gran rabieta. La vieja tenía los ojos serenos y humildes. Por la calle, perros trasnochadores corretean sin rumbo.

Que la vida en esos lugares era pobre, de eso no había la menor duda. Pedro no podía dejar de prestar atención a las mujeres que, sentadas en los poyos encastrados en las fachadas de las casas y cubierta su cabeza con una pañoleta negra, cosían mientras los niños jugaban en la calle. Y, por lo que aparentaba, siempre había sido así. Pero era encomiable la actitud con la que vivían la situación. Alguna de ellas canturrea la coplilla de moda y las demás la jalean. Por la noche, aquellas mujeres humildes continuarían su tarea a la luz de candiles de aceite o de velas de sebo, aunque entonces su labor se haría más pesada no solo por la escasa y tenue iluminación sino por el trabajo añadido que tendrían atendiendo a la familia.

Los paseantes, ajenos a las imágenes, prosiguen su camino, lo que ven no es nada nuevo: son gentes amables y cariñosas, pero pobres, la miseria es persistente allá por donde van. Entienden a los habitantes de estos pueblos, cuyo objetivo es emigrar, huir de allí, de aquellos sitios sin futuro. Una vez más quedaba de manifiesto lo poco que valen los lugares sin esperanza.

Sus pensamientos se ven alterados por el ruido de la cortina de palillos de una barbería que acompaña la salida de un cliente con ruido de matraca. La visión de los dos extraños lo sobresalta. A pesar de las «Buenas tardes» con las que saluda, su alarma es evidente. La proximidad, relativamente corta, del final de la guerra hacía que la gente recelara de los forasteros.

Los dos hombres caminan por las calles seguidos por las miradas de curiosidad de los vecinos. No es habitual la presencia de extraños en el pueblo. Más calles y más de lo mismo: mujeres maduras de edad y jóvenes en sillas

sacadas de casa que cosen y hacen ganchillo mientras un grupo de niñas canta *¡Arrupé, arrupé, sentadita me quedé!* Los niños, algunos descalzos, destrozan sus pies con una pelota hecha de trapos.

Camino de la posada la oscuridad es ya notoria, por lo que buscan guiarse con la luz de las farolas y la tenue claridad que emerge de las viviendas. Ambos callan. Ahora, sin embargo, a diferencia de otras veces, aquel silencio atormentaba a Roberto y se acomodaba bien al estado de ánimo de Pedro. Cerca de la fonda se encuentran de nuevo con el sorprendido individuo que salía de la barbería. El hombre vaga por la calle, lleva el cigarrillo rechupado pendiendo del labio, el vientre abultado, la camisa gris abierta, las alpargatas viejas con algún agujero y su caminar denota sufrimiento en los pies. La presencia de los jóvenes no parece gustarle y acelera el paso. Peatones mal afeitados y de mirar torcido surgen de las esquinas igual que apariciones y se alejan arrimados a la pared como buscando un hueco, una grieta donde ocultarse como si las calles ocultaran una amenaza. Hay temor y también miseria entre aquella gente. Es tan poco lo que tienen, que solo el tiempo es la riqueza que poseen.

Como colofón al paseo en el silencio de la noche suena una guitarra, alguien canta una coplilla amarga con la que intenta espantar el hambre.

Al llegar a la fonda, Rafael, sentado a la mesa, espera la llegada de los jóvenes; no ha querido cenar aún, quiere compartir los alimentos con los forasteros. Al poco, los tres comensales están trasegando con apetito los productos de la huerta de Eleuterio: salsa de almendras, un plato con ajo blanco, y pimientos asados con especies majadas con almirez.

La velada va transcurriendo intranscendente, versando la tertulia sobre los hechos sucedidos durante el día, pero tanto Pedro como Roberto quieren seguir la conversación aplazada, sus miradas interrogan lo que sus bocas callan. El veterinario, socarrón y cachazudo, pareciendo no darse por enterado, pospone el inicio de la charla. Por fin piden café —achicoria—, Rafael, calmoso, saca el paquete de tabaco, ofrece a los comensales, que lo rechazan, y encendiendo uno, al que da una enorme calada, se dirige sonriente a los amigos.

—Este mediodía dejé el relato de la Bella Dorita a medias. Si les interesa sigo con ella.

Ante el asentimiento de los dos jóvenes, el hombre comenzó con la historia de aquella mujer.

La vida de esta mujer comienza siendo una triste historia, producto de la bancarrota del sector minero que obligó a mucha gente a emigrar, entre ellas a su familia —su madre, su abuelo, su tío y seis hermanos—. Cuando llegaron a la Ciudad Condal, al barcelonés barrio de Gracia, ella tenía doce años. Según me ha contado, en su casa tenía problemas. Con dieciséis años conoció a un chico en el baile y diecinueve días más tarde se fugó con él y se casaron —esta es costumbre generalizada en esta parte de Andalucía—. Tuvieron un hijo, pero fue un matrimonio fugaz. Con su matrimonio roto, en el taller de bordados donde trabajaba, una compañera, ante su físico, le instó a explotarlo y la introdujo en el alterne, ocupación a la que se dedicó durante un breve lapso de tiempo, ya que poco después le sugirieron que se ofreciese como tanguista en un cabaret del Paralelo. Ya metida en esos ambientes se presentó y ganó un concurso de belleza, organizado por el Royal Cabaret, que supondría su bautismo artístico. Debutó en plan profesional en 1923 cantando tangos y cuplés con el nombre de Dorita. Consciente de que ahí estaba su futuro, tomó clases de canto y voz, lo que le permitió actuar en todos los teatros y cines de Barcelona. María, como algo natural, domina el arte de la insinuación, actúa con mesura y, lejos de la vulgaridad, con manifiesta elegancia. En una de sus actuaciones, la caída accidental de su bata marcó su carrera y la hizo aún más famosa. Pero ha sido en estos últimos años, desde 1940, cuando ha alcanzado la cima de su fulgurante carrera al debutar en El Molino. En esta sala de variedades se ha forjado el mito de la 'vedette del siglo'. Personajes del momento y relevantes personalidades suplican verla a la puerta de su camerino.

En una de mis visitas a Barcelona, me ha contado Vicenta Fernández, dueña de una sala de fiestas, que en una ocasión la artista se negó a salir al escenario durante una actuación y la indignación del público condujo a su encarcelamiento durante dos días por escándalo público. Pero le dio igual, en el Paralelo tiene implantada su ley y esta es que, cuando canta canciones como «La vaselina», «La pulga» o «El tren», despierta tantas pasiones y la gente se le entrega de tal forma que nadie duda que es la mejor. Yo, que he visto cómo actúa, puedo asegurarlo.

Los viajeros, sorprendidos, han escuchado el relato que, sobre la vida de esta vedette, para ellos desconocida, ha hecho Rafael. Reconocen su ignorancia sobre ella y que los locales del Paralelo, en particular El Molino, de la capital catalana, en materia de teatro de revistas y género musical, están a la vanguardia de Europa. Mientras hacen estas consideraciones observan que el

veterinario mira con insistencia el reloj de su muñeca, esto les hace comprender que se quiere acostar, por lo que Roberto da por terminada la sobremesa.

—Me ha parecido escucharle que mañana tiene trabajo toda la jornada. Si es así, nos vemos por la noche.

—De acuerdo. Y piensen, si están decididos a llegar hasta Huércal-Overa, que los puedo llevar.

Se retiran a descansar, la noche es tranquila, con poniente húmedo, todavía suave. Hay zonas oscuras de nubes que tapan la mayor parte de las estrellas, pero algún astro solitario brilla con un parpadeo cálido que parece querer testificar, desde arriba, el calor de la noche. Roberto se siente nostálgico camino de la habitación. Los recuerdos se imponen suaves, pero constantes, y van prevaleciendo como una pequeña espina que le van tocando fibras muy próximas al corazón. En el silencio del dormitorio el tic-tac de un pequeño reloj, en principio apenas audible, le parece un ruido ensordecedor. Al movimiento rítmico se acompasa un nombre: Adela, Adela… No puede dormir, se levanta y sale al corredor. Recostado en un viejo puntal de madera aspira el perfume de la noche. Levanta la cabeza y a través de un jazminero contempla las estrellas. Recurre al tabaco, fumar lo calma y le mantiene despierto. Decide bajar al patio, está desierto. Los perros gruñen, pero, conciliadores, menean el rabo y no ladran. El silencio es sepulcral. Casi todas las luces están apagadas, en el comedor hace rato que el posadero o su sobrina ordenaron las sillas, limpiaron la mesa, barrieron y fregaron el suelo, dejándolo todo preparado para el quehacer del día siguiente. Solo el portón de la entrada permanece iluminado por un pequeño farol que cuelga del techo, a su débil luz se ve un carro recostado sobre la trasera con las varas hacia arriba. La noche es tranquila y lo que observa emana placidez.

Sin poder obstaculizarlos, sus pensamientos lo llevan a Adela y, en una rápida mutación, a su amigo Gerardo y a su modo de ver la vida con sus comentarios desenfadados. Según él, un marido que es fiel a su mujer más de dos años no era un marido, era un virtuoso; pero si por viajar la dejaba mucho tiempo sola, era un vicioso. Ese pensamiento lo martilleaba, ¿tendría el marido de Adela alguna entretenida fuera de Madrid? Roberto estaba dispuesto a olvidarse de ella, pero cada vez que se lo proponía este pensamiento le retenía, ¿sabría, Adela, algo deleznable de la vida del marido y por eso se había mostrado receptiva a su escarceo amoroso? No lo sabía. Tampoco había decidido el cuándo y el cómo, pero era necesario tomar una decisión, si esta era nega-

tiva sería absolutamente necesario dar por terminada su aventura. Porque, más que la mentira permanente en que vivía, más que la irritante injusticia contra esa mujer, más que el cobarde atentado contra el honor del marido, le preocupaba la desmoralización que sin lugar a dudas le provocaría a Adela su actitud de aquella noche. Eso le hacía tener multitud de remordimientos. Ese arrepentimiento, llegado el momento, podría creerse o no creerse su sinceridad, pero era inútil pretender desligarlo de sus verdaderas raíces morales y religiosas. Aunque a veces se las saltara, eran ataduras con las que él se había educado y en cuya disciplina había vivido hasta ahora. Esos vínculos éticos eran los que lo obligaban al imperioso deber de aclarar la situación. No se puede hacer el mal a quien se quiere. Cada vez que él llegaba a la conclusión de que era por amor a Adela por lo que debía renunciar a ella, su imagen se le presentaba preguntándole casi sin voz: «Pero ¿cómo es posible, Roberto, que se pueda querer y abandonar como un trapo sucio, como una piltrafa, a quien se ama?». Roberto meneó la cabeza y se dijo: «Si es necesario habrá que pasar por encima del dolor».

Cariacontecido, después de pasear sus pensamientos por el recinto, decide irse a dormir. Ya en la cama da vueltas hasta encontrar la postura. Atento a los ruidos de la calle, mientras otea las estrellas lejanas, el sueño le va ganando.

Al día siguiente la luz que penetra por la ventana ilumina la habitación. La brisa de la mañana llega cargada de aromas de la tierra. En la calle, el relente nocturno ha empapado el suelo, los pasamanos de barandas, el enrejado de puertas y ventanas, y ha humedecido las macetas. El silencio se rompe cuando vuelve a cantar el gallo y repica cerca el metal de la campana de la iglesia de Nuestra Señora de la Encarnación; responde enseguida un reloj de pared que hay en algún lugar de la casa, después vuelve el silencio solo alterado por el respirar acompasado de Pedro y el ruido que produce la higuera al frotar el viento con la lija de su rama. Una ráfaga violenta hace que la rama produzca un sonido más fuerte que lo despierta. El monte cercano, omnipotente, como gato garduño, eriza sus pitas agudas. El olor peculiar de las flores penetra a través de la ventana abierta de par en par. En el horizonte, el sol intenta coger altura, es temprano todavía. Roberto, lleno de efluvios, se despereza y decide levantarse, y, aunque intenta no hacer ruido, no puede evitar que Pedro se despierte. Los dos hombres, después de asearse, bajan a desayunar. Tío y sobrina los reciben con un cordial «Buenos días». Una hora después deambulan por el pueblo. Discurre calurosa la mañana. El bochorno cuevano se siente lo mismo

al sol que a la sombra, eso lo sabe bien el burro de un aguador que patea cansino la calle a la vez que el amo pregona.

—¡Eeeeel aguaaaador! ¡Agüiiiita fresca!

Ya es casi mediodía cuando sus pasos les conducen al mercado al aire libre que se encuentra en el centro del pueblo, en la plaza de Isabel II. Los puestos de frutas, verduras y pescado seco hormiguean en la plaza. También algún pescado fresco traído del vecino pueblo de Garrucha. Hortalizas y frutos que desde cortijadas llevan mujeres sobre burras. Las moscas, atraídas por las mercancías que, aun cubiertas por toldos primarios, se exponen al calor, atacan por enjambres. El ambiente está cargado, Roberto se quita el sombrero de paja y se abanica pretendiendo llevar a su rostro un poco de aire fresco, pero eso es imposible, la calima es muy potente. Abandonan el lugar buscando algún frescor por las calles. En su deambular, los dos hombres se detienen ante una taberna típica de la provincia: despacho de vino en local estrecho y sombrío, con algunas mesas de madera y mostrador al fondo. El lugar parece no ser caluroso, aunque huele fuerte a vino y al lebrillo de aceitunas partidas que está cerca, sobre un barril. Tras el gastado mostrador, una mujer coloca con apatía botellas de vino, rellenándolas de un pellejo que, adosado a una pared, reposa sobre una banqueta de tres patas. Alrededor de una mesa un grupo de hombres charla, quemados por el sol y con toscas caras que reflejan desaliento; tal vez comenten que hoy no ha habido suerte cuando, reunidos por la mañana en la plaza, no fueron elegidos por los patrones que vinieron a contratar jornaleros. Posiblemente alguno comente que su situación es insostenible, que necesita echar alguna peonada, que ya no le importa si le pagan en dinero o en especie. Le da lo mismo porque tiene necesidad de muchas cosas. Del grupo no emana precisamente alegría.

Después de refrescar la garganta, Pedro y Roberto deciden regresar a la fonda. Era la hora de la comida, las pocas tiendas existentes estaban cerrando y las calles ofrecían un aspecto desolado bajo el sol del mediodía. Era aquella región, lo estaban comprobando, una naturaleza torturada de asolados campos y achicharrados pueblos. Arriba, el iracundo sol abrasaba, abajo, el viento de poniente soplaba violento, a rachas, y estas se sentían como la bocanada de fuego que sale al abrir la puerta de un horno. El aire era tan molesto con su carga de arena y tierra que obligaba a entrecerrar los ojos, pero esto no impedía que las fosas nasales se llenaran de un polvo asfixiante.

Ponerse a cubierto de estas inclemencias supuso un gran alivio, el veterinario no había vuelto y según el posadero no llegaría hasta caer la tarde, por lo que decidieron comer. El calor los había agobiado y apenas comieron. Se fueron pronto a descansar.

La mañana había sido sofocante y los gruesos muros de las paredes trasmitían un agradable frescor, una invitación tentadora al descanso reparador. No les fue fácil conciliar el sueño, sobre todo a Pedro, al que el recuerdo de Carmen desvelaba.

Ahora estaría recogiendo la cocina y su padre haciendo la siesta, después cosería. ¿Se acordaría de él?

Como si hubiera una conexión telepática, en Rodalquilar, Carmen tampoco podía evitar pensar en Pedro. Su padre duerme la siesta, pero ella no puede, sigue junto a la ventana, escuchando el silencio del pueblo solo roto por el sonido que produce la dinamita de algún barreno. Incluso con la persiana baja, el aire cálido de afuera se filtra por las rendijas. Los días fuertes de poniente no terminan. En el silencio y el calor que la rodean se siente mal, apoya la espalda en la pared y piensa en él. Tiene el cuerpo empapado, húmeda la piel de la nuca. Minúsculas gotas de sudor recorren su cuerpo y se deslizan por el arranque de sus muslos desnudos bajo la bata. El aire ha hecho una pausa. De nuevo el viento golpea en fuertes rachas que hacen agitarse la ropa tendida en los patios próximos como sudarios de espectros enloquecidos. El temporal seco aúlla sobre los 'terraos' y llega hasta ella. Temblando, la mujer siente ahora, preciso y concreto, como una herida, el hueco de los gestos que nunca hizo y de las palabras que no pronunció; mientras, la penumbra del atardecer —solo han transcurrido unos días y parece que son años— le trae la imagen del hombre cuyo recuerdo la enardece.

Desde hace días pasa las noches entre pensamientos pasados y recuerdos recién nacidos. Alegrías que sonaban a campanas de fiesta y a tañidos de tristeza. Tantos años muertos la han convertido en la mujer que todos querían ver: la viuda intachable, cuidadora de su padre, de la que nadie podía decir nada; la que acudía todos los domingos a misa; la de la triste silueta; la del dolor de la frustración clavado en el pecho; la que, sin que nadie lo sospechara, se había ilusionado porque aquel hombre, ese forastero venido de lejos, había logrado con la insistencia de sus miradas reverdecer su corazón y que en este, que pensaba seco, brotase una semilla que creía nunca crecería. Ese germen había despertado sus ansias escondidas. Sus deseos de mujer joven se habían

avivado ante las ojeadas de aquel ser por el que cada noche se desvelaba sin que nadie lo supiera. Pero él se había marchado, ella no tuvo el valor de hablar, de decir algo; Pedro lo intentó, pero a ella le faltó valor para escuchar, y ahora siente que el motor que la hacía vivir falla, que no está, y que ya nunca volvería a mirarla con sus ojos color miel.

«¿Qué sentido tiene ahora mi vida?», se dice. Su padre, en la habitación de al lado, duerme. Ella necesita llorar, pero no debe. No quiere que se le note el dolor. Aprieta los párpados, se niega a derramar la primera lágrima. Se viste, entra en la cocina, perdida, desolada, no puede compartir con nadie su pena, sale al patio, se acerca al pilón y, antes de que el agua refresque su cara, un sollozo la inunda y todo su ser se diluye en llanto. Llena las manos con el tonificante líquido y lo derrama sobre su cabeza; erguida, deja que ese líquido bañe su cuello, que se deslice entre sus trémulos senos y que, juguetón y sinuoso, se acerque al pubis y moje su sexo. Se quiere morir. Es lo que tiene el amor, que, una vez te ha elegido, te deja tocado y hundido para siempre. Se siente muy sola, a pesar de que tiene a su padre, sola con sus frustraciones y sus ansias que no puede contar a nadie porque no sabe cómo acabarán. «¡Los seres humanos somos tan complejos!», piensa. Aun a su pesar asume que tiene que sufrir esto por su debilidad, educación y obligaciones que son más fuertes que ella. Acepta su flaqueza, pero espera no ser, como la mayoría de los mortales, víctima de las circunstancias en las que uno acaba viviendo como puede y pocas, muy pocas veces, como quiere.

Últimamente ha vivido demasiadas emociones y su interior anda alterado con aquel dolor. De repente volvió a sumergirse en aquellos ojos memorables que la habían herido de alegría con el mensaje de su mirada. En esos delirios, su tristeza encontraba una salida inesperada. Quizá era una pobre soñadora que para sobrevivir se inventaba efímeras felicidades, pero le servía para animarse. El viento hace tiritar las hojas de los árboles y agita su cabello. El sol aparece y desaparece por entre la rama de la higuera, jugando a claroscuros, y el olor a pan cocido que le llega del horno de leña de una vecina la devuelve a la realidad. A su soledad.

El problema de la soledad es que hay muchas maneras de enfrentarla. Vivía una mentira que todos creían y ella también creyó. Se la inyectaron cuando enviudó, como si fuera la magistral vacuna contra ese virus letal —para tantas personas inalcanzable— que es el amor. No cuestionarse, no mirar, no dudar, no buscar, no soñar. Asentir, saludar, hablar de lo que hablan los demás y callar. Simple y llanamente hacer lo que se espera de ti, sin saltarte ni una sola

regla, porque si te la saltas, si haces lo que el mundo no aprueba y da como normal, podrían calificarte de libertina y no hay que ser muy inteligente para saber lo que opina el mundo —sobre todo en un pueblo— de los que van contra corriente. Su vida era una especie de obra de teatro en el que todos los días, interpretando el mismo rol, se olvidaba de vivir. Fue tan íntegra, bondadosa, tan comprensiva y obediente, tan ridícula y decente que daba vergüenza ajena. Solo ahora —con veintiocho años— es consciente de lo increíblemente tonta que ha llegado a ser. La luz que aclara su mente ha tenido que venir de fuera para darse cuenta de que su existencia hubiera podido ser diferente si se hubiese enfrentado al hecho y hubiese razonado para conseguirlo. Su padre no hubiese sido problema, lo sabe, es su miedo, pero el remedio para vencer eso, tan aparentemente obvio, no lo venden en ninguna tienda o economato. Es eso, tan codiciado para algunos, llamado autoestima o seguridad en uno mismo, eso que te van robando poco a poco los que te rodean y que solo logras recuperar el día que menos lo piensas, cuando a lo peor ya no hay nada que hacer.

Pero cuando algo muy fuerte te sacude las entrañas… Eso es justo lo que hoy le ha sucedido viendo a su padre sentado en su vieja mecedora con el gato entre las piernas, solitario. A su alrededor se podían oír moscas e insectos revoloteando, en el patio, las hojas de los árboles moviéndose al viento, y el mundo girando como si no ocurriera nada. Se vio así con veinte años más y eso la inundó de pavor.

Quizá si su marido no hubiera muerto, quizá estarían juntos desayunando. Quizá tendrían hijos. Quizá, quizá, quizá… demasiados quizás en su vida. Pero, «¿De qué me sirve ahora lamentarme de algo que no pasó?», murmura. La vida está llena de frustraciones y de «si hubieras» que solo sirven para acusarse en silencio y dar pena. Recapacita y se dice que debe dejar de pensar, que recordar eso es un monumento al fracaso y ella no quiere sentirse así. La vida le dio un batacazo y, aunque de forma diferente, se vuelve a repetir. Ahora, no quiere que la esencia del alma y la piel del cuerpo se le marchiten y dejar de creer en la vida. Le ha llegado lucidez, le llega cuando los acontecimientos han cambiado. Hoy ya no es ayer, ella no tiene la edad que tenía cuando hizo lo que hizo, ni el corazón tan limpio e ingenuo. La razón se ha apoderado de su cuerpo, como un 'ocupa', y hasta de su conciencia.

Lleva unos días con malestar, seguramente son consecuencias de gritos o rabia de frustración no proclamados, de tristeza acumulada, de multitud de llantos aguantados, de miles de besos no dados… Todo esto ha revertido en

continuos males, para su padre, sin aparente explicación alguna. Ella sí sabe qué le pasa. Por eso sus lágrimas ya no caen, se amontonan sobre ella y se deslizan en sus sueños como negras gotas derramadas por oscuros nubarrones que cubren el horizonte de su vida, y se esfuerza por no llorar, mirando todo con indiferencia.

Ajeno a las tribulaciones de Carmen, Pedro, al tiempo que Roberto, despierta de su generosa siesta. En el patio se oyen los pasos de alguien. Luego una voz requiere la presencia de Eleuterio. Un sonoro ruido de cubos y una conversación en voz baja que poco a poco se extingue dejan que el silencio vuelva a imperar.

Languidece el día cuando los jóvenes se aprestan a comprobar si ha llegado Rafael. El veterinario no ha regresado y deciden dar un paseo. En el campo, hazas, molinos, huertos y eras que, por aquellos días, estaban vacías de cereales —«En junio, la hoz en un puño y en julio, llueva o no llueva, el segador siega»—. Más al fondo, una gran loma coronada por enormes peñascos, algunos de ellos horadados, son cuevas que se utilizaron desde la antigüedad. Madrigueras en las que resuena la voz del pasado con ecos ancestrales. En la altura, el sol se había acostado ya en su lecho de horizontes y las sombras nocturnas avanzaban despacio mordiendo la claridad lívida del crepúsculo. Soplaba cálido el poniente haciendo gemir los cañaverales. Furiosos, los alacranes irían aquella noche con la cola levantada.

Los jóvenes caminan. A su paso, viviendas humildes alumbradas por carburos, quinqués, candiles y palmatorias, donde sus habitantes se aprestan a afrontar la noche. Alojamientos donde, amarrados a las fachadas, la mula, el burro y el carro son poco menos que imprescindibles e inevitables en las calles. Los enigmas del universo parecen estar ahí, en esos fuegos cimbreantes donde tienen cabida los colores que uno quiera ver e imaginar, en unas arterias en las que el atardecer hace tiempo se ha reclinado sobre los muros de las casas, y las sombras han ennegrecido las paredes de las modestas viviendas. En el pueblo, las calles oscuras están llenas de rutinas y olores con gentes que, a la puerta de sus casas, comparten con sus vecinos, además del bochorno, la desgracia. En lo alto, las estrellas roban el protagonismo de la noche a la ausente luna.

En cuevas horadadas en la montaña, un grupo de familias gitanas tienen instaladas sus viviendas; las mujeres, sin ningún miramiento, arrojan sobre el cauce de un aprendiz de rambla las aguas turbias y quién sabe si también orines y excrementos. Huele a mierda humana. En medio del seco reguero, una

mujer gorda grita algo ininteligible y los niños que corretean por el entorno suspenden sus juegos siguiéndola, remolones, hacia basuras amontonadas en las que un periódico, con la tinta aún fresca, muestra en una de sus páginas, de forma ostensible, un estampillado con el yugo y las flechas.

En el ambiente reina un viejo hedor de vagabundos piojosos, tufo de miseria heredada en el tiempo que los chavales no perciben, lo llevan como un estigma natural. Agrupados, con la cabeza gacha y los ojitos legañosos, se reúnen en corro con la mujer en el centro; uno de ellos, que en la cabeza rapada luce costras empolvadas de azufre como rabiosas moscas verdes y unas endiabladas manos tiñosas que portan una navaja de mango de madera, dice:

—Cuenta, cuenta, Sarnita

Desde una de las cuevas una voz grita:

—Tú siempre rumiando historias, Sarnita. Acabarás majara.

—Cállate, guripa, no interrumpas —responde, a voz en grito, otro de los gitanillos.

Alguno más del grupo quiere intervenir, pero de nuevo la misma voz ordena:

—Chitón, callaos la boca. Empieza, Sarnita, cuenta otra d'esas historias chachi.

La mujer gorda, que aparentaba no haber oído la crítica, alza la mano y se dispone a comenzar. En aquel preciso momento el auditorio contuvo el aliento. Las pupilas fijas de los pequeños, las bocas abiertas y las manos quietas sobre las rodillas. Parecían un milagro.

Todo había sucedido de una forma casual: un día, a la buena mujer se le ocurrió inventarse una historia, y el éxito entre la chavalería fue enorme. Con el tiempo, perfeccionó el método, metió a todos en las historias, se metió ella y entonces era emocionante porque siempre cabía la posibilidad de que, en el momento menos pensado, cualquiera del corro se viera aparecer con una actuación decisiva y sonada. Aumentó el número de personajes reales y redujo cada vez más los ficticios. Introdujo escenarios urbanos, sucesos que traía la prensa y misteriosos rumores que circulaban por el pueblo y la comarca. En su delirio fantástico, y en el empeño de aumentar la atención de los pequeños, aseguraba haber visto a mujeres preñadas pariendo chorros de arroz en los montes cercanos, bajo la luna, espatarradas como viejas que mearan de pie. Y aquellos niños, rebeldes e incontrolados, sin colegio, que aprendían a batir

palmas y a bailar antes que aprender a leer y a escribir, si es que lo consiguieron alguna vez, quedaban extasiados ante las historias que contaba la buenaza de Sarnita cuando no salía a la busca, con su saco y su romana colgada a la cintura, con el Jeromo.

La atención del lugar, de pronto, se traslada a otro corro donde mujeres vestidas de negro rodean a una enlutada de enorme barriga que balanceándose sobre las piernas abiertas se deja llevar arrastrada a una cueva donde sobre una desvencijada cama se aferra con desesperación a los barrotes. Lleva la cara contraída de dolor y gime espatarrada, su vientre, hinchado de nueve meses, está a punto de parir. En aquel desamparo, otra persona junto a ella, arremangándose sus faldas de luto y congestionada por el esfuerzo, jadea; entre sus manos, a punto de caérsele al suelo, un bulto que apenas tiene tiempo de sujetar con las manos. De entre los muslos de la recién parida escurren hasta el lecho gruesos hilos de sangre, los dedos de las manos de la accidental matrona semejan pececillos rojos que, hábiles, envuelven en una tela al recién nacido, que no para de llorar, y lo depositan junto a la madre que, transpirando olores de muerte, lo acurruca junto a su pecho.

El lugar es sucio y maloliente, pero los niños disfrutan con sus carreras y juegos como en el mejor de los parques, juguetean, ríen y cantan ingenuos, indiferentes a la miseria de esa vida. Al acostarse caerán rendidos sobre el jergón en el duro suelo donde sentirán el acoso de insectos y alimañas sin imaginar que puede haber una cama, un lugar más sano y agradable. Son niños pobres que siempre se han visto así, los padres son tratantes, lateros, cesteros, traperos, lañadores, pero sobre todo buscavidas y vividores.

Los amigos siguen su paseo mirando todo con curiosidad. Al doblar una esquina agudizan el oído porque una conversación entre dos hombres que fuman sentados en un poyete llega nítida hasta ellos.

—M'ha dicho mi vecino, Juan, el Pintao, esta tarde en el mercao —contaba uno de ellos— qu'el tío Antonio andaba medio regulá. Así que m'afuí a verlo con el propósito d'echarle una mano, pero como es como es le dije: «¡Hostias, tío Antonio! Le cunde a osté más qu'a mí».

»A lo que me contesta: «¡Qué va, hombre, qué va! Ya quisiera yo. !Mire pa lo qu'hemos quedao! ¡Mire qué mal negocio la vejez!, pero malo». Yo, pa endisimular le digo: «¡Si está osté pa corré los pollos!». «Ja, ja, ja. !Eso quisiera yo! —me responde—. Ansina estoy con las patas joías. Llevo unos días sin

poer naica, y me dejao el sementero a medias. Es una lástima. Y pa más… el tiempo. ¡Si cayera algún chispeíllo!».

»S'había quedao el tío Antonio con la cabeza gacha, pero la ley de los bancales es la que es, hoy por ti, mañana por mí. Por lo que le digo: «Tengo yo un regomello, tío Antonio. ¿S'acuerda osté cuando m'ayudó a terminá la pedriza del sangraor de la rambla? ¿Qué le paece, si osté lo ve bien, mandá razón a su Antonio, y le terminamos el sementero a vueltas cruzás?

»Ansí qu'el buen hombre ha visto el cielo abierto y m'ha dicho: «Ta bien, hombre, ta bien, cuando quieras lo hacéis».

Los viajeros se alejan de aquellos vecinos. Divertidos por el lenguaje escuchado, pero con la curiosidad en la mente de saber qué era aquello de las 'vueltas cruzás', deciden regresar y esperar sentados en el patio de la fonda. Poco tiempo después, el ruido del motor de un coche les anuncia la llegada de su nuevo amigo.

La frenada del vehículo en el centro del patio provoca una gran algarabía entre los animales del recinto. A las carreras de pollos y gallinas, a sus cacareos, se unen los ladridos desaforados de los dos imponentes ejemplares de mastín que el posadero mantiene fuertemente encadenados.

El conductor se baja del coche con evidentes muestras de cansancio, a pesar de ello su cara se ilumina cuando saluda a los jóvenes.

—Buenas tardes, amigos. Tardes que, como ven, son ya noches. Hoy ha sido un día matador de trabajo, ya ven ustedes a la hora que llego, y si me descuido tengo que volver mañana. Afortunadamente he terminado y cuando, mañana, me levante podré irme a Huércal-Overa. Ahora si me permiten voy a refrescarme un poco. Enseguida los acompaño en la mesa y, tranquilos, podremos cenar y charlar. Me pide el cuerpo relajarme.

Mientras esperan, Pedro entretiene el tiempo observando el quehacer de tío y sobrina atendiendo hábilmente a los animales. La niña —no aparenta más de catorce o quince años—, que parece frágil, demuestra una fuerza y destreza que lo asombra, pero lo que más le extraña de ella es la tristeza que refleja su bonito rostro. En su mirada la pena es de una honda aflicción. Pedro reflexiona el hecho, y su vista, que desinteresada vaga por el entorno, queda fija en el reloj de pared que preside el salón: está parado y nadie se preocupa de él. La vida en aquel lugar transcurría, como ese reloj, sin que nadie marcase las horas. Daba igual. La máquina era un dormido espectador de aquella ca-

chaza triste de los días iguales en que vivían tío y sobrina. Pedro piensa en la chiquilla, en la tristeza de su futuro.

Roberto, ausente de todo lo que ocurre a su alrededor, está atento a las noticias de un ejemplar de *Yugo*, periódico editado en Almería, en el que al nombre de cabecera se acompaña el texto: *Diario de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.* Absorto como está no advierte la llegada del posadero hasta que la voz de este lo sorprende.

—Señores, perdonen mi intromisión, pero he escuchado, o me ha parecido entender, que vienen de Madrid y no he podido evitar la tentación de hablar de ese lugar con ustedes. Verán, hablar aquí de la capital con alguien es casi como hablar de Argentina. A Madrid desde Almería se la ve lejana, muy lejana, demasiado. Yo he vivido allí, en Carabanchel Alto, en casa de una señora, viuda, enviudada por la guerra, que me alquiló una habitación, la casa estaba cercana a la cárcel. Era una mujer, la señora Asunción, agradable que me trataba muy bien. La casa era humilde, como todas las de la barriada, pero limpia. «Como los chorros del oro», decía ella. ¡Maldita la hora en que me vine! ¿Saben? Yo vivía bien y le hablaba a una chica, era casi novia, que estaba sirviendo en una casa de la calle Mayor, de momento nada serio, pero, ¿quién sabe lo que hubiera pasado si hubiera seguido allí?

Los jóvenes han escuchado a Eleuterio sin interrumpirlo, sorprendidos de una locuacidad que nunca hubieran sospechado. ¡Además, el hombre conocía Madrid! Otra sorpresa de una zona tan inhóspita como desconcertante.

Es Roberto quien responde.

—Ha oído bien, somos de la Villa y Corte. ¿Y… usted, qué hacía allí?, ¿a qué se dedicaba?

El rostro del posadero había cambiado, sus facciones, ahora relajadas, se habían dulcificado, seguramente la evocación de otros lugares, de otros momentos, hacían que su estado anímico se reflejara en su semblante.

—Trabajaba en la EMT (Empresa Municipal de Transportes), lo hacía en el servicio de ruedas, en la cochera de la calle Alcántara. Si, como dicen, son de Madrid, la conocerán.

—Ya lo creo, demasiado —precisó Roberto—, vivo al final de la calle Conde de Peñalver, casi en Diego de León.

La conversación se ve interrumpida por la llamada de la sobrina, el tío debe acudir a la cocina. Su ausencia deja a Roberto con sus recuerdos: tiempos de

diabluras en los que, con sus amigos, colgados en el tope del tranvía acudían a los barrios en fiestas donde, decididos, mezclados entre la gente, levantaban las faldas a las chicas o las tiraban del pelo, al tiempo que rastreaban colillas bajo marañas de serpentinas colgadas de balcón a balcón. Miradores en los que, en algunos interiores, alfileres entre los dientes, chicas revoloteando en cuclillas alrededor de un traje de novia embutido en un maniquí o pedaleando en la Singer con las faldas a medio muslo, abocadas al banco de trabajo con retales y patrones, esperaban la hora de salida. La calle de Alcántara…, esta y otras en su conjunto —Ayala, Montesa y Naciones— formaban «una manzana urbana de perdición», decía su madre. Lo que se vivía en aquella zona había sido motivo, en su casa, de conversaciones y de más de una discusión entre sus padres. Su madre no entendía la existencia de aquellos lupanares ni a aquellas desgraciadas que se prostituían. Su padre justificaba la actitud de ellas aduciendo que era una salida a la pobreza con la que, en aquellos años, antes de la guerra, se vivía. Y como esta persistía… Como es lógico no se ponían de acuerdo, suscitando un agrio debate, querella casi, en el que la madre, enojada, terminaba con sus clásicas advertencias: «Hijo, a ti ni se te ocurra el ir por allí». Él ponía cara de no haber roto un plato, de no saber de qué se hablaba, diciendo que si iba por aquellas calles era de camino hacia el solar de la plaza de toros para jugar al futbol con sus amigos, para echar un partido. Una mentira piadosa que algunas veces se encontraba con la sonrisa socarrona de su padre.

El grupo de amigos de Roberto, principalmente, lo formaban tres que eran inseparables: Pepe, el Lolo y él. El Lolo era el mayor, su estatura y los dos años con que aventajaba a sus compañeros le hacían ser el jefe. Guiados por él frecuentaban al atardecer esas calles, viendo entrar a los mayores, precavidamente y de tapadillo, en esas casas. Les gustaba rondar la de villa Paca, en la calle Alcántara, allí había una prostituta de la que el Lolo decía haberse enamorado, su amor era platónico porque ella no lo sabía. En aquella calle, por cierto, se había visto más de una vez a Juan Ramón Jiménez, pero por motivos diferentes, el poeta frecuentaba una imprenta que hacía esquina con la calle de Ayala. Sonríe al recordar a aquellos hombres, padres de familia numerosa, que después de cumplir como buenos católicos, que así se consideraban con la Iglesia, se iban de la forma más natural a una de esas calles, pongamos Naciones, a un chalet a echar su 'canita al aire' y cumplir con el refrán de: «Sábado, sabadete, camisa limpia y …». Ellos, en cambio, enardecidos, tenían que conformarse

con algún 'plan', buscando alguna amiga, llevándosela al Retiro y tratar de enfriar su ardor al tiempo que eludían la vigilancia de los guardas del recinto.

Otra de las posibilidades que practicaban era la de las últimas filas del cine para darse el 'lote' o el 'pico'. Eso había que hacerlo eludiendo la linterna inquisidora del acomodador. Sonrió al recordarlo y volvió a revivir la feliz despreocupación de la niñez. Había crecido dentro de un marco, no demasiado rígido, pero muy firme, libre de responsabilidad, saboreando cada uno de los minutos vividos. Fueron otros tiempos.

Ajeno a los recuerdos de Roberto, Pedro escudriña la llegada del posadero, pero quien llega para cenar y reponer fuerzas es Rafael.

Extrañado de no haber visto a más personas atendiendo la fonda, Pedro aprovecha la llegada del veterinario para preguntarle.

—¿Esto lo llevan solo tío y sobrina, viven solos?, ¿no hay más familiares?

—No. Es una historia que si les interesa conocerla luego se la relataré —responde Rafael—. Ahora, si les parece bien, vamos a cenar.

—Sí, pero antes dígame: ¿qué es eso de la 'vuelta cruzá', que hemos oído esta tarde?

—Las 'vueltas cruzás' es una labor que se hace sobre todo en fincas grandes, y con dos pares de mulos labrando en sentido contrario. Las bestias se juntan en un punto, más o menos intermedio, dependiendo de la rapidez de los labradores. Ahora, cenemos, después hablamos de lo que ustedes quieran.

Después de una austera comida servida en una mesa de limpísimo mantel, distendidos, los tres comensales se disponen a fumar e iniciar una tertulia que haga más llevadera la velada. Después de expulsar, voluptuoso, una vaharada de humo, Rafael toma la palabra.

—¿Por qué me han preguntado antes lo de las 'vueltas cruzás'?

Los dos amigos le explican lo escuchado en el pueblo, a lo que Rafael, con una carcajada, dice, refiriéndose a los deseos del viejo para que lloviese:

—Unos deseando que llueva y otros, no tanto. Acudo yo a un cortijo donde, cuando se supone que va a tener lugar 'una tormenta mala' con truenos y relámpagos, la mujer conjura las nubes, saca a la calle las 'estrebes', que es como llaman por aquí a las trébedes, que son unos aros o triángulos de hierro con tres pies, que sirven para poner al fuego sartenes, cacerolas... etc., y las pone 'boca arriba' sobre un poyete al tiempo que echa sal al 'terrao', enciende también una luz —una 'mariposa'—, a la vez que cuelga en la puerta una

cruz de Caravaca pequeña y dorada. A veces, su marido la regaña diciéndole: «¡Chiquilla, deja que llueva, no ves que tengo que sembrar!».

Pedro ríe la historia al tiempo que comenta.

—Nunca llueve a gusto de todos. Y si no que se lo pregunten a los que viven en las cuevas que hemos visto esta tarde.

Dicho esto, el joven pasa a relatar la visión deprimente de las cuevas.

Tras escuchar lo relatado por Pedro sobre lo visto esa tarde, Rafael, apesadumbrado, les responde.

—Es un hecho que los gitanos que vivían en campamentos nómadas, con el paso de los años, migraron a los pueblos y a la ciudad, puesto que es allí donde se mueve el dinero y las nuevas posibilidades de sobrevivir. Por esta razón, los arrabales de las urbes se convierten en un laberinto de cuevas, y en los barrios de los gitanos, allí, ellos siguen viviendo a su aire. Si vienen de Almería, ahí está el ejemplo de la Chanca, un caos de cuevas sobre la ladera de la colina, consolidado como una herida social en toda regla.

Llegado a este punto, el veterinario decide cambiar totalmente de tema.

—La historia que les conté ayer de la Bella Dorita tuvo consecuencias en la zona, no siempre favorables en terceras personas, porque cuando escuchamos un relato se pueden producir toda una gama de emociones distintas, a veces aparentemente contradictorias como: sentimientos de curiosidad y bienestar, risa y empatía, tristeza o vergüenza e incluso un fuerte impacto debido al poder tan auténtico y poderoso que la historia, en sí misma, posee. María Yánez es un ejemplo nada positivo para las jóvenes y menos jóvenes de la comarca, pero atractivo. La gente no se para a pensar si es feliz o no, solo quieren ver el lujo en el que vive, que es una celebridad en Barcelona y que por qué ellas no pueden conseguir lo mismo. De hecho, aquí y en la comarca, ha habido mujeres que se han marchado de su casa abandonándolo todo, incluso a sus familias. Bien cerca de ustedes tienen un caso: la madre de Amparito. Aunque este es un asunto que tiene una raíz que puede ser el origen de todo.

Los oyentes, sorprendidos por el cariz que intuían tomaría el relato de Rafael, se aprestaron a escuchar una historia más de esta Almería profunda que no dejaba de sorprenderlos, por lo que, inquisitivos, interrogaron al veterinario con la mirada, invitándolo a continuar. Este había abandonado su actitud jovial, ahora su aspecto era adusto, de persona que no disfrutaría con lo que iba a contar.

La historia viene de lejos, aunque los últimos hechos son más recientes. Hace dos años, una tarde, las calles estaban desiertas bajo el ardiente sol de agosto. La gente dormía su siesta. Solo un hombre, ajeno a todo, proseguía su camino indiferente al calor sofocante. Su aspecto provocaba una preocupante inquietud y en el aire que dejaba su decidido caminar flotaba la sospecha de que algo grave podía ocurrir. El hombre era Juan Moreno Ruiz —padre de Amparito—. Cuando pocos en el pueblo, excepto su familia, se acordaban de él, había aparecido. Después de ocho años encarcelado en un penal, había conseguido la libertad condicional. Su buena conducta le había ayudado a salir. Tan pronto se vio libre dirigió los pasos a su lugar de origen. Los pocos que se cruzaron con él rememoraron la causa que lo separó de los suyos, el engaño que lo condenó a tantos años de prisión. De modo vertiginoso pasó por la mente de estas personas lo que había sucedido y recordaron los hechos:

Una noche de sábado —era invierno—, yendo algo alegres Juan y su amigo Ramón Parra, por una de las calles, oyeron música en una casa. Supusieron que había baile y se les antojó entrar. Los propietarios se opusieron y ellos, bromeando, saltaron por una ventana y apagaron la luz para fastidiar la reunión. Pretendían cachondearse y todo se complicó. Los presentes en el guateque se abalanzaron sobre ellos entrecruzando puñetazos y promoviéndose un escándalo formidable. Los hombres, enzarzados, se mordían y atizaban golpes en la oscuridad mientras las mujeres chillaban.

Restaurada la calma, un hombre yacía muerto en el suelo en medio de un charco de sangre. Los intrusos, Juan Moreno Ruiz y Ramón Parra, fueron detenidos. En espera del juez, en el calabozo municipal, parece ser que dialogaron. Ramón, asustado, había urdido un plan.

—Es mejor qu' hablemos, Juan.

—Eso deseo, Ramón, reconoce qu'ha sío tuya la culpa. Yo no uso navaja.

—He sío yo, ya lo sé, pero te juro que no tenía el propósito d'hacer daño a nadie y menos de cometer un crimen. La ofuscación del momento, la bebía y la oscuridá han tenío la culpa. La realidá es que yo he sío, lo reconozco, pero tú dijiste d' entrar. ¡Yo no quería!

—¡Ya! Pero hay un muerto y ahora nos tien detenís a los dos.

—Es normal, sospechan de los dos, pero nadie pue asegurá si he sío yo o has sío tú. Si yo me niego, nos condenarán a los dos.

—¿Serías capaz? Sabes qu'has sío tú. ¿Y la navaja?, pronto se sabrá que no es mía.

—Esta navaja la tenía escondía, la compré en la feria de Albox y nadie l'ha visto, también puen creer qu'es tuya.

Juan, receloso, miró fijamente a su amigo.

—No pensarás eso en serio —profirió.

—Calla y no me mires así —contestó Ramón—. Somos amigos y debemos ayudarnos. Hablemos. Te diré cómo lo veo: tú y tu familia sois pobres, y yo y los míos, ricos, con familia en Madrid de mucho poder y un tío militar de alta graduación. Si se aclaran las cosas y me declaran culpable, esa familia me despreciará y mi juventud se la comerá el penal.

—¿Y qué me quies decir con eso?

—Te estoy proponiendo un plan que se m'ha ocurrío. Lo hecho, hecho está, sin embargo, pue tener solución y esta convenir a los dos. Si tú te responsabilizaras del hecho, yo, con el dinero de mi familia, el poder y las influencias de los de Madrid, te libro del problema en na de tiempo, en meses, como mucho un año.

—¡¿Qué dices?! ¡Tú estás loco! ¡¿Y mi mujer?! ¡¿Y mi hija?! ¡¿T'olvías que estoy casao?! —se apresuró a decir Juan.

—Lo sé, lo sé —prosiguió Ramón, insensible ante la interrupción—, pero eso no sería problema, yo atendería to ese tiempo a tu familia en to lo que necesitara, y cuando seas puesto en libertá, cuestión como ya t'he dicho de poco tiempo, escrituro a tu nombre esa finca y el cortijo que tanto te gusta. Allí, como propietario, podrás pasar el resto de tu vía tranquilo. La propiedá te dará seguridá y posición a ti y a tu familia el resto de tus días.

Juan, al principio, sintió que la ira le embargaba, asqueándole la idea de que la gente viese en él un asesino, pero se fue serenando y valoró la oferta, solo serían unos meses preso a cambio de dar bienestar a su mujer y a su hija, esto le hizo ceder a los razonamientos y promesas del amigo. El acuerdo quedó sellado, sin testigos ni papeles firmados, solo estaba entre ellos la palabra de dos hombres, la palabra de dos amigos. Cuando se celebró el juicio, Juan asumió ser el autor del hecho y dijo al juez lo que convenía a Ramón Parra, siendo por ello condenado a quince años de cárcel. Ramón, feliz por el desenlace, vivió su vida y pronto se olvidó del reo y de las promesas dadas, dejando de ayudar a la familia de Juan. Si alguna vez se acordaba del percance, para justificarse, se decía: «Él se lo ha buscado, yo no quería entrar a la casa».

Y así pasó el tiempo. Ocho años después, a Juan, su buen comportamiento le condujo a la libertad; él no había olvidado y llegó al pueblo con ansias de venganza. Durante su estancia en el presidio, hora tras hora, día tras día, más que pensar en su mujer y en su hija, su obsesión era vengarse. En su mente, ante

sus ojos, solo tenía una imagen absorbente: el causante de su situación, Ramón Parra, el mal amigo que alevosamente le había engañado. Recordaba la cruel burla de que había sido objeto y cómo había envejecido por su culpa entre aquellas rejas y sus húmedas paredes. El placer de la venganza era su obsesión. Había arruinado una parte de su vida y no le importaba que su ruina fuera total. El causante de su desgracia tenía que pagarlo. El precio era su vida.

Media hora después de la entrada de Juan al pueblo, Ramón Parra había pagado con la vida su deuda. Lo que la mayoría de los habitantes del lugar suponían podía pasar había pasado. Era un secreto a voces que el ajuste de cuentas, un día u otro, tenía que llegar. Algunos dijeron: «A todo cerdo le llega su matanza». Ramón Parra no era una buena persona, algunos se alegraron de lo ocurrido, y aunque Juan Ruiz sí lo era la ley cayó sobre él. Esta vez con razón. Nadie se podía tomar la justicia por su mano.

Juan Ruiz, después de matar a Ramón Parra, corrió buscando el campo. No estaba asustado. Creía haber hecho justicia. Huía con el deseo de encontrar un lugar resguardado, un refugio donde descansar para ordenar su cabeza, recopilar lo que había sucedido. No, no tenía miedo. Lo había planificado mil veces en la soledad de su celda. Estaba más que justificado lo que había hecho. Deseaba alejarse del pueblo para sopesar qué tenía que hacer, pero un recuerdo lo invadió: su mujer, su hija. Debía haberlas visto antes, pero era tanto su odio, su deseo de vengarse de aquel ser despreciable, que la aversión venció al amor. La inquina que lo embargaba no era solo por él, era también por ellas, por su desamparo. Si no hubiera sido por su cuñado, el Eleuterio, se hubieran muerto de asco. Ese pensamiento lo volvió a sublevar y se dijo que mil veces volvería a matarlo, aunque eso significara el desastre para él, como había sucedido, pero tenía que hacerlo. Era ley de vida. Esa acción no podía quedar impune.

Siguió su carrera y comprobó que las piernas le respondían. Saltaba ágilmente las piedras que encontraba en su camino; después de correr un buen trecho la fatiga apareció en el pecho, se apretó el tórax, lo sentía como si se hubiera achicado y quisiera reventar. Volvió la vista atrás, receloso, necesitaba parar, al hacerlo le temblaron las piernas, subió una pequeña altura y oteó el horizonte, nadie venía tras él. Un olivar cercano le brindó un cobijo que aceptó presuroso. Le urgía descansar. El corazón parecía querer salírsele del pecho. Se sentó recostado en un tronco, necesitaba reposar y aquella sombra le daba la oportunidad. Poco a poco la sangre empezó a fluir con normalidad y perdió la noción del tiempo. El cansancio y las emociones hicieron que sin percibirlo se quedara momentáneamente dormido. Calculó la hora cuando se despertó. Las ocho o las nueve de la tarde.

Caminó hacia la sierra. Le ardían las plantas de los pies y sentía clavársele los guijarros del camino. El sol descendía y tendría que alcanzar la montaña antes de que oscureciese. De pronto, en su pensamiento surgió el miedo de la huida. Huir era una palabra con ruido de pisadas, con ruido de corazón sobresaltado. La huida, a partir de ahora, sería esa constante angustia que ahora lo atosigaba, y por un momento deseó terminar. Estaba en la falda del monte, encontró un camino y lo siguió. La oscuridad lo rodeaba, únicamente las estrellas con su luz destellante alumbraban el campo. Se sentó tras unos peñascos, junto a unos matorrales. Estaba roto, muy cansado, decidió quedarse allí.

A la mañana siguiente el monte se desemperezó con los primeros rayos de sol bañando sus crestas. Unos pasos retumbaron en el silencio e hicieron que una camada de conejos corriera desenfrenada buscando su madriguera al tiempo que una bandada de perdices levantaba el vuelo.

Ese sonido rompió su sueño, a continuación, se escuchó una voz potente que terminó de despejarlo del todo.

—Sal pronto, entrégate, que, si no, va a ser malo para ti.

Quiso esconderse, cambiar de sitio, pero la voz lo perseguía.

—Sal, hombre, sal, si no lo haces será peor.

Oteó entre los arbustos y vio a la pareja de civiles que avanzaba. No se lo pensó y con los brazos en alto se entregó.

Esposado se lo llevó la Guardia Civil sin ver a la esposa y a la hija. El afán de venganza rumiado durante años pudo más que ver a su familia. La mujer eso no lo perdonó. Este relato de la huida y todo lo que había antes pasado se lo contó Juan a su cuñado cuando fue a verlo al cuartel. Su mujer no lo quiso ver, ni permitió que su hija lo hiciera.

Durante el tiempo que había estado en el penal, madre e hija habían sobrevivido gracias al hermano de ella. Estas, en agradecimiento, ayudaban en el negocio que él ya regentaba, la fonda que tenía a renta por un precio mínimo. La gente, en su día, con envidia, había murmurado que cómo era posible que el Eleuterio se hubiera hecho con la fonda. Posteriormente se supo que se la habían proporcionado desde Madrid. Quien había hecho la gestión era una persona influyente, un militar de alta graduación próximo al general Franco. A los cuevanos les causó extrañeza, porque la fonda llevaba mucho tiempo cerrada, pero una simple llamada desde la capital hizo que un equipo de personas la acondicionasen y, una vez arreglada, se la cedieran para su explotación. Hubo a personas que aquello no les cayó bien, algo lógico, ya que todavía seguían latentes los sentimientos y recuerdos que dejó allí la Guerra Civil. Algo normal en unas

gentes que no se habían movido prácticamente de aquel lugar desde entonces y seguían teniendo muy presentes ciertos hechos.

El narrador hizo una pausa, bebió agua, y dijo:

—Si nos los aburro, continuaré.

Los oyentes se apresuraron a decir que escuchaban complacidos.

Ustedes se preguntarán cómo un lugareño de Cuevas puede tener relación con un alto militar cercano al Caudillo hasta el punto de que este, a setecientos kilómetros, se interese por él, mueva sus contactos y le proporcione la gestión de la posada. Eso es otra historia. El origen de esa relación tiene sus razones y estas se sitúan en la guerra civil española.

A finales de la contienda, en una de las últimas batallas en Teruel, una contraofensiva de las fuerzas republicanas obligó a retroceder a las tropas nacionales. En el fragor de la batalla y entre el desconcierto y la humareda que levantaban los proyectiles que caían a su alrededor, Eleuterio, que corría detrás de otros compañeros, vio un cuerpo tendido en el suelo que gemía y pedía ayuda; sin pensárselo, haciendo acopio de todas sus fuerzas, se lo echó al hombro y se dirigió trabajosamente hacia las líneas amigas. Próximo a estas, una explosión cercana hizo que no recordara más. Cuando despertó estaba en la cama de un hospital de campaña, con diversas heridas en su cuerpo. Cerca de él, un capitán interpelaba a una enfermera preguntando quién era el soldado que había salvado la vida al general Muñoz Grandes. Sorprendido, vio cómo la enfermera señaló su cama y que el oficial llegó hasta él para decirle que, por orden del general, inmediatamente sería evacuado a un hospital más seguro y que este había dado también orden de que fuera bien atendido y que no le faltara de nada. Cuando el capitán se marchó, Eleuterio, aturdido, comentó con la enfermera no entender nada, él solo había recogido un soldado herido del suelo. La sanitaria, ante el asombro de Eleuterio, le explicó: «Ese soldado que salvaste era un general».

De aquel episodio le quedó, además de algunas cicatrices, una pequeña cojera. Pudo hacer su suerte en Madrid, pero su falta de estudios, de preparación, le privó de ello. No obstante, estuvo empleado como vigilante jurado en RENFE y en el servicio de ruedas de los autobuses de la EMT hasta que noticias de la situación de su hermana hizo que abandonara todo y volviera al pueblo. Eleuterio, de vuelta de la capital, había llegado atormentado y sin fortuna. Se había encontrado con un pueblo que prefería no reconocerlo y con unos amigos que ya lo habían olvidado. Una vez aquí, y tras unos meses de mal vivir, la crítica

situación económica lo obligó a escribir al general recabando su ayuda, este movió los hilos, su influencia, y, para asombro suyo, le cedieron la explotación de la fonda. Cuando los hermanos se aposentaron en ella esperaron con ilusión la salida de prisión de Juan; Eleuterio quería que su hermana cimentase allí el futuro de su familia. El hecho narrado anteriormente trocó los planes del hombre y, por supuesto, de la mujer. Y ya el golpe mortal que lo hundió fue la huida de la hermana dejándolo solo con la niña.

La Bella Dorita era un ejemplo nefasto para el inconformismo de las mujeres de la comarca atrapadas entre rígidas normas sociales, la mayoría de ellas dañadas por la incultura, la pobreza, el atropello y, por qué no decirlo, en la mujer de Juan, la falta de amor. Todo esto añadido a las privaciones diarias que se vivían y, enfrente, como un ejemplo, esa vida fácil que la imagen de la diva daba, hicieron que muchas mujeres abandonaran la zona buscando su oportunidad en la ciudad. Ella fue una más. Era una mujer joven, y el acto del marido al que esperaba con ilusión le afectó demasiado. Necesitaba vivir, amar y ser amada, y aquellas manos que un día despertaron su ansia de mujer fueron las mismas manos que habían labrado su desgracia. No se lo perdonó. La muerte de Ramón Parra fue la gota que colmó el vaso de su frustración. Se fue diciendo que volvería, pero han pasado los años y no ha sido así. Ni el hecho de que su hija esté aquí la ha hecho volver. En cuanto a Eleuterio, solo el gran cariño que profesa a su sobrina, su falta de protección ha hecho que no abandone, también, el pueblo.

Al huir su hermana le dejó el alma rota y una sobrina que era como la hija que siempre había deseado, pero con la que no sabía qué hacer. Eleuterio, que a duras penas sabe leer y escribir su propio nombre, no tiene oficio ni beneficio. En la guerra, como otros muchos, lo que aprendieron es a matar a otros hombres como ellos antes de que esos otros los matasen, siempre en nombre de causas grandiosas y huecas que se revelaban más absurdas y viles cuanto más cerca del combate estaban. Las penurias pasadas hicieron que, a pesar de ser un hombre joven, a su retorno al pueblo, pareciese ser veinte años más viejo que cuando se había marchado. Había convivido demasiado con la muerte salida del anonimato, la había podido ver y oler por todas partes, devorando almas que todavía no habían tenido tiempo ni de pecar. Aquella fonda le dio la paz, pero por poco tiempo, pronto, algunos de sus antiguos compañeros de armas, cadáveres en vida que habían regresado mutilados en cuerpo y alma para comprobar que quienes los habían enviado a morir en nombre de Dios y de la patria los habían olvidado, intentaron que volviera a la lucha —la Falange los necesitaba, decían—, pero ya por entonces había comprendido que casi todas las guerras se peleaban

en nombre de Dios y la patria para hacer más poderosos a los que ya lo eran demasiado antes de provocarla.

Esta última frase promovió unos instantes de silencio, roto otra vez por el narrador.

—Triste historia, ¿verdad? Pero volviendo a lo de la Bella Dorita, su ejemplo en esta zona de Almería fue como un vendaval; hizo y hace, como ya les he dicho, mucho daño, creó expectativas que, como se ha visto posteriormente, no eran reales.

—Esperanzas que produjeron daños a terceros —comenta Pedro—, porque nos acaba de decir Eleuterio que está arrepentido de haber regresado a Cuevas del Almanzora, que en Madrid empezaba a fraguarse su vida y lo tuvo que dejar.

Ahora es Roberto el que con aire misterioso reflexiona.

—La vida a veces es así. En ocasiones el viento sopla tan fuerte que nos dejamos llevar por él sin pensar en las consecuencias, pero por desgracia llega un momento en que nos pasa factura y hay que estar dispuestos a pagarla. Esa mujer, la madre de esa niña, lo pagará con creces, seguro que se arrepentirá, porque siempre nos arrepentimos, aunque, como suele suceder y le pasó a Eleuterio, sea demasiado tarde. El día que la gente descubra la forma de arrepentirse antes de hacer las cosas, el mundo será perfecto.

—Depende —aventura Pedro—, porque el mundo es más impredecible de lo que parece.

Estas reflexiones han cortado el ritmo de la tertulia. Rafael está cansado y decide acostarse, no sin antes recordarles que al día siguiente los puede llevar a Huércal-Overa.

Las historias escuchadas han dejado a los amigos en silencio con sus reflexiones, y es que ocurre que a veces el destino enfrenta a situaciones para las que no sirven de nada ni los afectos ni los conocimientos —¡lo sabrán ellos!—. La gente se pasa la vida deseando las cosas equivocadas. El mundo confunde a la gente, y la gente ama y desea lo que no debería, cuando lo único que se necesita para ser feliz es desear lo adecuado en la medida conveniente.

Salen a pasear, hace calor y quieren hacer tiempo.

En la fonda, Eleuterio recoge en silencio la mesa. Los forasteros han traído a su memoria escenas, no muy lejanas, de aquel Madrid que ha vivido y

cuyo recuerdo, aunque se niega a reconocerlo, le hace flaquear a veces; tanto, que más de una vez ha estado a punto de llamar a Rita, su novieta de la calle Mayor a la que dijo que llamaría. Allí vivió y lo hizo a gusto, ahora, más que vivir contempla la vida. En sus días de militar disfrutó en los desmontes frente a la estación del Niño Jesús, por detrás del Retiro, con las golfas, las de los soldados y estudiantes pobres. La mayoría de ellas vivían en las cuevas del Arroyo Abroñigal, en el camino del cementerio del este. También y sin poderlo impedir su memoria lo lleva después a aquellas colas en los barrios vedados, siempre liando un cigarrillo que a veces se consumía entero antes que corriera el turno más allá de las empinadas escaleras. Luego, entre las sábanas, amor apresurado… ¡Qué Madrid aquel! Rememora que, cuando él llegó a hacer la mili, en la capital se publicaba una guía, *Madrid de noche*, en la que publicitaban no solamente locales de diversión, sino otros también autorizados, como casas de lenocinio y casas de citas.

Mueve la cabeza e intenta alejar los pensamientos, pero su naturaleza se subleva y se lo impide, al fin y al cabo ¡es un hombre! Sonríe al pensar en algunos moros con los que convivió, que presumían de hombría, él sabe bien que, a pesar de que los hombres tenían hasta cuatro mujeres y un montón de hijos, el nivel de homosexualidad entre ellos era altísimo. ¡Dios, qué aberración! Una mueca pone fin a sus pensamientos. El gesto quiere ser sonrisa a la salud de aquellos amigos, que nunca lo fueron, y del país que lo envió a morir en vida para enriquecer a cuatro caciques que nunca supieron ni que existía.

No lejos de la posada, los huéspedes caminan silenciosos, cada uno con sus pensamientos, por oscuros callejones rotos en su osamenta, vivos tan solo por la ropa tendida de ventana a ventana y por las macetas de claveles y botes con geranios que con atractivos colores dan una nota de viveza. Pero el raciocinio es como pájaro enjaulado que no se deja coger y vuela, vuela y no deja de volar.

Al pasar junto a una taberna, donde la escasa luz, envuelta en un aroma de tabaco de picadura, revela rostros consumidos, de una mesa, en la que cuatro hombres, tabernarios derrotados, sombra ya de lo que fueron, beben de una botella con una cañita cortada, sale una voz que, gritando, destaca sobre las demás conversaciones.

—¡Benito!, ¡¿nos traes unas aceitunas?!

En las calles, las mujeres del pueblo, vestidas de negro de los pies a la cabeza, con el pelo recogido en un moño, toman el fresco a la puerta de sus casas

en sillas bajas con asiento de esparto mientras grupos de niños ríen y corretean, inocentes, de un lado para otro, indiferentes a las sombras de desdicha, de necesidad y de hambre que hay en sus casas; casas en las que la pobreza, para muchos, es una condena perpetua. El relente de la noche de agosto hace que la calle esté concurrida por vecinos de caras agrietadas, de bocas con sabores a pan duro, que sentados en banquetas o en el suelo buscan el frescor del piso y el de las sombras para aliviar el bochorno pasado durante el día. Algunos fuman la última ración de un tabaco, postreros cupones de la ingrata cartilla, apurado con ansia hasta quemar las uñas de los dedos. Alejados de ellos, dos mozalbetes, sentados en el suelo, echan el último vistazo a los papeles de una caja de zapatos, uno de ellos la tapa, la ata con un cordel, mira al otro con complicidad y como si de un tesoro se tratase la envuelve en un papel de periódico. Por ventanas abiertas sale el olor a migas o gachas y la luz oscilante de mariposas en aceite que continuamente chisporrotean. De pronto, como suspendidos en el espacio, los acordes de una guitarra llegan hasta ellos al mismo tiempo que el comentario de una de las mujeres sentadas en la calle.

—¡Ya están los gitanos de fiesta!, ¡estos no tien penas! ¡Qué felices son!

Ante la frase, los jóvenes se miran.

—Y si las tienen se las comen —observa Pedro—. Esto es Andalucía. Esta gente es así. Gente que mide la vida como si fueran los cuatro últimos días, por eso creen necesario gozarlos. Además, ellos saben bien que el gusto por las cosas no está en las cosas mismas, sino en la cabeza.

Los dos amigos continúan su caminar y deambulan absortos en las ideas que bullen incesantemente en sus cabezas. Sin apenas darse cuenta han vuelto a la posada. No están habladores. Pedro se va directamente a la cama, Roberto se queda, desea estar a solas, quiere fumar y aislarse en el humo del pitillo. La conversación con el posadero le ha traído recuerdos de sus padres que, por dolorosos, quiere enterrar. Otra vez ante él, imágenes del accidente: La Dehesa de la Villa, y el coche de sus progenitores empotrado contra el tronco de aquel fatídico árbol en la bajada hacia Puerta de Hierro. ¡Qué horror! La cuesta, con sus curvas, era muy peligrosa, sí, pero su padre era buen conductor. Una rueda reventada había sido la causa. De aquella forma se fueron sus padres y quedaron solos su hermana y él. Se hizo cargo de ellos una hermana de su madre, la tía Juana, soltera y una mujer de temperamento que no solamente asumió la educación de sus sobrinos sino que dirigió y dirige con mano firme las finanzas de los hermanos. Todos viven de las rentas que produce el alquiler

de diversos inmuebles que los padres dejaron al morir. La tía hace tiempo que reclama que ya es momento de que Roberto asuma la responsabilidad, pero él ha pretendido vivir sin obligaciones. La irrupción en su vida de Adela, el hecho vivido, le está haciendo cambiar. Adela… cuando la recuerda…

Ansía sacar fuerza, ordenar aquella mezcla de sensaciones que lo embargan. Poco a poco la vida se impone a la muerte, no sin esfuerzo las efigies se difuminan, y la imagen de la mujer ocupa toda su mente con percepciones de arrepentimientos, de cariños jamás confesados, de miedos, y noción de ira contra él mismo en forma de un profundo pozo lleno de chispas, de rescoldos deslumbrantes que se revuelven dentro de él, llenándolo de imágenes y recuerdos. Fotogramas de sueño o de loco, y una angustia, a veces, de llanto contenido que le azotaba el pecho. Aquella mujer, suave como una noche de otoño…

No quería dormir, quería cansarse, tenía miedo de sus alucinaciones. Últimamente pensaba en cosas que nunca había pensado. De su reflexión surgía el miedo. Ahora se daba cuenta que huía. Todo este viaje había sido un huir de ella y ahora tenía miedo, pero un miedo diferente, miedo de perderla. Tenía que hablar con Adela. Intentaría hacerlo desde Huércal-Overa. Pensando en ello se acostó y quedó dormido.

Pedro fingía dormir, se daba cuenta de que su amigo tenía problemas, pero no decía nada, esperaba que Roberto hablase. Además, la imagen de Carmen no se apartaba de su mente, cada día que pasaba notaba más el deseo de estar con ella, pero, aun así, a veces, entendía que debía de ser cauto, reflexivo, porque un deseo no cambiaba nada, pero una decisión podía cambiarlo todo. La vida lo estaba poniendo a prueba y esta había decidido que Carmen entrara en ella, pero era decisión suya que permaneciera y eso era lo que, aún, no tenía muy claro. Su existencia, que hasta llegar a Rodalquilar parecía fácil, se había vuelto complicada y llena de altibajos. Había días que, por su estado anímico, incluso levantarse de la cama era difícil, pero recapacitaba que siempre habría otros días, que habría otras personas, la novedad de otros tiempos y el acontecimiento de otras historias que harían que valiese la pena seguir. Y es que, aunque no lo sepamos, cada día es un comienzo nuevo.

El sol hace tiempo que da luz y color al campo cuando Pedro abre los ojos, no ha dormido bien. Los rayos solares, sin recato, se habían esparcido por el pueblo como vino en el agua. A aquella hora de la mañana hacía calor, aquellos días se estaban significando, estaba haciendo más del que había hecho en

todo el verano, y los tejados de las casas parecían vibrar a la vista con espejismos de vapor. Se había despertado varias veces agitado por la turbulencia de su sueño. En el sueño había visto a Carmen: lucía muy hermosa, apoyada en una mesa de un bar; él se había acercado con el corazón palpitante, quiso hablarla.

«No hablemos del pasado», le dijo ella mirándole directamente a los ojos. «El pasado está muerto. Dejémoslo en paz». El café estaba desierto, sin camarero ni clientes a la vista, como si se hubiera declarado un fuego y todos se hubieran tenido que ir corriendo. Quiso insistir. «No quiero que me cuentes nada», le interrumpió ella. «Cada uno es esclavo de lo que dice y dueño de lo que calla. Tú sabrás lo que has callado». Con estas palabras, que había acompañado de una mirada intensa, se alejó, se diluyó en el sueño.

A partir de ese momento su descanso ha sido todo menos descansar, finalmente el cansancio lo venció. Ahora, despierto, recuerda. A su lado, Roberto duerme. Por poco tiempo, porque este levanta la cabeza y, desperezándose, dice:

—Buenos días, compañero, ¿qué tal se ha dormido? Tendremos que desayunar rápido, hay que irse para Huércal-Overa.

En el salón de la fonda los espera el veterinario. Toman el café con un trozo de pan tostado y se ponen en camino. El automóvil ronronea al iniciar su marcha y, como curiosos mirones, blancas mariposas y otros varios insectos intentan seguirlos, estrellándose en su empeño en el parabrisas y en la carrocería, en la que queda el testimonio de su osadía. Los campos que divisan, extendidos a ambos lados de la calzada, están desiertos y sedientos. Sobre el desamparo del campo hay un destello de luz, un vaho matinal cálido y soleado. El soplo tibio del viento de poniente revoluciona los pequeños arbustos que crecen en las cunetas. El conductor, ajeno a todo, mira la carretera distraídamente o de reojo el paisaje. Los veintidós kilómetros que separan un pueblo de otro los conoce de memoria. Lleva el cigarrillo pendiente de los labios y empieza a hablar por la comisura derecha, perezosamente, señalando a la pareja de la Guardia Civil que se divisa en el horizonte.

—Son los del puesto del pueblo. Uno de ellos es un cabo que tiene el 'amargao' en el cuerpo. A los conductores siempre nos anda buscando las cosquillas. Es difícil que venga por aquí y no me tropiece con ellos, pero siempre termino pensando que cumplen con su obligación. Qué sería de los caminos sin ellos.

El Citroën continúa su ruta y los baches de la carretera balancean pasajeros y pensamientos. Roberto pensaba en Adela. Era un recuerdo del que últimamente no podía deshacerse. Cuando caminaba, pensaba en ella. Ahora, para tratar de no recordar, se distraía contando uno a uno todo aquello que veía, pero a pesar de ello pensaba en ella. Dejó de practicar el juego de contar e igualmente pensó en Adela. Definitivamente, reflexionó, no podía dejar de pensar en esa mujer. Rememoró otros tiempos no lejanos a su lado. En su compañía se había sentido gallo. Intuía que Adela lo quería de verdad, pero estaba casada, y si él se hubiera quedado…, pero no se quedó.

Mientras la mente divaga, va desfilando el paisaje y en medio de este surge un cortijo abandonado en el que una frondosa higuera parece recordar tiempos mejores, periodos en el que los trillos tirados por mulos pisoteaban la parva y los hombres con las horcas aventaban la paja mientras el grano caía con gran alegría de los labradores. Desdichadamente ahora no era así, esos labriegos habían emigrado buscando otro sustento, posiblemente menos saludable, pero más fructífero. Lo harían con el convencimiento de que en sus vidas ellos son los que elegían su propio camino, no los demás, de que valía la pena vivir menos, pero de veras. Para más desgracia del lugar, el tiempo, que, como un médico, se había lavado las manos, transcurría por aquel campo, indiferente a las huidas, como si estas fueran recuerdos perdidos, y demostraba que el mundo, insensible a todo, avanzaba sin ellos.

Roberto, por un momento, se ha alejado de sus pensamientos y se ha centrado en el paisaje, nunca pudo imaginar que pudiera existir un lugar tan plácidamente hermoso. La paz era evidente. En aquel lugar de España era gratificante el aire, fresco y limpio en las mañanas y cálido en los atardeceres, acompañado por un cielo muy azul sobre el que las aves dejaban constancia de su presencia con sus trinos y sus vuelos. Campos con vestigios de labores de otros tiempos y montañas salpicadas aquí y allá de pequeñas paratas con precaria vegetación, que se perdían en la distancia, significaban sus muchas posibilidades. Sin embargo, era deprimente el suelo: caminos de tierra salpicados por guijarros inundaban los senderos y hacían patente el abandono de aquella salvaje pero hermosa tierra. Paisaje campestre y cautivador sí, pero triste. Había cierto orden en aquella anarquía que realzaba el contraste de aquel mundo de apariencia bucólica con el caos de la ciudad en la que él había pasado la mayor parte de su vida.

XIII

De Cuevas del Almanzora a Huércal-Overa

A la llegada al pueblo, las primeras casuchas, chatas, de un blanco sucio, con sus 'terraos' ocres, los decepcionan, pero una vez que el coche callejea por el interior de sus calles, lo que contemplan los viajeros es una hermosa población de señoriales edificios con balconadas hasta el suelo protegidas por artísticas rejas de hierro forjado, que dan a la imagen un inconfundible sabor almeriense. De su pasado parecían hablar las calles con sus elegantes casas, pincelada blanca de cal luminosa y fresca, engalanada con el sol matinal. A las afueras de la localidad, el campo huye, hierve en su infinita soledad. En la lejanía, la sombra de algún olivo centenario, con su verde plateado, rompe la monotonía del paisaje.

El automóvil callejea y llega hasta la plaza de toros, Rafael baja y pregunta a un mozo.

—Artemio, ¿cómo va la venta?

—S'ha vendío to, Rafael, s'hubiera llenao otro coso más grande.

Siguen su camino y el veterinario aclara que Artemio es uno de los hijos de la familia Parata, propietaria de la plaza de toros.

El coche llega a la plaza de la iglesia. Las hojas secas, como recuerdos doloridos, se mueven de un lado para otro barridas por el viento. En el templo está a punto de concluir la misa. Hasta ellos llegan las notas del himno nacional que acompaña la elevación de la hostia a la que la música parece dar alas por encima del mar de cabezas rendidas en un santuario abarrotado de fieles postrados de rodillas.

Mientras los viajeros contemplan el entorno con curiosidad la misa ha terminado. Hace calor, pero parece no importar. Muy cerca de la puerta principal, un conjunto de personas, autoridades uniformadas con insignias y condecoraciones en el pecho, señoras y sesudos señores endomingados, sombreros en mano, forman un grupo aparte y comentan amenamente las incidencias del rito. Huele a Floid: los hombres se han masajeado, tras el afeitado, para el acontecimiento. Por la puerta de la parroquia aparece el párroco, que se acerca

al grupo braceando, ególatra, envuelto en el fru fru de su amplia sotana. Cerca de ellos una centuria de flechas con la cabeza rapada, negros correajes y boina roja, se disponen a desfilar. La gente, que ha salido ordenada del templo, se aglomera titubeante en la plaza, mira a la recién llegada camarilla con curiosidad y, por fin, se dirige presurosa hacia una de las calles, camino de la glorieta del Sepulcro, lugar donde, en otros días, se celebra la feria de ganado y donde, hoy, exhiben astados de la ganadería de Galache para la novillada de la tarde. Pasan los falangistas. El viento castiga las persianas de las fachadas mientras que, desde algunos balcones, vecinos ocultos riegan con lágrimas indignadas los vivas, los himnos y las canciones. Entre la concurrencia se mueven como pez en el agua niños indigentes, flacos como galgos, pidiendo limosna. Sus ropas son remendadas y alguno de ellos lleva la pequeña tripa al aire. La gente se aparta a su paso. Lucen morenos de suciedad y bronceados de sol y de viento que, ardientes, les curten en los asentamientos donde habitan.

Tocan las campanas y sus redobles se unen al bullicio reinante, a la alegría del domingo. En la algazara de la fiesta, mozas vestidas de festivo ríen y se burlan de los requiebros que oyen con movimientos gráciles y revuelo de faldas. Los mozos que pasan y los que se cruzan con ellas gritan al paso sabidas bromas de pueblo, a veces acompañadas de frases forasteras difíciles de entender. Hay mucha gente venida de fuera, el cartel era importante: Rafael Ortega, Manolo Sevilla y Ángel del Campo; el primero tenía mucho tirón, pues ya había salido por la puerta grande de Las Ventas, en Madrid. Al influjo del elenco habían venido mercachifles, buscavidas y curiosos. Entre los mirones y compradores pululaban gitanas que cogían las manos de los presentes intentando leérselas. Tampoco faltaban pícaros que intentaban vender los objetos más diversos. Ciegos y troveros se ganaban el pan cantando sucesos y romances. Entre aquella cacofonía de voces se escucha nítida la voz del ciego pregonando al viento sus cupones: «Veinte iguales para hoy. Hoy sale».

Era día de corrida y, como en todas, alrededor de la plaza se extendían puestos y tenderetes donde los vendedores venidos de toda la comarca pregonaban la mercancía. La gente deambulaba, miraba, preguntaba y compraba. Las discusiones entre vendedores y compradores eran continuas, y el ruido de estas se elevaba por encima de las telas que cubrían los tenderetes. A la algarabía se unían los ladridos, relinchos y rebuznos de algunos animales. La chiquillería disfrutaba de lo lindo irritando a los mayores, corriendo de un lado para otro, buscando la obtención de unas perrillas para golosinas, aunque algunos de ellos solo recibían, como recompensa, un buen pescozón.

Los viajeros, que han bajado del vehículo, desorientados de aquella vorágine, miran a su alrededor. La plaza, comprobaban, estaba sumamente ambientada, una terraza de un bar donde se oían conversaciones y gritos atrae su atención. Junto a los dos amigos, Rafael aclara:

—Es la taberna de los jóvenes, la frecuentan porque da el mejor vino, aguanta al que se amona y anima a que se cante, pero no goza de buena fama entre la gente que se dice formal. En otros bares la cosa es más tranquila y permiten el juego, no solamente del billar sino, también, otros en los fondos de los locales. Huércal-Overa, como pueblo importante que es, tiene un lugar serio donde se juega, el Casino, allí se congrega lo más selecto de la sociedad del pueblo. En sus salas se reúnen a leer, a comentar las noticias de los periódicos —*Yugo*, de Almería, y, con retraso, prensa de Madrid: *ABC, Arriba*, *Ya* y *Pueblo*— o a jugar a las cartas —tresillo, tute, subastado—, además de dominó, ajedrez y también damas.

Los muchachos han escuchado al reciente amigo sin dejar de curiosear el entorno, esto les permite observar que, a pesar del ambiente de jolgorio, en un banco próximo, sentado y ausente de todo, un viejo sestea: la gorra, sobre los ojos; la cachava, entre las piernas; y sus manos, acompañadas de un continuado temblor, apoyadas también sobre aquellas. El mayor aparenta ser una sombra que sueña. Efectivamente sueña, pero también sufre, lo hace por ese hijo exilado en esos pagos de Toulouse, donde cree que se encuentra después de haber sufrido maltrato senegalés en los campos de Argelès y Le Barcarés.

—¡Aaaah! —suspira—. ¡Joer con la dulce Francia y los franchutes!

En un escalón de un lado de la plaza, igualmente sentado, un ciego pide limosna en silencio, inmóvil, con la mano extendida. Está ennegrecido de muchos días de sol, lleva barba y tiene los ojos en blanco. Porta sombrero. La chaqueta y el viejo chambergo denotan un estado de dejadez enorme. A pesar de que el aspecto no es positivo, su rostro tiene una expresión de calma, hasta de dulzura. El mendigo, ausente a lo que le rodea, adelanta la mano en un gesto automático cada vez que oye acercarse a alguien.

Aquello que los viajeros ven son las pinceladas de un pueblo con características de ciudad que forman parte de su devenir diario. Acostumbrado a ello, Rafael camina seguro, los jóvenes lo siguen hasta una casa de dos plantas de aspecto distinguido. El frescor de un acogedor y tranquilo zaguán los libra de los rayos de sol que, a esa hora del día, se derraman por toda la población. Hacía calor, el verano estaba dejando su sello y parecía querer batir algún récord.

Los tejados de las casas, como parapetos, protegían a sus habitantes de aquel implacable calor. Una voz salida del interior de la casa rompió la paz del lugar.

—¿Eres tú, hijo?

—Sí, madre, y vengo acompañado.

El grupo irrumpió en un regio salón con semblanza de museo donde, en un pedestal, una talla con la imagen de Jesús el Nazareno, portando un manto morado, parecía impartir sosiego, y donde, sobre una pared, una mujer joven, rubia, de belleza lozana y brillantes ojos claros, sonreía desde una desgastada fotografía en blanco y negro, pareciendo disfrutar con el entorno. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y vestía blusa blanca y falda oscura. La camisa, de estilo romántico, tenía cuello alto y estaba adornada con llamativos adornos. Por la vestimenta se podía sacar la conclusión de que la foto había sido hecha en la primera década del siglo XX. Debajo de ella, y dentro de un marco de plata primorosamente trabajado, la imagen de una virgen parecía estar ahí para proteger a la mujer que más arriba posaba. Instantes después, la dama del cuadro, con bastantes años más, se presentaba ante ellos.

—Buenos días —saludó la mujer.

—Hola, madre, te presento a Pedro y Roberto, son de Madrid, están visitando la provincia y me he tomado la libertad de invitarlos a comer. Les he dicho que haces los mejores gurullos de toda Almería. —Y dirigiéndose a los jóvenes—: ¡Ah! Mi madre se llama Francisca.

La madre, después de besar a su hijo, sonríe satisfecha de la lisonja y se apresura a ofrecer la mano a los visitantes, mano en la que luce un anillo de oro con una piedra que a Pedro le hace recordar otra sortija y otra mano. La mujer tenía prestancia. Llevaba sobre los hombros un liviano chal, cuyas puntas cruzaban su busto y se sujetaban con elegancia a la cintura. Su rostro, algo arrugado, denotaba la blancura que debió tener de joven, así como los finos hilillos rojo morado de sus mejillas. Sus orejas, con lóbulos rasgados de arriba abajo, delataban coquetería juvenil, al haber usado largos y pesados pendientes. Sus ojos, de mirada limpia, había conseguido mantenerlos lozanos con métodos antiguos pero efectivos. Conservaba, todavía, una abundante cabellera blanca, que recogía en un trenzado moño bajo la nuca.

Mientras la señora y los visitantes se saludan, Rafael ha cogido un botijo, rezumante, limpio y fresco, del que bebe con fruición.

—¿Quieren? —les pregunta a los recién llegados.

Los dos amigos aceptan de buena gana y con deleite refrescan sus secas gargantas al tiempo que escuchan a doña Francisca decirle al hijo:

—Acabo de venir de misa y me he puesto a cocinar. A hacerte los gurullos que te gustan, espero que a tus amigos les agraden.

—Espero que sí, madre —dijo Rafael al tiempo que la abrazaba—. Al saber que venían al pueblo les hablé de tu arte culinario y les invité a que conocieran la gloria de tu cocina: los gurullos con conejo. Se van a chupar los dedos. Nadie los hace como tú.

Los viajeros contemplan risueños la efusiva escena y por un momento las sonrisas se entristecen. La mente los sitúa en otro lugar lejano y el recuerdo los mustia momentáneamente. La voz del veterinario los saca de su abstracción.

—Tengo que hacer con urgencia un informe. Si les parece, salgan a dar una vuelta y durante la comida cambiamos impresiones de lo que han visto. Luego veremos qué hacemos. ¡Ah!, y se quedan a dormir aquí. —Y dirigiéndose a la mujer—: ¿Verdad madre?

—Lo que tú digas, hijo —asiente la madre, complacida.

Salen de la casa y callejean. Un comercio les llama la atención. La tienda, grande y destartalada, ostentaba pomposamente un cartel en su fachada que decía: Ultramarinos. Al ver su interior, prácticamente vacío, los jóvenes fantasean: en tiempos debió haber allí aquello imaginable que se desease comprar; posiblemente, comestibles, jamones, embutidos, conservas, perfumes y un largo etc. se alinearían en el escaparate y las estanterías, atrayendo el deseo de los vecinos. Hoy, la tienda expendía lo que podía, que era bien poco: algún comestible, colonias —no muchas—, bisutería, lápices, recortables, calcomanías, garrotas de caramelo veteado, herramientas y aperos.

Buscan la plaza, las calles del pueblo tienen un luminoso bullicio de pregones. Se nota que es un día diferente, había corrida y eso eran palabras mayores. Huércal-Overa, aquel día, se regocijaba con un vértigo, con una calentura de fiesta que aventuraba una excelente tarde de toros. Los amigos caminan muy serios uno al lado del otro sin perder detalle de aquel espectáculo. Se percibe que los domingos, para distraerse, la gente solía ir a la plaza mayor y sus aledaños para dar una vuelta por allí. La plaza estaba empedrada, con árboles a cuya sombra varios bancos ofrecían reposo a vecinos y forasteros, que se sentaban a charlar o a mirar. Ahora bulle de seres, había terminado el Culto y la gente estaba deseosa de paseo, es la hora propia para disfrutar de la mañana. En la atmósfera, el aire cálido del verano; bajo el resplandor de la luz solar,

gritos de vendedores ambulantes ambientan y distraen a los paseantes. Un fotógrafo, feriante, ante la falta de clientes, come de una tartera depositada sobre el lomo de un caballo de cartón a la protectora sombra de un árbol.

En el pueblo, en los festivos, siempre hay animación, y la estampa se repite: las muchachas pasean garbosas esperando a que los mozos se acerquen a cortejarlas con un requiebro en la boca y traten de acompañarlas; los niños juegan correteando entre los mayores que pasean; un pequeño grupo de ellos, aparte, juega a las canicas.

—Jo, Pildorita, qué chamba tienes —se queja uno de ellos.

En otro lugar, unas niñas juegan saltando a la comba.

—El cocherito, leré, me dijo anoche, leré…

La escena hace recordar y sonreír a Roberto. La memoria recupera fugaces visiones infantiles de juegos junto a chirridos de tranvías y chispazos azules del trole al rozar los cables que, junto a silbidos de afilador, provocan nostalgia, quizá, de la inocencia perdida en aquel Madrid republicano y ruidoso, con bailes, taxi y concursos de mises, modistillas bullangueras, obreros huelguistas, pajilleras de cine de barrio y vedettes con los senos al aire. Sí, él y sus amiguetes, lo reconocía, habían sido chavales de guerra abierta, mozos furia, lobeznos respirando el aire nuevo, ojeando el ambiente, olfateando carne autóctona o provincial, ¡qué más daba! Ahuyenta los pensamientos y se centra en lo que le rodea.

Algunos viejos, arrugados y ennegrecidos por el sol, sentados en los bancos hablan de tiempos pasados o de las cosechas ilusas mientras lían con destreza sus cigarros de picadura que encienden con mecheros de yesca. Hombres más jóvenes juegan a las cartas o al dominó en las tabernas al tiempo que comentan los últimos acontecimientos taurinos y la hazaña de España en Río de Janeiro: se había ganado a Inglaterra. Mientras esto ocurre, algunas mujeres aprovechan la salida de misa para visitas familiares. En el umbral de una casa, la vieja limpia las narices de un niño con su sucio delantal. Del cuartel, la ronda con los guardias civiles a caballo salió temprano. Volverían con el sol de la tarde.

Los forasteros, ya en la plaza, deciden beber algo para refrescarse, para ello se dirigen a la, como Rafael la había catalogado, ruidosa tasca. Antes de llegar, los gritos y las carcajadas se escuchan desde la calle. En el local, las paredes manchan. En torno a las mesas, sillas de diferente hechura: de colmado, pintadas de verde y asiento de paja; de juego de mesa con asiento de madera, y

plegables de cine de verano o de verbena en las que se sentaban parroquianos jaleadores con ganas de juerga. Uno de ellos, retrepado sobre un taburete y apoyada la espalda en la pared, hacía ruidosamente palmas al tiempo que otro, a su lado, canturreaba. Al fondo, tras el mostrador, una mujer madura con muestra de disgusto en el rostro preguntó, ásperamente, al grupo:

—Bueno, ¿qué vais a tomar?

Se hizo un silencio interrogante. Los hombres no se decidían.

—Carola, chati, sírvenos algo bueno —dijo al fin uno de ellos—. Tráete una de Tío Pepe.

La madura del mostrador no hizo ningún movimiento para servir lo pedido. Pasado unos minutos alguien preguntó:

—¿A qué espera esta?

—Debíamos sabé cómo es la Carola —explicó uno de los componentes del grupo en voz baja—. La otra vez que vinimos a los toros se queó una botella sin pagá y… entiende, ella dice que si queremos bebé hay que pagá por adelantao.

Otro de los que formaban parte de la camarilla, fanfarronamente, sacó un billete de cincuenta pesetas y se lo entregó a la mujer, quien, al momento, le devolvió veinte pesetas y puso la botella sobre la mesa. Seguidamente el grupo siguió con el cante.

Los dos amigos, en una mesa, contemplaban la escena, era pintoresca. Para Pedro aquello era nuevo, para Roberto, no; él ya había participado de aquellos jolgorios en los colmados de la Dehesa de la Villa y en los de la calle Echegaray, en Madrid. Cuando la tabernera trajo las cervezas demandadas por ellos, Roberto preguntó si había teléfono; no, no lo había, pero en un café próximo sí, le respondió la mujer. Aprovechando que Pedro miraba complacido el tipismo de la escena flamenca salió decidido a llamar a su casa. Tenía que saber de Adela.

El bar, efectivamente, estaba cerca. Por contraste con la luz cegadora del exterior, el local parecía sumido en tinieblas; tal vez por ese motivo, al entrar en la sala sintió un frescor reconfortante, acentuado por el confuso olor a flores y a cerveza de barril: el primero provenía del jardín y se colaba por una puerta abierta de par en par; el otro emanaba del mostrador tras cuya barra, el tabernero, cubierto por un delantal blanco, secaba una fila de vasos y los iba

colocando con esmero en las estanterías. Se percibía que aprovechaba aquellas horas bajas de clientes para adecentar el local.

Tenía el cantinero una expresión jovial y cachazuda, como si poseyera respuesta para todas las preguntas y no le quedara pendiente otro quehacer en la vida sino convencer de ello al resto de la gente. Esta actitud, unida a ciertos rasgos faciales, le confería un notable parecido con un actor conocido del que, ahora, Roberto no recordaba el nombre. Preguntó por el teléfono, el hombre de detrás del mostrador, con un movimiento de cabeza, le indicó dónde se encontraba. En el fondo del local unas persianas bajas, enrollables, protegían del sol el ángulo donde una mesa de billar esperaba a los billaristas.

Se sentó próximo al teléfono, la conferencia pedida tardaría quince o veinte minutos. Había solicitado el número de su casa. Lo había pensado mejor y entendido que era preferible hablar con su hermana y saber cómo iban las cosas antes de llamar a Adela. Mientras esperaba pidió una cerveza y unas aceitunas. Cuando el tabernero estaba intentando sacar las aceitunas de un tarro, hizo su entrada en la taberna un individuo que resultó ser el tonto del pueblo. Seguramente no esperaba ver a nadie que no fuera el propietario porque al advertir la presencia del cliente hizo intención de volver sobre sus pasos y salir. Se lo impidió el tabernero, que agitó el trapo con ánimo de darle confianza. No ahuyentó el gesto el recelo del llegado, solo el escuchar «¡Pasa, Lolo!», lo hizo entrar.

Con la cabeza baja, intimidado por la presencia del desconocido, el tonto recorría el local rozando las paredes. Roberto se preguntaba qué edad tendría aquel individuo; sus rasgos no permitían calcularla: algunos le daban un aspecto aniñado, mientras otros lo avejentaban. Era conocido por el nombre del Lolo y por el pueblo corría la leyenda de que había sido abandonado por sus padres, quizás gitanos o forasteros de mercado, gente de paso, en cualquier caso. A poco de nacer, en un canastillo a la puerta de la iglesia, lo encontró el cura de madrugada cuando iba a cumplir sus obligaciones pastorales, lo había bautizado y había decidido hacerse cargo de él.

—¿Me has traído lo que te encargué? —le preguntó el hombre.

El tonto mostró con aire triunfal un rollo de papeles sujetos por una goma. Aunque analfabeto y lerdo, y acogido a la caridad pública, el Lolo obtenía su buen dinero prestando servicios varios en el pueblo, como traer y llevar paquetes, barrer ocasionalmente las aceras o matar gatos vagabundos a pedradas.

—Póngale un refresco que yo lo invito —indicó Roberto, conmovido por la imagen del tonto.

En ese preciso momento sonó el teléfono, Roberto acudió a la llamada. «Su conferencia con Madrid, no se retire», dijo la telefonista. Oyó el timbre al otro lado del hilo y luego una voz lejana que decía: «¿Sí?». Reconoció en ella de inmediato a Adela y pensó al pronto en qué podía haber pasado, él había llamado al teléfono de sus padres para, una vez conocida la situación, llamarla. Antes creía estar seguro de querer hablar con ella, pero ahora ya no lo estaba tanto. «Qué absurdo», pensó, alejando de sí el receptor. «¿Oiga?, ¿oiga?, ¿quién está ahí?», seguían preguntando al otro lado de la línea.

En aquel momento se arrimó el Lolo, acercando peligrosamente su cabezota. Roberto lo fulminó con la mirada, pero el desgraciado no veía o no entendía aquella forma callada de censura. Mostraba un botellín mediado de Orange Crush y silabeaba:

—Gracias… gracias…

Llevado por un súbito impulso, Roberto le colocó el auricular en una de sus orejas de 'Dumbo'.

—Habla tú —le susurró.

Sin mostrar ninguna extrañeza el tonto comenzó a parlotear.

—¡Hola! —Y, al cabo de unos segundos, añadió: —¿Quién, yo? Yo soy el Lolo, el Lolo de Huércal-Overa, ¿y tú?

A los pocos segundos, se volvió hacia Roberto con expresión compungida.

—No s'oye na —manifestó.

Roberto lo tranquilizó:

—No ha sido culpa tuya. Han debido de colgar.

El joven recuperó el teléfono, escuchó y solo un pitido intermitente se oía al otro lado del hilo. Preocupado por el cambio, preguntó el importe de la llamada y el número que había marcado. La telefonista le confirmó que había llamado al número de Adela. Eso le preocupó, había procurado dominar todo vestigio de ella y eso le demostraba que en su subconsciente su recuerdo estaba vivo. Demasiado vivo.

Ocupado en esas cábalas, no reparó hasta encontrarse de nuevo junto al tabernero, que subido en una silla claveteaba en la pared un vistoso cartel anunciando la novillada de la tarde.

Después de abonar el importe de lo consumido, cabizbajo, salió del local. La entrada de Roberto en la tasca donde lo esperan coincide con la petición de uno de los parroquianos.

—Rufino, cántate algo por Marchena.

Pedro está en su salsa. Encantado con el ambiente, no ha percibido la llegada del amigo.

—Es tarde, ¿nos vamos? —sugiere Roberto, acercándose a su compañero.

—Vale —responde Pedro—. ¡Chico!, ¡vaya ambientazo! No me lo esperaba.

Salen, Pedro, entusiasmado, va relatando a su amigo los momentos vividos en compañía de aquellos clientes tan juerguistas. En su entusiasmo por lo disfrutado no percibe que Roberto, taciturno, apenas hace comentarios del hecho.

Cuando llegan la mesa está dispuesta, Rafael habla animadamente con su madre. Ante la presencia de los invitados surge la inevitable pregunta.

—¿Qué les ha parecido el pueblo? Bueno, lo que han visto.

Pedro intenta empezar a explicar lo vivido, pero ahora es la madre, doña Francisca, la que interviene.

—No, no. Vamos, y durante el almuerzo hablan ustedes lo que quieran. Se me va a quedar fría la comida.

Se sientan a la mesa, y la mano que luce un anillo distribuye el oloroso guiso. Pedro sigue fascinado los trayectos que recorre esa mano e intenta no perder ningún detalle de la destellante luz que fluye de la piedra. ¡Cuántas veces ha visto un anillo similar moverse junto a él en una mano diferente! Lo saca de su ensoñación la voz de la dueña de la casa.

—¡A comer! Espero les guste.

El guiso está realmente sabroso y los jóvenes lo proclaman al tiempo que con apetito engullen todo lo que la señora ha puesto sobre la mesa.

La señora, ante tanto elogio, dice, henchida de placer:

—Si se quedan por aquí no se irán sin comer otros guisos, como mi empedrao, o las pelotas, las migas con uvas y las empanadas de almendra.

—No se lo decía yo a ustedes —concluye Rafael, orgulloso—. Ahora, en lo que mi madre organiza el café, cuéntenme, ¿qué han visto?

Roberto no está hablador y es Pedro el que cuenta entusiasmado lo acontecido en la tasca.

—¡Ya! —explica el veterinario—. Son Rufino y sus amigos. No son de Huércal-Overa. Vienen a los toros desde Baza, en la provincia de Granada. Son aficionados y siempre que hay festejo nos visitan. Son buena gente.

—¿Puede contarnos algo del pueblo, Rafael? —pregunta Roberto, intentando sacudirse la tristeza que lo embarga

Como si hubiera esperado la pregunta y esta estuviese preparada, el anfitrión se dispuso a hablar.

—Vaya por delante que esto que voy a decirles no es pasión de ser hijo de este lugar. Si hay en la provincia de Almería un pueblo con hechuras de ciudad este es Huércal-Overa. Por suerte para ustedes, suelo releer los libros que hablan de la historia antigua y actual de este lugar, y no hace mucho que estuve echándole un vistazo a uno de los más completos, así que creo que les puedo contar bastante de mi pueblo.

Este sitio, como la mayoría de los del levante almeriense, debe su fundación a los romanos. Con ellos se inició la historia de este pueblo y es en sus tierras donde podría haber estado situada Munda, la ciudad a la que Asdrúbal puso, en el 214 antes de Cristo, sitio por su apoyo a los romanos. El lugar, posiblemente una actual cortijada sita en la entrada natural al valle del Almanzora, fue por entonces una importante vía de comunicación que unía el Mediterráneo español con las regiones atlánticas. En las proximidades se encuentra la Cueva de Escipión, situada en la cumbre del Cabezo de la Jara y donde se dice que falleció Ceno Escipión tras su derrota a manos de Asdrúbal. Realidad o leyenda, un ariete, espuelas de plata y puntas de lanza encontradas siglos después demuestran, al menos, que la zona fue escenario del enfrentamiento entre los dos mayores ejércitos de la época.

La primitiva Huércal, o Huércal la Vieja, la sitúan en el Cabezo de la Jara o la Sierra de Almagro, donde las ruinas de una pequeña fortaleza han hecho pensar en ello. La actual Huércal-Overa puede iniciar, sin embargo, su singladura ya en época árabe, Durante el reinado de Abderramán II, concretamente en el año 846, se produce la gran sequía de al-Ándalus, que despobló por completo a la alejada provincia de Almería. Poco después comenzaría la repoblación y de esta época puede calcularse que se originaron los asentamientos de Güercal y de Overa —sin constatación—, donde se establecieron sendos castillos: el de Guércal en la estribación última de Sierra Almagro; el de Overa en la cima de La Sie-

rrecica y el actual Castillo de Santa Bárbara. Ambas fortalezas formaban parte, parece ser, de una estructura de comunicación y defensa que penetraba, hasta Serón, por todo el valle del Almanzora, con los castillos de Zurgena, Cantoria, Purchena y Serón. El río Almanzora, las ramblas, fuentes, balsas y manantiales, rebosantes —se cree— entonces de agua, cimentaron una prosperidad que edificó una población de la que quedan vestigios en toda la comarca.

Para desgracia de los vecinos, batallas y más batallas llevaron a las incipientes poblaciones de Güercal y Overa a ser finalmente anexionadas, mediante donación previa, a la ciudad cercana de Lorca en merced a los servicios prestados a la Real Corona, como así lo acordaron los Reyes Católicos en el año 1488.

Y como la historia está para recordarla les diré que, a partir de su conquista cristiana de 1488, Huércal, que solo había sido una encastillada guarnición militar islámica, y Overa, su centro abastecedor más cercano, se unirán para siempre en una sola entidad bajo jurisdicción de Lorca, aunque Huércal era un enclave menor. La primera iglesia se debió de construir a lo largo del siglo XVI, aproximadamente en el año 1564; la primera escuela data de 1619. Y fue el 3 de marzo de 1668 cuando Huércal y Overa se constituyeron con la denominación común de Huércal-Overa. Fue mediante escrito de compra a la Real Hacienda, que pagaron los propios vecinos de su patrimonio, como se emanciparon de Lorca.

Los huercalenses fueron bendecidos con tierras fértiles, aunque con una pluviosidad escasa. Cuando los años traían abundantes lluvias, las cosechas eran abundantes y la producción agrícola y ganadera estimulaba el comercio y la vida en el pueblo. Y, sobre todo, su campo crecía. Hay que destacar la importancia que tuvo en el progreso económico el desarrollo de las dehesas ganaderas. Hasta aquí llegaban las cabañas de las comarcas cercanas y de las Hoyas de Baza para herbajear en invierno. La agricultura y esa ganadería fueron las primeras fuentes de ingresos para los vecinos y para las arcas municipales.

El principal fruto material de la prosperidad de este periodo es la Iglesia Parroquial de Ntra. Sra. de la Asunción. Un hermoso edificio barroco con un artístico retablo de José Ganga y obras escultóricas de prestigiosos imagineros. Como no podía ser de otra manera, el dinero para su construcción también salió de los bolsillos de los huercalenses.

El siglo XIX se abrirá con la dolorosa experiencia de la Guerra de la Independencia. En Huércal-Overa estableció su cuartel general el general Joaquín Blake, y en los Llanos de la Virgen y en la pedanía del Saltador tuvo que librar feroces batallas contra los franceses.

Una vez restañadas las heridas de la contienda, Huércal-Overa se dispuso a afrontar la etapa que conformaría su actual fisonomía: un pueblo de trazo mercantil, centro comarcal de una estimable producción agrícola y ganadera. Una serie de años de buenas cosechas, sobre todo en los rentables viñedos de los pagos de la Sierra de las Estancias, el desarrollo de la minería en Sierra Almagrera, la mejora de las comunicaciones, con la construcción de la carretera que une Puerto Lumbreras con Almería, y el establecimiento de estación de ferrocarril y telégrafos, repercutieron en el engrandecimiento poblacional y económico de la villa. Hasta tal punto, que se logró la adjudicación de una de las dos sedes provinciales de la Audiencia de lo Criminal. A este efecto se construyó un Palacio de Justicia.

Todo esto fue posible, indudablemente, por la situación privilegiada de Huércal–Overa, que ha permitido que la ciudad haya sido desde antiguo un importante pueblo comercial y un lugar de paso obligado entre el levante y el sur. Ese hecho se traduce en su estructura urbana, con edificios y monumentos singulares, como la anteriormente citada Iglesia Parroquial de la Asunción, El Pósito, el mencionado Palacio de Justicia —hoy Ayuntamiento—, la Torre árabe, el Palacete de las Cuatro Torres y la plaza de toros construida en 1901.

Esta riqueza tuvo su influencia en lo social y cultural. Se construyeron señoriales edificios, casas con regias fachadas y elegantes cancelas de estilizados detalles, prosperaron asociaciones como el Casino Principal, la Cooperativa Cultural, el Círculo Instructor Obrero..., se fundaron periódicos —El Horizonte, La Voz del Ateneo, El Almanzora—*, se consiguió una feria ganadera y comercial de ocho días y, sobre todo, se consolidó la que ya no dejaría de ser la seña de identidad de Huércal-Overa: las procesiones de Semana Santa.*

Como habrán podido escuchar, las infraestructuras, principalmente la estación de ferrocarril, hicieron del pueblo centro de la comarca, y poco a poco se fue asentando un excelente comercio. Sin embargo, el campo, donde la generosidad de la tierra, más fértil que ningún otro sitio de la provincia, hacía de ella un paraíso terrenal, se fue malogrando por la injusticia y la ceguera de los seres humanos, asolados ellos por una miseria más irracional aún porque no había razón que existiera. Ante el hecho, fue pavorosa la simplicidad de la gente implorando a Dios, pero estuvo claro que Dios imponía sacrificios y no daba a cambio ninguna explicación.

Los vecinos de Huércal-Overa han sido y son profundamente religiosos y por eso la Semana Santa es una fecha importante en sus vidas; viven parte del año dedicados a esas jornadas agrupados en tres hermandades. La rivalidad que presentan las tres cofradías es continua en el tiempo y se materializa en el

objetivo de aumentar su patrimonio cofrade, por mejorar la belleza de sus pasos procesionales y por el rigor y la organización de los desfiles. La majestuosidad y la riqueza de estos pasos en los días de Pasión, las peculiares y nobles competencias entre las Hermandades de los Morados, los Blancos o los Negros, se bastan para plasmar la fe de un pueblo que se vuelca durante esos días y hace que sea un acontecimiento digno de presenciarse en el que todos los participantes intentan superarse, provocando auténticas batallas familiares. La rivalidad entre los partidarios sale de los circuitos de las procesiones, estableciéndose entre los vecinos verdaderos pugilatos por la supremacía del festejo. Todo dentro de un silencio tan puro que se podía escuchar el vuelo de una mosca. En todas las procesiones es un privilegio el ver a los guardias civiles, con el uniforme de gala acentuando su marcial gallardía, escoltando el trono.

Los jóvenes escuchan interesadísimos los datos del veterinario.

—Qué curiosa definición —comenta Pedro—: Paso Blanco, Paso Morado y Paso Negro.

—Efectivamente, puede ser curioso, pero el hecho es muy antiguo. Desde 1890, que fue fundada la cofradía de San Juan Evangelista, o Paso Blanco, cada Jueves Santo pasea sus imágenes por la ciudad.

»Y más antiguo es el Paso Morado, nombre con el que se conoce a la cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno; se remonta a 1717 y el Miércoles Santo por la noche celebra su salida principal. Su origen se encuentra en la fundación de la Escuela de Cristo. Fue en ese año y lo hicieron 37 hermanos de escasos recursos que se reunían todos los sábados a realizar sus ejercicios religiosos.

»Y el que se lleva la palma en antigüedad es la Hermandad del Paso Negro, que tiene su origen de fundación en 1664. Es considerada como la cofradía más antigua de Almería. El Viernes Santo, sus devotos sacan sus imágenes en mística y recatada procesión.

A los visitantes no les hace falta preguntar qué cofradía goza del fervor de la casa, la imagen de la entrada con el manto morado no ofrecía dudas.

Era evidente que, en algunos tramos de la exposición de cómo era el pueblo, a doña Francisca le hubiera gustado intervenir y, sobre todo, explicar la pasión, la fe de sus habitantes por cada uno de los Pasos mencionados, pero dando muestras de una exquisita educación se había limitado a escuchar y asentir las palabras de su hijo.

Las tazas de achicoria, que la dueña de la casa había servido con la misma ceremonia que si se tratara de auténtico café, hacía rato que esparcían su aroma sobre ellos, cuando el anfitrión terminó diciendo:

—Y esto es, a grandes rasgos, Huércal-Overa. Así que terminemos el brebaje, durmamos la siesta y luego nos vamos descansados a los toros. No se preocupen por buscar fonda, están invitados, dormirán en casa y ya iremos hablando de más cosas.

La dueña de la casa, con gesto complacido, lleva a los jóvenes a habitaciones distintas. Estos, por primera vez desde que se unieron en el viaje, van a dormir separados. Solos en el cuarto, se sienten extraños, no lo perciben, pero poco a poco se dan cuenta de que se han habituado a la compañía. Tumbados sobre la cama intentan cerrar los ojos, conciliar el sueño; a Pedro le asaltan los recuerdos que la vista del anillo de doña Francisca ha traído a su memoria. Recuerdos perdidos en la niebla del tiempo que ahora afloran.

Su madre, también, tiene un anillo, ese anillo ejerció sobre él, desde siempre, una importante fascinación. Pero fue desde aquella vez que, viendo que le gustaba tocarlo, le dijo: «¡Cuidado, es mágico!». Esa frase quedó en su mente grabada con un sello de credibilidad que en una época lejana se acrecentó y vivió con él. Aquello con el tiempo lo olvidó y hoy la mano de doña Francisca había avivado el recuerdo trayéndole a la memoria escenas de otros tiempos.

El anillo de su madre, de oro como aquel, tenía una piedra más pequeña. Decían que era una turquesa o una esmeralda, eso no lo recuerda bien. Había sido de su abuela, que a su vez lo había heredado de la suya. Se lo ponía pocas veces, pero, cuando se lo colocaba, sus ojos de niño intentaban no perderse el movimiento de la mano para no privarse del acto mágico que su lógica infantil esperaba. Además, los poderes que el anillo daba a su madre hacían que esta supiera todo sobre él, estuviera o no estuviera junto a ella. Se lo imaginaba como el anillo del rey Salomón, del que se decía tenía, entre otros poderes, la facultad de dotar al portador de capacidad para comprender el lenguaje de las aves, de los peces y de todo el reino animal.

Su mente de niño suponía era verdad aquello de los poderes, lo había visto en el cine. Los reyes y los poderosos siempre llevaban un anillo en el dedo —faraones egipcios, santones, sacerdotes de la iglesia y emperadores romanos—. Un compañero de colegio, que presumía de saber mucho de eso, le había dicho que el dios de la mitología nórdica, Odín, para acceder a la sabiduría tuvo primero que conseguir un anillo.

Todo aquello hizo que su mente de niño soñase, y soñó. Soñó que era un rey y quiso que le hicieran un anillo, pero no un anillo cualquiera, sino un anillo mágico. La tarea no era fácil, sabios y artesanos no sabían cómo hacerlo, hasta que un día se personó un misterioso anciano ante él y le dijo que podría hacérselo, siempre que le permitiera grabar en el interior del anillo un mensaje de solamente tres palabras; eran las palabras que debería leer en los malos momentos, ellas le darían sabiduría para solucionarlos, pero que no debería olvidar leerlo, también, en las situaciones felices. Con el hecho consumado del anillo en el dedo, vivía feliz. Sus deseos se cumplían y, como suele ocurrir, no se acordó de leer el mensaje del anillo, hasta que un día su reino fue atacado y tuvo que huir. Aquel hecho hizo que se acordara del mensaje grabado por el anciano y leyera en el interior de la sortija: «Esto también pasará».

Aquel sueño hubo un tiempo que lo tuvo muy presente. Pero aquella quimera de la niñez se pasó y no la había vuelto a recordar. Hoy la visión de la mano de doña Francisca había hecho que lo rememorase y recuperase del encierro que suponen las páginas del libro de los recuerdos, y, más que ese sueño, la frase, aquella frase de: «Esto también pasará».

¿Era casualidad que el destino hubiera provocado el recuerdo? No lo sabía. Pero era evidente que tomase la decisión que tomase, respecto a Carmen, el mensaje del ensoñado anillo lo tenía previsto: «Esto también pasará… Esto también pasará…» Con esa frase en los labios quedó dormido.

A Roberto, en la otra habitación, un olor peculiar procedente del armario que presidía la alcoba le hizo recordar su casa. Su tía también ponía bolitas de alcanfor en los armarios. Desechó los pensamientos, quiso dormir y le asaltó la frase que su padre decía de la siesta y del dormir: «El hombre gasta la tercera parte de su vida en reparar el sueño; un desastre, hijo, así no se va a ninguna parte. Durmiendo no se conquista nada».

Movió la cabeza desechando los pensamientos e intentó relajarse, pero no pudo, su cabeza era un polvorín a punto de estallar. Había guardado la compostura durante la comida, pero su mente estaba a muchos kilómetros de distancia pensando en Adela. ¿Qué pensaría de la llamada? ¿Se figuraría ella que había sido él, que había querido reírse de ella? Ese pensamiento lo estremeció, lo inundó de espanto. La culpa era solo suya por haber temido hablar para aclarar aquello que tanto deseaba, pero otra vez el temor le había hecho rehuir la responsabilidad de enfrentarse a un hecho que él había provocado y que gran parte de su ser deseaba solucionar. Había desaprovechado la opor-

tunidad de defender su conducta, si es que su actitud con ella tenía defensa, porque, lo reconocía, no había dado la talla en cuanto a responsabilidad, había sido cobarde al no enfrentarse a una situación de la que ambos eran culpables, por lo que atañía a los dos resolverlo como adultos que eran. Intentar solucionarlo era prioritario, lo que no sabría cómo explicar sería su huida, qué lo llevó a dejarla abandonada en aquel lugar.

Intentando evocar tantas horas perdidas de su amor convertido en viento amargo, se preguntó qué circunstancias habrían sido capaces de transformarlo para reaccionar así. Qué pensaría esa mujer al verse en esa situación. Seguramente lo odiaría, no querría saber más de él. Se lo merecía. Ese pensamiento le hizo estremecerse. Con esa reflexión, entristecido, le llegó el sueño.

El sol hacía tiempo que calentaba la cabeza de los aficionados cuando llegaron a la plaza. Los caminantes contemplan divertidos a un charlatán, rodeado de gente, que a gritos dice tener remedios para males reumáticos y dolores musculares. Al tiempo que vocifera agita un papel.

—¡No más dolores! ¡Aquí, señoras y señores, aquí están las fórmulas!

Risueños por la estampa, se paran a escuchar al esforzado parlanchín y a su retahíla.

—Engloban todos los dolores reumáticos, procesos musculares y algunos traumatológicos. Estos males, queridos amigos y amigas, se tratan con emplastos resultantes de la cocción de hojas de alzabara o pita con dientes de ajos. Con la parte más gruesa de la pita picada se hace un emplasto que se aplica sobre la parte dolorida.

»Unas paletas (penca o chumbera) partidas por la mitad y calentadas al horno después de envueltas en un paño se aplican sobre el vientre de los afectos de procesos dolorosos intestinales y también para los procesos artríticos. Con la raíz de alcaparra hervida junto a la del granado, formaréis una bebida útil para dolores de huesos y articulaciones.

»Con el ungüento de tallos de retama fritos aplicados en fricciones combatiréis el reuma, y con el cantueso, sus dolores. ¡Ah!, y con el rabogato mezclado con tomillo romero y olivarda, también podréis aliviar los reumas y las lumbalgias. ¡Aquí, señoras y señores, aquí están las fórmulas!

Joviales, los forasteros abandonan al ocurrente orador para unirse al gentío que acude al festejo. El coso estaba a rebosar, no obstante, los dos amigos, siempre detrás del veterinario, no tuvieron problemas para acceder al interior.

—Quédense aquí —les indicó Rafael, llevándolos hasta una barrera—, que en cuanto pueda me reúno con ustedes.

Dicho lo cual desapareció. Los jóvenes contemplaban curiosos el espectáculo. La plaza era un ascua de oro. El ambiente era indescriptible. Entre el público, en divertida mezcolanza, legionarios tatuados y gente de escapulario y devoción se habían mezclado con los más diversos tipos de personas. Las conversaciones, las risas y el humo de los cigarros se mezclaban en el ambiente. Roberto había disfrutado tardes de toros en Madrid, por lo tanto, conocía la euforia que revestía la fiesta, pero aquello era diferente, aquella plaza, no muy grande, tenía 'algo' que él no había vivido. Para Pedro, fascinado, todo era nuevo. De pronto, un ruido de timbales atrajo su atención: se había abierto una puerta y por ella una especie de cortejo desfilaba.

—Ahora se mostrarán todos los que intervienen directamente en la novillada —le comenta, a su lado, Roberto.

Abrían este cortejo los dos alguacilillos que iban a caballo, estos atraviesan la plaza para dirigirse a la Presidencia y se paran ante ella.

—Esperan a que lleguen los demás para pedir la llave de la puerta de los toriles, donde se guardan los toros —Roberto sigue comentando los detalles del ritual—. Los que van detrás son los tres novilleros seguidos respectivamente por los miembros de sus cuadrillas, compuestas por tres banderilleros y dos picadores. Al final del cortejo los que aparecen son los mozos y las mulas de arrastre, que son los encargados, una vez muerto el toro, de retirarlo de la plaza. Ahora, simbólicamente, entregarán las llaves.

Cuando, con un ademán, la llave ha sido entregada y el cortejo se ha retirado, se abre la puerta de toriles. El toro ha salido a la plaza y con ello comienza la lidia. Mientras los miembros de las cuadrillas tantean al toro, Roberto vierte sobre el oído de Pedro todo su saber taurino.

—La corrida se divide en tres partes, denominadas tercios, que se marcan con un toque de clarín. En el primero de ellos el diestro torea con el capote. Con un toque de clarín se indica que salgan los dos picadores al ruedo, situándose cada uno de ellos en un extremo de la plaza, pero solo uno ejecuta la que se llama 'suerte de varas', consistente en clavar en el toro la puya de una larga vara con la que, a modo de garrocha, el picador aguanta la embestida del animal.

»En el segundo tercio se ejecuta la 'suerte de banderillas', en la que los subalternos, banderilleros o 'toreros de plata', como queramos denominarlos, ponen al toro tres pares de banderillas.

»En el último tercio el torero ejecutará la 'suerte suprema', en la que toreará con la muleta, en vez de con el capote, para, al final, tomar la espada y matar al toro. Estos son los momentos más difíciles de toda su labor, pues en ellos debe conseguir que el toro lo embista y, justo en medio de la embestida, aprovechar el momento para clavar su espada o estoque en el corazón del animal. Es cuestión de escasos segundos, y en ellos solo debe concentrarse en acertar en un punto muy concreto cuando el toro en movimiento se lanza a su muleta. Es quizás aquí cuando el diestro expone más abiertamente su cuerpo ante el toro. Es a toda esta lucha a la que se ha considerado una obra de arte viva y efímera.

Mientras Roberto habla el público vibra. A cada lance los oles salen estruendosos de las gargantas enfebrecidas de unos espectadores entregados al noble arte de la fiesta. El primer toro ha caído redondo y las mulillas arrastran al astado sacándolo del ruedo. La gente aplaude a rabiar y mira hacia el palco.

Otra vez la voz de su amigo suena en la oreja de Pedro.

—Están pidiendo una oreja. Verás: si la faena del torero, así como el haberle dado muerte con una acertada estocada, ha transmitido al público todo ese cúmulo de sensaciones positivas, el público premia al torero. Los trofeos serán una o dos orejas del toro lidiado y, como máximo, el rabo. Los espectadores solicitan al presidente de la plaza los trofeos moviendo simbólicamente los pañuelos, siendo él quien decidirá en última instancia si accede o no a las peticiones del respetable. El mayor honor para el torero, tras una extraordinaria faena, es el de salir del ruedo a hombros de la multitud.

La corrida continúa y Pedro se encuentra viviendo una experiencia que no conocía y que le parece apasionante.

Han pasado ya tres novillos por la arena y, con gran extrañeza de los aventureros, no se ha apagado aún el eco de la ovación al torero y al noble animal, cuando la fiesta se para, y las mujeres, bellamente ataviadas para la ocasión con detalles florales y abanicos, abren sin perder un instante sus cestas y capachos de los que van extrayendo bocadillos y otros comestibles que comparten grupos de aficionados y acompañan con botellas de bebida.

Inopinadamente, aparece el veterinario, apurado, portando una bandeja en la que hay empanadillas, croquetas, trozos de tortilla y tres botellas de cerveza.

—Perdónenme, pero no era mi intención retrasarme tanto. Ahora les cuento. Antes vamos a degustar este piscolabis.

Ante los ojos de extrañeza de los amigos por lo que a su alrededor ocurre, continúa:

—Esto que ven es una tradición. Esta práctica en una corrida, y que a todo el que no es de Almería extraña, es costumbre desde 1669 y se debe a lo siguiente: En el mes de diciembre de 1668 se estaban ya preparando las fiestas de toros para el mes siguiente, toda vez que la Feria de la Patrona de la ciudad de Almería, la Virgen del Mar, se celebraba por entonces en enero. Llegó a oídos del Cabildo de la Catedral que el Ayuntamiento iba a introducir una novedad, dando en medio del festejo una merienda entre sus invitados. El Cabildo, para no ser menos, acuerda preparar la suya «*...por cuanto los señores prebendados avían de asistir a vista y no era cosa de que pasaran envidia o quedaran en ridículo...*», datos estos que se recogen en el Archivo de la Catedral de la Encarnación. Al año siguiente, el pueblo asumió como suyo ese hecho, siendo éste el comienzo de las clásicas meriendas.

»Desde entonces, esta costumbre de la merienda es una de las peculiaridades que diferencia y dota de personalidad al coso de la capital entre todas las plazas de España y del mundo. Para ello, se establece un descanso de media hora tras el arrastre del tercer toro y la salida del corral del cuarto. Y, con el tiempo, la costumbre ha ido siendo adoptada por todos los pueblos con festejos de la provincia.

Mientras con apetito degustan las viandas de la bandeja, Rafael sigue hablando.

—Me he retrasado porque he estado hablando con Ángel del Campo, el tercer torero. Quédense con el nombre. Lo conozco desde hace años, pero no lo había vuelto a ver. Me ha alegrado verlo después de aquella desgraciada tarde.

La boca de los acompañantes no pregunta, solo se mueve para comer, pero los ojos fijos en la cara del narrador interrogan e invitan a proseguir el relato.

Los hechos se remontan a mi época de universitario en Córdoba. Era yo estudiante y, junto a otros compañeros, habíamos ido a ver unos festejos a Loja, ese pueblo lleno de encanto y de tipismo de la cercana provincia de Granada. Era la víspera del evento y aquella mañana me encontré a Ángel del Campo cerca de la iglesia. Era muy temprano. Bajaba yo desde el cerro a donde había subido

para ver el amanecer y la perspectiva del pueblo. Él y dos compañeros de capeas habían dormido en el portalón de la iglesia monacal. La santera tocaba el último toque de campanas que congregaba a un reducido grupo de mujeres asiduas a madrugar. Las beatas me invitaron a entrar y no me dio tiempo ni a evadirme ni a cruzar más palabras, solo decir a los chicos, pues de críos se trataba, ya que Ángel apenas tenía 15 años:

—Esperadme. Después de misa os veo.

El templo tenía un magnifico aspecto y la Virgen del Rosario aquel día estaba profusamente adornada de flores y de velas. A pesar de ello estaba deseando finalizar. Por primera vez no había disfrutado del rito. Terminada la ceremonia salí de la misa pensando en los muchachos: Parecían maletillas. ¿De dónde vendrían?

Por mi continuo vivir en el mundo de colegios desconocía esa vida, esas costumbres. Nunca había visto aquel tipo de muchachos con trastos, espadas de madera y útiles de torear. No sabía lo que significaba esa extraña y pinturera comparsa que junto a la fuentecilla acababa de arreglarse y me miraba con curiosidad. Al acercarme a ellos, me ofrecieron tabaco. Echamos un pitillo y la reunión se relajó, les conté que sería del gremio, que sería veterinario y ellos me contaron lo que hacían.

Ángel, que era el cabecilla, había abandonado el domicilio de sus padres en Toledo buscando la aventura de hacerse torero de capea. Los otros dos que lo acompañaban, poco mayores que él, procedían de pueblos cercanos.

Era esta una costumbre, lo supe después, ancestral en Castilla y en la Andalucía profunda. Los muchachos con vocación que aspiraban a dominar el arte de torear deberían curtirse en las fiestas de los pueblos, donde era fácil encontrar la oportunidad de lucirse ante toros y vacas bravas que dejaban sueltas en las plazas para divertir a los paisanos y para probar la suerte y el valor de los así llamados 'maletillas', 'capas' o simplemente 'aficionados'.

La ruta de los pueblos de capeas concentraba infinidad de jóvenes de los más diversos lugares, gente sencilla y humilde faltos de recursos económicos y de cultura, la mayoría, que deambulaban de un sitio para otro con sus pertrechos: el hatillo al hombro y su muleta de franela roja acompañada de capas viejas, descoloridas. Toda su fortuna a cuestas, viviendo de la caridad y del entusiasmo de los habitantes de cada lugar, buscando el triunfo y la fortuna a través de encontrar la ocasión de hacer una buena faena, es decir, lograr torear tirándose espontáneamente al ruedo de la plaza y ser visto por alguien importante de ese singular mundillo, que convertía al candidato en una joven promesa del esca-

lafón de figuras del toreo. Pero esto no era fácil. La inmensa mayoría de los jóvenes caía en el olvido y en el anonimato. Probada la suerte como novilleros y aún como matadores de toros se refugiaban en el grupo más sencillo que era el de los banderilleros. Algunos quedaban inmersos en ese submundo trágico de la marginación y la delincuencia.

El mundo del toreo tiene un escalafón por el que es prácticamente indispensable pasar: el primer escalón es el de maletilla, profesión difícil y amarga, que vive sobre la tierra al margen de la vida social. Después será torerillo de capea, pasará a subalterno, novillero y, si tiene suerte, a matador.

Aquellos aprendices de torero, en su charla, me hablaron de un mundo insólito para mí, en el que la mayoría de los chavales que querían torear tenían que ir de noche a las ganaderías de bravo. A eso le llamaban 'hacer la luna'. Caminaban por los polvorientos caminos de la esperanza torera. Su afán les obligaba a recorrer kilómetros de caminos de dehesas de ganado, buscando torear en los tentaderos de las vacas bravas durante el invierno, soportando a mayorales de las ganaderías que quemaban las ropas y pegaban a los que cogían en los reductos de sus campos. Hasta llegar a pueblos remotos de España, en verano con toros grandes para chavalillos chicos como ellos, soportaban miles de calamidades y heridas que las curaba el aire… Mientras nos dirigíamos hacia la plaza y contaban sus historias, los miraba detenidamente. Alucinaba. Su lenguaje me sorprendía. Había estado en algún tentadero, pero no sabía lo que era 'echar el guante', 'romper los avíos', 'perder el hato'. Nunca había oído decir que un toro 'tiene leña'. Todo ese mundo, para mí surrealista, estaba tomando fuerza por sorpresa en mi imaginación.

Paré ante la fonda donde me había hospedado y me presenté para desayunar con aquellos extraños invitados. Mis compañeros no estaban. Al acabar los churros y el café habíamos sellado un pacto:

—Os ayudaré en lo que pueda —les dije.

Aquella tarde aluciné. Nunca había visto el pintoresco aspecto de una corrida de novillos como aquella de aquel pueblo de Granada cuya plaza constituía, el día del festejo, el centro de la vida geográfica y social de sus gentes. Una hora antes de empezar, el aforo de la plaza había quedado completo. Las talanqueras y el tabloncillo donde se sube la gente para ver las corridas estaban a rebosar, todo estaba lleno. Los concejales del Ayuntamiento, acompañados de un número de la Guardia Civil cada uno y dirigidos por un cabo, hacían la requisa, es decir, la comprobación de que los extraños al lugar habían pagado la correspondiente entrada. Una señora, la tía Carmen, a la que cariñosamente, los que la cono-

cían, llamaban por el mote de la tía Cohete, ayudó a camuflar a los torerillos; algo evidentemente prohibido y nada honesto, pero que tentaba a la picaresca.

Poco a poco la gente con sus conversaciones y gritos fue creando ese ambiente de expectación que existe antes de una corrida. Aquella era una simple novillada de dos toros para principiantes a quienes vimos vestirse con viejos trajes de luces de alquiler en una habitación grande y común que la tía Carmen había preparado para este rito.

El ir y venir previo de los banderilleros y los mozos, sus voces y sus gestos, su rincón con las estampas y las lamparillas encendidas, el ambiente, la música como prólogo que sonaba interpretando pasodobles desde el ayuntamiento vecino, la bulla que todo ello comportaba me tenía ensimismado y perplejo. Después de los novillos en lidia normal se anunciaban dos toros de capea para los mozos y aficionados. Yo estaba deseando ver ese espectáculo para mí desconocido. Los tres maletillas habían salido de su escondite y justamente a la hora de empezar el festejo, cuando el alcalde sacó el pañuelo desde el lugar presidencial y se iniciaba el paseíllo, los vi tumbados en el suelo, en las mismas tablas con que hacían el ruedo, boca abajo, ocultando las muletas entre la tierra y el pecho. Querían estar cerca del acontecimiento. Parecían combatientes atrincherados esperando su hora de asalto.

La fiesta discurrió dentro de la normalidad hasta la muerte del segundo novillo. Los avispados matadores dieron pruebas de saber el oficio, el público se divertía y los trofeos se daban con facilidad para ayudar a los que comienzan, como alguien, junto a mí, me explicaba. Sonó música y tras ella, en medio de una oleada de entusiasmo salió el primer toro de capea. Al verlo, el público hizo una exclamación de grandeza. Pronto surgieron los primeros espontáneos y el toro se hizo rey y señor del ruedo. En sus acometidas embestía a los arriesgados y echaba por tierra su valor. Los mozos se ayudaban unos a otros haciendo quiebros que levantaban pasión en los graderíos y aplausos. Siempre había alguno a tiempo de evitar una desgracia.

De repente, Ángel, espigado, viril y valiente, el más joven de los chicos, se había lanzado al ruedo armada su muleta con la espada de madera y esa especie de palo con pincho que hace de ayuda. Me pareció un gladiador yéndose hacia el toro. Se hincó de rodillas en el centro de la arena y lo citó a larga distancia. El público gritó un ¡¡Oh!! de exclamación y de sorpresa y contuvo la respiración. Yo me quedé asombrado, vi la realidad y pensé: «¡Dónde va ese chiquillo!».

El bicho, toro inmenso de la tarde, bufaba, se arrancó y acometió el engaño. El muchacho aguantó impávido la embestida. No se movió. Debió de pasar junto

a él como un huracán. Volvió a citarlo de la misma forma, la gente, entusiasmada, aplaudía. El toro iba y venía atento al percal rojo y al mando del chaval, borracho de triunfo. Al fin se puso en pie y continuó toreando entre la euforia popular, el clamor de la gente y la música de la banda que sonaba en su honor. Nadie se atrevía a acercarse. A quitarle el toro. Los demás maletillas rendían honor al triunfo del compañero.

Pero todo cambió en un momento. El toro había aprendido mucho, en una de sus embestidas lo derribó. Hubo un ¡ay! general. En tierra, tendido, el muchacho recibía las acometidas del animal que lo agitaba como un trapo. En un momento lo volteó por el aire y lo estrelló contra el suelo como si fuera un signo de venganza. Los compañeros corrieron hacia él para auxiliarlo. Uno retiró capeando al toro, otro le quitó la franela de las manos. El muchacho, conmocionado pero puesto en pie, trataba de continuar la faena. Parecía herido, pero a nadie ni a nada hacía caso. Al verse sin el percal se quitó la camisa y corrió hacia el toro con ella en las manos para seguir toreando. Intentó citarlo:

—¡Ehhh, toooro!

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Qué locura!

—¡Quitadle de ahí! —gritaba la gente.

Por fin el maletilla cayó al suelo. Lo cogieron en brazos los asistentes. El público estaba consternado. Se hizo un silencio de muerte. Las mujeres se habían tapado la cara para no ver. Lo llevaron hacia la improvisada enfermería en el ayuntamiento. Subí las escaleras sin saber que lo hacía. En el suelo vi gotas de sangre que como un reguero manchaban el pasillo. Instintivamente me encontré a su lado echando las manos para depositarlo sobre la cama de curas y las saqué rojas. Alguien apretaba un torniquete y pensé: «Lo ha matado»; pero el herido respiraba. Los mozos se retiraron de la estancia. El médico y el practicante rasgaban sus ropas mientras se hervían los bisturís en un rincón de la sala. A mí me dejaron permanecer en la cabecera del herido sosteniendo entre mis manos la loca aventura de sus ideas en un rostro sudoroso, el pelo suelto, los ojos perdidos. Estaba profundamente impresionado.

En medio del silencio solo se oía su respiración entrecortada, seguida de algún lamento que se mezclaba con las órdenes del doctor a su ayudante. Mientras limpiaban y ordenaban aquel cuerpo magullado y descubrían la herida de la cornada volví la vista a las paredes de aquel salón de sesiones convertido en quirófano improvisado, eludiendo el drama o buscando ayuda en el pensamiento. Un crucifijo, un retrato del general Franco, la bandera de España y una placa del Sagrado Corazón de Jesús es lo que alcancé a ver; más allá, la estufa de leña

para el invierno, y, en un rincón, el peso y la barra métrica de tallar a los quintos. Sobre los sillones rojos, la ropa ensangrentada. ¡Qué desolación!

La inyección calmante hizo su efecto. La intervención fue eficaz y larga. Al fin entró el alcalde, preocupado, junto al secretario del Ayuntamiento.

—Tendremos que avisar a sus padres —sentenció el alcalde.

—Es un menor de edad y no sabemos dónde vive —dijo el sargento de la Guardia Civil, allí presente.

Todos guardamos silencio, solo queríamos oír el veredicto del galeno. Don Pedro, que así se llamaba aquel médico, nos tranquilizó: no había peligro.

Mientras, la fiesta seguía en la plaza. A través de la ventana veía torear y hacer quiebros a los mozos en el segundo toro de la capea. La música sonaba para olvidar la tragedia. Los compañeros, cariacontecidos, esperaban fuera de la sala el resultado. Salí a comunicárselo. A tranquilizar sus ánimos y me fui. No tenía ganas de fiesta. Además, nos teníamos que marchar. Debíamos de volver a Córdoba. No lo volví a ver. Por la prensa, de vez en cuando, he sabido de él, de sus éxitos. Por eso sé que lo ha conseguido.

Los dos amigos han quedado impresionados por la historia, por lo dramático del relato; pero el mundo de los maletillas es un ambiente que Roberto, dice, conoce bien. Él ha compartido cuanto hay de romanticismo y de sueños en la vida de los 'capas'. También ha vivido aventuras con el hatillo al hombro por los caminos a la búsqueda de esa oportunidad de 'hacer la tapia' para aprovechar la primera ocasión que se presentara. Reconoce que no lo hizo en serio, solo se agregó al grupo por diversión y ganas de aventura.

El camino del maletilla era un sendero demasiado duro para cualquiera, en especial si se es un joven sin experiencia ni conocimientos del arte del toreo. Llena de dolor, lágrimas y sufrimiento, sin embargo, esta disciplina espartana no garantizaba el éxito y muchos incluso morían en el intento en algún pueblo recóndito olvidado de Dios, donde se ignoraba su procedencia y hasta su nombre; así, en caso de percance o accidente llegaban a un hospital o al cementerio local en calidad de desconocidos. A pesar de esas circunstancias los que tenían una fuerte vocación taurina optaban por abandonar sus casas e ir a la ventura en busca de una oportunidad. Era una pasión existencial por torear, producto del subdesarrollo y del hambre, bases sobre las que se asentaba la vocación de torero.

«Si tuviera que hacer una semblanza de cómo son, de definirlos, lo haría así», pensaba Roberto: «Aprendices de torero que, con la esperanza de pegar

unos muletazos en los tentaderos, vagan por caminos y dehesas, con una muletilla en la mano o un hatillo al hombro donde guardan sus trebejos de torear, con la cabeza repleta de sueños e ilusiones».

La reflexión recóndita de Roberto ha estado acompañada del silencio de sus dos acompañantes. Los tres habían quedado mudos tras el relato de Rafael, silencio que rompe la voz de Roberto.

—Ese mundo, como he dicho, lo conozco un poco. Hubo un tiempo que incluso formé parte de él.

Rafael y Pedro lo miran sorprendidos. Pedro piensa: «¡Vaya con Roberto! Cuántas sorpresas me tiene que dar todavía».

—No se sorprendan, tuve mis años en los que también quise ser torero. Bueno, torero, torero… no, me gustaba ese mundillo y por ello estuve cierto tiempo andando de un lado para otro como uno más. Mientras esperamos la reanudación de la corrida les puedo contar algo de aquello.

Entonces, las celebraciones de capeas de vaquillas eran numerosas y no dudábamos en desplazarnos a aquellos tentaderos donde permitían torearlas. Era una forma de darse a conocer a los ganaderos y apoderados, demostrarles las cualidades que teníamos como aprendices de torero. Colándonos en los trenes, en autostop o andando era la forma de desplazarse de pueblo en pueblo para poder llegar a un destino donde el fin era el poder torear. Y en ese deambular de un lado para otro llegábamos a algunos sitios donde la plaza principal del pueblo era vallada con unos cuantos postes y algunos carros, troncos y maderas. Después soltaban en el redondel un toro viejo o una vaca. Los lidiadores éramos los maletillas que nos atrevíamos a encerrarnos con el animal en el improvisado ruedo. Si lo hacíamos bien se nos permitía pasar las capas mendigando entre el público con la esperanza de recoger las pesetas necesarias para seguir comiendo hasta la siguiente capea. En otro caso, éramos arrojados a patadas del pueblo.

Había que echar valor en las capeas de estos lugares. En estos festejos pueblerinos el público no estaba precisamente formado por socios de la Sociedad Protectora de Animales. Era gente ruda. Algunos escritores sentimentales la calificaban de salvaje. Exageración evidente. Total, solo porque les gustaba la sangre. La sangre de los toros y la sangre de los toreros. Si no había sangre no se divertían. Hay que tener en cuenta que en los pueblos no existen muchas distracciones, y las mozas y los mozos tienen necesidad de expansionarse un poquito una vez al año con ocasión de la fiesta del Santo Patrón de la localidad. Las mozas eran peor que los mozos, más implacables, más chillonas, más crueles. Las pobrecitas

gritaban a los toreros con sus voces dulces y suaves, hechas para arrullos maternales:

—¡Anda, ladrón, cobarde, déjate cogé, que pa eso te paga el ayuntamiento!

—¡Ay, ay, ay, no corras, sinvergüenza! ¡Lamberto, dale un garrotazo en la mano a ese maula, pa que se suelte de los troncos!

Y Lamberto obedecía y le soltaba al pobre aprendiz de torero encaramado en los palos de los tablados de la improvisada plaza dos garrotazos tremendos, y el torerillo se iba en busca del toro como quien se acoge al mal menor. En las corridas de algunos pueblos, el toro era lo menos peligroso.

—Yo he vivido muchas cosas de estas —siguió explicando Roberto a sus sorprendidos oyentes—. Como ejemplo, les voy a contar lo que ocurrió en un pueblo de Albacete, pero quede claro que esto se puede trasladar a cualquier lugar de España con mínimas diferencias.

Cuando llegan las fiestas, los hombres —jóvenes y mayores— esperan esos días para dejar escapar sus frustraciones. Son meses y meses de espera para poder desfogarse contra la brutalidad del destino. Llegado el momento, el sol cae a plomo sobre ellos y lo soportan sin inmutarse, subidos en talanqueras y tablados donde no cabe un alma. Hasta en los lugares más inverosímiles se cuelgan mozos y hombres maduros. También hay otros, los impacientes, estos pasean arriba abajo de la calle o la plazuela provistos de garrotes y varas de fresno dispuestos a lo que sea.

En el pueblo a que me refiero —no quiero decir el nombre—, en la boca de los callejones que daban a la plaza se habían instalado toscos burladeros hechos de aquella manera, que, junto a camionetas, talanqueras y maderas, hacían de empalizadas. Como diversión, gañanes y jornaleros tendían el hilo de la traca, que al final del festejo prenderían, entre los balcones y postes de alumbrado, al tiempo que encendían cohetes que hacían estallar entre el regocijo de la gente y carreras de un enjambre de chavalería. Amontonadas tras las ruedas de los carros y bajo las cajas de las camionetas, las mujeres gritaban, ambientando la escena, esperando el empiece del festejo. En el centro del improvisado ruedo los torerillos esperaban impacientes, aguardando la ocasión de poder lucirse con improvisadas muletas y capotes sucios y rotos con los que ensayaban pases que pensaban los llevarían a la gloria.

Tras varios avisos falsos que solo consiguieron enardecer a los presentes, los bichos aparecieron, quedando desierta la calle. El novillo que arribaba era ne-

gro, pequeño, pero bien plantado, corría acompañado de media docena de mansos que en la carrera hacían sonar sin cesar los cencerros. Al entrar en la plaza, aquel novillo se quedó parado seguramente extrañado del griterío; rápidamente, dos maletas se fueron a por él, pero el animal no se decidía a embestir, un hombre entró en el ruedo y le propinó un estacazo en el lomo, el bicho mugió e intentó cornearlo, el público vitoreó la acción. Los compañeros intentaron, componiendo la figura, pasito a pasito, torearlo, probar a lucirse sacando algún pase que permitiera pasar luego el trapo pidiendo la dádiva del respetable. Imposible, los bueyes aparecieron, no sé por qué, y surgió la desbandada en la que los bichos abrieron un boquete entre el respetable corriendo por la calle. Cada quien escapó como pudo, colándose en los zaguanes repletos de otros que habían llegado antes o trepando por las rejas y gateando por los balcones. Todos huían del toro a la carrera hasta descularse. Inesperadamente, novillo y cabestros volvieron sobre sus pasos acompañados de la música de los campanos, esta vez seguidos en la carrera por los mozos y el griterío de la vecindad enfebrecida. Aquellos que se guarecieron en portales y zaguanes, apenas pasaron los bichos, armados de bastones y estacas, corrieron tras ellos y los fustigaron salvajemente golpeando el lomo, grupa, corvejones e ijares.

En su carrera, la manada volvió a la plaza, dos compañeros que estaban recogiendo los trastos, al verlos aparecer, soltaron la capa de brega y salieron de estampida. El espectáculo parecía querer volver a iniciarse, pero, para animar, el maestro de ceremonias encendió la traca. Cuando los petardos estallaron las explosiones se sucedieron como el tableteo de una ametralladora, el aire se llenó de humo, los niños se llevaron las manos a los oídos y las mujeres chillaron con ataques de histeria. Mientras tanto, los animales corrían despavoridos. Sin yo saber cómo, un mozo lio un cable de la traca a los cuernos del novillo; cuando aquello se prendió, el animal giraba sobre sí mismo como una peonza intentando quitarse el fuego.

El caos pasó, y viejos, mozos, adultos, mujeres y chiquillos se amontonaron en las trancas horizontales de las talanqueras al acecho de lo que pudiera hacer el anonadado novillo, este, acobardado, pateaba el suelo con sus extremidades delanteras. Los mozos, en este impás, agudizaron sus varas. Otros se dedicaron a empinar el brazo haciendo filigranas con la bota y demostrando su pericia al verter interminables chorros en sus bocas y provocando la felicitación de los amigos. El odre no paraba y, como el negocio es el negocio, vendedores de gaseosas pregonaban su mercancía, mientras, los compañeros capas aguardaban la reanudación del festejo ejecutando pases de salón y desplantes desdeñosos de

figuras consagradas. Yo, desde un improvisado burladero, los alentaba. Un niño tiró un petardo sobre el animal y el novillo salió flechado hacia los maletillas, estos, desprevenidos, descompusieron la estampa de maestros que ensayaban y parecieron verse afectados por el calor despiadado que hacía. El bicho, enrabietado, con un derrote desgarró un capote de brega y corneó con rabia las tablas del burladero; como premio a su bravura desde el palenque los espectadores le propinaban golpes y varazos. El animal, enfurecido, se acercó bufando, y todos aquellos 'valientes' se estrujaron, se fundieron en una masa polícroma. Los de las trancas inferiores agarraron de donde pudieron a los de arriba y los racimos humanos, por un momento, chillando, colgaron sobre los pitones del bicho. Al otro lado de las talanqueras, contemplando la escena, las mujeres se apretujaban de pie, en cuclillas y sentadas en el suelo, con el rostro congestionado de placer, injuriando al toro y achuchando a los hombres con alaridos.

Se acumulan las incidencias y a los maletas les puede la situación. Apenas se volvió el novillo, otros mozos corrieron a varearlo y desde las talanqueras los espectadores le lanzaron piedras, un gañan le tiró furiosamente del rabo. Los golpes llovieron sobre él sin perdonar lugar alguno de su cuerpo: los cuernos, el testuz, el morrillo, el lomo, el vientre… Las normas impedían matarlo de una estocada: había que provocar el juego hasta el límite, apurar su agonía hasta la hez. El mayoral intentó reducirlo, apresarlo de las astas con una soga, pero el bicho, inquieto, reculó sobre la puerta del toril. El toro babeaba y echaba sangre por la boca. Como el animal no se movía, envalentonados los espectadores, le bombardearon con toda clase de objetos. Uno de ellos asomó por un portillo tras el novillo y con un cuchillo de carnicero le dio un tajo profundo en la base del rabo. La sangre manó a borbotones al tiempo que el bicho mugió de dolor. El 'respetable' premió con aplausos la audacia del 'artista'. El mayoral volvió a intentar aprehenderlo, pero la soga, otra vez, falló. Las tentativas se repitieron. Ante el desacierto los hombres encaramados en los maderos vecinos golpearon con palos al animal para su desalojo. El toro, derrotado, humilló el testuz rastreando la tierra con el hocico, caminó unos pasos, clavó las pezuñas en el suelo, dobló las patas, se arrodilló y por fin se sentó; instantes después se incorporó para volver a caer vomitando sangre.

Su impotencia avivó el regocijo de la multitud. Cuando el mayoral lo aprisionó por los cuernos un griterío premió la gesta. Los gañanes corrieron junto a él castigándolo con ahínco, arrastrándolo para atarlo a un farol; mientras, el gentío bajaba del palenque, y unos cuantos se agarraron al rabo, tirando con tanta fuerza de él que, medio desprendido ya por el corte del cuchillo, lo arrancaron

de cuajo. El novillo, insensible al nuevo desastre, seguramente, observaba aquel caldo humano con ojos sanguinolentos.

—Esta semblanza es una más de las que ocurren cada día de festejo en pueblos pequeños de la geografía de España. Pero dejando estos hechos y volviendo a lo de los maletillas —continuó Roberto—, os puedo decir que el maletilla es un joven expuesto a todos los peligros, principalmente a los que provocan sus semejantes. Él se va con un atado de tela o lío al hombro, adentro muleta o capote, o ambos si se podía, y así puesto se va a peregrinar por todos los pueblos donde salga un toro, un novillo o una vaca de lidia, limpia o toreada. Duerme a campo abierto, se cubre del invierno con su capote y pasa hambre. Irse de un pueblo a otro con el riesgo de morir es su plan de vida, todo esto bajo una convicción: ser torero. Y para serlo debe aprender el duro oficio de torear, con arte o con poder, un toro de lidia, de tal suerte que resulta un ejemplo real del apasionamiento por la búsqueda desesperada de identidad, de la convicción de cumplir los sueños y ser alguien en la vida.

»Estos hijos, aparentemente de nadie, idos a los campos a morir de cornadas o de hambre, con suerte, pueden llegar a desarrollar un talento que, descubiertos e impulsados por algún apoderado, los puede ascender en el mundo taurino hasta ser figura, ganar millones y sacar a su familia de la miseria como hace todo torero que ha sido algo. Pero lo que se enseña en el toreo no es a matar, aunque el toro muera por regla del rito, lo que se enseña es a saber vivir arriesgando hasta la existencia misma en un rito de honor y respeto hacia el toro, el público, y la tauromaquia.

—Noble arte el del toreo —dice Rafael—. Pero hay que tener cuidado. Los toros aprenden rápido y resulta criminal llevar a la plaza toros capeados…, de allí que la prohibición de hacerlo apunte directamente a los menudos y pobres maletillas que, jugándose el pellejo, malogran, a veces, al toro bravo. En la cuenca del Guadalquivir, y en muchos campos de España, estos chicos se dan una enorme maña para torear clandestinamente, echando a perder excelentes toros. Es verdad. Esto ha propiciado que una considerable parte de los peones de las fincas hagan guardia armados con orden de disparar de saberlos toreando. ¡Cuántos han pagado caro su afición! Cuando esta desdicha sucede, el llanto de las madres en los depósitos de cadáveres y los velorios es conmovedor… La ley establece, con rígida severidad, la suerte de los maletillas y nada aboga en favor de este socorrido oficio que es un paso a la muerte por doble partida…

Pedro, ganado por la fuerza de los relatos, expresa con esta frase su sentimiento:

—Trágico final para estos aventureros anónimos, hijos de la noche. Temerarios capeadores dispuestos a trocar su vida y a jugársela por el sentido que tienen del valor y el coraje. Sin los honores de la muerte en la arena, ni los laureles de la fama.

—La historia de estos aprendices de toreros —apostilla nuevamente el veterinario— está cimentada en sudor, sangre y muchas lágrimas. Hay miles de testimonios. Cada maletilla es uno de ellos. Voy a referirme a uno que, por ser de un torero famoso, puede servir de ejemplo.

»Contaba Juan Belmonte, recordando sus comienzos, que cuando, mozalbete maletilla, bajo la luz de la luna en la dehesa de La Tablada, con los cardos hasta las rodillas, se encontraba toreando, desnudo y armado con una endeble chaquetilla, en plena noche, y robaba pases a un bravo ejemplar de una importante ganadería, de pronto apareció armado el celoso capataz, quien provocó la alborotada huida de sus compañeros de aventuras. El valeroso Juan, patizambo y defectuoso de remos como era, impedido por su tara para unirse a tan presuroso escape, optó por quedarse quieto y esperar erguido el castigo del enfurecido capataz; este, incapaz de disparar al indefenso y acojonado muchacho, lo tomó preso y lo entregó a la Guardia Civil. Se dice que, pasado el tiempo, en relación con este incidente, el ya famoso Pasmo de Triana comentaba que aquella noche aprendió que: «Para torear, es indispensable pararse y dejar muy quietos los pies».

Los muchachos, atentos a la narración de Rafael, miraban sin ver el desarrollo del festejo. A su alrededor, la gente disfrutaba y los oles cada vez subían de decibelios. En la plaza, el sexto toro, y Ángel del Campo se estaba luciendo haciendo a aquel morlaco la faena de la tarde; la suerte de matar la culminó con una estocada hasta el puño. La afición, puesta en pie, estaba entregada a aquel novillero que con dos orejas y el rabo daba la vuelta al ruedo a hombros de enloquecidos seguidores, camino de la puerta de la plaza, entre vítores que, seguramente, concluirían en la puerta de la pensión.

Pedro había escuchado y visto todo con ojos brillantes, pensando que lo experimentado esa tarde le estaba resultando más aleccionador que muchos otros atardeceres de su vida. Cada uno de los detalles vividos y oídos rivalizaba por ser el más pintoresco y sorprendente. Sus amigos le habían dado a conocer hechos e historias de la vida que resultaban extraordinarios.

La tarde de toros había concluido, pero para los aficionados todavía quedaba día para celebrar la jornada de fiesta, por lo que la euforia vivida se traslucía en risas y gritos que se hacían dueños del ambiente y de la calle. La marejada tumultuosa del gentío caminaba controlada por la porra legisladora de la Guardia Civil.

Caminan en silencio: Rafael, dentro de sus recuerdos, Roberto, en aquel pasado que la historia oída ha revivido y Pedro, pleno de novedades por el relato escuchado y por la revelación de Roberto. Su compañero… ¡ha sido maletilla!, aprendiz de torero. ¡Qué sorpresa!

Con el fin de la corrida el pueblo había comenzado a vaciarse. En la estación, los viajeros, al subir al tren, dejaban atrás promesas de volver envueltas en apretados abrazos. Huércal-Overa parecía desangrarse por sus cuatro costados. Poco a poco, unos a plena luz, otros lo harían de noche, cada cual fue volviendo a casa.

La voz del veterinario rompe el mutismo, están delante de una taberna en la que algunos jugadores, en la puerta, blanden los tacos de billar uniéndose al júbilo de los que han estado en los toros.

—Compañeros, ¿se apuntan a tomar algo? Vamos a refrescarnos.

Los aventureros salen de su ensimismamiento y asienten.

El local es oscuro. Luz triste, luz de ojeras. Paredes de un chapucero color beige, desentonando a trozos, que despedían un aroma especial cuyo nombre sería difícil de adivinar. El mostrador, de mármoles partidos y amarillenta barra que ha perdido el niquelado. Sobre él, clásica fuente plateada de cerveza sobre una peana con el torpedo de seltz como signo de progreso. En un rincón, la mesa de billar. Por las mesas del fondo, cafés cortados, partidas broncas de dominó o de subastado y algún escondite oscuro, recoveco de la siesta del pobre ante una media botella de vino peleón. Tras el tablero donde se sirven las bebidas, un gigantón descamisado les interroga con la mirada. Sus greñas aleonadas y sus ojos y cejas de un negror tan intenso que, con ser muy morena la cara, parecen en ella tiznes, hacen que semeje una figura de viejo bíblico.

A pesar del cochambroso estado del local, este estaba ambientado, la concurrencia era diversa, algunos lucían galas de domingo.

—Lucir traje es una marca inequívoca de pertenecer a la clase media, y muchos hacen grandes esfuerzos para no quedar fuera de este estrato social. Para ser considerado y respetado hay que llevar traje y corbata, al menos los domingos y días de fiesta.

Los amigos escuchan las explicaciones que da Rafael y que ellos bien conocen, lo han vivido en sus lugares de origen y mucho más en los lugares que han visitado.

Después de haber mitigado el calor con el frescor de una cerveza, salen a la calle y se disponen a callejear por el pueblo. En el atardecer, el sol, inmenso disco de oro pálido, se hunde por los alcores; más allá de los 'terraos', es una bola incandescente que se pierde en el horizonte. Lentamente, la oscuridad, suave gasa, los envuelve. El bochorno no ha cedido con las sombras, no corre ni un ápice de aire. Una noche más va a hacer calor, con las estrellas, las sombras encenderán los ojos de los gatos. Los paseantes se paran ante un edificio en el que el jolgorio que tiene un grupo de mujeres jóvenes, vestidas de blusa azul y falda negra, que acaban de salir de la casa, llama su atención. Las mujeres ríen y comentan algún hecho acontecido, son camaradas de la Sección Femenina que, a pesar de ser fiesta, realizan ejercicios varios, preparatorios para ejercer el servicio social. Sin el certificado de haberlo realizado era difícil acceder a un título académico. Sobre la puerta de entrada, un rótulo de considerable dimensión anuncia: Delegación de la Sección Femenina.

El terceto sigue su camino. Las farolas proyectan su luz sobre los árboles de la plaza del Cura Valera, donde los vecinos, sentados, descansan de los calores diurnos. Alguno ofrece su paquete de Ideales, los hombres lo celebran. La pobreza para muchos es una condena perpetua, pero aquella gente parece feliz.

Caminan, y comprueban que la concurrencia moza disfruta del domingo con sana alegría. Guiados por Rafael, llegan hasta el Casino, allí, en una sala, sentados en cómodos sillones, una serie de señores conversa llenando la sala de murmullos: unos eran toscos, encendidos y fuertes; otros tenían la expresión pensativa y enferma de los tenderos viejos; otros, enjoyados y panzudos, mostraban sin ningún pudor anillos y cadenas de oro. Allí estaba representada la burguesía de Huércal-Overa. En otro salón, en un rincón entre banderas, al amparo de cortinas, sobre una tarima que conoció tiempos mejores, una orquesta de veteranos músicos, con un no tan veterano cantante, procuraba no desafinar a la hora de llevar su compás a los jóvenes allí presentes. El cantor, pelo ondulado y bigote a lo Clark Gable, intenta camelarse a una moza, guiño va, guiño viene, hasta que su mozo se la lleva, escamado y discutiendo, del baile. Bebidas inocentes iban de mesa en mesa en tanto, cerca de la pista, hombres de vestimentas azules paseaban ensoberbecidos mostrando su prepotencia retadora. Junto a la puerta de entrada un limpiabotas medita, senta-

do en su caja y con la espalda pegada a uno de los muros del edificio, la pírrica ganancia recaudada.

Los forasteros están comprobando, conducidos por el veterinario, que el pueblo intenta vivir, olvidar el pasado. El guía, en su afán de que los acompañantes conozcan y se lleven una buena impresión del lugar, los lleva callejeando hasta el teatro-cine Cervantes.

—Esta es la Plaza del Teatro —les señala—. En la Glorieta también tenemos otro cine, el Ideal Cinema. Ahora, si a ustedes les parece —continúa—, vamos a casa, mi madre nos estará esperando con la cena.

Cuando encaminan los pasos hacia el lugar, el cielo hacía rato que se ha teñido de oscuro. A la llegada a la casa, los sones del Himno Nacional esparcen su monótona musiquilla anunciando las diez de la noche: hora de las noticias que divulga 'el parte' y que congrega junto al receptor de radio a gran cantidad de oyentes.

La madre de Rafael espera a la puerta del domicilio, sentada en una sillita baja. La señora cuida de sus recuerdos con la cabeza inclinada y un abanico en la mano. En el entorno, la chavalería juega.

—Es que hay que ver la cantidad de personal que se descuelga en una corrida —dice, al sentirlos llegar—. Incontables las personas que he visto pasar. No me lo puedo creer. Con la necesidad que hay.

Es Rafael quien, cogiéndola cariñosamente por los hombros, la empuja al interior al tiempo que comenta:

—Vamos a cenar. Siempre estás con lo mismo. La gente tiene derecho a divertirse y de vez en cuando eso no viene mal. Piensa, además, que esta aglomeración de personas sirve para que algunos necesitados se ganen algunas pesetas vendiendo sus mercancías. Muchos de los que has visto son infortunados y la verdad es que los pobres van donde los lleva el hambre.

—¡Ah!, ¡la verdad! Qué cosa más extraordinaria. Eso hoy no vale nada. Además, la verdad rara vez es la verdad —asevera doña Francisca al tiempo que con un gesto indica que se sienten a la mesa. Cuando observa a todos acomodados, hace una nueva observación—: No me hagan ustedes caso, son cosas de vieja, y… ahora, por favor, cuéntenme cómo les ha ido la tarde. No, no, hijo, tú, no. —Un ademán de su mano, además de las palabras, corta a Rafael el intento de ser él el narrador de lo sucedido—. Me gustaría que fuera uno de ellos el que comentara sus impresiones.

Es Pedro el que toma la palabra.

—Señora, créame, ha sido una tarde que no olvidaré nunca. Por lo vivido y por lo sabido ha sido espectacular. Difícilmente disfrutaré momentos tan apasionantes; la corrida y, sobre todo, su ambiente ha sido colorista, llamativo y sensacional. Por lo demás, por lo que he podido observar del pueblo, creo que viven ustedes en un lugar interesante, con vida propia y gente con muchas ganas de tirar hacia adelante. Eso a mi modesto entender, después de ver lo que he visto, es mucho.

Roberto, a su lado, con un movimiento afirmativo de cabeza, confirma lo que dice su amigo.

Doña Francisca, satisfecha, eleva la vista al techo y clama con fervor:

—¡Gracias, Pequeñica, gracias!, ¡no nos abandones nunca!

Los dos forasteros se miran entre sí, no han entendido aquello de Pequeñica… El cruce de miradas ha sido captado por Rafael, quien insta a la madre:

—Creo que deberías explicar quién es la Pequeñica.

—¡Ay, perdonen! —se excusa la señora—. Una, en su devoción, cree que todo el mundo debe saber, sobre todo estando aquí, quién es Nuestra Señora; es la Virgen del Saliente, patrona de Albox, la más bonita, la que preside mi casa y va continuamente conmigo. Siempre que puedo voy a verla. Mis padres me enseñaron a quererla, y desde pequeña siempre le he profesado mucha fe. En mis apuros recurro a ella y afortunadamente me escucha. Su verdadero nombre es Nuestra Señora del Buen Retiro de los Desamparados, aunque comúnmente es conocida por la Virgen del Saliente por ser este el nombre de la sierra donde se halla. Por su pequeña figura es conocida popular y cariñosamente como La Pequeñica.

—Ahora sí lo comprendemos, doña Francisca —aclara Roberto—. Entienda que, sin saber lo que acaba de explicar, oír hablar de la Pequeñica…

—Para que lo entiendan ustedes mejor —prosigue la mujer— les diré que yo nací en Albox y, para que se den una idea de lo que significa para los albojenses Nuestra Señora, les diré que el suceso más transcendente para ese pueblo ocurrió en 1716, cuando llega a la villa la venerada imagen de Nuestra Señora del Saliente y dos presbíteros del pueblo fundan el santuario, residencia de la Señora, en el monte Roel. Desde esa fecha, no se puede entender la historia de Albox sin la profunda impronta de esta advocación mariana. Hay

una bonita leyenda sobre la llegada al pueblo de la Virgen, que si lo desean les puedo leer. La tengo en un librillo, les gustará. Es muy interesante.

Los muchachos, contemplados por la sonrisa socarrona del veterinario que sabe que no se van a librar de oír a su madre contar la historia tantas veces por él escuchada, asienten y se disponen a escuchar a doña Francisca, percatados de que la señora deseaba poder participar en la explicación empírica sobre aquella zona de Almería.

Lázaro de Martos Verde el Pino era hijo de unos honrados labradores de la villa, y su ocupación, la de guarda de ganado mular. Cuenta la leyenda que corrían los primeros años del siglo XVIII y hallándose el referido Lázaro en las faldas de la sierra del Saliente, y siendo como medianoche, oyó entonar cánticos sagrados, apareciendo ante él, en el mismo instante, la Santísima Virgen María. Nada más añade la tradición acerca de este prodigioso suceso, pero es de creer que al verificar la Madre de Dios esta aparición dirigiese algunas palabras al dichoso mortal que disfrutó de su vista, palabras que tal vez tendrían relación con los sucesos futuros de los que a continuación relataré. Tal vez la humildad le hizo guardar silencio, pero es lo cierto que, abandonando desde entonces su habitual ocupación, se dedicó a los estudios eclesiásticos, recibiendo más tarde las sagradas órdenes, llegando a ser beneficiado y cura de la parroquia de Albox.

Desde aquel día guardaba en su corazón el dulce recuerdo del favor singular que recibiera de la Virgen María, y, obediente a una inspiración interior o tal vez a una orden expresa de la Señora, que le fuera comunicada en la noche feliz de la aparición, fue su primer cuidado, luego de haber tomado posesión de los hábitos, de hacerse con una imagen de Nuestra Señora, que fuera lo más parecida posible al original que había visto en la falda de la sierra del Saliente, para que fuera objeto de veneración para los fieles de la localidad.

Al efecto fueron comisionados dos individuos elegidos por él para que fuesen a la ciudad de Granada y allí se hiciesen de la deseada imagen. Llegaron los comisionados a Guadix, donde determinaron pasar la noche y descansar de las fatigas del viaje, hospedándose a este fin en una posada. Mientras esperaban la cena se les presentó un sacerdote desconocido con el que se pusieron a departir amigablemente. Versó la conversación sobre el objeto del viaje que habían emprendido, manifestando al sacerdote los deseos que tenían de encontrar una imagen de la Santísima Virgen según las instrucciones que les habían sido dadas. Luego que el sacerdote los hubo escuchado, este les manifestó que él poseía una imagen que creía les había de agradar, que, si querían, podían pasar a verla

y que solamente entrarían en trato toda vez que les conviniese. Accedieron a ello y acompañados del sacerdote se dirigieron a una casa donde aquel les mostró la imagen de que les había hablado. Agradoles sobremanera la vista de la imagen a los comisionados de Albox, quienes, habiendo quedado convenidos en el precio, la condujeron llenos de gozo a la posada. Antes trataron de entregar la cantidad estipulada al sacerdote, pero este se negó a recibirla pretextando no querer tener el dinero esa noche y ofreciendo volver a la mañana siguiente a recogerlo.

No cabían en sí de puro gozo los comisionados, que deseaban regresar al pueblo creyendo que habían desempeñado satisfactoriamente su cometido. Durante la noche no pudieron cerrar sus ojos y la pasaron en su mayor parte hablando de la imagen. Al día siguiente, desde el amanecer, esperaron al sacerdote para satisfacerle el importe y emprender el viaje de regreso. Pero la espera era en vano. Aquel no aparecía. Impacientes en el deseo que les animaba de verse de nuevo en Albox, salieron a buscar la casa donde habían recibido la imagen la noche antes, pero todas sus pesquisas fueron infructuosas; preguntaron por todas partes, pero nadie les dio razón alguna del sacerdote, ni de la casa, y así, ellos, juzgando prudentemente que todo aquello era providencial, determinaron volverse al pueblo.

Apenas don Lázaro de Martos hubo visto la bellísima imagen, llenóse de regocijo, afirmando que era exactamente la misma que se le había aparecido, siendo extraordinaria la alegría de todo el pueblo. Con esta imagen había Dios determinado favorecer de un modo extraordinario a los habitantes de aquella localidad. A partir de entonces, en la Virgen del Saliente, la Pequeñica, están cifradas las glorias y las esperanzas de los habitantes del pueblo.

Finalizada la lectura, doña Francisca continúa la conversación.

—No les he dicho que la Santa Imagen de Nuestra Señora de los Desamparados del Saliente es objeto de gran veneración, no solo por parte de los vecinos de Albox, sino también de los de todos los pueblos cercanos. Es tanta la devoción que uno de esos pueblos, Oria, intentó con insistencia arrebatarnos su propiedad y sostuvo pleito con el consistorio en demanda del terreno que ocupaba la ermita, y por consiguiente de la imagen que en ella se veneraba, por suponerlo enclavado dentro de su jurisdicción. Disculpamos a los de Oria por querer poseer una joya de tan inestimable valor. Después de muchos años de competencia, fue decidido el pleito a nuestro favor, con prohibición absoluta a Oria de intentar nuevamente la demanda en tiempo alguno, según consta en documentos que se custodian en el archivo de la parroquia de Albox. Ahora, dentro de poco, es la romería, que se celebra en la víspera del día

8 de septiembre: arranca con salida en peregrinación hacia el Santuario de la Pequeñica. Con auténtico fervor, algunos —tiene fama de milagrosa, mi Virgen— recorren con paciencia el camino a lo largo de la noche para llegar a estar lo más cerca posible de ella y hacer la tradicional ofrenda de albahaca. El día 8 se reza y se reza hasta la llegada del Ángelus, a últimas horas de la tarde.

Llegado a este punto la señora de la casa queda en silencio mirando a sus oyentes. Satisfecha de su relato da a entender, con su mutismo, que no tiene más que contar. Es entonces la voz de Rafael la que rompe la mudez diciendo:

—Albox es bastante más que eso. Si les parece y no tienen otra cosa que hacer acompáñennos mañana a ese lugar, tenemos una visita pendiente a casa de mi tío —un hermano de mi madre—, y si a ella no le importa la podíamos realizar y sobre el terreno les explicaré cosas de esa población. Merece la pena. Además, está cerca, alrededor de veinte kilómetros.

Doña Francisca, exultante de alegría, se adelanta a la respuesta de los invitados y exclama:

—Sí, sí, vamos, hace tiempo que teníamos que haber ido a verlo. Mi hermano es una persona de fuerte personalidad que no quiere salir del pueblo; para saber de él hay que ir a Albox, yo suelo ir porque me gusta conocer cómo le va, y si ya no lo hemos hecho ha sido por el trabajo de Rafa. Así que vengan con nosotros, al tiempo aprovecharé el viaje para visitar el santuario. A ustedes también les gustará.

—Debo decirles —interviene el veterinario—, por si esta opción les interesa más, que mañana se celebra aquí el mercado de todos los lunes, es un zoco importante y suelen desplazarse a hacer sus compras los habitantes de las pedanías y cortijos cercanos, por lo que las calles se llenan de gente resultando un mercado variado, animado e interesante.

Los jóvenes declinan esta opción, han estado en el de Vera y creen que ya es suficiente. Les atrae la visita al santuario y aceptan la invitación de acompañarlos. Han advertido la fe con que la dueña de la casa habla de sus creencias y que en aquella casa se respira el Evangelio.

La sobremesa se había prolongado, en parte por culpa de unos pastelillos artesanales de almendra que doña Francisca había elaborado y que animaba a comer. Estaban realmente deliciosos, aunque de vez en cuando los invitados tenían que suspender la atención y beber sorbos de café para que no se les apelmazaran en el cielo de la boca. La anfitriona dice que se va a descansar, y el resto de comensales decide fumarse un último cigarrillo y después retirarse;

el día ha estado cargado de emociones y el siguiente parecía predecir más de lo mismo.

Los forasteros aceptan el cigarro que el convidante les ofrece y, por un momento, los tres parecen muy interesados en seguir el curso del humo que, juguetón, se eleva hasta el techo. La voz de Rafael rompe el silencio.

—Escuchen. Sé que les interesará lo que les voy a referir sobre el pueblo que visitaremos mañana. Vaya por delante que soy hijo de Huércal-Overa, pero eso no me impide reconocer la fama de los albojenses de ser gente luchadora, trabajadora, que se inventa lo que haya que inventarse para subsistir. Les cuento.

Albox es un pueblo con personalidad. Su sentido comercial se diferencia del carácter rural de sus pueblos vecinos. Precisamente su sentido del comercio es lo que le dio originalidad para hacerse con la hegemonía mercante. Su mercado y su feria son importantes.

También es verdad que su situación influye. En su historia quedan patentes guerras, como la de los moriscos, deportaciones, terremotos e inundaciones, que no han podido con un pueblo que lleva siempre a tomarle el pulso a la historia. Esta villa está marcada por su rambla y los caprichos de la misma, triste recuerdo de ellos los años 1891 y 1900. Albox está situado en la mitad del río Almanzora, casi en el cruce de la rambla que lleva su nombre, estableciendo, a través del cauce de la de Oria y la del Saliente, la única vía de comunicación con la importante zona rural de los Vélez. En Albox se centraron, desde siempre, todos los caminos del norte de la provincia a partir de la sierra de los Filabres. Antiguamente era la frontera entre el reino de Murcia y al-Ándalus, es decir entre moros y cristianos. La zona fronteriza entre la judería de Baza y la de Lorca.

Aquí, el veterinario hace una pausa para ver el efecto que su relato causa en los oyentes y observa con satisfacción que estos muestran en el semblante estar muy interesados en la disertación. Ante sus mutismos, decide continuar.

Hace cientos de años que el hombre empezó a luchar por la vida en esta tierra. Son tan abundantes los testimonios que nos ha dejado de su paso, que todo el valle del Almanzora podría ser considerado como un inmenso museo a cielo abierto. Por su privilegiada posición geográfica ha sido el paso de diferentes culturas, de las que en la actualidad se pueden encontrar distintos vestigios arqueológicos.

Albox debe su fundación y poblamiento a los árabes —su nombre significa 'la torre', en árabe—. Su historia está ampliamente ligada al esplendor medieval del Reino de Granada desde el siglo XIII. En los estertores de la Reconquista cristiana, en el siglo XV, fue arrebatada a los árabes por las tropas del Adelantado Mayor del Reino de Murcia (Corona de Castilla), Alonso Yáñez Fajardo, e incorporada posteriormente al marquesado de los Vélez.

En esa época, un fuerte terremoto asoló la zona, destruyendo en gran parte el pueblo, por lo que fue necesario demoler el vetusto castillo y reconstruir con sus piedras las viviendas dañadas. La villa albojense había tomado parte activa en las continuas y pertinaces sublevaciones moriscas, acaecidas en el siglo XVI a lo largo y ancho del Reino de Granada, por lo que el rey Felipe II, tras derrotar a los moriscos y decretar su expulsión de la comarca, ordenó la repoblación de la villa con cristianos traídos de Valencia y La Mancha, constituyéndose Albox entonces en concejo municipal o ayuntamiento en el año 1563, bajo el mando del que fuera su primer alcalde, Antón de Andrano.

Aunque el Barrio Alto de San Antonio, con un trazado irregular de calles empinadas convergentes todas ellas en una pequeña plaza central, fue el núcleo originario de la villa de Albox, es sin embargo el barrio de la Loma de San Francisco —denominado así por el antiguo establecimiento de la Orden Terciaria Franciscana— el que más desarrollo y expansión alcanzó en los siglos XVII y XVIII.

Llegado a este punto el narrador hace una nueva pausa, toma un sorbo de vino y observa de nuevo a sus acompañantes; viendo que estos están pendientes de que continúe su relato, satisfecho, prosigue.

Como ya les ha referido mi madre, el suceso más transcendente para Albox fue la llegada de Nuestra Señora, hecho ocurrido en el siglo XVIII. Ya en el XIX el pueblo desempeñó un gran papel en la lucha contra los invasores franceses, de la que se conservan noticias de dos cruentas escaramuzas en los años 1810 y 1811. Fue esa época, sin embargo, la de mayor bonanza económica en Albox, gracias a sus telares y a la industria alfarera de carácter artesanal, de la que algo de ella se mantiene. De aquellos cuatrocientos telares que había en Albox a principios del siglo todavía queda por ahí alguno. También encontrarán, pero menos, mesas de alpargatero o lugares con ruedas que usan los hileros para hacer los cordeles de cáñamo. El pueblo, como ven, tuvo su tradición comercial que convirtió a la población en un centro económico entre Baza, en la provincia de

Granada, y Lorca, en la de Murcia, provocado, principalmente, por los arrieros. Una herencia de aquel bienestar imparable del siglo XIX es el importante mercado de ganado que se celebra aquí, del que puedo decir sin exageración que se ha convertido en uno de los más importante del Estado español.

—Interesante lo que nos dice, pero… ¿los arrieros? —interroga curioso Roberto—. ¿Se está usted refiriendo a los hombres que conducen las carretas, a los carreteros? —A su mente ha acudido con fuerza la imagen del Cañamón.

—Sí, a esos, a los arrieros —contesta con contundencia el narrador—. Les comento.

Todo pueblo necesita imágenes que sostengan y orienten el esfuerzo, el anhelo de sus hombres. De ello nacen los mitos y las historias, y estos hombres necesitarán algún día que Albox se lo reconozca con algo que los represente, porque aquellos antiguos arrieros y carreteros que recorrían con sus bestias y carruajes toda Andalucía y el Levante hicieron una labor impagable y, a costa de una vida casi nómada y extraordinariamente dura, fueron fundamentales durante muchos años en la economía y en el devenir del pueblo. Su trabajo sirvió para desarrollar el comercio albojense, de mercado en mercado, de feria en feria. Durante muchos años fueron uno de los pilares básicos de la economía albojense. Lo digo porque hoy ya se empiezan a ver vehículos a motor que harán que poco a poco los arrieros pierdan su importancia.

Los arrieros trabajaban, y trabajan, transportando por carreteras y caminos toda clase de mercancías, cargadas fundamentalmente sobre carretas, carros o a los lomos de mulas, dada la fortaleza de estos animales. No es fácil ser arriero. Su labor consiste en gobernar las bestias, junto a la recua, unas veces caminando y otras sobre el carro, pero siempre guiándolas, imponiendo que estas cumplan sus recorridos, por lo general muy extensos, y de que las mulas concluyan con transportar las valiosas mercancías que cargan de una manera confiable y segura hasta el lugar de destino. Una recua la forman normalmente tres burros y una mula; la mula, al ser más fuerte, sirve para llevar la comida y poder montarse en ella el arriero, para aliviar un poco las piernas y, sobre todo, a la hora de comer y así continuar la marcha sin tener que pararse. La comida se porta en unas alforjas que solo las usan los arrieros. De aquella actividad inicial, con el paso del tiempo, el negocio se fue ampliando y se fueron multiplicando las recuas que transitaban, diversificándose para no ir todos juntos y a los mismos lugares, o bien para poder variar en la mercancía que se adquiría y se transportaba, o para

asegurarse el poder cargar al llegar al sitio, ya que, al ser tantos, podían encontrarse que no hubiera mercancía suficiente para todos y alguno tuviera que hacer el recorrido vacío. Por eso comenzaron a dividirse en grupos de tres o cuatro arrieros con su correspondiente recua cada uno, así se formaban filas de entre diez o veinte animales. Delante de la recua siempre se colocaba, para que los demás animales lo siguieran, al animal más noble, el mejor de toda la manada.

—Lo que es el desconocimiento —interrumpe Pedro—, yo, como Roberto, no pensé, ni por un momento, en la importancia de esos hombres, pero he entendido, por la explicación, que, efectivamente, fueron fundamentales.

—Esperen, que aún hay más —les dice Rafael.

A partir del año 1936, con la llegada de la Guerra Civil, el oficio de arriero cayó en picado, los arrieros pasaron a ser sospechosos estraperlistas ya que quedó totalmente prohibido el poder buscarse la vida como más buenamente se podía, si les pillaban con algún artículo no declarado se los intervenían en nombre de la Fiscalía de Tasas. Así que a la ruina de la guerra se añadió que eran perseguidos por un lado por los emboscados o bandoleros, por otro, por los 'maquis' y, por si faltaba alguien más, por la Guardia Civil. Esto hizo que poco a poco fuera desapareciendo este duro trabajo.

Los oyentes escuchaban atentos las explicaciones que el narrador desgranaba, por lo que este, complacido de que la exposición de la labor de los arrieros hubiera calado en sus oyentes, se dispone a poner colofón a su perorata.

Un último apunte. Un episodio histórico, para el pueblo, fue la epidemia de fiebre amarilla, cuyo foco inicial brotó en Cartagena y se propagó implacable, segando vidas, a través de todos los pueblos del Levante español (Granada y Almería inclusive). Y ya, como final, les diré que asimismo Albox, como la mayoría de las poblaciones, sufrió en las primeras décadas del siglo XX una gran emigración al nuevo continente, dejando para siempre en esta tierra a familias esperando un regreso que nunca se producirá.

—Interesante, muy interesante la vida de esos arrieros, carreteros o como se llamen —habló otra vez Roberto.

––Fueron luchadores natos ante la adversidad de la vida. No hay nada que reprocharles y sí mucho que agradecerles. Ahora, si les parece, damos una

vuelta, vemos cómo acaban los más jóvenes la fiesta y después nos vamos a dormir.

Como si de una orden se hubiera tratado, los tres emprendieron el camino hacia la calle. Caminaron silenciosos hasta llegar a la plaza, en ella el grupo marchoso proveniente de Baza, que había venido a la corrida, la recorría cantando, y entre jipío y jipío tocaban palmas haciendo frecuentes altos. Estaban bebidos. Uno de ellos, apodado el Langui, arrastraba penosamente su cojera. A pesar de su minusvalía llevaba el cante por los rincones negros del corazón y lo soltaba a golpes, con ojos plenos de legañas y labios temblorosos. Cada estribillo de la copla era coreado por los acompañantes. Ante la puerta de la tasca enmudecieron, quedando expectantes en su intento de entrar. Un mozalbete, de tipo juncal, al que sobre la frente le caía un mechón de pelo negro, tenía a medias echadas las trampas de los cierres. Dentro, todavía quedaban parroquianos y un denso humo de cigarrillos. De vez en cuando se oía el grito de la patrona.

—¡Apurarse, vamos a cerrar!

Haciéndose eco de la voz de la dueña, el chico del mechón en la frente se dirigió al grupo que pretendía entrar.

—Ya no se sirve más, caballeros, lo tenemos prohibido.

Del interior salió el sonido de dos palmadas y una voz autoritaria.

—¡Que cerramos!

Agachados, algunos del grupo, intentan pasar. Desde el mostrador, la voz de la madura corta el intento diciendo:

—La Guardia Civil suele venir a esta hora, la del cierre. ¡Señores, se lo advierto!

El nombre de los civiles pone cordura a la situación y hace que los intrépidos visitantes, entre comentarios, inicien la retirada.

—¡Joer cómo se pone! —se oyó decir—. Solo queríamos un poco de mollate.

—¡Langui! No pasa naaa —otra voz salió del grupo—. Dite algo por Porrina.

La voz del cojo se adueña de la calle al cantar por el de Badajoz, al tiempo que el grupo camina tambaleándose hacia el final de la calle. Alguien entre los vecinos que toman el fresco a la puerta de casa les lanza una sugerencia.

—¡Amigos! En el casino, aunque cerrado, la fiesta sigue.

Rafael parece divertido con la escena y trata de justificarla.

—Aquí todo se deja a la inspiración del momento. Y esto no ocurre solo con los espectáculos, sino con todas las actividades; aquí no existe el espectáculo en el sentido verdadero del término, porque el mayor espectáculo somos nosotros mismos. El español pertenece por naturaleza a una raza pasiva y temperamental; toda la energía se le va en cantar, en bailar y, si aún le sobra alguna, en reñir y darse navajazos por cualquier ñoñada. Del esfuerzo cabal y el compromiso huye como de la peste; antes que empuñar un pico y una pala prefiere llevar una vida insegura y holgada, aunque tenga que engañar y robar para subsistir o, a lo sumo, conseguir un puesto cómodo y mal pagado, donde se le asegure el pan de cada día a cambio de nada. Pero tiene un salero muy especial, que lo redime de su bajeza. Yo frecuento este tipo de locales y me siento a gusto en este ambiente. En cambio, no soporto los lugares de postín. A veces, por algún compromiso, he ido a esos lugares y, créanme, se los regalo. El público, allí, es una recua de especuladores que no paran de hacer negocios, y las chicas de alterne, unas sanguijuelas sin otro propósito que fomentar el despilfarro, apelando a la repulsiva vanidad de los clientes. Allí todo es cursilería, interés y ostentación. Aquí, por el contrario, todo es vulgar y zafio, pero auténtico.

Los tres amigos caminan pensando en lo escuchado. En el cielo, las estrellas esparcen su lejana luz. Por las calles, de trecho en trecho, ventanucos de cristal polvoriento arrojan un poco de claridad sucia y tristona. Huele a comida humilde, a pobreza, a vejez. Una ventana entreabierta deja ver escudillas con restos de migas y una botella con un cabo de vela. En las puertas, los vecinos hablan en voz baja y se resisten a abandonar el ligero frescor que porta la suave brisa nocturna. La vida del pueblo se apaga, por lo que encaminan sus pasos en busca de sus habitaciones, despidiéndose con un: «Hasta mañana».

El cierre de la puerta de la habitación coincide, al quedarse solo, con otra puerta que se abre en el cerebro de Roberto, la que encierra sus recuerdos. En la habitación, el silencio parece invadido por cien silencios y eso hace que esa noche, como otras noches, se enfrente con sus rememoraciones y su conciencia. Cansado de esa lucha se deja caer sobre la cama que huele a sábanas limpias e intenta alejar los pensamientos, no pensar, pero no puede, los recuerdos lo avasallan. Se da por vencido y se enfrenta a ellos. Vuelve a recapitular sobre los hechos, son tantos que se le ocurre que pueden ser sueños e intenta alejarlos de su mente. Pero… ¿son sueños? El pasado tiene un problema, es intocable y nadie puede cambiarlo, solo se nos permite observarlo a distancia, exa-

minarlo como simples espectadores y maravillarnos, desde ese alejamiento, de las caprichosas vueltas de los destinos cruzados. Pero evocando aquel tiempo al que se refería, este nunca le dio sensación de lejanía. Elucubrando, piensa que, seguramente, para Adela aquellos días solo existirían en las brumas lejanas de algún vago recuerdo, como si fueran las páginas muertas de un libro que jamás le llegó a interesar. Ese último pensamiento lo desazona. Tumbado boca arriba observa las sombras del techo y su mente imagina fantasmales figuras que solo están en su sugestión. Por un momento su sesera descansa, permanece estática; sin él percibirlo, su subconsciente exclama: «¡Qué bien se está así!, ¡qué paz!». Inopinadamente, una música le llega lejana, no la oye bien, los mecanismos de la curiosidad se disparan, agudizan los sentidos, y ahora sí, ahora sí escucha neta la letra de la canción que dice:

«Con los años y la vida ha cambiado mi querer,

ahora busco de sus labios lo que entonces desprecié».

Como un resorte, se levanta del lecho, no quiere escuchar más. Ya de pie, presta atención: quiere saber de dónde viene, pero parece que la tonadilla ha desaparecido. Se dirige al balcón, al llegar a él se asoma al exterior; todas las luces del vecindario están apagadas y de la calle no sube ningún ruido. La ciudad descansa, duerme, y no se observa lugar alguno del que saliera la música. ¿Sería sugestión o una premonición? Aleja este pensamiento de la cabeza y se pregunta cómo era posible que la gente pudiera dormir, que les bastase meterse en la cama para que acudiera el sueño, noche tras noche, con regularidad. Percibe que tiene la boca seca. Tiene sed, pero renuncia a beber: sabe que ni una sola gota de agua entraría en su garganta y la sola idea de ingerir algo le produce náuseas. Se siente tan débil que decide tumbarse de nuevo sobre el colchón. El tictac del reloj de la sala le crispa los nervios. El son de la marcha desmenuza y aglutina el tiempo, pero un temor supersticioso le impide bajar y parar el péndulo.

La letra de la canción le ha vuelto a la existencia, a su realidad. Al tiempo que se acuesta, los recuerdos acuden en tropel, roto el dique de contención que durante un tiempo los contuvo. «¿Sabes, Adela? —le había dicho—. Has cambiado mucho en estos meses. Antes eras incapaz de ciertos rasgos de humor». «Me divierte que pienses así —le había contestado ella—. Yo también pienso a veces que no soy la misma mujer. Efectivamente me has cambiado. Antes luchaba contra ti».

Recuerda que le rozó la frente con un beso rápido al tiempo que, burlón, le respondió: «Creo que nunca luchaste mucho».

Roberto se mueve incómodo en la cama. Ciertamente, Adela ya no luchó contra él. Una a una había ido venciendo todas sus resistencias. Y ahora sentía cierta nostalgia de la etapa en que ella se debatió entre dudas y remordimiento. Pesar que posteriormente no tuvo.

¡Qué distintas fueron las reacciones de ambos a partir del momento crucial de sus relaciones! Adela había vivido desde aquel día preocupada por el paso que había dado, que consideró inevitable y que no quiso eludir. Después, paulatinamente, su conciencia se acopló a sus actos. Los remordimientos de él, en cambio, empezaron allí donde terminaron los de ella. Mientras no llegó ese momento arrolló a ciegas cualquier género de consideración. Necesitaba consolidar su victoria, dominar la materia que tenía entre sus manos. Solo después, cuando ya era tarde, se detuvo a considerar lo que había hecho. Claro que tales excursiones por el mundo de la intimidad no se produjeron de golpe, requirieron un tiempo, pero apenas comenzaron a frecuentarlo, comenzó a sentirse poseído de un indecible malestar. En el plano más bajo de las relaciones, le desasosegaba lo absoluto de la capitulación. Adela se sometía a él demasiado plenamente. La hubiera querido menos enamorada o menos contaminada por la vulgaridad de los apetitos; más fría o incluso… más altiva, pero menos entregada. Bien es cierto que en este terreno ella jamás le buscó. Era él quien la arrastraba, y ella se dejaba llevar. Pero una vez provocada la situación, se despersonalizaba brutalmente; dejaba de ser ella misma para diluirse en pura materia desquiciada. Y esto, lejos de halagarlo, le desagradaba. Le hubiera gustado menos vasalla. Tanta abnegación hacía que recibiera de ella más de lo que buscaba.

Un buen día ella propuso alquilar un piso.

—No tengo dinero. —Recuerda que le contestó.

—Yo lo pago.

—¡Qué cosas dices! ¿Me crees capaz de ser el gigoló de nadie?

—¡Qué crudo eres hablando!

—Mis palabras son menos crudas que tus ideas.

—Los hombres sois absurdos. ¿Por qué iba a ser indigno para ti que yo te ayudara a alquilar un piso? No perderíamos el tiempo yendo de un lado para otro.

Llevaban siete meses de relación y Adela pisaba tan firme sobre la mentira, se movía con tal seguridad entre los riesgos, que no podía contemplarla sin sentir vértigo.

¿Pero quién sino él era responsable de esta transformación? Él la había cercado, había empleado todos los recursos para captar primero su admiración, después su confianza y por último su voluntad. Había aprovechado su tedio, su semiabandono matrimonial, como un arma a su favor. Y, cuando la hizo suya, satisfizo su vanidad deslumbrándola hasta cegarla y envilecerla. ¿De qué se quejó? Se había lanzado a esa aventura dejándose la reserva mental de poder desandar, cuando quisiera, el camino con la misma facilidad con que lo había emprendido. Y he aquí que eso ya no era posible, se veía prisionero de su obra como el gusano de seda en el capullo pacientemente elaborado con sus propias secreciones. Los hechos lo mortificaban, no quería volver a vivirlos, pero la mayoría de las veces los recuerdos que llegan son inevitables, son sentimientos —buenos o malos, lejanos o cercanos, unos muy concretos y otros difusos— que acuden a la memoria incluso cuando no los deseamos. Con esa reflexión, el sueño ha venido en su ayuda, se queda dormido.

Entretanto, Pedro ha caminado pesadamente hasta su cuarto y, sin encender la luz, se ha tumbado en la piltra. Sube la sábana hasta la barbilla. Algo le hace recordar. Sí, es el olor. Nostálgico, se abandona a él y se ve inmerso en un efluvio que conoce bien. Es el aroma de allá. El de su vida de antes. Mira al frente, pero no ve la pared opuesta, sino la calle de su barrio y a sus amigos esperándolo. Son las doce y media en la plaza del pueblo, es la salida de misa, la hora grande del domingo. Sonríe al rememorar la estampa acicalada y tremendamente guapa de su madre, con las cejas muy negras, permanentemente fruncidas en un gesto de preocupación o de irritación o de fingido enfado. Era curioso: nunca recordaba a su madre sonriendo. Todo lo contrario que su padre, tranquilo y lleno de apacible humor. Recuerda el día que se marchó. Aún siente el abrazo que ella le dio entonces. Un abrazo que todavía lleva atado a su corazón.

Por su aturdida frente, viento brusco y quejumbroso, empezaron a pasar otros acontecimientos de su vida. Lucha con ellos. Pasado y presente se enfrentan. Siente en su carne un trallazo. Confuso y anonadado, le agobia un peso asfixiante, inmaterial. Ya está, casi, dado el paso definitivo, ya el recuerdo deja de ser nostalgia para ser liberación. Sin quererlo, ni darse cuenta, le atrae el teatro de esta vida. De pronto nota la presión del silencio. ¿En qué obstáculo tropieza el torrente de la memoria? ¿Qué barrera han de saltar esos recuerdos

para liberarse del todo? Hay que recordar que el ser humano desde siempre se ha preguntado por cosas que no tienen respuesta, y una de ellas es el amor. Cavila y no recuerda quién fue aquel que dijo que las mujeres le sorprenderían siempre: «Crees que ya conoces toda la baraja, desde la reina a la sota, y te sale una carta nueva». El naipe que a él le sale tiene la cara de Carmen. Sin percibirlo está pensando en ella.

Y ocurre que, a su vez, en otro lugar no muy lejano, en otro rincón de la provincia, una mujer sigue recordándolo en silencio y con zozobra, pues ve cómo transcurren los días y él no aparece. Cada hora, en el oscuro río del vivir, se hacía más apretado el nudo de su pecho, más amargas y abundantes sus lágrimas mirando la carretera y repitiéndose que él no volverá.

Incómodo, se levanta y a través del balcón observa la templanza de la noche, toma asiento. Mira hacia arriba y, ante la multitud de estrellas que brillan en el firmamento, no puede hacer otra cosa que asombrarse ante la grandeza de un universo tan resplandeciente como ignorado. Sentado en aquella silla, observa el parpadeo de las estrellas, su visión le hace pensar que puede tapar con un dedo a todas ellas, pero no encuentra la forma de hacer desaparecer la imagen de esa mujer. De vuelta a la cama vuelve a cerrar los ojos y, en su oscuridad, comprende que el recuerdo de la muchacha le andará rondando hasta la clara amanecida. En cierto modo, le tranquiliza caer en la cuenta de que él para ella será una anécdota y de que, con toda seguridad, lo habrá olvidado. Piensa que también él acabará por olvidar algún día que una vez estuvo en un valle perdido llamado Rodalquilar, de la provincia de Almería. Pero no, en aquel valle minero hay una mujer a la que no puede olvidar.

Da vuelta sobre el colchón hasta que se duerme. En el sueño lo visita Carmen, con imágenes e instantes sepultados en el doble fondo de su memoria, de donde no le apetecía en absoluto exhumarlos.

En Rodalquilar, la mañana había amanecido como si un bosque entero hubiese sido talado durante la noche. El olor a pino expandido en el ambiente daba al día una nota de frescor que agradecían los cuerpos. Carmen, adormecida, abrió la ventana para acabar de manchar el iris de sus ojos con la primera pincelada de sol y, al hacerlo, una ventisca se levantó de pronto, disparándole a bocajarro millares de diminutos granos de arena que revoloteaban enloquecidos, metiéndose por todos los rincones de la habitación como si fuesen un enjambre enloquecido de abejas hambrientas en busca de miel. Apresuradamente cerró la ventana. Apoyada sobre ella, entornó los ojos y escuchó el su-

surro del viento tras los cristales. Una tristeza mezquina cae sobre sus hombros y la memoria le aproxima recuerdos agradables de su niñez. Recuerdos de su madre. Parece que fue ayer cuando oía su voz, cuando acudía a su lado. En su corazón permanece su voz entristecida y su ilusión embarrada de soledad. Piensa en su padre y en lo que ella significa para él. Ella es su rosa —eso dice—, pero el viento huracanado de la vida la ha ido secando y ya no es esa rosa que él piensa que es: de aquella flor solo quedan pétalos secos, es una rosa deshojada. Sus ojos se inundan de lágrimas y la tristeza resbala por sus ojos como un manantial inagotable de dolor y desencanto; la vida, la juventud, la esperanza… van cayendo junto con sus lágrimas. La naturaleza, el destino, o como quiera que llamemos a la trama de la vida, es ciego, es sordo, es injusto, es una bestia. Un mal animal que siempre la dejaba con su dolor a solas.

El día, parece, va a transcurrir monótono como todos los días. Ha perdido el deseo de salir a la puerta de la calle, sentarse y conversar con las vecinas. Sin darse cuenta se ha convertido en la viuda del patio, dueña y guardiana de un cerrado paraíso abierto solo a los pájaros y a los gatos. Podía adivinar a estos últimos en sus guaridas, esperando la noche para llenar sus horas con lamentos de amor por corrales y terraos. Mientras, viuda de un jardín, el tiempo se desliza lentamente lo mismo que a lo lejos el vago planear de las gaviotas. Está sola. Acompañada de su tristeza, camina hacia el patio donde esperará ese precoz ocaso de la tarde.

Las horas van pasando con lentitud desesperante. Nada la distrae ni la saca de sus reflexiones. En ese temprano oscurecer de su vida, el viento se une a su melancolía, trayendo estrofas de una canción muy en boga:

«… cuando el alma siente ganas de llorar,

cuando se recuerda lo que se ha perdido,

cuando ya no queda ninguna ilusión…»

Sentada, escucha e intenta digerir su pena. Las lágrimas vuelven a anegar sus ojos y suspira en silencio, su padre duerme y ella, otro día más, como dice la canción, se enfrenta a su soledad. Se dirige a su alcoba. El espejo de su habitación vuelve a convertirse en testigo mudo de anhelos nocturnos, de una desaforada juventud que ha invadido su cuarto. Ante el armario contempla sus carnes prietas, anhelantes. Jadea, una voz interior la detiene y pone frío en su cuerpo al recordarle que el tiempo nunca mira atrás, nunca vuelve sobre sus huellas, sean estas dulces o amargas.

Tumbada sobre la cama revuelta, vacilante e inquieta como la lamparilla mortecina, casi apagada, que tiembla con el soplo tenue del aire que se cuela por la ventana semiabierta, Carmen se recluye en sí misma. Queda en silencio, con los ojos fijos en la calle, sumida en pensamientos e ilusiones que el caballo desbocado de su mente imagina y que, en un principio, son como un buen amante del que echar mano cada vez que, rechazada por el sueño, despertase rendida. Necesitaba entonces olvidar, acabar con aquellos tiempos, no muy lejanos, que el rumor del reloj o cualquier otro sonido presentaban. Que aparecían apenas ponía los pies en el zaguán.

A veces siente un aliento de vida difícil de explicar, una nueva esperanza que va más allá de los vientos que azotan la tierra, un aliento ajeno a todo pensamiento sombrío o temeroso —incluso a la obligación de atender a su padre—, provocado por imaginarse en los brazos de él. Después, dentro de ella, los sentimientos se enfrentan en un continuo batallar que se calman cada vez que el alba recelosa anuncia a lo lejos una nueva mañana.

Su padre, gloria y cruz de su vida, la ha ayudado mucho, con él se ha sentido protegida y acompañada, pero… ahora… Llegado a este punto, un hondo suspiro sale de su pecho. La tiene preocupada, de un tiempo a esta parte no come nada. No era desdén por la comida, sino desinterés por un mundo del que se alejaba poco a poco. Algo dentro de él ha cambiado: ahora apenas alza la voz; su caminar, inquieto antes, se ha hecho lento y pesado; solo sus ojos parecen captar breves visiones, lejanos sucesos. «Envejecer es renunciar», murmuraba a menudo. Ese cambio la desazona, ¿Habría percibido lo desgraciada que era? Por un momento escucha. Todos en el pueblo debían dormir, soñar, amar, llenar el mundo de suspiros y quejas; tan solo ella velaba.

Apaga la luz y cierra los ojos, pero el sueño no viene. Como en un juego mágico y sombrío, la habitación se va llenando de aquella madre joven y admirada de la que el padre hablaba poco, pero cuya fotografía sobre la oscura mesita de noche, sabía ella, le hacía contar las horas a veces hasta la madrugada. Llegó a odiarla por las continuas atenciones del padre a aquella fotografía de humilde marco en la que, apoyada en el brazo del marido, miraba al frente con ojos melancólicos y serenos que parecían pedir perdón. Ahora más que nunca la echaba de menos, intuía que con ella allí todo sería diferente, que sería su mejor y más fiable consejera para dar solución a un sentimiento que la consume. Se mueve inquieta. Por fin, el sueño invade su cuerpo. El ademán generoso y los ojos tranquilos de su madre presentes en su mente, como terapia conciliadora, han conseguido que duerma. El alegre piar de los pájaros

le hacen despertar. Levantó la cabeza y sus ojos traspasaron los cristales del balcón y se hundieron en un trozo de cielo azul. Era otro día.

En Huércal-Overa, Pedro ha abierto los ojos. Por la ventana abierta, y aún en la temprana hora, una atmósfera densa se adentra en la habitación, compuesta de aromas de estiércol proveniente de corrales vecinos. A Pedro le placen estos olores —le traen recuerdos de su pueblo—, como le agrada oír en la quietud de la madrugada el balido de un cordero, el canto de un gallo o el lamento chirriante de un carro avanzando a trompicones entre las piedras de la calle.

A las seis ha ido surgiendo una claridad azul por encima de los tejados. Los ojos le escuecen de no dormir. Pero el flujo de la vida común ha ido tejiendo y destejiendo sus argumentos, sus simetrías, sus resonancias, sin necesidad de que nadie invente nada. Sin que intervenga la mano ni la inteligencia de nadie, el sol ha ido remontando, buscando su sitio, y ya es el dueño de todo.

Consulta la hora en su reloj y comprueba que sigue siendo temprano. Aguza el oído: de fuera le llega un rumor sordo de actividad, de gente yendo y viniendo, preparándose para el mercado. Dentro no escucha nada, contiene el deseo de levantarse y permanece tumbado. No mucho tiempo después, un ruido proveniente del piso inferior le hace saber que doña Francisca ya está trajinando.

Se levanta y, una vez aseado, se presenta ante la dueña de la casa, que faena en el vestíbulo de entrada. A través de una ventana se divisa un patio en el que descollan, entre el colorido de claveles y geranios, dos plantas trepadoras —madreselva y buganvilla— que se enroscan en entramados de madera verde.

—Buenos días, señora

—Hola, hijo, me pillas entre mis recuerdos, vestigios de otros tiempos —responde la mujer, abarcando con un ademán de la mano los objetos hacinados en las paredes, cómodas y vitrinas del limpísimo salón. —¿Quieres tomar café?

—Muchas gracias, doña Francisca. Me apetece caminar, así hago tiempo para tomarlo con todos.

—Te encontrarás, ya, las calles animadas, la gente madruga para el mercado. Luego hace mucho calor.

Después de dar las gracias por el ofrecimiento, echa a andar hacia la calle. Efectivamente, las calles se empezaban a animar con personas acompañadas de carros y animales que caminaban en dirección del lugar del acontecimiento. Pedro, al poco de salir, da la vuelta caminando en dirección contraria para no recibir en la cara el impacto del sol y el calor que traía la brisa. Los olores del campo y los graznidos de las aves que se mecían en el aire lo relajaban. Traían recuerdos. Camina disfrutando de la mañana, ajeno a la algarabía, y piensa en su encuentro con Roberto. A los dos les había unido la ilusión de viajar a lo desconocido. Solo les interesaban cosas que no se podían comprar y vender. ¡La pasión fuerte de los audaces! Esa sí era una moneda valiosa inalterable, la verdadera, la única que merecía la pena. Cuando se encontraron, dialogaron largamente sobre una existencia sin hogar, sobre libros, sobre la vida aventurera de algún conocido. Soñaban. Cada uno tenía su aventura en la mente. Ellos padecían un virus aventurero, del que estaban inoculados, semejante a la materia de la que estaban impregnados los cascos de aquellos barcos con historias de esclavistas codiciosos, de piratas que raptaban y degollaban porque sí, de tormentas devastadoras e islas con tesoros. Pero algo había cambiado, algo muy poderoso que lo tenía confuso. «¿Qué me está sucediendo?», pensó. De esta agobiante parálisis lo sacó un ruido seco y acompasado que crecía con intensidad a medida que se aproximaba su causa: era el ruido de un carro, en cuyo pescante se balanceaba un hombre con los ojos entrecerrados. El carro se dirigía al mercado con un cargamento de espinacas, cebollas, judías verdes, berenjenas, pimientos, apio y puerros. Cabeceaba la mula haciendo eses y cabeceaba el carretero agitando la tralla con gesto automático y sin tino. Sobre el pescante, a un lado del carretero, había una cesta con huevos frescos; al otro lado, dos conejos muertos con el cuello revirado. Pedro vuelve a la casa. En la mesa, sentados, Rafael y Roberto esperaban. El desayuno es rápido, hay que ponerse pronto en camino.

XIV

Una visita al santuario del Saliente

Vuelan, juguetones, pajarillos y palomas, y voltea rápida, alegre y fresca, la campana de la iglesia. Otros pájaros de alto vuelo negrean en el cielo. El vehículo, en su rodar buscando la plaza, encuentra una calle cortada. Ante el obstáculo, Rafael comenta que el Ayuntamiento había emprendido unas obras que llevaban camino de eternizarse y que viendo trabajar a los peones era fácil entender la causa de tanta demora: mientras uno se ataba la alpargata, otro, sentado en una carretilla de cemento, liaba un cigarrillo y un tercero engullía un trozo enorme de pan a la sombra de la caseta. Pan que añoraba la chicha y era suplida por un rojo tomate. Como el objetivo verdadero de aquellas obras era proporcionar trabajo a los obreros en paro, nadie se molestaba en meterles prisa. De este modo el vecindario quedaba abandonado a su suerte.

El auto, con dificultad, después de sortear viandantes, carros y animales con las aguaderas cargadas de verduras y cachivaches, sale del pueblo y enfila la carretera de Baza al tiempo que el conductor comenta:

—En estos mercados se vende un poco de todo. Ese todo, en cuestión de alimentos, es precario porque la Fiscalía controla mucho el tema de la manduca, como algunos dicen; aunque siempre hay trueques y ventas a escondidas. Las almendras, las olivas, el trigo, la cebada, la siega que llevan a cabo los vecinos de las cortijadas cercanas, todo está sujeto a impuestos, aunque, como he dicho, siempre se oculta algo. Parte de ese algo se trae a cambiar o a vender aquí.

—Las ventas a escondidas es estraperlo, ¿no? —pregunta Pedro.

—Bueno, estraperlo o como queramos llamarlo.

Se cruzan con algunos jornaleros que portan cestos en los que llevan comida. La visión de aquellos humildes trabajadores hace comentar a Roberto:

—La pobreza, para muchos, es una condena perpetua.

Aprovechando que la madre se ha quedado dormida, el conductor baja la voz.

—Yo también las he pasado canutas, no piensen que no. En mi casa, hace años, pasamos de ricos a pobres en muy poco tiempo. Mi padre tenía una amante, una mujer que le dejó a pedir limosna. Se fue a vivir con ella y no volvimos a saber de él. No pensó en mí ni en mi madre, que fue la esposa abnegada con la que compartiera ocho años inútiles de paz y mentiras. Pasado cierto tiempo murió. Al menos eso me dijeron siempre. Yo era muy pequeño y apenas noté nada; solo que mi madre se volvió más cariñosa. Entre mi abuelo y ella sacaron adelante la casa. Esta se quedó grande y, puestos a cerrar habitaciones, acabé durmiendo con mi madre. Recuerdo cómo esperaba la hora de ir a la cama y la ilusión que me hacía estar juntos los dos entre las mismas sábanas.

—¿Le hablaba de su padre? —inquirió Pedro.

—¿De mi padre? No, nunca, ni tampoco de la otra. Solo rezábamos, sobre todo yo, para que alguno de los dos se cansara y para que todo volviera a ser como antes.

—Cuando las cosas suceden —sentenció Roberto— ya nada vuelve a ser como antes.

—Cuando vengo a Albox —continuó el veterinario—, me enternezco pensando en mis abuelos. En la casa, lugar que cada primavera se llena de amapolas y margaritas, recuerdo cuando era niño y me escondía entre el trigo, y con mi abuelo subía al trillo en la era. Luego los paseos al atardecer —atardeceres bonitos, pintados de rojo, con sonidos de cigarras— y las mil y una historias contadas por él, sentados junto a la puerta del cortijo con la merienda —pan y aceite o pan con manteca y azúcar—, rodeados de gallinas, palomas, gatos y toda la fauna típica de un cortijo albojense, con su rústico y humilde alojamiento. En las noches de cielos estrellados, donde la atmósfera sin contaminación nos dejaba ver toda la grandeza de la constelación, me contaba cuentos de las estrellas. Gracias a esta tierra y a mis abuelos, gente humilde y sencilla, nació en mí el amor a la naturaleza. Ahora en el cortijo vive mi tío Lucas.

Mientras ellos charlan, los asolados campos que van cruzando, surcados de caminos y aleteo de aves erráticas, parecen dilatarse con la luz que inunda la mañana. En la altura, la cúpula del cielo recoge los ecos de la vida campesina en su vasto y sonoro silencio. Este mutismo se ve roto por el ladrido quejumbroso de un perro, allá en la lejanía. No es día de viento. La solanera, a medida que la jornada va avanzando, ensanchándose de calor, pone los campos sofocantes. Algunos olivos se aferran a la tierra y sus troncos son como

garras descarnadas de aves de presa que no quieren desprenderse del botín. En el horizonte los trenes pitan al aproximarse a la estación, avisando de la inminencia de su llegada. Sus silbidos inesperados rasgan la atmósfera como puñaladas y ensordecen los oídos de los desprevenidos lugareños.

—Les diré de mi tío Lucas que es un hombre singular, regenta un pequeño almacén de herramientas donde también compra esparto; de ese almacén ha hecho su reino, un simple local con apariencia de ratonera que le ha retenido hasta envejecer. Ese menester es la causa de que haya dejado aparcados aquellos largos viajes y negocios colosales proyectados a viva voz que se quedaron en sueños de juventud. Negocios, sí que los ha hecho, pero colosales ni mucho menos. En cuestión de desplazarse nada de nada, se ha anclado y bien anclado en el pueblo; claro, que para hacer negocios no ha tenido que salir: los negocios vinieron a él, a su jaula, sin que necesitara buscarlos. En ese impase de comerciante ha tenido de todo, hasta negocios a medias con un socio no recomendable. Con este tuvo asuntos que más que negocios fueron chanchullos.

»Las cosas sucedieron porque al pueblo regresó un vecino, un amigo suyo —Teodoro, el Indiano— que le trajo un lote de libros. Teodoro había estado un tiempo en Argentina, traía dinero e ideas, ideas nuevas; los ricos siempre se encariñan cuando son ricos por el lugar donde antes fueron pobres. El recién llegado, con esa capacidad que tienen los hombres de mundo para encontrar personas y causas rentables donde sí puede haber lo uno, pero, como se vio, no lo otro, le propuso hacer negocio con el asunto de estraperlo. «Casi ningún riesgo», le dijo, «Y un dinero ganado con facilidad». Efectivamente, el trapicheo con el estraperlo daba dinero, pero también problemas. Su socio, además, era de los que creían que en cuestión de negocios la moral convencional no existía, y mi tío cometió el error de meterse en una empresa donde la mala suerte había establecido ya sus dominios y preparaba su cosecha de llanto y duelo. Luego, él diría con fatalismo y a modo de explicación algo que suele decirse: «La puerta de la desgracia y la muerte están siempre abiertas para los seres humanos». Durante un tiempo se aisló. Los libros que le trajo 'el amigo', de algún modo, lo consolaron y mitigaron su desencanto: mi tío es un lector empedernido. Pero aquello lo dejó tocado, con lecciones que la vida nos da una sola vez. No hace falta más, y eso le pasó a él. La guerra, también, lo dejó muy marcado. No estuvo en el frente por padecer una gravísima enfermedad que le mantuvo en el hospital mucho tiempo, pero su estancia le permitió presenciar mucho sufrimiento, mucho horror y conocer infinidad de tristes historias.

El narrador guardó silencio, doña Francisca acababa de abrir los ojos y preguntar:

—¿Por dónde vamos?

—Estamos llegando, madre —respondió Rafael.

Efectivamente, ya se divisaban las primeras casas del pueblo. En la carretera, el vehículo se cruza con labriegos que, acompañados de bestias de andar cansino y cargados de utensilios de esparto, saludan al veterinario antes de que este tome un desvío.

Antes de llegar al cortijo, Lucas, que los había visto llegar, los estaba esperando sentado junto a una mesa donde reposaba una hermosa sandía acompañada de una oscura botella con vino. Sin hacer ningún ademán de levantarse saludó a los recién llegados.

—Buenos días, ¿o hay que decir «¡Arriba España!»? ¿A qué se debe tanto honor?

Rafael, cachazudo, haciendo como que no había oído, avanzó hacia su tío.

—Hola, tío, ¿cómo estás?

Doña Francisca, por el contrario, caminó hacia la entrada y, enfadada, espetó:

—Hermano, tú, como siempre, simpático y amable.

Sin esperar respuesta se introdujo en el interior de la casa.

Los dos aventureros asistían curiosos a la escena que confirmaba parte del supuesto que de ese hombre se habían hecho por lo escuchado.

No tenía Lucas el menor aspecto de solemnidad ni aire chabacano de conspirador de café. Era un espécimen de clase, eso es lo que aparentaba: un hombre apuesto, petrificado en una especie de dura juventud, de cabeza noble. Tenía el pelo abundante, tempestuoso y alborotado, blanqueándole las sienes, la barba frailuna, muy rizada, con mechón blanco en la barbilla que le otorgaba aire de profesor. Las arrugas de su cara ya decían de su amplia vida.

Su hablar era suave y debía ser bien hilado. Denotaba seguridad y decía lo que decía con orgullo desde su silla donde, sentado y aun a pesar de sus años, trabajaba para al séptimo día descansar. Seguramente si bebía y se embriagaba era por olvidarse de los últimos seis días de trabajo y de la inminencia de otros seis que tampoco descansaría. Su inteligencia se notaba implacable y salvaje, un fuego que ni él mismo, seguramente, controlaba. No parecía tener una personalidad destructiva, sino la mente que habría fortalecido viviendo

con dignidad años difíciles, armado solamente con el valor del ingenio y de la palabra. Eso se le notaba.

Efectivamente, desengañado por los hechos que había vivido, hacía años, había reducido hasta el límite posible su relación con los vecinos. Tampoco le gustaban los forasteros, eso lo sabía bien Rafael. A pesar de ello no dudó cuando dijo:

—Tío, te voy a presentar a dos amigos que están recorriendo la provincia: Pedro y Roberto. Han venido porque quieren conocer el Santuario.

El señor Lucas, sin moverse de su sitio, preguntó algo que era obvio.

—¿Forasteros?

Ante la afirmación de los muchachos, continuó el interrogatorio.

—¿De dónde?

La voz de los preguntados sonó unísona.

—De Madrid.

—Madrid está muy lejos —farfulló el tío Lucas con recelo—. ¿Qué les trae por aquí? Albox no es un camino normal para vecinos de la capital de España.

—No vamos a ninguna parte, viajamos por el placer de conocer y con esa idea recorremos la provincia de Almería.

El anciano no respondió y en silencio dirigió su mano a un objeto que a su lado reposaba: una truculenta navaja de Albacete, de las que llevaban en inscripción: «Si esta víbora te pica, no hay remedio en la botica». El ruido sonó tenebroso al abrir el muelle y fue temeroso cuando con un ademán abanicó el ambiente. Aquel mortífero instrumento se les antojó a los viajeros siniestro antes de hundirse en el jugoso corazón de la fruta y cortar la sandía en dos.

—¡Ha salido buena, la condenada! —exclamó, hablando consigo mismo.

La navaja se volvió a hundir en el fruto, cortando un pedazo de sandía que ofreció a los presentes. Estos, con un gesto común, declinaron la invitación.

Durante unos minutos solo se escuchó el masticar del viejo Lucas que, ajeno a los recién llegados, ignorándolos, prestaba toda su atención a la sandía. El silencio lo rompió un grito.

Cuando doña Francisca había entrado en la casa, cruzado la habitación y descorrido las cortinas, la despiadada luz de la mañana había invadido la estancia y había puesto al descubierto las paredes desconchadas, los muebles desvencijados y polvorientos, unos platos sin fregar y el suelo cubierto de li-

bros y periódicos. La impresión de ver aquello casi le había producido un infarto.

Los gritos de doña Francisca retumbaron la casa chillando desde el interior, mientras inspeccionaba la vivienda.

—¡Lucas! ¡Tienes la casa hecha una pocilga! —Irritada, fuera de sí, salió al porche y continuó gritando—: No sé cómo puedes vivir así. ¡Eres un gocho! ¡Un marrano!

El viejo, como si la cosa no fuera con él, seguía imperturbable comiéndose el fruto. Aquello la exasperó más si cabe y enfrentándose abiertamente con él casi juntó su cara a la del hombre para espetarle:

—¡Alma de Dios! ¡Cómo puede una persona vivir así y ser feliz!

Esta vez el hombre sí reaccionó, pero lo hizo de una forma deliberada para exasperar más a la hermana.

—Ja, ja, ja, ja. Qué cosas tienes, hermanita. ¡Yo, Alma de Dios!

—Eres desesperante y desagradable, hermano, no tienes alma. Si un día apareciese el diablo con la intención de comprártela, no podrías venderle nada. Tu interior está vacío, Es un pozo sin fondo. Un glaciar, una sima que todo lo traga.

—Vale, vale, hermanita, tranquila —apaciguó el hombre—. No hay que extremar las cosas. Las cosas son como son. Sabes que soy una persona que está de vuelta de muchas cosas y que sabe que la felicidad no existe, solo se desea; puedes desearla toda la vida y nunca habrá suficiente, y es que la felicidad es un camino no un destino en un mundo, el que vivimos, que no nos gusta, pero no disponemos de otro.

»Escucha, Frasca, aprendí de nuestro padre a gastar la vida con tino y me encuentro bien así, como vivo, porque la satisfacción consiste en apreciar lo que tienes y no desear en exceso lo que no posees, sobre todo en una región a la que llaman la provincia de las tres cosechas: «esparto, mocos y legañas», y, para más inri, donde desde 1940 la epidemia de difteria hace la situación más preocupante, con 550 fallecidos y 4.500 afectados. Sí, las autoridades sanitarias ya nos han avisado de la importancia que tiene la higiene para combatir esta enfermedad, pero las condiciones ambientales y precarias propias de la posguerra —hambre y penuria económica— hacen muy difícil la situación. Y como siempre, los más débiles son los que con más dolor y más sufrimiento tienen que soportar tanta ignominia, adversidad y autocracia. Después de lo

que te he dicho debías comprender por qué me siento un privilegiado al vivir a mi manera, aunque a ti te parezca que no.

Los forasteros contemplan sorprendidos la escena, pero tranquilos al observar la sonrisa de Rafael, comprendiendo así que esta escena es cotidiana cuando visitan la casa y es producto del cariño que se profesan los hermanos. El veterinario interviene y pone paz entre los dos arguyendo urgencia.

—Madre, debíamos irnos ya para el Saliente, el sol calienta y lo hará más, así que vayámonos y luego seguís.

Para la madre, la palabra Saliente fue como una cosa mágica, sin decir palabra se dirigió al vehículo y al subirse dijo:

—Vámonos.

Los hombres se apresuraron a imitarla. Lucas se levantó y desde la galería gritó:

—¡Para cuando regreséis os voy a preparar unas migas para comer que os vais a chupar los dedos!

Los ecos de la frase se unen a los bramidos del motor que se había puesto en funcionamiento, segundos después el automóvil rodaba ya en dirección al Santuario del Saliente.

—Madre, el tío es como es y nada le va a cambiar. Tú le conoces bien, por lo tanto, no debes tomar una irritación cada vez que vienes.

Doña Francisca, con los ojos cerrados, da el silencio por respuesta por lo que el veterinario dirigiéndose a los otros acompañantes les explica.

—El tío Lucas se ha hecho a vivir así. Le agrada su vida, su cortijo y el pueblo más que nada, y vive a su aire, quizá también porque la vida que ha conocido no le ha llenado. Estuvo fuera de Albox y cuando volvió no ha querido salir más. Él aquí es feliz, le agrada constatar el paralizado letargo de los campos y las rachas de ruido y velocidad que la civilización, de cuando en cuando, envía. Ante las calles llenas de cagajones y guijarros dice que las plazas, las calles y los edificios no hacen un pueblo, ni tan siquiera le dan fisonomía, que a un pueblo lo hacían los hombres y su historia. Antepone su pueblo a la ciudad porque, según proclama, en las ciudades se pierde mucho el tiempo, la gente estudia y cree saber mucho, pero, a fin de cuentas, la mayoría no acierta a distinguir una boñiga de un cagajón.

Los muchachos, extrañados por la expresión, interrumpen el relato y preguntan sobre la diferencia entre uno y otro detrito.

El veterinario no pudo reprimir una carcajada antes de contestar.

—Boñiga es el excremento del ganado vacuno o caballar y un cagajón es una porción de la mierda de mulos y burros.

—Curioso —concluyó Pedro—. Curioso.

—Cómo mi tío había llegado a la conclusión de no querer salir, no lo sé —continuó explicando Rafael—, porque su reflexión era que ya no había tiempo de seguir mirando desde allí el horizonte, de inventar aventuras. Su obsesión había sido siempre huir, correr peripecias, visitar ciudades, pero no había tenido valor para realizarlo, y ese deseo se quedó en ilusión perdida con el ancla hincada en esta tierra. Tierra que, para él, durante tiempo, pareció ser el culo del mundo y en la que le daba la sensación de que el tiempo pasaba de otro modo, mucho más lento.

»Ahora vivía renegado de su suerte, solía decir que había coqueteado largos años con ella, que se habían amado, hasta que un buen día lo abandonó. El motivo fue que quiso emigrar, pero no lo consiguió: la cola era demasiado larga y se llenó el autobús antes de que le llegase el turno. Como tantos otros desgraciados, quedó al borde de la acera viendo como la fortuna marchaba para siempre. Y aquí quedó definitivamente.

Mientras el automóvil surca los campos nadie más habla ni hace comentarios.

El lugar al que se dirigen, el santuario, dista de la villa unos 17 kilómetros y la calzada que conduce desde Albox al lugar es una rambla amena que discurre entre vega y un arbolado que tiene a ambos costados casi en toda su extensión. En las orillas del cauce, infinidades de hormigas formaban impresionantes filas, portando cada una un grano de trigo con gran trabajo. Al llegar a la estribación de la sierra, la subida es una tortuosa, penosa y escabrosa pendiente cuyo escarpado terreno hace dificultosa la subida al vehículo, cuyo motor ruge con insistencia. Doña Francisca explica que el día de la romería, a pesar de la dureza del camino, el deseo de ver a la santa Imagen hace trepar por doquier a las gentes sin que haya uno solo que diga que ha subido cansado, pues cansancios, pesares y disgustos, todo desaparece al presentarse a las puertas del santuario.

—¿Por qué el nombre del Saliente? —pregunta Pedro.

—Es llamado así por estar ubicado el santuario, como ayer les conté, contra la misma falda del cerro de Roel —sierra de las Estancias—, en una explanada formada sobre gruesos peñascos, y sin duda por hallarse a esta parte

de su falda principal. En este monte el promontorio más elevado está a 1.500 metros sobre el nivel del mar. Ya verán, les gustará, en la planicie hay una hermosa y cristalina fuente que, aunque escasa, brota con agua saludable y suficiente para el surtido de la casa, y para el riego de un pequeño huerto que hace el sitio agradable y placentero.

El coche da signos de calentamiento cuando se para el motor. Hace calor en la mañana agosteña, pero doña Francisca parece no sentirlo ante la emoción de estar ante la Pequeñica, como ella llama a la Virgen, en su casa. Mientras la señora se dirige presurosa a la puerta del templo a reencontrarse con ella, Rafael, al lado de los viajeros, se dispone a hacer de cicerone y explicarles algo de su historia. El paisaje que se divisa desde la altura es imponente.

Este suntuoso templo se construyó en el último tercio del siglo XVIII sobre una antigua ermita para albergar la imagen de la Virgen del Saliente. Como están viendo, el edificio tiene infinidad de ventanas, tantas, que han hecho que la tradición popular le atribuya tantas puertas y ventanas como días tiene el año. El edificio es uno de los grandes templos marianos de la provincia de Almería. Es idóneo por estar situado en el centro de una amplia comarca del sudeste español, equidistante de Almería, Granada y Murcia. Al parecer, este enclave serrano fue el centro de una antiquísima vida cenobítica, fenómeno que, por otra parte, no proliferó mucho por las tierras del antiguo reino de Granada. Esto viene a dar un carácter singular al monasterio que trató de agrupar al calor de su recinto a un grupo de eremitas que practicaban aquí su vida sencilla y religiosa.

Mientras el 'guía' habla, los tres se han dirigido a la fuente, de la que beben con deleite el agua fresca que de ella mana.

La existencia de un manantial de fácil acceso —prosigue el veterinario—, la visión y dominio de un amplio valle, unido al lugar que es paso obligado entre el Almanzora y los Vélez, lo convierten en lugar de privilegio para ser visitado. Pero, principalmente, por albergar la talla de la Virgen del Saliente, la Pequeñica, como ya les ha dicho mi madre. Sepan que el Santuario es una de las zonas de peregrinación más importantes del sureste peninsular. Como ya saben, la fiesta principal de esta sagrada imagen se celebra el 8 de septiembre, día de la Natividad de la Señora. Representando la Asunción, parece natural que debiera celebrarse el 15 de agosto, en cuyo día celebra la Iglesia esta festividad, pero como ven no es así. Hace tiempo, tal vez por los excesivos calores del estío, o por

la ocupación de los labradores en aquella época del año, se trasladó el acto al día referido. En ese día, los romeros, desde diversos puntos de las comarcas vecinas, comienzan su camino a pie, en caballerías o en carros, ocupando este lugar. Desde hace tiempo está destinado a las bestias de carga, mulas principalmente, que son engalanadas para tal conmemoración, dando a la fiesta un aire colorido y vistoso. A esta fiesta de Nuestra Señora del Saliente concurre un gentío inmenso de todos los pueblos circunvecinos, su influjo es enorme, su influencia es tal que abarca la distancia de cuarenta o cincuenta kilómetros a la redonda.

—¿Desde cuándo esta peregrinación está también dedicada a las bestias? —sigue observando Pedro—. ¿Ha sido siempre así?

—No lo sé. Desde su origen, estas romerías eran piadosas y los que las hacían no tenían otro objeto que cumplir promesas que habían hecho, visitar las imágenes objeto de veneración para hombres y mujeres, y dar público testimonio de fe católica. De alguna forma, con el paso de los años, creo yo que se pensó en homenajear a los animales embelleciéndolos para este día. Desgraciadamente, la impiedad que todo lo invade, los trastornos porque ha pasado nuestra desgraciada patria y la sangrienta guerra civil que por espacio de años hemos padecido han sido un terrible azote con que el Señor nos ha afligido y castigado. Todo eso reunido ha dado al traste con las buenas costumbres, ha hecho bambolear los cimientos de la moral cristiana y ha arrancado la fe de muchos corazones.

Mientras dialogan se han dirigido a la entrada del templo. Sería imperdonable irse sin ver la imagen de la Virgen y defraudar a doña Francisca. El conjunto del Santuario es de una belleza y sencillez incuestionable. Reúne en un rectángulo la ermita, el claustro, con aljibe y dieciocho arcos sobre pilares, con dependencias anejas. La iglesia es de planta de cruz latina con cabecera trebolada, elegante cúpula sobre pechinas, que adornan representaciones de las letanías de la Virgen, y camarín para la excelente talla barroca de la Virgen de los Desamparados, ante la que encuentran a doña Francisca en actitud de máximo recogimiento. Respetuosos, esperan. Cuando esta termina se dirigen silenciosos al coche. Una vez en él la señora hace la pregunta que todos esperan.

—¿Qué les ha parecido mi Virgen?, ¿verdad que es muy bonita?

Ahora es Roberto el que toma la palabra.

—Es una preciosidad, como el lugar, que también es encantador.

Doña Francisca, sumida aún en el halo de espiritualidad, sonríe feliz al tiempo que comenta:

—Eso pienso yo, pero, aunque no lo crean, hay personas que esto no lo ven. El impío no está dispuesto a creer lo que está más allá del alcance de sus sentidos. ¡Olvida cuán menguada es la inteligencia humana! Nosotros creemos que Dios puede hacer milagros y que los hace continuamente en favor de las criaturas. ¿Por qué no nos ha de ser lícito pensar que el sacerdote que entregó la bella imagen que nos ocupa a los comisionados de Albox era también un ángel enviado por el Señor para hacer donación de joya tan admirable?

El comentario queda en el aire. Entretanto, los campos se cuecen al calor del mediodía mientras el coche avanza en dirección al cortijo. Lucas espera. En el campo no se ve ni un alma. Las moscas se levantan del suelo, revolando al paso del vehículo. Al fin, un grupo de casas avisa que el final de la excursión está cerca. A la puerta de una de ellas y a la sombra de una parra un anciano y un perro dormitan.

La vista de aquello a Pedro le trae imágenes de otro tiempo. El gesto del mayor, la boca apretada, la ceja alta, pensando un remedio o un negocio y, sobre todo, el respeto del padre para aquel ser surcado de años, con la piel del color del cuero viejo, roto por los riñones, que era su abuelo. Pensó que desde que murió no había vuelto a su recuerdo.

La escena, a doña Francisca le provoca un comentario:

—¡Qué pena de vida! Con los años, la vida del perro es más vida que la del viejo, al anciano le falta la salud, los huesos se le quiebran si corre, y si no corre se le duermen. Total, ruina.

A los acompañantes no les da tiempo a responder, el coche ha llegado a su destino. Lucas espera en el cobertizo, rodeado de un grupo de hombres con los que parece discutir, lo hace a salvo de un sol de mediodía que arde en el cielo como una esfera de metal candente.

—Pasen ustedes y resguárdense en el porche, ahí se está bien. Enseguida termino —les grita.

Los recién llegados se dirigen al soportal y allí ven, por la mesa preparada con cinco platos y vasos estratégicamente distribuidos, que la comida está dispuesta.

Mientras esperan, Rafael los pone al corriente de lo que ocurre. Su tío está tratando con los recolectores de esparto.

—Uno de los trabajos más duros que pueden verse por estas tierras almerienses es el de espartero —les dice—. En los meses de julio y agosto, cuadrillas de hombres se esparcen con sus 'cogeores' de palo o hierro por los cerros, dirigidos por capataces o manijeros.

»Los esparteros van 'a secas', es decir, que la comida no corre de parte del dueño del cortijo o de las fincas, como ocurría con los segadores, sino que se apañan solos, de forma que el dueño del cortijo, si acaso, solo tiene la obligación de suministrarles el agua para beber. El tío Antonio, el manijero, el que está hablando con mi tío, dirigía una cuadrilla de unos ocho esparteros, todos hombres de un pueblo de Jaén. Se vienen, terminada la siega, por esta parte de Almería para recoger algunos cuartos para apañarse durante el invierno. Van de finca en finca, y es el tío Antonio el que trata el precio del esparto con los dueños de los terrenos o con otros compradores.

»Cada miembro de la cuadrilla trae una muda, su 'cogeor' y la imprescindible manta, que de día les sirve para tapar los haces de esparto que van cogiendo, y así evitar que pierdan peso, y de noche, para taparse del relente, ya que duermen a pleno raso en el tajo. Además de los cuatro cacharros de menaje para hacer de comer, traen dos burras. En ellas, generalmente, unas dos horas antes de ponerse el sol, cargan hasta tres haces de esparto y bajan de los cerros, dirigiéndose a los aledaños del cortijo del dueño, donde normalmente se instala una romana grande, con objeto de pesar lo recogido. Hoy es una excepción, seguramente habrán terminado su trabajo.

Los jóvenes miran con interés la escena mientras el veterinario continúa su explicación.

—Para pesar, como vemos, se utiliza un palo largo y fuerte que sostienen entre dos hombres, mientras otro mira el peso correspondiente. Se hacen tantos pesos como hombres lleva la cuadrilla, ya que cada miembro cobra de acuerdo al esparto que coge. Así, se evitan posibles picarescas y los hombres se toman más interés por la cuenta que les trae.

Terminada la faena, los hombres se despiden del tío Lucas y este se dirige hacia la casa después de saludarlos con la mano. Pasados unos minutos, en los que el anfitrión les deja descansar, este aparece con una paila llena de doradas migas a las que seguidamente acompaña con platos que contienen pimientos y tomates secos asados, longaniza, morcilla y chacina de la zona. Un hermoso cuenco deja entrever un oloroso gazpacho que hace más apetitoso el menú del mediodía.

Seguidamente, como señor de aquel dominio ordena:

—¡A comer! Y ya me dirán los viajeros qué es lo que les parece lo que han visto, porque conozco un refrán que dice: «El que no sabe lo que busca… no se conforma con lo que encuentra».

—Perdone que le contradiga —responde Roberto, tomando la palabra—, es evidente que, como nada buscamos, lo que nos encontramos nos deja satisfechos y si además el lugar y la imagen son espectaculares, como es el caso de hoy, con más razón.

—Lo celebro, muchachos. Y ahora, díganme: ¿Qué les parece esta parte de Almería?

Interviene doña Francisca para decir que en la mesa se estaba para comer. Poco a poco, los hermanos comparten una lista de reproches y esa memoria les une. La tormenta queda tan lejos que el tiempo le ha quitado el veneno y ahora resulta inofensiva como animal disecado.

Una vez terminado el ágape los hombres se disponen a fumar, el veterinario ofrece tabaco y los jóvenes aceptan encendiendo sus cigarros. Lucas saca un puro, un farias, y lo enciende, tiene un olor intenso que deja intuir que en él se encuentran todos los aromas y venenos que un hombre puede desear para morir en paz.

—Veo que tiene usted educado el paladar —señala Pedro, sin poderse contener—… y seguramente los gustos.

—Jovencito…, no me busque. Un hombre ha de tener vicios, a ser posible de categoría, o cuando llegue a la vejez no tiene de qué redimirse. Hace tiempo que llegué a la conclusión de que pocos seres humanos merecen el destino que les ha tocado en suerte. Dice una célebre canción argentina, escrita por un poeta que además se estaba muriendo: «Se me está haciendo la noche en la mitad de la tarde; no quiero volverme sombra, quiero ser luz y quedarme». Algo parecido me pasa a mí. Con vicios y defectos vivo aquí porque aquí quiero vivir y lo hago viviendo como un fugitivo de la vida. Vivo solo porque me gusta estar solo. Y en esta soledad, con mis pensamientos, mientras les esperaba, he caído en la cuenta de algo que no se me había ocurrido: que no ha llovido, prácticamente, desde que vivo aquí, ni siquiera en mitad de los inviernos. Esos pensamientos me han hecho recordar que casi he olvidado lo que se siente al meterse en una cama tan fría que desearías que hubiera alguien más en ella. Pero Almería es tan cálida que te convence de que es mejor dormir solo. Yo, hubo una vez que también viví donde hacía frío, me fui de

allí porque entendí que no era mi sitio. Ha pasado el tiempo y aquí estoy, el mundo nunca gira hacia atrás. Cuánto mejor sería este planeta si la mayoría de la gente aprendiera a calcular cuándo tiene suficiente. ¡Cuánto mejor para ellos mismos! Dice un proverbio árabe: «Los pechos de una mujer deben tener el tamaño justo para llenar las manos de su amado» y, a su vez, «El miembro de este debe tener el tamaño justo para llenar el hueco entre los muslos de su amada». El resto es superfluo. De igual modo, cuando la riqueza comienza a escapar a todo control se convierte en una amenaza, así como en un dolor inútil e innecesario.

Los forasteros, en silencio, escuchan el monólogo; están comprobando que la singularidad de la que hablaba Rafael de su tío es real, verifican que le gusta divagar y decir las cosas como las siente.

El anfitrión ha callado, se ha tomado un tiempo que emplea para limpiar de ceniza el veguero y que aprovecha la hermana para querer intervenir, pero un gesto del orador hace que se mantenga en silencio.

—Hermana, quiero que sepas que agradezco vuestra visita, pero no creas que ignoro que el objeto tuyo es conservar el pasado de la familia como si fuera una reliquia que protege del olvido, que es el peor de los males. Y nadie quiere ser olvidado.

—Lucas, la guerra terminó hace ya bastantes años, debías de dejarlo ya. —La voz de doña Francisca suena vacilante, temblorosa.

—Las guerras, las guerras… ¡Qué horror! —prosigue el anciano—. Lo auténtico es que familias enteras desaparecieron de la noche a la mañana y la sangre regó las calles, hediendo a demonios. Los vecinos se asesinaron sin recordar que antaño eran amigos. Esto te lleva a la vía pacífica de la reflexión, con el argumento de que la violencia estaba al alcance de cualquier estúpido, mientras que la inteligencia era un privilegio reservado a unos pocos. Pero nos hacemos viejos y el pasado vuelve pese a que no nos guste el aspecto que tiene, desgraciadamente, para algunos, los vicios de joven no se perdieron de mayor.

»Jóvenes, yo pertenezco a esa niñez, auténtica realidad de la vida en Almería, en la que la mayoría de mis amigos tuvieron que abandonar la escuela en esa edad crítica donde has recopilado solo lo más elemental y lo demás lo ponías tú por tu cuenta, tomando lecciones directamente de la escuela de la vida, por lo que se han criado como cabras sin cencerro. Huyendo de la pobreza se fueron a otras ciudades. Tengo amigos, hijos de emigrantes andaluces que

llegaron a la Ciudad Condal el año 1909, cuando aún los humeantes fuegos de las iglesias y conventos ardían en la Semana Trágica. Se fueron de estas tierras de Almería muchos de ellos a pie, empujados por la miseria, recorriendo los más de setecientos kilómetros que separan Huércal-Overa de Barcelona.

—¡Un momento, tío! —intervino Rafael—. Ya empieza a cansarme el que en todas las conversaciones hables de autenticidad de la vida. De tanto escucharlo me suena a hueco.

El viejo Lucas, sin inmutarse, contempló al sobrino en silencio para a continuación proseguir como si reflexionara en voz alta.

—Todo lo que consume el tiempo de una vida, aunque sea mentira, aunque sea evasión, fantasía o ensueño, es auténtico, porque la única realidad es ese tiempo. Luego vendrá esa legión de soplapollas que dice que la vida es una obra de teatro en la que cada cual representa un papel, dando con eso a entender que la realidad es un engaño. Y yo digo que ¡una leche! Hagas lo que hagas, sueñes, pierdas el tiempo, divagues, saltes o duermas, consumes tiempo, es decir, vives. Y la vida es irreductible. Yo llevo muchos años viviendo a mi manera o como me lo imponen las circunstancias, sufriendo o distrayéndome con vuestras visitas, sumiéndome en el paraíso artificial del vino, dejándome llevar por conversaciones insustanciales, desnudándome para morir todas las noches y vistiéndome, aun a mi pesar, al llegar el día. En ese espacio auténtico me miento a mí mismo o me descubro las verdades inapelables; me río de las verdades o me dejo aplastar por ellas; defiendo una revolución en la que no creo o me burlo de los revolucionarios poseídos de la fe que mueve las montañas. Y en ese impase pienso que, si la revolución propició el crimen, sus gérmenes habría que buscarlos en la trama de rencores, egoísmos y mala fe que durante años, lustros y siglos movió y mueve la vida en el campo andaluz.

«Pero no podemos vivir arrepintiéndonos de aquello que hicimos con la mejor intención, aunque nos hayamos equivocado habiendo hecho la revolución y haberla perdido. Vivimos, desde aquellos días, condenados a recuerdos inútiles de la juventud. —El tío Lucas agitó la cabeza al tiempo que se encogió de hombros—. Lo terrible estriba en arrepentirnos por no haber actuado, o por haberlo hecho mal a sabiendas, y cuando crees estar preparado para vivir en este mundo te dicen que te queda poco tiempo.

En el porche de la vivienda el aire parece haberse estancado. Un intenso olor a corral lo impregna todo. Pedro aspira con fruición recordando otro lugar.

—Miren, yo sé que ahora está de moda en todos los países civilizados poner a los nazis de vuelta y media —continuó el anciano—. Desde luego, si lo que cuentan de ellos es cierto, hicieron cosas horribles e imperdonables. Pero no las hicieron por nazis, sino por bestias. Tampoco estoy en contra de los cristianos, aunque sé que en su día quemaron en la hoguera a varios miles de desgraciados acusados de hechicería y otros crímenes igualmente improbables. Es más, si la Inquisición hubiera dispuesto entonces de los adelantos técnicos de ahora, habría matado tanta gente como ahora dicen han matado los nazis. Pero yo creo en las personas y que estas son relativamente buenas; los pueblos, en cambio, son violentos y sanguinarios, todos sin excepción. Para poder dar rienda suelta a sus instintos criminales y para tranquilizar al mismo tiempo su conciencia, recurren a una ideología grandilocuente, un simulacro pedestre e inverosímil, adornado con discursos, himnos y banderas. Pero… ¡Qué le vamos a hacer! La estupidez y la brutalidad forman parte de la naturaleza humana, y como tal las acepto. Al fin y al cabo, yo no me inventé la naturaleza del hombre. Simplemente aborrezco las teorías. Las personas me interesan, las ideologías, en cambio, me parecen todas lo mismo. Al pensar así, ¿cometo un gran pecado? Y si lo cometo, ¿quién está autorizado a condenarme o absolverme? Como no he tenido respuestas a estas reflexiones me quité de la circulación e intento no enterarme de nada, solo leo. Algunos se mofaron de mí cuando regresé. Me hablaban, riendo, de la 'morriña gallega' —prosigue—, pero yo tuve la mía, y sin pensar las consecuencias, en determinado momento, decidí volver. Creo que también a costa de peligros mayores habría vuelto. Ya no aguantaba lejos. Toda persona que se precie de serlo ha de sentir por su pueblo ese algo que aprieta el corazón y provoca lágrimas en los ojos su recuerdo.

Ahora es Roberto el que responde.

—Señor Lucas, creo que es usted demasiado severo consigo mismo, lo cual es una cualidad que distingue a las personas de valía. Su postura no me parece mal, pero en el mundo en que vivimos nadie se puede pasar la vida ajeno a lo que pasa, ni siquiera usted. Está equivocado si cree ser solo un individuo; nadie lo es. Somos lo que representamos, una colectividad, lo que el pasado ha hecho de nosotros. Lo queramos o no, somos herederos de odios y de injusticias. Herederos de una historia que nosotros no hemos hecho, pero cuyos frutos y testigo, igualmente, habremos de coger y continuar.

—Me resisto a ello, muchacho. Sé que el ser humano es capaz de todo, bueno y malo, pero desde que pasó lo que pasó ha perdido sus valores, el sentido

de la comunidad y el compañerismo. La gente se ha vuelto obstinadamente individualista, no miento cuando digo que cada individuo de este pueblo prefiere morirse antes que mover un dedo en beneficio de los demás. La gente vive aislada y solo se preocupa de sí misma. Y, a decir verdad, el individualismo feroz de esta tierra solo se quiebra la tarde de los domingos, al caer el sol. A partir de ese momento, los jóvenes se emparejan y escapan al campo, y los viejos se meten en las tascas a fumar, a beber y a jugarse hasta los pelos. Esto es lo malo. La gente solo pierde su individualismo para satisfacer sus bajos instintos.

«Una cosa puedo asegurar. El camino de la vida no está en esconderse entre la maleza al anochecer, los chicos y las chicas, para dar expansión a la tortura de la carne criada por la naturaleza desde el pecado original. —Deseos de corazones reprimidos—. Tampoco está en la taberna, ni siquiera está en cavar las patatas o segar los trigales. Tampoco en el descanso dominical. Dios creó el mundo en seis días y al séptimo descansó. Y, como Dios que era, no estaba cansado; pero descansó.

—Descansó para enseñar a los hombres que el domingo era un día de asueto merecido —interrumpió doña Francisca—. En cuanto a los hombres y mujeres del pueblo, ¿qué pueden hacer más que hacen?

—Mantener la dignidad e intentar tener más conocimientos. Muy pocos saben que la renta per cápita de los españoles, en estos años, es todavía la mitad de lo que había sido en 1926. Que luchen por aprender a leer y lean, y a través de la lectura intenten ser más libres, pero no solo los del pueblo, sino todos los almerienses. Sé que eso es difícil porque somos una provincia pequeña, pero sirva como ejemplo Grecia, también era pequeña y fue la civilización más grande que hubo antes de la nuestra.

—Qué cosas tienes hermano, ¿cómo puedes sacar a colación eso?

—Porque es un pueblo que debería servirnos como modelo de superación. Grecia no era rica, sino muy pobre y ni siquiera estaba dotada de excesivos recursos —como Almería—. ¿Cuál fue entonces el secreto de su éxito, la fórmula mágica que la hizo resplandecer como un lucero? La clave de todo estuvo en una sola palabra que aquí se echa en falta: Libertad. Una libertad que nadie les regaló, la consiguieron. Los atenienses, en su época, eran el único pueblo libre del mundo. No es una exageración, sino una verdad histórica. Grandes imperios de la antigüedad —egipcios, babilonios, asirios o persas—, pese a su inmensa riqueza y poder ignoraban el concepto de la libertad. Con esa palabra

ejemplarizada hasta el máximo Grecia logró prevalecer rodeada de grandes peligros, siendo el más amenazador el formidable poder del imperio persa. Como era de prever, Grecia fue atacada, pero a pesar del inmenso poderío de los imperios acosadores estos sufrieron una colosal derrota y quedó acreditado que un hombre libre es superior a multitud de hombres sometidos a la voluntad de un dictador. Atenas fue la primera democracia del mundo. Estaba gobernada por todos los ciudadanos mayores de dieciocho años. El llamado Consejo de los Quinientos, que era el que regía, estaba constituido por ciudadanos elegidos al azar, mediante sorteo. Los principales magistrados y los altos jefes del ejército eran designados por la Asamblea.

Roberto, que, como todos, escuchaba interesadísimo la explicación, señaló:

—Señor Lucas, para llegar a eso las personas de un pueblo tienen que estar muy preparadas y, por lo visto, no creo que Almería…

—Roberto, es así como te llamas ¿no? —interrumpió el viejo—. Tienes razón. Efectivamente mis paisanos y yo no estamos, ni mucho menos, a ese nivel y seguramente nunca lo estaremos, pero tampoco lo intentamos. Estamos ahora mismo dominados por las circunstancias, lo sé. La dictadura ejerce un férreo control y la educación en los colegios es la que es, pero la gente, dentro de sus posibilidades, hace poco por ilustrarse, por tener conocimientos; si no tenemos otra opción, eso se consigue leyendo, el mensaje del libro te obliga a pensar, a formar el pensamiento y te conduce al saber, y ese saber es indispensable para la educación, piedra angular primordial para garantizar ese régimen de libertad que gozaba el pueblo griego. Entre aquellos hombres lo fundamental era pensar. A los niños se les enseñaba sobre todo eso y no tanto a aprobar los exámenes. Eso dio sus frutos. Muy pocos son los que recuerdan que fue un griego quien aseguró que la Tierra giraba alrededor del Sol… ¡Dieciséis siglos antes de que Copérnico tuviese tal ocurrencia! Otro ciudadano del imperio expresó su convicción de que, si se navegaba desde España hacia el oeste, sin desviarse, se hallaría finalmente tierra. Eso sucedió ¡1.700 años antes de que Colón siguiese esa misma ruta! Entre aquellos hombres, la libertad de pensamiento era crucial para la educación de los suyos. Nadie dictaba a los ciudadanos lo que debían pensar o enseñar en las escuelas. El único objetivo educativo era forjar hombres capaces de sostener un Estado soberano.

El orador bebe un poco de agua y se toma una pausa para mirar el efecto que sus palabras han causado en los oyentes. Estos, serios, escuchaban interesados y pensativos. De nuevo, el intervalo es aprovechado por Roberto.

—Como conocedor de la historia griega, sabrá aquello que dijo Pericles, gran orador y político: «No cedemos a nadie en independencia de espíritu y completa confianza en nosotros mismos; pero consideramos un ser inútil al hombre que se mantiene alejado de los intereses públicos».

—Conozco la frase —dijo secamente Lucas—. La conozco bien, y también que al ciudadano inútil los griegos le llamaban *idiotes*, de donde procede el vocablo 'idiota'. Este parásito social carecía de la voluntad y del espíritu de sacrificio que aunaban al pueblo. Pero ese no es mi caso, siempre que no piense usted lo contrario.

—No, ¡por Dios!, señor Lucas, y menos reconociendo en usted las ideas de Pericles: ser soberano de sí mismo. La solidaridad, la honradez, el apego o desapego, el interés personal y tantas otras virtudes no son legislables, sino que dependen de la libre voluntad del ciudadano. Continúe por favor.

—Ya poco más hay que añadir. Si acaso, que la historia de Grecia es un claro paradigma de cómo la auténtica libertad, que conduce al bien común, puede desvanecerse sin remedio. El esplendor de ese país se mantuvo hasta que la relajación, producto del bienestar, se apoderó de los ciudadanos como un brote de peste letal. En esa etapa final de su esplendor fueron renunciando paulatinamente a la libertad como garante de todas sus conquistas, supliéndola por la seguridad y todo tipo de comodidades. ¿A qué condujo todo eso al final? A la desolación más absoluta. Lo perdieron todo: seguridad, comodidad y libertad. Los ciudadanos pensaban más en ellos y menos en el Estado, buscando mil formas de librarse de sus responsabilidades. Grecia quedó estancada por el egoísmo de sus habitantes.

Con esta última palabra el anciano da por concluida su charla moviendo la cabeza con desaliento, como si lo que acabara de describir representara el fracaso de una vida entera consagrada al progreso de la humanidad. El farias se le ha apagado y se concentra en quitarle la ceniza e intentar encenderlo. Entre los oyentes no hay comentarios. Doña Francisca hace rato que trajina en el interior de la casa. Los hombres se remueven inquietos por el calor en sus sillas, deseando regresar a Huércal-Overa, pero la señora no sale de la casa, hay que esperar.

En el campo, los rayos solares bordean la tapia de los corrales, las chumberas vecinas verdean en una masa esmeralda y los pocos árboles que bordean el camino destacan su sombrío verdor sobre el fondo azul del cielo. En un huertecillo cercano se aprecian caballones con patatas, tomates, lechugas y cebollas. Vuelan moscas que no paran y entre ellas destaca el zumbido ronco de un moscardón. El viento, alegre, corre entre piedras calcinadas por siglos de ardiente sol.

Rompe el silencio del grupo la voz del veterinario quien, ante el runruneo y pesadez de los insectos, observa:

—Con tantas cosas que desaparecen, las moscas no lo harán. Hay especies que se extinguen, pero suelen ser las fuertes. Por lo que se ve lo mejor para pervivir es ser débil. Las moscas son moscas desde el principio del mundo y ahí están. Seguirán siendo moscas hasta que este desaparezca, y no solamente nos fastidian a nosotros, sino que también a los que nos sucedan.

El señor Lucas expulsa el humo que alberga su boca, producido por la tremenda calada que le ha dado al puro, carraspea y puntualiza:

—Desde la noche de los tiempos, la Tierra fue evolucionando hasta convertirse en un lugar en el que el hombre cazador, el hombre agricultor y el hombre pescador convivieron en perfecta paz y armonía con la naturaleza, pero hace doscientos años que ha hecho su aparición el emprendedor industrial y entonces…

Ningún comentario, Rafael observa el rostro somnoliento de los presentes y piensa en la siesta que se están perdiendo. Mira a su tío y algo se remueve en su interior que le asalta. Es el vago recuerdo de un jadeo ahogado, como si resollase junto a su oído una locomotora ascendente, el tío Lucas, entonces, se ponía compresas en la parte alta del pecho y respiraba siempre en su habitación vapores de eucaliptos, estaba prohibido entrar en aquel cuarto. Un rebuzno salido de la cuadra lo sobresalta, lo vuelve a la realidad, y observa que el más afectado por el sueño parece ser su tío.

–Tío —le sugiere—, usted necesitaba haber dormido más, échese un rato. Póngase cómodo y a gusto.

—Lo haré, sí, porque para cuatro días que vive uno y no saberlos dormir… Claro que esta es la maldición divina. Siempre he tenido para mí que el Paraíso no fue otra cosa que una larga y buena siesta. Y que a Adán lo despertó la mujer y perdió la ciencia de dormir. ¡Ja, ja, ja, ja!, sobrino, ¿a que no está mal mi ocurrencia?

—Pues no. ¡Genio y figura hasta la sepultura! Dicen que cuando a la gente le falta músculo en el brazo le sobra en la lengua.

—Y que lo digas, Rafaelillo. También hay otros que dicen que para estar comodón no hay nada más barato y que dé más gusto que rascarse el culo a través del calzón.

No ha lugar a respuesta, la señora Francisca ha salido de la casa y ha escuchado la última frase. Como un torbellino, con un hato de ropa en la mano, se dirige decidida al vehículo al tiempo que espeta:

—¡Hermano, eres un gocho! ¡No cambias! ¡A ver si tiras de una vez los cacharros rotos que tienes en la cocina! ¡No sé por qué vengo, madre mía, no te mereces nada! Tal vez es la Pequeñica la que me induce a venir. ¡Qué calvario! Pequeñica, ¡qué calvario! ¡Ea! ¡En marcha!

Y un poco más calmada, desde la puerta del coche, se vuelve para apostillar:

—Te he recogido un poco, intentaré traerte esto la semana que viene, y por favor… ¡No seas tan guarro!

Los hombres se despiden del tío Lucas que los ve partir desde el porche con una mirada indescifrable. Ya en el auto, Roberto siente que en el saludo de despedida se sintió extraño, espantosamente extraño a aquel hombre que, aunque de campo, era cultivado y maduro.

Doña Francisca se cree obligada a aclarar que los utensilios que guarda su hermano son para que los arregle el lañador (lañero o lañaor, en el lenguaje local), un hombre que suele venir por la zona una vez al mes desde Cantoria, recorriendo los cortijos, lañando tinajas y lebrillos y restañando pucheros, cacerolas y palanganas. Este mes se había retrasado.

XV

De regreso a Huércal-Overa

Mientras la señora habla, el coche avanza por el camino de un páramo aletargado por el sol y un cielo sin nubes, con las piedras humeando como libretas de pan recién horneadas. Lagartos que reposan tranquilamente se esconden al ruido del vehículo. De entre los raquíticos hierbajos asciende el fuerte zumbido de las chicharras. En el interior del auto, con las ventanillas bajadas para combatir el calor reinante, sus ocupantes van inmersos en sus pensamientos. Un retorcido árbol rompe la monotonía del paisaje, a su exigua sombra una cabra reposa tranquilamente, la escena hace exclamar al veterinario:

—Les voy a relatar algo gracioso que esta cabra me ha hecho recordar; me estoy refiriendo a un cuento antiguo que el abuelo solía contar, cuyo relato decía así:

Un pastor llevaba al mercado una cabra de su señor el moro; el animal, en su caminar, se metió en el sembrado de un cristiano que denunció el hecho al obispo. El obispo, que era la máxima autoridad, porque podía condenar, llamó a los litigantes. En su presencia, el moro negaba y el cristiano afirmaba. Ante la situación, el obispo preguntó al pastor si la cabra entró en el sembrado o no. El hombre contestó: «Tenía el morro dentro, pero las patas fuera». El obispo sentenció dar la cabra al cristiano porque la cabeza estaba dentro y el ganado se cuenta por cabezas. Ante el fallo, el cristiano festejaba el veredicto; pero para que este no presumiera de que había sido ganador absoluto del litigio, el prelado, después, le cobró al cristiano el bautizo de la cabra, pues no la podía tener en casa sin ser bien cristianada, ante el lógico descontento del hombre, que creía que el hecho le había deparado buena fortuna y que, al tener que pagar, ya no lo era tanto.

—Mi abuelo decía que eso fue como: «Los dineros del sacristán que lo mismo que vienen se van». La fábula hace que entre los hombres se hagan diversos comentarios sobre la evolución de las leyes.…

La conversación ha hecho ameno el regreso, en el que se van encontrado a algunos de los visitantes del mercado de vuelta. A la vista de las primeras casas, doña Francisca interviene:

—Aunque la vean diferente a otros pueblos, Huércal-Overa ya no es lo que era, los años han pasado y no en balde. El tiempo se ha llevado muchas cosas, sobre todo personas queridas que ahora solo podemos recordar. Entre estos seres amados, preferentemente, se encuentra mi abuela, que era una 'castañuela'. Tenía una alegría innata que le hacía cantar y bailar. Lo hacía bien, pero que muy bien. En las fiestas de la vecindad, las fiestas de familia, en la celebración de un santo, un casamiento o un bautizo, con media gitanería de la calle jaleándola y comprometiéndola para que se echara un cante o se diera un baile por bulerías, siempre se arrancaba, era la primera. Necesitaba que le animaran poco. Mi abuela, además de un cuerpo perfecto, tenía duende. Bailando, se transformaba. Cuando terminaba daba un saltito hacia atrás al tiempo que decía ¡Sape! Eso enardecía a la concurrencia, que no dejaba de gritar: «¡Venga, Antonia! ¡Qué arte! ¡Otra!». Ni mi madre ni yo sacamos su gracia. Ya mayor, a las jóvenes, nos gustaba escucharla. Su gracejo al hablar era un torrente de alegría, no falto de picardía, cuando nos decía: «Niñas, grande el culo, no, pero 'repompeao'; y aunque a mí no me guste el culo tan pa fuera, a los hombres les faltan manos pa intentar tocarlo».

»Esos y otros comentarios parecidos nos escandalizaban y ponían coloradas, pero estábamos deseando escucharla. Cuando murió, mis amigas acusaron su ausencia. Con ella se fueron muchas cosas que echo de menos en el pueblo. Quizá esa nostalgia sea la que me haga pensar que en mis años mozos las fiestas, y sobre todo la Feria de octubre con aquellas bandas de música y sus pasodobles, eran más auténticas. Con las amigas me lo pasaba muy bien y, junto a las corridas de toros y procesiones, esas fiestas eran para nosotras un verdadero acontecimiento. Las bandas musicales llevaban la alegría por calles y plazas del pueblo entre el clamor de los vecinos. Y luego estaban las excursiones, y la romería que hacíamos a la ermita de la Virgen del Río, piadoso santuario adosado en las quebradas peñas, a corta distancia del pueblo. La realizábamos montadas en carros tirados por mulas, los mismos que cargaban ovejas, cabras, verduras y arados. Esos carros también servían para ir a Terreros, a la playa. Pero las fechas que de verdad deseábamos que llegaran eran las de Semana Santa. ¡Virgencita, qué ambiente! Con aquel silencio sepulcral roto por las trompetas y tambores… ¡Madre mía!

«Miren, parecerá una tontería, pero también nos divertía los domingos la nadería de acercarnos a la estación para presenciar la llegada del tren y ver como el convoy era recibido por el jefe de estación con su traje azul, su gorra roja, su bandera y su silbato. Era un espectáculo, parecía un mariscal de los que veíamos en algún grabado. Él también se lo creía.

Es media tarde, Huércal-Overa duerme la siesta. En la puerta de una casa, al resguardo del solecito de la tarde, un hombre sentado aprovecha la sombra trenzando un cesto de esparto. Cuando el vehículo llega al domicilio, este acoge a los viajeros con un agradable frescor. En la calle hace calor. Doña Francisca dice que se va a descansar, lo necesita.

—Estarán ustedes cansados, claro —dice la mujer, al tiempo que se retira—. No estando acostumbrados, el campo aplana. Échense, les vendrá bien.

Los tres jóvenes optan por tomarse ese pequeño descanso. Por lo que se retiran a las habitaciones.

Ya en la habitación, Roberto, antes de dejarse caer sobre la cama, mira por la ventana desde donde ve el paisaje caluroso de tejados planos entre los que descolla el campanario de la iglesia. Tumbado, con los brazos en cruz y pensativo, recapacita que la aventura almeriense está llegando a su final: doña Francisca, sin querer, les ha hecho saber que Huércal-Overa, con su estación de ferrocarril, les posibilita la comunicación con Madrid, vía Granada. Pero volver a la capital de España es enfrentarse a Adela, y, aunque lo desea, el sentido común le dice que antes debe de hablar con su hermana y enterarse de cómo está la situación. Saber si Adela ha comentado algo de lo sucedido entre ellos y, si ha sido así, cuál ha sido su reacción, es fundamental. Esto último le preocupa porque quiere ser legal, pero no quiere llegar hasta ella y obtener un fracaso; si no tiene ninguna posibilidad de obtener su perdón y su amor, sintiéndolo mucho por su hermana, no volverá a Madrid en mucho tiempo. Intentaría, viajando, aturdirse y no pensar en esa mujer que sin quererlo se ha introducido por todos los poros de su piel. Si no había una mejor posibilidad, hablaría con Pedro para continuar viaje hasta Macael para ver las canteras de mármol y luego…

Entretanto, Pedro, cansado, se había sentado al borde de la cama y apoyado la cabeza sobre la mano cuyo brazo reposaba sobre el cabezal trasero de la cama. Así estuvo largo rato. Tenía tantas cosas en la mente que, por unos minutos, no pensó en nada. Súbitamente la ruleta que giraba en su cerebro se paró y pensó que el viaje se estaba agotando: doña Francisca, al hablar de

sus juegos infantiles, les recordó el ferrocarril, comunicación con la 'civilización'. Él quería hacer muchas cosas, entre ellas ir a Macael, pero no sabía si Roberto estaría dispuesto a acompañarlo. Aunque este no había dicho nada, sospechaba que algo había dejado pendiente en Madrid, y ese algo tenía que ser importante porque sus sueños eran agitados y en sus pesadillas juraría que había escuchado un par de veces un nombre de mujer: Adela.

A él, Carmen, lo reconocía, lo tenía nervioso y había momentos que correría en su busca, pero temía equivocarse y que no quisiera nada con él, por lo que quería darse más tiempo, el viaje a la cuenca del mármol era un buen motivo. Lo comentaría con Roberto.

Cuando los jóvenes se reúnen en el patio con doña Francisca, esta riega las macetas. En el atardecer, el cielo azulea mientras el sol baja hacia el horizonte y se va poniendo detrás de las colinas. La tarde ha sido clara y calurosa, pero las sombras comenzarán pronto a aparecer. En el campo se empiezan a escuchar los rumores del anochecer, y los últimos reflejos del crepúsculo y el verde oscuro de los escasos árboles, alargados por las sombras del atardecer, anuncian el final del día.

—¿Qué tal se ha descansado? Supongo que bien. —Es doña Francisca quien se interesa—. Rafael ha salido, ha ido a sus cosas. Los verá luego en la cena.

La voz de la dueña de la casa era jovial y alegre, se le notaba feliz regando sus flores. Por como tiene el patio, se adivina que la jardinería es una de sus pasiones y donde emplea gran parte de su tiempo. En la cocina —la puerta está abierta— se ven las llamas en el fogón bajo y los botes de las especies sobre la repisa.

—Doña Francisca —señala Pedro—, la veo feliz con sus flores.

—Sí, hijo, me encuentro bien, pero mejor estaría si Rafael me diera un nieto, pero este hijo mío no quiere oír hablar del casamiento, y yo me voy haciendo mayor y sudores me da el pensar que no voy a conocer a mis nietos.

Los dos jóvenes callan y procuran animar a la mujer, pero les da la impresión de que esta se va a morir con las ganas. A ellos, y por lo visto, les parece que a Rafael no le gustan las mujeres. Tiene otros gustos.

Los dos amigos deciden pasear para hacer tiempo, lo hacen sin rumbo fijo, observando con minuciosidad las características del pueblo. Huércal-Overa, aprecian, es un pueblo laborioso donde la gente camina aprisa sabiendo dónde va. En esa escenografía que son edificios y personas con las que se cruzan

llama su atención un extraño y desagradable aroma que llega hasta ellos, proviene de una casa cercana por la que tienen que pasar.

La vivienda, de humilde apariencia, desprende una tufarada que llena la calle dejando un rastro de olor. El hedor es concentrado, posiblemente, la hediondez, el olor de la edad que se supone denso y resistente, lo desprende el anciano que permanece sentado en la entrada de la casa y que, como tantas otras veces, se adormila y se duerme poco a poco. La tarde, oscuro ya el azul, lo rodea, pero no la ve. No le atrae ni retiene su atención, como tampoco esa plaza tantas veces vista, por lo que, ajeno a todo, reposa. De pronto levanta la vista, el ruido rítmico de los tacones de una mujer ha hecho el milagro. Por un momento, sus ojos se alegran y un destello de luz ilumina su cara. La mujer es una linda muchacha de preciosos ojos negros. El mayor la sigue con la mirada hasta que la falda volandera desaparece justo antes de ser atrapada por la puerta que ella cierra.

Los recuerdos parecen acudir a su mente: también las mujeres vestían faldas de vuelo cuando él era joven. Colores serios, las casadas; de colores, las solteras, y negros, las viudas. Ninguna de aquellas calzaba zapatos de tacón, sino abarcas o alpargatas. ¡Otros tiempos! Los años han pasado tan deprisa que todo parece lejano. Y no es que parece, es que lo es. Lo es hasta el punto de que casi no recuerda su niñez: el cortijo, modesto pero blanco, sobre la loma... dominante, el olor de su tierra... sus abuelos... el pan recién hecho que amasaba la abuela... su madre, faenando la huerta... su padre, volviendo del bancal, harto de soles y fatigas, adusto y destemplado... la lumbre, encendida, y el olor de la comida de su madre... ¡Su madre! Por un momento se deleita con su nombre y los recuerdos se le van. Fuerza su mente, pero estos, como pájaros juguetones, toman una época diferente. El tiempo, en suspenso, vuelve a ponerse en marcha al cerrar los ojos para evocarlos mejor, pero definitivamente es otro tiempo, es otro lugar, es otra época. Por un momento, se le presenta la escena, la vive: ella, su María, y el niño, su Frasquito, juegan, este correteando en el patio tras las gallinas. Él ríe ante el hecho mientras los rayos de sol calientan su cara a través de los pámpanos de la parra. La madre, siempre junto al hijo, empujándole a librarse del mundo de la tierra, de la agricultura, para que el crío no padeciera las mismas esclavitudes. Por encima de ellos, el padre, poderoso como un dios, dispensador de correazos, pero también de profundos goces —aquí su mente brujulea con recuerdos que vienen y van—. Y, sobre todo, las fiestas de la casa: cocina invadida, bullicio, derroche, hartazgo, manchas de vino en el mantel que significaban alegría —había que esce-

nificarlo mojando un dedo y trazando con este una cruz en la frente—, humo de tabaco, calor de familia respetuosa con el padre y risas, muchas risas. Y él, en ese perfil de alegre bebedor donde la cara ya se afila, el mentón se agudiza y ha perdido rigidez, no se ve. Ahora es un mayor con fecha de caducidad. Intenta ver más, pero no, su memoria no le devuelve más recuerdos perdidos. Resignado, se vuelve a postrar. Vuelve a su impertérrito dormitar que solo se alterará al escuchar las campanadas del reloj de la iglesia, o quizás será el recuerdo tenaz que sigue llamando con fuerza a las cerradas puertas de su memoria quien lo sobresalte.

Los amigos sonríen al comprobar el detalle del anciano y, ajenos a las elucubraciones que a este le invadieron, continúan su paseo. Caminan por las calles del pueblo y perciben que el tejido comercial es importante. Lo hacen en silencio y parecen absortos observando la vida que se desarrolla alrededor, pero la mente de los dos está pendiente de qué momento es el apropiado para abordar la conversación que tanto temen. Saben que ese momento es clave porque puede ser el del adiós, y, aunque un día u otro este tendrá que llegar, tratan de evitarlo.

Sin darse cuenta, su callejear los lleva a la estación. En esta, varias puertas de cristales cerradas. En una, un papel pegado a la izquierda, como de horarios o de aviso, rompe la monotonía del frontal. Al fin, una puerta abierta deja ver el interior de una habitación austera donde un hombre en mangas de camisa, posiblemente el jefe de estación, se afana en colocar unas carpetas sobre una mesa. Una sucia bombilla pende encima de otra puerta que da a una sala de espera en aquellos momentos vacía. La fachada, sencilla, sin ningún adorno, se ve prolongada por una marquesina supletoria que protege a los viajeros del sol implacable que durante todo el día castiga la zona. Pocas personas alrededor de la estación. En ella, un solitario banco espera clientes. Se adentran en la sala de espera y, curiosos, examinan los horarios y mapa del recorrido.

Es Roberto el que a la vista de los itinerarios rompe el mutismo.

—Este lugar parece un mundo más moderno, el que nos puede llevar a la 'civilización'. ¿Tú qué opinas? Mejor dicho, ¿qué vas a hacer?

—Hombre, después de lo que llevamos recorrido no me gustaría irme sin conocer la cuenca esa del mármol: Macael. Me atrae visitarla. Este tren ofrece la posibilidad del transporte, lo que facilita el llegar allí. También te diré que me apetece hacer el viaje en tu compañía, por lo menos hasta allí. ¿Qué me dices?

—Que, de acuerdo, compañero. Luego… Dios dirá. Propongo irnos mañana.

Ya más relajados por saber que continuarán juntos, emprenden el regreso a casa del veterinario. Rafael aún no ha llegado y se sientan con doña Francisca en el patio para contarles lo que les ha parecido su excursión. La señora de la casa ratifica que el comercio es importante en el pueblo, cosa que justifica la presencia de las entidades bancarias, sobre ellas les va a contar algo divertido acaecido hace tiempo y que, según ella, fue muy comentado.

En la plaza del Santo Sepulcro hubo un gran establecimiento de tejidos, propiedad de don Antonio Mena y Mena. Este señor, en los años veinte, era un hombre pudiente, por lo que fue nombrado corresponsal del Banco de España, corresponsalía que compartía siéndolo a su vez de los bancos Hispano Americano, Central, Español de Crédito, Bilbao y Rio de la Plata. Poco tiempo después, ante el auge del pueblo, y para regularizar la presencia bancaria, empezaron a instalarse oficinas. En una de ellas, junto a un nuevo director, arribó un administrativo, joven, apuesto y bien vestido, al que solo por verle la cara de cerca, a través de la ventanilla, le llevaban sus ahorros las vecinas del pueblo. Fue un buen cebo el que utilizó el Banco para atraer clientela. Un procedimiento que en el pueblo funcionó con unos resultados formidables. Con la llegada de Melquiades —así se llamaba el individuo— los padres y los maridos se pusieron en guardia. Incluso el párroco habló con uno de los prebostes de la banca del pueblo apuntándole las consecuencias que el bigote del empleado podría acarrear. Conversó el sacerdote con Melquiades y, a partir de esa entrevista, la asiduidad con que estos se reunían diluyó bastante el recelo de padres y maridos.

Por entonces, había en el pueblo dos hermanas, poco agraciadas, con un pequeño negocio. Estaban ya maduritas por los años, eran muy católicas y censuraban cualquier atisbo de libertinaje, pero ocurrió que la más joven de las dos, rebajada la tensión por las charlas del cura con el interfecto, consideró que no era imprudente ni antirreligioso dejarse acompañar, de vez en vez, por don Melquiades, aunque su hermana mayor, extremando el comedimiento, la censurase a gritos su 'libertinaje' y su 'descoco'.

La situación fue que a partir del día que empezó sus paseos con el empleado de la banca, el pueblo, que se le antojaba sucio, antipático y gris, ahora le semejaba luminoso. Parecía que se le habían adaptado colores que hicieron que le pareciera bello y que no renegara por las noches por el pitido del tren.

Una tarde, tras llegar del paseo dijo:

—Hermana, no sé por qué no te gusta Melquiades, es el mejor hombre del mundo. Le he hablado de nuestro dinero y enseguida me ha dado cuatro ideas para ganar dividendos con él. Le he dicho que lo teníamos en un banco de Granada y que debería de hablarlo contigo antes de tomar una decisión.

Gritó más que habló la hermana mayor.

—Pero ¡¿cómo te atreves?! ¿Y le has dicho que se trata solamente de cuatro mil pesetas?

Sonrió la hermana pequeña ante la poca credibilidad que tenía su hermana de su cautela.

—No, de la cantidad no he hablado nada.

La hermana mayor, enfurecida, pataleó, chilló y, masticando las palabras, profirió:

—¡Ese es un sinvergüenza que se está riendo de ti! Debes ser la única del pueblo que no sabe la tontería que estás cometiendo. La gente murmura y lo hace con razón. Piensa lo que haces, hermana, tienes más de treinta años y él podría casi ser tu hijo. Por favor, piénsalo.

La hermana pequeña, dispuesta a luchar por lo que creía trato injusto, encrespada, espetó:

—Me duelen tus recelos, hermana, y tus malévolas insinuaciones. Para que lo sepas, nada es, creo yo, fuera de lo normal que un hombre y una mujer se comprendan. Para eso no es significativa la diferencia de años. Es posible —posible, no seguro— que la raíz de todo esté en que las mujeres del pueblo, tú incluida, os morís de envidia.

Las dos hermanas se separaron encolerizadas. Al día siguiente, la noticia cogió desprevenida a la mayor de las dos: habían visto a su hermana menor, en compañía de don Melquiades, coger el tren en dirección a Granada. El soponcio fue tremendo, tardó cinco minutos en volver en sí. Reaccionó sacando de un baúl arrinconado un arrugado vestido negro que conservaba de la muerte de su progenitor y apresuradamente se fue a confesar. Necesitaba descargarse de la deshonra de su hermana. Para ella era una prostituta. De nada valieron las palabras del párroco, que intentaba calmarla diciendo que los fugados se casarían. La mujer abandonó la iglesia repitiéndose mil veces que había de expresar su pena y su bochorno. Influida por esta idea, buscó un cartón que arrancó de un cajón de galletas y, con un lapicero, intentando remarcar al máximo las letras, rotuló: «Cerrado por deshonra». La tienda la tuvo cerrada cerca de quince días.

Los muchachos habían escuchado divertidos la historia y lo celebraron con una carcajada general. Ya calmada la hilaridad, preguntó Roberto:

—¿Cómo quedó la historia?, ¿se casaron?

—¡Quía! —respondió doña Francisca—. Déjenme que les acabe de contar.

La hermana menor regresó doce semanas después. El regreso, como antes fue la fuga, fue un acontecimiento. Lo hizo sola y al tal Melquiades no se le volvió a ver el pelo, a pesar de que el cura decía que no era mal muchacho.

Llegó derrotada. Aparentaba, al caminar, que soportaba sobre sus hombros un gran fardo. Vestía como suelen vestir las mujeres que han enviudado, toda enlutada con una toquilla que impedía verle la cara. Aquel día había llovido y ella parecía encontrar consuelo en atravesar todos los charcos que se encontró en el camino hasta llegar a la casa. Su hermana quedó pasmada al sorprenderla, indecisa, a la entrada de la tienda. Tuvo que restregarse los ojos para comprender que aquella figura derrotada era su hermana. Ante la actitud incrédula, la hermana menor tuvo que murmurar:

—Sí, soy yo, hermana. Aunque no te merezco por pecadora, he vuelto. ¿Me perdonas?

—¡Dios bendito! Pasa —balbuceó la hermana mayor, aún sin reponerse de la sorpresa.

Una vez dentro las dos se miraron largamente en silencio. La menor se mantenía encogida, sumisa, humillada. La mayor poco a poco iba superando la aparición.

—¿Sabes lo qué has hecho? —fue lo primero que dijo.

—Calla, calla, por favor —gimoteó la menor, desplomándose sobre el tablero de la mesa y llorando a moco tendido.

La mayor respetó el llanto de su hermana. Cuando esta se incorporó, ya más tranquila, las dos se volvieron a mirar de nuevo a los ojos.

—Hermana, ¿has pecado?

—Pequé. Se burló de mí.

—¿Se burló o fuiste tú, que quisiste engañarte?

Dicho esto, la hermana mayor hizo intención de marcharse. Antes de salir de la estancia se volvió para recalcar:

—Has tirado lo más preciado de una mujer: su reputación, que es más importante que la vida; por lo tanto, tendrás como penitencia que vestir de luto el resto de tu vida. ¿Lo aceptas?

—Lo acepto.

Dicho lo cual, la hermana mayor echó la llave a la puerta de la tienda y, ya en una habitación del interior, trajo una palangana y, con delicadeza y en silencio, lavó los pies a la desgraciada. A la menor le provocó un nudo en el pecho la actitud de su hermana. Entre suspiros farfulló:

—Es un sinvergüenza que solo quería mi dinero. Creía que teníamos mucho. Vivió junto a mí hasta que se acabó, luego me dejó abandonada.

—Es un mal bicho —remató la hermana—. Pero recuerda: no peca quien siente, sino quien consiente.

—La tienda permaneció dos días cerrada a pesar de que la clientela demandaba viandas. Durante un tiempo, hasta que se pasó el morbo, la tienda se vio concurrida por clientela que acudía a hacer compras, muchas veces banales, solo con el propósito de obtener algún dato para en el cotilleo diario poder comentarlo y celebrarlo.

Pero el tiempo todo lo tapa, este ha pasado y ya la gente no se acuerda de aquello. No sé cómo a mí me ha venido a la memoria. Quizá ha sido por referirme a aquella época. Lo que sí es verdad es que en un sueño caben todas las esperanzas y Piedad, que así se llamaba la mujer, soñó.

Doña Francisca había puesto final al relato con una sonrisa triste, no se sabía si por la historia o por el recuerdo de ese otro tiempo. Solo fue un instante, porque inmediatamente su voz volvió a escucharse.

—Aquí, por circunstancias de la situación, los comercios y tiendas hacen una labor social importante. Esto es debido a que hay mucha gente por pueblos y cortijos con carencias, y la libreta (el fiado) es su única manera de poder proveer sus necesidades. Más cuando los ingresos no son fijos ni en el tiempo ni en la cuantía.

»En el sistema había un problema a la hora de contabilizar el débito: el analfabetismo. Muchas personas que no saben leer ni escribir manejan mejor los útiles de labranza que los números. Para suplirlo, los que no conocen los números, adoptan un sistema que da buenos resultados y que los tenderos aceptan: parten un trozo de caña a lo largo, dividiéndolo en dos partes iguales. El resultado es que estas dos mitades coinciden en sus protuberancias y nudos, cosa que hace imposible adulterarlo, por lo que, confiados en el modo, cada uno de los trozos se la lleva una de las partes.

»Cuando el cliente va a la tienda a adquirir alguna necesidad, porta su media caña, y, una vez realizada la compra, el comerciante une las dos partes

ajustándolas, para, con un objeto cortante, señalar de forma trasversal, en las dos mitades, el importe de la venta realizada.

Los jóvenes escuchan asombrados, Roberto, perplejo, exclama:

—¡Curiosa práctica!

—Curiosa e infalible —responde doña Francisca—. Piensen que las dos mitades quedan marcadas en el mismo punto, por lo que no da lugar a engaños. Cada hendidura corresponde a un real y, si es necesario, se puede utilizar el palo por el otro lado. Posteriormente la cancelación del débito no tiene problemas, ambas partes unen las dos mitades y no hay lugar a fallo, por lo que los interesados quedan satisfechos.

—Peculiar sistema y curiosas historias de esta Almería singular que no deja de sorprendernos —sentenció Pedro.

Roberto, por su parte, piensa que esta Almería desconcertante cada día le sorprende más. Recuerda la impresión extraña que sintió por la mañana en lo alto del monte ante el extenso panorama que vio ante él. Era difícil explicar esa sensación de tener tanto pasado ante los ojos y vislumbrar tan poco futuro. Campos inmensos, la mayoría en barbecho. Labrantíos secos como memoria a la intemperie del tiempo en esta tierra de contrastes, de paisajes que nunca empezaban y nunca acababan. Tierras y montañas que fueron bizantinas, visigodas, árabes, mozárabes, mudéjares, moriscas y cristianas daban la sensación de estar varadas, desde hacía muchos años, esperando algo. Prácticamente todos los relojes del tiempo parecían haberse detenido, como si quisieran desafiar a Cronos, esperando algún acontecimiento que se tragaría ese tiempo. Pero el tiempo, implacable, representado por un tictac, era destructor de mundos, esa era su esencia, y transcurría, inmutable, sin piedad. Aunque, eso, a la vez, fuese lo más hermoso que podía ocurrir, porque nada podía durar más de lo que estuviera dispuesto. Mientras esperan que algo ocurra, el paisaje de Almería y su peculiar forma de vida es su cultura, su postración, su deseo, es su espíritu.

Ante este panorama, era comprensible que el hombre almeriense soñara por buscarse y abrirse caminos, pero lejos de aquella tierra, porque era sabedor de que el porvenir, su futuro, no estaba dentro de los límites aquella provincia.

La voz del ama de la casa interrumpe los pensamientos de Roberto.

—Qué prisa tienen ustedes por irse. ¡Ah! ¡Ya sé, ya sé!, alguna chica, quizá la novia que espera. Ustedes, los jóvenes, siempre mariposeando de flor

en flor, corriendo aventuras y ellas, las mujeres, esperando el regreso. Eso no debe ser así. Muchachos, hay que sentar la cabeza y crear una familia. Yo se lo digo a mi Rafael: «Cásate y ten hijos, que me muero por tener entre los brazos a mis nietos».

La llegada de Rafael interrumpe la conversación que mantiene doña Francisca con sus invitados.

—Hola, amigos, ¿cómo va la tarde?

—Bien. Estábamos comentando con su madre que nos vamos mañana, no queremos molestar más.

Al veterinario se le nota visiblemente que no esperaba tan pronto la marcha de los huéspedes, pero lo acepta y, como comentario, les dice:

—Si lo han decidido, decidido está, pero vaya por delante que ustedes no nos causan ninguna molestia. Aquí pueden seguir y venir cuando deseen. Y…, aunque sea una indiscreción, ¿hacia dónde quieren ir?

—Queremos conocer Zurgena y la cuenca del mármol, Macael —contesta Pedro—. En la estación hemos visto que el ferrocarril pasa por allí. Eso nos facilita el viaje.

Ahora es Roberto el que interviene preguntando.

—¿Qué nos pueden decir de esos lugares?

El recién llegado se toma su tiempo antes de contestar. Quiere ordenar sus extensos conocimientos de la zona.

—Creo que les puedo contar algunas cosas. Veamos —acaba por decir.

El municipio de Zurgena ha supuesto históricamente la puerta de entrada al Valle del Almanzora. En su término municipal abunda tierra de gran fertilidad. Algo que implica a una parte de la población con la agricultura. Precisamente la tierra fértil y la presencia de agua en las inmediaciones de la rambla fueron las premisas que hicieron de Zurgena un lugar ideal para el hombre neolítico. Siglos después se convirtió en un asentamiento romano. De hecho, un camino existente era una calzada romana que unía Granada con Murcia. La ruta pasaba por la actual barriada de La Alfoquia. El pueblo, por estar situado en la cuenca baja del Almanzora y dividido en dos partes por este, posibilita algunas huertas de cítricos y frutales regadas por el río. Su especial topografía le proporciona un perfil especial y poco uniforme. Sobre el conjunto del pueblo sobresale la Iglesia Parroquial. La población está dividida por el río Almanzora. En su orilla izquierda

queda la Alfoquia o barrio de la Estación y en la derecha, sobre una colina, la población antigua. Zurgena fue anejo de Huércal-Overa hasta 1525, desde el punto de vista eclesiástico. En este mismo año se erigió en parroquia.

Así mismo, el pueblo vivió otro momento de esplendor con la llegada del ferrocarril al Valle del Almanzora, en 1885. La estación de tren es la más importante de la comarca y una de las más importantes de la provincia. Todo el mundo sabe por aquí que Zurgena es un punto estratégico en la línea de ferrocarril Granada–Murcia y muy necesario para la infraestructura de la zona.

—Por lo que escuchamos, es un pueblo interesante este Zurgena —interrumpe Pedro.

—En efecto —responde Rafael—. Permítanme que siga.

El núcleo poblacional de Zurgena pudo tener su origen en los iberos, con influencia de todos y cada uno de los pueblos que llegaron posteriormente: fenicios, griegos, cartagineses, romanos y árabes. A lo largo de la historia se pudo conocer por: Surgana, Xusena, Xuxena, Surgena o Sugena. Fue reconquistada por los cristianos en 1412, musulmana de nuevo en 1445 y cristiana, definitivamente, en 1488. Repoblada por murcianos, castellanos, valencianos y aragoneses, tuvo una administración realenga dependiente del Corregimiento de Vera y con una población de 150 vecinos. Los moriscos fueron expulsados por los ejércitos de don Juan de Austria en 1570. A partir del siglo XVII pasó a depender del Marquesado de los Vélez, dentro del partido de Cuevas del Marqués o sea Cuevas del Almanzora.

Lamento no poder aportar muchos datos más, porque pocos son los datos que se disponen de la historia de este municipio, debido a que se ha perdido el Libro de Apeo y Población.

El narrador hace una pausa y busca en la mirada de sus escuchantes si esperan más información, la respuesta debe ser afirmativa porque el veterinario continúa con más explicaciones.

A toda persona que llega a Zurgena le llama la atención la majestuosa chimenea que aparece junto al río. Está situada sobre un montículo desde el que se ofrece una panorámica irrepetible. Forma parte de un molino de grano que usa el agua como fuerza motriz. Es el lugar donde se refinan las harinas de trigo an-

tes de ofrecerlas al consumidor. Fue construido en 1882, en el reinado de Alfonso XII. Durante la Guerra del 36, fue un puesto de vigilancia de la Guardia Civil.

Cuando lleguen a la estación, en la placeta, verán algunos animales con aguaderas. No se extrañen. Este es hábito diario que hacen personas que se ganan la vida con ese menester; cargan, por la mañana, el burro con sus 'aguaderas de esparto' con cuatro cántaros de agua buena y los llevan para los viajeros que tengan sed y para los vecinos de Zurgena. El burro o la mula son animales de carga que, como habrán visto en su viaje, se utilizan para todo. Algunos, para la trilla de la mies y otros, a la burra, como reproductora de mulos. Normalmente, en las trillas, los agricultores se los ceden entre ellos para formar parejas que arrastran el trillo o el cilindro.

—De la cuenca que van a ver no les digo nada, prefiero que se sorprendan. —En este punto, Rafael da por concluida la explicación arguyendo—: Como estarán comprobando, amigos míos, somos una provincia variada, incluso diría que, para ustedes, peculiar.

—Almería es un lugar mágico, fértil en historias extraordinarias —interviene Roberto, con rapidez.

La charla la interrumpe la voz de doña Francisca.

—Muchachos, ¿qué les parece si cenamos?

Ante el gesto afirmativo de estos, su orden se escuchó nítida y rotunda.

—¡Pues a la mesa!

La cena fue agradable, distendida. Cada cual contaba alguna anécdota o peripecia. Rafael contó que de pequeño le gustaba, con los amigos, ver a lo lejos los trenes. En la distancia, los vagones y los cortijos les parecían figuras de nacimiento. Era gozoso ver las máquinas avanzar. Muchas tardes, ante la inmovilidad y el silencio de la naturaleza, perdían el sentido del tiempo y la noche se les echaba encima. La bóveda del firmamento iba poblándose de estrellas y sus amigos se sobrecogían bajo una especie de pánico astral. Tenía que recurrir a las enseñanzas del abuelo para calmarlos.

El tema del tren —decía el veterinario— era uno de sus preferidos. Otras veces, al amparo de la marquesina, exánimes tras la carrera de rigor que organizaban para ganar el banco favorito desde el que ver los trenes resoplando de vapor, soñaban viajes a lejanos lugares que sus mentes calenturientas imaginaban. Los vagones de tercera siempre iban a tope, los viajeros cambiaban según los días y las horas, pero todos, cuando bajaban, llevaban los ojos llorosos de

carbonilla. Cestas, conejos, seras y sacos, nacían por las ventanillas a medida que un chirrido imponente depositaba aquella mole a pocos pasos del jefe de estación que, con su traje azul, con su bandera en una mano, el silbato en la otra y un eterno palillo entre los dientes, se erigía omnipotente. Solo muy raramente el único vagón de primera abría su puerta reluciente y dejaba mostrar su pulido interior repleto de espejos y comodidades.

Madre e hijo rivalizan contando cosas del pueblo. Hablan de los balconcillos de mármol de Macael o de lo que disfrutaban los niños con el carrito de los helados que vendía un señor que se recorría el pueblo. Hablan de lo bien que estaba la plaza del Cura Valera con farolas y árboles o del puente Parias, armazón de hierro sobre el Almanzora. Recuerdan esos carros con pescante que traían a la gente de los cortijos a Huércal-Overa o los acercaban a Puerto Lumbreras, e incluso a la mágica playa de Terreros, cargados hasta los topes. Aquí la madre quiso incidir en lo peligrosa que era la cuesta del Capitán, donde los mayores temblaban y se afanaban en conseguir que el carro no cayera pendiente abajo por causa de la inquietud que la atemorizada y terca mula sentía ante la estrechísima carretera o medio camino que había hasta Jaravía.

Como no podía ser de otra forma, doña Francisca hizo mención al silencio sepulcral de la Semana Santa, roto por trompetas y tambores.

Los jóvenes habían escuchado, complacidos, la información. Había sido una pequeña narración de recuerdos, anécdotas y aventuras de una madre y un hijo, nacido este —para su desgracia o ventura— en una época de luchas de clases, de hambrunas increíbles, de analfabetismo ancestral, de ideas medievales y trasnochadas. Estaban contentos y así lo manifestó Pedro diciendo, como colofón:

—Son ustedes buenas personas. Por ello disfrutan de una situación tranquila.

—¡Ay, joven! ¡Si usted supiera! —exclamó la madre—. Me voy a acostar que es tarde y no quiero hablar. Hasta mañana.

Los tres hombres fuman en silencio mientras sus pensamientos siguen distintos caminos. De este impase de reflexión les saca la voz del anfitrión.

—Les voy a contar un pequeño episodio de la vida de mi madre que también me incluye.

Mi madre es, aunque de apariencia frágil, una mujer muy fuerte, una autentica superviviente. En su larga vida ha sufrido mucho, pero nunca le ha faltado

una sonrisa en su cara. Uno nunca se sobrepone completamente a la falta de los seres queridos, y a ella, igual que si de una maldición se hubiese tratado, la familia se le ha ido escapando de entre los dedos de las manos, día a día. Y recordando el engaño que fue su marido, al que a pesar de todo siguió queriendo, siempre ha dicho al respecto: «Ser el primer amor de una persona es grande, pero ser el último de alguien es más que perfecto». Si hubiera vuelto lo habría perdonado.

Nuestra familia no tuvo mucha suerte durante la guerra, mi madre recuerda las penurias que pasamos en la época de escasez. Vivíamos en la capital junto a sus padres y hermanas, y, junto a otras mujeres, tuvo que recorrer los cortijos de los alrededores vendiendo y cambiando el pescado que recogían de los pescadores a la llegada de los barcos. Como en casi todas las regiones de España, tuvimos que sufrir los desmanes, primero de unos y luego de los otros. Pero de lo que pasó en Almería se acordaba, ¡vaya si se acordaba! Fue en 1937. Nos pilló de sorpresa. Era el 31 de mayo. Era muy temprano aquella mañana y aquellos barcos que se acercaron al puerto empezaron a bombardear sin compasión. El ruido era ensordecedor. La gente dormía, fue pillada por sorpresa. Con los ojos desorbitados, los almerienses, recuerda, corrían por las calles, desesperados. Afortunadamente, nuestra casa, situada al lado de los refugios, hizo que pudiéramos entrar en ellos, pero no todos tuvieron tanta suerte, algunos ciudadanos perdieron la vida y otros muchos, sus casas junto con sus pertenencias. Huimos al pueblo, donde también pasamos calamidades. Hoy, mi madre trata de no recordar e intenta no hablar de eso. Fueron tiempos difíciles que aún hoy perduran. Ella suele reflexionar con frases como estas:

«Hay que ver el paso del tiempo como una victoria no como un fracaso. Ojalá el rastro de nuestros pecados no volviera, nunca más, a convocarnos y permaneciera tranquilo en el desván de la memoria. Ayer los padres lloraron por los hijos perdidos en una injustificable contienda, hoy los padres lloran a sus hijos emigrados de estas tierras, tierras que también necesitan de esos hijos y de sus brazos. Todos son como yo, viejas mujeres y viejos hombres de los viejos días, cuyas vidas se van extinguiendo limitadas por la edad, la enfermedad o por ambas, pero con la experiencia de saber que todo se puede esperar y temer del tiempo y de los hombres. Y es que el camino nunca enseña al viajero lo que al final de la jornada puede esperarle».

—Hoy, afortunadamente, mi madre parece haberse estabilizado —concluye Rafael.

La voz del veterinario calla, momento que aprovecha Pedro para señalar:

—Sí, pero le falta, como mínimo, un nieto.

El silencio que ha producido la frase es denso, un velo de amarga tristeza cubre los ojos del veterinario cuando se levanta y, dirigiéndose a ambos amigos, se despide con un «¡Hasta mañana!».

Los invitados se retiraron a sus habitaciones recordando al anfitrión y pensando que había gente que deseaba que los días no tuviesen ayer para que el pasado pudiera ser detenido y manipulado. Que no fuese real y convertirlo de nuevo en una posibilidad de futuro.

A solas con sus pensamientos, Roberto se dirigió la ventana. Temía la noche. Apoyado en el marco vio que, en las calles desiertas, los ocupantes de las casas dormían con las ventanas abiertas protegidos por rejas. Los gatos vagabundos arqueaban los lomos, desafiantes, y algún trasnochador, temeroso de verse atacado, escurría el bulto en la negrura de los soportales. Dirigió los ojos a una iluminación que indicaba la situación del casino, allí, seguramente, los últimos noctámbulos ofrecerían resistencia a la mirada torva del encargado. En ese lugar, se hablaría en plácida alternancia de fútbol, toros y también, posiblemente, de literatura, pero en un tono pausado, sin gritos ni aspavientos, por respeto al local y lo avanzado de la hora. En un rincón, quizá, un aprendiz de poeta leería su manuscrito a un amigo, que se iría quedando transpuesto sin disimulo, abotargado por el calor y el licor. Ensimismado en estas elucubraciones pasó un tiempo. Inopinadamente, los recuerdos se hicieron presentes y, otra vez, la imagen de ella se presentó ante él.

A seiscientos kilómetros, el pensamiento de Adela tuvo fuerza para llegar a su amado. La telepatía había funcionado.

No puede dormir, el insomnio, terreno abonado para el recuerdo, empieza a dar sus frutos, imágenes de un ayer no muy lejano empiezan a desfilar por su cabeza de una forma incontrolada. Intenta dominarlos, hurga entre los recuerdos, aparta aquellos que le hacen daño y se deleita con los momentos en que se sintió feliz; la mujer más dichosa del mundo. Transcurren los minutos y sigue soñando. La noche se hace más noche, pero nada percibe, porque para ella se han parado los relojes. El tiempo no importa. Nada hay más importante que recordar sus vivencias. Le apetece dejarse llevar por ellas. Estremecida por la evocación parece que siente aquellas manos posesivas, aquel aliento enfebrecido que la enardecía, y aún hoy, recordándolo, la enardece. Fueron momentos locos, donde el frenesí se impuso a la razón. Con él creyó descubrir el mundo, algo nuevo. Después, los libros le enseñaron que no hay nada nuevo,

ni en el arte ni en placeres. La Biblia demuestra que los mayores pecados eran ya viejos en tiempos de Salomón. ¿Lo de ella fue una locura? A ciencia cierta no lo sabe, el tiempo lo dirá, lo que sí reconoce es que se sintió plena, se sintió mujer, se sintió valorada, mimada y tratada con delicadeza. Aunque el desagradable final no correspondiese a lo que la relación prometía. Este último pensamiento le produce una fuerte presión en el pecho. La congoja se asoma a sus ojos al tiempo que, balbuceante, murmura: «¿Qué pasó por tu cabeza, Roberto? ¿Qué sucedió para que me abandonases?».

Lo más inquietante es la falta de noticias. Han pasado muchos meses, un pañuelo olvidado es la cosa más viva que le queda de él.

«Entraste en mi vida —se dice—, y fue para quedarte porque, aunque lo he intentado, no he logrado arrancarte de mi pensamiento. Te apoderaste de mi voluntad, tanto es así, que no pude soportar más a Feliciano, mi marido, que cuando le hablé de separación vio el cielo abierto porque, ¡cosas de la vida!, hacía años que tenía una amante a la que había puesto un piso en Elche, ciudad a la que viajaba con demasiada frecuencia, dedicándole un tiempo que para mí me decía no tener. ¡Para que te fíes! Sus viajes, mi soledad, mi abandono habían hecho que me apoyase en tu hermana; necesitaba su amistad, nos compenetrábamos y lo pasábamos bien. El tiempo transcurría sin grandes acontecimientos hasta que apareciste tú. El hermano venerado por mi amiga se personó una tarde, durante el paseo, y se empeñó en invitarnos. Fue la mejor horchata de mi vida. Me subyugaste con tu vitalidad y tu 'chispa'. Eras alegre, amable, cariñoso y… guapo. A partir de aquel día, te uniste a nosotras frecuentando nuestra compañía. La vida cambió para mí. Los días fueron diferentes, maravillosos, y deseaba que no terminaran; cuando esto ocurría, esperaba con impaciencia la llegada del siguiente. Eras un acompañante encantador, ocurrente y, entre broma y broma, yo también percibí que te gustaba, aunque notaba que el saber que era casada te frenaba. Lo pasábamos bien y la continua compañía acrecentó aquella mutua atracción que se fue haciendo imparable, por lo que, lo que tenía que pasar pasó».

En la soledad, Adela busca en lo más profundo de su memoria. Rastrea el tesoro de aquel momento de plenitud de entrega, aquel instante en que solo existía el presente sin importar el futuro. Recuerda, con sofoco, el cuerpo desnudo de Roberto viniendo seductor. El deseo le dirige hacia ella, dispuesto a fundir su ardor con el calor de un cuerpo que lo esperaba anhelante. Un estremecido gemido rompe por un momento el éxtasis de la escena. Su respiración suena entrecortada. La secuencia se va. Excitada, intenta retomar el momen-

to, no quiere que este se acabe y aparezca la realidad incierta de otro día sin futuro. Pero el momento ha huido. Desconsolada, lo intenta una y otra vez. Le vuelven a rachas imágenes, pero no sensaciones de lo que había sucedido apenas unos minutos antes. Ya nada se parece al fantástico recuerdo.

Más tranquila, su mirada se pierde en el infinito. El ansioso deseo de amor se transforma en un ansia etérea, en el anhelo de perderse en el cosmos. En el espacio, la bóveda azul parece completamente vacía. No es así. Tras la ocultación del sol hay un hormiguero de planetas, satélites y estrellas que la noche hace visibles. Su observación le sugiere la idea de que el mundo es un océano inmenso de sueños, lugar en el que los seres humanos no pueden penetrar.

Desalentada, piensa que desde el encuentro han pasado meses y que recordar los momentos es la cosa más viva que le queda de él. Roberto fue un hombre capaz de hacerla confundir sexo y amor hasta sentirse morir. Había oído decir que el orgasmo es una muerte pequeña. Estaba de acuerdo. Inconscientes, jugaron con el tiempo creyendo que lo tenían en la mano, pero este, fugitivo, se les fue y, si había alguna posibilidad de recuperarlo, se les estaba marchando. Está dispuesta a perdonar, pero no puede hacer nada, ahora solo le queda esperar sin saber nada de él y si lo volverá a ver. Esto la vuelve loca.

Intenta calmarse, ver las cosas con sosiego. Afortunadamente, su situación no es preocupante, su separación no ha sido traumática. Todo está tranquilo. Al marido, por su trabajo, le interesaba una ruptura discreta; de no haber sido así, las leyes la habrían perjudicado. En España, los hombres se consideraban deshonrados si les engaña la esposa, que es precisamente cuando ellos son inocentes. La justicia estaba así. Eso y robar, si se les prueba, es lo único que deshonraba a los hombres. Tener hijos y abandonarlos, mentir, engañar, deshonrar mujeres... eso no tenía importancia.

Amargamente, piensa en lo poco que la sociedad valora a la mujer. El escarnio que con ellas se comete. A Dios gracias, ella no ha tenido hijos —y si hubiera sido así, estaba casada—, pero uno de los grandes males que acechaba a la mujer era el concepto de deshonor que acompañaba a la madre soltera y a la joven seducida, aunque hayan sido impulsadas por el amor. En cambio, el hombre no se deshonraba por seducir sin amor, por capricho o por vicio la mayor parte de las veces.

Con la frase de: «¡Qué desgraciadas somos!» trata de evadir sus pensamientos, pero uno de ellos, rebelde, le recuerda el dicho que en su casa repetían su madre y la abuela: «Lo principal, hija, es casarse con el que conviene o

con el que salte, que luego va llegando lo otro, poco a poco, y le vas tomando al hombre la afición que hay que tomarle». Sería verdad, pero con ella no había funcionado. Ahora sabe bien que así no puede ser. Con esa frase repitiéndose en sus labios Adela se queda dormida.

Roberto, en la oscuridad de la habitación, desea sacar fuerzas y ordenar aquella mezcla de sensaciones de arrepentimiento, de amor hasta hace poco no reconocido y mucho menos confesado. De ira desvariada contra él mismo. En su mente bullen imágenes que le hacen sentirse loco, acompañadas de una angustia que le corroe dentro del pecho porque no sabe cómo puede justificar su acción. Hasta conocer a Adela, su deseo fundamental había sido vivir. Nunca recordaba haberlo hecho alegremente ni tristemente, había simplemente vivido y, si alguien le decía que había que pensar en el futuro, su respuesta era que, si tuviera que pensar, se amargaría la existencia, que «para cuatro días que se vivían...». Pero todo había cambiado. Ya nada era igual. Rezongando que ahora sí pensaba en el futuro y que no lo concebía sin ella se le fueron cerrando los ojos.

Por su parte, Pedro, cabizbajo, se había recluido en su cuarto. La imagen de Rafael, su tristeza, le había hecho sentirse mal, pensando en él movió la cabeza diciendo: «La felicidad nunca es completa». Por un momento, imaginó a su madre y, a continuación, recordando a Carmen, pensó en cómo vería ella su relación con una viuda. ¡Dios mío, que difícil era la vida! Se acostó en la cama, no podía dormirse, en el estómago le bailaban los alimentos que había tomado en la cena. Intentó dormir, y, sin darse cuenta, como arrastrado por una nube, volvió a su infancia, a los ingenuos sueños y a las primeras sensaciones de la vida. Se vio abriendo la ventana de su cuarto, atraído por el ruido familiar de la trilla, y contempló las parvas de trigo rubio amontonado en la era. Su padre y su tío realizaban la hermosa y antigua faena de separar el grano de la paja, aventando esta con agudos y sutiles tridentes. Aquel mundo, el de su casa en Getafe, que parecía remoto, estaba allí. Se veía a sí mismo, niño de pantalón corto, corriendo tras un aro junto a las macetas del inmenso patio; las imágenes se alternaban con otras en las que, con su amigo Quique, iba a comprar un helado. En esa mezcolanza de fotografías se recordaba recorriendo el patio con su madre, disfrutando e incitándose el uno al otro con leves gritos y exclamaciones de regocijo: «Ven, mamá, y mira: ¿te acuerdas? Ayer, todavía, estaba cerrado este capullo», y ella se acercaba y los dos celebraban el hecho. Estas y otras escenas se presentaban ante él. Y en ese soñar despierto dio media vuelta en la cama y de nuevo atisbó la cresta del frondoso árbol iluminado por los

primeros rayos de sol. Se le estremecieron las aletillas de la nariz al percibir una vaharada intensa a cabra y a boñiga. Pedro recordaba con nostalgia su casa. Quizá lo más sensato era volver allí y dejar correr el tiempo. Cuando se vino a correr esta aventura, él no se veía aún con autonomía y capacidad de decisión. Ahora, aun notando madurez, también decidir era difícil. Ese poder de decisión —pensó—, le llega al hombre cuando ya no le hace falta para nada; cuando ni un solo día puede dejar de guiar un carro o labrar la tierra si no quiere dejar de comer. ¿Para qué valía entonces, si puede saberse, la capacidad de decisión de un hombre? La vida era el peor tirano conocido. Cuando esta te enfila…

De repente se sobresaltó. Aún no se sentía movimiento en la calle y, sin embargo, acababa de escuchar una voz humana. Prestó atención, nada. Decidió seguir en la cama. El sol entraba por la ventana, era un sol limpio y brillante que se dejaba acariciar. Contempló a aquel bien divino derramarse sobre la estancia en una infinita lámina de oro candente. El pueblo parecía descansar sumido en un silencio tan solo roto por el monótono cantar de las aves.

En la habitación de al lado, a Roberto, una leve claridad le hace saber que amanece. Sobre las montañas, los primeros tibios rayos de sol, y, sobre terraos y terrazas, ronda el halcón presto a cazar. Los vuelos de las avecillas, otras veces largos y bullangueros, eran cortos, y asustado su piar. Cuando se incorpora, el cielo está ya azul sobre los techos de las casas, pero en los bajos aún se aprecian vestigios nocturnos. Hasta la habitación llegan los pasos de alguien que camina. Podía contar los pasos por el latido de sus sienes, por el temor que ahora, terco de nuevo, volvía repentinamente. No había dormido apenas. No era nada nuevo. Llevaba días así, los recuerdos le machacaban. Es curioso el miedo que puede tener un hombre sin miedo. Desde que huyó dejando abandonada a Adela en aquella casa de citas de Arturo Soria, las imágenes de esa noche lo martirizan. A veces, ese recuerdo no le parecía suyo, como si perteneciera a la vida de otro y a un tiempo mucho más lejano, o ni siquiera eso, a una vida inventada. La reflexión no parece satisfacerle, se remueve inquieto en el lecho y decide levantarse.

Cuando Roberto llega a la cocina, el pueblo va volviendo a la vida paulatinamente después de una noche de descanso. Con alharacas de maderas, las tiendas empiezan a abrir sus puertas. Algunas son espaciosas, con escaparates en los que se exhiben artículos diversos. Otras, en cambio, eran angostas y solo cabía en ellas un diminuto mostrador de madera oscura, reluciente por

el roce. Doña Francisca, que habla animadamente con Pedro, lo recibe con su acostumbrada jovialidad.

—Buenos días, muchacho, ¿se ha descansado bien?

Roberto responde afirmativamente y, mientras Pedro y la señora de la casa charlan sobre el buen tiempo que hace, dice que va a fumar a la calle. Es una excusa, quiere poner en orden el laberinto de ideas que tiene en la cabeza. Por un momento, el propósito de dejar las cosas como están parece que coge fuerza. Esta solución era, en definitiva, la más conveniente para todos, pensó. Decidido a dar carpetazo al asunto, vuelve sobre sus pasos y en ese mismo instante se detiene; algo como una fuerza magnética le impide seguir avanzando, al tiempo que siente una congoja muy grande que le rasga el corazón. Comprende que jamás podrá ser así. Se lleva ambas manos a las sienes: su espíritu es un torbellino de emociones encontradas.

El ruido producido por un carruaje que se acerca lentamente lo libera de su angustia y lo devuelve a la realidad. Desde el pescante, un hombre con aspecto de campesino agita mecánicamente el látigo en el aire en un vano intento de azuzar al rocín que, indolente, tira del carro y de su carga de verduras camino del mercado.

El carromato sigue su camino y un silencio repentino pone fin a la escena. Roberto decide volver, desayunar y luego se dejará llevar por los acontecimientos.

La despedida es breve pero emotiva. Doña Francisca se ha encariñado con los 'madrileños' como ella los llama. Los jóvenes también se sienten afectados, la madre de Rafael les trae demasiados recuerdos: Pedro piensa en su madre, a la que echa de menos y que estará esperando su vuelta, y Roberto, melancólico, piensa en la suya, en el tiempo que hace que la perdió.

XVI

De Huércal-Overa a Zurgena

Camino de la estación, los dos jóvenes comprueban que el pueblo que están a punto de dejar hace tiempo que ha tomado su ritmo habitual: las mujeres asean las entradas de las casas y los comerciantes arreglan los artículos intentando atraer la atención de la clientela. En la terminal, el tren viene con retraso, la espera es nerviosa y las personas comentan a viva voz la falta de puntualidad que tienen los del ferrocarril. Un viejo sentado sobre una maleta de cartón, dirigiéndose al grupo que parece conocer, les comenta:

—Esto ya lo debíais saber, viajar en el 'Frutero' tie esta consecuencia: qu'hay que esperar.

Las palabras del anciano no relajan la situación, y algunos, impacientes, otean con insistencia la paralela larga de las vías, buscando el ansiado convoy.

El hecho, que parecía ser habitual, a los dos amigos no les sorprendió, doña Francisca ya les había comentado algo sobre la idiosincrasia de la línea, por lo que dejaron los morrales junto a unas cajas de madera desde las que un hombre sentado sobre ellas les observaba con curiosidad. Decididos a tomárselo con paciencia, Roberto se sentó junto a él y Pedro decidió pasear.

Que era evidente la curiosidad que los dos amigos habían despertado en aquella persona —los dos lo habían percibido— no tardó Roberto en comprobarlo, y no le causó gran sorpresa el que, unos minutos después, el hombre le preguntase:

—Forasteros, ¿verdá?

Roberto, divertido, decidió seguir la conversación a ver hasta dónde, esta, llegaba.

—Sí, ¿se nos nota?

—¡Ya lo creo que se les nota! A la legua, ¿No serán ustés por casualidá de Barcelona? —volvió a preguntar.

—No —respondió Roberto, entretenido por el interrogatorio—. Somos madrileños y viajamos por la provincia, queremos ir a Macael.

El aspecto de aquel hombre le caía bien. Aproximadamente de su edad, sus ropas delataban al jornalero vestido de domingo que había venido a Huércal-Overa a algún trámite administrativo. ¿Pero por qué le había preguntado si eran catalanes? El retraso del tren era evidente y había tiempo para conversar, por lo que decidió distraerse intentando conocer por qué quería saber si eran barceloneses. Decidido a ganarse su confianza sacó tabaco y papel y se lo ofreció en silencio, el individuo lo aceptó y por un momento solo se escuchó el murmullo de las conversaciones provenientes del numeroso grupo. Una vez liado el cigarrillo, el muchacho sacó un mechero de largo mechón y, después de prenderlo, le ofreció lumbre para que encendiera. Durante unos minutos fumaron sin decir nada, el silencio lo rompió el sujeto.

—¡Madrid! Me gustaría conocerlo, debe ser bonito. Conozco Barcelona. Trabajé allí un tiempo. Es una ciudad qu'está mu bien, ¡es tan diferente a esto!

Roberto, que había captado que la última frase la había pronunciado con un deje de amargura, preguntó:

—¿Es usted catalán?

—¿Quién, yo? No. Estuve allí un tiempo trabajando. Soy de Almería, de Pulpí, un pueblo cercano. Ahora trabajo y vivo en Zurgena. Estoy empleao en la carga del mineral que llega a la estación.

Roberto fijó la mirada en sus manos y vio la negrura del polvo incrustada en dedos y uñas. El cuerpo también tenía signos de la dureza del trabajo. ¿Qué hecho impulsaría a este muchacho para dejar un trabajo en la Ciudad Condal que, con seguridad, sería mejor que este?

Curioso, quiso seguir con su indagación.

—¿Cómo es que muchos almerienses suspiran por salir de aquí a una capital fuera de Almería, preferentemente a Cataluña, y usted, después de tener un empleo en Barcelona, se vuelve y viene a trabajar en un menester tan ingrato?

El hombre asumió la pregunta en silencio y durante un corto tiempo permaneció pendiente de las volutas de humo que se perdían en el espacio. Al fin suspiró y dijo con fatalismo:

—¡Cosas de la vida! Hay quien tie suerte y quien no, yo no la tengo.

Dicho lo cual, quedó callado con la vista puesta en el infinito. Roberto respetó su mutismo, intentando, a través de la mirada, infundirle comprensión. Durante unos segundos sus ojos quedaron fijos sobre él con un mensaje de

ayuda. La comunicación debió ser efectiva porque, poco después, el hombre se volvió hacia él y le confesó:

—Verá, mi desgracia solo tie un culpable y ese soy yo. No hice las cosas bien y estos son los resultaos.

Roberto quiso quitarle peso a su responsabilidad.

—¡Hombre! Todos tenemos fallos, pero eso no nos tiene que hundir.

—¡Ya! Pero lo mío fue mu gordo.

Viendo que Roberto hizo intención de hablar le frenó con un ademán al tiempo que decía:

—Me figuro que s'habrá imaginao qu'el origen de mis males es una mujer.

Roberto, aunque no lo había pensado, asintió con la cabeza.

—Pues bien, en mi caso no es una, son dos mujeres. Le voy a contar qué me pasó.

El hombre, que debía de tener un momento débil, el cual le inducía a tener que compartir su pesar, empezó su historia.

A Teresa, mi mujer, la conocí en el otoño del 47, a las pocas semanas de instalarme en Barcelona. Hasta entonces yo n'había salío de Pulpí, mi pueblo, un lugar tranquilo donde mis padres tenían un pequeño negocio de hospedaje. En mi infancia solo pasaban por allí algunos carreteros y algún qu'otro viajante, hasta que llegó aquella familia alemana. Aquello revolucionó al pueblo. Recuerdo que la primera chica que vi desnúa fue una hija de estos alemanes. Había llegao con su padre y otra hermana y se habían hospedao en la fonda. Los chicos del pueblo andaban revolucionaos y me pedían que les presentara a aquellas vikingas. Un día, yo pasaba por el pasillo del piso d'arriba, la puerta del cuarto de aseo estaba entrabierta y la luz, encendía; entré un momento con la intención de apagarla y me encontré a una de las hermanas peinándose ante el espejo ¡completamente desnúa! Quedé alucinao. Pa mi sorpresa, la chica no s'avergonzó ni trató de tapase, sino que me sonrió y me mandó un salúo a través del espejo. Aquello pa mí fue glorioso y, desd'aquel día, me puse a disposición de las hermanas, m'ofrecí a enseñarles el pueblo y las playas, y casi toas las noches acababa abrazao a una d'ellas junto a algún matorral de la orilla.

Pero la cosa se complicó cuando me enamoré de una, se llamaba Ingrid y realmente no paecía ser alemana. Delgadica, pero bien formá, morena y con los ojos marrón claro, color caramelo, era una chica encantaora. ¡Me volví verdaderamente loco por ella! Y la verdá es que yo le gustaba mucho y paecía que por mí

estaba dispuesta a quearse en el pueblo. Pero un día me buscó pa'ecirme que su padre había decidío que s'iban a Sudamérica.

—¿Irte?, ¿Cómo puees pensar en irte? —dije, desolao.

Intenté convencerla recordándole las palabras de amor que m'había susurrao, amorosa, la noche anterior. Recurrí a decile, cariñoso, que, cuando dos personas se querían tanto como nosotros dos, no podían vivir alejás la una de la otra. Entre nosotros nos habíamos acostumbrao a entendernos por señas y por alguna palabra qu'el uno y el otro había aprendío de ca idioma; el caso es que, sin saber explicármelo, aquella mañana, al cabo d'un rato, tenía la maleta prepará pa irme con Ingrid a América. Corrí a deciles adiós a mis padres, pero, como era festivo y estaban en misa, me limité a dejales una nota de despedía junto a un búcaro con flores que mi madre tenía en una mesa a la entrá de la casa. Mi hermana, que había presenciao mi preparación para la huida, m'advirtió.

—Nuestros padres jamás te lo van a perdonar.

Me encogí d'hombros y acudí a reunirme con Ingrid y su familia a la pará l'autobús. Al cabo de tres horas estábamos en Lorca, en la estación, donde cogimos un tren que nos llevó a Barcelona y, desde allí, un barco nos debía llevá a Argentina. El viaje transcurría sin consecuencias, tanto el padre como la hermana me trataban con afabilidad. Yo era feliz. Ya en Barcelona, debíamos esperá, la nave salía cinco días después, tiempo, iluso de mí, en que yo confiaba en haceme el pasaporte. Cuando llegamos, buscando nuestra intimidá, nos separamos de la familia y estuvimos un rato dándonos besos en un rincón discreto. Yo era feliz. Así pasó el día. Cuando faltaba media hora pa irse con su padre a la pensión —yo, toavía, no sabía dónde iría—, Ingrid s'echó a llorar. Ella, ahora, llorosa, solo hablaba alemán. Intuí lo que quería decime cuando sacó de la cartera una foto suya con un joven alto y rubio agarraos del brazo. Luego, con los ojos humedecíos, me dio un beso en la frente y s'encaminó en busca de su padre y hermana que la esperaban junto a un taxi. Estaba claro que no debía seguila. El coche se marchó y ella ni siquiera s'asomó pa decime adiós. Pensé en volvé al pueblo, pero me paeció imposible regresá sin Ingrid, no soportaría está sin ella en los mismos sitios en los que habíamos estao juntos. Además, no me apetecía tené que da explicaciones a mis padres. Y he aquí que m'encontré abandonao en una Barcelona que n'había estao nunca, pero, afortunadamente, sabía qu'en algún lugar de la ciudá vivía mi primo Cipriano, el que m'había invitao a su boda y no pude ir. Busqué en un listín de teléfonos y cuando hablé con él le pedí que me dejara estar en su casa un par de días, que ya le contaría. En presencia de su mujer les conté mi aventura. Mi primo trabajaba en una fábrica en la Barcelo-

neta y, al decile que yo no quería volvé al pueblo, me consiguió trabajo en una de las cuadrillas que s'ocupaban de la limpieza de la fábrica. Solíamos entrá al tajo cuando salía el último turno y, algunas noches, además de los útiles de trabajo, algún compañero llevaba ejemplares del Mundo Obrero*, que después distribuía entre los trabajaores de la fábrica. Por solidaridá ayudé al reparto. Una madrugá, la policía se presentó e hizo una redá. Me llevaron a comisaría esposao y me tuvieron largo rato sentao en un banco mientras interrogaban a otros compañeros. Luego m'hicieron pasá a un cuartucho oscuro y varios hombres m'hicieron el corro abalanzándose sobre mí, sin dejá ni un momento d'insultarme y d'amenazarme, al tiempo que llenaban mi cuerpo de puñetazos y patás. El que llevaba la voz cantante me gritaba:*

—¿Quiénes son tus jefes, comunista de mierda? ¿Quién dicta los escritos y dónde?

A causa de los golpes y de las manos esposás, varias veces caí al suelo, esa postura les facilitaba el podé pisoteame al mismo tiempo qu'el cabrón que mandaba el grupo gritaba:

—¡Con que no quieres hablar! ¡Tú mismo! ¡Al final largarás como largan los que pasan por aquí! ¡Así que no seas primo ni te hagas el valiente! ¿Qué crees que vas a conseguir sacrificándote? ¡Gilipollas! ¡Que eres un gilipollas! ¡Mamarracho!

Lo que yo les decía era verdá, no conocía a ningún comunista, a los que conocía ya los habían molío a palos antes qu'a mí. Al final, debieron entendé que yo era un pelagatos y me dejaron. Me tuvieron un día más y me soltaron. A duras penas pude llegar a casa de mi primo. Ni él ni Carmela, su mujer, estaban en el piso; derrengao, me dejé caer en una cama y me quedé dormío. No me desperté hasta que noté qu'alguien me desabotonaba la camisa. Era una mujer joven, morena. Su sonrisa descubría una dentadura muy blanca y sana.

—Te presento a Teresa, trabaja en la limpieza d'un hospital del centro —dijo mi primo desde un lugar de la habitación—. ¡Esos cabrones t'han dejao hecho un trapo!

Al principio no me fijé en ella, era una chica gordita, algo grandota, de pecho generoso y rodillas redondas. Podía no ser la más guapa, pero, ende luego, era la más simpática y afectuosa. Gracias a sus cuidaos me repuse. Sus visitas terminaban con mi acompañamiento hasta la puerta de su casa. Nuestras despedías eran de lo más casto. Intercambiábamos una sonrisa y nos decíamos adiós con la mano. Pasaban los días y, aunque lo deseaba, no veía el momento de decile que saliera conmigo. Ridículo, ¿verdá? Hasta q'una tarde me decidí, ella sonrió

y bajó los ojos. Aquello cambió mi vida. Conseguí un trabajo en la construcción y nos casamos. Teresa dejó de trabajá, adelgazó y su cuerpo desgarbao, sorprendentemente, se volvió atractivo. Tiempo después quiso volvé a trabajá y se colocó de taquillera en un local del Paralelo. Aquel cambio en su físico hizo que siempre hubiera alguien con alguna proposición de citarse con ella. Ella a todos decía:

—A la salida vendrá a buscarme mi marido, así que no se le ocurra aparecer por aquí.

Luego, en efecto, yo apaecía y los otros me miraban con desprecio, pensando en cómo un hombre como yo podía haber enamorao a una mujer como ella. Uno d'aquellos tipos, uno pudiente, terminó por encapricharse d'ella y recurrió al viejo truco de mandale flores, truco que casi siempre funciona. Aquí también funcionó. Aunque al prencipio las flores eran devueltas sistemáticamente, aquel tipo debía ser un viejo zorro porque no se desalentó y siguió enviándolas anónimamente. Después, Teresa decidió disfrutalas y, en una cubitera que le prestaron los del bar, las ponía en una repisita que tenía en la parte d'atrás de la taquilla. A mis preguntas, decía que no tenía la menor sospecha de quién era el que las enviaba. Yo le seguía la corriente sin darle importancia al hecho.

La cosa es que siguieron llegando las flores y siempre de forma anónima. Teresa las ponía en la repisita y ca vez sentía más curiosidá por conocé la figura de su admiraor. ¿Quién sería ese hombre al qu'había despertao una pasión tan intensa? ¿Por qué se empeñaba en permanecer oculto? ¡Tenía que ser un hombre, sin duda, mu especial, uno de esos hombres qu'aman sin pedir na a cambio! Al llegar a esta conclusión, sintió una sensación de culpa y decidió cortá por lo sano. Le dijo al mozo de la floristería que no volviera más. El mozo, por supuesto, regresó al día siguiente: él iba onde le mandaban y el cliente había dao orden pa que siguiera llevándolas. Teresa, alterá, l'amenazó con llamar a la policía. El chico se marchó intimidao. Pasaos unos minutos, apaeció, llevando el mismo ramo, un caballero de poco más de cuarenta años, bien vestío, que se limitó a dejar las flores en la taquilla y a decí:

—Le prometo, señorita, que no volveré a molestarla.

Dijo eso, hizo una inclinación de cabeza y se fue. S'había ido y ni siquiera dijo cómo se llamaba; al día siguiente nadie llegó con flores. Pasó una semana y luego otra, ya no llegaban ramos de flores y al caballero no se l'había vuelto a ver por allí. To paecía haber terminao, pero algo nuevo había germinao en Teresa, se le notaba una tristeza desconocía —así somos los seres humanos, que solo queremos lo que tenemos cuando ya no es nuestro—. Ahora echaba de menos las flores, pero sobre to echaba de menos la sensación de saberse amá y admirá

por un desconocío. Este sabía lo que s'hacía y al cabo d'unas semanas reapaeció. No hizo na que no hicieran los demás: aguardá la cola, sacá la entrá y pasá a ve la función. Volvió al día siguiente, y el otro, y el otro. Siempre solo y silencioso. Teresa esperaba q'una d'esas veces se dirigiera a ella pa decile algo de lo sucedío, pero él na. Como si las flores no hubieran existío y to hubiera sío un sueño. Ante la situación, decidió, ella, tomá la iniciativa, y una noche le dijo:

—Quiero decirle que las flores eran muy bonitas.

El hombre comprendió que la fruta estaba madura y le propuso ir a cená pa hablar d'ello, pero, como yo estaba a punto de llegá, lo arregló pa la noche siguiente, pediría a una compañera que la sustituyera en la taquilla. Lo que siguió es mu vulgar: un buen restaurante en el que los halagos son constantes y en el qu'el caballero se presenta como un desgraciao por sus desdichas con la mujer; los lamentos sobre una existencia que caece d'auténtico sentío; que necesita d'una mujer y qu'en ella, presiente, ha encontrao lo que busca. Y epílogo en un hotel del propio Paralelo.

Días más tarde to había terminao entre nosotros. De Teresa pueo decí que s'hizo amante del caballero ese, pero este no tardó en cansarse d'ella, y esta, ya degenerá, se buscó otro que la mantuviera. Después perdí su pista, ya no me interesaba, la realidá m'había enseñao qu'hasta los sueños más modestos resultan siempre difíciles de realizá y que Teresa no quería marío, solo amantes.

Aquello m'hundió, y lo que no m'había ocurrío antes empezó a sucederme. Donde vivía no era precisamente un barrio residencial, pero, a partí d'aquel día, tuve la impresión de que residía en un mundo distinto, profundo y denso, donde el oxígeno enrarecía mis pulmones, rodeao de tabernas sombrías, cafetines oscuros, malolientes y miserables tascas con tapas y bebías poco saludables. Este panorama, pa más agobio, estaba acompañao en las esquinas por mujeres de profesión incalificable que vendían pan, de estraperlo, medias de nailon, cigarrillos nacionales y americanos, encendeores y piedras de mechero que, al primer síntoma de peligro, ocultaban entre sus faldas sin ningún pudor, desafiando cualquier regla de higiene.

La situación, qu'a mí empezó a paecerme insoportable, transcurría indiferente. La vida continuaba y en los bares las mujeres proseguían activamente su comercio con la inestimable ayuda de limpiabotas y cerilleros. Aquello me agobiaba y empecé a plantearme el regresar a Almería y aquí me tie usté, trabajando en el acarreo del mineral.

No hubo tiempo para más, el interesante relato ha impedido que presten atención al pitido anunciador de la llegada del tren que hace, ya, su entrada en la estación. El narrador, como arrepentido de su debilidad, se levanta, presto, para dirigirse a un vagón, por lo que da concluido el encuentro. Roberto, con su mano, aprieta el brazo del hombre en señal de comprensión. Una frase de «Le comprendo» pone punto final al encuentro con aquel desconocido. Dispuestos a seguir, cada cual, el rumbo de su vida, se separan. La llegada de Pedro hace que ambos se dispongan a subir al tren. Estaba claro, para Roberto, que el pasado era inevitable, pero a la vez una enseñanza reveladora.

El convoy había llegado envuelto en humo y gran ruido, estruendo al que se añadieron los gritos de bienvenida de los que esperaban. En aquel maremágnum de idas y venidas, saludos y adioses, subieron al tren; el compartimiento al que accedieron estaba ocupado por una chica joven con su hija, una niña de pelo rubio e intensos ojos azules, y, a su lado, una señora pequeña, enjuta, de mirada viva, vestida de tonos oscuros. Ambas charlaban. En el habitáculo, además, tres jóvenes militares, revoltosos y ruidosos, celebraban que regresaban licenciados, riendo las gracias que se contaban y ajenos a la llegada de nuevos pasajeros. La entrada de estos no alteró la situación.

Con los dos amigos entraron un sudoroso agente comercial con ganas de desprenderse del traje y la corbata y el anciano que pidió paciencia en el andén. Una vez acomodados sobre los asientos de madera, el tren, con pereza, comenzó su marcha deslizándose sobre las vías, era como un gran reptil recién alimentado al que le costase ponerse en movimiento. Su lento andar permitía a la gente, con tranquilidad, despedirse de los suyos, y poco a poco las casas fueron quedando atrás, desfilando lentamente como en una proyección cinematográfica. Dentro del vagón olía a todo: olor a comida, a animales vivos que la gente llevaba, a vino, a sudor y a muchas cosas que, sin poderlas precisar, hacían una mezcolanza solo comparable a la de maletas enormes en los estantes, canastos, capazos, sacos, garrafas, aperos y un sinfín de utensilios más que allí dentro se mezclaban y que invadían los pasillos de punta a punta de vagón y apartamentos. Los revisores, para picar los billetes, tenían que hacer verdaderas filigranas para poder pasar por ellos.

El hombre mayor se sentó junto a Roberto y, desde el primer momento, este notó que tenía ganas de hablar; su primera intervención, al enterarse de que era la primera vez que viajaban en aquel tren, fue para decirles que, como forasteros que eran, él se sentía en la obligación de hablarles de la línea, pues durante muchos años había prestado sus servicios en ella. Había estado tanto

tiempo como Agente de Seguridad y Protección en Viajes Temporales que ya apenas recordaba en qué época había nacido realmente, dijo riendo.

—Verán ustedes —comentó el anciano, dirigiéndose a los dos amigos—, para matar el tiempo, si les interesa, les puedo contar algunas cosas de este ferrocarril al que llamamos el 'Frutero', aunque después de ver la que están viendo pienso que sabrán ya por qué.

Ante el movimiento de cabeza afirmativo de los jóvenes, el hombre se dispuso a mostrarles sus conocimientos sobre los trenes de la zona.

No crean que el poner mote a un tren es cosa de los almerienses, también los sevillanos llaman al correo que viene de Cataluña, 'Catalán', y los catalanes al que llega de Sevilla lo conocen por 'Sevillano' y al de Granada, 'Granadino'. También al de Málaga, 'El Malagueño'. Los españoles somos así. Esos trenes son convoyes, también, con vagones de tercera y de asientos de madera, maletas de cartón, olores a comida, llenos de hombres solitarios o familias completas, donde se comparte la merienda de las tarteras, se alimenta la esperanza y se forjan grandes sueños, mientras se trata de disipar los miedos hacia lo desconocido.

En cuanto a la línea de aquí, esta es esencial para la vida del valle del Almanzora. ¿Beneficiados?: todos los que vivimos por la zona, pero para una industria como la del mármol, que ha basado su explotación en el transporte de esa piedra de las canteras de la comarca de Macael hasta las estaciones de Purchena, Fines-Olula, Cantoria y Zurgena, y de allí a distintos puertos mediterráneos, especialmente de la Región Valenciana, esta línea férrea es vital. Y qué les voy a decir de las industrias mineras, sin el tren no habrían podido dar salida a sus minerales. Un ejemplo son las de la comarca de Bacares, en la zona del alto Almanzora, desde donde llevan el mineral hasta las estaciones de Serón, Los Canos y Tíjola, y, de allí, al embarcadero de Águilas, en Murcia.

Los dos amigos escuchan interesados las explicaciones del mayor. A Roberto, la narración le ha llevado el pensamiento en busca de ese desconocido que no sabe cómo se llama, pero que su historia sí se ha quedado en él. El hombre prosigue sus explicaciones.

En la zona, el ferrocarril es muy querido porque además de facilitar la comunicación permite que algunas personas se ganen unas 'perras'. Por la línea pasan tres tipos de trenes: el frutero, el del mineral y el correo. De el 'Frutero' circulan varios al día, aunque hay uno que sale por la mañana de Zurgena y vuelve al

anochecer; a su paso por las estaciones de mayor parada acuden gentes del lugar a ver los viajeros, a ofrecer agua fresca en botijo, helados, garbanzos tostados, etc. El del mineral circula cuando es necesario, y en cuanto al correo, diariamente circulan dos: de Murcia a Granada por la mañana y de Granada a Murcia por la tarde. El correo es el tren encargado del reparto de la correspondencia. En la estación de Zurgena se hace el reparto de esa correspondencia a empresas y particulares impacientes. Como en todas partes, el tren correo es la columna vertebral del transporte postal, llegando a efectuarse en todo el territorio hasta 246 expediciones diarias. Esto es debido a que, si a finales de siglo el promedio de cada español era de cuatro cartas enviadas, cuarenta y cinco años después es de casi once. A ello contribuyó bastante este medio, él tuvo mucha culpa en el desarrollo del servicio postal, prácticamente desde su nacimiento. Los trenes correo, conocidos como ambulantes en la terminología postal, se implantaron desde el principio en todas las líneas ferroviarias en explotación. Se cumplía con ellos una disposición legal que obligaba a las compañías a transportar la correspondencia a la mayor velocidad posible. Los trenes correo debían parar en todas las estaciones; los trenes correo-expreso, solo en determinadas paradas; y los expresos y rápidos solo se dedicaban al servicio de viajeros.

Roberto, que escuchaba atentamente la disertación del orador, mecido por el ruido y traqueteo del tren al pasar las ruedas por cada junta embridada (tacata-tacata-tacata), comentó:

—Parece usted muy enterado del tema, señor…

—Matías, me llamo Matías —respondió rápido el viejo—. Lo conozco porque como ya dije trabajé muchos años en esto. Si no le importa voy a seguir porque quiero terminar de explicarlo antes de llegar a Zurgena.

El Estado estableció de forma regular el transporte de la correspondencia, con empleados a sueldo de la administración de Correos, creando los llamados Correos Ambulantes, que son administraciones con trabajadores fijos. Su misión era recoger y repartir la correspondencia a bordo de los trenes, en los vagones postales o en los departamentos habilitados para ello. Los ambulantes ofrecen generalmente coches de tres clases y además su utilización, con vagones de mercancías completos de detalle, es habitual en el régimen de transporte de gran velocidad, cuya carga se entrega en el mismo plazo que la del correo. Se convierten así en trenes pesados, cuyos horarios son difíciles de cumplir por sus características de servir a distintas actividades. Circulan generalmente por la noche. Es una

institución muy querida del público porque hacen de buzón de alcance a su paso por las estaciones a las que se lleva una carta apresurada o urgente.

El personal destinado en estos servicios móviles debe tener una gran capacidad de trabajo y sacrificio, tanto por la responsabilidad de la tarea encomendada como por lo ajustado del tiempo de recogida y entrega de la correspondencia (un retraso afecta a otras líneas ambulantes), además de que muchos servicios son nocturnos. Por todo ello, reciben una gratificación especial, lo que hace que dichas plazas sean muy codiciadas, a pesar de lo peligroso que puede resultar, a veces, el empleo. Los funcionarios ambulantes pueden ser víctimas de descarrilamientos, choques, incendios, asaltos, además de los consabidos retrasos de varias horas o incluso días, por cualquier avería o desperfecto. El personal porta armas cortas para su defensa y viaja totalmente aislado del resto del tren en los compartimentos de Correos, cerrados desde el interior como medida de precaución, ya que no solo transportan cartas, sino también valores, certificados, metálico y paquetería. La correspondencia entra y sale de los vagones en cada parada. Clasificada durante el viaje, llega a su destino ya lista para su entrega, sin que exista comunicación de los agentes con el exterior.

En la estación habían subido varios vendedores que interactuaban con la gente a voz en grito. Uno de aquellos vendedores se coló en el compartimiento ofreciendo algo que ni siquiera escucharon. El hombre, tenaz como pocos, insistía. El acoso terminó, el tren entraba en la estación de Zurgena. También la charla del anciano, que aún tuvo tiempo de darles una última información.

—Les voy a dar un dato que no sé si conocerán de la estación donde han subido al tren: el 17 de enero de 1891, a las 4 de la tarde, llegó a la estación de Huércal-Overa un convoy especial, venía de Lorca y en él viajaba Nicolás Salmerón, quien posteriormente sería presidente de la República. —El hombre hizo una pausa y añadió—: ¡Ah!, y otra cosa: si se quieren quedar en Zurgena, en la «Casa de los maquinistas» pueden pernoctar y asearse.

La imagen de la estación les pareció a los viajantes que ya la conocían, los datos que hacía poco les había aportado Rafael estaban refrendados en aquella perspectiva que se presentaba ante ellos. Animales, con sus aguaderas, esperaban junto a sus propietarios a que fuera solicitada su bebida, de hecho, algunos viajeros ya lo estaban haciendo y bebían el agua fresca en botijos ofrecidos por avispados aguadores, a la vez que otros ofrecen helados, garbanzos tostados, etc. Los pasajeros, sabedores de que tienen tiempo, se mezclaban

con mirones que han acudido a ver la llegada del convoy. Estaba animada la mañana, sí, en aquel pueblo.

Curioso por conocer más de aquel lugar, Roberto pregunta a su compañero.

—¿Qué te parece que nos quedemos aquí para fisgar? Luego, si nos cansamos, podemos coger el de la tarde.

—Es una buena idea, no tenemos ninguna prisa y lo que se percibe parece interesante.

Los dos forasteros, con su exiguo equipaje a los hombros, deciden dar una vuelta para conocer el punto neurálgico ferroviario de la provincia. El pueblo, como pueden comprobar, es pequeño y su relevancia estriba, solamente, en su situación estratégica en la comarca para la comunicación a través del ferrocarril. Desde allí, como base, se distribuye la correspondencia a toda la zona.

Como si fuera una estación de mayor rango, comprueban que tiene servicio de facturación de pequeña y gran velocidad. También un equipo de material móvil para reparaciones, plataforma giratoria para cambiar el sentido de las locomotoras que podían, además, repostar agua y carbón —el agua, de buena calidad, y que utilizaba toda la población, venía por tubería de hierro desde Tíjola—, y cocherón para reparaciones leves de locomotoras. En plena actividad, en unas vías muertas, una vieja locomotora de maniobras cambia vagones de mercancías de una vía a otra.

En la estación, donde trabajaban, bien como empleados fijos o en servicios indirectos, unas ochenta personas, era famoso el servicio de viajeros y mercancías 'La Caita', que venía dos veces diarias desde Vera. Además de dar servicio a Zurgena, lo daba a Vera, Cuevas del Almanzora, Turre, Mojácar, Los Gallardos, Antas y Lubrín.

Los dos viajeros han comprobado, por los datos conocidos, que Zurgena, a pesar de ser pequeño, es una potencia ferroviaria. Después del almuerzo quieren conocer in situ cómo se carga el mineral, pero antes quieren visitar la «Casa de los maquinistas», el establecimiento recomendado por el señor Matías, necesitan comer.

La cantina es una de tantas, una mezcla de taberna y posada, de salón, tasca y manicomio, donde se vendían vino y camas. El cantinero los recibe tras el mostrador con un anaquel adosado a la pared repleto de botellas entre las que destacan las de anís Castellana, anís del Mono y varias de brandy entre las que descolla una de Terry con su malla dorada.

Mientras comen escuchan que se va a proceder a la descarga y carga de un cargamento de mineral. Presurosos, terminan la comida, no se quieren perder la escena. Efectivamente, en un ramal preparado para esa operación, un vagón espera ser cargado de unas minas existentes en el municipio de Lubrín; acababan de llegar potentes camiones cargados de mineral de hierro para su llenado. Los forasteros se aproximan, quieren presenciar cómo descargan en el suelo, a pie del tren, y cómo después una multitud humana, trabajando como burros, deberá cargarlo en los vagones. Unos obreros se dedicarían a llenar las espuertas de esparto con un rastrillo y otros, en fila india, treparían por unos tablones inclinados, ya preparados, que harían de puente, vaciando el pesado porte hasta completar las 35 toneladas de cada unidad. Los forasteros se preguntan mentalmente ¿Cuántos viajes tendrían que hacer aquellos esforzados hombres para completar los diez vagones del tren?

El propósito de estar cerca de los obreros no pueden efectuarlo, el ambiente no es recomendable, es más bien irrespirable y varias personas les instan a retirarse. Cuando se van, el polvo del mineral tapona sus narices, con lo que, a pesar del interés por ver aquella cadena humana en funcionamiento, el sentido común se impone y abandonan el lugar pensando en lo ingrato e insano de aquel trabajo y en que ya han visto todo lo que tenían que ver, por lo que se disponen a hacer tiempo hasta que llegue el tren que los lleve a la cuenca del mármol.

Aburridos, deambulan por el pueblo cuando, sorpresivamente, divisan en una de sus calles al anciano que los acompañó en el viaje. Está en la puerta de su casa.

El señor Matías no oculta la satisfacción que le produce el verlos.

—¡Hola, amigos! ¿Ustedes por aquí?

—Las explicaciones sobre Zurgena picaron nuestra curiosidad —le contesta Roberto— y decidimos conocer personalmente la realidad de las mismas. Hemos estado en la estación viendo la descarga y carga del mineral. ¡Qué barbaridad, pobres hombres! Anteriormente, habíamos comido en la «Casa de los maquinistas» y, satisfecha nuestra curiosidad, estamos esperando la llegada del próximo tren para seguir nuestro viaje.

—Eso me parece de perlas, pero vengan, pasen, entren a mi casa y sentémonos, que hay tiempo para tomar un vaso hasta que llegue el próximo convoy.

Los jóvenes ven el cielo abierto y aceptan porque el tedio hasta la salida estaba asegurado.

El zaguán en que se sientan no difiere mucho a los que ya han visto: una mesa redonda en un rincón, vecina a la chimenea que hace de hogar, es el centro del habitáculo; la camilla y una austera alacena son los principales muebles de la habitación donde una cantarera con dos vasijas pone la nota de adorno en aquella modesta sala donde olía a gato.

Los tres hombres se sientan alrededor de la mesa donde el viejo dispone tres vasos en los que vierte vino de una jarra de barro a la que pasa la mano con esmero. Depositada la vasija, toma uno de los vasos e invita a que Pedro y Roberto lo secunden.

—A la salud de ustedes, amigos, para que se acuerden de Zurgena cuando estén lejos de aquí y que proclamen que este pueblo también existe.

Los forasteros ríen la locuacidad del mayor y beben al tiempo que Pedro puntualiza:

—Que existe y que, además, es tranquilo, porque, aparte de la actividad de la estación, aquí se goza de buena tranquilidad.

—No diría usted lo mismo si viene dentro de unos días al pueblo. Poco falta ya para que empiecen las fiestas en honor de san Ramón Nonato, patrón de Zurgena, y con este motivo se prepara un zafarrancho de muy señor mío. Se organiza baile por la tarde, luego se hace un intermedio para cenar y vuelta a lo mismo. Las madres permanecen sentadas en bancos o sillas vigilando a sus hijas por lo que pueda pasar.

»Por cierto, les voy a contar lo que se dice de él, de nuestro patrón. Relatan que su llegada al mundo parece ser fue muy peculiar y que, consecuentemente, el nacimiento de este fraile ha llegado a nosotros envuelto en la leyenda: cuando Ramón nació, su madre hacía 24 horas que había fallecido por lo que habían dado por muerto, también, al niño. No nato quiere decir no nacido, y fue así, porque lo sacaron del seno de su madre muerta y le pusieron Nonato de segundo nombre. Se cuenta que la daga de un cazador fue el instrumento que sirvió para salvar la vida de la criatura.

—Bonita historia de esta Almería sin par —dice Pedro—, pero a ver si me puede aclarar esto: a mí, que soy hombre de campo, me ha extrañado ver durante el trayecto árboles que me han parecido olmos, arbusto no muy corriente en esta zona de España,

El señor Matías sonríe con suficiencia al satisfacer la curiosidad del joven.

—Sobre el año 1890, empezaron a llegar los primeros ingenieros ingleses que construyeron el ferrocarril Lorca-Baza. Estos, además de los raíles y traviesas, también traían macetas con unos pequeños olmos que se encargaron de plantar por todo el valle y de los que ya pocos van quedando. Esta gente quería tener un trocito de recuerdo de su tierra mientras estaba fuera. Esa es la razón y no otra.

Pedro quiere seguir sabiendo más del lugar, y, acordándose de la extensa información que, sobre Zurgena, les había dado Rafael el veterinario, vuelve a dirigirse al señor Matías.

—Ya le dijimos antes, en el tren, lo mucho que ya nos habían contado de este pueblo, pero ¿puede usted añadir algo más?

—¡Hombre!, después de lo bien que les informó ese tal Rafael, poco más les puedo decir —respondió el hombre mientras, con la mano bajo el mentón, pensaba—. Si acaso, decirles que, además del asentamiento romano que aquí hubo, los viejos molinos árabes del entorno, que, de tanto en tanto, evocan los azarosos días del pasado, también nos hacen tener presente aquellas épocas. También les puedo hablar de la agricultura, que es la que es: algún cítrico, como la naranja, también higueras, chumberas y algo de cereal, pero poco. Aquí la influencia árabe todavía persiste y, a semejanza de ellos, el asno o burro, como le quieran llamar, es nuestros pies y nuestras manos.

—Verdad es que, en estos campos de palmeras, casas modestas a medio encalar y aljibes árabes, la imagen de Marruecos es constante —continúa Pedro la conversación.

—Estuvieron aquí ocho siglos y su presencia se respira en el aire. Por eso, esa percepción es la que se van a encontrar por aquí. El valle del Almanzora es así.

—Señor Matías, ¿ha vivido, usted, siempre en Zurgena? ¿No le ha apetecido vivir en la ciudad?

—No, no me apetece vivir fuera y sí, siempre he vivido aquí. Residir en la ciudad no me atrae. La ciudad, creo, es como los perros, da muchas vueltas sobre sí misma para dormirse, y también como las liebres, que se duermen con el ojo alerta por si hay que salir huyendo y borrarse.

–¡Qué cosas dice usted! Salir la ciudad huyendo. ¡No, hombre, no! Las ciudades no huyen, se queman, se pudren, se desbaratan, pero no huyen, las ciudades no pueden huir.

—Lo que he dicho es una metáfora, o como se pronuncie eso, pero no vivir en un lugar de esos no me daña, lo que a mí me afecta ocurre aquí dentro —con un movimiento del brazo, su mano tocó el lado izquierdo del pecho—, y hace tiempo aprendí que es la distancia la que determina el valor afectivo de las cosas, y como no se deja de aprender, pasado el tiempo, comprendí que en esta vida crees que todo va bien hasta que un día te das cuenta de que tienes más pasado que futuro. Ese es el crítico momento en que empiezas a ver las cosas de una forma diferente. Ya no piensas igual. Por lo demás, soy ya mayor, siempre he vivido solo, esperando sin saber lo que esperaba; esto es debido a que somos simples espectadores que nos maravillamos de las caprichosas vueltas de los destinos que se cruzan. Y en esa instrucción, como ya les he dicho, hay un momento en que asimilas que todo se reduce a una fórmula sencilla: que los años han ido pasando, que me he hecho mayor y que hace tiempo que viví el último verano de la juventud. Ahora me veo como lo que soy: un viejo solo, sin otro futuro que la nostalgia.

El señor Matías sentía que tenía que hablar y continuó.

—Tenía trece años cuando se me murió mi madre, era lo único que me quedaba. Al quedar huérfano, ya hacía lo menos tres que no acudía al colegio, tenía que buscarme el jornal de un lado para otro. Cuando, un día, el maestro me vio zurrón al hombro, con el rebaño de cabras tirar hacia el monte, meneó la cabeza y le dijo al tío Celedonio: «Pobre chico». «Sí, va de pastor —contestó este—. Él, a pesar de lo joven qu'es, ya sabe qu'hay que merecerse el mendrugo. La vida está rematá. Los padres no l'an dejao ni una tapia p'apoyarse». «Lo malo es que el chico vale —dijo don Anacleto, mi maestro—. Si tuviera posibles llegaría lejos. Es listo el zagal. Muy listo». «La vida es así —acabó por decir el tío Celedonio—. Hay que ganarse el cuscurro, esto cada vez está peor».

»Y fue así, la vida siguió hasta llegar hasta aquí —concluyó el señor Matías—. Con muchos tiras y aflojas que, siguiendo con las metáforas, quieren decir con más penas que alegrías. Sin mucha suerte diría yo, y es que el éxito es ese viejo trío que forman: habilidad, oportunidad y valentía. Pero al que tiene que acompañar esa loba solitaria que es la suerte.

El matiz desencantado de la última frase hace que Roberto intuya que alguna mujer, probablemente, sería partícipe de aquel amargor, por lo que, con tono festivo para quitar solemnidad a la frase, comenta:

—Vamos, señor Matías, usted, solo... Porque habrá querido, que mujeres no le han faltado, seguro.

El viejo, halagado por la alusión a su dominio sobre las féminas, vuelve a llenar el vaso y, después de beber, responde:

—Hombre… la verdad es que sí, alguna he tenido, pero fallé en la que realmente me gustó. Por cómo fue, me dejó muy marcado, hasta el punto de que decidí no fiarme de ninguna y no casarme. Aprendí que la soledad es un camino que conduce a la paz. Y durante un tiempo no deseé otra cosa que eso, paz.

Los jóvenes esperan impacientes que el señor Matías se decida a contar su 'drama', pues como si de un drama se tratara lo insinuaba.

—¡Anímese, hombre! —espeta Pedro, viendo la indecisión del anciano—. No se puede desperdiciar una vida por eso. Usted todavía está de buen ver. Piense que por unas causas o por otras, aunque no se lo crea, hay muchos hombres que estamos fastidiados por culpa de las mujeres, no crea que es usted solo.

El hombre, dubitativo, movió la cabeza de un lado para otro y, como si estuviera deseando confesarse o compartir su fracaso, comenzó su historia.

La conocía de toda la vida, éramos huérfanos y con una historia parecida, crecimos y, como mayor que ella, la edad me llevó a trabajar a otros lugares. Con el tiempo volví y estando trabajando en la estación de Huércal-Overa volví a ver a la Filo, se llamaba Filomena; fue en una panadería de la plaza, iba sobrecargada y la ayudé, estaba sirviendo en una casona del pueblo. Vivía en ella la viuda de un señor adinerado con tres hijos, de catorce, dieciséis y dieciocho años. A la alegría de volver a verla se añadió el que me había impresionado el cambio que había experimentado aquella pequeña mocosa. Desde aquel día procuraba coincidir, y por esa costumbre de vernos surgió una cierta confianza, adulta, que hizo me contara los problemas que tenía en aquella casa. Esa «cierta confianza» hizo que me hiciera ilusiones. En su trabajo, los niños la acosaban y tenía que estar quitándoselos de encima todo el día. Aunque la casa era enorme, procuraban encontrársela para toquetearla el culo o lo que pudieran. Con los chicos en esa edad y aquella maravilla excitándolos sin querer la casa era una bomba.

Me parece que la estoy viendo por aquel entonces: un vestidito negro de percal con alpargatas del mismo color en chancletas, los pelos «pa cá y pa llá», tan morena yendo a la compra. Allí, en el mercado, fue cuando conoció al 'figura', cuando pegó el tropezón grande. Él fue quien se acercó a la Filo en el momento en que compraba en el puesto de pescado. Con su labia se la metió en el bolsillo, era normal: la muchacha estaba en la edad en la que escuchas todo y más si venía de fuera. El caso es que el pájaro, pues de un pájaro se trataba, siguió con su revoloteo alrededor de ella. Yo me tiraba de los pelos, pero no podía hacer nada, mis consejos no los consideraba, yo solo era un amigo de la infancia. Adiós mis ilusiones.

No he dicho todavía que la Filo era un monumento de mujer. Era oscura de carnes, como mujer almeriense, dos ojos negros grandes muy grandes, almendrados, y un cuerpo, una cara y un culo que daba gloria mirarlos. Pero entre todas esas beldades sobresalía la pechera. ¡Dios santo! En la vida he visto una cosa así. Ese pecho tan divino, esas balas de cañón tan bien puestas eran las mejores tetas del mundo… ¡Una maravilla!

Si en algún momento se le hubiera ocurrido desabrocharse y exhibir ese mostrador perfecto que tenía por pecho, guerra habría habido entre los que lo contemplaran. Pero es que todo iba acorde con la pechera. Las piernas, el pelo que era un gran matorral negro, el talle estrecho con caderas grandes… Lo dicho, seguramente la palabra monumento no expresa la grandeza de aquel cuerpo de diosa.

¡Ay, Dios mío! Pero qué manera de irme de lo que estaba contando… aunque luego pasara lo que pasó. Aquello que ocurrió después.

Bueno, voy a seguir con lo que estaba diciendo porque me enredo. Como yo me salga un poquito de lo que estoy hablando, ya es que no encuentro el hilo.

Verán ustedes, nunca me he metido en líos, nunca, pero esto me afectaba, por eso me impliqué un poquito y, aunque no logré lo que quería, me causó un gran placer el que un día dejara colgado a aquel tío que se las daba de muy macho. Con un ver de hombre, de esos que resultan guapos, pero sin serlo.

Porque de guapo, nada: más que moreno, negro, la cara redonda como una torta y los pelos con mucha brillantina pegados a la cabeza como la de esos figurines de las peluquerías. Además, su cara tenía la huella de unas viruelas antiguas que tuvo que cogerlas de chico y lo dejaron como si le hubieran plantado en la cara un plato de lentejas. Pero, con todo eso, gustaba, tenía palique y tirón con las mujeres.

El chulo había llegado al pueblo solamente para presenciar la corrida de toros, y al conocer a la chica se quedó; la llevaba casi veinte años, ella no tenía más de diecinueve y era lo más bonito del vecindario. La deslumbró, la tenía dominada hasta el punto de que llegaba a la calle, la silbaba y la Filo dejaba todo lo que tenía en la mano o estaba haciendo para coger la puerta y acudir a su lado. A la hora que fuera se la llevaba al campo a «darse el lote». Después de hora y media o dos horas volvía. Un día, el mayor de los hijos los sorprendió y con el chulo tuvo sus más y sus menos, llegando a las manos, entonces fue cuando la viuda la echó. Aparte de que la señora tenía que estar «hasta el «gorro» de la Filo, a cuentas de los restregones y calentamientos de los hijos, estos estaban todo el día con el palo tieso, encendidos los chavales con la criada, y toda la casa al borde de un ataque de nervios. Los críos no querían muchas veces ni pisar la calle. Su pensamiento estaba en la Filo.

Cuando la echaron, hablé con ella, intenté ayudarla, pero estaba obsesionada. Él se la llevó a la ciudad, le compró un vestido y le puso un puesto de quincalla —dos tablas sobre un caballete en una calle principal cerca de la Puerta Purchena—. Los hombres que pasaban se la comían con la mirada diciéndole esto y lo otro. Fui una vez a verla. Aquello no le gustaba. Intenté convencerla de que lo dejara, que se viniera conmigo. No quiso. Allí fue donde el padre Tarsicio, un día, casualmente, la conoció, estaba llorando, ante sus lágrimas se acercó el cura y le habló. A cualquiera le sentaba bien oír las palabras de don Tarsicio, este tenía una buena plática además de ser un hombre bien parecido. Aquel encuentro iba a cambiar el rumbo de su vida. Ahí en el puesto, el cura empleó su tiempo en días sucesivos dándole palique, la Filo lo cogió cariño y lo creyó. Él le habló de fe y de otra clase de vida y la convenció de que tenía que romper con el chulo. La nombraría gobernanta de la casa de la iglesia y viviría bajo su protección.

La Filo se dejó convencer y dejó el puesto, rompió con el chulo a pesar de las bravuconadas de este y se dispuso a vivir una nueva vida. La que le ofrecía el padre Tarsicio.

Los que conocíamos a la chica, al principio, no entendimos bien el tema, pero cuando fuimos cogiendo el hilo comprendimos perfectamente lo que el cura había cocinado, ¡y bien cocinado! ¡Qué cara dura la del tío! Había preparado un guiso exquisito para comérselo solo él.

La nueva gobernanta no cayó bien en la feligresía y los problemas y preocupaciones de la nueva situación arruinaron al cura alguna de sus siestas, buenorros reposos para él todo el año, pero indispensables en verano. En esas horas

de descanso, aún más plenas que por las noches, era cuando el padre Tarsicio le gustaba perder todo contacto con el mundo y ahora con más razón.

Y la gente murmuró y murmuró, hasta llegar al descrédito… ¡y de qué manera! Sobre todo, aquellas mujeres que hacían confesión mañana y tarde. Descollaba entre ellas doña Gertrudis Casamayor, con su rotundo barrigón y sus ojos de pescado que, casi siempre, al salir de misa, apoyada en un bastón en cuya empuñadura figuraba la cabeza de una paloma, se abalanzaba sobre el cura para completarle a la fuerza algún olvido de su confesión recién hecha con él. Esa añadidura iba formulada en plena calle, ni siquiera en voz baja, y lo más curioso: sin que ninguno de los vecinos, que también la oían, pareciera extrañarse de tan extraño procedimiento.

Y ante la situación, su inmediata resolución fue eludir hablar del tema. Se negó en redondo. Temía que si las debatía se dispararían las habladurías. Que estas se instalarían entre los fieles de la iglesia con murmuraciones y chistes sobre él y la gobernanta.

Pues bien, como no podía ser de otra forma, la dama en cuestión hizo del caso algo propio, abanderando el descontento de los feligreses con la postura del cura. De ella surgió la idea de acudir al obispo a contarle el asunto. Movió sus influencias, y el padre Tarsicio fue llamado al obispado; el cura prefirió no callarse y decidió dar su versión del tema. Hasta llegó a contar alguna conversión de la Filo para justificar los hechos. El asunto fue que, poco tiempo después, al padre Tarsicio lo trasladaron, y con él se fue su gobernanta. Dicen que está ejerciendo en un pueblo de Extremadura.

Yo quedé muy decepcionado, me había hecho ilusiones, de hecho, cuando rompió con el chulo, creí que volvería al pueblo, pero no fue así. Aquello me costó un soponcio, y a mí, como seguramente comprenderán, ya no me gustó ninguna mujer.

La amargura que destilaba su última frase y su imagen abatida hizo que los dos amigos se miraran buscando apoyo para el señor Matías, que parecía desmoronado anímicamente en aquella solitaria habitación.

Un pitido distante vino a salvar la situación.

Ese sonido pareció inocular energía al anfitrión porque levantando su cabeza e izando una mano sobre ella, con un ademán, quiso señalar algún lugar al tiempo que decía:

—Es la máquina de Vías y Obras, esta se utiliza para transportar al grupo o brigada, como se les llama, de mantenimiento que, aunque siempre tienen

traviesas que reparar, viene ya de regreso. Es hora de plegar. —Y, volviendo de nuevo el rostro hacia los jóvenes, les advierte—: Y ustedes vayan preparándose que no tardarán en escuchar otro pitido, este sí será el que los lleve hacia Macael.

Los viajeros, puestos en pie, se dispusieron a despedirse, no sin antes intentar insuflar ánimo al alicaído anciano.

—¡Ánimo, señor Matías! —exclama Pedro—. En estas próximas fiestas búsquese una compañera y comprobará que con ella la vida tiene otra perspectiva. Que, acompañado, es diferente.

—¡Ay, jóvenes! Qué más quisiera yo, pero me siento muerto para esos menesteres. Soy como el alacrán, que, aunque no fui pareja de la Filo, he sido devorado por ella. Por si no lo saben, muchachos, el alacrán es devorado por su hembra, porque su destino es de devorado. Igual que me ha pasado a mí.

Un nuevo pitido hace acelerar la despedida y el señor Matías toma de nuevo la palabra.

—Por la experiencia de mis largos años en el ferrocarril, les diré que, muchas veces, viajar con el único equipaje de la ilusión, como están haciendo ustedes, es lo mejor que se puede hacer.

El encuentro no dio para más, había que irse para la estación, el convoy se aproximaba y no era aconsejable perderlo.

XVII

De Zurgena a Olula del Río y Macael

El tren, cosa rara, había llegado puntual. En los aledaños de la estación, un hombre, con un burro cargado de ellas, vende sandías; todos los que bajan del tren compran y los que se han quedado encargan que les compren, eso evidenciaba que eran como una gran familia de viajeros y que todos o casi todos se conocían. Roberto y Pedro también compran —las venden por rajas— y degustan dos gruesas porciones que hacen que el zumo gotee por sus barbillas. Cuando se inicia la marcha, los aventureros se sientan, fatigados, sobre los duros asientos de madera. Silenciosos, parecen reflexionar sobre lo acontecido, otra historia más de esta sorprendente Almería, y van…

Roberto mira a su lado, Pedro parece dormido; lo mira detenidamente, rebuscando en las entretelas de la memoria. Se percata de que sabía bien poco acerca de cómo era su amigo, y de que lo que pudiera saber, seguramente, apenas le interesaba. Lo que les unía era la alegre efervescencia de la juventud, el afán de la aventura y la mutua compañía. La vida tenía esas cosas, traía nuevas amistades, pero las suyas, las que recuerda con nostalgia, eran Pepe Cofiño y Manolo Velázquez. En esos momentos, ¿qué harían?

Intenta no pensar en el pasado y concentrarse en el paisaje. Han dejado el pueblo atrás y el tren avanza con su monótono 'chacachá' en medio de un paisaje de escuálidos matorrales, entre los que pululan multitud de insectos, y, aunque el mes de agosto va acortando los días, aún el sol resplandece y calienta. En los campos no se ve un alma.

Otea el interior del vagón y divisa a las dos muchachas que, cuando con ellos han subido, han sido objeto del descarado examen de un grupo de hombres, seguramente mineros, que no han ocultado su descarada admiración, provocando el comentario de una de ellas hacia uno de los mirones, más osado e insolente.

—¡¿Qué miras, so guarro?! —exclama la menos agraciada, con voz conminatoria—. ¡Esta no es plato para tu mesa!

El mirón aguantó la reprimenda, pero había murmurado bajito:

—A saber. Yo digo como dice el cantar: «Cuando las ganas de joder aprietan, ni las tumbas de los muertos se respetan».

La cosa no fue a más y ahora todo el mundo dormitaba. Todos no, porque hasta Roberto llega con nitidez la voz de los ocupantes de los asientos anteriores. Uno de ellos contaba algo que le había sucedido, y el joven, sin proponérselo ni entenderlo demasiado, acaba por escuchar aquel estrambótico relato que parecía no tener ni pies ni cabeza.

Una vez, sabéis, vi una película de Humphrey Bogart en la que detenían a un chorbo; y se ponía el tío aquel: «¡Solo hablaré en presencia de mi abogao!». Bueno, pues lo qu'es aquí, más valdría decir: «Solo hablaré en presencia de mi dentista», qu'el que se pone torero, hasta las muelas se traga del primer hostión. Si lo sabré yo.

El viajero que había hablado se levantó de su asiento con pesadez, seguramente para estirar las piernas, pero se tambaleó un rato hasta afirmarse sobre unos zapatos desastrosos. Roberto pudo contemplarlo a placer. El hombrón, que vestía un tosco pantalón de pana y una inmunda camisa por cuyos descosidos asomaba su rústica pelambrera, volvió a sentarse y prosiguió con su relato.

«Ya me voy —le dije en tono resignao—. S'echa de ver que mi presencia no es bien recibía. Y no piense usté que no lo entiendo; l'apariencia de un tipo como mi menda en esta vecindá tie que ser un escándalo, y usté no quie un escándalo, ¿verdá? Yo, el escándalo, como se pue figurar, me lo restriego por las mismísimas partes. Yo soy un escándalo ambulante ende que me echaron al mundo; pero usté tie una reputación que cuidar, por usté, por su familia y por su señó suegro, qu'es un chorbo mu rico y mu respetao en la sociedá».

En este momento va y me ice, el chorbo, que llama a la policía.

«Vamos, señor —le contesto sin arredrarme ante la amenaza—, me sea usté comprensivo, qu'endespués de to, un servidor no tie modales ni sabe cómo tie que comportarse con la gente de paquete como usté. Mire, antes de venir a verlo estaba tan nervioso y tan asorao que me metí en la tasca y me tomé una copichuela pa darme ánimo; una copichuela o pue que tres, ya ni m'en recuerdo; ya ve usté si me doy cuenta de mis deficencias. Pero ni mis mejores intenciones han valío pa na, cagüen mis huesos. Así que llame usté a la policía, llámela, que me lo tengo merecío; y endespués de to, a mí poco se me da la policía. La policía y

yo semos viejos amigos: No tuve padre ni maestro ni siquiera un jodío cura que m'enseñara el cantecismo, pero nunca m'ha faltao un poli dispuesto a velar por mí sin que yo se lo pidiera. La policía y yo semos viejos amigos…».

El silbido del tren, largo y contundente, anunciando la proximidad de la llegada a la estación de Arboleas ahogó la palabra del narrador y desveló a los durmientes. Las conversaciones y gritos por la cercanía de la parada se generalizaron y su sonido impidió que Roberto pudiera seguir el hilo del relato.

La estación de Arboleas tenía poco que reseñar, el tren paró lo justo y continuó su triste marcha en medio de un paisaje árido con el que contrastaban pequeñas huertas a lo largo del curso del río.

Parecía un pueblo anodino del que no guardarían ningún dato, pero la providencia quiso que, junto a ellos, en la misma bancada, un señor de edad avanzada, posiblemente el abuelo, le explicaba a un jovencillo reseñas de la localidad.

—El pueblo ese que hemos pasado, Arboleas —explicaba el hombre, con cierta erudición—, está posicionado a la margen derecha del río Almanzora. Situado sobre su vega, se riega con las aguas del río y de los manantiales inmediatos. Dicen que en el siglo pasado se pescaban sabrosas truchas en sus aguas cristalinas y que estas movían más de una docena de molinos harineros asentados en otras tantas aldeas sitas a lo largo de su curso.

—¿Es muy antiguo? —La vocecilla del niño sonó nítida en el vagón.

—Sí que lo es, tanto que esta villa pasó a manos de los cristianos en el año 1488, cuando, junto a otros pueblos del Almanzora, se rindió a los Reyes Católicos en el real de Vera. Muchos años más tarde, durante el levantamiento de los moriscos del Reino de Granada, hubo aquí una batalla llamada del Corral de Arboleas, que fue ganada por las tropas cristianas de Lorca a los moriscos del lugar. Los cristianos habían acudido en socorro de las hijas del marqués de los Vélez temiendo un intento de rebelión de los moriscos del marquesado. Como principal monumento tiene la primitiva iglesia. Fue erigida por el Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo en el año 1492, y observa, Víctor, que es el mismo año del descubrimiento de América.

—¿A qué se debe el nombre de Arboleas, abuelo? —volvió a preguntar el niño.

—Parece ser que, como en el siglo XVI el nombre del pueblo se deletreaba 'Alboreas' (del árabe 'Al-Burayax') que significa 'la torrecilla', con el paso del tiempo terminó transformándose el nombre en Arboleas.

Dicho esto, entre abuelo y nieto se estableció el silencio, silencio que rompió, otra vez, el mayor.

—Aparte de que la tradición festiva, el pueblo la centra en la feria de San Roque, el 15 de agosto, no sé decirte más.

Los jóvenes, con los ojos entrecerrados, no habían perdido sílaba de la explicación del mayor. Aquel ignoto lugar del mapa también tenía su historia. Y es que esta Almería... ¡Cuánto albergaba en sus medios!

Mientras esto ocurría en su interior, el tren continuaba su marcha, la próxima parada era Albox. Este nombre trajo a la mente de los jóvenes el recuerdo del tío Lucas y su manera particular de ver la vida. Hombre en el fondo sensible ante las injusticias, se le veía desengañado de la especie humana y, como escudo, había hecho de su carácter lenguaraz su parapeto.

Sumidos los trotamundos en parecidos pensamientos, les sorprendió la parada del convoy. Asomados a la ventanilla vieron con estupefacción que, aunque se trataba del anunciado Albox, la gente se bajaba del vagón hablando de Almanzora. El mayor que viajaba con su nieto les aclaró la situación diciéndoles que por influencias del pasado, la terminal se había tenido que hacer allí, en esa pequeña aldea, a tres kilómetros de la población albojeña.

Viendo la cara de extrañeza de los forasteros el anciano se apresuró a hacer una observación.

—Eran cosas de los poderes económicos; luego, la historia está para juzgarlos.

Notando que la incredulidad continuaba, decidió contar más detalles a sus compañeros de viaje.

—Permítanme que se lo aclare. Verán ustedes...

Antes del ferrocarril la provincia se encontraba aislada por vía terrestre con el interior peninsular —una isla dentro de España, diría yo— debido a la falta de carreteras y solo haber caminos en mal estado, esto agravado por una accidentada geografía (Almería lindante con Granada es una de las zonas más montañosas del país). Esta realidad no acercaba a la región a los mercados habituales, acceso a los externos o a los ámbitos de poder, y principalmente a inversores que apostaran por la provincia. Pero al final el ferrocarril llegó, y se

accedió a él gracias a lo que suponía la industria minera para Almería. Arribó en momentos de máximo esplendor y es el principal apoyo del trasporte, con sus líneas, en la provincia.

La licencia de edificación y explotación de itinerarios de ferrocarril en España, a finales del siglo pasado y principios de este, se concedía a empresas privadas —inglesas en su mayoría— que admitían accionistas particulares, grupos locales, nacionales, etc. Esto no era siempre sinónimo de éxito, un ejemplo es la línea de Lorca-Baza-Águilas, esta se concedió a la inglesa The Great Southern of Spain Railway Cº Ltd, empresa de sonoro nombre que no pudo realizar las obras adjudicadas de la línea Murcia-Granada. Motivos económicos la obligaron a cambiar el nombre y posteriormente se llamó Ferrocarril de Lorca-Baza-Águilas, que era realmente el área en la que se quería desenvolver, y de esa forma funcionó. Para la línea se compraron veinticuatro locomotoras que la empresa bautizó con el nombre de cada pueblo por el que discurría la línea, excepto Almanzora, ya que la estación que allí había pertenecía a la vecina localidad de Albox.

Al valle del Almanzora llegó el tren en noviembre de 1892 y en noviembre, pero del 93, llega aquí. Y centrándonos en esta estación, Almanzora se incluye como una de tantas estaciones por mediación del Excmo. señor don Antonio Abellán Peñuela, I Marqués de Almanzora, que cedió los terrenos de manera gratuita en este municipio para la línea y que además era un pequeño accionista de la misma.

Como habrán podido entender, los intereses primaban y esos intereses eran que en Almanzora estaba el palacio de mismo nombre, propiedad de ese señor, con la historia entre sus paredes de haber pertenecido a cinco marquesados diferentes (Jabalquinto, Benavente, Los Vélez, La Romana y Almanzora) y construido sobre los cimientos de uno de los palacios preferidos de los reyes de Granada. Es, se cree, el edificio de la provincia de Almería más representativo del neoclásico español, posiblemente diseñado por el maestro arquitecto Ventura Rodríguez.

Roberto, que, como su compañero, escucha complacido las explicaciones, confiesa:

—No aparenta este pequeño pueblo tener una joya así.

—Pues, aunque no lo parezca, ahí está —responde el hombre—. Les sigo contando.

Su procedencia viene del obsequio que los Reyes Católicos hicieran a don Juan de Benavides por su participación en la conquista de la comarca del valle del Almanzora.

Don Juan de Benavides, terrateniente de las villas de Jabalquinto, Estibiel, Espeluy y la Ventosilla, ayudó a don Enrique IV y por ello fue nombrado por los Reyes Católicos capitán general de la frontera castellana y de la Ciudad de Lorca. En función de su cometido intervino enérgicamente en la ocupación del valle, sabiéndose que en junio de 1483 hiciera descubiertas en tierras sarracenas, sometiera la ciudad de Overa y que en julio de 1488 las huestes cristianas, sin apenas combate, ocuparan las ciudades de Cuevas y Vera, subordinándolas al Rey Fernando, representado este por Juan de Benavides. Este hecho fue el inicio de la capitulación en cadena de los pueblos de la cuenca del Almanzora. En este periodo el cultivo de moreras para la cría del gusano de seda, junto con la miel, eran pilares importantes de la economía de la zona.

Después de la rendición de los pueblos del río, los monarcas nombran a don Juan de Benavides, además de capitán del Almanzora, alcalde de la alcazaba de Purchena. Esta orden real le otorga el poder para posibilitar los señoríos que en la comarca se establecieran.

Años más tarde, 1492 y 1493, recibió órdenes de entregar al duque de Medinaceli los lugares de Urrácal y Olula del Río, además de Fines; a don Juan Chacón, adelantado de Murcia, las tierras de Oria; y a don Diego Hurtado de Mendoza, primer duque del Infantado y segundo marqués de Santillana, las tierras de Cantoria y Partaloa.

Don Juan de Benavides, por su valía, recibió ochocientas fanegas de tierra que él, gran conocedor del valle por su etapa como capitán general de la frontera y por la de capitán del Almanzora, escoge entre las tierras de Almanzora y Almizaraques, las más productivas de la vega. Así, el señorío de Almanzora recae con todo derecho en don Juan de Benavides por Real Decreto de 1493. Posteriormente, sus descendientes acometieron varias obras que terminaron en 1772, y era de destacar la grandiosidad y el adorno de la parte superior de las puertas y ventanas, con la corona exclusiva de los «Grandes de España». Grandiosos eran sus jardines, más de 100.000 m² con paseos, zonas florales, fuentes artificiales, lago navegable, bosque artificial y árboles frutales de todas las especies.

Los jóvenes escuchan asombrados los datos aportados por el mayor. Tan interesados están que no se han dado cuenta de que el convoy lleva ya tiempo marchando.

¡Vaya con Almería! ¡Otra vez los ha sorprendido! Impensable, para ellos, que aquel pequeño apeadero, su entorno, tuviera la historia que tenía.

El viejo, complacido por el efecto que a los forasteros les había ocasionado la información, quiso ampliarla con más datos.

La próxima estación es Cantoria. Para que esta se construyese, don Antonio Abellán, primer marqués del Almanzora, cedió los terrenos de manera gratuita. Esa cesión posibilitó que se levantaran en el pueblo dos estaciones de tren, y también pagó de su bolsillo una máquina que cedió a la compañía ferroviaria con la condición de que llevase el nombre de 'La Victoriosa' (Almanzora significa victoria en árabe).

Si visitan la población, una de las paradas obligadas es su iglesia dedicada a Nuestra Señora del Carmen, la patrona del municipio. Basta con entrar en la villa para percibir la monumentalidad de sus formas y la grandiosidad de sus trazas arquitectónicas, que hacen que recuerde más a una catedral que a templo parroquial. Entender su esplendor pasa por conocer los no pocos esfuerzos que tuvieron que hacer los cantorianos para levantarla sobre el solar de un antiguo templo renacentista del s. XVI que se estaba quedando pequeño.

Muy cerca de la plaza, encontrarán una casa señorial que perteneció a don Pedro Caro Salas, IV marqués de la Romana. Esta edificación también perteneció al XI marqués de los Vélez, cuyo señorío 'de Sierra', herencia familiar, fue obtenido como recompensa por la ayuda prestada a los Reyes Católicos durante la conquista del Reino de Granada.

Los dos amigos están perplejos, no solamente de la locuacidad del buen hombre, sino de sus conocimientos, por lo que no quieren perderse ni un ápice de su información.

Y como signo de antigüedad, justo enfrente del actual emplazamiento de Cantoria, sobre una colina que emerge sobre el margen derecho del río Almanzora, encontrarán los restos de la Cantoria musulmana. El conjunto, aunque muy deteriorado, da idea de la importancia de que gozó la localidad durante la etapa islámica del siglo XII. Además, son numerosas las anotaciones históricas que apuntan a que el pueblo, por aquella época, de calles estrechas e irregulares, estaba rodeado de murallas y defendido por un castillo.

También, sobre otra colina, con vistas privilegiadas a la villa, se levanta otro de los lugares imprescindibles de Cantoria: la Ermita. Se trata de un pequeño

templo de estilo barroco construido en el siglo XVIII en honor a san Idelfonso, al que se puede acceder subiendo por la escarpada calle de La Ermita. Es uno de los lugares que más aprecio despierta entre el vecindario, pues a ambos lados de su altar mayor descansan los patronos del pueblo, san Antón y san Cayetano.

Ahora es Pedro el que exclama.

—¡Vaya!, Cantoria, igualmente, tiene un buen pasado.

—Jóvenes, me precio de tener algo de cultura y conocimiento, y, desde ese saber, les digo que este valle ha sido importantísimo en la antigüedad, hoy ya no lo es. Gracias a la industria minera tiene algo de vida, pero las minas no son eternas y cuando eso se acabe ¿qué va a ser de las personas de estas tierras? Lo que producen los campos, ustedes lo están viendo. Esta provincia necesita atención, si no es así se despoblará, la gente emigrará porque tiene que vivir y aquí, salvo en las minas, no hay trabajo y los que se emplean en ellas, a veces, desearían no haberlo hecho, por lo ingrato que es. Por eso algunos prefieren que el pueblo esté rezando a que tenga conciencia de sus miserias. Algún día acabará pensando por sí mismo y descubrirá la verdadera fuente de sus males.

El silbato del tren anuncia la cercanía de Cantoria por lo que el sesentón les da un último apunte.

—Una curiosidad, para terminar, sobre la iglesia: su campana grande la trajeron de la catedral de Toledo y las verjas, de hierro, del pórtico proceden de la iglesia de san Francisco el Grande de Madrid.

No hay tiempo para más, la locomotora hace su entrada en la estación. Estación, cuya estructura, los amigos encuentran muy parecida a la de Huércal-Overa. El andén, repleto de gente, espera la parada del tren. Los allí reunidos hablan en voz alta y alguno de ellos grita al ver al familiar esperado. Fue en medio de esa algarabía que apareció él, elegante, inmune al desespero histérico. Vestía un traje de tela blanca y jugueteaba con un caramelo entre los dedos que procedió a engullir con voracidad lobuna. Era un hombrecillo pequeño al que el mundo parecía haber arrugado sobre sí mismo hasta quitarle todo menos la sonrisa. Su presencia no pasó desapercibida, sobre todo para el mayor al que acompañaba el nieto, que hizo un gesto de repugnancia al tiempo que, mordiendo las palabras, dijo en voz baja, pero no tanto como para que Roberto no pudiera escucharlas:

—Carne de catequesis, capaz de matar a cambio de una sonrisa del que manda.

Los viajantes, desde su cómoda posición, presenciaron cómo el individuo había saludado a un recién llegado, enderezando la espalda, haciendo chocar los talones y saludando brazo en alto ante la mirada perpleja de una anciana que acababa de instalar en el andén un puesto de pipas y altramuces.

Con la sonrisa en los labios, el individuo saludado, aclaró a un hombre que lo acompañaba: «Un camarada de los viejos tiempos, un hombre de una pieza, fino y culto. ¡Gran muchacho!».

El 'gran muchacho', de forma jactanciosa, se movió por el andén controlando a los viajeros, algunos que pasaron a su lado lo hicieron medrosos, él pareció disfrutar con ello, ignorando que se le miraba de reojo, con la misma hostilidad con que se mira a un intruso. Después de unos minutos y observando que el tren comenzaba su marcha, el trío inició la salida de la estación. La mirada acusadora del viejo lo siguió y, volviéndose a sus oyentes, dijo algo aparentemente sin sentido.

—La vanidad, por definición, es vigilante y celosa, y rápidamente se vuelve vengativa.

Nadie había señalado a nadie ni se habían dicho nombres, pero los dos muchachos sabían a quién iban dirigidas aquellas palabras. Los ojos de estos reflejaban preguntas que necesitaban respuestas cuando se cruzaron con los del anciano. Posiblemente la mirada limpia de estos animó a decir al sexagenario:

—Los trágicos eventos del país convierten a este individuo y a otros como él en protagonistas, metiéndolos en la maraña de intriga y sangre de la historia. Pero, según se dice, este malnacido tiene una mala leche y unos métodos expeditivos en proporciones métricamente opuestas a su aspecto.

La risa contagiosa de cuatro mujeres que se lo pasan en grande, subidas en Partaloa, estación compartida con Cantoria, les distrae. Han iniciado el trayecto con ganas de divertirse. Su gracejo y sus chirigotas han atraído la atención de los ocupantes del vagón, que las deben de conocer, y, por la expectación que perciben, el viaje hasta Olula del Río promete ser divertido.

Efectivamente las mozas traían guasa y folclore, porque, poco tiempo después, los forasteros se vieron amenizados por una copla, un fandango de Almería, copla que todos debían sobradamente conocer porque, a gritos, el vagón entero coreó:

«El fandango de Almería

nadie lo sabe cantar,
que lo cantan los mineros,
cuando van a trabajar
a las minas del Romero».

Cuando acabó la canción, los olés y bramidos de los viajeros se adueñaron del espacio. Cada uno de esos pasajeros quería dar su opinión y esto hizo que el carruaje pareciera un manicomio. Los oídos se taponaban y, en los puentes, el ruido metálico lo hacía más ensordecedor. Cuando, pasada la euforia, el auditorio se fue calmando, el informante de los aventureros se acercó para darles una explicación.

—Es una canción muy querida, sobre todo por los mineros. Se estrenó en la capital hacia 1913, y lo presentó la bailaora Dora la Cordobesita en el Café Nuevo del paseo de Almería.

El entusiasmo se había calmado, pero algunos hombres babeaban mirando fijos los escotes, el arranque del pecho de las féminas, zona misteriosa de la mujer. No obstante, entre estas mujeres y los viajeros se mantenía una distendida conversación que permitía descansar, y eso es lo que pretendieron los jóvenes turistas, no sin antes escuchar la voz de una de ellas, subida de tono, que replicaba en tono ligero, al tiempo que dirigía a sus amigas un guiño de complicidad:

—Los hombres no tenéis el menor reparo en dejarnos solas toda la semana y luego queréis que estemos pendientes solo de vosotros. Os hemos aguantado cuando erais pequeños, cuando sois viejos y cuando estáis enfermos; en cambio, cuando estáis en forma, nada más tenéis tiempo para el trabajo, los amigotes y vaya usted a saber qué más.

No quisieron seguir escuchando e intentaron descansar apoyando la cabeza sobre el duro respaldo de madera. En el exterior discurre el ferrocarril por una zona donde se nota la progresión de los cultivos por la proximidad del río. El nuevo panorama tiene más atractivo que el paisaje mismo del valle, bastante monótono, esto es debido a que el río ha esculpido de vez en cuando algunos parajes de rocas pintorescas. Se divisan viñas en emparrado, parrales de la Andalucía mediterránea de Almería. También algún naranjo e higueras. De todos modos, el regadío es precario.

De nuevo, la documentada palabra del mayor aclara.

—En el valle bajo del Almanzora puede ocurrir que pasen años sin lluvia apreciable; entonces ahondan cada vez más los pozos en busca de aguas subterráneas, que, desgraciadamente, están cargadas de sales muchas veces nefastas para el riego.

De vez en vez alguna balsa o estanque de cemento, redondo o cuadrangular, donde el azul reflejo del cielo en la masa líquida rompe el paisaje, refrescan el alma tanto como los ojos.

Como una reflexión en voz alta, de nuevo la voz del abuelo suena.

—Son estos variopintos espectáculos de la vida los que dan interés a la región, no los esplendores del arte, que aquí se ignoraron siempre por no tenerlo. Aquí no hay monumentos. Sus habitantes no son más que simples pueblerinos que tuvieron siempre una vida rural de agricultores y de pastores y no piensan en por qué ellos no han llegado a tener, como en Castilla, como en la Andalucía del Guadalquivir o como en el cercano Levante, algún monumento, por humilde que fuera.

»Realmente a ellos eso les da igual, solo ansían vivir y no les interesa saber si esta falta es debido a un islam intransigente, fanáticamente enemigo de las imágenes, y acentuado en estos descendientes de la «civilización de Almería», que acaso se identifican con los bereberes.

Dicho esto, el hombre calló, mientras, integrado en el paisaje, el tren avanza lento. La mayoría de los viajeros dormitan con las ventanas bajadas para mitigar el agobiante calor, pero esto ha acabado por inundar de humo los vagones y tiznado los rostros de los cansados pasajeros.

Entre ellos, ensimismados en sus pensamientos, los jóvenes advierten una lucecita parpadeante que avisa: el final del viaje está cerca y esto conlleva que hay que tomar decisiones determinantes que los separará. Esto tenía que llegar. La vida no se aparta ni un ápice de la trayectoria que ha trazado, pero deja que cada cual marche por donde mejor le parezca. Luego las cosas pasan sin enterarnos cómo, pero pasan porque tienen que pasar.

Se empezaban a adormecer debido al calorcito y el traqueteo de los raíles, cuando alguien anunció:

—Estamos llegando a la estación de Olula.

Otra voz, salida de algún lugar del vagón, precisó:

—También es estación de Fines, compañero.

Roberto recuerda que por la mañana tiene que llamar a Madrid. Ha llegado el momento de dar sentido a su vida. De esa llamada van a depender muchas cosas.

A su lado, la mente de Pedro también trabaja a destajo, tiene que hablar con su madre, después Dios dirá; pero la imagen de Carmen martillea su cabeza sin dejarlo descansar. ¿Qué haría, ella, ahora?

Bien ajena a lo que Pedro pensaba, Carmen hacía tiempo que atendía mecánicamente a los animales y quehaceres de la casa con la mente puesta en él, preguntándose qué pintaba ella allí. Le dieron ganas de salir del corral y refrescarse a fondo con el agua del pozo, lo necesitaba. El agua estaba quieta, las gallinas también. La tarde olía a campo y el olor transcendía, aspiró el aroma del ocaso y pareció sentirse mejor, por lo que continuó su tarea: cerca de la cabra, se descalzó, y sus pies enfundados en gruesas medias negras sintieron el calor del estiércol y la vaharada cálida del animal cuando acarició el pezón oscuro de la chiva dispuesta a proporcionar la ración diaria de leche. A Carmen se le resbaló el pañuelo de la cabeza. Con las dos manos se alisó el pelo y volvió el lienzo a su sitio. Esta era su vida, pensó con los párpados anegados de llanto.

Cuando, liberada de los quehaceres, de noche, vaga por su habitación recordando aquellas intensas miradas que hablaban de vida y de futuro, sus ojos se llenan de lágrimas al pensar que podría haber sido feliz. La vida, que tan cruelmente la había tratado, le había concedido, por un momento, la culminación de todos sus deseos. Pensando en ello sonrió y lloró a la par. Mil recuerdos, profundamente enterrados, casi convenientemente olvidados, volvieron a la superficie, y recordó que, siendo más joven, su ilusión era salir de allí en compañía del hombre amado e irse a vivir lejos. Aquel había sido un sentimiento maravilloso, un latido cálido que, durante años, había mantenido abierta la esperanza, hasta que el viento lo mitigó, dejando solo un ascua incierta, un romanticismo cómodo, hecho de rebeldía y rabia incumplidas que ahora se mostraban. Culpable de ello era aquella imagen que abrasaba. Estampa de un hombre que ahora queda lejos y, casi con seguridad, no volverá a verlo.

El sonido de los raíles al tiempo que el tren aminoraba su velocidad y el movimiento en el vagón de algunos pasajeros cogiendo sus pertenencias les hicieron comprender que llegaban. Efectivamente, minutos después el convoy detenía su marcha en una estación muy similar a las anteriores, con pocas edificaciones a su alrededor. Roberto y Pedro se dispusieron a bajar, comproban-

do que abuelo y nieto también se aprestaban a hacerlo; una vez en tierra, ven cómo un grupo de chavales, que por las toallas que portan vienen del vecino río, vitorean al tren en su llegada. Son niños callejeros dispuestos a comerse todas las emociones que el tren les hace imaginar.

Las personas que han descendido van desapareciendo, el convoy, tras un sonoro pitido, inicia su marcha a la que acompañan los gritos de la chavalería que no paran de chillar. Los dos jóvenes, desorientados, miran a su alrededor, frente a ellos, en una pequeña altura, un cobertizo con piezas y restos de mármol les hace comprender que están ante un taller artesano, pero comprueban que el pueblo queda aún retirado. Ambos amigos se aprestan a caminar hasta él, buscarían donde dormir y, a la mañana siguiente, algún medio que les trasladara a Macael, punto final del viaje.

Andaban en silencio cuando el trote de una tartana y el posterior sonido de un ¡Soooo! sonoro les hizo mirar hacia atrás, desde el carruaje el anciano informador les hacía señas para que se acercasen, al tiempo que les decía:

—Suban ustedes, los llevare hasta el pueblo, voy allí. No sabía que venían a visitarnos. —Esto último lo dijo el hombre con una sonrisa socarrona.

Ya más en serio procedió a presentarse.

—Me llamo Antonio Valera y tengo un pequeño negocio en el pueblo.

Los dos amigos, una vez acomodados, se aprestaron a presentarse. Fue Roberto quien tomó la iniciativa.

—Mi amigo se llama Pedro Almansa y yo Roberto Mayo, para servirle. Somos de Madrid.

—¿De Madrid? —repitió, extrañado el anciano—. Y a ustedes, ¿qué se les ha perdido por aquí? Y perdonen la pregunta.

Los viajeros se echaron a reír al comprobar que, como en todos los lugares, la gente se extrañaba de que alguien de la capital anduviese por allí. Estaban comprobando que aquello no era una cosa normal.

Ahora fue Pedro el que tomó la palabra.

—Perderse no se nos ha perdido nada, sabemos que sorprende, pero hace un tiempo decidimos recorrer la provincia sin un destino predeterminado y aquí estamos, con la curiosidad de conocer cómo se produce la extracción del mármol y su historia. Ahora, y abusando de su amabilidad, díganos si conoce algún lugar donde podamos dormir, necesitamos hacerlo para mañana tratar de llegar a Macael.

—Conocerlo claro que lo conozco, los voy a llevar hasta él. Remedios se va alegrar. Es una buena y limpia mujer. Además, lo necesita.

La tarde se va debilitando, con el sol buscando el declinar del paisaje. Voces de niños como fondo musical llenan de vida el momento cuando el carruaje entra en las calles del pueblo. La villa, se nota, ha recuperado el ritmo de antes de la siesta con sus gentes y regresado a la normalidad. Al paso del carruaje el señor Antonio va saludando al vecindario. Ante un grupo que forma un círculo en el centro de la confluencia de unas calles, el nieto dice:

—Abuelo, los titiriteros están en las cuatro esquinas, para.

Los muchachos, aunque conocen el espectáculo, no dejan de asombrarse al contemplar una perspectiva más de un mundo desconocido, que les sigue sorprendiendo. Vinieron a Almería sin un deseo ni lugar concreto, solo querían viajar, conocer sus costumbres, sus paisajes, y esta se les estaba mostrando como una interesante y gran aventura. Posteriormente, Pedro se había sentido atraído, a la vista de algunos mármoles, por Macael. Y ahí estaban. Ahora, como una estampa más del repertorio que esta provincia tiene, añaden al dosier el espectáculo pintoresco de aquel gitano, en el centro de un círculo de mirones, redoblando un tambor, a cuyos acordes una gitanilla intenta que una cabra atada a una cuerda suba por una pequeña escalera situada en el centro del círculo. El gitano, individuo menudo, de aspecto frágil y cara de conejo, tiene a su lado un niño, aproximadamente, de cuatro años, escuchimizado y legañoso, con pelambrera encrespada y descalzo, que se mete el dedo en la nariz. La chiquilla, entregada al ritmo de la música, mueve su cuerpo con gracia. La cabra vacila ante la pequeña escalera, pero al final sube. La concurrencia aplaude y algunos lo premian con alguna moneda. La 'artista' se luce con orgullo y, como una actriz a la que cuesta mucho salir del personaje al acabar la función, se va del lugar de trabajo con la mirada borrosa. Un observador se daría cuenta de que, aunque bonita, su cara está demacrada. Sus facciones son dulces y delicadas, pero los ojos oscuros, ausentes, reflejan una profunda tristeza. Camina erguida, pero tiene el aspecto abatido de quien es maltratada por la vida.

Los dos amigos han captado su derrota y lo comentan. Antonio Valera, junto a ellos, les aclara.

—No se equivoquen, los gitanos son etnia independiente y orgullosa, viven ajenos a todo lo que no sean sus costumbres y sus leyes. Son felices a su manera y a su modo errático de vida. La forma de procurarse el sustento es la

que produce su ingenio. Y, aunque nosotros no comprendamos su forma de vivir, a ellos les va bien así. Son errantes, no se quieren afincar. Es importante señalar que también estos, como los primeros grupos de gitanos llegados a la Europa occidental, fantasean acerca de sus orígenes, atribuyéndose una procedencia misteriosa y legendaria. Es parte de su estrategia de protección frente a una población ante la que son minoría, y, también, como puesta en escena de sus espectáculos y actividades. Es más, una antigua leyenda balcánica, que intentan acrecentar, los hace ladrones de los clavos de Cristo, motivo por el cual habrían sido condenados a errar por el mundo. Para ser justo les diré que no hay ninguna prueba de la veracidad de este dato.

La casa ante la que habían parado, aunque modesta, aparentaba buen aspecto con aquellas tres ventanas cuajadas de macetas. Antonio Valera debía tener confianza, pues entró sin llamar. La mujer que, de espalda a la puerta, fregaba los primeros peldaños de una escalera que conducía a la planta superior, al sentirlos, se asustó, aunque la alarma se disipó de su cara al comprobar la identidad de uno de los llegados.

—Hola, hermano —saludó al anciano.

—Hola, Remedios, estos señores necesitan habitación para dormir. Vienen de Madrid. ¿Pueden?

—Ya lo creo, Antonio, enseguía se la preparo. ¿Y el niño?

—Se ha quedado en el carro, está cansado. Mañana lo ves. —Y dirigiéndose a los forasteros—: Por la mañana los veo, tendré que ir a Macael, si quieren los podré llevar y en el camino hablar un poco de lo que les interesa. Buenas noches.

El señor Antonio desapareció y su hermana se apresuró a decir a los huéspedes:

—Siéntense, pónganse cómodos qu'en un santiamén les preparo la habitación. Ya verán como no tardo.

Los muchachos se sentaron alrededor de una mesa camilla y se dispusieron a esperar. La habitación era un calco de otras que ya habían visto, esta tenía dos salvedades: una claraboya en el techo con algunos cristales rotos por la que todavía una apagada claridad se difundía por el hueco de la escalera; esa luz y la de la humilde bombilla aunaban esfuerzos para iluminar la estancia en la que una cómoda rematada por una balda de mármol blanco, bellamente trabajada, segunda salvedad, marcaban las diferencias.

Como había anticipado Remedios, pocos minutos después estaba ante ellos diciéndoles:

—Ya tien la habitación dispuesta. Si se quieren lavá, en el patio hay un pilón que les pue serví. Les daré una toalla. ¡Ah!, si quieren les pueo prepará algo de comé: huevos fritos, patatas y algún tomate en ensalá.

Los aventureros aceptan y proceden a asearse para después subir a la habitación. La dueña de la casa ha dispuesto dos cuartos, uno frente al otro. Hay un tercero con la puerta entreabierta; al pasar, Roberto ve que las paredes están cubiertas por estanterías con libros. Un armario abierto revela gran cantidad de papeles. Secretos de un antiguo ocupante.

Después de comprobar complacidos el lugar donde van a dormir, se disponen a cenar. La comida les sabe a gloria. Mientras comen, Remedios, mujer de pueblo donde no son muchos los forasteros que llegan y menos de la capital de España, deseosa de saber, pregunta:

—¿Son de Madrid, de verdá?

Ante la respuesta afirmativa de los comensales, la dueña de la casa vuelve a la carga exclamando:

—¡Madrecita mía! Con lo lejos que tie qu'está. Y…, no me lo tomen a mal, se pue sabé a qu'han venío, porque aquí, que yo sepa, no hay na.

—Se equivoca, señora —responde Pedro—, hay mármol, y yo quiero conocer su historia. Cómo lo sacan, cómo lo trabajan…

—¡Huy! —irrumpe otra vez la mujer—. Pa eso, mi Antonio es el que más sabe. Mire usté, ya de pequeño era un artista. Toa la vida lleva en esto. Mi padre y anteriormente mi abuelo trabajaron el mármol en un pequeño taller qu'había. Mi hermano, como ellos, lleva el mármol en las venas, ya antes de los doce años hacía sus cositas, a los catorce cincelaba pilas y un año después ya s'atrevía a escuadrá bloques en la cantera. Él, na más qu'él, les pue explicar to. Mañana se lo icen.

Los dos hombres perciben el afán de agradar de la propietaria por lo que, ahora, Roberto comenta:

—Se nota que tiene que estar cerca el río porque hemos visto a un grupo de chaveas que venían de bañarse. Aunque no sé cómo lo harán porque, por lo que hemos visto, trae poca agua.

—El Almanzora ta qui mesmo y pa bañarse los niños hacen pozas —aclara la señora—. Pero ahí donde lo ven, tan poquita cosa, es un río malo qu'ha

hecho mucho daño. De cuando en cuando hay que temerlo y anque paece riachuelo, cuando despierta es terrible en tos sus extremos. Yo no lo recuerdo porque debía ser mu niña por entonces, pero, según oí decí a mis padres, en septiembre de 1888 las aguas alcansaron una altura esmesurá. Aquí en Olula cogió una anchura nunca conocía. Paece ser qu'es en esta cuando tomó el cauce qu'hoy tenemos. En su recorrío arrastró cincuenta y dos muertos, y su importancia fue tal qu'hasta aquí llegó de Madrid el ministro. Canalejas, creo se llamaba. Y pocos años antes, entre marzo y noviembre de 1884 ya s'habían contao otras cinco riás, algunas mu fuertes, como la del veinte de mayo y la del dos de septiembre, que fueron terribles. Durante to'l año el cauce del río estuvo alcansando las dos orillas. Eso decían mis padres.

La anfitriona hace un lapsus esperando algún comentario, pero los oyentes ya tienen referencias de cómo funciona esta chiquita, pero matona, vía fluvial, por lo que permanecen en silencio. Han terminado la cena y deciden irse a descansar, el día siguiente promete ser movidito.

En el silencio de la habitación, Roberto observa las espaciosas sombras que le rodean. La ventana deja ver una minúscula rodaja de luna creciente, incapaz aún de proyectar su luz por la estancia; y allí, sentado en el borde de la cama, con la mirada fija más allá del invisible horizonte, el joven rememora: le vuelve la imagen de aquellos días a su mente, como restos de un naufragio que las olas arrojan a la playa, y los recuerdos que se habían quedado atrás le dan, otra vez, alcance. Por enésima vez se sumió en sus oscuros pensamientos, aquellos de los que el resto del mundo, evidentemente, se encontraba excluido. Lo había decidido, a la mañana siguiente hablaría con su hermana, de lo que esta dijese de Adela dependía su felicidad. Esta reflexión lo hizo sonreír tristemente, era asombroso todo lo que se puede llegar a depender de una persona de la que en el fondo no se sabe nada. Era aquella una sensación angustiosa de dependencia y sujeción. Le ponía nervioso la imposibilidad de dar marcha atrás en el reloj del tiempo. Sopesando este pensamiento le llegó el sueño.

En la calle, en la negrura y serenidad de la noche oluleña, se escucha como un murmullo el trajín de la vida nocturna. En ese tráfico quedan suspendidos en el aire trozos de conversación de vecinos, tan cerca sentados unos de otros que apenas podían cambiar sus sillas de postura.

Desde que entró en el dormitorio, Pedro permanecía junto a la ventana, indiferente al sueño, con la mirada en el cuadrilátero azul del cielo en el que se perdían, desorientados, sus tristes pensamientos. Hacía doce días que había

salido de Rodalquilar con el propósito de, pasado un par de semanas, tener claro qué quería, pero no era así. La cuestión era que el viaje había llegado a su fin. Tenía que decidir qué haría y hacia dónde ir. Se recostó en el quicio de la ventana y aspiró el aire de la noche. Con los ojos entrecerrados piensa en Carmen y, sin darse cuenta, los recuerdos idealizados se le desbordan, y los ancestrales apetitos de la especie, que ignoran, cuando se desatan, los frenos de la moralidad y la conveniencia, reaniman en él ciertas particularidades fisiológicas hacía tiempo dormidas. Intenta luchar contra ello, pero no puede, su sangre no se lo permite. Camina por el dormitorio intentando calmar el ansia. Evoca su casa, allá en Getafe y eso parece tranquilizarlo, pero decide que tiene que volver a Rodalquilar, a verla. Luego el destino decidirá.

«De todos modos, el tiempo siempre acaba decidiendo», solía decir Roberto.

Fuma para terminar de tranquilizarse. En el silencio del dormitorio un tictac de reloj, en principio apenas audible, le fue pareciendo ruido ensordecedor. Volvió a la cama con pocas esperanzas de encontrar allí el descanso, pero de inmediato, sin advertirlo, quedó dormido.

El tiempo no decidió gran cosa aquella noche. Fue como tantas otras cargadas de silencios y rutina, de recuerdos velados y ansias vividas.

Pedro abrió los ojos. En la madrugada, el silencio invade caminos que rompen el canto de los grillos. En la altura, las estrellas se desvanecen, y una leve claridad comienza a iluminar un sin fin de caminos, cortijos y aljibes abandonados, donde sus piedras esconden, además de paisajes llenos de tomillo, salpicados de almendros y olivos, historias pasadas de vecinos que nacieron y vivieron amando esta tierra árida y silenciosa.

El gallo ha vuelto a cantar y la madrugada apunta por la ventana.

—Apuesto a que está amaneciendo —se dijo—, ya pasan carros.

Fuera se oía el chirrido de los ejes, las pisadas de las mulas y los restallidos de trallas enfurecidas, acompañados de blasfemias de carreros que salían antes que la luz del día.

Él también se levantó antes del alba, deseoso de disfrutar del amanecer de un nuevo día, y se extasió con el olor a limpio que llegaba del campo. El trino de cientos de aves saludaba la nueva jornada y volvió a quedar impresionado con la limpidez de un cielo por el que tan solo se paseaba una nube vagabunda que parecía deambular. No había dormido bien, por lo que constató que lo inabarcable de la realidad imponía en la misma medida el asombro y el in-

somnio. Acodado en el alféizar de la ventana se dispuso a esperar, sabía que, no tardando mucho, Antonio se presentaría en la casa y emprenderían juntos una de las últimas jornadas de los forasteros en la comarca. Entonces pensó en Roberto, ¿qué haría? Lo notaba inquieto, y, aunque ninguno de los dos se había abierto para expresar sus inquietudes, era claro que algo le preocupaba y, o mucho se equivocaba, a su compañero, las causas de sus nerviosismos los provocaba una mujer.

Roberto se despertó cuando ya la opacidad del firmamento había declinado y dado paso a las luces de la mañana. Medio dormido recordó que los vendrían a buscar y eso podría ocurrir en cualquier momento. Mientras se vestía oteó la calle: por las ventanas bajas de las casas salían ronquidos, murmullos agitados y toses; a veces los intersticios de las persianas ofrecían impresiones fugaces, dejando ver un arcón o una habitación en penumbra poblada de siluetas.

A la puerta de una taberna, mientras los muleros tonificaban sus cuerpos con sendas copas de orujo y aguardiente seco, enganchados a los carros, los caballos comían pacientemente con el hocico sumergido en el morral. En las copas de los árboles piaban los pájaros; zumbaban, ya, moscas, avispas y abejorros. En la naturaleza el día comenzaba a estar pleno.

Eso debía pensar Antonio Valera, porque su voz se escuchó en la casa hablando con su hermana que, en la cocina, preparaba el desayuno para sus huéspedes. Estos arribaron a la vez y un «Buenos días» unió a los recién llegados a la tertulia familiar.

A los saludos de rigor siguió el desayuno. Remedios había dispuesto rebanadas de pan, aceite y una cabeza de ajos a los que acompañaba con tazas de humeante sucedáneo de café. Antonio Valera se sentó a desayunar con ellos, les había traído un cesto pequeño repleto de higos. Recién cogidos, dijo, de la higuera de su casa.

Ante el gesto sorprendido de los jóvenes arguyó:

—Es un obsequio, pruébenlos, a estos higos aquí les decimos del reino.

Desayunaron, la fruta estaba realmente deliciosa y los comensales la degustaron con apetito alabando el producto. Ante las loas, Antonio Valera dijo:

—No sé si sabrán ustedes que, desde siempre, esta fruta se ha asociado a la sensualidad y a la fecundidad. Los judíos creían que el fruto prohibido del Génesis era el higo, porque Adán y Eva cubrieron su desnudez con hojas de higuera, y no de parra. En la India, los Vedas lo denominan como «flor de

la mujer» o «flor del placer sexual». Y en las celebraciones dionisíacas de la Grecia clásica se comían higos, junto a otros manjares, para activar la libido masculina.

»La savia blanca que sale al cortar el fruto se ha relacionado con la leche materna y con el esperma, por lo que puede referirse tanto a la femineidad como a la masculinidad. Esta es la razón por la que en la tradición judeocristiana el higo representa el órgano genital femenino y en la árabe es el órgano masculino. Y es también la que origina, en algunos lugares de África, la creencia de que remedia la esterilidad y favorece la lactancia.

Los forasteros están, verdaderamente, perplejos de los conocimientos del anfitrión, pero el ágape matinal ha terminado. Antonio Valera ha puesto el final diciendo: «Ahora hay que trabajar, ¿vienen conmigo a Macael?». Tras la afirmación de los forasteros se puso en pie y exclamó: «¡En marcha!». Fuera, la mula enganchada a la tartana esperaba paciente.

El trío se despidió de la mujer y emprendió el camino. La conversación entre los tres hombres va siendo banal cuando el paso ligero de la mula cruza el río sin apenas caudal de agua. Es Roberto el que comenta.

—Ayer su hermana comentó lo peligroso que es el Almanzora, refiriéndonos los desastres que ocasionó en el siglo pasado.

Antonio Valera va pendiente de la conducción de la tartana, en el camino se cruzan con otros animales y a veces son necesarios los gritos de los carreros, no obstante gira la cara para contestar.

—No solo en el XIX, en el siglo XX también han sido frecuentes las inundaciones del río Almanzora. Entre ellas las más importantes fueron las de 1924. Este río es así, incontrolable. Los romanos llamaban a este río 'Flumen Superbum', río soberbio, y los árabes, 'Almansur', el victorioso. Por algo sería.

El carro, cruzado el río, toma una prolongada pendiente, a su derecha una singular altitud parecía observar vigilante la vida que acontecía en el entorno.

Pedro, curioso, observa:

—Qué monte más peculiar, parece un santuario.

El conductor, más tranquila la carretera, abandona las riendas sobre el pescante y volviéndose con cara sonriente responde:

—Es la Piedra Ver de Olula. Por los hallazgos arqueológicos, parece ser que los primeros pobladores la cogieron como base por ser lugar escarpado y de fácil defensa al estar sobre una roca. Aquí es considerada como un sím-

bolo de la localidad. Hay restos de una fortaleza y un aljibe medievales en el cerro; junto a estos restos, aparecen elementos que indicarían la presencia de un asentamiento de la Edad del Bronce.

»La historia de Olula es muy parecida a la de los pueblos del entorno: dominación morisca y reconquista. Sobre estos enfrentamientos les voy a dar un dato curioso que actualmente vemos en las películas americanas, donde los indios, para avisarse, se hacen señales de humo. Aquí los moriscos, también, usaron esas humaredas como señales para prevenirse.

—Aquí, ya entonces, ¿usaron ese ardid? —pregunta Pedro, extrañado.

—Efectivamente, cuando fueron expulsados, algunos de estos moriscos, que no querían abandonar sus casas o tierras, se transformaron en bandoleros sádicos y refinados y se refugiaron en la sierra. Encontraron en la rebelión la ocasión deseada para vengar todos los sufrimientos soportados. Agrupados en torno a dos jefecillos, uno llamado Gorri y otro Ramí, realizaron sus actos vandálicos por el valle del Almanzora y la vega de Almería. Estos rebeldes complicaron la vida a sus habitantes y participaron en acuchillamientos, quema de cristianos, incendio de los templos y robos continuos en los entornos de Purchena y Olula. Cuando interviene don Juan de Austria se intensifica el enfrentamiento, y es entonces cuando en el alto Almanzora los moriscos, desde los cerros, observaban el movimiento de las tropas sin presentar batalla, y con fuegos encendidos, utilizando el humo, avisaban a los vecinos de Purchena, Olula, Tíjola y otros pueblos del Almanzora.

Mientras el animal va caminando los viajeros observan que el paisaje es duro y la flora no muy abundante. Perspicaz de la impresión que ello causa en los pasajeros, Antonio Valera explica:

—En otros tiempos, en estos campos había huertas donde se cultivaban frutales variados, olivos y parrales y algo de cereal. Un árbol, el moral, era el que más aportaba a la economía de los Filabres, por la gran dedicación de sus gentes a la cría del gusano de seda, obteniéndose buenos beneficios. En estos montes, también, hay animales y se practica la caza, pero los seres humanos no podrán existir si eliminan todo lo que les rodea. Ahora, quiero contarles algo más sobre el pueblo de Olula. Se trata de una tradición pirotécnica en honor a sus patrones.

Como una gran referencia de nuestra idiosincrasia les diré que en el pueblo hay una tradición centenaria en honor a sus patrones san Ildefonso y san Se-

bastián, que hace que, las vísperas del 20 y 23 de enero, en Olula se dediquen, con todos los medios a su alcance, a tapar las fachadas de las casas, ya que el 19 y el 22, a partir de las diez de la noche, se inicia la gran fiesta del fuego, donde vecinos protegidos y tapados sus cuerpos se dedican, en un recorrido, principalmente por el casco antiguo de la localidad, a lanzar miles de carretillas creando un aspecto fantasmagórico de pólvora y fuego.

—¿Carretillas? ¿Qué son las carretillas? —interrumpe, curioso, Roberto.

Son simplemente petardos, eso es lo que en esa noche se explota. Previamente se encienden lumbres en puntos estratégicos del circuito donde jóvenes y menos jóvenes, cubiertos de pies a cabeza, esperan impacientes para lanzar esos millares de carretillas, celebrando lo que ellos llaman la Noche de las Carretillas.

A las diez de la noche, el tañido de las campanas de la iglesia parroquial y la tirada de cohetes marca el inicio de la festividad y la salida de los carretilleros; una noche en la que la imagen de san Ildefonso, conocido popularmente como san Alicuqui, recorrerá las calles del casco antiguo de la localidad, portado por todo el pueblo por los jóvenes entre vítores y el lanzamiento de miles de docenas de carretillas. Estas carretillas —en su origen, de caña liada con cuerda, y hoy, de cartón para mayor seguridad— son el elemento central del desarrollo de esta celebración. Su elaboración fomenta el encuentro de amigos, que, agrupados, preparan un elevado número para ser quemadas esa noche. Una noche en la que la localidad se transforma, sumiendo a sus participantes, los vecinos desde sus casas previamente protegidas y los carretilleros en las calles, en una nueva realidad en la que los únicos protagonistas son el ruido, la luz y el color.

La noche suele ser larga, en torno a las lumbres grupos de vecinos se reúnen celebrando el día del patrón, mientras degustan embutidos y carnes de matanza, beben vino del país y los carretilleros tiran sus carretillas que suelen proteger en talines —cajas de madera de fabricación artesanal—, que sirven para resguardarlas del fuego. El olor a pólvora que inunda el ambiente, el ruido, el color y el dibujo que describen las carretillas en su recorrido dan a Olula una imagen deslumbrante, mágica, lúdica y extraordinariamente festiva, constituyendo una puesta en escena difícilmente imaginable para aquel que no haya visitado esta localidad por san Ildefonso y san Sebastián. Un evento de similares proporciones se celebra en Cantoria en honor de san Antón y san Cayetano el dieciséis de enero.

Esta tradición de encender hogueras y arrojar carretillas por las calles del pueblo la trajeron los habitantes que, una vez expulsados los moriscos, repoblaron Olula, ya que estos nuevos pobladores procedían principalmente del levante, sobre todo de las regiones de Valencia y Murcia. Por lo tanto, podríamos fechar esta tradición aproximadamente sobre el año 1600. Y el mantenimiento de esta tradición seguramente es debido a que el fuego ha constituido una de las múltiples formas que se han utilizado, a través de los tiempos, para ahuyentar espíritus, combatir plagas, o paliar los efectos nocivos que sobre las cosechas y personas provocaban seres maléficos.

—¡Esto es la leche! Sí que es una forma peculiar de festejar a un santo —vuelve a interrumpir Roberto—. Por la mañana estarán destrozados.

En muy buenas condiciones no están, pero no importa, esa mañana, como ya les he dicho, se transforma la impronta del municipio. Salen en procesión los santos y esa salida viene marcada por la tradicional tirada de roscos y roscones de pan desde balcones, ventanas y terrazas que la multitud que los acompaña trata de coger en el aire. El acto de arrojar pan se cree esté vinculado con el agradecimiento de la comunidad a los santos patronos por las buenas cosechas obtenidas o puede hacer alusión a la costumbre que las clases sociales adineradas tenían de arrojar roscos al pueblo llano para que pudieran comer en tan señaladas fechas.

Durante las jornadas mencionadas se repiten los festejos para homenajear por igual a san Sebastián y san Ildefonso. Cuando estos finalizan, los vecinos ya piensan en el número de carretillas que prepararán para el próximo año, una manera de cumplir con los patrones e iniciar de nuevo el ciclo marcado en torno al veinte de enero.

Los forasteros han escuchado estupefactos la narración de los festejos, pensando en el más difícil todavía con que les sorprendía, una vez más, Almería.

Impactado por el relato, Pedro solo acierta a exclamar:

—¡Vivirlo tiene que ser la hostia!

—Sí, sí que lo es. Se lo digo yo, que he vivido muchas de ellas.

—En esas vivencias, habrá pasado de todo, ¿no? —vuelve a decir Pedro.

—De todo —remacha el narrador—. Como muestra les voy a contar lo que pasó una vez.

Fue en el primer tercio de siglo y el hecho es ya leyenda. La imagen de san Ildefonso, que se guardaba en una peana situada a la derecha del altar mayor de la iglesia de Olula, se encontraba en muy mal estado y llena de rasguños. Los vecinos se quejaban de las perrerías que le hacían pasar al santo durante la procesión. Para el desfile de las carretillas, vísperas de san Sebastián y san Ildefonso, la imagen era secuestrada de la Iglesia por los jóvenes, que la colocaban en unas pequeñas andas y era portada por cuatro de ellos. Los costaleros llegaban a la primera hoguera y la saltaban. En esa primera fogata estos hombres descansaban y se sumaban a la fiesta, bebían vino e incluso le colgaban al santo botas con licor. Con ese plan de actuación recorrían las hogueras del camino. Y lo que ocurrió en 1920 fue que cuando los jóvenes llegaron a la hoguera de la cuesta del Tío Tobías, como de costumbre dejaron la imagen de san Ildefonso en el suelo para esperar a que las llamas permitieran saltar la hoguera sin riesgo para los que sujetaban las andas. Mientras los portadores se dedicaban a beber y a bailar tanto, que ya se les veía andar 'haciendo eses' por la borrachera que tenían, la hoguera se fue apagando; entonces los santeros agarraron las andas y tomando carrera cruzaron el mortecino fuego con un vertiginoso salto para evitar quemaduras.

Efectuado el salto siguieron con la procesión, hasta que algunos vecinos se percataron, con gran alboroto, de que el santo había desaparecido. Unánimemente dedujeron que debía de haber caído en la hoguera. El grupo volvió allí e intentaron, con palos, rebuscar en las ascuas, pero allí no estaba la talla. «¡Milagro! ¡Milagro!», la gente pensó que el santo había desaparecido de manera sobrenatural para liberarse de las irreverencias.

Tras lo acontecido, los autores del suceso se dirigieron a la parroquia para dejar las andas. Tuvieron mucho cuidado de no despertar al cura, evitando así los más que merecidos reproches. Al día siguiente, el santo apareció en el terrao de la casa de al lado. Nadie se explicaba qué pudo pasar. La imaginativa conclusión que se sacó es que debió de saltar. Se aceptó y todos lo vieron como una lección del santo para que no lo maltrataran. La fe es así.

Mientras el narrador hablaba los muchachos habían observado que la flora del paisaje se mostraba parca. Pedro, más conocedor del campo, había identificado matas de romero, tomillo, ruda, albaidas, bojas, esparto, chumberas y sobre todo adelfas. La arboleda tampoco era mucha; los árboles se reducían a higueras, almendros y olivar.

Un relincho de la mula, pareciendo anunciar algo, puso punto final a la fábula. Las manos del señor Antonio, al coger de nuevo las riendas y su voz

diciendo «Ya llegamos, Cantora, ya llegamos», hicieron entender a los forasteros que el viaje llegaba a su fin.

Ciertamente así era, porque algunas casillas empezaron a verse con el pueblo al fondo. Macael estaba ubicado en la falda de la montaña y sus calles, con casas bajas de cubiertas planas donde predominaban los techos de launa y pizarra, eran empinadas.

Antonio Valera tomó de nuevo la palabra.

—Ahí tienen a Macael, como ven, situado en una ladera. Ladera norte de la sierra de Los Filabres, entre el arroyo del Marchal y el río Laroya. En la confluencia de sus aguas nace el río que tiene nombre del pueblo: Macael. Aunque como pueblo no tiene mucho que ver, eso lo van a comprobar ustedes, sus habitantes son laboriosos y emprendedores. Los canteros se ayudan económicamente trabajando en su 'bancalillo' y algunos, canteros y peones, se marchan en verano a 'Las Andalucías' para trabajar en la siega. Otros, a Barcelona, y los más decididos, a hacer las Américas, que algunos hay. —Y cambiando de tono, el anciano continuó—: Yo, como les había dicho vengo a hacer unos mandaos. Ahora les dejo en la plaza, hago mis gestiones en el ayuntamiento y dentro de una hora estaré listo, si quieren volver conmigo estén aquí, si no están entenderé que han encontrado algo interesante donde pasar el tiempo. Hasta luego.

Dicho esto, Antonio Valera encaminó sus pasos hacia la casa consistorial. Los dos amigos lo vieron alejarse y después de mirar el entorno, que no hacía esperar sorpresas, decidieron caminar para intentar localizar algo interesante. El comentario del hombre les había dejado fríos.

Durante media hora vagaron por estrechas y empinadas calles, siempre bajo la mirada curiosa de los hombres y mujeres del pueblo, sorprendidos de la presencia de dos forasteros, sin encontrar nada que atrajese su atención, solamente la iglesia merecía dedicarle unos minutos. El templo parroquial situado en una mediana plaza cuadrangular, frente al ayuntamiento, erguía su torre-campanario, como si de un centinela se tratara, entre aquellas pequeñas edificaciones. Se notaba su antigüedad. De la observación del edificio les sacó la voz del anfitrión para decirles.

—Es la parroquia de Nuestra Señora del Rosario. Una gran inundación sufrida en 1879 la dejó destrozada en su interior y muy devastada también en el exterior. Las obras de restauración se concluyeron el 12 de mayo de 1882. —El hombre da por concluida la explicación y se toma un respiro antes de dirigir

la pregunta a los jóvenes—: Y ahora, señores, ¿qué van a hacer? Yo me voy a Olula. Ustedes dirán.

Es Pedro quien, cariacontecido, le responde.

—Nosotros también nos vamos, yo esperaba otra cosa, no sé... ver el mármol, una cantera, cómo lo trabajan. En fin, alguien que me explicara…

Antonio Valera se echó a reír al tiempo que dijo.

—¡Ah!, no se preocupe. Yo me encargaré de satisfacer su curiosidad.

Dicho lo cual, tomaron el camino hacia la tartana, a la cual se subieron emprendiendo el retorno. Por las calles del pueblo, Cantora intenta, con su rabo, sacudirse el enjambre de moscas que la rodean; en ese impase, los forasteros se sorprenden de ver a dos vecinos con instrumentos musicales. La pregunta sale limpia de la boca de Roberto.

—¿Macael tiene banda de música?

—Sí —responde el anciano—, tiene banda y además es buena.

—¿Es nueva o es antigua? —insiste Roberto.

—Se tiene conocimiento de que ya existía una banda de música antes de comenzar el siglo, teniendo fotografías de distintas formaciones desde el año 1910. Hasta hace unos años la banda venía manteniendo un nivel medio, pero a partir de que se hizo cargo Juan Romera tomó un impulso que la ha hecho acreedora de merecida fama en toda la comarca. Todo lo contrario que en Olula, donde se piensa que antes de la guerra hubo algunos movimientos musicales en la localidad, pero de ello no existe documentación contrastada. Hace unos años se ha creado una agrupación musical, con jóvenes y menos jóvenes, con más ilusión que conocimientos, bajo la 'batuta' de José Moreno Trujillo, alias 'el Gitano', único que verdaderamente conocía la materia. Esta agrupación cumple de alguna manera con la función de banda de música del pueblo, amenizando las festividades y funciones propias de la misma, pero falta presupuesto adecuado, por lo que no sé cómo acabará.

Ahora en la carretera se veía algún carro cargado o carreta, tirado por una ristra de tres o cuatro mulas con sus carreros a pie que avanzaban lentamente al paso de los animales. También alguno tirado por bueyes.

—¡Caramba, bueyes! —exclama Roberto ante la vista de los animales—. No habíamos visto ninguno por Almería.

El razonamiento le llega del señor Antonio, que aprovecha para ampliar sus comentarios con algunos detalles sobre la explotación del mármol.

En esta zona los bueyes son necesarios por su fortaleza. Mover los bloques de mármol no es fácil. En las canteras han sido imprescindibles, prácticamente, desde siempre. Se sabe con certeza que en el último tercio del pasado siglo se inició, en esta zona, el transporte del mármol en carros de bueyes; la mayoría de los carreteros procedían de Cuevas del Almanzora y de Lorca. Este sistema de transporte es el que aún se viene utilizando. Hay lugares en los que por la inclinación del terreno se ponen dos parejas de estos animales, dos adelante y dos atrás. Los traseros van unidos por una soga al carro, si este se deja ir más de la cuenta, estos harán de freno. De las pedreras es difícil sacar el material, y en algunas más que difícil, dificilísimo, por eso hay que desarrollar el ingenio para traer el mármol hasta aquí.

La frase la acompañó con un movimiento de la mano señalando unos barracones en los que unos hombres trabajaban sobre trozos de mármol.

Los bloques de piedra que se transportan se extraen de las canteras de forma manual con cuñas de madera, cabestros, cuerdas, picos y palas. Después, aquí, hay un duro trabajo de los canteros, entre mazos y punteros, pradinas y cinceles con los que zoblan —cortan— a mano el mármol que más tarde hay que dar forma. Esos son los artesanos, que en esta zona abundan. La comarca tiene tradición de tener el mejor mármol y los mejores artífices. Sepan ustedes que el mármol de la comarca se ha utilizado en monumentos tan destacados como la Alhambra de Granada, La Mezquita de Córdoba o el Monasterio de El Escorial.

Pedro que no pierde ni una sílaba de la disertación del hombre pregunta.

—¿Desde cuándo se explotan las canteras?

Aunque se habla del Neolítico y el Calcolítico, fueron los romanos los que empezaron a explotar las canteras a mayor escala, muestras destacadas de la época son las columnas y estructuras del teatro romano de Mérida y las columnas y mosaicos en Itálica. Algunos entendidos señalan que se utilizaba, ya, desde la época fenicia, utilizándose para construir sarcófagos, como se pudo comprobar en una tumba fenicia elaborada con mármol de Macael, pero es en la época musulmana cuando se produce una mayor continuidad en la extracción.

Los árabes impulsaron la explotación del mármol de forma permanente desde el siglo X al XV, empleaban el mármol como motivo de ornamentación en sus construcciones civiles y religiosas. Ya, durante el reinado de Almotacín, se extra-

jo mármol para la Alcazaba de Almería y los jardines de la ciudad. Más tarde se utilizarán estos mármoles en la Alhambra de Granada y Jardines del Generalife. Como aún se puede observar, también, en la Mezquita de Córdoba y en el Palacio de Medina Azahara. En la construcción de Medina Azahara, el mármol de Macael se usó especialmente en suelos, baños y capiteles. En la Alhambra de Granada, el mármol blanco se usó en las ciento veinticuatro columnas del patio de los Leones, también en sus suelos, escalones, tazas y pilares para fuentes.

Con la repoblación cristiana de Macael, resurgió la actividad del sector del mármol. El Libro de Apeo de Macael (1573) deja constancia de que los pobladores de entonces venían aprovechando el mármol de la sierra sin restricciones.

Como observarán, por lo escuchado, la historia de la comarca está ligada a la de su principal riqueza: el mármol blanco. Las canteras, llamadas desde muy antiguo 'de los Filabres', estaban ubicadas, según el mencionado Libro de Apeo y Doblamiento de la Villa de Macael, en el pago de Azlar, a media legua de distancia del pueblo, afirmándose en dicho Libro «...que siempre han sido libres o comunes sin contradicción alguna»; es decir, que no eran de propiedad particular ni de ningún señorío. Se considera que aquí se encuentra la base del derecho tradicional de los habitantes de Macael a, como he dicho, explotar libremente el mármol sin restricciones.

Pedro interviene otra vez para hacer una observación.

—O sea que según entiendo los macaeleros tienen todo el derecho a sacar mármol del monte.

—Sí, pero no. Por un complejo y largo proceso, este derecho acabó siendo gestionado por el Ayuntamiento.

Ahora es Roberto el que interviene.

—Ocurrió como siempre, que el pez gordo se come al chico.

El narrador no responde al comentario y sigue con su exposición histórica.

En el primer tercio del siglo pasado hubo un intento de 'colonización' de las canteras y de su industria por empresarios catalanes. Estos instalaron la primera fábrica de mármol mediante fuerza hidráulica en la localidad de Fines en el año 1837. Pero no será hasta 1850 cuando se instalen las primeras fábricas o 'artes' de aserrado mecánico del mármol en el arroyo Marchal, aprovechando la fuerza hidráulica, y extendiéndose después a los arroyos Laroya, Macael y río Almanzora; pero se seguía abriendo las entrañas de la tierra, rompiendo la piel que

cubre el banco marmóreo, con el mazo y un puntero. Lo que supuso el despegue de la industria fue sin duda alguna la puesta en funcionamiento del ferrocarril del Almanzora. Este hecho ocurrió en el año 1895 y aquello fue el comienzo de una era: posibilitaba la distribución de la piedra al resto de España y a Europa. A partir de entonces no se dejó de crecer, no como nos hubiera gustado, pero crecíamos y ya en los años veinte el progreso fue evidente. En estos años se inauguró la carretera de Olula-Macael-Tahal. También se instaló la energía eléctrica, que modernizó fábricas y talleres.

Como si no hubiera más que hablar del tema, Antonio Valera calló y centró su atención en la conducción del carro. Estaban llegando a Olula y de vez en vez cruzaba saludos con vecinos que avistaba.

Pedro, viendo que había concluido, preguntó:

—De Macael, como pueblo, qué nos puede decir.

—Les contaré lo que sé de este lugar —respondió el hombre, dispuesto a seguir con sus explicaciones.

De esa villa les diré que sus orígenes, aunque se centran en el siglo X, no están muy claros; si bien sus mármoles se utilizaron desde antiguo, no se conocen datos de su comienzo hasta el siglo mencionado y el XI, en el periodo de al-Ándalus. Las primeras edificaciones se erigieron precisamente en el lugar en donde se encuentra actualmente el pueblo. Sus habitantes buscaron un valle abrigado, con fuentes de aguas abundantes próximas. El paraje inicial del pueblo estuvo a ambos lados del Barranco de la Currita,

Parece ser que los pobladores de la villa eran objeto de frecuentes saqueos, por lo que, ante la indefensión que padecían, decidieron trasladarse al nuevo lugar, situado en un montículo rocoso y de difícil acceso. Sus moradores lo denominaban Macael Alto o Macael Nuevo. El llamado ahora Macael Viejo, está más al sur, a unos dos kilómetros y medio del actual pueblo, en la confluencia del río Marchal y el arroyo el Baile. Todavía quedan restos de las murallas que tenía el poblado moro. Disponía de dos aljibes, uno en la parte alta y el otro en la baja. La mezquita y el cementerio estaban en la parte inferior, dando al lado del río Marchal. En el año 1505 el edificio de la mezquita fue destinado a iglesia, respetada durante la rebelión morisca.

La villa de Macael se rindió a los Reyes Católicos cuando éstos tomaron Baza en 1489. Los habitantes quedan por moriscos, conservando sus derechos y tradiciones, pasando a depender de la ciudad de Baza por la importancia de sus

canteras. En 1568 se produjo un levantamiento morisco capitaneado por Abén Humeya, en el que se vio inmersa la villa —el alguacil de Macael descendía de la aristocracia granadina—, siendo muchos los habitantes de este municipio los que se unieron a las tropas moriscas situadas en Purchena.

Antonio Valera volvió la cabeza en dirección a Pedro.

—¿Ha quedado satisfecha su curiosidad?

—Sí, el preguntar es porque creo este tema muy interesante.

—A mí me apasiona —apostilló el señor Antonio—. Si quieren, luego cuando coman y hagan la siesta, nos vemos y les enseño el taller.

Solo les dio tiempo a aceptar la invitación, la tartana había llegado al domicilio de Remedios, es la hora de comer.

Los viajeros comen con apetito las migas que la señora de la casa ha preparado. Al tiempo que las degustan, los dos amigos cambian impresiones de lo acontecido. En una de sus idas y venidas, Remedios se para ante ellos y, curiosa, pregunta.

—¿Qué les ha paecío Macael?

—Un pueblo normalito, como muchos otros —responde Pedro—. Este tiene de bueno, para él, que las canteras primeras estaban en su municipio.

—Sí, es verdá, en la Puntilla. Esa es la cantera más antigua —comenta la buena mujer, para seguidamente argumentar con orgullo pueril: —Pero Olula es más bonito que Macael.

A los dos jóvenes no les queda otra que sonreír al tiempo que dicen que se van a descansar.

Hace fresco en la casa, el calor agobiador del mediodía no se percibe. Tendido sobre la cama, Roberto piensa que el viaje ha llegado a su fin. Tendrá que hablar con Pedro. Él lo tiene decidido, hablará con la 'Peque', pero sea bueno o malo lo que escuche desea volver a Madrid, luego las circunstancias decidirán. Con la imagen de Madrid en la cabeza quedó dormido.

En el agitado sueño apareció su hermana diciéndole: «Las explicaciones son siempre enojosas y con frecuencia no se las cree nadie. Mírate al espejo y haz lo posible por no volver a huir, mantente firme, que nadie diga que llevas cagado el faldón de la camisa. ¡Atrévete, 'Tate'!».

Se movió inquieto en la cama y en el sueño se vio otra vez niño en la calle O´Donnell. A la puerta de la casa de fieras, los barquilleros y los vendedores

de molinillos de papel esperaban a chaveas caprichosos a quien en su casa dieran un real. También se veían soldados que acudían al amoroso amor de las niñeras y cocineras, algunas con el bocadillo para el famélico paisano.

Y en ese alocado girar de imágenes, que en la cabeza mueve la ruleta de los sueños, su mente le sitúa en la despejada ronda de Valencia y puerta de Toledo de su Madrid, donde churreras con cestas de mimbre, mandil y manguitos blancos, por los que asoma el manojo de juncos, ofrecen su mercancía a una pintoresca multitud de buhoneros y mirones que inunda las calles adyacentes a la Ribera de Curtidores, arteria principal del populoso Rastro. Era bueno pasear bajo las acacias, disfrutar de las mañanas, gastar bromas y piropear a las bonitas mujeres que caminaban solas o en grupo deseando disfrutar de una mañana en tan bullicioso lugar. Tenía el Rastro su principio en la castiza plazuela de Cascorro y que como si de un gran río se tratara descendía a la susodicha Ronda. En su trayecto, lo más opulento y lo más ínfimo: aparadores de caoba, bibliotecas ingentes, grandiosas lámparas de araña y retratos al óleo de familias tronadas, uniformes militares, condecoraciones heroicas, aperos de labranza de cortijos saqueados, trajes de comunión, recordatorios de boda, planchas, sillones de mimbre de algunas barberías, brochas usadas, navajas de afeitar, asentadores de filo de cuero, discos de pizarra, rejas y portones, somieres, orinales de loza, almanaques de la Unión Española de Explosivos, máquinas de manubrio para embutir chorizo, conmutadores de pera, cucharas descabaladas de cuberterías antiguas... Todo esto rodeado de una ingente masa de gente atraída por los gritos de vendedores y por las discordias. Estrujado por aquel gentío, en la Ribera de Curtidores, una alegría inmensa invadió su cuerpo cuando la vio, era Adela, pero... ¡no podía ser! Llevaba un bebé en brazos y se cogía cariñosamente al brazo de un hombre bien parecido que la besaba en el cuello. Un sudor frío cubrió su cuerpo.

Con el corazón desbocado despertó sobresaltado. Aliviado, comprobó que había sido un sueño, y que si el Rastro había sido el motivo de su sueño era debido a que aquella babel de desperdicios y tesoros la llevaba en su subconsciente por haberla disfrutado durante tantos años junto a su padre. Necesitaba un teléfono.

El verano parecía sentirse cómodo entre las ramas de los árboles. Pedro dormía de bruces sobre el colchón, tenía las piernas abiertas y la respiración fatigosa. A ratos abría un ojo neblinoso y giraba el cuerpo. Vivía el medio sueño de la siesta. Las cuatro era una hora mala. A las cuatro se despluma el gallo bajo las alas, quemado del piojillo, rabiado del calor. A las cuatro canta

la cigarra su cra, cra, que es como el crepitar de la hoguera del sol. Las cuatro es la hora en la que duerme el amo y duerme el perro una siesta profunda. Él la duerme a medias, no quiere soñar. A las personas normales les gusta soñar, esas personas viven dentro de una película continua que se proyecta en el interior de sus cabezas; de cuando en cuando han de interrumpir la proyección y tomar contacto con la realidad, pero luego vuelven apagar las luces y a sumergirse en la película que ellos mismos van escribiendo, dirigiendo y protagonizando.

Él no es así. Tampoco quiere serlo, no quiere ilusionarse, pero las próximas horas van a ser decisivas. No quiere equivocarse y eso lo tiene en tensión. Desde aquella noche ha intuido que algún día, sin precisar cuándo, llegaría ese momento y he aquí que, con septiembre en puertas, ese momento había llegado. Esta vez no habría dudas en su camino. Desvelado, decide levantarse, no escucha ruido, y, como necesita que pase el tiempo, otea por la ventana. Una puerta abierta atrae su mirada, la cortina de lienzo corrida para dejar entrada libre a luz del día deja ver quieto en un sillón, inmóvil, a un viejo, cuyos pies calienta un rayo de sol sobre el suelo de rojos ladrillos. Todo lleno de arrugas, parece muy viejo; tiene su cabeza cubierta por un sombrero grande que apenas cubre sus enormes orejas; entre sus manos, mantiene un grueso bastón de olivo. En la habitación hay una silla bajita y otra con el asiento hundido. El hombre mueve la cabeza de un lado para otro, seguramente deseando que los días no tuviesen ayer para que el pasado pudiera ser detenido y manipulado, que no fuese real y convertirlo de nuevo en una posibilidad de futuro.

La voz de Antonio Valera rompe el silencio de la casa.

—¡Arriba, familia! ¡Hay que producir!

Momentos después la casa está en movimiento y los jóvenes dispuestos para salir.

La palabra suena clara sobre el ruido que produce el caminar de la tartana.

—Tengo el taller ahí arriba, en dirección a Fines. Yo, ya, no trabajo, hay canteros que trabajan para mí. Mi hijo, que podía dirigir el taller, se fue a Argentina, harto de la situación que aquí se vive. No hay futuro. Se fue dándoles la razón a los que de Almería dicen que es la provincia de las tres cosechas: esparto, mocos y legañas. No hubo forma de hacerlo desistir. Ni apelando a que tenía un hijo, ni argumentando la familia. No hubo nada que hacer, lo tenía decidido. La mayor diferencia entre padres e hijos es que los padres pertenecemos a un mundo que los hijos no saben imaginar porque es el que existía

antes de que ellos nacieran. Tomando la frase de Miguel Ángel, digo como él: «La vida es como la escultura: cuestión de ver lo que los demás no pueden y de quitar lo que sobra a golpes de cincel».

»Dentro de pocos días cumpliré sesenta y tres años y, aunque tengo la satisfacción de que, aparentemente, no es así, ya me pesan. Esa edad te hace ver las cosas de una forma diferente. Los años te enseñan que nos desarrollamos en tres ciclos. En el primero ni por asomo piensas que envejecerás, pero el tiempo pasa y este nunca vuelve, porque desde que nacemos tenemos un punto de referencia, un punto final. Cosa que nunca piensas. Cuando eres joven, es impensable.

»Pasada esa época, en el segundo ciclo, los acontecimientos hacen que vayamos conociendo, desgraciadamente, lo que representamos en la sociedad. La zozobra que produce el hecho acompañará siempre. Y llega el tercer ciclo, el final de la existencia. Este es periodo de asimilación de la realidad. La congruencia se impone y aceptas los hechos con conformismo y espera. Este cúmulo de cosas tiene suma importancia; quedan grabadas en cada célula del cuerpo, en el núcleo de la personalidad y en la mente.

El hombre, entristecido, cambió el tema de la conversación.

—Ahora, cuando lleguemos, observarán que el trabajar el mármol es duro. Para que se hagan una idea, un ejemplo: sacar la maza de una bañera —vaciarla para hacer el cuenco— como las antiguas exige el esfuerzo de tres o cuatro hombres trabajando una semana.

—¡Qué bárbaro! —exclama Pedro.

—A pesar de lo dicho, no crean ustedes que el mármol solo necesita esfuerzo, necesita, principalmente, conocimiento. Les comento.

Antes de empezar a trabajar con la piedra hay que hacer una buena elección del bloque. Dicha elección debe realizarse en función del tipo de roca y de las necesidades de la obra a la que se va a destinar la pieza final. Es conveniente conocer las propiedades de la misma —dureza, resistencia a la compresión y a los ácidos, densidad, peso específico, tenacidad, etc.—. Además, debe realizarse una atenta observación de posibles grietas, manchas, impurezas o incluso pequeñas cavidades o defectos que posteriormente puedan perjudicar la obra. Los bloques que presenten alguno de esos defectos o tengan grandes diferencias en el tamaño de grano deberán ser rechazados. Para comprobar que la roca no tiene interna-

mente esas imperfecciones, se suele realizar una prueba acústica golpeando la piedra.

Una vez que se han extraído los bloques de la cantera, es necesario darles la forma adecuada para su posterior colocación en la obra. Es lo que se conoce como labra de la piedra. El desbaste inicial ha consistido en quitar la piedra sobrante o sobresaliente en el bloque hasta dejarla con una sobredimensión o margen con respecto a la pieza definitiva a tallar. En esta los puntos de referencia son imprescindibles.

Es Pedro, curioso, el que pregunta.

—Hasta aquí lo he entendido, pero ¿cómo se hace o se ha hecho con grandes monumentos que precisan de enormes bloques de material?

D. Antonio Valera prosigue ilustrando a sus invitados.

En esas épocas preindustriales, en especial entre los siglos XV y XVIII, los trabajos de extracción eran realizados por 'sacadores', personas con algunos conocimientos mecánicos de no muy difícil aprendizaje, en muchos casos labriegos que combinaban el trabajo agrícola con el canteril. Utilizaban herramientas sencillas como cuñas, mazas o palancas. Los 'desbastadores' —en algunos casos, los mismos sacadores— daban formas aproximadas a las piedras en la misma cantera antes de ser enviadas a las obras. Los canteros recibían el material de sacadores y desbastadores y trabajaban las piedras a pie de obra. Su labor se realizaba en base a cuadrillas en las que se daba una fuerte jerarquización.

—Habrá que tener un especial conocimiento de la piedra, porque no se podrá empezar a golpear sobre ella donde a uno le dé la gana —insiste Pedro.

El corte de piedra, corte en V o corte con cuñas es el método tradicional de partir grandes bloques de una manera relativamente sencilla, pero efectivamente hay que conocerla. Es importante seguir la 'ley de la piedra', es decir, la dirección del grano que presentan las rocas. En rocas sedimentarias la estratificación y la orientación de los granos minerales facilitan la operación. Si se sigue la orientación natural de los granos, la separación se podrá realizar utilizando un reducido número de cuñas. Sin embargo, si la hendidura se va a llevar a cabo de forma perpendicular a la estratificación, la operación se complica, ya que entonces será necesario realizar un corte en V en tres de los lados del bloque y con un número mayor de cuñas.

Y sobre la curiosidad de usted, Pedro. El movimiento de grandes bloques de piedra siempre ha estado rodeado de grandes misterios. En pleno siglo XX aún no llegamos a comprender cómo eran transportados y colocados grandes bloques de piedra como los de Stonehenge —emblemático monumento inglés—, los Moais de la isla de Pascua o los sillares de las pirámides de Egipto, por ejemplo.

La conversación, momentáneamente, no dio para más, habían llegado al taller. Este era un modesto recinto donde tres hombres, con grandes sombreros de paja, cincel y martillo en mano, trabajaban sobre tochos de piedra de mármol rodeados por doquier de trozos de ese mismo material. Dos bloques de considerable dimensión esperaban estáticos su turno. Fuera del cobertizo unas cajas de madera hacían pensar en trabajos terminados dispuesto para su entrega.

Ante la llegada de los visitantes, los canteros suspendieron su golpeo y saludaron con una inclinación de cabeza a los recién llegados. Uno de ellos se acercó a Antonio Valera hablándole en voz baja. Unos minutos después se unió a sus compañeros en el martilleo de la piedra.

Mientras hablaban, los visitantes pudieron contemplar a placer al anciano. Se le notaba la satisfacción de estar allí. Tenía el rostro dibujado de recuerdos y una mirada que podía tener diez o cien años. Su cabello era de color cenizo y la barba recortada acentuaba la fuerza y la dignidad del rostro en el que el gesto era breve y pausado. En su presencia, el tiempo parecía haberse detenido. Era parte de aquel lugar.

El anfitrión se unió a los forasteros, que ahora observaban con interés unos utensilios de trabajo.

—Como esas o parecidas a esas hay muchas —les indica, señalando los objetos que habían llamado la atención de los jóvenes—. Herramientas de cantería se pueden cuantificar por cientos, si bien hay unas cuantas básicas, como puntero, cincel, gradina y bujarda, con las que podríamos hacer gran parte del trabajo.

«Aquí no es raro dejarte los nudillos en un golpe fallido, a mí me ha pasado infinidad de veces, y, como están viendo, el trabajo es ingrato; la rudeza del trabajo está acompañada de las inclemencias del tiempo: mucho calor en verano y mucho frío en invierno.

El interés de Pedro es manifiesto, porque vuelve a insistir.

—¿En cuántos municipios se trabaja el mármol?

El sector del mármol se localiza entre la cara norte de la Sierra de los Filabres y la cuenca del río Almanzora, afectando básicamente, de forma directa o indirecta, a 14 municipios, estos son: Macael, Olula del Río, Fines, Cantoria, Líjar y Purchena, Albanchez, Albox, Arboleas, Chercos, Cóbdar, Laroya, Lubrín y Zurgena. En todos estos pueblos se extrae y se elabora el material. El sector del mármol en la comarca es en potencia un mercado de demanda sin explotar. Su futuro dependerá de las vías de comunicación y de cómo se gestione el producto. En ello va el futuro de estos pueblos y de sus gentes.

Ahora es Roberto el que rompe su mutismo.

—Geológicamente, ¿en qué se diferencia el mármol de otras piedras?

—Interesante pregunta, Roberto, se lo explico.

En geología, mármol es una roca metamórfica compacta formada a partir de rocas calizas. El componente básico del mármol es el carbonato cálcico, cuyo contenido supera el 90%; los demás componentes, considerados 'impurezas', son los que dan gran variedad de colores en los mármoles y definen sus características físicas. Los mármoles son, por tanto, rocas sedimentarias carbonatadas —principalmente calizas— que por un proceso de metamorfismo han alcanzado un alto grado de cristalización. Sin embargo, esta denominación se ha extendido a otras rocas semicristalinas, con o sin carbonato de calcio, que admiten el pulimento adquiriendo cierto brillo, como los 'mármoles' verdes, que consisten en serpentinas con un contenido nulo de carbonato cálcico, o los travertinos, que son rocas calizas sedimentarias y no metamórficas, y algún tipo de calizas. Al microscopio, el mármol no presenta orientación estructural, es muy compacto. Tiene mayor dureza, resistencia y durabilidad que las calizas.

—Estoy alucinado con lo que estoy conociendo —interviene, de nuevo, Pedro—. ¿Es este el mayor yacimiento de mármol de España?

—No lo sé —responde el anciano—. De mármol blanco, sí. Por esa razón, desde la antigüedad hasta nuestros días, multitud de grandes obras han mirado hacia nuestra comarca cuando han necesitado productos de piedra natural, dada la larga tradición y el conocimiento adquirido durante todo este tiempo. Esperemos que en algún momento eso se reanude. Nosotros no podemos hacer nada. Las cosas salen por donde quieren y pasan porque tienen que pasar, no hay quien las pare. Y como el mundo funciona así, la vida es una rutina. Un hombre va al trabajo cada mañana por los mismos lugares, la mujer limpia

y hace de comer siempre con los mismos ruidos, oliendo los mismos olores: sudor y aliento. Las inercias y las costumbres son casi lo mismo, no sabríamos distinguirlas y están rebosantes de amenazas que caen sobre quienes las rompen.

—Nos encomendaremos a Dios —dice, bromeando, Pedro.

—Para distraer su insomnio —asegura con seriedad Antonio Valera— no pida a Dios, ni aun a oscuras o casi a oscuras. No sea necio —perdone que se lo diga— ni se sienta importante, Dios sabe todo lo que acontece sin necesidad de que se lo comunique. Sabe lo que nos pasa mejor que usted y que yo, lo que ocurre es que se abstiene de intervenir en estas cuestiones que ni le salpican. Siempre he sostenido que el Señor no entra ni sale en lo que hacemos los hombres y las mujeres.

La reflexión deja a los muchachos cavilando.

Mientras hablaban, habían ido caminando alrededor de la caseta. En la tarde se había levantado vientecillo que estremecía nidos abandonados por el largo verano, y al sonido de los pasos huían las lagartijas en una carrera reptante. Aunque, en el entorno, es escaso el arbolado, sí es abundante el matorral, compuesto de esparto, bojas, romero, tomillo, retama, espliego, salvia, rabo gato, espárragos, cardos, ventisco y albaida.

—El trabajo con el esparto también ha sido uno de los oficios tradicionales en el valle del Almanzora —comenta D. Antonio—. Y aunque ahora ven esto así, en primavera, en las laderas de las acequias y ramblas, aparecen numerosas florecillas, como violetas, campanillas y manzanilla, entre chopos, eucaliptos, zarzas, adelfas, pitas y cañas.

Había llegado la hora de regresar, el señor Antonio volvió a dialogar con el anterior trabajador, los forasteros saludaron con la mano y la tartana volvió a caminar airosa por la tarde oluleña en dirección al pueblo.

La voz del conductor del carro sonó directa al preguntar.

—¿Están satisfechos con la información recibida? ¿O necesitan más?

—Le estamos muy agradecidos, particularmente yo —le responde Pedro—, porque quería saber algo que no esperaba tan interesante. No obstante, sí le voy a hacer otra pregunta: ¿qué itinerario me recomienda para ir a Rodalquilar?

Roberto quedó sorprendido, no por lo insospechado, sino por la premura de la decisión. A su compañero, le sabía dubitativo, pero había dado, ya, el paso, ahora le tocaba a él. Prestó atención: Antonio Valera estaba hablando.

—No lo tiene fácil para llegar a Rodalquilar. Desde aquí tiene dos posibilidades, una llegarse hasta Tahal, allí llega la Alsina Graells que le puede llevar hasta Tabernas. Este recorrido se hace a través de la sierra. Allí se tendría que buscar la vida. La otra es volver en tren a Huércal-Overa y desde esa población, por la carretera 340, otro autobús de esta empresa lo dejará también en Tabernas. Es el punto más cercano, pasando por Níjar, de Rodalquilar.

Pedro, que ha escuchado con atención, dice:

—Desde Tabernas conozco el camino y cómo ir hasta allí. Lo importante, ahora, para mí es cómo llegar a Tabernas. Según me dice hay dos opciones y para usted, don Antonio, ¿cuál le parece mejor?

—Hombre, Pedro, depende. La ruta de la sierra es más corta y más bonita, pero más fatigosa. Todo se centra en si se marea o no, el trayecto es sinuoso y tiene bastante curva, pero atractivo sin duda lo es. Si se decide por esta no será difícil que lo lleven hasta Tahal, siempre hay algún carruaje que va por ahí a Almería, aunque no muchos. Piensen que ir de aquí a la capital es casi una aventura, por esa razón los habitantes de estas zonas utilizamos más los servicios de Baza y Lorca. Menos mal que estos catalanes que están poniendo líneas de autobuses están paliando el problema, que si no…

—¿Catalanes aquí? —exclama Roberto, extrañado.

—Sí, amigos, de Lérida, concretamente de un pueblo llamado Pons son los dos socios, Francisco Alsina Serra y José Graells Pino, que tuvieron la brillante idea de, con sus apellidos, dar nombre a una empresa de transporte, fundarla y venir a estas tierras para solventar problemas que el ciudadano de Almería tenía de difícil solución.

«Interesante información, los catalanes siempre tan emprendedores», pensó el muchacho.

—¿Cuándo piensan marchar? —les pregunta, finalmente, D. Antonio.

—Esta noche hablaremos nosotros y decidiremos, pero seguramente mañana. Aquí no nos queda nada por hacer.

Antes de la cena los dos amigos decidieron caminar por el pueblo y conocerlo.

Todavía quedaba un rastro de claridad, sobre el que se recortaba la silueta de la Piedra Ver de Olula. Con esa lenta duración que tienen las cosas arruinadas daba alivio y tristeza distinguir signos de presencias humanas a las puertas de las casas: ropa tendida en los balcones o ventanas iluminadas y abiertas de las que salían los sonidos de una cena familiar o el llanto de un niño. En la torre de la iglesia, la campana que da las horas debía tener una sonoridad diáfana cuando llamaba a sus fieles. La iglesia la localizan en una pequeña y recoleta plaza. No había nadie. Provinciana y dormida, Olula se rendía, con sus breves luces y su mutismo hecho de muchos fragmentos y de ruidos lejanos. En la calle, grupos de niños muy morenos juegan, en la noche, a juegos de corros y de canciones.

Los dos amigos pasean en silencio sumidos en cavilaciones. Es Roberto el que rompe el silencio.

—Al fin te has decidido, me lo imaginaba. Te deseo suerte, parece una buena chica. Merece que la saques de allí.

—¿Te habías dado cuenta? —dice Pedro, echándose a reír. Y, ante la respuesta afirmativa de Roberto, añade: —No estoy seguro de que me acepte, pero tengo que probar. Si no lo hago tendré siempre la duda.

—Te aceptará —responde el amigo—. Conozco a las mujeres y sé de sus miradas, y el cómo te miró al irnos me despejó las dudas, si es que las tenía.

—Ojalá sea como dices. Oye, y tú ¿qué vas a hacer con Adela?

Ahora es Roberto el que se para en medio de la calle y lo mira sorprendido.

—¿Adela? ¿Tú qué sabes de Adela?

—Roberto, sé lo suficiente, por tus sueños en voz alta, como para saber que estás colado por ella y que necesitas volver a Madrid para aclarar cosas que no tienes que verte en la obligación de contar.

El amigo se echó a reír al tiempo que pensó que era único para disimular.

Decidieron marchar al día siguiente, animadamente regresaron cambiando impresiones del viaje que los había mantenido juntos veinticinco días, iban en busca de la última cena juntos. Preguntarían a Remedios por el horario de los trenes. Cuando llegaron a la casa no corría aire. Hacía calor. Todo parecía estar parado y espeso.

La cena fue amena, distendida, aunque en los comensales se adivinaba un atisbo de nerviosismo. La señora les informó que el tren dirección Lorca

y el de Granada llegaban con una diferencia de media hora. Los huéspedes le agradecieron la información y se fueron a descansar.

La exigua luna parecía querer reposar sobre la Piedra Ver cuando Pedro se acostó con aire ausente, como si sus pensamientos arañaran en su interior esas nostalgias que guardaba para sí mismo. Tenía miedo de no dormir y temía quedarse dormido con un pensamiento confuso en la memoria. «Lo he decidido —se dijo—, siempre es mejor afrontar las cosas. Aunque te partan por la mitad hay tiempo para pegar los trozos. Lo peor es dejar que te coman por dentro».

Más tranquilo, apagó la luz: en la oscuridad era más sonoro el golpeo de las conversaciones. No durmió, no estiró la mano para buscar los cigarrillos. Pensó que estaba a salvo, que no le importaba la soledad, sino la certidumbre de poder dormir unas pocas horas, hasta el final de la noche.

En otro lugar de la provincia, Carmen permanecía sentada, acompañada por el silencio habitual; dos rendijas de luz en las persianas dejaban penetrar la luminosidad de alguna farola de la calle, pero también el tedio. La noche era bochornosa, lo que hacía más angustiosa su situación. Ese calor y el silencio le recordaron las palabras confusas que había dicho y que aún hoy seguían sonando en el interior de su conciencia con el estrépito del mar. Desde entonces algo muy hondo se había marchitado dentro de su ser, quizá la fe. Vivir de esa manera se le antojaba terriblemente tétrico y desolador. Era ir muriendo día a día, poquito a poco, inexorablemente.

Desolada, abrió la ventana y entornó los parpados y así, en ese trance, lo vio venir hacia ella. Allí estaba Pedro, su Pedro entero y verdadero. Su forma de abrazarla ratificó su presencia más que cualquier otra cosa. La noche llenó de luces y con sonidos de silencio aquel encuentro inimaginable. Entre aquellos brazos Carmen lloró su alegría. Al fin se sintió querida.

El tiempo y las sombras fueron sus cómplices. Se apartaban, el uno del otro, solamente para contemplarse y seguidamente volverse a unir. No se saciaban nunca: llevaban una vida de desesperación y de retraso. El prodigio del reencuentro se apoderó de ellos imposibilitándoles dormir, separarse. Necesitaban amarse. La unión de sus cuerpos era tan natural que semejaba un hecho habitual. Besos, caricias y complicidad en el amor era un hecho usual. Tan usual que parecía normal entre ellos. A través de sus bocas se bebían sin hacer preguntas, ¿para qué? Era el presente lo que importaba. Su venganza a la separación. Los amantes, enardecidos, se caldeaban en el fuego de una sa-

tisfacción nunca del todo satisfecha. En ese éxtasis de amor transcurrieron las horas. Ya apuntando el alba, Carmen tuvo una necesidad. Separándose de él, musitó mimosa: «Ahora vuelvo, amor». Se fue imaginando su cuerpo desnudo, otra vez, sobre ella. Minutos después llegó y, enamorada, desde la puerta musitó: «Ya he vuelto, mi vida». El silencio fue la respuesta. Nadie contestó. Su mirada registró la habitación, la casa era pequeña. Alarmada, la recorrió en un instante. No encontró a nadie. Desesperada, lloró sobre el lienzo de la cama.

Lo despierta el bullicioso canto de un pajarillo que, gozoso de su libertad, homenajea la mañana del espléndido día con que la naturaleza del lugar los quiere despedir. Roberto, sentado sobre la cama, reflexiona que solo tenía clara una cosa: que nunca había viento favorable para el barco que no sabe dónde va, pero, esta vez, él sí tenía claro hacia dónde se dirigía.

Recordaba que alguien, alguna vez, le había dicho que la vida es un proyecto, un viaje que cada uno realiza como puede, que este podía resultar hasta fácil, pero descubrir a quién hemos de amar era una tarea ardua, difícil, muy difícil: hay que encontrar una persona, entre millones de ellas, sin saber cuándo surgirá en nuestro camino. Muchos, por impaciencia o falta de perseverancia, se conforman con lo primero que encuentran, con algo que, sin ser exactamente lo que buscan, calma su inquietud y ansiedad. Eligen lo fácil, lo cómodo. Los que tienen la suerte de acertar en una sola elección se sienten plenos de felicidad. Él intentaría no equivocarse con Adela, si esta lo aceptaba.

Termina su aventura y desearía que, como el verano, que cuando se acaba viene un nuevo y hermoso ciclo, para él fuera igual, pero teme que no sea así, ¿o sí? Ojalá fuese como aquel otro otoño que fue realmente hermoso. ¿Recuerdas, Adela? Todo fue culpa del encuentro. De una casualidad. Todo es producto de la casualidad. Tiene gracia. Su hermana fue la culpable, le presentó a Adela. Luego el culpable fue él, se enamoró de sus ojos, de aquella personalidad necesitada de apuntalamiento, de comprensión y, sobre todo, de amor. Los labios de ella sabían a sal y la turgencia de su cuerpo era una verdadera, sentida y prodigiosa posesión. Luego… su espantada. A veces todo lo que imaginamos lo rompe el destino marcado del hombre y no resulta bueno, casi nunca, separarnos del destino trazado. Ahora una voz interior no deja de repetirle que lo hizo mal, que posiblemente la ha perdido. Si eso fuera así será una lección difícil de olvidar. El mundo cambiaría para él.

A muchos kilómetros de allí, desmadejada en el dormitorio, Adela habla como si él estuviera frente a ella: «No tomes ahora mi calma externa como indicio de culpa. Si parezco serena es porque he llorado demasiado a solas las penas; ya no me quedan lágrimas por derramar por ti».

El corto monólogo parece calmarla, calla y pone su atención en ordenar esa ropa interior que acaba de comprar. Acaricia el costoso ajuar, leve y transparente, imaginándoselo sobre sí y, sin apenas darse cuenta, otra vez el hombre ocupa su mente. Para él se lo pondría. Sin ningún esfuerzo, sueña: ceñida por Roberto se siente alegre y segura. Se arrebola como si el recuerdo de esa intimidad la penetrase hasta llenarla toda. Se siente feliz, enamorada... Un pensamiento la sobresalta: «¿Será siempre así? ¿Si él no está?». Esa pregunta suele hacérsela cada noche, y la noche calla como la brisa breve que mueve las hojas de las acacias.

Aquella noche, como muchas otras, durmió mal. De poco le sirvió asomarse a la ventana, contar las luces de la calle o seguir el débil resplandor de las farolas hasta el final de la avenida, esperando ver su figura aparecer. En la altura, una luna, apenas visible e indiferente, cumplía su ciclo escondiéndose entre las nubes dispersas. Era inútil leer, intentar mantener la atención lejos de la noche de aquel encuentro, episodio dulce y amargo, era en vano. Aquello la tiene trastornada. Se durmió, su sueño fue agitado. Vivió una pesadilla en la que la campana de la iglesia la rescataba devolviéndola sana y salva a la vida, mostrándole aquel camino amargo que era preciso recorrer para recuperar la dignidad perdida.

Tiempo después, en la penumbra de la madrugada, despertó sobresaltada, su corazón se abrió, por encima de las miserias de la vida, a aquel aroma que la brisa del alba traía, mezcla de pino y flores. Tumbada sobre la cama cree adivinar un universo incierto que no sabía si aceptar o rechazar. El tiempo parecía correr menos que antes.

Adela tiene veinticinco años y nunca había vivido un momento como el que vivió. Su entrega fue como un oleaje. Fue dejarse llevar por la corriente turbulenta de un río para morir en el mar. En su relación no se preguntó ni se planteó nada. Duró lo que el destino quiso, pero esperaba más. Desesperada, ha visto pasar los días. A pesar del tiempo pasado, y no saber de él, espera tener noticias. Alguna llamada. Eso es lo único que desea; el resto de la vida no le importa. Aprieta los dientes y se dice que, aunque son varios los meses de silencio, aquello no puede haberse terminado. La felicidad absoluta no dura

solo dos semanas. No sería justo. Eso la hace sentirse mal. En su propia piel está sintiendo lo vano que es padecer. Y más aún, por un mal que otro te causa. Se siente morir. Presiente que algo va a ocurrir, lleva semanas pensándolo, pero no ocurre. El ser fascinante no da señales de vida.

Conoce poco de él: a su hermana —buena amiga—, dónde vive, que le gusta viajar, que le pirria el fútbol y echar un rato con sus amigos. No es mucho, pero conoce como besa: Roberto besaba con un desenfreno como si no lo hubiera hecho nunca. A veces, al sentirse mordida, le daba miedo. ¡Qué pasión! ¡Qué hombre! Aún hoy, cuando cierra los ojos, siente que sus besos continúan, y al recordarlo un suspiro le sale del alma al tiempo que murmura: «¡Devórame otra vez, amor!».

Su éxtasis le provoca el deseo imperioso de oír el teléfono. Recibir la llamada de atención de esa cita previa para amarse. La idea la hace abandonarse y su mente la lleva, una vez más, a ese tiempo que parece tan antiguo, con Roberto junto a ella, bajo la luz de la luna, disfrutando de un amor que prometía ser eterno, en el que el mundo se reducía a los brazos de él, sin reconocerse. Eso no importaba, lo importante era su jadeo, el calor que sentía dentro de sí y que el momento no lo hubiera cambiado por nada ni por nadie.

«¿Eterno… seguro?… ¡qué perogrullada!», se dice. En los libros ya está escrito que buscar seguridad en nada es una locura. ¿Eso, locura?… Locura es lo que ella padece. No debiera ser así, pero siente la demencia hasta el punto de que le da rabia ser como es: una chiflada que se ha enamorado hasta llegar a trastocar su vida, enfrentándose a todo y a todos por Roberto, sin ninguna recompensa.

Angustiada por el paso dado y que, por el cariz que tiene, puede quedar solo en bonitas palabras y en el amor de aquellos breves encuentros, exclama: «¡No quisiera ser así, debo intentar controlarme! ¿Qué pasa por mí que le doy tanta importancia a los mandatos del corazón? Madre dice que amar no significa entregarse sin condiciones. ¡Dios mío! ¡Protégeme! Debo cambiar, pero no sé si lo haré, porque en el fondo lo que verdaderamente quiero es que Roberto venga y me oprima. Me ame».

Extenuada, se va quedando dormida. Fuera, desde la calle, llegan risas y voces que disfrutan del verano bajo la luz de las estrellas. De cuando, en cuando un ¡Ya va! estentóreo del sereno altera la monotonía de la noche.

XVIII

De Olula del Río a la ventura

Como si lo hubiese hecho siempre, Roberto abrió la ventana del dormitorio y el frescor de la mañana alivió su maltrecha y enfebrecida cabeza. A través de ella comprobó que el pueblo se había puesto en movimiento con su cotidiano menester. Se desentendió del panorama, arqueó su cuerpo e hizo movimientos gimnásticos aspirando aquel aire que seguramente no volvería a respirar. Terminados los ejercicios reflexionó sobre lo vivido el día anterior y su conclusión fue que Olula era un pequeño pueblo con tradición agrícola que intentaba desarrollarse. Cosa muy posible si el potencial de las canteras se gestionaba bien. Seguidamente procedió a recoger sus pertenencias, dos horas más tarde cogería el tren que lo llevaría a Granada a enlazar con el que le trasladaría a Madrid. Desde la ciudad de la Alhambra hablaría con la 'Peque'. Por su hermana sabría cómo estaba la situación. Algo le decía que todo iba a tener solución.

A Pedro le placían los olores a estiércol provenientes de corrales vecinos que, por la ventana abierta, se adentraban en la habitación —le traían recuerdos de su pueblo—. También le agradaba oír el canto del gallo en la quietud de la madrugada, el balido de una cabra o el lamento chirriante de un carro avanzando a trompicones entre las piedras de la calle. Aquella mañana, bien porque aquellos efluvios le recordaban otros tiempos o porque tenía su decisión tomada, se había levantado contento y deseoso de partir. Ansioso de que el tiempo corriese, se dispuso a bajar a desayunar. En la cocina se encontró a los dos hermanos hablando.

Buenos días, hoy parece que va a hacer calor también —dijo, al entrar.

Los dos hermanos, aficionados a la tauromaquia, hablaban del triunfo que había obtenido el pasado año, en la feria de san Isidro, Luis Miguel Dominguín. Pedro se unió rápidamente a la tertulia, y de ese ameno tema estaban conversando cuando arribó Roberto, gran entusiasta del arte de Cúchares.

Desayunaban, cuando los forasteros se vieron sorprendidos por el comentario que hizo Antonio Valera.

—La prensa de Madrid cuando ensalza los éxitos del torero no dice nada de que este matador de toros tiene ascendencia almeriense.

Roberto, que, como aficionado a los toros, le interesa el tema, curioso, pregunta.

—¿Luis Miguel? ¿Almería? No sé. Tengo entendido que es madrileño.

—Él, sí, pero no su madre. Ella es de Tíjola, un pueblo cercano a Olula. María Gracia Lucas Lorente, que así se llama, es de etnia gitana, y vivía con los suyos en una cueva de esa población, donde había venido al mundo a principios de siglo. Hacia 1915, la familia, para salir de la miseria que reinaba en la comarca, optó por marcharse a Barcelona y, poco tiempo después, a Madrid, donde se hizo profesional de pelota vasca, continuando así la afición desarrollada en su pueblo desde niña. Mujer de contextura atlética —prosiguió explicando D. Antonio—, muy guapa, conoció de manera casual a principios de 1919 en la estación férrea de Alsasua al torero Domingo González (Dominguín), cuyo nombre de pila le fue impuesto por haber nacido en ese día de la semana, así como el mote, que sus hijos heredarían luego. Atrapados en las redes del amor, Gracia y Domingo se casaron pocos meses después en una iglesia del madrileño barrio de Chamberí.

Los amigos, después de mirarse, se echaron a reír. No había duda, en cuanto a historias, de lo que era capaz esta singular Almería. Siempre los sorprendía con alguna nueva.

Y con ese buen sabor de boca que da la sonrisa cogieron sus pertenencias y se dispusieron a partir. El amable mayor les volvió a sorprender al decir.

—He venido a llevarlos, tengo el carro en la puerta.

Despedidos de Remedios, al subir a la tartana, observan la gran cantidad de moscas que rodean a la mula, el animal intenta zafarse de ellas con enérgicos movimientos de cabeza y volteo continuo del rabo, pero no hay manera de que desaparezcan. Los insectos acuden, también, a los recién llegados. Antonio Valera, al tiempo que mueve la mano para espantarlas, les comenta:

—Este es el problema de tener sangre caliente. Somos animales así. La naturaleza ha creado dos clases de animales: de sangre caliente, para que se defiendan mejor en un variado rango de temperaturas y siempre estén prestos para conseguir los alimentos que necesitan, y de sangre fría, que, por el contrario, para entrar en acción antes tienen que haber calentado su sangre.

Los viajeros ante el comentario que consideran curioso invitan al conductor del carro a que se explique mejor.

—El nivel de actividad de un animal de sangre fría —continúa el anciano las explicaciones— depende de la temperatura de su medio ambiente; un reptil incrementará la temperatura de su cuerpo antes de cazar y le resultará más fácil escapar de los depredadores cuando está caliente. También necesita calor para reproducirse. Tener la sangre fría ofrece sus ventajas ya que precisa menos energías para sobrevivir que el animal de sangre caliente, este las pierde más, y la pérdida es proporcional a la superficie de su cuerpo. Muchos animales de sangre fría tratan de mantener la temperatura de sus cuerpos tan baja como sea posible cuando la comida es escasa. Por el contrario, el de sangre caliente no, y con otra desventaja: sus cuerpos proveen un ambiente cálido para el desarrollo de virus, por lo que atraen insectos, bacterias y parásitos. Los mamíferos y aves tienden a tener más problemas con estas infecciones que los reptiles, cuyo constante cambio en la temperatura de su cuerpo hace la vida más difícil a los invasores.

Los dos viajeros comprenden, ahora mejor, el ataque de las moscas, admirando, a la vez, el pozo de sabiduría que es este hombre de edad indefinida que han tenido la suerte de conocer.

Sumidos en estas explicaciones no han percibido la esplendidez del día. La cromática belleza del colorido parece haberse vestido de su mejor gama para despedir a los visitantes. Ya ante la pequeña estación llega el momento del adiós.

El anciano se muestra visiblemente emocionado, tal vez estos jóvenes le recuerden a su hijo. Es Roberto el que, rompiendo el breve silencio, toma la palabra.

—A veces no sé cómo interpretar la cantidad de oportunidades increíbles e impensables que nos ha brindado el viaje, la cantidad de gente que estamos conociendo y las situaciones tan sorprendentes a lo que esto nos ha llevado. Dicho esto, don Antonio, quiero expresar, en nombre de Pedro y mío, nuestra gratitud, simplificada en usted, a todas las personas con quienes nos hemos relacionado en este viaje sin destino que nos ha hecho conocer lugares espléndidos y gentes maravillosas. Otra vez, gracias, amigo.

Los acuosos ojos del hombre miran sin ver: seguramente la imagen que divisan no es la de estos muchachos que se van, por eso sus sentidas palabras quedan en el aire.

—Muchas veces los seres humanos actuamos no como queremos, sino como podemos. Esto es debido a que simplemente somos unos supervivientes y acabamos dejándonos llevar por la vida y sus circunstancias, y al final la vida pasa factura. Esa consecuencia se sabe cuando se es mayor. Y eso es porque siendo jóvenes no sabemos lo jóvenes que somos, lo cerca que estamos todavía de una infancia de la que nos imaginamos absueltos. Lo que sabe el adulto y no puede imaginar el joven es todo lo largo que puede ser el porvenir, todos los caminos inesperados hacia los que puede derivar su vida. Su vida, en algunos casos, no es una sola, no solo por lo vivido sino por todo lo que puede cambiar, por lo que cambiará él mismo, convirtiéndose no ya en otro, sino en varios otros posibles.

»Actualmente todo ha cambiado mucho. Demasiado. Ahora creo que ya soy viejo, y no han pasado tantos años desde entonces. Quizá he perdido el tiempo desde aquellos días, pero tampoco lo sé de cierto, porque la existencia es una cuerda que se estira en un equilibrio de puro malabarismo.

Dicho esto, el hombre les dio un sentido abrazo y se montó en la tartana. Lo hizo a tiempo, el convoy dirección a Lorca entraba en el apeadero.

Los amigos caminaron en silencio, sintiendo que el deseado y a la vez temido momento había llegado. Con un pie subido ya en el estribo del vagón, Pedro, con un nudo en la garganta, solo supo decir:

—Suerte amigo. Como ya hemos hablado, nos vemos en Madrid.

Roberto no puede hablar, han sido muchos días de convivencia y lo va a echar en falta. Se sobrepone y, al tiempo que el tren arranca, responde:

—Lo mismo te digo. Cuídate.

La pérdida de visión del tren coincide con el hondo suspiro que sale de su pecho. Está solo, gira la vista a su alrededor y el paisaje, sereno y melancólico, impregna su espíritu de un hondo anhelo de vida, imaginándose el futuro como una caja mágica que guarda el secreto de lo que sería su destino.

Le queda media hora para que él también se aleje de allí. Se sienta sobre el macuto y reflexiona en cómo, llegando de Marruecos, fue el inicio de su periplo por Almería.

Recuerda que durante la travesía se había sentido solo, vacío. Aislado entre dos inmensidades: el mar y el cielo. Todo cambió cuando alguien dijo: «Ya se ve la costa», y ante él, casi de repente, apareció en el horizonte Almería. Entonces presintió que le iba a gustar. Otro viajero, junto a él, comentó: «¡Qué pena

de ciudad! Almería es una urbe desgraciada. La mala suerte se ha cebado en ella. Y para colmo los terremotos. Esos la terminaron de hundir. En sus años de esplendor, cuando de ella se decía que Granada era su alquería, esta ciudad era una de las perlas del Mediterráneo, pero, después de esa época, pasó de ser una de las poblaciones más importantes del Mare Nostrum a ser lo que es hoy: Nada».

Aquel comentario activó su curiosidad, esta fue en aumento cuando a su alrededor la gente, nerviosa, se afanaba por situarse en la borda para otear mejor la perspectiva de la ciudad, y hete aquí que esta, que abarcaba el horizonte, se extendía ante él increíblemente seductora en su apariencia de ciudad adormecida. Circundada por montañas y coronada por una fortaleza espectacular, la capital más soleada de España estaba ante él. Le sorprendió un poco creer encontrarse ante otra ciudad de Marruecos.

A aquella hora el puerto despertaba y nada parecía que pudiera ser imposible para nadie: ni para aquellos que llegaban ni para aquellos que esperaban a los que llegaban ni, por supuesto, para aquellos que andaban siempre de un lado para otro sin nada mejor que hacer, porque era en aquel lugar donde la vida los había puesto felizmente.

Al desembarcar, el hombre del comentario se puso a su lado y preguntó:

—¿Es la primera vez que visita Almería?

—Sí, pretendo conocerla y viajar por la provincia —recuerda que contestó, sorprendido.

—El interior tiene poco que ver. Bueno, sí, los paisajes de la costa. La capital la recorrerá rápido. Si acepta mi invitación le invito a tomar café y le explico algo de la ciudad. Con esa información dará más significado a lo que vea.

Tras presentarse —el hombre dijo llamarse Alberto Fernández y ser aficionado a la historia—, caminaron buscando el lugar donde degustar el brebaje; mientras, el individuo fue relatándole la información prometida.

Esta ciudad casi desconocida es, sin embargo, para mí la más impresionante de Andalucía, quizá de España. Ciudad que no se mece en voluptuosidad como Granada o Málaga, sino que está plantada, como Melilla, en un desierto africano. Dirige a todos los que buscan lo 'nunca visto' una llamada irresistible. Esta terrible sequedad, que descarna las montañas, le da un marco inigualable de mucho colorido: con gamas de marrones, ocres, pardos y amarillos saharianos

que contrastan con este parque del malecón, al lado del puerto, con sus palmeras y ficus alternados.

Se habían sentado en un pequeño café próximo al puerto, y el hombre, tras dar un pequeño sorbo a su bebida, continuó con el relato.

No más antigua del siglo IX, fue fundada por los califas de Córdoba para ser, como lo indica su nombre —miradero del mar—, un puerto y un arsenal al mar libre. En la época romana, los navíos que llegaban al golfo de Almería —el Portus Magnus— subían el río, entonces navegable, hasta la ciudad de Urci, cuyo obispo, san Indalecio, fue uno de los siete «varones apostólicos». Pero, como el Aude en Narbona, el río se fue enlodando poco a poco. En verano era necesario transbordar para llegar a Urci.

A instancias de los comerciantes y armadores, que abandonaron Urci (actualmente Pechina), Abderramán II decidió crear en la costa rocosa un puerto en agua profunda, en el lugar que, más adelante, sería Almería. Se hicieron arsenales —atarazanas— en la playa, entre dos ramblas (Chanca y Obispo), en cuyos glacis de aluviones se levantó la ciudad nueva. Detrás, una roca calcárea, completamente aislada por un valle en media luna, la Hoya, ofreció lugar para que Abderramán III, fundador de la ciudad, mandase construir la actual alcazaba sobre los restos de otra anterior, un recinto que Almanzor, además, fortificó. Es el ejemplo mejor conservado del mundo de una fortaleza musulmana antigua. Inaccesible durante mucho tiempo por ser establecimiento militar, actualmente es monumento histórico. Son curiosas las cisternas, el pozo, de sesenta metros de profundidad y del que los esclavos sacaban el agua en dos turnos, y la capilla, antigua mezquita con el escudo de las armas de los Reyes Católicos. El cerro está coronado por fuertes torres unidas con murallas almenadas en tres filas, restauradas por Carlos III, con bellos merlones de piedra.

Desde el camino de ronda, la vista es un prodigio. Tan íntimamente asociadas están la obra de la Naturaleza y la del hombre, que no se sabe qué admirar más: si la ciudad, el puerto, el delta, la cadena de Gata o, inmediatamente al pie, la rambla de Chanca y sus cuevas, así como, en el reborde de la misma, las largas conducciones serpentiformes que llevan lejos los nocivos humos de las fundiciones de plomo de Heredia.

Si seguimos con la mirada el recinto fuerte de la ciudad, veremos, en primer término, las ruinosas torres cuadradas de la Chanca, luego la Hoya, atravesada perpendicularmente por la muralla, aquí mejor conservada, que desciende a la

depresión y vuelve a subir frente al cerro de San Cristóbal, donde el reborde de la plataforma calcárea ostenta un fuerte de macizas torres redondas construidas por los templarios durante la efímera conquista de Alfonso VII. Desde aquí, la muralla de tierra roja entra en Almería. Es fácil seguir su huella, señalada por una larga calle, la plaza de la Puerta de Purchena y el Paseo. Encima del mismo puerto hay huellas de murallas y una torre octogonal. Un camino cubierto unía la Alcazaba con las atarazanas, los arsenales y el puerto. Almería era, pues, una ciudad fuerte, enteramente cerrada. Por lo demás, su destino fue siempre el de una base naval, temible y envidiada. Su gran esplendor data del siglo XI, en tiempo de las Taifas. Capital entonces de un reino independiente, era el puerto principal de Andalucía. Especialmente, el rey Almotacín desarrolló en él la navegación, el comercio y la industria hasta tal punto que Almería eclipsaba a Sevilla.

Entonces, «Cuando Almería era Almería, Granada era su alquería», sus telas de seda eran famosas en el mundo entero. En 1091, los almorávides se apoderaron de la ciudad, que continúa enriqueciéndose, pero esta vez ejerciendo la piratería durante el siglo XII. ¡Hasta Galicia llegaban sus corsarios! Fue entonces cuando, para poner fin al bandidismo naval, al mismo tiempo que con el deseo de poseer el puerto de mejores relaciones entre Europa, África y Asia, Alfonso VII el Emperador organizó contra Almería una cruzada con ayuda de Navarra, de Cataluña, de Génova, de Pisa y de Montpellier. Tomó la ciudad, pero no pudo conservarla más que diez años. Desde entonces, Almería perdió mucha importancia, debido a la ruptura de relaciones entre Occidente y Oriente.

Ya no era más que un lugar secundario del reino de Granada, muy modesto a pesar de todo lo que se diga. Bastaría para demostrarlo la lista de los pocos centenares de cristianos a los que fueron asignados los bienes de los musulmanes cuando, el 26 de diciembre de 1489, el Zagal, tío de Boabdil, entregó la ciudad a los Reyes Católicos.

En los siglos siguientes, mientras no hubo nada que exportar, Almería dormitó. Por otra parte, sufrió importantes desgracias: en los siglos XVI al XVIII, varios temblores de tierra redujeron su población a cuatrocientos vecinos; en el XIX, fueron los estragos de la política, como el levantamiento liberal de 1831, análogo al de Málaga, ahogado en sangre, o el bombardeo, en 1873, por la flota de los cantonalistas de Cartagena. Pero en cuanto se puede exportar mercancías u hombres, se despierta la vocación marítima de Almería. A principios del siglo XIX, las minas de plomo de la sierra de Gádor dominan las cotizaciones mundiales de este metal, y, más tarde, las de hierro de Sierra Nevada, de Sierra Al-

hamilla, de los Filabres, junto a las de azufre, oro y plata, convierten a Almería en una población minera. Para exportar estos minerales hubo que hacer un gran puerto, el mejor del Mediterráneo español, excelente refugio en una costa donde los naufragios son innumerables. Cuando declinó la actividad minera, el puerto sirvió para la exportación de la uva de embarque: interesante espectáculo ver en otoño los cobertizos llenos de toneles de madera que los cargadores meten en las bodegas de los barcos nórdicos.

La pesca tomó gran impulso antes de la guerra, y dio lugar a la instalación de un puerto especial, y ya antes de la contienda se construyó esa imponente estructura metálica que se divisa, es el Cable Inglés. Alzado por la compañía The Alquife Mines and Railway Company Limited, acabó de construirse en 1904, siguiendo las directrices de la escuela de Gustave Eiffel. Se levantó una vez finalizado el ferrocarril Linares-Almería para dar mayor salida a todo el material que llegaba por tren desde las Minas de Alquife y que se acumulaba en el puerto de Almería.

Alberto Fernández dejó de hablar para prestar atención al café que se había quedado frío.

—Muy interesante —había acertado a decir Roberto, aturdido por la información—. Le soy sincero, no conocía nada de la información que me ha dado. Gracias.

El hombre, una vez apurado su moca, se levantó y se despidió con un: «Le deseo una feliz estancia entre nosotros y que disfrute de su aventura».

Recuerda lo perplejo que le había dejado la amabilidad de aquel individuo. Amabilidad, tenía que resaltar, que sería después una constante en las personas con quienes había convivido.

Mientras sigue esperando la llegada del tren, continúa con el recuerdo de aquellos días en los que se dedicó a recorrer la localidad. En cuanto se salió del ancho paseo, eje de la animación urbana, para internarse en la ciudad, no encontró más que calles tortuosas, bordeadas de blancas casas de azotea. Tiendas y tenduchos en chamizos dignos de un barrio moro. Casas, muchas de ellas derribadas, y callejuelas amontonadas, sin plan determinado, y que si se vieran desde un avión evocarían un panal de miel donde se abren cavidades irregularmente: plazas en las que se desemboca de pronto, no se sabe por qué, del dédalo de las calles. Durante la guerra, el bombardeo efectuado por la flota alemana había producido en estas humildes viviendas muchos estragos.

Después de haberse perdido una y otra vez, acabó por descubrir la catedral. ¡Era una fortaleza! Oscura, sólida y almenada. Ya se lo había dicho antes su compañero de viaje, antes de despedirse: la habían hecho así para que pudiera servir de refugio en caso de un desembarco de los berberiscos; en 1522, un terremoto había destruido la primera iglesia, edificada según costumbre en el lugar en que estaba la mezquita, y hubo que construir una nueva, medieval en el exterior, renacimiento en el interior y con bóveda de delicadas nervaduras entrelazadas. ¡Lo hicieron por miedo y preocupación de África! África, sin embargo, estaba instalada en la misma Almería, en la Chanca, entre la Alcazaba y el puerto pesquero. ¡España y África a la vez!

La rambla que acogía la Chanca, gloriosamente resplandeciente de sol, sin demasiado polvo, pues estaba tan seca que piedras, arenas e inmundicias se cubrían de una costra pétrea surcada de cuadradas torres de rojizo adobe y de fragmentos de muralla desmochada. Restos decrépitos de un islam que fue espléndido. A la derecha, un cerro de pendiente rápida prolongaba orgullosamente la masa de la Alcazaba; a su pie, escalonadas, diez o doce filas de casas de una sola planta, ventanas enrejadas, tejado plano, aglomeradas como pueblos mineros, construidas en serie con el utilitario propósito de alojar la creciente población, pero que la fantasía andaluza coloreó violentamente de azul, rosa, ocre, verde, castaño, gris, etc. A la izquierda, enfrente, el mismo impresionante abigarramiento, pero esta vez, además, con centenares de cuevas malolientes que, en más de cien metros de desnivel, horadaban la marga y la toba. Para llegar hasta ellas había que pasar entre las aguas sucias, por innumerables senderos ante las puertas blanqueadas, por encima de chimeneas, resbalando sobre las basuras. Como en cualquier ciudad mora de África, olía a la vez a cabra, a tomillo, a humo picante, a plantas del monte, a mugre y a hombre. Todo ello en un fascinante desorden de líneas y de tonos. Diez, veinte, cien pequeños salvajes —recuerda— le aparecieron de pronto, gritando como para derribar lo que quedaba de la muralla, con el atuendo más elemental, velando su inocencia con una flotante camisa, algunos, otros con un resto de pantalón paterno que apenas los cubría. Moras eran las caras alargadas, los ojos almendrados, la tez amarillenta, inclinadas a la sexualidad. Y todos se empujaban, se alzaban, gesticulaban, las chicuelas, aún más impertinentes si ello era posible, y los más pequeños, autoritariamente rechazados del compacto círculo en el que intentaban colarse. Roberto se ríe al rememorarlo.

La visita a la Alcazaba fue una de las que más le entusiasmaron. Además, allí le contaron una historia de fantasmas de esas que le gustan. Cuando bajó

por la calle la Reina y subió por la calle Real, le agradaron las casas que en sus fachadas lucían amplísimos ventanales enrejados.

Como pudo comprobar, los días de verano en el puerto eran largos e intensos, parecían no tener fin, la noche y el día estaban separados por una suave frontera, el verano mismo era como un largo día interminable en el que la oscuridad y la luz se turnaban sin demasiada convicción, solo por continuar con una vieja costumbre. Barcos y gente llegaban por el día y por la noche, aunque era verdad que, según la hora, no la misma clase de barcos ni tampoco el mismo tipo de gente, pero la variedad era lo que hacía de aquel puerto, con su colorido y sus olores distintos y contrapuestos, un atractivo teatro al aire libre: un escenario dinámico en el que se sucedían sin descanso espectáculos que nunca decepcionaban, con personajes sorprendentes e inolvidables.

Sus sentidos pudieron percibir con gran intensidad aquella densa atmósfera en la que se mezclaban de la manera más natural el pescado recién cogido, el chirrido de las grúas, el tabaco, los gritos de los estibadores, las redes del pescador, las gaviotas, el humo de las cocinas, los gatos solitarios, el silencio de la madrugada y el mar en calma con sus verdes y azules muy diversos.

En ese 'far niente', un buen día apareció Pedro. Lo había visto bajarse del barco una mañana y coincidido dos o tres veces después en el parque cercano al puerto. Decidió abordarlo, y así surgió la aventura que hoy daba a su fin.

«Todo empieza y todo termina», se dice al tiempo que se mira los brazos. La piel ofrece un color tostado. Todavía debe haber salitre en las rugosidades de la dermis. Yodo del mar. Recuerdos de un viaje que se le cae de las manos como una losa.

Ahora…, justo ahora, llegaba su tren.

Fuera de Almería, la vida aguardaba con el interrogante de qué sucedería. Estaba el futuro en juego y todo lo que un hombre podía ser.

Roberto no quiso pensar más, cogió el macuto, subió al vagón, y el convoy partió en busca de…

Roquetas 11 de mayo de 2017